G.

BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.

No. 242

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

ENERO.

Varios Prelados de España han concedido 1260 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO;

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,
de la misma Compañía:

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,
DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,
AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS NUEVAMENTE APROBADOS,
HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC., ETC.

ENERO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA,
IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.
Enero de 1853.

AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. D. JOSÉ DOMINGO COSTA Y BORRÁS,

OBISPO DE BARCELONA,

CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Tiempo hace que la LIBRERÍA RELIGIOSA *anhelaba ofrecer á V. E. I. un público testimonio de reconocimiento por la proteccion que se ha dignado dispensarle, y espera le continuará, y rendirle un sincero homenaje debido á las virtudes que tanto le distinguen. Aprovecha, pues, con este objeto la ocasion que le presenta el dar nueva forma á la primera serie de sus publicaciones, para poner al fren-*

Ac. 5406

te de la primera obra el respetable nombre de V. E. I, pues considera que el nombre de un Prelado, que con tanto valor como saber ha combatido constantemente el horrendo monstruo del panteismo, y sostenido el salvador principio de autoridad, personificado en una Órden venerable y merecedora de admiracion por mas de un título, es muy digno de estar colocado al frente del Año Cristiano, *obra inmortal, que nos recuerda los ínclitos campeones de la verdad eterna, que sellaron con su sangre, si V. E. I. tiene la dignacion de acoger bajo su patrocinio esta obra, que, como público monumento de gratitud, le dedica,*

Excmo. é Ilmo. Señor:

POR LA LIBRERÍA RELIGIOSA,

Su Director,

***José Caixal*, Presbítero.**

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.

Para que esta edicion del Año Cristiano salga lo mas perfecta posible, nos hemos servido de la mejor y mas completa que ha llegado á nuestras manos, no solo sin hacer en ella supresion alguna, sino por el contrario, añadiéndole las vidas de los últimos Santos que ha canonizado la Iglesia, y los Evangelios y Epístolas en latin, que en alguna edicion se habian suprimido. Sin embargo, cuando unos mismos Evangelios y Epístolas se repiten varias veces en un mismo tomo, los hemos puesto la primera vez, y, al suprimirlos en las otras, citamos la página en que podrán verse.

Hemos puesto tambien el Martirologio romano traducido al español íntegro, y procurado que sea en cursivo todo lo que se le añada, porque miramos su texto como muy sagrado.

Al fin del tomo de diciembre pondrémos un índice alfabético de los nombres de todos los Santos que se con-

tienen en el Martirologio, que son los únicos que pueden imponerse á los bautizandos, para que sirva de guia á los Padres en la eleccion de Patronos para sus hijos, y á los señores Párrocos para que sepan los nombres que pueden aceptar en el santo Bautismo.

Por fin, no omitirémos diligencia alguna para que sea esta edicion la mejor y mas barata de cuantas han salido, pues por 104 rs. podrá tenerse en rústica, y por 168 rs. en buena pasta, buen tamaño, buena letra y clara

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Hay gran número de excelentes obras de devocion para todos los dias del año; pero mucho tiempo há que se desea una donde se encuentre unido lo que se halla separado en tantos libros. Este es el fin que se pretende en la obra presente.

La vida del Santo correspondiente á cada dia, ó un discurso dogmático, histórico y moral sobre el misterio que se solemniza; la Epístola que se lee en la Misa con algunas reflexiones; una breve meditacion sobre el Evangelio y algunas aspiraciones sacadas de la Escritura para fomentar entre dia la devocion del espíritu con algunos ejercicios ó actos prácticos de piedad, que nosotros llamamos propósitos, propio á todo género de personas, y que deben ser como el fruto de las meditaciones; á esto se reduce todo el cuerpo de la obra.

Una historia demasiadamente larga fastidia y cansa; la demasiadamente breve, ni agrada ni instruye. El estilo conciso y lleno es el de moda ó del gusto de este siglo, en que todos quieren saberlo todo sin leer mucho. Este estilo medio es el

que se ha procurado seguir; pero por mas que se haya solicitado la concision, no siempre ha podido ser igual en las vidas de aquellos ilustres héroes cristianos que fueron la admiracion de su siglo. Con todo eso, la historia mas dilatada apenas ocupará un breve cuarto de hora de lectura, aun no omitiéndose hecho alguno que merezca la curiosidad del lector.

Nada se dice en las vidas de los Santos que no se haya sacado de las mejores fuentes. Hanse tenido presente los autores de mejor nota; se ha usado de las luces de los críticos mas sabios; y si algunas veces se defiere á la tradicion antigua y venerable, tocante á hechos que no se hallan en la historia, siempre ha sido en virtud de razones sólidas que autorizaban los sucesos.

Aunque se repiten muchas veces en el año las mismas Epístolas y los mismos Evangelios, se ha procurado que sean siempre diferentes, así las reflexiones, como la materia de la meditacion, y aun se ha hecho particular estudio de que las muchas notas historiales que se añaden sobre una misma Epístola, sean tambien distintas. No es fácil agotar el inexhausto manantial de la moral del cristianismo.

Nunca son mas útiles los ejercicios de piedad que cuando están bien ordenados entre sí con union y con método. Por eso se ha tenido atencion á que todos los que corresponden á cada dia, se dirijan á un particular. Ni la materia de la meditacion se saca siempre precisamente del Evangelio del dia; porque muchas veces se funda en aquellas virtudes que fueron como características del Santo cuya vida se escribe; pero las reflexiones y los ejercicios prácticos siempre convienen á la meditacion que se acaba de hacer, y se proporcionan á la estacion ó tiempo del año en que se está.

Síguese por lo general, como ley inviolable, al Misal romano, pero no obstante, ha parecido que en los dias en que la Iglesia hace el oficio de feria, se podria escribir la historia ó vida de algun Santo, de quien se haga mencion en el Martirologio romano, ó proponer algunas reflexiones morales sobre asuntos que sean propios del tiempo, escogiéndose entonces Epístola y Evangelio particulares, con cuya diligencia en el discurso del año se viene á recorrer cási todo el Testamento Nuevo.

Y porque la Iglesia una vez al mes hace el oficio de difuntos, se hallarán tambien todos los meses los ejercicios de un dia, dedicados á las santas almas que están penando en el purgatorio. Siendo tan saludables las oraciones por los muertos, y siendo tan provechoso el pensamiento de la muerte, es razon se hagan frecuentemente lugar entre estos ejercicios de piedad.

Por lo comun las prácticas, ejercicios de devocion ó propósitos, se acostumbran prescribir muy lacónicamente y con modo demasiadamente seco. En esta obra ha parecido prescribirlas con estilo menos descarnado. Las reglas para vivir bien que van acompañadas con el raciocinio, agradan mas y encuentran menos estorbos para corregir las costumbres.

Sin embargo del particular estudio que se ha puesto en evitar toda repeticion, hay en la religion cristiana ciertas verdades y ciertos puntos de moral, que son menester traerlos á la memoria muchas veces. Este género de repeticiones hacen el mismo efecto en la razon que las segundas pinceladas en el lienzo; estampan mas los colores, y les añaden viveza. Hay tambien ciertas materias en que los mismos pensamientos repetidos, ó se leen con nuevo gusto, ó producen nuevo efecto.

Comprenderánse tambien en esta obra los mismos ejercicios para todas las Dominicas del año, para todos los dias de Cuaresma, y para todas las fiestas movibles, porque la piedad de los fieles no tiene menos necesidad de ser auxiliada en estos santos dias que en todos los demás.

RÚBRICAS DEL MARTIROLOGIO.

La leccion del Martirologio se lee todos los dias en el coro á Prima antes del versículo *Pretiosa,* exceptuando los tres dias antes de Pascua de Resurreccion, en los cuales se omite.

Siempre se lee el dia antes aquella leccion que contiene la memoria de los Santos del dia siguiente, diciendo primero qué dia es del mes, y cuántos dias tiene la luna en el enunciado dia siguiente.

El lector no pide la bendicion, sino que comienza á leer el dia del mes como se ha dicho; y debe leer tambien la leccion breve al acabar el capítulo.

Las Fiestas, de las cuales se hace el oficio en aquel dia, se han de poner en primer lugar; lo mismo se observará en las Fiestas movibles, en las cuales se observará tambien lo que abajo se dirá: los Santos propios de las iglesias particulares que no están puestos en este Martirologio, los cuales se podrán leer solamente en aquellas iglesias y lugares en donde se hace conmemoracion de ellos, se pondrán en primer lugar, si se reza allí de ellos; pero si no se reza de ellos, se pondrán después de los Santos de este Martirologio por su órden, esto es, los Mártires después de los Mártires, los Confesores después de los Confesores, y las Vírgenes después de las Vírgenes.

Todos los dias se añade al acabar la leccion del Martirologio: *y en otras partes otros muchos Santos Mártires y Confesores y Santas Vírgenes;* y el coro responde: *Deo gratias.*

Las Fiestas movibles, como se mudan todos los años, no se han podido señalar en este Martirologio en dia cierto; pero se ponen aquí para que cada una, después de leer el dia del mes y de la luna, se lea inmediatamente antes de la leccion del Martirologio de aquel dia, en que se celebra en aquel año, de este modo:

El Sábado antes de la Dominica segunda después de la Epifanía: La festividad del santísimo Nombre de Jesús.

El Sábado antes de la Dominica de Septuagésima: La Dominica de Septuagésima, en la cual se deja el cántico del Señor, Alleluia.

El Martes después de la Dominica de Quincuagésima: El dia de Ceniza, y principio del ayuno de la sacratísima Cuaresma.

En el Jueves después de la Dominica de Pasion: La fiesta de los siete Dolores de la beatísima Vírgen María.

El Sábado antes del Domingo de Ramos: El Domingo de Ramos cuando Nuestro Señor Jesucristo, segun la profecía de Zacarías, como entró en Jerusalen á caballo en un jumento, y le salió á recibir el pueblo con ramos de palma en las manos.

El Miércoles de la Semana Santa: La Cena del Señor, cuando Jesucristo el dia antes de ser crucificado por nuestra redencion, confirió á sus discípulos la potestad de consagrar su cuerpo y sangre.

En el dia de Pascua antes que se lea el dia del mes: En este dia, que hizo el Señor, que es la solemnidad de las solemnidades, y nuestra Pascua: la Resurreccion de Nuestro Salvador segun la carne; *después se lee el dia del mes, y la leccion del Martirologio del dia siguiente.*

En la Vigilia de la Ascension: En el monte Olivete la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo.

En la Vigilia de Pentecostes: El dia de Pentecostes, cuando el Espíritu Santo bajó en Jerusalen sobre los Discípulos en lenguas de fuego.

El Sábado de la Octava de Pentecostes: La fiesta de la Santísima é Individua Trinidad.

En el Miércoles después de la Octava de Pentecostes: La fiesta del sacratísimo Cuerpo de Cristo.

En el Sábado de la Octava de la Asuncion de la Vírgen: San Joaquin, padre de la beatísima Vírgen María Madre de Dios, la festividad de su Nacimiento se celebra el dia 20 de marzo.

El Sábado antes de la Dominica infraoctava de la Natividad de la Vírgen: La festividad del santísimo Nombre de la B. V. M. cuya festividad ordenó el Papa Inocencio XI que se celebrase el Domingo de la Octava de la Natividad de la Vírgen María, en memoria de la victoria alcanzada por el ejército cristiano contra los turcos que tenian sitiada á Viena de Austria.

El Sábado antes del primer Domingo de octubre: La solemnidad del Rosario de la beatísima Vírgen María.

San Cipriano en la carta treinta y siete á su clero sobre los confesores encarcelados por la fe.

Notad los dias de sus muertes para que podamos celebrar sus fiestas entre las memorias de los Mártires.

San Ambrosio en el sermon de los santos Nazario y Celso.

Es muy peligroso el que después de los oráculos de los Profetas y testimonios de los Apóstoles, y después de las llagas de los Mártires, presumas examinar la fe antigua como si fuese nacida de ayer, y quedarte en tu error después de tan manifiestas guias y capitanes de la fe; y que habiendo ellos sudado y puesto sus vidas, tú como ocioso dispute sobre la fe. Honremos, pues, nuestra fe en la gloria de los Mártires.

San Agustin, libro veinte contra Fausto Manrique, capítulo veinte y uno.

El pueblo cristiano celebra las memorias de los Mártires con solemnidad religiosa para despertar á la imitacion, participar de sus merecimientos, y gozar del favor de sus oraciones.

San Gregorio Papa, libro siete del Registro, epístola veinte y nueve á Eulogio, obispo alejandrino.

Nos tenemos recogidos en un libro los nombres de cási todos los Mártires, repartiendo sus martirios por todos los dias del año: cada dia decimos misas solemnizando su veneracion, pero no se escribe en este libro toda la historia de sus pasiones, sino solamente el nombre, el lugar y el dia de sus martirios; de lo cual se sigue que sabemos las coronas y martirios de muchos Santos que en diversas tierras y provincias, y en diversos dias fueron coronados.

El mismo en la homilía veinte y siete sobre los Evangelios.

Mirad, hermanos, como todo el mundo está lleno de Mártires, cási no somos tantos los que los vemos, como los testigos de la verdad. Dios es el que los puede contar, que para nosotros son tantos como las arenas del mar, pues no podemos comprender el número de los Mártires.

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

ENERO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

LA CIRCUNCISION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y la Octava de su nacimiento.

San Almachio, mártir, en Roma, el cual por haber dicho á los gentiles: «Hoy es la Octava del nacimiento del Hijo de Dios, cesad de la supersticion «de los ídolos y de los profanos sacrificios,» por mandado de Alipio, prefecto de la ciudad, fue muerto á manos de los gladiatores.

La corona de los treinta santos soldados mártires, en Roma, en la via Apia, siendo emperador Diocleciano.

Santa Martina, vírgen, tambien en Roma, cuya festividad se celebra el dia 30 de enero, por una constitucion de Urbano VIII. *(Véase en dicho dia la vida de esta Santa).*

San Concordio, presbítero y mártir, en Espoleto, el cual siendo emperador Antonino, primeramente fue azotado con varillas, luego colgado en el potro, y después atormentado en la cárcel, en la que le confortaron los Ángeles: finalmente murió degollado. *(Su bendito cuerpo se venera en la iglesia del monasterio de Benedictinos de San Pedro de la villa de Besalú, obispado de Gerona).*

San Magno, mártir, en el mismo dia.

En Cesarea de Capadocia fue depositado san Basilio, obispo, cuya principal solemnidad se celebra en 14 de junio, en cuyo dia fue consagrado obispo. *(Véase su vida en dicho dia).*

San Fulgencio, obispo de Ruspe, en África, *(hoy* Alfaques *segun el Diccionario de Baudran)*, el cual en la persecucion de los vándalos, después de haber padecido muchos tormentos y persecuciones de los Arrianos por la fe católica, y por su sana doctrina, fue desterrado á Cerdeña: últimamente, habiéndole permitido volver á su iglesia, acabó santamente sus dias, ilustre por su vida ejemplar y por sus excelentes instrucciones.

La festividad de san Justino, obispo de Chieti de Abruzzo, en el reino de Nápoles, esclarecido en santidad de vida y en milagros.

San Eugendo, abad del monasterio Jurense en el territorio de Leon de Francia, cuya vida resplandeció con muchas virtudes y milagros.

San Odilon, abad de Cluny en el monasterio Silviniaco: fue el primero que instituyó en los monasterios de su Órden la conmemoracion de todos los fieles difuntos, al dia siguiente de la fiesta de *Todos los Santos*, cuyo rito aprobó y abrazó después la Iglesia universal.

El beato Bonfilio, confesor en Toscana en el monte Senario, el cual fue uno de los siete fundadores del Órden de los siervos *(Servitàs)* de la Vírgen María; y por su extremada devocion á la divina Madre, mereció que le llamase de improviso á la bienaventuranza.

Santa Eufrosina, vírgen, resplandeció en su convento en la virtud de la abstinencia y en milagros.

℣. Y en otras partes otros muchos santos Mártires, Confesores y santas Vírgenes.

℟. Deo gratias. *(Así concluye todos los dias la leccion del Martirologio).*

LA CIRCUNCISION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

El misterio de la Circuncision de Nuestro Señor Jesucristo se puede llamar el gran misterio de sus humillaciones; la primitiva prenda de nuestra salvacion; la consumacion de la Ley antigua, y como las arras, ó el primer sello del Nuevo Testamento.

Habiendo Dios escogido para sí un pueblo entre todas las naciones del mundo, ordenó que fuese la Circuncision el distintivo que le diferenciase de todas. *Todos los hijos varones que tuviércis*, dijo Dios á Abrahan (*Gen.* XVII), *serán circuncidados, y esta circuncision será la señal de la alianza que hay entre mí y vosotros.* Como este era el carácter singular del pueblo, que descendiendo de Abrahan estaba destinado para heredero de las bendiciones prometidas á su posteridad, era menester que Jesucristo fuese marcado con este sello, como aquel en quien habia de ser bendita esta descendencia, para mostrar que era hijo de Abrahan, de cuyo linaje estaba profetizado y prometido que habia de nacer el Mesías.

Sujetóse el Hijo de Dios voluntariamente á esta ley de humillacion, aunque por ningun título estaba obligado á ella. Habíase ordenado la Circuncision como remedio para purificar la carne del pecado original; y la de Jesucristo estaba limpia de toda mancha. Pero como se cargó del empleo de Salvador de los hombres, fue menester, dice san Agustin, que se cargase asimismo con la marca de pecador, para que pudiese tambien cargar sobre sus espaldas la pena correspondiente al pecado.

Para desempeñar perfectamente el título de Salvador, prosigue el

mismo santo Padre, era menester un justo, en quien por una parte se complaciese Dios infinitamente, y á quien por otra pudiese tratar como pecador, á fin de hallar en sus trabajos y sus merecimientos una plena satisfaccion, proporcionada á la majestad de la Divinidad ofendida, y al rigor de su justicia.

Hasta que se perfeccionó este misterio no habia habido en el mundo propiamente Jesús, ó Salvador que fuese hostia de propiciacion por nuestros pecados. Ni en aquel divino Niño encontraba Dios cosa que no sirviese de objeto á sus divinas complacencias. Circuncidóse; y luego que aquel querido Hijo se dejó ver con apariencia de pecador, unió en su persona las dos calidades necesarias para Salvador del mundo; porque sin dejar de ser Hijo querido, fue tambien la víctima que pedia el mismo Dios. Por eso no tomó el nombre de Salvador hasta el dia de su Circuncision, y este fue; hablando en rigor, el dia en que echándose á cuestas la carga de nuestros pecados, hizo solemne obligacion de satisfacer por ellos. Vida pobre y oscura, vida laboriosa y humillada, oprobios, suplicios y muerte de cruz, todo fue efecto de la dura obligacion que contrajo en este misterio. Nada padeció en su pasion ni durante el curso de su vida, que no hubiese aceptado libremente en su Circuncision.

Las demás humillaciones del Salvador fueron en cierta manera ilustres por la brillantez de algun milagro: la presente careció de todo esplendor que la ilustrase; porque en ella tomó la señal, la confusion, y el remedio del pecado. Es verdad que semejante humillacion en el verdadero Hijo de Dios fue tan asombrosa, como lo pudiera ser el mayor de todos los prodigios.

Desde este dia se puede decir propiamente, que comenzó la redencion del mundo, y que Jesucristo tomó posesion de su empleo de Salvador, haciendo las primeras funciones de tal por la primera efusion de sangre. ¡O qué poderoso motivo de amor y de reconocimiento son estas primicias de sus dolores! ¿Qué seria de nosotros, si no hubiéramos logrado tan dulce Salvador? Pero ¿qué será de nosotros, si no nos aprovechamos de todo lo que este divino Salvador padeció para salvarnos?

Muchas razones alegan los santos Padres para que el Hijo de Dios quisiese sujetarse á la ley de la Circuncision. Primera: quiso, dice san Epifanio, quitar á los Judíos el aparente pretexto que tendrian para no reconocerle, si fuera incircunciso. Segunda: era la Circuncision de institucion divina, y no pretendia dispensarse de ella el Salvador. Tercera: quiso convencer con esta dolorosa ceremonia, dice

santo Tomás, que era hombre verdadero contra el error de los Maniqueos, que solo le concedian un cuerpo fantástico y aparente: contra los Apolinaristas, que le atribuian uno espiritual, y consustancial á la misma Divinidad: contra los Valentinianos, que defendian que el cuerpo de Cristo era de materia celeste. Cuarta: quiso dar ejemplo de perfecta obediencia á la Ley en todas las circunstancias que esta prescribia. Quinta: quiso, dice el Apóstol, cargarse él mismo con el yugo de aquella Ley que venia á abolir, poniendo fin á todas las ceremonias legales, al mismo tiempo que él las observaba; porque con aquel acto de religion él solo daba mas gloria que le podian dar todos los hombres juntos, por la mas exacta observancia de la Ley hasta el fin de todos los siglos.

Es muy probable que el Salvador del mundo fue circuncidado en Belen; y segun san Epifanio en el mismo portal donde nació. La Ley nada determinaba ni en órden al lugar, ni en órden al ministerio de aquella operacion. Hízose al octavo dia de su nacimiento, segun lo ordenaba la misma Ley: porque habiendo venido el Salvador del mundo para cumplir la Ley y los Profetas, y para llenar perfectamente todas las obligaciones de la religion, quiso observar esta Ley hasta en las mas menudas circunstancias.

Acostumbraban entonces los Judíos no poner nombre á los hijos hasta el dia de su circuncision. No era precepto expreso de Dios, sino estilo inconcuso, fundado acaso en el ejemplo de Abran, á quien Dios mudó este nombre en el de Abrahan, el dia en que le mandó se circuncidase. Por otra parte parecia puesto en razon que para dar al niño aquel nombre, por donde habia de ser conocido en el pueblo de Dios, se aguardase el dia en que habia de ser incorporado en el mismo pueblo, por medio del Sacramento instituido de Dios para este efecto. Y es verosímil que por la misma razon nosotros tambien ponemos nombre á los niños en el bautismo, por cuyo medio se hacen miembros del cuerpo místico de Jesucristo, y son parte del verdadero pueblo de Dios, pasando á ser hijos de la santa Iglesia.

Recibió el Hijo de Dios el nombre de *Jesús* en el dia de la Circuncision, como el Ángel en sueños, se lo habia prevenido á José, antes que le concibiese María en sus entrañas, diciendo: *Parirá un Hijo, á quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará á su pueblo; y le librará de sus pecados.* (*Matth.* 1, 21).

¡Ó mi Dios, y cuántos misterios se encierran en este solo misterio! ¡Qué lecciones tan importantes nos da! ¡Qué ardor, qué ansia la de Jesucristo por cumplir todas las obligaciones de la religion! ¡Con

qué exactitud obedeció á la Ley! ¿Pudo anticiparse mas á darnos las mayores muestras de su amor? ¿Pudiéramos nosotros lograr otro Salvador mas digno de todo nuestro corazon, mas acreedor á todos nuestros respetos? ¿Podíamos nunca tener ejemplar ni modelo mas perfecto? ¡Ó Dios mio, y cuanto condena aquellas demasiadas indulgencias, aquellas vanas interpretaciones de la Ley, aquellas frívolas dispensas con que pretendemos eximirnos de ella, esta exacta obediencia de Jesucristo! ¡Cuánto confunde nuestro orgullo esta anticipada humillacion del Salvador! ¡Qué remedio tan poderoso serian estas primicias de sus dolores para curar las delicadezas de nuestro amor propio, si nos internásemos bien en el espíritu de este misterio!

Acabóse en Jesucristo la circuncision antigua, porque él mismo vino á establecer la nueva. Pero no nos dejó, dice el Apóstol, una circuncision exterior de la carne: *In expoliatione corporis carnis* (*Colos.* II, 11); sino una circuncision interior del corazon, que se hace con el fervor del espíritu: *Circumcisio cordis in spiritu.* Sin esta circuncision del corazon, es decir, sin cortar los deseos inicuos y vanos, los deseos mundanos y desordenados, los deseos inmoderados é ilícitos, que nacen dentro del corazon, que le estragan y le corrompen; en fin, sin aquella mortificacion generosa y perseverante de nuestras pasiones, vanamente nos preciamos de discípulos de Cristo, solo porque exteriormente estemos, por decirlo así, marcados con su sello.

Esta interior reforma del corazon humano es la que llama san Pablo propiamente la circuncision de la ley de gracia, cuando dice que nosotros los que servimos á Dios somos hoy la misma circuncision: *Nos enim sumus circumcisio, qui spiritu servimus Deo.* (*Philip.* III, 3). Es la vida cristiana, una vida de circuncision y de cruz. Por mas que lo resista el amor propio, por mas que la carne repugne, no se puede reconocer el verdadero cristiano sino por este sello. Quien no tiene este espíritu de mortificacion interior, debe ser reputado, por decirlo así, como incircunciso.

Es de notar que la fiesta de este dia, antiquísima en la Iglesia por la devocion que siempre tuvieron los fieles á este misterio, se celebra ya con título de la Octava de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, ya con el de la Circuncision, y ya con el de fiesta particular de la santísima Vírgen.

En el Sacramentario romano el Papa san Gregorio junta la memoria de la Circuncision de Jesucristo con la Octava de su Natividad, y con la solemnidad de la santísima Vírgen su Madre. La Iglesia con el mismo espíritu parece que tambien celebra hoy estas tres solemni-

dades en el Oficio, y en la Misa del dia; porque el Introito, el Gradual, y el Ofertorio son de la Octava de la Natividad; la Epístola y el Evangelio son del misterio de la Circuncision; y las Oraciones son en honor de la santísima Vírgen, que habiendo tenido tanta parte en estos misterios, no era razon quedase olvidada en la solemnidad de este dia.

Fue singular disposicion de la divina Providencia, que siendo el dia de hoy el primero del año civil, segun el modo de computar de los romanos, que daban entonces la ley á todo el universo, fuese tambien el primero del Año cristiano.

Acostumbraban los gentiles, por una especie de antigua superstícion, celebrar con toda suerte de desórdenes el primer dia de enero en honor del dios Jano, y de la diosa de las Estrenas. Pero habiendo sido santificado este dia por el Salvador del mundo con las primicias de su sangre; no perdonó la Iglesia medio ni arbitrio alguno, para mover á los fieles á santificarle con piedad verdaderamente cristiana, aboliendo la memoria de las profanidades gentílicas con la modestia edificativa, y con los ejercicios de penitencia y de devocion, en que desea se empleen todos sus hijos.

Habiéndose introducido poco á poco, aun entre los Cristianos, los regocijos profanos de las calendas de enero; encendieron el celo de los santos Padres contra la fiesta de las Estrenas; y en los primeros siglos de la Iglesia introdujeron en ella el ayuno de los tres dias últimos del año, y de los tres primeros del siguiente, como se lee en el cánon diez y siete del segundo concilio Turonense. Pero destruido después enteramente el paganismo, la misma Iglesia tuvo por mas conveniente quitar el ayuno universal en todo el tiempo que hay desde Navidad hasta la Epifanía, reputándolo por tiempo pascual: *Omni die festivitates sunt.* (*Concil. Tur.* 17). Y se contentó con inspirar á los fieles un grande horror de las costumbres paganas, exhortándolos á santificar el primer dia del año y los siguientes con extraordinaria edificacion y piedad.

¿Podráse ver sin lágrimas (exclamaba el célebre Faustino, lamentando las extravagancias de los paganos de su tiempo), podráse ver sin lágrimas á esos mentecatos corriendo de calle en calle, desde los primeros dias del año, disfrazados con máscaras ridículas de todo género de figuras, dar brincos de alegría, porque se ven transformados en fieras y en los mas viles animales? *In istis diebus miseri homines sumunt formas adulteras; alii vestiuntur pellibus pecudum, gaudentes et exultantes, si taliter se in ferinas species transformaverint.* Este es el

verdadero orígen de las fiestas del Carnaval, y estos fueron los primeros autores de las máscaras.

Horrorízate, continúa este Padre, horrorízate de los escandalosos desórdenes, que muchos cristianos no se avergüenzan de imitar. *Quas adhuc plures in populo observare non erubescunt?* No quiera Dios que jamás manches tus ojos con la vista de las extravagancias y de las locuras de esos insensatos: *Ut oculi vestri, videndo luxuriam stultorum hominum, polluantur.* El cristiano que tiene algun pudor, nunca debe ser testigo de esos espectáculos.

Predicando san Agustin contra los excesos que se cometian en aquellos primeros dias, mirándolos como reliquias del paganismo; ¿es posible, decia, que sigais las mismas costumbres, y que cometais los mismos excesos que los paganos, vosotros que haceis profesion de ser cristianos? *Quomodo aliud credis, aliud speras, aliud amas?* (*Serm.* XVII). ¿Cómo se compone vuestra religion con vuestras costumbres? ¿Cómo se ajustan estas diversiones con vuestra fe y con vuestra esperanza? Hermanos mios, si de hoy en adelante quereis proceder como cristianos, esta debe ser vuestra conducta: *Dant illi strenas, date vos eleemosynas.* ¿Los gentiles á título de estrenas, hacen hoy regalos supersticiosos? Pues haced vosotros limosnas caritativas. *Advocantur illi cantationibus luxuriarum? advocate vos sermonibus Scripturarum.* ¿Concurren ellos á sus festines, convidados de las músicas peligrosas, de las voces halagüeñas y de los cantares provocativos? Juntaos vosotros en vuestras casas á conversaciones piadosas, ó cuando menos honestas. *Currunt illi ad theatrum? vos ad ecclesiam.* ¿Corren ellos á las plazas, á los teatros? corred vosotros á las iglesias. *Inebriantur illi? vos jejunate.* ¿Entréganse ellos á la embriaguez, á los excesos en banquetes desreglados? santificad vosotros el primer dia del año con el ayuno. *Si hodie non potestis jejunare, saltem cum sobrietate prandete.* Y cuando por la solemnidad del dia os parezca que no es razon ayunar, por lo menos que reine la sobriedad en vuestras mesas; y procurar dar en todo buen ejemplo por medio de una cristiana modestia.

La Misa de este dia es del misterio, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui salutis aeternae, B. Mariae virginitate foecunda, humano generi praemia praestitisti: tribue, quaesumus, ut ipsam pro nobis intercedere sentiamus, per quam meruimus Auctorem vitae suscipere Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum;

Dios, que comunicaste la salvacion eterna á todo el género humano por la fecunda virginidad de la bienaventurada Vírgen María, suplicámoste nos concedas que experimentemos en nuestras necesidades cuán poderosa es para con Vos la intercesion de aquella por quien

qui tecum vivit et regnat, in unitate Spiritus Sancti, Deus per omnia secula seculorum. Amen.

recibimos al Autor de la vida, nuestro Señor Jesucristo, que como Dios verdadero vive y reina contigo, y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

La Epístola es del apóstol san Pablo, sacada del capítulo II *de su carta á Tito.*

Charissime : Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos, ut abnegantes impietatem, et secularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc seculo, expectantes beatam spem, et aventum gloriae magni Dei, et Salvatoris nostri Jesu Christi : qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. Haec loquere, et exhortare in Christo Jesu Domino nostro.

Carísimo : Apareció la gracia de Dios nuestro Salvador para todos los hombres, instruyéndonos en que negando la impiedad y deseos de las cosas del siglo, vivamos sobria, justa y piadosamente en esta vida, esperando la bienaventuranza prometida, y advenimiento de la gloria del grande Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se entregó por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo aceptable, seguidor de buenas obras. Esto mismo predica y exhorta en Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

La gracia del Salvador se manifestó á todos los hombres. ¡Gran consuelo! saber por boca del mismo Apóstol que ninguno de los hombres fue exceptuado de esta gracia: *Apareciòse para nuestra instruccion.* A la verdad toda la vida de Jesucristo, propiamente hablando, no fue mas que una leccion continuada. Ella nos enseña á renunciar la impiedad, y relajaciones del siglo: ella nos enseña á vivir con templanza, segun la justicia, y con piedad. Estas tres virtudes comprenden en sí otras muchas. Cumplimos con lo que debemos á Dios, por medio de una piedad humilde y sincera; con lo que debemos al prójimo, siguiendo las leyes de la justicia; con lo que nos debemos á nosotros mismos, moderando nuestro amor propio, y domando nuestras pasiones. Sobre estos solos principios se forma el verdadero cristiano. Renunciando á los desórdenes del siglo, á las máximas, y al espíritu del mundo, se forma el cristiano verdadero: no hay otro medio. Esta es la primera obligacion que contrajimos en el bautismo: ¿y es esta la obligacion que desempeñamos con mayor exactitud? ¿Aquellas personas mundanas, aquellas víctimas de la profanidad, del interés, de la ambicion, renunciaron las vanidades del siglo? ¿Viven por ventura segun las leyes de la templanza, de la

justicia, de la piedad? ¿Pueden decir con verdad que esperan la bienaventuranza eterna, que esta es el fin de su esperanza? ¿Pero en quién fundarán esta esperanza? ¿Será acaso en Jesucristo como Salvador, ó como Juez? Pero ¿será en Jesucristo como Salvador, cuando no quieren seguir sus leyes, cuando deshonran su religion, cuando menosprecian sus máximas? ¿Será en Jesucristo como Juez? Mas consultemos, examinemos bien, si somos parte de aquel pueblo puro y perfecto, que es el objeto de sus complacencias: de aquel pueblo á quien mira como á la mejor obra de sus divinas manos, que debe ser su gloria, su corona, y su alegría. ¿Honramos por ventura á Jesucristo con unas costumbres tan poco cristianas? *Predicad estas cosas.* Ciertamente ¿seria menester mas para convertirnos si nosotros mismos no pusiéramos tantos estorbos á nuestra conversion? ¡O qué materia tan abundante de reflexiones! ¡Quiera Dios que no lo sea tambien de penetrantes remordimientos!

El Evangelio del capítulo II *de san Lucas.*

In illo tempore: Postquam consummati sunt dies octo, ut circumciderétur puer: vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab angelo prius quam in utero conciperetur.

Después de cumplidos los ocho dias siguientes al Nacimiento de nuestro Salvador, en que debia ser circuncidado segun la ley de Moisés, se le puso por nombre Jesús, conforme le llamó el Ángel antes de ser concebido en el vientre virginal de su santísima Madre.

MEDITACION

Sobre el misterio de la Circuncision.

Punto primero.—Considera qué caro costó á Jesucristo el empleo de Salvador de los hombres. Un nacimiento pobre, una vida laboriosa y humillada; lágrimas de infinito precio, no bastaron, ó no se contentó con ellas para adquirir el título de nuestro Salvador. Quiso que nuestra salvacion fuese de mas alto precio. Habia de comprarla con su muerte, y no recibió el nombre de Jesús hasta que derramó las primicias de su sangre: y esta primera efusion no fue mas que una como prenda de otra redencion mas abundante.

¡O mi dulce Jesús, y cuánto os cuesta el haberme amado tanto! Pero ¿qué ventaja sacais Vos de un empleo tan gravoso? En vuestra voluntad estuvo aceptar, ó no aceptar la muerte, sin perder nada de vuestra infinita gloria: no ignorábais Vos que íbais á obligar á innumerables ingratos; pero el inmenso amor que nos teníais pre-

valeció sobre todo. ¿No seré yo sensible alguna vez á una caridad tan benéfica? ¡Qué caro os cuesta, mi dulce Jesús, el empleo de Redentor, y el derecho, por decirlo así, de hacerme bien! ¡Qué amor debo profesar á un Salvador tan benigno! ¿Y cuál ha sido hasta aquí mi reconocimiento?

No hay cosa mas opuesta á la majestad y á la santidad divina, que la humillacion que se funda en el pecado. Por todo pasa el Hijo de Dios cuando se trata de salvarnos: cargándose hoy con la marca de pecador, se carga tambien con toda la confusion que trae consigo. Compadecido de nuestra desgracia prefiere la ignominia de la muerte, y muerte de cruz, á una vida dulce y tranquila. En esto se empeña por medio de su Circuncision. Ninguna otra víctima de inferior precio bastaria para borrar el pecado del mundo: esto es lo que cuesta nuestra salvacion. Concibamos por aquí lo que valen nuestras almas. Ciertamente era menester amar mucho á los hombres para quererlos salvar á tanta costa.

¡Ó mi buen Jesús, qué dolor, qué confusion es la mia, por haber correspondido tan mal hasta aquí á una ternura tan prodigiosa! Apenas habeis nacido cuando ya me mostrais el exceso de vuestro amor por la efusion de vuestra inocente sangre: ¡y véisme aquí á mí quizá en el fin de mis dias, que habiendo sido tan gran pecador, acaso no os he correspondido con una sola lágrima! Pues á lo menos, Señor, dignaos de recibir lo que me restare de vida, que yo os la sacrifico toda desde este mismo momento.

Punto segundo.—Considera que es cierto que el Hijo de Dios vino al mundo para salvar á los hombres. Esto es así: pero ¿no es de temer á vista de nuestras costumbres, que tambien haya venido para perder, y para condenar á muchos? ¿No es cosa admirable, que costando tanto á Jesucristo el ser nuestro Salvador, queramos que nada nos cueste á nosotros el salvarnos? Solo el nombre de Salvador le cuesta á él efusion de sangre: ¿y cuántas lágrimas nos ha costado á nosotros el nombre y la realidad de pecadores? La apariencia, la sombra sola del pecado bastó para que el Padre eterno no perdonase al Santo de los Santos: ¿y estando nosotros manchados con tantas culpas vivimos como si no tuviéramos que temer? Aunque Jesucristo fue invariablemente el objeto de las complacencias de su Padre, con todo eso luego que consintió en parecer pecador, ¿con qué rigor le trató? ¿y á qué vida tan trabajosa no se condenó él mismo? ¡Cosa extraña! Nosotros somos verdaderamente pecadores, y en

medio de eso queremos vivir entregados á la delicadeza y al regalo. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo en que nuestra penitencia corresponda á nuestras culpas?

No quiso salvarnos nuestro Salvador sino derramando sangre. Pues desengañémonos, que tampoco nos salvarémos jamás sino haciendo penitencia. Formémonos el sistema de conciencia que se nos antoje: nuestra Religion nunca tendrá mas que una moral, y una misma regla. Los Santos no tuvieron otro Evangelio que nosotros: ¿y seguimos nosotros las mismas máximas que siguieron ellos? Convienen todos en que la diferencia es enorme: pues ¿qué razon habrá para esperar la misma recompensa? ¿Por caminos tan opuestos se llegará jamás á un mismo término? ¡Error enorme! querer salvarse por medio de una vida que deshonra, y persigue al Salvador.

¡Ah, mi buen Jesús! Es mucho lo que yo os he costado para que me dejeis perder. Conozco, Señor, mis descaminos, y Vos mismo veis con qué dolor los detesto. Vos me ofreceis en este dia las primicias de vuestra sangre, y yo no puedo ofreceros sino un corazon usado ya, y desgastado por el amor de las criaturas; pero Vos podeis hacer de él un corazon nuevo con vuestra gracia, y un corazon abrasado con el fuego de vuestro amor. Hoy doy principio al año nuevo, y hoy tambien estoy resuelto á dar principio á una nueva vida. Pues Vos sois Salvador mio, haced que desde este instante me dedique á trabajar eficazmente en el negocio de mi salvacion.

JACULATORIAS. —Yo me alegraré en el Señor, y saltaré de alegría en Jesús mi Salvador. (*Habac.* III, 18).

Jesús, sed para mí Jesús, y salvadme. (*August.*).

PROPÓSITOS.

1 Es muy puesto en razon emplear todo este primer dia del año en el servicio de Dios. Débensele sin duda las primicias del año nuevo. No dejes de confesarte y de comulgar con particular fervor en un dia tan solemne. Asiste á los divinos oficios: visita á Jesucristo en los hospitales, y no dejes de dar tus estrenas ó tu aguinaldo á los pobres. Escoge hoy un Santo que sea tu especial protector por todo el año, determinando alguna oracion, ó algun obsequio que le hagas cada dia; y pasa lo que restare del presente en ejercicios de piedad y en buenas obras.

2 Muchas almas devotas practican la utilísima devocion de consagrar á Dios la última, y la primera hora de cada año, estando en

oracion desde las once hasta la una de la noche en la víspera de la Circuncision. Allí podemos repasar, como lo aconseja el profeta Isaías, todos los años pasados y perdidos en la amargura de nuestro corazon; suplicando fervorosamente al Señor que nos dé gracia para aprovecharnos mejor del que comienza. Este fin y este principio del año empleado tan santamente, no puede menos de producirnos mil bendiciones del cielo.

Aquellas personas que no pudieren vacar á estos piadosos ejercicios por la noche, podrán madrugar mas de lo ordinario por la mañana, adelantándose á bendecir al Señor desde que comienza á rayar el dia, que todo debe consagrársele con particular fervor. Rezarán tambien la Letanía de la Vírgen por la mañana al fin de la Misa, y por la tarde cuando hagan la estacion y visita del Sacramento. En levantándose, rezarán el Salmo LXII: *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo;* y es admirable devocion rezarle todas las mañanas al tiempo de vestirse, por ser muy oportuno para aquel tiempo.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

La Octava de san Esteban, protomártir.

La Conmemoracion de muchos santos Mártires en Roma, los cuales menospreciando el edicto del emperador Diocleciano en que mandaba que todos entregasen los libros sagrados, quisieron mas entregar sus cuerpos á los verdugos, que dar las cosas santas á los perros.

San Isidoro, obispo y mártir en Antioquía. (Ó mas bien *Anfiloquia*, segun el P. Isla. *Véase su vida en las de este dia).*

Los tres santos hermanos Argeo, Narciso y Marcelino, niño, en Tomis, en el Ponto: siendo de tierna edad el último de ellos, cayó soldado en las levas que mandó verificar el emperador Licinio; y porque rehusó servir con los enemigos de los Cristianos, fue preso y azotado cruelmente, y encarcelado mucho tiempo: y últimamente lanzado en el mar consumó su martirio, y sus dos hermanos fueron degollados.

San Martiniano, obispo, en Milan.

San Isidoro, obispo y confesor, en Nitria de Egipto.

San Siridion, obispo, en el mismo dia.

San Macario Alejandrino, abad, en la Tebaida. *(Véase su vida en las de este dia).*

La venida de la santísima Vírgen María á la ciudad de Zaragoza.

Aunque la festividad de Nuestra Señora del Pilar se celebra en toda España el dia 12 de octubre, la santa iglesia de Zaragoza tiene destinado el dia de hoy para celebrar la aparicion de Nuestra Señora al apóstol Santiago, mandándole que en aquella ciudad erigiese una capilla en su nombre. *(Véase dicho dia* 12 *de octubre).*

SAN ISIDORO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Isidoro, de quien este dia hace conmemoracion el Martirologio romano, segun nos instruyen varios escritores nacionales, fue natural de la ciudad de Sevilla, descendiente de ilustres y esclarecidos progenitores, que interesados en la educacion del niño segun las máximas de la religion cristiana, hicieron desde luego eficaces sus deseos mediante sus buenas disposiciones. Aplicado á las ciencias naturales, como se hallaba dotado de un ingenio excelente, hizo en ellas maravillosos progresos, de forma, que ya en su juventud estuvo reputado por uno de los sabios. Por su extraordinario mérito fue elevado á la dignidad de cónsul, ó de magistrado (con este honor introducido por los romanos en las colonias de España); en cuyo empleo se portó con tan universal reputacion, que el desempeño de todas sus obligaciones y cargos fue el mayor elogio, y el mayor crédito del acierto de su eleccion. Procedia en todo con tanta prudencia, justificacion y rectitud, que en él se admiraban todas las virtudes de los mas santos prelados eclesiásticos. Íbale disponiendo la divina Providencia para esta alta dignidad, á fin de que después de haber hecho en él un modelo de ministros perfectos en la república, fuese asimismo ejemplar de los obispos mas santos en la Iglesia. Sucedió así con efecto, pues siendo notoria la fama de su justificacion, y con especialidad la de su celo ardiente por la religion católica por toda España, congregados los obispos comprovinciales, clero y pueblo (segun costumbre de aquellas edades) en la ciudad de Zaragoza, para elegir sucesor de Valerio III en aquella cátedra, lo hicieron en Isidoro no sin general aplauso.

Colocado en esta silla, no es fácil explicar el porte de este varon apostólico, mostrándose desde luego como padre, y vigilante pastor en el cumplimiento de su ministerio episcopal. Surtió con abundancia de saludables pastos á su rebaño, atendió á la reforma de sus costumbres, y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á acreditar su gran vigilancia en órden á la disciplina eclesiástica. Basta en comprobacion de su celo el especial elogio que mereció del sumo pontífice Hilario en la decision de la consulta hecha por Ascanio, primado de Tarragona, y demás obispos comprovinciales, sobre los justísimos procedimientos de nuestro Santo contra Silvano, obispo de Calahorra, en la injusta consagracion que hizo de cierto prelado, sin aprobacion, ni consentimiento del metropolitano, contra las re-

glas prescritas en los sagrados cánones, á quien no pudiendo separar del atentado con sus nerviosas cartas, como diestro en el manejo de negocios de esta gravedad, recurrió á los remedios mas fuertes y eficaces.

No satisfecho con sus incesantes fatigas apostólicas dentro de los límites de su obispado, pasó á otras provincias infectas con los errores de la herejía, á ilustrarlas con la luz del Evangelio. Supo que Ayax, apóstata gálata, inficionado con la peste arriana, pervirtió á los suevos, dueños de Galicia por entonces, auxiliados de Ramismundo su rey, manchado con el mismo contagio: y encendido de aquel celo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, se presentó á defender la fe católica en la capital de Orense, (llamada Anfiloquia en la antigüedad, cuya semejanza de denominacion con la de Antioquía, ha dado motivo á algunos escritores, que arreglados al Martirologio romano, donde con facilidad se pudo cometer igual equivocacion, atribuian á aquella ciudad de Grecia este héroe español). En este pueblo predicó con espíritu magnánimo contra la impiedad de los herejes arrianos, blasfemos sacrílegos, que se atrevieron á negar la consustancialidad de la segunda persona de la santísima Trinidad con el eterno Padre, instruyendo á los oyentes en la verdadera inteligencia del dogma católico, conforme le cree, y confiesa nuestra santa fe en el inefable misterio de la Encarnacion, explicándoles con la mayor claridad las sentencias de la santa Escritura, donde se apoya, y manifestándoles con la misma la perversa glosa con que los Arrianos los convertian en comprobacion de su impiedad.

Como la herejía cuando no puede engañar á los hombres intenta perderles, y en defecto de razones recurre á los acostumbrados artificios de la malicia, vencidos los herejes por la predicacion de Isidoro, reconociendo la impresion que hacia su verdadera doctrina en el corazon de los fieles desengañados, no suficientes á intimidar la valentía de su espíritu las varias molestias é injurias que le causaron, tomaron el partido de darle muerte, como lo hicieron clandestinamente en 2 de enero del año 466, rigiendo Hilario, Sumo Pontífice, la cátedra apostólica; Augusto el imperio romano; el reino de España Eurico godo, y Ramismundo arriano el de Galicia.

Arrojado el cuerpo del santo Prelado al rio Miño, contiguo á dicho pueblo, extraido de él por los Católicos, le dieron primeramente sepultura á sus orillas, trasladándole de allí después de ocho años á la ciudad de Ibiza, donde se venera de tiempo inmemorial con el

correspondiente culto, cuya tradicion sobre lo dicho, confirma la opinion de los escritores nacionales que estiman á nuestro Santo originario de España.

SAN MACARIO DE ALEJANDRÍA.

San Macario, de quien hoy hace mencion el Martirologio romano, nació en Alejandría, capital del inferior Egipto, al principio del cuarto siglo. Su nacimiento fue tan humilde, y sus padres tan pobres, que se vió obligado á pasar los primeros años en servicio de un panadero.

A los treinta años de su edad, movido de un fervoroso deseo de ser santo, se fué á sepultar en un espantoso desierto. Los primeros ejercicios de su soledad pasaron por prodigios de abstinencia. Por espacio de siete años no comió mas que yerbas crudas. Los tres años siguientes se contentó con cuatro ó cinco onzas de pan al dia, y nunca durmió mas que dos horas.

En tiempo de Cuaresma doblaba sus austeridades. Una de ellas la pasó enteramente sin echarse, ni sentarse, haciendo siempre oracion de pié, ó de rodillas; y por un milagro bien singular no comia ni bebia sino el domingo. No hubo hombre mas ingenioso en mortificar sus sentidos, y en hacerlos padecer.

Habiendo pisado un dia cierto insecto que le mordió, aunque ejecutó esta accion sin libertad, con el primer movimiento del dolor, le tuvo tan grande de esta, que le pareció demasiada delicadeza, y se condenó á pasar seis meses en un desierto de Escitia, inhabitable por la multitud de insectos y sabandijas, que ahuyentaban de él aun á las mismas fieras.

Con estas mismas armas venció tambien al demonio de la impureza; porque atormentado de los estímulos de la carne, se metió por otros seis meses en un barranco infestado de avispas, cuyos aguijones eran tan penetrantes, que pasaban la piel de un jabalí. Salió de allí tan desfigurado, que no se le podia conocer sino por la voz, y el enemigo quedó tan corrido, que nunca volvió á tentarle en la misma especie.

En medio de tan excesivas penitencias le parecia que era nada lo que hacia para salvarse. Lleno de bajísimos sentimientos de sí mismo, resolvió ir á buscar á otros solitarios para aprender de ellos las virtudes que á su parecer le faltaban. Tanta verdad es que la humildad fue siempre la virtud universal de todos los Santos.

Fué, pues, Macario al célebre desierto de Tabenas para aprove-

charse de los ejemplos de tantos religiosos que florecian en él, cuya reputacion se habia extendido por todo el mundo. Pero aunque se disfrazó en traje de un pobre oficial, san Pacomio le conoció; y no pudiendo sufrir nuestro Santo las honras que le hacian en aquella soledad, fué á buscar un asilo á su humildad en los desiertos de Nitria. Pero no estuvo allí mucho tiempo, porque informado el patriarca de Alejandría de su eminente virtud, le ordenó de presbítero, por mas que se resistió á ser elevado á esta sagrada dignidad.

Luego que se vió revestido de tan superior carácter, solo pensó en hacer una vida mas penitente y mas perfecta. Dejó los desiertos conocidos, y fuése á sepultar en una de las mas horribles soledades de la Libia, que se llamó después el yermo de las Celdas, por las muchas que fabricaron en él los innumerables que concurrieron de todas partes.

Aunque el deseo de nuestro Santo era vivir solitario y desconocido, fue preciso rendirse á los ruegos de sus nuevos discípulos, que queriendo imitar sus ejemplos, tenian tambien necesidad de sus exhortaciones. Ni el órden de presbítero le permitia tener ocioso el sagrado ministerio que con él habia recibido, y así trabajando en su propia perfeccion se dejó persuadir á trabajar tambien en la de los prójimos. Pero las atenciones del celo en nada disminuyeron las de sus penitencias. Eran siempre eficaces sus sermones, porque iban acompañados con sus ejemplos. Ocupaba todo el tiempo en oracion, en ejercicios de caridad, y en obras manuales.

Nunca dejó de hacer oracion cien veces entre dia, y cási toda la noche; de manera que se podia decir que su vida era una oracion continuada. En cierta ocasion pasó dos dias enteros con sus noches sin perder de vista á Dios un solo momento, y sin padecer la mas mínima distraccion.

En medio de tener nuestro Santo tan mortificados los sentidos, y de luchar perpetuamente contra los movimientos del corazon, permitió Dios, para purificarle mas, que fuese molestado la mayor parte de su vida con diferentes géneros de tentaciones. Eran las mas frecuentes unos violentos deseos de penitencias excesivas, grandes ansias de ejercitarse en buenas obras que no le convenian, y continuos impulsos de emprender viajes de devocion, que no le eran necesarios; pero en todas estas tentaciones quedó siempre avergonzado el tentador.

Fatigado un dia de estos deseos importunos, se echó á cuestas un costal lleno de arena, y anduvo cargado con él por todo el desierto.

ST. ALBERT'S ... LIBRARY

Preguntado por uno de sus discípulos, ¿por qué se cansaba inútilmente de aquella manera? respondió: *Por atormentar á quien me atormenta, y por contentar el hipo que tengo de hacer viajes.* Esta accion tan generosa desarmó al enemigo; y dándose Dios por satisfecho de la humildad y de la paciencia de su siervo, le restituyó luego la paz del corazon, y le concedió tan grande imperio sobre los demonios, que bastaba acudir á Macario para librarse de todas las tentaciones.

Sobre todo tuvo don particular para descubrir, y para vencer la malicia y los artificios del tentador. Refiere Paladio, que habiéndole consultado un dia sobre los pensamientos que se le habian ofrecido de dejar la oracion, á causa de las continuas distracciones que padecia en ella: *Guárdate bien*, le respondió el Santo, *de dejarte vencer de una tentacion tan peligrosa: antes bien cuando sean mas importunas las distracciones, entonces has de alargar la oracion un poco mas, y has de responder al enemigo, que si no sabes orar, por lo menos sabrás estarte en tu oratorio.* Este consejo tan saludable produjo luego su efecto.

Lo mismo le sucedia con cási todas las palabras que articulaba. Pasando un dia el rio Nilo en compañía de dos coroneles del ejército del Emperador, le dijo uno de ellos: *¡Dichosos vosotros los monjes! que así os burlais del mundo.* Respondióle el Santo: *¡Y desdichados vosotros los cortesanos! porque no veis que el mundo se burla de vosotros.* Fueron tan eficaces estas palabras, que aquel oficial renunció luego su empleo, retiróse del mundo, y se hizo religioso.

A la eminente virtud de nuestro Santo parece que solo la faltaba tener alguna parte en la cruel persecucion que por aquel tiempo hacian los Arrianos á la Iglesia. Pero presto le hizo Dios esta merced. San Macario, invencible defensor de la divinidad de Jesucristo, fue desterrado por el emperador Valente á una isla, cuyos habitadores todos eran paganos: pero apenas llegó á ella el glorioso confesor de Cristo, cuando se hizo cristiana toda la isla, lo que obligó á los Arrianos á volverle á enviar á su primera soledad. Allí, consumido al rigor de sus penitencias, admirado por sus eminentes virtudes, y dotado del don de profecía y de milagros, murió colmado de merecimientos el año de 405, á los noventa y nueve de su edad.

La Misa es en honor de san Esteban, protomártir, cuya Octava celebra hoy la santa Iglesia, y la Oracion es la que sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui primitias Martyrum in Beati Levitae Todopoderoso y sempiterno Dios, que consagraste las primicias de los

Stephani sanguine dedicasti; tribue, quaesumus, ut pro nobis intercessor existat, qui pro suis etiam persecutoribus exoravit Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, qui tecum vivit, et regnat...

Mártires con la sangre del bienaventurado levita san Esteban; suplicámoste nos concedas que interceda por nosotros aquel que intercedió por sus mismos enemigos á Nuestro Señor Jesucristo, Hijo tuyo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

La Epístola es de los Actos de los Apóstoles, capítulo VI.

In diebus illis: Stephanus plenus gratia, et fortitudine, faciebat prodigia, et signa magna in populo. Surrexerunt autem quidam de synagoga, quae appellatur Libertinorum, et Cyrenensium, et Alexandrinorum: et eorum qui erant à Cilicia, et Asia disputantes cum Stephano: et non poterant resistere sapientiae, et spiritui, qui loquebatur. Audientes autem haec, dissecabantur cordibus suis, et stridebant dentibus in eum. Cum autem esset Stephanus plenus Spiritu Sancto, intendens in coelum, vidit gloriam Dei, et Jesum stantem à dextris virtutis Dei. Exclamantes autem voce magna, continuerunt aures suas, et impetum fecerunt unanimiter in eum. Et ejicientes eum extra civitatem, lapidabant: et testes deposuerunt vestimenta sua secus pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus. Et lapidabant Stephanum invocantem, et dicentem: Domine Jesu, suscipe spiritum meum. Positis autem genibus, clamavit voce magna, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cum hoc dixisset, obdormivit in Domino.

En los dias apostólicos, Esteban, lleno de gracia y fortaleza, hacia prodigios y signos admirables en el pueblo hebreo, con cuyo motivo se sublevaron ciertos hombres de la Sinagoga llamada de los Libertinos, Cirenenses y Alejandrinos; y de aquellos que eran de la parte de Cilicia y Asia, disputando con el Santo. Pero como no podian resistir á la sabiduría y espíritu que en él hablaba, oyendo sus palabras se despedazaban en su interior, rechinando contra él los dientes enfurecidos. Mas como Esteban se hallaba lleno del Espíritu Santo, mirando á los cielos vió la gloria de Dios, y á Jesucristo sentado á su diestra. Entonces exclamando con grandes voces aquellos enemigos, cerraron á su predicacion los oidos, y unánimes procedieron contra su persona con grande ímpetu, y arrojándole fuera de la ciudad, le apedreaban; deponiendo los ejecutores sus vestidos á los piés de cierto jóven llamado Saulo. En esta persecucion continuaban contra Esteban, quien invocaba y decia: Señor Jesús, recibe mi espíritu; y puesto de rodillas clamó en alta voz diciendo: Señor, no les imputes este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor.

REFLEXIONES.

Jamás falta el ánimo á quien quiere, y siempre tiene mucha fuerza el que es fiel á la gracia. No hay que atribuir á nuestra flaqueza y nuestra cobardía, sino á nuestra ninguna resistencia. Los Santos no tuvieron ni menos estorbos, ni menos poderosos enemigos que nosotros; pero fueron mas perseverantes en la oracion, mas fieles á la gracia, y tuvieron mayor confianza en Dios.

¡Qué maravillas no haria cada uno de nosotros en su estado, si solamente siguiera las inspiraciones del Espíritu Santo; si la gracia fuera el móvil de todas sus acciones; si no tuvieran otro principio que la mayor gloria de Dios! Pero es muy poco lo que hacemos, porque tenemos demasiada parte en todo lo que obramos.

Es cosa verdaderamente admirable que tanta diversidad, tanto número de gentes hubiesen conspirado contra san Esteban; pero nunca la muchedumbre se declaró por la piedad. Mas, ¿y qué puede esta misma muchedumbre contra la virtud verdadera? Envidias, celos, calumnias, autoridad, tarde ó temprano, todo cede á la prudencia cristiana, aunque no todo se rinda. Empléense en buen hora todos los artificios para desacreditar, para deslucir, para oprimir á los justos: no se les tocará en el pelo de la ropa, porque están contados por el Señor todos los cabellos de su cabeza. La mas fea malicia solo conseguirá rabiar ella de despique, arrojar espumarajos, y dar diente con diente de pura cólera. Fue apedreado san Esteban, es verdad; pero ¿qué importa? Si al mismo tiempo estaba viendo los cielos abiertos; si logró tener á Jesucristo por testigo de su combate; si estaba mirando en la gloria al mismo Dios que iba á ser la recompensa de sus trabajos. ¿Se puede por ventura decir, que se pierde la vida cuando se da á tan alto precio? ¡Ah! ¡y cuánta verdad es que un volver los ojos hácia el cielo es capaz de extinguir todo el fuego de la persecucion mas sangrienta! Nunca está léjos Jesucristo de los que combaten por él. Y quien combate á vista de tan generoso dueño, ¿qué tendrá que temer? Fácilmente se perdonan las injurias cuando se tiene presente á Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XXIII *de san Mateo.*

In illo tempore: Dicebat Jesus turbis Judaeorum, et principibus Sacerdotum: Ecce ego mitto ad vos prophetas, et sapientes, et scribas, et ex illis occidetis, et crucifigetis: et ex eis flagellabitis in synagogis vestris, et persequemini de civitate in civitatem: ut veniat super vos omnis sanguis justus, qui effusus est super terram à sanguine Abel justi usque ad sanguinem Zachariae, filii Barachiae, quem occidistis inter templum et altare. Amen dico vobis: venient haec omnia super generationem istam. Jerusalem, Je-

En tiempo de la predicacion de Jesucristo, decia al pueblo judío y á los príncipes de los sacerdotes: mirad que yo envio á vosotros Profetas, Sabios y Doctores, de los cuales á unos daréis muerte y crucificaréis, y á otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad, para que recaiga sobre vosotros toda la sangre justa que se derramó sobre la tierra, desde la del justo Abel hasta la de Zacarías, hijo de Barachías, á quien disteis muerte entre el templo y el altar. En verdad os digo: que todos estos he-

rusalem, quae occidis Prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta. Dico enim vobis, non me videbitis amodo, donec dicatis: Benedictus qui venit in nomine Domini.

chos recaerán sobre esta generacion. Jerusalen, Jerusalen, que das muerte á los Profetas y apedreas á los que te han sido enviados para instruirte: ¿cuántas veces quise congregar á tus hijos, como reune la gallina á sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste? Ved que por esta causa quedará vuestra habitacion desierta: y yo os digo que no me veréis hasta que digais: bendito aquel que viene en el nombre del Señor.

MEDITACION

Sobre la renovacion del año.

Punto primero.—Considera cuántos comienzan este año nuevo con perfecta salud y en la flor de su edad, que les promete una larga serie de años, y con todo eso no llegarán al fin del presente.

Ninguno murió el año pasado que no esperase vivir en el dia de año nuevo. ¿Hemos acaso conocido á muchos que pensasen morir en el año en que murieron? Dios cuenta nuestros dias muy de otra manera que nosotros los contamos. Cogiólos la muerte de improviso; porque ¿cuándo ha practicado la atencion de enviar á nadie recado? Alguno piensa hoy en conseguir un empleo, en edificar una casa, en lograr una rica herencia, que dentro de ocho ó diez meses no tendrá mas que una mortaja, un ataud y una sepultura. ¡Ó mi Dios! ¡Y qué dignos de compasion, qué desdichados son los que únicamente se apacientan de quimeras!

¿Cuántos de aquellos á quienes hoy á la entrada del año nuevo se les saluda con la ceremonia, y con el cumplimiento de desearlos un buen año, estarán acaso en la víspera de su muerte? Traigamos á la memoria todos aquellos conocidos nuestros que murieron el año precedente. ¡Ah! que tambien á estos se les hicieron los mismos cumplimientos: tambien recibieron las mismas salutaciones. Y con todo eso ¿de qué les sirvieron? Las que nosotros recibimos hoy, quizá no serán mas eficaces. No hay año bueno, si no es año santo; no hay dias buenos, si son dias vacíos. ¿Qué ventaja es vivir mucho, si no se vive mejor?

Comparemos nuestra vida con la de los Santos, sus excesivas austeridades, su fervor, sus trabajos, su retiro con nuestra vida mundana, delicada, tumultuosa; y concluyamos, que pues tenemos las mismas obligaciones, teniendo el mismo Evangelio, lograrémos tambien

la misma suerte. Pero ¿podrémos discurrir de esta manera á menos que no se trastorne del todo el entendimiento y la razon?

Muchos años há que estamos haciendo grandes proyectos de conversion: pero ¡cuál será nuestra desgracia, si morimos sin habernos convertido, sin haber hecho aquella confesion, aquella restitucion, aquella reforma! Es muy necesario que entre la penitencia y la muerte haya algun intervalo, algun espacio de tiempo. Y si este año no es el de mi conversion, ¿qué motivo podré tener para creer que me convertiré el año que viene? Pocos murieron el año pasado, que no pensasen alguna vez convertirse en el presente. ¡Ah! que quizá se podrá decir de mí otro tanto el año que se sigue.

No, Dios mio, no; no serviré yo de materia de compasion y de meditacion á los que me sobrevivieren. Lleno de confianza en vuestra misericordia, y con el socorro de vuestra gracia, pretendo que este segundo dia del año sea el primero de mi conversion.

Punto segundo.—Considera que el entrar en otro año nuevo es una gracia muy especial; pero el abusar de este beneficio será una gran desdicha. Y el arrepentimiento será mucho mayor cuando están bien prevenidas las funestas consecuencias de esta infelicidad, y cuando se comprende bien de cuánta importancia es no abusar de esta gracia.

Si en el momento en que he de parecer ante el tribunal de Dios, se me restituyera al estado en que hoy me hallo, si me concediera entonces otro año para aplicarme al negocio de mi salvacion; ¡ó Dios! ¡y qué milagro! Hoy tengo en mis manos todas las ventajas que podia esperar de este prodigio: pues ¿por qué no me aprovecharé de ellas?

Ello es cierto que tengo de entrar en un año, del cual no he de salir. ¿Quién me puede asegurar que no es este aquel año crítico, que ha de decidir mi eterna suerte? Y si lo fuere, ¿estoy bien prevenido? Y si no lo estoy, ¿en qué fundo mi serenidad? ¿Obro con prudencia en arriesgarlo todo? ¿Puedo perder tiempo en negocio de tanta importancia? Hoy me concede Dios tiempo para apaciguar su ira. ¿Será prudencia dilatar esta reconciliacion para otro tiempo?

Jerusalen, Jerusalen, ¿cuántas veces quise yo congregar tus hijos, como la gallina junta todos sus polluelos debajo de las alas, y tú no quisiste? Mi Dios, ¿quién tendrá valor para sufrir en la hora de la muerte una reconvencion tan vergonzosa y tan justa?

¿Cuántos años te concedí, dice el Señor, para que trabajases en

el negocio de tu salvacion? ¿cuántas veces, durante el largo curso de estos años, quise convertirte, quise ponerte al abrigo contra el rigor de mi justicia, y no quisiste tú: *Et noluisti?* ¿Cuántas veces te solicité, y aun te estreché en estas mismas meditaciones para que reformases tus costumbres, para que abrazases el partido de la devocion, para que mudases de vida? Esas secretas inspiraciones, esos espantós interiores, esos vivos remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada, voces mias eran; y tú no las quisiste dar oidos: *Et noluisti.* Pues *ecce relinquetur domus vestra deserta.* Ves aquí que esa tu casa, ese cuerpo que ha servido de habitacion á esa ingrata alma, quedará desierto: *Ecce sto ad ostium, et pulso.* Diez años, veinte años, treinte años há que estoy llamando inútilmente á la puerta de tu corazon, y no has querido abrirme: pues ves aquí que me retiro, y que estás en vísperas de perderte para siempre.

¡Y qué, Señor! ¿será posible que la gracia que me haceis de concederme todavía algunos dias, solo ha de servir para hacer mayor mi desdicha por mi perseverancia en mis maldades, y que todavía he de dilatar mi conversion para otro año? No, mi Dios, no quiero yo hacer mas resistencia á vuestra gracia: Vos me concedeis este año unicamente para que me convierta. Pues yo me quiero convertir sin dilacion, sin reserva. Acabad, Padre de las misericordias, la obra que habeis comenzado: no quiero diferir un momento en entregarme á Vos enteramente.

Jaculatorias.—Esto es hecho; ya lo he prometido; ahora comienzo; y reconozco que esta gran mudanza es obra del Todopoderoso. (*Psalm.* LXXVI, 11).

Yo quiero, Señor, con el socorro de vuestra gracia que este año repare todas las quiebras de los años precedentes. Voy á repasar estos años en la amargura de mi corazon, examinando lo mal que he usado de ellos. (*Isai.* XXXVIII).

PROPOSITOS.

1 Examina y anota con cuidado los vicios ó las inclinaciones principales de que debes reformarte: determina los medios de que te has de valer para esta reforma: comunica sin perder tiempo con tu confesor el plan de vida que pienses seguir en adelante. No dilates un punto poner en práctica una instruccion tan saludable, porque en este particular es muy nociva cualquiera dilacion.

2 Haz en este dia con especial fervor la oracion y los demás ejer-

cicios espirituales. Oye misa con tal devocion, con tal respeto, que sea como fruto, y como prueba de la nueva reformacion. Y siendo muy conveniente comenzar siempre este género de conversiones por algun acto generoso, por algun sacrificio, mira si has recibido algun disgusto de alguna persona, si te han ofendido en algo; y con la ocasion del año nuevo practica con ella alguna atencion, ó anticípate á ir á visitarla. Guárdate bien de detenerte en puntillos sobre la igualdad ó desigualdad de la sangre, y mucho menos sobre la calidad del agravio. Nuestra Religion condena todas esas quisquillosas delicadezas: y siempre hay un mérito singular y una verdadera grandeza de alma en todo lo que se hace por amor de Dios.

3 El ejemplo de san Esteban, cuya Octava celebra hoy la santa Iglesia, puede alentarnos á practicar esta accion. Son inútiles los proyectos de conversion y de reforma, si no se desciende á cosas particulares; y si desde luego no se comienzan á poner en ejecucion estos proyectos.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

La Octava de san Juan, apóstol y evangelista.

San Antero, papa, en Roma en la via Apia. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Pedro, en el mismo dia, quien en la ciudad de Velona murió por Cristo en una cruz.

Los santos mártires Cirino, Primo y Teogenes, en el Estrecho de Galipoli.

San Gordio, centurion, en Cesárea de Capadocia, cuyas alabanzas se leen en un sermon panegírico que predicó san Basilio el Magno en el dia de su festividad.

Los santos mártires Zosimo y Atanasio, protonotario en Cilicia.

Los santos Teopento y Teonas, en el mismo dia, que fueron martirizados en la persecucion del emperador Diocleciano.

San Daniel, mártir, en Padua. *(Véase una noticia de este Santo en las de este dia).*

San Florencio, obispo, en Viena de Francia, que en tiempo de Galieno, emperador, fue desterrado, y en el destierro consumó su martirio.

Santa Genoveva ó Genovefa, vírgen, en Paris, la cual por consejo de san German, obispo de Auxerre, se consagró á Dios: fue ilustre por sus admirables virtudes y milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN ANTERO, PAPA Y MÁRTIR.

En tiempo en que se hallaba la Iglesia afligida con una de las mas crueles persecuciones de los paganos, necesitada de varones sobre-

salientes en celo, brio y santidad, capaces de oponerse á los poderosos enemigos de la religion cristiana; muerto el sumo pontífice Pociano, por universal consentimiento del clero y pueblo romano, fue electo por su sucesor san Antero, hijo de Rómulo, griego de nacion, profesor de la vida eremítica. Era tan distinguido por su santidad, que desde el retiro del desierto llegó la fama de su virtud á la capital del orbe cristiano; bien persuadidos de que un héroe adornado con tan relevantes cualidades era muy á propósito para sostener y defender el rebaño de Jesucristo, en tiempo de la tempestad deshecha que sufrian los Cristianos por la sangrienta persecucion que suscitó contra ellos el emperador Maximino. Algunos opinan que en la isla de Cerdeña, donde falleció san Pociano, eligieron los sacerdotes por sucesor á un presbítero llamado Ciriaco; pero es de notar que el hecho y suceso de que se valen para confirmarlo lo tienen por apócrifo Baronio y Lipomano, con otros sabios.

Colocado en la cátedra apostólica nuestro Santo, acreditó el mérito de su eleccion, y justificó con pruebas prácticas el alto concepto de santidad y virtud que de su persona habia formado la Iglesia romana, que lloró amargamente la brevedad de su pontificado. En el corto espacio de su duracion, penetrado del mas vivo dolor al ver su rebaño disperso, afligido y atribulado por la vehemencia de la persecucion, que ni le permitia una leve tregua para su descanso, ni que con quietud pudiera dedicarse á los cultos sagrados (sin embargo de las cautelas tomadas por los fieles en aquellas lamentables edades); aplicó su vigilante cuidado en conservar el sagrado depósito de la fe en la misma pureza que los príncipes de los Apóstoles la habian enseñado. Á costa de incesantes desvelos y trabajos, surtia á su grey amada con los saludables pastos que necesitaba en aquellas deplorables circunstancias; la reunia en los cementerios y catacumbas para que pudiesen celebrar los oficios divinos, é implorar la asistencia de Dios en tan deshechas tempestades. Consolaba á los fieles con amor paternal en los fracasos, exhortándolos á que en caso necesario testificasen su fe á costa de la sangre; y deseoso de que en los tiempos futuros se conservase la memoria de los hechos laudables de los héroes que padecian por Jesucristo, dispuso que los notarios asignados para escribirlos, les custodiasen en los archivos apostólicos con la mayor cautela y recato, mediante á que en su tiempo murieron innumerables mártires con motivo de la terrible persecucion de Maximino.

No menos celoso en conservar la disciplina eclesiástica, se dedicó á restablecer las pérdidas que padeció con las turbaciones de una per-

secucion tan cruel y dilatada, entre cuyos reglamentos se atribuye á este insigne Papa una decretal expedida á consulta de los prelados eclesiásticos de las provincias de Toledo y Andalucía, sobre las traslaciones de los obispos de una á otra cátedra. En esta se lee concedido el permiso, en caso de intervenir necesidad, ó resultar utilidad á la Iglesia, pero no por propia conveniencia, ordenando en ella asimismo, para evitar todo engaño, que precediese la aprobacion de la Silla apostólica: y aunque en semejante disposicion aparece la misma disciplina que adoptó la Iglesia en virtud de sus decretos conciliares, con todo, no la estiman por legítima varios escritores críticos.

A una vida tan ejemplar, acompañada de las virtudes mas heróicas, y á un celo tan fervoroso y tan digno de los mas santos sucesores de san Pedro, era muy correspondiente que se siguiese la gloria del martirio para coronar sus apostólicos trabajos. Logróla en fin; porque entendido el Emperador de sus progresos en favor de la religion cristiana, y de que alentaba como celoso pastor á los fieles á despreciar sus edictos, reputándole por uno de los mas formidables enemigos de sus dioses: después de haber probado su invencible fortaleza por medio de promesas y terribles amenazas, le condenó á muerte, logrando por ella el triunfo que tanto tiempo deseaba con vivas ansias, en el dia 3 de enero del año de 229. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Calixto, y trasladado después á la iglesia de San Silvestre, sita en el Campo Marcio.

Sobre el tiempo que duró su pontificado son varias las opiniones: unos le conceden nueve meses; otros un año, un mes y catorce dias. Celebró una vez órdenes, y consagró un obispo para la ciudad de Fundi en Campania.

SAN DANIEL, MÁRTIR.

Fue diácono de san Prosdocimo, primer obispo de Padua, ordenado por el apóstol san Pedro. Aunque Daniel nació de padres hebreos, habiendo conocido la fe de Jesucristo, la abrazó con fervor. Admitido en el número de los levitas, predicaba públicamente la nueva doctrina, cuando siendo preso de órden del prefecto de la ciudad, durante la persecucion de Marco Aurelio, fue puesto luego en el tormento, que hizo volar su alma al cielo en este mismo dia del año 168. Infinidad de prodigios glorificaron su muerte, y sus reliquias después de haber estado ocultas mucho tiempo, fueron descubiertas milagrosamente en 1064, por Ulderico, obispo de Padua, y colocadas en la catedral de la misma ciudad.

SANTA GENOVEVA Ó GENOVEFA, VÍRGEN.

Santa Genoveva, á quien escogió por su patrona la ciudad de Paris, nació en una aldegüela llamada Nanterra, á dos leguas del mismo Paris, hácia el año de 422. Su padre se llamó Severo, y su madre Geroncia, ambos de condicion muy mediana; pero honrados y distinguidos por su piedad.

Cási desde la cuna previno Dios á la santa niña con sus dulces bendiciones; porque su modestia, su prudencia y su devocion, parecieron extraordinarias aun en los mas tiernos años de su infancia.

Pasó por Nanterra san German, obispo de Auxerre, yendo de camino á Inglaterra para combatir los errores de Pelagio, y concurriendo todo el pueblo á recibir su bendicion, el santo Prelado, ilustrado de superior luz, descubrió aquel tesoro escondido; y distinguiendo entre la muchedumbre á la niña Genoveva, de edad á la sazon de siete á ocho años, la habló en particular. Admirado de su piedad y de sus respuestas, la exhortó á consagrarse enteramente á Dios, y á no admitir otro esposo que Jesucristo. La niña, que ya tenia sentimientos muy superiores á su edad, le respondió que nunca habia tenido otro pensamiento, sino ser toda de Dios, y abrazar la profesion de las vírgenes cristianas; y san German, para confirmarla en esta resolucion, la dió una medalla de cobre donde estaba grabada la señal de la santa Cruz, como en arras de la fidelidad que habia ofrecido á Jesucristo, su celestial Esposo, de la cual hizo Genoveva tanta estimacion, que toda la vida la trajo colgada al cuello.

Crecia con la edad la virtud de Genoveva, y era cada dia mas vivo su amor á Jesucristo. Un dia de fiesta, yendo su madre á la iglesia, quiso obligarla á que se quedase en casa. Era sumamente rendida: pero creyó que no se oponia á la obediencia el representar á su madre que la permitiese ir tambien á hacer oracion; añadiéndola, que siendo esposa de Jesucristo, parecia tener algun derecho, y aun alguna mayor obligacion, á cortejarle en su iglesia. Estaba la madre de mal humor, y ofendida de lo que debiera edificarse, la dió una bofetada, mandándola que no la acompañase. Castigó Dios al punto un arrebatamiento tan poco cristiano, y quedó ciega la madre: ni recobró la vista hasta que se lavó los ojos con un poco de agua, sobre la cual rogó á la hija que hiciese la señal de la cruz.

Luego que Genoveva llegó á edad correspondiente, se consagró á Dios con voto solemne, y comenzó, segun la práctica que tenian en

aquel tiempo las vírgenes consagradas, á alimentarse de legumbres, á beber agua solamente, y á traer continuo cilicio. Dormia sobre la dura tierra, pasando en oracion las noches que precedian al domingo, al jueves, y á los dias en que habia de comulgar.

Habiendo muerto sus padres, se fué á Paris, donde la recogió su madrina, y allí pasó una vida humilde y oscura en el ejercicio de una austerísima penitencia y de perpetua oracion.

Por ese tiempo la asaltó una enfermedad tan extraordinaria, acompañada de tan crueles dolores, que la tuvieron por muerta, habiendo estado tres dias sin sentido. Sirvióse Dios de aquella especie de éxtasis para descubrirla muchos misterios, y para darla á entender lo mucho que habia de hacer y padecer por su amor en lo restante de su vida. Hizo confianza de esto, no sin alguna facilidad, á algunas personas indiscretas, y de aquí se la originaron nuevos motivos para ejercitar la paciencia.

Comenzóse á murmurar de su retiro, á censurar su modo de vida, y á notar de imprudentes ó de extravagantes sus ejercicios de mortificacion y de piedad. Probó Dios por algunos años la virtud de su sierva con el fuego de la mas viva persecucion; hasta que volviendo san German de su viaje de Inglaterra, confundió á todos sus envidiosos haciendo justicia á la virtud de nuestra Santa.

Pero no duró mucho la serenidad. Esparcióse en Paris una voz falsa de que los hunos se acercaban para destruir la ciudad: asustáronse todos; y queriendo la santa doncella consolarlos asegurando ser falso el rumor, se levantó contra ella, por esta obra de caridad, la mas cruel persecucion, y estuvo á pique de que la quemasen como hechicera y maga. Hallábase san German en Italia cerca del emperador Valentiniano, cuando tuvo noticia del peligro en que se hallaba la Santa. Inútilmente trabajó por libertarla: despachó luego á Paris al arcediano de Auxerre, y el mismo arcediano estuvo á peligro de ser maltratado por aquel furioso pueblo. Solamente se deliberaba sobre el género de suplicio con que se la habia de castigar, y muchos habian opinado ya que fuese entregada á las llamas, cuando Dios mudó de repente los corazones de todos.

La dulzura, la humildad, la paciencia, la inalterable tranquilidad que mostró la Santa en medio de tan gran riesgo, hicieron abrir los ojos á sus perseguidores. Reconocieron su inocencia; y condenando ellos mismos su propia pasion, desde allí adelante convirtieron el odio en veneracion de Genoveva.

Pero la Santa no se aprovechó de la quietud que comenzaba á go-

zar sino para aumentar los ejercicios de su piedad y de sus penitencias. No comia mas que dos veces á la semana, el jueves y el domingo; y fue menester precepto expreso del obispo para obligarla á usar de un poco de leche en su mayor ancianidad.

Una virtud tan eminente no podia dejar de resonar en las partes mas remotas. San Simeon Estilita se encomendaba en sus oraciones desde lo mas retirado de la Siria, y el nombre de Genoveva se hizo célebre cási en todo el ámbito del mundo.

Pasó los Alpes y el Ródano, Átila, rey de los hunos, é iba á echarse sobre Paris, cuando la Santa salió de su retiro, y exhortó al pueblo á que apaciguase la cólera de Dios con oraciones, ayunos y penitencias. Hallábase la ciudad entregada á estos devotos ejercicios, cuando se tuvo noticia de que el ejército de los bárbaros se habia retirado, y los parisienses atribuyeron este milagro á las oraciones de santa Genoveva.

Sitiaba Meroveo á Paris, y estaba reducida la ciudad á las últimas extremidades. Compadecida Genoveva de la extrema miseria en que se hallaba el pueblo por razon del hambre, se fué hasta Arcy del Atube, y llegó á Troya, donde juntando cantidad de trigo, se puso á la frente del convoy, y por medio de este socorro libertó á toda la ciudad.

Esta magnánima caridad, acompañada de muchos milagros, dió nuevo lustre á sus virtudes, haciéndose venerar aun de los mismos gentiles. Chilpérico, padre de Clodoveo, estimaba tanto á nuestra Santa, que nunca se atrevió á negarla cosa alguna que le pidiese. Á instancias suyas emprendió este Príncipe edificar aquella suntuosa iglesia, que consagró en nombre de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y con el tiempo fue dedicada á la misma santa Genoveva.

Aunque era tan ardiente su celo y su caridad con el prójimo, no por eso perdia nada de su recogimiento interior; y en medio del tumulto y de la muchedumbre estaba tan recogida como si se hallara en la soledad del desierto. Todos los años se encerraba extraordinariamente desde la Epifanía hasta Pascua; en cuyo tiempo de nadie se dejaba ver, tratando únicamente con las vírgenes que se habian puesto debajo de su direccion.

El amor y la devocion á la santísima Vírgen parecia la primera de todas sus virtudes; y esta era la que mas principalmente encomendaba á sus hijas, y á cuantas personas trataba.

Hallándose dotada del don de milagros y de profecía, respetada de los príncipes y de los prelados, y en singular veneracion de todo el pueblo, estaba tan llena de una profunda humildad, que tuvo mas que

padecer en los honores que la tributaban, que en las crueles persecuciones con que la habian ejercitado. En fin, adornada de tantos dones sobrenaturales, y colmada de merecimientos, murió en Paris á los ochenta y nueve años de su edad, el dia 3 de enero del año de 512, tan santamente como habia vivido.

Fue llevado su cuerpo con grande pompa á la iglesia de los santos Apóstoles, que se miraba como obra suya, y hoy tiene el título de la misma Santa. Conocióse muy desde luego cuán poderosa era para con Dios su intercesion. Y creciendo cada dia la devocion del pueblo, san Eloy se ofreció á trabajar de su mano la magnífica urna en que están depositadas sus reliquias, la cual se colocó después de la irrupcion de los normandos detrás del altar mayor, donde se conserva y se venera al presente.

El año de 887 vinieron los normandos á sitiar á Paris: entonces fue la primera vez que se sacó en procesion la urna de santa Genoveva, á cuya intercesion se atribuyó, con mucha razon, el levantamiento del sitio, al mismo tiempo que el enemigo se disponia para dar el asalto.

En 1129, una enfermedad llamada de los ardientes, porque era una especie de crisipela, acompañada de una ardiente calentura, que quitó la vida á innumerables personas, desolaba á todo Paris: bajóse la urna de santa Genoveva; y apenas se dejó ver al pié de la montaña, cuando cesó la epidemia, y catorce mil enfermos que habia en la ciudad cobraron repentinamente la salud.

Habiendo venido á Francia el año siguiente el papa Inocencio II, después de haberse informado exactamente de un hecho tan milagroso, ordenó que todos los años se celebrase la memoria en accion de gracias de tan singular prodigio, con el título *del milagro de los ardientes*. La devocion del pueblo con la Santa no se ha entibiado con el tiempo, y cada dia se experimentan los efectos de su proteccion, así en las calamidades públicas, como en las necesidades particulares.

La Misa de este dia es en honra de san Juan, apóstol y evangelista, cuya Octava celebra hoy la santa Iglesia, y la Oracion es como se sigue:

Ecclesiam tuam, Domine, benignus illustra: ut beati Joannis Apostoli tui, et Evangelistae illuminata doctrinis, ad dona perveniat sempiterna: Per Dominum nostrum Jesum Cristum...

Ilustrad, Señor, benignamente á vuestra Iglesia, para que alumbrada con la doctrina de vuestro apóstol y evangelista san Juan, llegue en fin á participar de vuestra eterna gloria.

La Epístola es del capítulo XV *del libro de la Sabiduría.*

Qui timet Deum, faciet bona: et qui continens est justitiae, apprehendet illam, et obviavit illi quasi mater honorificata, et quasi mulier à virginitate suscipiet illum. Cibavit illum pane vitae et intellectus, et aqua sapientiae salutaris potavit illum: et firmabitur in illo, et non flectetur: et continebit illum, et non confundetur: et exaltabit illum apud proximos suos, et in medio Ecclesiae aperuit os ejus, et adimplebit illum spiritu sapientiae et intellectus, et stola gloriae vestiet illum. Jucunditatem et exultationem thesaurizabit super illum, et nomine aeterno haereditabit illum Dominus Deus noster.

El que teme á Dios obrará bien, y el que guarda justicia la retendrá en todas sus obras, y ella misma le saldrá al encuentro como madre honorificada, recibiéndole con el gozo que la mujer vírgen á su esposo amado. Le alimentará con el pan de vida, é inteligencia, y le dará á beber la agua de la sabiduría saludable; y fijándose en él para que no vacile, le contendrá á fin de que no sea confundido: á él mismo lo ensalzará entre sus prójimos, y en medio de la Iglesia abrirá su boca, y le llenará de espíritu de sabiduría é inteligencia, y le vestirá con la estola de la gloria. Sobre él atesorará gozo y alegría, y le dejará por herencia un nombre eterno.

REFLEXIONES.

El que teme á Dios no se contenta con huir el mal, porque esto no tanto seria temer á Dios, como temer la pena y el castigo: aliéntate tambien á hacer el bien, porque el temor filial, cual debe ser el de Dios, quiere agradarle, y consiguientemente solicita hacer lo que agrada. La prudencia, ó por mejor decir, la verdadera sabiduría es inseparable de toda virtud cristiana. Tenga uno en buen hora todo el ingenio imaginable: sin esta guia no dará paso que no sea un precipicio: por el contrario, el mas moderado entendimiento, dotado de mucha piedad, pocas veces dejará de caminar con acierto.

Desengañémonos, que no hay otra verdadera sabiduría sino la de la salvacion eterna. La sabiduría del mundo es una necedad enmascarada, es una sabiduría insensata. Quien yerra en los principios, ¿cómo puede acertar en lo demás? Algun dia conocerán esos sabios de perspectiva, aunque lo conocerán muy tarde, que anduvieron errados y descaminados. *Ergo erravimus... nos insensati.*

La verdadera sabiduría consiste en no equivocar el fin, y en acertar con los medios. Y pregunto: ¿son por ventura de este carácter esos discretones del mundo? No tienen, pues, que aspirar á esta verdadera gloria, ni crean que la sabiduría cristiana se halla en los sabios del siglo. Con toda verdad se puede decir que no hay rectitud, no hay bondad, no hay entendimiento sino en los buenos cristianos:

ellos solos son los sabios verdaderos. Ellos sí que logran la alegría, la quietud, y aun la felicidad de esta vida. Mientras viven son respetados, y esta gloria los acompaña hasta la sepultura. Es la estimacion un tributo que se debe á la virtud. Ninguno se exime de pagarle. Aun los mismos que la persiguen la respetan. No puede separarse la verdadera gloria de la verdadera piedad. Buen Dios, ¿qué inmortalidad puede esperar el que se condena?

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Juan.*

In illo tempore: Dixit Jesus Petro: Sequere me. Conversus Petrus, vidit illum discipulum, quem diligebat Jesus, sequentem: qui et recubuit in coena super pectus ejus, et dixit: Domine, quis est qui tradet te? Hunc ergo cum vidisset Petrus, dixit Jesu, Domine, hic autem quid? dicit ei Jesus: Sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Tu me sequere. Exiit ergo sermo iste inter fratres quod discipulus iste non moritur. Et non dixit Jesus: Non moritur; sed, Sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Hic est discipulus ille, qui testimonium perhibet de his, et scripsit haec, et scimus quia verum est testimonium ejus.

Al tiempo de establecer Cristo su apostolado, dijo á Pedro: sígueme. Volviéndose Pedro, reparó que le seguia aquel otro discípulo amado de Jesús, el mismo que se reclinó sobre su pecho cuando la cena, y que le preguntó: ¿quién es el que te entregará? Y habiéndolo visto Pedro, dijo á Jesús: Señor, ¿qué ha de ser de este discípulo? A quien respondió Jesús: Si es mi voluntad que permanezca hasta mi venida, ¿qué te importa? Tú, sígueme. De aquí resultó la voz entre los hermanos, sobre que aquel discípulo no moriria, lo que no dijo Jesús; sino es: si yo quiero que permanezca hasta mi venida, ¿qué te importa? Este es aquel discípulo que da testimonio de estos hechos y los escribe; y sabemos que es verdadero su testimonio.

MEDITACION.

Que toda dilatacion de la conversion es perniciosa.

Punto primero.—Considera qué gran desgracia es morir sin haberse convertido: pues la misma es, poco mas ó menos, hablando por lo comun, el dilatar la conversion. Mientras solo se piensa en convertirse, ninguno se convierte.

Al presente no tengo gana de convertirme: pero ¿la tendré otro dia? No quiero convertirme hoy: ¿acaso querré mañana? ¿Quién me puede prometer, ni quién me puede asegurar que llegaré á mañana? ¡Gran locura, confiar la salvacion á lo mas incierto de la vida! Estar persuadido á que es menester convertirse; confesar que no se quisiera morir, sin haberse convertido, y no convertirse al instante, y merecer no convertirse jamás.

Al presente no tienes fuerzas para romper esos lazos, ¿y los rom-

perás mas fácilmente cuando se hayan multiplicado mas? ¿Y tendrás mayores fuerzas cuando tambien las tenga mayores la costumbre?

Dices que ahora no tienes tiempo, ¿y cuándo llegará el caso de que le tengas? ¿Por qué no será el tiempo de tu conversion el tiempo presente? ¿Por ventura te ha dado Dios este año nuevo para que no te conviertas hasta el año que viene? ¿Qué es lo que ahora te embaraza convertirte? Y dime, ese estorbo, ese embarazo, ¿vale tanto como tu conversion, como tu salvacion eterna? Ó que no tengo tiempo. ¡Excusa verdaderamente miserable! Pues ¿ignoramos por ventura que si nosotros mismos no nos tomamos el tiempo, ni el mundo, ni los amigos, ni los negocios no nos le concederán jamás?

¡Ó qué ceguedad tan digna de compasion! Con la mayor seguridad caminamos á la muerte sobre la peligrosa esperanza de un tiempo de preparacion, que puede ser no lleguemos á ver nunca.

¡Ah, Señor! si el año pasado hubiera sido el último de mi vida, como lo fue de tantos otros; ¡qué seria ahora de mí! estoy en el principio de este, incierto si le acabaré; pero no incierto si me convertiré; pues con el auxilio de vuestra gracia estoy bien resuelto á no diferir mi conversion ni un solo dia.

Punto segundo. — Considera que rehusar convertirse en el tiempo presente, es decir que todavía no se ha ofendido á Dios bastantemente, que es menester estar todavía un poco mas tiempo en su desgracia. Querer convertirse algun dia, y no querer que sea hoy, es querer disponer segun nuestro capricho del tiempo, de los tesoros, de los méritos, y hasta de la misma gracia de Jesucristo: querer dar reglas á la Sabiduría divina, sujetar la Providencia á nuestro humor, y hacerla esclava de nuestras mismas pasiones. ¡Qué impiedad! ¡qué extravagancia! ¿y habrá todavía valor para decir: yo me quiero convertir; pero será allá para otro tiempo? ¿quiero entregarme á la devocion, pero allá mas adelante? ¿Comprendes por ventura el verdadero, el ridículo sentido de una proposicion tan poco cristiana?

¿Temo acaso que me convierta demasiadamente temprano, si es que me convierto este año? ¿Recelo quizá, que si comienzo desde luego á amar á Dios, me ha de quedar demasiado tiempo para amarle? Pasóse ya el tiempo mas florido de mi edad. Ya no me resta mas que una porcion de vida gastada, usada y roida en el servicio del mundo. ¡Y con todo eso delibero! ¡Aun me resisto á dar á Dios estas miserables reliquias! Ciertamente es menester hacer bien poco caso de la amistad de Dios para tratarle de esta manera.

¡Ay, y qué dolor en la hora de la muerte cuando llegue á pensar que yo fuí aquel discípulo á quien Jesús amaba, y que no quiso amar á Jesús! Sí, Jesús me amaba cuando interiormente me llamaba á que mudase de vida: Jesús me amaba cuando me concedia aquellos bellos dias, aquellos largos años para que hiciese penitencia: Jesús me amaba cuando me convidaba con su gracia al principio de este año: Jesús me amaba cuando me ponia á la vista la inocencia, la penitencia, la caridad y todos los ejemplos de virtud de santa Genoveva, y de tantos otros Santos. Reflexiones sólidas, meditaciones eficaces, discursos concluyentes: todas eran pruebas sensibles del amor que Dios me profesaba. Pero todo fue inútil para mí, porque no me dió la gana de convertirme. ¡Ó Dios, qué cruel remordimiento!

Muérame, Señor, ahora en vuestro amor, si he de vivir algun tiempo sin amaros. Vos me amais, y todo me convence vuestra ternura. Esto es hecho: desde este mismo instante comienzo nueva vida, con esperanza de que todo os ha de acreditar perpetuamente mi eterno amor y mi perfecta conversion.

Jaculatorias. — Yo comencé tarde á amaros, Señor, mas ya doy principio, y confieso ser obra de vuestro excelso brazo esta mi conversion. (*Psalm.* VI).

Resuelto estoy, y así lo he prometido, á guardar en adelante vuestros santos mandamientos. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Lee delante de un Crucifijo los propósitos que hiciste ayer, y el nuevo plan de vida que te propusiste. Mira si hay que añadir, nota los embarazos que pueden ofrecerse, y deja tambien anotados los medios de que te has de servir para vencerlos. En esto es absolutamente necesario proceder con especificacion y con menudencia. Las resoluciones indeterminadas, vagas y genéricas solo sirven para adormecer los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada: lisonjean y engañan con la esperanza de una conversion futura, pero jamás convierten.

2 Comienza haciendo á Dios algun corto sacrificio, ya sea contradiciendo tu propia voluntad y tu amor propio en ciertas cosas: ya sea mortificando tus sentidos en muchas ocasiones, ya sea privándote de lo que mas te gusta y te divierte. Nada sirven los grandes proyectos de conversion, si no se reducen á la obra. Todas las lecciones de moral son prácticas. No es rico el que solo sabe contar gran-

des cantidades, sino el que es dueño de las cantidades que cuenta. De la misma manera es menester que las obras acrediten lo que cada uno quiere ser, y lo que es efectivamente.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

La Octava de los santos Inocentes.

San Tito, en la isla de Creta (hoy Candía), ordenado obispo de aquella isla por el apóstol san Pablo: después de haber cumplido exactamente con su apostólico mnisterio, acabó felizmente sus dias, y fue sepultado en la iglesia de que habia sido digno pastor. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Prisco, presbítero, Prisciliano, clérigo, y Benita, mujer religiosa, en Roma, que fueron martirizados imperando el apóstata Juliano.

Santa Dafrosa, mujer de san Flaviano, mártir, en Roma, la cual después de la muerte de su marido, primeramente fue desterrada, y luego degollada por órden del mismo príncipe.

Los santos mártires Hermes, Aggeo y Cayo, que fueron martirizados siendo emperador Maximiano.

La conmemoracion de san Mavilo, mártir, en Adrumeto de África, al cual condenó á las bestias el cruelísimo presidente Escápula en la persecucion del emperador Severo: y de esta suerte alcanzó la corona del martirio.

Los ilustres mártires Aquilino, Gemino, Eugenio, Marciano, Quinto, Teodoto, y Trifon, en el África.

San Gregorio, obispo, en Langres de Francia, esclarecido con milagros.

San Rigoberto, obispo y confesor, en Reims de Francia.

SAN TITO, OBISPO Y CONFESOR, DISCÍPULO DE SAN PABLO, OBISPO.

San Tito habia nacido gentil, y parece haber sido convertido por san Pablo; pues le llama su hijo en Cristo. Su extraordinaria virtud y su mérito le granjearon la estimacion particular y el afecto de este Apóstol; pues le hallamos empleado de intérprete y secretario suyo; y aquel le llama su hermano y compañero en los trabajos: elogia excesivamente su solicitud y su celo por la salvacion de sus hermanos, y expresa en el modo mas tierno el consuelo y el alivio que halla en él; en tal grado que en cierta ocasion dijo, no tenia su espíritu tranquilidad porque no habia encontrado á Tito en Troas. En el año de 51 acompañó á san Pablo al concilio celebrado en Jerusalen con ocasion, y sobre el asunto de los ritos mosáicos. Aunque el Apóstol habia consentido en la circuncision de Timoteo para hacer á este ministro aceptable á los Judíos, no quiso sin embargo condescender en

lo mismo con Tito, temeroso de dar de este modo alguna especie de aprobacion al error de ciertos falsos hermanos, que defendian, no haber sido abolidos por la Ley de gracia los institutos ceremoniales de la de Moisés. Á fines del año de 56 envió san Pablo á Tito desde Éfeso á Corinto con plena facultad y comision de remediar algunos escándalos, y de apaciguar tambien las disensiones de aquella iglesia. El Santo fue recibido en ella con grandes muestras de respeto y plenamente satisfecho en órden á la penitencia y sumision de los delincuentes; pero no pudieron vencerle á que aceptase presente alguno aun en el gasto de su escaso sustento. Su amor á esta iglesia fue muy considerable, y á solicitud de ellos intercedió con san Pablo para que perdonase á los que habian sido incestuosos. En el mismo año fue enviado segunda vez por el Apóstol á Corinto á disponer las limosnas que señalaba la Iglesia para los pobres cristianos de Jerusalen. Todas estas particularidades nos las enseña el mismo san Pablo en sus dos Epístolas á los de Corinto.

Volviendo el Apóstol de Roma al Oriente, después de su primera prision, hizo alto en la isla de Creta para predicar en ella la fe de Jesucristo; pero clamando por su presencia las necesidades de otras iglesias, ordenó obispo de aquella isla á su muy caro discípulo Tito, y le dejó acabar la obra que habia el Apóstol principiado con tan buen suceso. «Podemos formar juicio, dice san Crisóstomo, por la «importancia del cargo, cuán grande seria la estimacion que san Pa«blo hacia de su discípulo.» Pero viendo que era de mucha consecuencia la pérdida de un compañero tal, á su vuelta á Europa, en el siguiente año, le ordenó el Apóstol que fuese á encontrarse con él á Nicópolis en Epiro, donde pensaba san Pablo pasar el invierno, y salir para aquel lugar luego que llegase á Creta ó Tychicho, ó Arthemas, á quienes enviaba á suplir la ausencia en su encargo. Estas instrucciones las envió san Pablo á Tito en la Epístola canónica dirigida á él durante su jornada á Nicópolis en el otoño del año de 64. Ordenóle que estableciese *Sacerdotes*, esto es, obispos, como interpretan san Gerónimo, san Crisóstomo y Teodoreto, en todas las ciudades de la isla. Recopila las principales cualidades que son necesarias en un obispo, y le da un particular consejo tocante á su propia conducta para con su rebaño, exhortándole á sostener el rigor de la disciplina, pero sazonado con la dulzura y la suavidad. Contiene esta carta las reglas de la vida episcopal; y la misma, que podemos ver copiada con la mayor fidelidad en la vida de este discípulo. Hallamos á Tito en el año de 65 enviado por san Pablo á predicar á Dalmacia. Volvió

segunda vez á Creta, y estableció la fe católica en ella, y en las pequeñas islas adyacentes. Últimamente debe concluirse diciendo, que este Santo acabó una laboriosa y santa vida con una dichosa muerte en Creta, en una edad muy avanzada, que algunos afirman haber sido el año 94. El cuerpo de san Tito fue custodiado con gran veneracion en la catedral de Gortina, de cuya ciudad, metrópoli antigua de aquella isla, situada seis millas del monte Ida, se advierten todavía las ruinas. Habiendo sido destruida esta ciudad por los sarracenos en el año de 823, jamás volvieron á descubrirse estas reliquias; á excepcion de su cabeza, que fue conducida á Venecia, y que actualmente se venera en la basílica ducal de San Marcos. San Tito ha sido reputado en Creta por primer arzobispo de Gortina; cuya silla metropolitana está establecida en Candía, desde que esta nueva metrópoli fue fundada por los sarracenos. La catedral de la ciudad de Candía, que ahora da este nombre á toda la isla, tiene por titular el de nuestro Santo. Los turcos dejaron esta iglesia en poder de los Cristianos: y la ciudad de Candía fue fundada en el siglo IX, diez y siete millas distante de la antigua Gortyn, ó Gortina; y bajo el metropolitano de Candía hay al presente en esta isla siete obispos sufragáneos de la comunion griega.

Cuando san Pablo eligió para el ministerio á Tito, ya era santo este discípulo, y el Apóstol halló en él todas las condiciones que con tanta severidad le encargó que exigiese en cuantos hubiese de honrar con el cargo de pastor. Es ilusion de un celo falso, y una tentacion del enemigo para los jóvenes, novicios en la virtud, principiar á enseñar antes de haber aprendido ellos mismos á practicarla. Seguro es el perecer á un pájaro que deja el nido antes de saber volar. Los árboles que arrojan sus botones antes de la sazon regular, no dan el fruto, ó porque la flor cede á los rigores del hielo, ó porque queda marchita con los ardores del sol. Así aquellos que se entregan al ministerio exterior antes de que su espíritu esté enteramente lleno de las máximas del Evangelio, arrojan su interior virtud cuando es aun muy tierna, y producen solamente un fruto impuro, y aun vicioso. Todo el que emprende el cargo pastoral, además de una perfecta instruccion en la divina ley, máximas y espíritu del Evangelio, de una experiencia, discrecion, y de un conocimiento grande del corazon del hombre, es necesario haber seriamente procurado morir para sí mismo, por medio de una práctica habitual de la negacion de sí propio, y de una profunda y radicada humildad: y es forzoso estar tan ejercitados en la santa contemplacion, que pueda retener esta disposicion

habitual de alma en medio de las exteriores ocupaciones, y pueda en ellas decir : *Yo duermo, pero vela mi corazon;* esto es : Yo duermo para todas las cosas terrenas, y estoy despierto solamente para mi amigo y mi Esposo celestial ; abismado en las ideas y en los deseos del mas ardiente amor.

La Misa es en honra de los santos Inocentes, cuya Octava celebra hoy la santa Iglesia, y su Oracion es la que sigue:

Deus, cujus hodierna die praeconium Innocentes martyres non loquendo, sed moriendo confessi sunt: omnia in nobis vitiorum mala mortifica, ut fidem tuam quam lingua nostra loquitur, etiam moribus vita fateatur: Per Dominum nostrum...

Dios y Señor, cuya gloria confesaron hoy los santos Mártires Inocentes, no con sus palabras, sino con su muerte y con su sangre; haced que mueran en nosotros todos los vicios, para que aquella fe que confesamos con la boca, la confiese tambien nuestra vida con las costumbres. Por Nuestro Señor Jesucristo, que vive, y reina, etc.

La Epístola es del capítulo XIV *del Apocalipsi de san Juan.*

Et vidi: et ecce Agnus stabat supra montem Sion, et cum eo centum quadraginta quatuor millia habentes nomen ejus, et nomen Patris ejus scriptum in frontibus suis. Et audivi vocem de coelo, tanquam vocem aquarum multarum, et tanquam vocem tonitrui magni: et vocem, quam audivi, sicut citharoedorum citharizantium in citharis suis. Et cantabant quasi canticum novum ante sedem, et ante quatuor animalia, et seniores: et nemo poterat dicere canticum nisi illa centum quadraginta quatuor millia, qui empti sunt de terra. Hi sunt, qui cum mulieribus non sunt coinquinati: Virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quocumque ierit. Hi empti sunt ex hominibus primitiae Deo, et Agno, et in ore eorum non est inventum mendacium: sine macula enim sunt ante thronum Dei.

Ví (dice san Juan) al Cordero que estaba sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil personas, que tenian escrito en las frentes su nombre, y el de su Padre. Tambien oí una voz del cielo, como la del ruido de muchas aguas y de un gran trueno; pero la que oí era armoniosa, á la manera de la que entonan en sus cítaras los que las tocan; y cantaban como un nuevo cántico ante el Trono cuatro animales, y ancianos á él asistentes; sin que pudiera alguno otro decir aquel cántico, excepto los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron los redimidos de la tierra. Vírgenes, que no se mancharon con mujeres los que seguian al Cordero donde fuere. Comprados de los hombres como primicias para Dios y el Cordero, en cuyos labios no se encontró falsedad, estantes sin mancha ante el trono de Dios.

REFLEXIONES.

Solamente en la elevacion del monte, donde el aire es siempre puro, se ve al Cordero inmaculado, y en su compañía aquella multitud

de almas escogidas, que no se avergonzaron del Evangelio; y pisando generosamente todos los respetos humanos, hicieron gloriosa vanidad de servirle, llevando escrito su nombre en la misma frente á vista de todo el mundo. Una virtud mediana, una alma tibia y cobarde no pierde jamás de vista á la tierra, y así solo ve al Cordero muy de léjos. No basta tener su nombre en la boca: es menester llevarle estampado en la frente. Muchos temen hacer una declaracion tan pública, porque después es menester sostenerla con una conducta irreprensible. Es menester parecer cristiano; pero tambien es menester que cada uno sea lo que parece. Nuestras costumbres, y nuestras operaciones han de decir mudamente la religion que profesamos.

¡Qué gran don es la virginidad! ¡Qué excelentes son sus méritos! ¡Qué grandes los privilegios que goza! Solamente las vírgenes siguen al Cordero á cualquiera parte donde vaya: ellas solas están cerca de su persona: ellas solas, digámoslo así, componen su corte. Como la virginidad es el estado mas perfecto, el mas excelente, cualquier favor señalado, cualquiera gracia distinguida parece que se reserva para las almas que la profesan. Quiso Dios que el sacrificio de las vírgenes en la persona de los santos Inocentes consagrase, por decirlo así, las primicias de la redencion. Ciertamente Dios no se complace sino en las almas puras: ellas tienen el privilegio de conocerle mas perfectamente en esta vida, y ser mas distinguidas en la otra. Para conservarse delante del trono de Dios es menester no tener mancha.

El Evangelio es del capítulo II *de san Mateo.*

In illo tempore: Angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. Futurum est enim, ut Herodes quaerat puerum ad perdendum eum. Qui consurgens accepit puerum, et matrem ejus nocte, et secessit in Ægyptum: et erat ibi usque ad obitum Herodis, ut adimpleretur quod dictum est à Domino per Prophetam dicentem: Ex Ægypto vocavi filium meum. Tunc Herodes videns quoniam illusus esset à Magis, iratus est valde, et mittens occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem, et omnibus finibus ejus, à bimatu et infra, secundum tempus, quod exqui-

A poco de haber nacido Jesucristo, se apareció á José en sueños el Ángel del Señor, diciéndole: Levanta, coge el Niño y á su Madre, huye á Egipto, y permanece allí hasta que te avise. Porque sucederá que Herodes le busque para quitarle la vida. Levantándose José cogió al Niño, y á su Madre en aquella noche, y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese el dicho del Señor por el Profeta; á saber: *llamé á mi hijo de Egipto.* Entonces viéndose Herodes burlado por los Magos, se irritó en extremo, y mandó dar muerte á todos los niños que habia en Bethlem y en sus confines, de dos años, y menores de esta edad, segun

sierat à Magis. Tunc adímpletum est quod dictum est per Jeremiam Prophetam dicentem: Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus, Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.

el tiempo que averiguó de los Magos; cumpliéndose el vaticinio de Jeremías profeta, que dijo: *Una voz se oyó en Rama de mucho llanto y alarido: Rachel llora á sus hijos, sin querer consolarse porque no existen.*

MEDITACION.

De la estrecha necesidad que todos tenemos de convertirnos.

Punto primero.—Considera si quisieras morir en la disposicion en que te hallas con los defectos que tienes, y con los remordimientos de conciencia que te punzan. Pues ¿para qué dilatas á otro tiempo esta indispensable reforma?

¡Cosa extraña! Todos convienen en que tienen necesidad de convertirse. Pásanse las reflexiones, las meditaciones en conocer los defectos, los vicios que nos dominan; y después de dos años, de seis años, de diez años que se ha hecho esta revista, que se ha hecho esta confesion, todavía la conversion, la reforma de las costumbres se está por hacer.

Si creemos que tenemos necesidad de convertirnos algun dia, ¿qué razon tenemos para no convertirnos el dia de hoy? ¿Tememos acaso convertirnos muy temprano? ¡Pero ah! que aunque lo hiciéramos hoy, siempre tendríamos el dolor de haberlo hecho muy tarde.

Eres jóven, eres mozo. ¿Y por ventura, Dios nos pide únicamente los años, los dias de la vejez? Eres rico, estás en empleo, eres hombre distinguido: ¿luego es menester vivir en pecado? luego es menester proseguir en ofender á Dios? ¿luego es menester menospreciar su gracia? Causan horror estas consecuencias. Pero ¿de qué otra manera se razona, se discurre, cuando se dilata la conversion con tan frívolos pretextos? ¿Y tú no te quieres convertir hoy? Pues tampoco te convertirás mañana. Cuanto mas adelante vayas, tendrás que vencer mayores dificultades. Si hoy te dominan las pasiones, el interés y los respetos humanos, mañana te tiranizarán. No hay que perder tiempo; porque todo se puede temer cuando se pierde el tiempo y no se aprovecha la gracia; cuando se resiste á estas reflexiones, á estas inspiraciones apretantes, de que quizá está pendiente tu eterna salvacion.

Señor, ¿si serán de esta consecuencia las que yo siento en este instante? Si lo son y las desprecio, ¡desdichado de mí! Ya es tiempo de que se acaben mis irresoluciones: esto es hecho; quiero ser vues-

tro, mi Dios, quiero ser vuestro sin reserva. Ya no mas medios deseos; ya no mas vanos pretextos; ya no mas peligrosas dilaciones.

Punto segundo.—Considera que hay circunstancias favorables, hay ciertos modos felices en órden á la salvacion, los cuales importa mucho aprovecharlos bien, y es muy peligroso despreciarlos. ¿Quién nos ha dicho que no es el dia de hoy ese dia crítico? Dios llama, Dios solicita, Dios aprieta con voces interiores. ¡Oh! que es mucho de temer cuando Dios calla.

¡Qué ocasion mas favorable para la conversion de Herodes! ¡qué momento mas feliz, que el arribo de los Magos! ¡Qué dicha la de este Rey, si de buena fe hubiera querido buscar á su Dios y á su Salvador, que le advirtió de su venida y le convidó para que fuese á visitarlo! Tuvo Herodes pensamiento de hacerlo: no cesó la gracia de solicitarle interiormente. Este fue el momento crítico de su salvacion. ¿Y esta misma meditacion no será acaso para alguno ese crítico momento? Resistió Herodes á la gracia: dispertósele el temor, la ambicion, los vanos celos de Estado: revolviéronsele todas las pasiones; ¡y á que excesos de impiedad, de furor y de crueldad no precipitaron á este tirano! ¡Oh, qué desdicha es hacer resistencia á la gracia!

Demasiado tiempo há, Señor, que yo resisto á las que Vos me dispensais benignamente: eternamente sea bendita vuestra misericordia, porque habeis querido aguardarme hasta este dia. Conozco que tengo necesidad de reformar mis costumbres, de vencer mis pasiones, de arreglar mi vida segun vuestras máximas. Sea siempre, Señor, vuestra gracia mas abundante, porque pretendo no dilatar mi conversion ni un solo dia.

Jaculatorias.—Mi corazon está preparado, Dios mio, mi corazon está preparado á hacer vuestra divina voluntad. (*Psalm.* LVI).

Sí, mi Dios y mi Señor: yo os amaré en adelante: yo os amaré, y siendo vos mi fortaleza, espero amaros por toda la eternidad, á pesar de mi enemigo el demonio. (*Psalm.* XVII).

PROPÓSITOS.

1 Inútilmente se concluye la necesidad de enmendarse, si la vida no acredita prácticamente la enmienda. Examina seriamente, y con un espíritu verdaderamente cristiano todo lo reprensible que hay en ti, todo lo que necesita reformarse. ¿No hay alguna mala costumbre? ¿No hay alguna ocasion próxima, ó remota? Ese espíritu altanero;

ese genio impaciente; ese humor colérico; esa habitual delicadeza en el comer, en el vestir, y en todo lo que se hace; esa negligencia voluntaria en el cumplimiento de las obligaciones del estado ó del empleo; esa falta de devocion, y aun de respeto en los ejercicios mas sagrados de la Religion; esa indevocion diaria que cási ha pasado ya á naturaleza, sobrados materiales ofrecen para una gran reforma. Señala dos ó tres defectos de estos, escogiendo los mas capitales: y no dejes pasar este dia sin haber puesto en práctica lo que hubieres determinado.

2 Acude hoy á la iglesia, asiste al santo sacrificio de la misa, haz tus ejercicios espirituales con tanta modestia, con tanto fervor, con tanta devocion, que sean como pruebas efectivas de la sinceridad de tus propósitos. Muestra en todas ocasiones aquella dulzura, aquella modestia cristiana, de la cual nos dió Jesucristo tan bellas, tan concluyentes y tan expresivas lecciones. Y para nutrir, para fomentar esta buena voluntad, este nuevo fervor, repite muchas veces entre dia las palabras del Profeta: Mi corazon está preparado, Señor, mi corazon está preparado. *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* (*Psalm.* LVI).

DIA V.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de la Epifanía del Señor.

San Telesforo, papa, en Roma. *(Véase su vida en las de este dia).*

La conmemoracion de muchos santos Mártires, en Egipto, que fueron muertos en la Tebaida con diverso género de tormentos durante la persecucion de Diocleciano.

San Simeon, monje, en Antioquía, que vivió muchos años encima de una columna, por lo cual fue llamado el Estilita, esto es, columnario, cuyos hechos y manera de vida fueron admirables. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Eduardo, rey, en Inglaterra, insigne por la virtud de la castidad y por el don de hacer milagros, cuya fiesta por decreto del papa Inocencio XI se celebra el dia 13 de octubre, en que fue trasladado su sagrado cuerpo. *(Véase su vida en dicho dia).*

Santa Sincletica, vírgen, en Alejandría, cuyos esclarecidos hechos escribió san Atanasio. *(Véase su vida en las de este dia).*

Santa Emiliana, vírgen, en Roma, tia de san Gregorio, papa, la cual llamada por su hermana Tarsila, que estaba ya en el cielo, en este mismo dia la siguió pasando de esta vida á la eterna.

Santa Apolinar, vírgen, en el mismo dia. *(Véase su vida en las de este dia).*

LA VIGILIA DE LA EPIFANÍA.

Celebra hoy la Iglesia el Oficio, y hace como la fiesta de la Epifanía, para disponer los fieles con un modo particular á la celebracion de este gran misterio, y para darles con esta festividad preparatoria una idea mas alta de la solemnidad de mañana.

Lo que singularmente hizo mas célebre en la Iglesia esta vigilia, fue el bautismo de los catecúmenos, cuya ceremonia se hacia esta noche en el Oriente con mayor pompa, y con mas solemne aparato que se ejecutaba en el Occidente la vigilia de Pascua y de Pentecostes. Encendíase esta noche un gran número de lámparas, de velas y de hachas, y el pueblo la pasaba toda en la iglesia, dedicado á ejercicios de leccion y de oracion.

Habiéndose mudado la costumbre de las vigilias nocturnas, se trasladó esta fiesta al dia precedente, con el oficio, y con parte de las ceremonias. Dispensóse en el ayuno, que siempre servia de preparacion á las mayores solemnidades, en atencion á que este dia estaba comprendido entre Navidad y Reyes, cuyo tiempo se consideraba como una fiesta continuada: *inter Natale Domini, et Epiphaniam omni die festivitates sunt*, dice el concilio Turonense. Porque el ayuno siempre debia ir acompañado de luto y de tristeza, y la fiesta estaba pidiendo de justicia gala y alegría.

No contribuia poco á esta misma solemnidad la bendicion de las aguas que llamaban *saludables*, la cual se hacia tal noche como esta para bautizar á los catecúmenos. Y es que la Iglesia, siguiendo una tradicion antiquísima, siempre hacia memoria del bautismo de Jesucristo en el mismo dia de la Epifanía.

San Juan Crisóstomo dice en un sermon, que los fieles de su tiempo, aun los que ya estaban bautizados, tenian la devocion de lavarse con estas aguas como santificadas por la bendicion de la Iglesia, y de llevarlas á sus casas. Á la media noche de esta solemne fiesta, dice este Padre, todos los fieles, después de haberse lavado con las aguas saludables, que por la bendicion de la Iglesia están como revestidas de la virtud de aquellas que consagró con su bautismo el Salvador del mundo, las llevan á sus casas, y las guardan dos y tres años, conservándose tan claras y tan puras, como si acabaran de salir de la fuente. *Biennio, et triennio saepe quae hodie fuit hausta, incorrupta, et recens permanet, ac post tantum temporis cum iis quae fuerunt è fontibus eductae certant.*

Aunque los orientales incurrieron después en una infinidad de errores, y cási todos están divididos por el cisma y por la herejía, se observa que cási todos han conservado esta ceremonia. Cada territorio bendice el rio que le baña con largas oraciones y preces; y después concurre un inmenso gentío de todas condiciones y estados á meterse en él, como para renovar su bautismo en memoria del de Jesucristo. Esta ceremonia se observó tambien por algun tiempo en las iglesias de África, como lo prueba el milagro que hizo san Eugenio, obispo de Cartago, curando á un ciego la vigilia de la Epifanía, durante la bendicion de las aguas bautismales, en presencia de todo el pueblo que asistia á los solemnes oficios de la noche.

La Iglesia latina no siguió la misma costumbre, teniendo por mas conveniente practicar la ceremonia de bendecir las aguas bautismales en la vigilia de Pascua y de Pentecostes; pero con todo eso celebró siempre la vigilia de la Epifanía con tanta solemnidad, que aun en las vísperas del dia precedente hace memoria de ella como de fiesta muy particular.

Aunque por justos motivos suprimió la Iglesia el estilo de pasar en oracion las noches de las vigilias, llamadas así porque en ellas se velaba y no se dormia, preparándose los fieles de esta manera para celebrar la fiesta del dia subsiguiente, no por eso los dispensó de esta preparacion. Con este espíritu quiere que se ayune en las mas de las vigilias; y aunque en la de hoy dispensa el ayuno por la razon que llevamos insinuada, no es su ánimo dispensar en las otras buenas obras que deben acompañarle; antes desea que esta mortificacion se supla con el ejercicio de una devocion mas fervorosa.

Es error pensar que las fiestas no son mas que dias de descanso, y es mayor error imaginarlas como dias que se deben dedicar á profanas diversiones. Césase en ellas, es verdad, de toda obra servil; pero es únicamente para que nos entreguemos con mayor desembarazo á las que inmediatamente se dirigen al mayor bien de nuestras almas. Los dias de fiesta son dias de alegría, no lo niego; pero de una alegría toda espiritual y toda santa.

Tambien es cierto que en los primitivos tiempos de la Iglesia se estilaban muchos festines y convites en los dias de fiesta. Pero ¿qué convites y qué festines? Aquellos, dice Tertuliano, en que reinaba la frugalidad, se servia la templanza, y se hacia ostentacion de la piedad: festines que instituia la caridad y alentaba la Religion para contraponerlos á los escandalosos excesos de los paganos. Su mayor aparato era la modestia: llamábanse *caridades*, porque todo el gasto

que se hacia era principalmente en obsequio de los pobres: *Vocatur Agape, id, quod penes graecos dilectio est, quantumcumque sumptibus constet, lucrum est, pietatis nomine, facere sumptum; siquidem inopes quoque refrigerio isto juvamus.* Los gastos que se hacen en obsequio de la caridad no son gastos, que son lucros: empléanse aquellos no tanto en el regalo de los ricos, como en el refrigerio de los pobres. Así se explica Tertuliano. Y pregunto: ¿pudiera explicarse así, si hablara de los festines y de los convites que en los dias de fiesta se suelen hacer en nuestros tiempos?

Cada dia se ve que todo lo que es conforme á la inclinacion de nuestros sentidos, por santo que sea en su primitiva institucion, presto degenera en reprensibles excesos. Aquellos convites de la caridad y de la Religion degeneraron ya en banquetes de la vanidad, y no pocas veces del desórden. Hácense grandes gastos para contentar la gula de los ricos, no para satisfacer la necesidad de los pobres. Y ¿cuántas veces á costa del sudor, y aun del crédito de los pobres, banquetean tiranamente los ricos? Entre los fieles no debiera haber convite, en que no fuesen los pobres los primeros convidados.

Es probable que la costumbre de echar rey en este dia sea muy antigua, y tambien muy loable en su principio. Quizá se introduciria para que en cada casa, en cada familia hubiese uno que con el nombre de rey, á imitacion de los Magos, se esmerase en adorar, en reverenciar el dia de mañana á Jesucristo. Hace verosímil esta conjetura el no descubrirse rastro de supersticion en esta costumbre, y el constar que siempre la practicaron las familias mas piadosas y arregladas. Pero el tiempo todo lo vicia, siendo cierto que las costumbres mas honestas y mas santas degeneran en reprensibles excesos, pasando á ser usos ilícitos y licenciosos por la depravada corrupcion del corazon humano.

SAN TELESFORO, PAPA Y MÁRTIR.

Entre los soldados valerosos de Jesucristo, auxiliares de los Apóstoles en la promulgacion de la fe, se refieren aquellos esclarecidos varones solitarios, imitadores de los santos profetas Elías y Eliseo, habitantes en el monte Carmelo, donde en honor de la santísima Vírgen edificaron un oratorio para darle culto. Los cuales bien entendidos del cumplimiento literal de los oráculos antiguos en la persona de Cristo, verdadero Mesías, prometido en la Ley y en los Profetas, predicaban su Evangelio entre los gentiles y Judíos esparcidos por

Palestina, Samaria y otras provincias. Uno de los profesores de este instituto fue san Telesforo, griego de nacion, hombre de eminente santidad, de ingenio sobresaliente, y de extraordinaria grandeza de espíritu, cuya fama no solo ilustró las vastas regiones del Oriente, sino que llegó á Roma, donde bien conocido su mérito, después de la muerte del papa Sixto I, fue electo sumo Pontífice en el dia 9 del mes de abril del año 139, en tiempo del imperio de Antonino Pio.

Tenia la Iglesia necesidad de un Pastor magnánimo, brioso, y científico, en tiempo que el furor de los gentiles la perseguia de muerte, y la perversidad de los herejes no perdonaba medio para corromper el sagrado depósito de la fe y santidad de las costumbres. Todo este auxilio logró en Telesforo, que elevado á aquella primera cátedra, se portó como un verdadero sucesor del Príncipe de los Apóstoles, acreditando en el tenor de su inculpable vida el espíritu de su instituto, y en sus singulares virtudes y santidad el mérito de sus predecesores. Bien persuadido de las obligaciones propias de un Pastor universal de la Iglesia, procuró desempeñarlas con la mayor vigilancia. No faltaron en su tiempo ocasiones para demostrarlo. Los discípulos de Basiliades Antiocheno, hombre de ingenio agudo y perverso, socio de Saturnino, y discípulo de Menandro, penetraron hasta Roma, con el fin de sembrar en ella el veneno de su impía doctrina contra el Redentor del mundo. Cerdon, otro heresiarca maligno, que por principios de su secta establecia dos dioses, uno bueno, y otro malo, despreciaba el Antiguo Testamento, y los Profetas, y negaba que Jesucristo hubiese nacido de santa María Vírgen, tenido verdadera carne, padecido, y muerto en realidad: con los sofismas de que se valia tenia engañados á no pocos hombres simples. Estos, y otros monstruos del infierno, que se reunieron en la capital del orbe cristiano, perseguian á la Iglesia con mas daño que los mismos gentiles; de forma, que la pusieron en el extremo de peligrar, si aquel Señor que afianzó en sus promesas su eterna estabilidad contra el poder del abismo, no hubiera providenciado á un Pastor tan celoso, eficaz, é invencible como Telesforo, que oponiéndose á semejantes fieras, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á sepultar la perversidad de tan detestables doctrinas.

Echó Dios sus bendiciones sobre los celosos trabajos de este insigne Pontífice, por cuyos desvelos se vió libre el rebaño de Jesucristo de las enfermedades contagiosas de las herejías, con suceso tan feliz, que en su tiempo se vió en Roma, centro de la unidad y de

la fe, florecer esta, el fervor de los fieles, y santidad de sus costumbres.

No satisfecho su celo con tan penosa fatiga, deseoso de dilatar el reino de Jesucristo, envió muchos operarios apostólicos por diferentes partes del mundo á que predicasen el santo Evangelio, y con la luz de su celestial doctrina ilustrasen á los miserables infieles sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Aun en tiempos tan turbulentos como fueron los de su pontificado, encontró lugar su solicitud para establecer varios reglamentos utilísimos sobre disciplina eclesiástica. Fueron memorables entre ellos la disposicion de que los obispos y sacerdotes de Dios no fuesen acusados por alguno de los seculares, ni manchados con cualesquiera clase de calumnias: que no se juzgase al prójimo con temeridad, especificando la clase de acusadores que debian admitirse en los juicios; y mostrando con muchos testimonios de la santa Escritura la malicia de los que fuesen tales contra los siervos de Dios.

Asimismo estableció la abstinencia de carnes y lacticinios por el espacio de siete semanas precedentes á la pascua de Resurreccion; de modo, que aunque el ayuno cuadragesimal tuvo su origen de institucion apostólica, observado por tradicion, segun las diversas costumbres de las iglesias, Telesforo le ordenó en el tiempo dicho por constitucion perpetua. Tambien dispuso que en la noche de la Natividad de nuestro Salvador se celebrasen tres misas; una al comedio de ella, en que nació Jesucristo; otra al romperse la aurora, cuando fue adorado por los pastores; y otra en la hora de tercia, en señal de la luz que brilló sobre nosotros por el nacimiento del Mesías; con la prevencion de que en estas y otras misas solemnes se rezase ó cantase el himno *Gloria in Excelsis Deo;* y de que en el santo sacrificio se dijese el Evangelio antes del Cánon. Cuatro veces hizo órdenes en el mes de diciembre, en las que creó diez y nueve presbíteros, diez y ocho diáconos, y trece obispos para diversas iglesias.

Después de once años, nueve meses y tres dias que gobernó la Iglesia como pastor celosísimo, terminó su carrera con la gloria del martirio en tiempo del emperador Antonino Pio, en el dia 5 de enero del año 150, en el que hace mencion de este insigne Pontífice el Martirologio romano, cuyo celo, santidad y sabiduría elogian san Ireneo, Tertuliano, Epifanio, y san Agustin entre otros muchos escritores antiguos. Su cuerpo fue sepultado en el Vaticano inmediato al de san Pedro.

SAN SIMEON ESTILITA.

La vida de san Simeon Estilita está llena de hechos tan extraordinarios y tan maravillosos, que debe mirarse como una especie de prodigio para la admiracion, antes que como ejemplar ó modelo para la imitacion. Quiso el Señor manifestar en ella lo que es capaz de hacer una alma generosa cuando la anima su espíritu, y la da aliento su gracia; y al mismo tiempo quiso confundir nuestra delicadeza, poniéndonos á la vista una penitencia tan excesiva, y autorizada con milagros, condenando tambien nuestro amor propio y el cobarde tiento con que nos tratamos.

San Simeon, llamado *Estilita* por la columna en que pasó la mayor parte de su vida, nació en la villa de Sisan, hácia los confines de la Cilicia y la Siria, en los años de 392. Su padre fue pastor, y Simeon pasó los primeros años de su edad apacentando ganado.

Hallándose un dia en la iglesia cuando tenia solos trece años, oyó leer aquellas palabras del Evangelio: *Bienaventurados los que lloran.* Preguntó á un buen viejo el significado que tenia: instruyóle este de la felicidad que lograban los que se entregaban á una vida retirada penitente, teniendo sin cesar delante de los ojos á Jesucristo crucificado; y el niño Simeon se sintió luego tan movido, tan ansioso de seguir aquel divino modelo, que al instante mismo se fué á esconder en el desierto mas cercano, donde pasó siete dias enteros sin comer ni beber, llorando y orando de dia y de noche postrado sobre la tierra. Después de este primer ensayo fué á echarse á los piés de un gran siervo de Dios, llamado Heliodoro, abad de un monasterio vecino, que persuadido de su resolucion y de sus lágrimas, le recibió entre los monjes.

Apenas se vió Simeon en la compañía de aquellos fervorosos religiosos, cuando á todos los excedió en ayunos, en vigilias y en todo género de austeridades, repartiendo entre los pobres el poco pan y legumbres que le daban á él, y pasando muchas veces de un domingo á otro sin comer bocado.

Ingenioso ya en macerar su delicado cuerpo, se apretó tan estrechamente á la cintura una cuerda de palma, que introduciéndosele en la carne al cabo de diez dias, el mal olor que despedia la llaga podrida descubrió aquel nuevo género de penitencia, con espanto y con horror de cuantos fueron testigos de ella. No se le pudo cortar la cuerda sin grandes y terribles dolores; y la llaga tardó en curar-

se dos meses, con tanto asombro de los monjes, que pidieron al abad despidiese aquel mancebo, cuyos ejemplos los confundian, sin hallarse con fuerzas para imitarlos. Retiróse Simeon á otro desierto que no estaba distante; y encontrando en él un pozo seco, le escogió por celda. La noche siguiente vió el abad en sueños á muchos hombres vestidos de blanco que cercaban el monasterio, y pedian con amenazas al santo Simeon, á quien tan indignamente habia echado del convento. Luego que despertó Heliodoro, envió los monjes á buscarle por los desiertos vecinos, mandándoles que le trajesen al siervo de Dios: y les costó mucho trabajo reducirle á que dejase su querido pozo, temiendo siempre que no le habian de permitir hacer una vida tan austera y tan penitente como deseaba.

Tres años estuvo Simeon en el monasterio; pero no pudiendo sufrir la distincion y el respeto con que le trataban, obtuvo en fin licencia para retirarse á otra soledad mas escondida. Aquí estuvo otros tres años como sepultado en una cueva arruinada cerca de Telanisa, expuesto á todos los rigores de los temporales.

Aquí fue donde deseoso de imitar mas perfectamente el ayuno del Salvador del mundo, pasó una Cuaresma entera sin probar bocado. Vino á verle un sacerdote el dia de Pascua, y hallándole casi al espirar, le dió la sagrada comunion, con cuyo divino alimento recobró luego todas sus fuerzas. Lleno entonces de confianza en aquel Señor que habia hecho esta maravilla, resolvió pasar en adelante todas las Cuaresmas con la misma prodigiosa abstinencia; y Teodoreto asegura que ya habia pasado veinte y ocho años de esta manera, cuando él lo estaba escribiendo.

Siendo tan asombrosas estas austeridades, todavía le parecian á Simeon muy ligeras, siempre que ponia los ojos en Jesucristo crucificado. Retiróse á la cumbre de una elevada montaña: hizo un breve círculo, que cercó de cal y canto, donde estuvo mucho tiempo sin techo y sin abrigo, expuesto á todas las inclemencias: y para quitarse la libertad de traspasar aquellos estrechos límites, se echó al pié una cadena de hierro de veinte codos de largo. Desaprobó esta singularidad aquel insigne hombre Melecio: y habiendo venido á visitar á Simeon, le dió á entender que debia aprisionarle en la soledad la suave cadena del amor de Jesucristo, y no la dura de hierro. No fue menester mas para que al instante se la mandase limar; porque la verdadera virtud nunca está pagada del propio juicio.

En vano procuraba sepultarse vivo entre las mas ásperas rocas: en vano solicitaba huir á los montes mas encumbrados, por vivir

desconocido. Esparcióse su fama por todo el universo mundo, y se vió presto cercado de innumerable multitud de todo género de gentes, atraidas del olor de su virtud y del eco de sus milagros. El deseo de huir de esta muchedumbre que interrumpia su oracion fue el principal motivo que tuvo para la extraña resolucion de ponerse sobre la columna.

La primera sobre la cual pasó algunos años, solo tenia cuatro piés de alto. Pero como todavía le interrumpiese el ruido de los que concurrian á verle, levantó otra de doce codos, y sobre ella se mantuvo diez ó doce años. Aun aquí no estaba tan recogido como queria, y erigió la tercera columna de veinte y dos codos de alto, sobre la cual se conservó cerca de catorce años. Pero queriendo huir mas y mas de la tierra hasta perderla de vista, hizo levantar otra de cuarenta y dos codos de altura, en la que se conservó todo lo restante de su vida. La extremidad ó el plano superior de estas columnas no tenia mas que cuatro piés de diámetro, bordeado de una especie de apoyo ó de parapeto que llegaba á la cintura. No tenia espacio para echarse, ni podia estar en postura que no fuese incómoda, ó de rodillas, ó en pié, ó recostado sobre el borde. ¿Qué dirán ahora de su delicadeza aquellas gentes que pasan los dias de la vida en la sensualidad y en el regalo?

Pareció tan extraordinario á todo el mundo este género de vida, que se movieron contra el Santo muchas persecuciones. No puede haber virtud sobresaliente sin que pase por grandes pruebas. Unos oian con desprecio aquella austeridad tan singular; otros la miraban con indignacion, tratando al Santo de un insigne embustero: muchos le censuraban de vano y de soberbio. Hasta los solitarios de Egipto se dejaron preocupar contra él; y teniéndole por hombre que pretendia hacerse estimar, y dejar fama de sí por aquella singularidad, estuvieron cási resueltos á tratarle como á excomulgado.

Pero antes de llegar á este extremo les pareció conveniente hacer una buena prueba. Despacharon á un solitario para que le intimase de órden de los superiores que al punto se bajase de la columna, y viniese á donde estaban los demás. Previnieron al que llevaba esta órden, que si en oyéndole Simeon hacia resistencia, era señal de que no le gobernaba el espíritu de Dios, y que entonces le hiciese bajar, aunque fuese con violencia; pero que al contrario, si obedecia sin réplica, no se podia dudar que su vocacion era de buen espíritu, y que en tal caso se le dejase vivir en paz. Apenas el solitario significó al Santo la órden de los superiores, cuando al momento, sin re-

plicar, y sin dar la mas leve muestra ó señal de repugnancia, iba á bajar de la columna. Esta pronta obediencia calmó enteramente las dudas, y quedaron todos convencidos de su eminente virtud. Consoláronse, y admiráronse los superiores, y le dejaron proseguir libremente sobre su columna.

Desde ella, como desde un altar, se sacrificaba á Dios con oraciones, con genuflexiones y con penitencias sin número. Desde ella predicaba eficazmente dos ó tres veces al dia al innumerable gentío que concurria de todas partes á oirle, y se juntaba al rededor de la columna. Sus sermones eran siempre de la penitencia y del desprecio del mundo, seguidos todos de asombrosas conversiones. Antonio, discípulo de Simeon, refiere que un insigne pecador llamado Antíoco murió de contricion al pié de la columna. Los sarracenos, los persas, los etíopes, y otras muchas naciones idólatras venian en tropas á pedir el bautismo, después de haber visto ó de haber oido al Santo.

Veranio, rey de Persia, y la reina su mujer, dieron público testimonio de lo mucho que le veneraban. Los príncipes árabes le respetaron; y los emperadores cristianos acudian á él en las necesidades públicas del Estado y de la Iglesia. Todos estos honores no alteraron su humildad. Es verdad que el Señor tuvo cuidado de mantenerle en ella por medio de fuertes pruebas, permitiendo que fuese casi continuamente ejercitado con violentas tentaciones, para conservarle siempre mas humilde y mas vigilante sobre sí mismo: y en cierta ocasion permitió el mismo Señor que estuviese cási á pique de caer en el lazo que le armó el demonio.

Transformóse en ángel de luz este enemigo de la salvacion de los hombres, y quiso persuadir á nuestro Santo, que ya no gustaba Dios de aquel género de vida, y que queria le sirviese en otra parte. Pero haciendo la señal de la cruz desapareció la fantasma, y el Santo descubrió entonces el lazo: aunque pareciéndole que se habia dejado llevar algun tanto de la ilusion, para hacer penitencia por su demasiada credulidad, se condenó á tener un pié levantado toda la vida. Esta postura tan penosa, sobreviniendo después el frio del invierno, le abrió una grande úlcera en la pierna, que le causaba intensísimos dolores; pero tenia gran cuidado de recoger los gusanos que se le caian, y volver á ponerlos en la llaga.

Asegura Teodoreto que cási era su único alimento la divina Eucaristía que recibia de ocho en ocho dias, pasando las Cuaresmas enteras sin tomar otro bocado, y cási todo el año sin comer ni beber.

En medio de una vida tan extraordinariamente dura, que se podia llamar un martirio continuado, ó un milagro de penitencia, se admiraba siempre aquella afabilidad, aquella igualdad de humor, aquella dulzura inalterable, que hacen el carácter de la verdadera virtud, y que no contribuyeron poco á la conversion de tantos pueblos.

Jamás permitio que mujer alguna entrase dentro de la clausura de su ermita, esto es, en el recinto del muro que cercaba su columna; y costó la vida á una dama, que por curiosidad ó por imprudente devocion quiso violar esta ley. Disfrazóse en hombre; pero apenas puso el pié dentro de la puerta cuando espiró.

Finalmente sintió que se iba acercando su fin este gran Santo, célebre por tantos milagros, dotado del don de profecía, colmado de merecimientos, y consumado por un martirio tan largo de penitencia. Y redoblando entonces su fervor, se inclinó para hacer oracion segun su costumbre; en cuya postura entregó su alma al Criador por los años 462, teniendo sesenta y nueve de edad, y habiendo pasado cuarenta y siete sobre diferentes columnas.

Su discípulo Antonio estuvo tres dias sin conocer que habia muerto, creyendo siempre que estaba en oracion. Luego que se esparció esta noticia, el patriarca de Antioquía, acompañado de seis obispos, de los oficiales del Emperador, de un infinito concurso de todo género de gentes, acudió al lugar donde habia muerto el Santo. Los obispos bajaron el santo cuerpo, y le colocaron al pié del altar que estaba enfrente de la columna, y en el cual se le decia misa cuando vivo. Fue menester que seis mil hombres de las tropas del Emperador fuesen escoltando este precioso tesoro, que se llevó á Antioquía como en pompa y como en triunfo. En el camino hizo una multitud de milagros. Quiso el emperador Leon que sus reliquias fuesen conducidas á Constantinopla; pero al cabo desistió de su empeño, rindiéndose á las instantes súplicas de los vecinos de Antioquía. Edificóse luego en aquella patriarcal una magnífica iglesia en honor del Santo, donde fueron continuando los milagros, y creciendo la devocion de los pueblos.

SANTA SINCLETICA, VÍRGEN.

Natural de Alejandría en Egipto, é hija de padres poderosos de Macedonia. Desde sus mas tiernos años consagró á Dios su virginidad, viviendo retirada del mundo; y cuando por la muerte de sus padres heredó todas sus opulencias, después de haber distribuido toda su hacienda en los pobres, se retiró en compañía de una her-

mana suya, ciega, á una casa yerma, donde en presencia de un sacerdote se cortó los cabellos, como en señal de que renunciaba enteramente el mundo. La mortificacion y la oracion continua fueron desde entonces su principal ocupacion. Extendida por todas partes la fama de su virtud, era visitada de muchas mujeres para conferenciar con ella sobre materias espirituales; y aunque repugnase á su humildad el cargo de instruir, la caridad de otra parte la instaba á hablar. Atribúyese á san Atanasio la vida de esta Santa, la cual murió á los ochenta años de su edad, á fines del siglo IV.

SANTA APOLINAR, VÍRGEN.

Hija de Antemio, cónsul de Roma, nació en esta ciudad el año 405. Queriendo huir de la corrupcion del siglo, siendo aun de pocos años, huyó á Alejandría, vestida de hombre, se retiró á la soledad bajo el nombre de Doroteo, y entró en el monasterio de San Macario, donde murió santamente á mediados del siglo V, sin haber sido conocido su sexo hasta después de su muerte.

La Misa de hoy es de la Vigilia de la Epifanía, y la Oracion es la siguiente:

Omnipotens sempiterne Deus, dirige actus nostros in beneplacito tuo: ut in nomine dilecti Filii tui mereamur bonis operibus abundare: Qui tecum vivit et regnat...

Todopoderoso y sempiterno Dios, dirigid todas nuestras acciones segun la regla de vuestra divina voluntad; para que en el nombre, y por los merecimientos de vuestro querido Hijo Jesucristo, podamos producir en abundancia frutos saludables de buenas obras: por el mismo Señor nuestro Jesucristo, que contigo vive, y reina, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de san Pablo á los Gálatas.*

Fratres: Quanto tempore haeres parvulus est, nihil differt à servo, cum sit dominus omnium: sed sub tutoribus, et actoribus est usque ad praefinitum tempus à patre; ita et nos, cum essemus parvuli, sub elementis mundi eramus servientes. At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege, ut eos, qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus. Quoniam autem estis filii misit Deus Spiritum filii sui in corda

Hermanos: Todo el tiempo que el heredero es párvulo (ó pupilo) nada se diferencia del siervo, aunque sea dueño de todo; pues está constituido bajo tutores y curadores hasta el tiempo prefinido por el padre; á este modo tambien nosotros, cuando éramos párvulos, vivíamos sirvientes bajo los elementos de este mundo. Pero cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho hombre de una mujer Vírgen, sujeto voluntariamente á la Ley, para que redimiese á los que es-

vestra clamantem: Abba, Pater. Itaque jam non est servus, sed filius. Quod si filius, et haeres per Deum.

taban bajo la servidumbre de la antigua, á fin de que recibiésemos la adopcion de hijos suyos. Y porque así lo sois, envió Dios el espíritu de su Hijo á vuestros corazones, para que podais llamarle Padre con verdad. Y así ya no sois siervos, sino hijos, y como tales, herederos de la gloria por Dios.

REFLEXIONES.

¡Qué poco conocemos las grandes ventajas que gozamos en la ley de la gracia! Los Judíos recibieron las promesas; nosotros recogerémos los frutos. ¡Gran lástima será que no estimemos el precio! Como hijos adoptivos de Dios, somos coherederos de Jesucristo, y herederos de Dios mismo. ¿Se comprende esta gran dicha cuando se siente tan poco el perder tan rica herencia? ¿Somos hijos de Dios, y hacemos punto, hacemos vanidad de portarnos como tales? ¿Amamos á Dios, honramos á Dios como si fuera nuestro Padre?

Libres estamos ya de las duras observancias de la Ley antigua: en nuestra mano está disfrutar las dulzuras de la nueva. En ella derrama sus dones el Espíritu Santo; en ella se dejan sentir las bendiciones del cielo; en ella todo es auxilio, todo es gracias. Consideremos qué dicha la de ser hijos de Dios, amados de su Espíritu, poder recurrir á él á todas horas, y en todas nuestras necesidades poder llamarle Padre á boca llena. ¡Ó qué gran motivo para alentar la confianza! Por irritado que esté como Señor, como Dios y como Juez; al fin es siempre nuestro Padre. Nuestras costumbres, nuestras máximas, nuestra conducta ¿nos acreditan de hijos suyos?

La augusta cualidad de hijos de Dios prevalece á todas las demás; todas las hunde, todas las sorbe. Ser de familia ilustre, ennoblecida por las heróicas hazañas, por los elevados empleos, por el mérito de los antepasados; ocupar un puesto muy distinguido en la monarquía; ser favorecido de un gran príncipe; ser oficial en el ejército; ser ministro de los primeros tribunales; poseer grandes bienes; sobresalir en el ingenio, en el saber y en la elocuencia; estar lleno de títulos pomposos, de magníficos dictados; todos estos son nombres grandes; pero grandes vanidades, nombres vacíos, que nada significan á la hora de mi muerte. ¿Qué consuelo, qué confianza, qué prerogativa dan á un moribundo en aquella última hora? ¿Qué estimacion añaden á las cenizas en la sepultura? La cualidad de hijos de Dios es la única que se respeta aun en la otra vida: este es el único

título que nos da derecho á la felicidad eterna, á aquella gloria que con nada se oscurece, que no puede borrar la misma muerte. Esta es aquella nobleza que jamás se desluce; esta es aquella cualidad, aquella excelencia, en la cual fundan su mérito los mismos Ángeles. El nacimiento humilde, la condicion oscura, el oficio vil, la pobreza, la riqueza, los talentos, las prosperidades, los bienes de fortuna, todo aflige á los que el mundo desprecia. Pero ¡qué agravio se hacen á sí mismos en quejarse de su suerte! No de otra manera, que si un príncipe, heredero presuntivo de la corona, se afligiese por no ser ministro de un consejo, ó gobernador de una plaza. Esos pobrecitos tienen la eminente cualidad de ser hijos adoptivos de Dios: poco conocen la verdadera grandeza, poca idea tienen de la nobleza verdadera los que no hacen mas estimacion de esta eminente cualidad, que de todas las vanidades humanas. *Amados mios*, decia el evangelista san Juan, *ahora somos hijos de Dios, y lo que después seremos ahora no se ve. Mirad qué grande amor nos ha mostrado el Padre celestial, pues tenemos el nombre de hijos de Dios, y verdaderamente lo somos:* Ut Filii Dei nominemur, et simus. (*I Joan.* III, 1, 2).

El Evangelio es del capítulo II *de san Mateo.*

In illo tempore: Defuncto Herode, ecce Angelus Domini apparuit in somnis Joseph in Ægypto, dicens: Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et vade in Israel: defuncti sunt enim, qui quaerebant animam pueri. Qui consurgens, accepit puerum, et matrem ejus, et venit in terram Israel. Audiens autem quod Archelaus regnaret in Judaea pro Herode patre suo, timuit illò ire: et admonitus in somnis, secessit in partes Galilaeae. Et veniens habitavit in civitate, quae vocatur Nazareth: ut adimpleretur quod dictum est per Prophetam: quoniam Nazaraeus vocabitur.

En el tiempo que murió Herodes, el Ángel del Señor apareció en sueños á José en Egipto, diciéndole: Levanta, coge al Niño y á su Madre, y vé á la tierra de Israel: pues ya han fallecido los que le buscaban para quitarle la vida. Quien levantándose cogió al Niño y á su Madre, y vino á la tierra de Israel. Pero oyendo que reinaba Archelao en Judea en lugar de Herodes su padre, temió ir á aquel país: pero avisado en sueños, se retiró al de Galilea, donde habitó en una ciudad, que se llamaba Nazareth, para que se cumpliese lo dicho por el Profeta, á saber: Se llamará Nazareno.

MEDITACION.

Del modo de disponerse para celebrar las fiestas grandes.

Punto primero.—Considera los cuidados que se emplean, los gastos que se hacen, y el tiempo que se gasta en las prevenciones para una fiesta profana: el corazon, el ingenio, el bolsillo, todo se pone en

movimiento, todo se ocupa, todo se consume. Llega el dia de la fiesta: qué atencion á que todo esté prevenido, qué ansia de brillar, qué empeño en sobresalir, qué miedo de no dar gusto, de no quedar con lucimiento. Mi Dios, ¿hay las mismas ansias, empleánse los mismos cuidados, hácense las mismas prevenciones para celebrar nuestros mayores misterios? ¿Qué disposiciones se practican para celebrar una fiesta de religion?

No nos pide Dios tanto. Un corazon puro, una fe viva, una devocion tierna, estas son las únicas, y las verdaderas disposiciones. Un culto, que se contenta con meras exterioridades, mas es hazañería que verdadero acto de religion. Quiere Dios ser adorado en espíritu y en verdad: este es el fin principal á que se dirige la celebridad de nuestras fiestas. Porque ¿á qué fin renovar todos los años los misterios de nuestra Religion; traernos tan frecuentemente á la memoria los beneficios que debemos al Salvador, sino para avivar nuestra fe, y para excitar nuestro reconocimiento? ¿A qué fin ese cesar de todas obras servirles, sino para ocuparnos enteramente en las divinas? Son nuestras fiestas solemnidades de religion: ¿será bien hacerlas puramente mundanas y profanas? Quiere Dios ser honrado en ellas con sacrificios que nazcan del corazon, con públicos homenajes: ¿y se contentará con esas apariciones, á manera de relámpago, con esas entradas y salidas en la iglesia, en que tiene mas parte la costumbre, y el ir á donde van todos, que la devocion ni la piedad?

Celébrase mañana la memoria de la adoracion de los Magos. Todos debemos tambien adorar á Jesucristo. ¿Presentarémonos en su presencia con el corazon manchado, y con las manos vacías? ¡Qué indecencia aparecer delante de Jesucristo sin el adorno de su librea! ¡Qué indignidad ponernos á su vista en dia tan grande, sin la debida preparacion!

¡Mi Dios, y qué poco concepto he formado yo hasta ahora de la santidad, de la majestad de mi religion, pues he aplicado tan poco, tan ningun cuidado á santificar las mayores fiestas de ella! Sea prueba de mi arrepentimiento la sincera confesion que hago de mi descuido: resuelto estoy á enmendar desde este dia un desórden tan digno de corregirse.

Punto segundo.—Considera, que debe escandalizarnos, pero no debe admirarnos, que los dias mas solemnes del año sean los menos santificados, y sean tambien los mas vacíos. Porque ¿cuál es nuestra preparacion para celebrar las mayores solemnidades?

Las vigilias que solo se instituyeron para purificar por medio de la penitencia, de la oracion y del recogimiento, un corazon que debe ser presentado al Señor, se han convertido en dias de distraccion y de tumulto. Los negocios, el mundo, la vanidad ocupan todo el tiempo. ¿Estílase otra disposicion para las fiestas? Como el demonio es tan sagaz, se anticipa á hacerse dueño de las primicias: sabiendo bien que el fruto que se podia sacar en estos dias solemnes depende en gran parte de las vigilias.

No volvió Cristo á Judea hasta que murió el tirano Herodes. Mientras reinen en el corazon humano las pasiones no hay que esperar que Dios se aposente en él. ¿Queremos volver á encontrar á nuestro Salvador en estos dias de bendicion? Pues trabajemos desde la víspera en quitar la vida, en hacer morir á todos los enemigos que le tienen retirado. Bastó que el hijo de Herodes reinase en Judea para obligar al Salvador á no detenerse en ella. Reinará el Señor, y reinará de asiento en una alma, llenarála de bendiciones y de dulzuras en abundancia, particularmente en estos dias grandes, como estén desterrados de ella todos sus enemigos. Sin esto podrá visitarla alguna vez; pero será una visita pasajera.

¿Quiérese gustar de Dios en estos dias solemnes? Pues empléense santamente las vigilias. Si estos son dias de penitencia y de recogimiento, los dias siguientes serán dias de fiesta para el alma. Por eso antiguamente se pasaban en la iglesia todas las noches que precedian á las festividades mas solemnes. Ya que ahora no hagamos tanto, dediquemos por lo menos algunas horas del dia precedente á la oracion y al recogimiento. ¿Somos por ventura menos cristianos que nuestros padres y nuestros abuelos? Pues ¿por qué serémos menos celosos y menos devotos?

Dios mio, uno y otro lo espero de vuestra misericordia: y pues me habeis hecho la gracia de darme á conocer y detestar el error en que he vivido hasta aquí, descuidando de una preparacion tan necesaria, disponed que al cuidado que desde hoy en adelante he de aplicar para celebrar con devocion las fiestas de la Iglesia, corresponda el solemnizarlas segun el espíritu de vuestra divina intencion, logrando de esa manera que estos dias grandes sean para mí dias de bendicion y de salud.

Jaculatorias.—Hoy sabrás que ha de venir el Señor, y mañana te manifestará su gloria. (*Exod.* xvi).

Disponed vuestros corazones para servir al Señor, y servirle

á él únicamente, porque mañana es el dia de su solemnidad. (*Exod.* XXXII).

PROPÓSITOS.

1 Fuera del recogimiento interior, y del espíritu de retiro que has de procurar observar este dia, dispon tus negocios de manera que te pueda quedar libre una parte de la tarde para prepararte á tan grande solemnidad. Si se puede, será muy conveniente confesarse desde la víspera, porque ninguna preparacion es mas eficaz ni contribuye tanto al recogimiento. A lo menos, cuando esto no se pueda, se debe hoy disponer la confesion para mañana. Asiste á las Vísperas solemnes de esta tarde; y pasa una buena parte de ella en la iglesia, empleándola en oracion y en ejercicios de piedad, ya que no está en estilo pasar la noche como antiguamente.

2 Retírate á casa á buena hora para dar algo de mas tiempo á la leccion espiritual. Después de cenar, junta los hijos y la familia; haz que se lea la historia del misterio de mañana; explícales la devocion con que deben celebrarle, y exhórtalos á que confiesen y comulguen, y á que asistan con devocion á la misa mayor y á los divinos oficios. ¡Qué abundantes bendiciones derramaria el Señor en todas las familias, si los amos y padres de ellas se aplicaran con mas desvelo al cuidado de la salvacion de los que Dios ha confiado á su direccion y gobierno! Por medio de estos piadosos ejercicios, y por la fidelidad en cumplir exactamente semejantes devociones, llegan las almas á la santidad, como á cada uno se lo enseñará bien presto su experiencia.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR (Ó DIA DE LOS SANTOS REYES).

SANTA MACRA, vírgen, en el distrito de Reims, la cual en la persecucion de Diocleciano, por disposicion del presidente Riciovaro, fue arrojada en una hoguera, y saliendo ilesa, luego le cortaron los pechos y la metieron en oscura y hedionda cárcel, y la revolcaron sobre cascos agudos de barro y sobre ascuas encendidas, y haciendo oracion entregó su espíritu al Señor.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, en África, que en la persecucion de Severo, atados á diversos palos fueron en hoguera quemados.

SAN MELANIO, obispo y confesor, en Renes de Francia, quien después de haber hecho innumerables milagros, fijada la vista en el cielo, voló glorioso al Señor.

SAN ANDRÉS Corsino, florentino, en Florencia, carmelita, obispo de Fieso-

li, á quien esclarecido en milagros canonizó Urbano VIII; su fiesta se celebra el dia 4 de febrero por decreto de Alejandro VII. *(Véase su vida en las de dicho dia 4 de febrero).*

San Nilanmon, *emparedado*, en Geris de Egipto llamado así porque estuvo encerrado mucho tiempo en una celda cerca de Alejandría: habiendo sido electo obispo de Pelusia contra su voluntad, se puso en oracion, y en este acto entregó su alma al Criador.

LA EPIFANÍA, POR OTRO NOMBRE LOS REYES.

La Epifanía, que significa aparicion ó manifestacion del Salvador en el mundo, siempre fue reputada por una de las fiestas mas célebres y mas solemnes en la Iglesia de Dios, ya sea por los tres misterios que se comprenden en esta solemnidad, ya sea porque se considere como fiesta peculiar de la vocacion de los gentiles á la fe.

Tres misterios se celebran en una sola fiesta, por ser tradicion antiquísima, que sucedieron en un mismo dia, aunque no en un mismo año: la adoracion de los Reyes; el bautismo de Cristo por san Juan, y el primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Caná de Galilea. Esta palabra griega *Epifanía*, que significa aparicion ó manifestacion, conviene perfectamente á todos tres misterios. Manifestóse el Señor á los Magos, cuando por medio de la estrella milagrosa le vinieron á reconocer por su Rey, por su Dios, por su Salvador, y de todo el género humano. Manifestóse su divinidad en el bautismo, por medio de aquella voz del cielo que la declaró. Y se manifestó su omnipotencia en el primer milagro que hizo. Por haber sido estos los principales medios de que Dios se valió para manifestar en la tierra la gloria de su Hijo, los comprende todos la santa Iglesia en el nombre de Epifanía, aunque sola la adoracion de los Reyes es como el principal objeto del oficio de la misa, y de la solemnidad presente.

Es muy probable que en el mismo punto en que los Ángeles estaban anunciando á los pastores el nacimiento del Mesías en Judea, la nueva estrella le anunciaba tambien en el Oriente. Fue sin duda observada de otros muchos, porque su extraordinario resplandor, y la irregularidad de su curso la hacia distinguir entre todas las demás: pero solamente los Magos, ilustrados de lumbre superior, conocieron lo que significaba aquel fenómeno, y ni un momento dudaron en ir á buscar al que anunciaba la estrella.

Los orientales llamaban magos á sus doctores, como los hebreos los llamaban escribas, los egipcios profetas, los griegos filósofos, los latinos sabios; y esta palabra *mago* en lengua persa tambien significa

sacerdote. En todas partes los respetaban sumamente los pueblos, teniéndolos como por depositarios de la ciencia y de la religion. La Iglesia da el nombre de reyes á estos tres hombres ilustres; fundada en aquellas palabras de David: *Los reyes de Tarsis, y de las islas; los reyes de Arabia, y de Sabá vendrán á ofrecerle dones,* en prendas de su veneracion, de su fidelidad, y de su obediencia. Tambien se funda en una tradicion tan antigua, que no es fácil encontrarla principio, hallándose pinturas antiquísimas, que los representan personas coronadas con todas las insignias de la majestad. Añádese á esto el testimonio de los Padres mas célebres de la Iglesia, como Tertuliano, san Cipriano, san Hilario, san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Isidoro, el venerable Beda, Teofilato y otros muchos. Es cierto que las naciones orientales, cuando los reinos eran electivos, escogian reyes entre los filósofos; y si eran hereditarios, procuraban instruir en las ciencias á los príncipes, de manera que pudiesen merecer el título de sabios. Así lo observa Platon, tratando de la educacion de los príncipes de Persia; añadiendo que sobre todo la astronomía era estimada como la ciencia mas digna de los soberanos.

Habiendo, pues, observado estos tres Monarcas, á quienes algunos llaman Gaspar, Baltasar y Melchor, el dia 25 de diciembre una estrella mas brillante que las ordinarias, juzgaron que era aquella estrella de Jacob, anunciada por el profeta Balaan (cuyas profecías tenian bien estudiadas) como señal de un rey que habia de nacer para la salud de todo el género humano. Alumbrados al mismo tiempo con una luz interior, por la cual conocieron que aquel astro les serviria de guia para encontrar al Mesías, tomaron el camino de Judea, donde sabian por la tradicion, que habia de nacer aquel Rey tan deseado de todas las naciones. El Evangelista solamente nos previene que vinieron del Oriente, esto es, de un país que era oriental respecto de Jerusalen y de Belen. La opinion mas verosímil es, que vinieron de la Arabia Feliz, habitada por los hijos que Abrahan tuvo de Cethura, su segunda mujer; es á saber, por Jecthan, padre de Sabá, y por Madian, padre de Efa. Esto lo tenia pronosticado David bien claramente, cuando dijo: *que el Mesías seria adorado por el rey de los árabes, y de Sabá, quien le ofreceria oro de Arabia.* Y el profeta Isaías habia anunciado lo mismo, diciendo: *que vendrian de Madian, y de Efa sobre camellos, como tambien de Sabá para reconocerle, ofreciéndole incienso, y oro, y publicando en todas partes sus alabanzas.* No favorecen poco esta opinion las especies de dones que le ofrecieron: porque el oro, el incienso y la mirra nacen principalmente en la Ara-

bia. Fueron guiados los Magos por la estrella durante todo el viaje, que fue de doce dias, ó cerca de ellos. Servíales de guia este luminoso astro, no de otra manera que la columna de fuego iba conduciendo á los israelitas por el desierto cuando salieron de la esclavitud de Egipto para la tierra de promision; pero cuando los Reyes se acercaron á Jerusalen desapareció la estrella. Por eso entraron en aquella corte preguntando por el nuevo Rey, cuyo nacimiento les habia anunciado la estrella en el Oriente. Fue grande la conmocion que causó ver á unos hombres de aquel carácter, que venian de país tan distante, preguntando por un nuevo Rey de los Judíos, á quien los mismos Judíos no conocian, ignorando del todo su nacimiento. Pero el que mas se asustó fue el rey Herodes, que quiso verlos para informarse menudamente del motivo de su viaje.

Celoso de su dignidad, y temiendo perder la corona que indignamente poseia, mandó al punto que concurriesen á palacio todos los sacerdotes y escribas de la Ley: esto es, los que tenian obligacion de explicar al pueblo las divinas Escrituras, cuidando que fuesen bien entendidas, y que no se introdujese algun error contrario á su verdadero sentido.

Bien conocia que un Rey, cuyo nacimiento anunciaba el cielo con señas tan especiales, no podia ser otro que el Mesías; y así la pregunta que hizo á la junta, la limitó á estos precisos términos: Decidme: ¿dónde ha de nacer el Salvador? Todos á una voz respondieron que en Belen, pueblo humilde de la tribu de Judá, segun la profecía de Micheas; cuando asegura que la desconocida aldea de Belen, no obstante su pequeñez, tendria la gloria, de que carecerian las ciudades mas ilustres, de dar un Príncipe y un Capitan general á todo el pueblo de Israel. No fue menester mas para llenar de turbacion el ánimo y el corazon de aquel ambiciosísimo príncipe, cuya crueldad era igual á su ambicion.

Habia ya resuelto deshacerse de aquel Niño; y llamando aparte á los Magos, les hizo cien cavilosas preguntas: sobre todo se informó exactamente de ellos del tiempo en que les habia aparecido la estrella; y reconociendo al mismo tiempo su piedad y su desconfianza, afectó aprobarles mucho su devocion, y los exhortó á que prosiguiesen su viaje. Id, les dijo, id en buen hora á Belen, donde ha de nacer ese Rey prometido, y ese Libertador de su pueblo: informaos menudamente de todas las circunstancias de ese Niño, y hacedme el favor de volver á honrar mi corte, donde os espero con impaciencia para que me participeis lo que hubiéreis descubierto, á fin de que tambien

logre yo la dicha de adorar á ese divino Monarca. De esta manera pretendia engañarles artificiosamente para hacerles caer en el malicioso lazo que les armaba.

Luego que los Magos se despidieron de Herodes, y volvieron á ponerse en camino, volvió tambien el Señor á restituirles su resplandeciente guia. La estrella, que se les habia encubierto desde que entraron en la corte, se dejó ver otra vez apenas salieron de ella, y los condujo derechamente á Belen.

No es fácil hacer concepto del gozo que inundó sus corazones cuando volvieron á registrar aquel astro, y sobre todo cuando le vieron hacer alto, y pararse perpendicularmente sobre el humilde portalillo donde estaba el nuevo Rey. Entraron en él, y hallaron lo que buscaban. Encontráronle en los brazos de su Madre, y no vieron ningun aparato, ninguna señal exterior que le diferenciase de los demás niños. Con todo eso aquella misma interior luz que les dió á entender lo que significaba la estrella, esa misma les hizo conocer, en medio de aquel exterior humilde, la augusta majestad, y la suprema dignidad de aquel Dios niño hecho hombre.

Llenos de fe y de respeto se postraron en su presencia, le adoraron como á Señor del cielo y tierra, y como á Salvador de los hombres: y segun la costumbre de su país de no presentarse nunca ante los grandes con las manos vacías, le ofrecieron de los géneros mas preciosos y mas estimados que llevaba su tierra; oro, incienso y mirra. Entonces se cumplió la profecía de David, hablando del Mesías: *Los reyes de la India, de la Arabia, y de Sabá vendrán á ofrecerle dones, en testimonio de su fidelidad y de su obediencia.*

Pensaban los santos Reyes volverse por Jerusalen; pero el Ángel del Señor se les apareció en sueños, y les advirtió que se volviesen por otro camino, y que por ningun caso se dejasen ver de Herodes; cuyos artificios se descubrieron entonces, conociendo la malignidad de sus perversos intentos.

¡Extraña cosa! ¡Que los extranjeros vengan de países tan distantes á adorar al Salvador del mundo, y que no le conozcan los Judíos, cuando acaba de nacer en medio de ellos! ¿Podian tener indicios mas claros de su venida? Pero ¿de qué sirve la luz á los que son voluntariamente ciegos? ¿Quién tendria la culpa de que Herodes no lograse la misma dicha que los Magos? Envíale Dios tres príncipes extranjeros para que le anuncien el nacimiento del Salvador del mundo en Judea; sus mismos doctores le instruyen con toda claridad del lugar en que ha de nacer el Mesías: pero ¿qué efecto producen todas

estas instrucciones, todas estas gracias en un corazon ambicioso, irreligioso é impío? La turbacion, el engaño y la crueldad. Un corazon puro, un corazon religioso apenas ve la estrella cuando se pone en camino para adorar al que anuncia. Una alma mundana, un hipócrita hace servir la Religion á su política, á su ambicion, y á su insaciable avaricia.

¡Oh, cuánta verdad es que á Dios se le encuentra siempre que se le busca de buena fe! Si no hubiere estrella, no por eso falta socorro, no por eso falta guia: todo depende de la rectitud de nuestras intenciones, y de la sinceridad del corazon. La malicia de este es la única que apaga, que inutiliza la luz de la gracia. En vano brilla esta si se cierran los ojos á su resplandor. El país de los gustos nunca lo fue de la virtud. Apenas se retiraron los Magos de la corte de aquel impío monarca, cuando volvieron á descubrir la estrella que se les habia ocultado. Pocas veces se dilata largo tiempo la vuelta de la devocion sensible. No basta ponerse en camino; es menester ir adelante, es menester no parar, hasta llegar al término. Pero nunca nos pongamos delante de Dios con las manos vacias. La caridad, la piedad, la mortificacion son dones muy de su gusto: el corazon contrito y humillado siempre es bien recibido.

En la opinion mas comun de los expositores y Padres, los Magos llegaron á Belen trece dias después que habia nacido el Salvador. Este tiempo bastaba para que viniesen de la Arabia; y por otra parte, si se hubieran detenido mucho mas, es cierto que no hubieran encontrado al Señor en el portalillo de Belen. Es verdad que Herodes hizo degollar á todos los niños que no pasasen de dos años, segun el tiempo que se habia informado de los Magos; pero esto solo prueba que viendo Herodes que no venian, los tuvo por unos hombres simples, ligeros é ilusos, que avergonzados de no haber encontrado al que venian buscando desde tierras tan distantes, no se habian atrevido á volver á la corte; y llegando después á su noticia las maravillas que habian sucedido en el templo, con ocasion de aquel Niño, que se decia ser el Mesías, entró en un cruel furor, que le movió á mandar pasar á cuchillo todos los niños de dos años abajo, que habian nacido en Belen y en sus cercanías, por no dejar con vida al que le habian anunciado los Magos, sin declararle el preciso tiempo de su nacimiento.

Casi todos los Padres de los primeros siglos son de opinion que la estrella era un astro nuevo, cuyo resplandor, como dice san Ignacio mártir, excedia al de todos los demás, criado por Dios únicamente

para el ministerio de anunciar á los hombres el nacimiento del Rey de los cielos.

En fin, es tradicion constante, de la cual no hay razon alguna para desviarnos, que aquellas primicias de la gentilidad, que vinieron á adorar al verdadero Dios, eran verdaderamente reyes, esto es, príncipes soberanos de una ó de muchas ciudades, como eran los de Pentápolis, á quienes venció y deshizo el santo patriarca Abrahan.

Los mas célebres Padres de la Iglesia fueron de sentir que el bautismo del Hijo de Dios, el milagro de la conversion del agua en vino, y la adoracion de los Magos acaecieron en un mismo dia; esto es, el dia 6 de enero, aunque en años diferentes. En virtud de esto, la santa Iglesia une estos tres misterios en una misma fiesta, haciendo como una triple Epifanía, que quiere decir triple manifestacion, celebrando el dia en que se manifestó Cristo á los Magos por medio de una estrella; el dia en que se manifestó á san Juan por el testimonio de su eterno Padre, y el dia en que se manifestó á sus discípulos por el primero de sus milagros. Por esta triple solemnidad fue tan célebre esta fiesta desde los primeros siglos de la Iglesia, que hallándose tal dia como este en Viena de Francia Juliano apóstata el año de 361, no se atrevió á dejar de asistir á los divinos oficios; y el emperador Valente, aunque era arriano, estando en Cesarea de Capadocia el dia de la Epifanía, le pareció preciso concurrir á la misa mayor con todos los Católicos, creyendo que si dejaba de hacerlo, seria sumamente odiado, y le tendrian por impío. Pero nosotros nos contentamos con hablar el dia de hoy de la adoracion de los Reyes, reservando para los dos dias siguientes el hablar de los otros dos misterios.

Por lo que toca á los Reyes, que tuvieron la dicha de adorar al Salvador y de ofrecerle sus dones, fácilmente se deja discurrir la abundancia de gracias y de dones sobrenaturales con que serian correspondidos: ¿con qué fe tan viva, con qué caridad tan ardiente, con qué celo tan puro y tan generoso se volverian á sus casas, donde después de haber anunciado las maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, merecieron morir con la muerte de los Santos? Y ciertamente una gracia, y una vocacion tan singular; una fidelidad tan generosa y tan exacta no podian dejar de conseguir tan feliz suerte. Así lo cree la misma santa Iglesia, y por eso permite el culto público que se les rinde.

Asegúrase que las reliquias de estos primeros héroes del cristianismo fueron primeramente transportadas de Persia á Constantinopla, por el celo y por la piedad de santa Helena: que después en

tiempo del emperador Emanuel se trasladaron á Milan, donde se mantuvieron seiscientos setenta años, segun Galesino, hasta que finalmente cuando esta ciudad fue tomada y saqueada por Federico Barbaroja el año de 1163 fueron trasladadas á Colonia, donde se conservan el dia de hoy con singular veneracion.

HIMNO.

Crudelis Herodes, Deum
Regem venire quid times?
Non eripit mortalia,
Qui regna dat coelestia.

¿Por qué temes, Herodes inhumano,
De que venga á ser Rey un Dios piadoso?
No quita los caducos ambicioso
El que franquea el reino soberano.

Ibant Magi quam viderant
Stellam sequentes praeviam:
Lumen requirunt lumine:
Deum fatentur munere.

Siguiendo iban los Magos diligentes
La luz que les guiaba de una estrella;
Buscan la bella Luz con su luz bella,
Y por Dios le confiesan con presentes.

Lavacra puri gurgitis
Coelestis Agnus attigit:
Peccata, quae non detulit,
Nos abluendo sustulit.

Del Jordan en las aguas cristalinas
El celestial Cordero es bautizado:
Lavándonos nos libra del pecado,
Que no cupo en sus obras tan divinas.

Novum genus potentiae:
Aquae rubescunt hidriae,
Vinumque jussa fundere,
Mutavit unda originem.

¡Nuevo modo de obrar de su potencia!
El agua de las tinas se enrojece,
Rendida á sus preceptos obedece,
Y en vino convirtió su providencia.

Jesu, tibi sit gloria,
Qui apparuisti Gentibus,
Cum Patre, et almo Spiritu,
In sempiterna saecula. Amen.

Jesús, á tí la gloria y alabanza,
Que hoy al mundo apareces humanado,
Sea con Padre, y Espíritu sagrado
Por los siglos eternos sin mudanza.
Amen.

La Misa de este dia es del misterio, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui hodierna die Unigenitum tuum Gentibus stella duce revelasti; concede propitius, ut qui jam te ex fide cognovimus, usque ad contemplandam speciem tuae celsitudinis perducamur: Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios, que en este dia hicísteis conocer y adorar á vuestro unigénito Hijo de los gentiles, dándoles por guia una estrella; concedednos por vuestra bondad, que pues ya os conocemos por la fe, lleguemos hasta la contemplacion de vuestra gloria inefable, por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del capítulo LX *de Isaías.*

Surge illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini

Levanta, Jerusalen, á ser iluminada, porque ya viene tu deseada luz, y

super te orta est. Quia ecce tenebrae operient terram, et caligo populos; super te autem orietur Dominus, et gloria ejus in te videbitur. Et ambulabunt gentes in lumine tuo, et reges in splendore ortus tui. Leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi filii tui de longe venient: et filiae tuae de latere surgent. Tunc videbis, et affluës, et mirabitur, et dilatabitur cor tuum, quando conversa fuerit ad te multitudo maris, fortitudo Gentium venerit tibi: inundatio camelorum operiet te, dromedarii Madiam, et Epha: omnes de Saba venient, aurum et thus deferentes, et laudem Domino annuntiantes.

se ha manifestado sobre tí la gloria del Señor. Advierte, pues, que cuando las tinieblas cubran la tierra, y la oscuridad los pueblos, nacerá sobre tí el Señor (Mesías), y se verá en tí su gloria. Las gentes caminarán guiados de tu luz, y los Reyes del esplendor de la que en tí aparezca. Levanta los ojos por tu circunferencia, y mira que todos los que se han congregado en ella vinieron á ser hijos é hijas tuyos de remotas y próximas regiones. Entonces verás, abundarás, admirarás, y se dilatará tu corazon, cuando concurran á tu seno la multitud de los habitantes en las orillas del mar, y vengan á tí las riquezas de las gentes. Los camellos y dromedarios de Madian y Efa cubrirán tu terreno á manera de inundacion. Todos los de Sabá vendrán ofreciendo oro é incienso, y anunciando alabanzas para el Señor.

REFLEXIONES.

Muy ciego está el que no ve en la mitad del dia. Tal es la suerte de todos los que están fuera del gremio de la santa Iglesia. Que se viese con escasez, ó que nada se viese antes de descubrirse el divino Sol de justicia, no era maravilla; pero después que amaneció el mas claro dia; después que la luz de la fe iluminó todo el universo; después que brilla en el mundo la gloria del Salvador, proseguir en un profundo sueño, en un fatal letargo; no abrir los ojos al golpe de tanta claridad, ó tenerlos medio abiertos; no dejarse persuadir de unas verdades tan grandes, no levantarse jamás del polvo, arrastrar siempre por la tierra, ¡qué estado mas lamentable, ni mas digno de temerse!

Fuera de la Iglesia católica todo es tinieblas, todo es error. ¡Qué dicha, nacer y morir dentro del seno de la santa Iglesia! ¡Mi Dios, cuanto acreditan la verdad de nuestra Religion, cuanto ensalzan vuestra gloria tantas naciones bárbaras y fieras, humilladas á los piés de Jesucristo, tantos monarcas rendidos á los abatimientos de la cruz! Pero ¿qué impresion hace en nosotros un motivo tan poderoso de credibilidad? ¿Corresponden nuestras costumbres á lo que creemos por la fe?

La Iglesia ha visto ya cumplido todo lo que se anuncia en esta pro-

fecía. Los pueblos vinieron desde lejos, puesto que vinieron desde lo muy profundo de la idolatría á abrazar la verdadera Religion. ¡Qué alegría para la santa Iglesia al ver dentro de su gremio tanta multitud de escogidos! ¿Estamos nosotros comprendidos en el número de los qúe dan este motivo de gozo á la santa Iglesia? ¡Oráculo terrible! ¡oráculo espantoso! Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, serán colocados con Abrahan, Isaac y Jacob en la mesa del reino de los cielos; y los hijos del mismo reino serán arrojados fuera. ¿A quién deberán ellos atribuir esta desgracia, sino á su propia malicia? Quien no quiere reconocer á Dios por Padre, ¿de qué se queja si no le trata como á hijo?

Levanta tus ojos, y mira al rededor de ti. Tantas personas de la misma edad, del mismo estado, de la misma profesion, que en medio de los mismos peligros, con las mismas pasiones, con los mismos enemigos, con los mismos obstáculos, hacen una vida cristiana, una vida ejemplar, adoran á Dios en espíritu y en verdad, honran con sus costumbres nuestra Religion, y condenan tan visible, tan concluyentemente tus desórdenes, tu vida licenciosa. ¿Qué tendrás que responder cuando te dén en los ojos con unos ejemplos tan convincentes contra tu cobardía, contra esa vida tan poco cristiana? ¿Qué salida? ¿qué excusas? ¿qué justificacion? Fue violenta la tentacion. ¿Y quién es tu mayor tentador sino tú mismo? ¿Piensas que el enemigo comun perdonó á los otros que los dejó en paz? Te engañas; pero velaron; pero acudieron á la oracion con mayor fervor que tú; pero fueron mas firmes, mas perseverantes en ella. No hay que acusar en nuestras caidas á nuestra flaqueza, sino á nuestra mala voluntad. La gracia, que á nadie se niega, suple abundantemente lo que nos falta de fuerza. Huyamos el peligro, evitemos la ocasion, guardémonos contra los artificios, contra los lazos que nos arma el enemigo. No nos expongamos á sangre fria, con plena deliberacion á esas concurrencias, á esas diversiones, donde todo es riesgo, donde todo es tentacion. ¡Cosa extraña, exponerse á todos los golpes del enemigo, y quejarse después de salir herido y maltratado!

El Evangelio es del capítulo II *de san Mateo.*

Cum natus esset Jesus in Bethlehem Juda in diebus Herodis regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolymam, dicentes: Ubi est, qui natus est Rex Judæorum? vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus ado-

Cuando nació Jesús en Belen de Judá en tiempo del rey Herodes: ved que unos Magos del Oriente vinieron á Jerusalen preguntando: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? pues hemos visto su estrella en el

rare eum. Audiens autem Herodes rex, turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo. Et congregans omnes príncipes Sacerdotum, et scribas populi, sciscitabatur ab eis ubi Christus nasceretur. At illi dixerunt ei: In Bethlehem Juda. Sic enim scriptum est per Prophetam. Et tu, Bethlehem, terra Juda, nequaquam minima es in principibus Juda: ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel. Tunc Herodes clam vocatis Magis, diligenter didicit ab eis tempus stellae, quae apparuit eis: et mitens illos in Bethlehem, dixit: Ite, et interrogate diligenter de puero: et cum inveneritis, renuntiate mihi, ut et ego veniens adorem eum. Qui cum audissent regem, abierunt; et ecce stella, quam viderant in Oriente, antecedebat eos, usque dum veniens staret supra ubi erat puer. Videntes autem stellam, gavisi sunt gaudio magno valde. Et intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus; et procidentes, adoraverunt eum: et apertis thesauris suis, obtulerunt ei munera, aurum, thus, et myrrham. Et responso accepto in somnis ne redirent ad Herodem, per aliam viam reversi sunt in regionem suam.

Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, quedó turbado, y con él toda Jerusalen. Y congregando á todos los príncipes de los sacerdotes y doctores del pueblo hebreo, solicitaba saber de ellos dónde naceria Cristo. En Belen de Judá, le dijeron, segun está escrito por el Profeta (en estos términos): Tú, Belen, pueblo de Judá, de ningun modo eres la mínima entre sus principales ciudades: porque de tí saldrá el Capitan, que rija á mi pueblo de Israel. Entonces Herodes, llamando á los Magos secretamente, investigó de ellos con sumo cuidado el tiempo en que les apareció la estrella; y enviándoles á Belen, les dijo: Id, y preguntad diligentemente dónde está el Niño; y cuando le halleis, dadme aviso para que yo tambien pase á adorarle. Los cuales habiendo oido al Rey, marcharon, precedidos de la misma estrella que vieron en el Oriente, hasta el sitio donde estaba el Infante, sobre donde se fijó; con cuya vista se alegraron en extremo. Y entrando en el domicilio, encontraron al Niño con María su madre; y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron en dones oro, incienso y mirra; y avisados en sueños que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por distinto camino.

MEDITACION.

De la Adoracion de los Magos.

Punto primero. — Considera cuáles fueron los sentimientos de gozo, de admiracion, de amor y de respeto en aquellos santos Reyes, cuando habiendo llegado á Belen, vieron que no se habian engañado, y que no habian salido falsas sus conjeturas. Encuéntrase á Dios siempre que se le busca: ¡y qué consuelo es hallarle después de haberle buscado!

¿Cuántos verian la misma estrella, y tendrian el mismo pensamiento que los Magos, y no tuvieron el mismo valor, ni la misma docilidad? Por eso fue tambien muy diferente su suerte. Esas mismas

gracias que nosotros menospreciamos, esas mismas saludables inspiraciones que nosotros resistimos; quizá, y sin quizá ganarán para Dios á muchas almas fieles. ¡Qué desdicha haber sido indóciles á ellas! Y algun dia, ¡qué dolor, qué desesperacion!

¿Cuántos mirarian con una falsa compasion la credulidad de los piadosos Monarcas? ¿cuántos se reirian de su sencillez? ¿cuántos la tratarian de facilidad y de ligereza? ¿Qué zumba, qué burla no se haria en sus cortes, y aun en las extranjeras, de su jornada? Pero cuando los Magos hallaron lo que buscaban, ¿se arrepentirian de haber sido tan prontos en seguir la voz de Dios? ¿Se avergonzarian de su candor? ¿Se quejarian de las fatigas, de los trabajos del camino? Infiere de aquí los sentimientos que se tendrian á la hora de la muerte. Entonces, ¡qué dulce cosa será haber seguido la estrella! ¡Ah, y qué diferencia tan espantosa entre Herodes y los santos Reyes!

Pero ¿cuál fué el exceso de su gozo, cuando advirtieron aquel divino Salvador, en el cual, alumbrados con superior luz, reconocieron que habitaba corporalmente toda la plenitud de la divinidad? Penetrados de los mas vivos sentimientos de la Religion, ¡con qué profundo respeto, con qué devocion se postrarian en su presencia! ¿Es parecida nuestra devocion, nuestra piedad á la de los Reyes magos? Y sin embargo el mismo Jesucristo que ellos tenemos nosotros realmente presente en el Sacramento.

¡Ah, dulce Jesús mio, y qué poco me he aprovechado yo hasta ahora de vuestra presencia! ¿Á dónde estaba mi fe cuando os he tenido tan poco respeto? Ó ¿á dónde estaba mi respeto cuando os creia presente por la fe? Lloro, Señor, lloro íntimamente mi ceguedad, y mi adoracion comienza desde hoy á reparar mi irreverencia.

Punto segundo. —Considera que agradable fue al Salvador del mundo esta adoracion de los Magos. ¿Con qué fe derramaron el corazon en su presencia? ¡Mi Dios! una fe viva es muy elocuente; un corazon franco y rendido es mucho de vuestro divino agrado.

Fueron sin duda preciosos los dones que ofrecieron; pero en los ojos de Dios su devocion, su caridad fue la mas preciosa. El corazon es el que da estimacion á nuestras liberalidades: sin él no aprecia el Señor nuestras ofrendas. No nos presentemos jamás delante de Dios con las manos vacías, ofrezcámosle liberalmente lo que no nos pide, y estarémos mas prontos á no negarle lo que expresamente nos demanda. ¿Cuántos rinden á Dios un vano culto, porque su corazon está muy distante de su Majestad?

Pero ¡con qué favores, con qué dones sobrenaturales no enriqueció el Salvador las almas de aquellos primeros fieles! De manera que Dios recompensa aun lo mismo que él nos da: ¡y aun así nos cuesta trabajo el dar nosotros á Dios!... ¡ó qué injusticia tan impía!

Tambien fueron objeto de su veneracion la santísima Vírgen y san José. Ninguno puede honrar al Hijo, que no tenga amor y devocion á la Madre. ¡Mi Dios! ¡y qué gran dicha es hallaros! ¡Con que felicidades se encuentra el alma que sinceramente os busca! No hay ya que admirarse de que no hubiese hecho fuerza á los Magos para dejar de reconocer por Dios al que veian en tan humilde figura; ni la oscuridad del lugar, ni la pobreza de las personas, porque la fe lo suplia todo. ¿Y qué es sino falta de fe nuestra insensibilidad, á vista de nuestros sagrados misterios?

¡Ah, mi dulce Salvador, qué lecciones tan importantes, qué ejemplos tan eficaces encuentro en vuestros primeros adoradores! ¡Es posible, que porque yo os puedo encontrar á menos costa, os busque con menos cuidado, os adore con menos respeto, y os rinda mi veneracion mas raras veces! Esto es lo que hasta aquí he practicado, y esto es lo que desde ahora comienzo á detestar íntimamente, resuelto á haceros corte en adelante con mayor frecuencia, y á adoraros en espíritu y en verdad lo restante de mis dias.

JACULATORIAS.—Adórete, Señor, y bendígate por siempre jamás toda la tierra. (*Psalm.* LXV).

Bendicion, honra, gloria y poder por los siglos de los siglos al que está sentado en el trono, y al Cordero. (*Apoc.* V).

PROPÓSITOS.

1 No dejes de rendir hoy tus respetos á Jesucristo presente en nuestros altares; y escogiendo, si puede ser, la iglesia menos frecuentada, vé á adorarle con singular devocion, con fervor nuevo. Hazle tres visitas en horas diferentes, y acompaña cada adoracion con alguna especie de satisfaccion para reparar el olvido que se tiene de su Majestad, y las irreverencias que se cometen en su presencia. Procura que tu respeto, tu devocion y tu modestia sean pruebas de tu fe, y muestras de tu amor.

2 Acuérdate de no ponerte hoy delante de Jesucristo con las manos vacías. Nuestra oracion debe ir acompañada de nuestros dones. Fuera del corazon, que le debes ofrecer, añade tambien algun otro presente en cada visita. Ciertos actos de mortificacion y de virtud,

ciertos pequeños sacrificios que conviene determinar y prometer, no dejarán de ser bien recibidos. Una limosna podrá ser uno de los dones mas agradables. Y habiendo pocos lugares crecidos, donde no esté fundada la utilísima devocion de la adoracion perpetua del santísimo Sacramento, haz un piadoso empeño de alistarte en tan santa congregacion. Señala tu dia y tu hora de adoracion. No hay devocion mas útil, ni mas sólida; y así procura desempeñarla con perseverancia y con puntualidad. Si no estuviere introducida esta congregacion en el lugar donde vives, empeña toda tu autoridad y todo tu crédito en introducirla, y será una obra muy digna de tu católico celo. ¿Qué cosa mas fácil que persuadir á todos los parroquianos que pasen una hora cada mes, ó cada año delante del santísimo Sacramento? Será un manantial perenne de bendiciones para el pueblo, y tú tendras grandísimo consuelo en haber contribuido á que Jesucristo sea adorado todas las horas del dia.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

La vuelta del niño Jesús de Egipto á la tierra de Israel.

San Luciano, presbítero de la iglesia de Antioquía y mártir, en el mismo dia, el que después de haber resplandecido mucho en doctrina y elocuencia, fue martirizado en Nicomedia en la persecucion de Galero Maximiano por confesar á Jesucristo, y sepultado en Bitalbes de Bithinia, cuyas virtudes celebró san Juan Crisóstomo.

San Cleno, diácono, en Alejandría, quien por su gloriosa confesion de la fe, fue siete veces atormentado y largo tiempo afligido en la cárcel; y últimamente degollado consiguió la corona del martirio.

Los santos mártires Felix y Genaro, en Heraclea *(antigua ciudad de España cerca de Cádiz)*.

San Julian, mártir, en el mismo dia. *(Nació de padres ilustres en Toledo, de cuya ciudad fue otro de los primeros obispos. Acabó su vida apostólica á la edad de noventa años, mereciendo derramar su sangre por la fe de Jesucristo)*.

San Canuto, rey y mártir, en Dinamarca, cuya fiesta se celebra el dia 19 de enero. *(Véase su vida en las de dicho dia)*.

San Crispin, obispo y confesor, en Pavía.

San Nicetas, obispo, en la Moldavia, quien con la predicacion del Evangelio redujo á la humanidad y mansedumbre aquellas gentes bárbaras y fieras.

San Teodoro, monje, en Egipto, el cual floreció en santidad por los tiempos de Constantino Magno, de quien hace mencion san Atanasio en la vida de san Antonio.

San Raimundo de Peñafort, en Barcelona, del órden de Predicadores, ilustre en santidad y doctrina; su festividad se celebra el dia 23 de enero. *(Véase su vida en dicho dia)*.

DEL BAUTISMO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, CUYA MEMORIA CELEBRA LA IGLESIA EL DIA DE LA EPIFANÍA.

ADVERTENCIA. Si este segundo dia de la Octava cayere en domingo, se podrá leer lo que corresponda á la Dominica infraoctava en el dia 9, y trasladar para aquel dia lo que corresponde al presente.

El año décimoquinto del imperio de Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea por los romanos, reinando en Galilea como tetrarca, esto es, como príncipe feudatario de los mismos romanos, Herodes Antipa, hijo del otro Herodes que mandó degollar á los santos niños Inocentes: Juan Bautista, inspirado del espíritu de Dios, salió del desierto para predicar penitencia, y para preparar los caminos del Señor, como precursor del Mesías. Andaba por las orillas del Jordan bautizando á los que concurrian á oirle, y exhortándolos á convertirse á Dios, haciendo penitencia de sus pecados.

Por este tiempo el Salvador del mundo, que desde que volvió de Egipto habia estado retirado, desconocido en Nazareth, lugar pequeño de Galilea, vino á Judea, siendo de edad de treinta años, y quiso ser bautizado de san Juan, como los otros, para significar desde entonces las saludables aguas el bautismo de los Cristianos, del cual era figura del bautismo de Juan, y para dar principio á su vida pública por este grande acto de humildad.

Cuando el Hijo de Dios se iba acercando al rio Jordan, alumbrado san Juan con una luz sobrenatural, conoció clara y distintamente que aquel hombre que venia á pedirle el bautismo era el Mesías, y que se certificaria mas en esto con las visibles señas que le daria el Espíritu Santo después de haberle bautizado. Es fácil considerar qué sentimientos de gozo, de admiracion, de respeto y de ternura inundarian entonces el corazon del Bautista. *¿Pues qué, Señor, Vos venís á mí á ser bautizado, cuando yo debo ser bautizado de Vos?* Así exclamó Juan, al ver que el Salvador se iba acercando al Jordan. Respondióle el Señor, que era menester cumplir este misterio, y que queria comenzar su predicacion por este acto de humildad, para confundir el orgullo del mundo: que los dos debian sujetarse á las órdenes de la divina Sabiduría, cumpliendo ellos mismos toda la justicia, y desempeñando sus obligaciones: al oir esto el Bautista calló, se rindió, y le bautizó sin réplica.

Apenas el Salvador habia recibido el bautismo, no bien habia salido de las aguas, cuando poniéndose en oracion á la orilla del mismo Jordan, quiso el Padre eterno manifestar con un extraordinario

prodigio cuán grata le habia sido su humildad. Abrióse repentinamente el cielo, y vió san Juan que el Espíritu Santo bajaba visiblemente sobre él en figura de paloma, así como en el dia de Pentecostes bajó después sobre los Apóstoles en lenguas de fuego, y al mismo tiempo oyó una voz del mismo cielo, que decia: *Este es mi Hijo querido, en el cual tenyo yo todas mis delicias y todas mis complacencias.* Nunca tarda mucho tiempo el premio de la humildad. Un afectuoso aniquilamiento de nosotros mismos, un conocimiento práctico de nuestra nada, gana siempre el corazon de Dios. ¿Cuántos discretones del mundo mirarian el bautismo de san Juan como una devocion popular, como una exterioridad propia para entretener la piadosa credulidad del vulgo? Con todo eso Jesucristo no se desdeñó de mezclarse entre la muchedumbre, ni de adocenarse con el comun del pueblo en una devocion piadosa, en un acto de religion.

Bella leccion para aquellos personajes de autoridad y de respeto, que imaginan se deslucirá su nobleza, se abatirá su dignidad, si se muestran tan religiosos, tan devotos como la gente del pueblo. Todo lo que Dios nos manda, todo lo que es de su agrado honra mucho á cualquiera que lo practica; porque no hay título, no hay calidad mas honrada que la de siervo de Dios.

No es de admirar que el Espíritu Santo escogiese aquel tiempo para bajar visiblemente sobre el Salvador del mundo en figura de paloma. Es el Bautismo el sacramento que mas purifica el alma; y el Espíritu Santo no descansa sino con las almas puras; ni Dios tiene sus delicias sino en el corazon humilde. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que ejemplo tan ilustre, lecciones tan importantes hagan alguna impresion en nuestro espíritu, y sirvan de remedio eficaz á nuestro orgullo?

Este oráculo tan claro, y este testimonio tan auténtico de la divinidad de Jesucristo se consideró tan glorioso á la religion católica, que en memoria suya se instituyó una fiesta particular en la Iglesia, siendo una de las mas solemnes que se celebraban en los primeros siglos. Llamábase entonces la fiesta de la *Theophania*, que quiere decir de la manifestacion de la divinidad de Jesucristo, ó el dia en que Dios se mostró visiblemente á los hombres por la venida del Espíritu Santo sobre el Salvador, y por el testimonio sensible del Padre eterno, que declaró tener en él su complacencia. Y como este bautismo sucedió en el dia 6 de enero, segun la tradicion mas antigua, y testimonio de san Paulino, por eso se junta esta fiesta con la adoracion de los Reyes.

Nunca se habian visto con los ojos corporales san Juan, y Jesucristo, pero con todo eso no dejaban de conocerse perfectamente. San Juan habia conocido al Salvador antes de nacer uno ni otro, cuando saltó de gozo en el vientre de su madre santa Isabel, á tiempo que el Salvador estaba en el vientre de su madre la santísima Vírgen María.

San Agustin, san Juan Crisóstomo, san Gerónimo y otros Padres de la Iglesia alegan muchas razones de congruencia para que el Salvador, que era la inocencia misma, y que venia á quitar los pecados del mundo, hubiese recibido el bautismo, instituido únicamente para los pecadores. Lo primero, para enseñar con su ejemplo á que los demás le recibiesen, teniendo tanta necesidad. Lo segundo, para manifestar su humildad, cumpliendo, como él mismo lo dijo, toda justicia y virtud. Lo tercero, para autorizar con su aprobacion el bautismo de san Juan su precursor. Lo cuarto, para que el Espíritu Santo, el Padre eterno, y el mismo san Juan tuviesen esta ocasion de dar el testimonio que dieron de su divinidad, y sirviese esto de disposicion á los pueblos para oir su doctrina y para seguirle. Lo quinto para santificar las aguas, preparándolas con su presencia, con su contacto, y con la virtud secreta que las comunicó, á que algun dia fuesen saludables á los demás, habilitándolas, como dice san Hilario y san Ambrosio, para dar la remision de los pecados por medio del Sacramento que habia de instituir antes de su muerte. Lo sexto, en fin, como añade san Agustin y san Crisóstomo, para abolir con esta ceremonia el bautismo de los Judíos, y establecer su propio bautismo, cuyo precepto impuso á todos algun tiempo después.

Dice el Evangelio, que al salir del agua el Salvador vió rasgarse el cielo; y descender sobre su cabeza al Espíritu Santo en figura de paloma. La materia de los cielos es incapaz de rasgarse, ó de romperse, y así san Mateo, como san Marcos, se explican en esta ocasion segun el vulgar modo de hablar. Es probable que aquel aparente rompimiento no fue separacion, ó segregacion real y verdadera, sino una como súbita luz ó resplandor que parecia salir del fondo del mismo cielo, á la manera que el relámpago ó el rayo parece que hienden al aire, rompiendo por medio de la nube. Ni los santos Padres, ni la venerable antigüedad hallaron indecencia alguna en que el Espíritu Santo se representase en figura de paloma, puesto que toda la Escritura está llena de semejantes representaciones, figuradas del Hijo de Dios, llamándole Leon de Judá, Gusanillo de Jacob, Cordero, Piedra angular, Águila, etc. La paloma que Noé despachó desde su arca, para saber si las aguas del diluvio se habian retirado, en

sentir de los santos Padres, fue símbolo de la paloma que apareció en el bautismo sobre la cabeza de nuestro Salvador. Es la paloma un animal manso, inocente, benigno, casto, fecundo, amable, y por eso muy oportuna para representar los dones del Espíritu Santo: es á saber, su bondad, su dulzura, su liberalidad, su fecundidad, etc. Añade san Justino mártir sobre la fe de una tradicion muy antigua, que en el momento en que Jesucristo entró en el Jordan se vió brillar un resplandeciente fuego sobre las mismas aguas; efecto sin duda del súbito resplandor que circundó entonces al Hijo de Dios, semejante al que le rodeó despues en el monte Tabor cuando se vió como envestido de una luminosa nube.

La Iglesia griega siempre celebró y aun celebra el dia de hoy la fiesta de la Epifanía, con una piadosa profusion de luminarias. Lo mismo practicó por mucho tiempo la Iglesia latina. Y de aquí sin duda debió tener principio el estilo que se observa en algunas provincias, de presentarse recíprocamente en este dia unas velas coloradas, que llaman *las candelas de los reyes;* costumbres fundadas en la tradicion, que no dejan de aludir á algun piadoso misterio. Observolas con loable candor la devocion de nuestros antepasados, y si con el tiempo degeneraron de aquella sencillez y de aquel mérito que tuvieron en su primera institucion, no por eso dejaron de ser plausibles en su orígen.

La Misa, Oracion y Epístola son las mismas que las del dia de la Epifanía, pág. 80.

REFLEXIONES.

Entonces verás, y serás enriquecido: se admirará, y se dilatará tu corazon. Hasta que nos hallemos en el cielo, en aquella celestial Jerusalen, en nuestra querida, en nuestra suspirada patria, no se verificarán estas dulces, estas alegres profecías. La tierra es para nosotros lugar de destierro y region de llanto.

Cubrióse de una profunda tristeza el semblante de los israelitas, durante el tiempo de su cautiverio en la ciudad de Babilonia. Algunos vecinos de aquella populosa ciudad movidos de compasion procuraban consolarlos, exhortándolos á que desahogasen el ánimo, olvidando por algun tiempo sus trabajos y melancolías, y para eso continuamente los estaban importunando para que cantasen en Babilonia algunas de aquellas tonadillas que cantaban en su país. Can-

tad aquí, les decian, como cantábais en Jerusalen. ¿Por qué no os divertís vosotros como nos divertimos los demás? Estais léjos de vuestra tierra; es así, pero ¿qué os falta en la nuestra? ¿Cuántas diversiones, cuántos entretenimientos podeis hallar aquí si los quereis gozar? Sois extranjeros, es verdad; pero la alegría es paisana de todo el mundo. Olvidad por algun tiempo esa patria, por la cual tanto suspirais, y lograd los buenos dias que logramos todos. En Babilonia hay diversiones si las buscais; ya encontraréis en qué aliviar vuestras penas, y en qué descansar de vuestros cuidados. Hay juegos, hay conversaciones, hay espectáculos, hay convites; y todo puede contribuir á haceros mas llevadero vuestro destierro. Estais en tierra extraña; pero es tierra que produce flores, y en vuestra mano está cogerlas. Si quereis, fácilmente podeis convertir en dias de fiesta estos dias de cautividad y de destierro. Si el cielo no es tan sereno como el de vuestro país, no por eso los placeres de Babilonia son menos agradables. Deponed esa seriedad incómoda y sombría; revestíos de unos modales mas gratos, mas placenteros; cantad como cantamos nosotros; oigamos el metal de vuestra voz, ya que nosotros no os escaseamos las nuestras.

¡Qué responderán los fieles israelitas á unas solicitaciones tan tentadoras, á todas aquellas razones de conveniencia y de gusto! *Quomodo cantabimus in terra aliena!* ¡Infelices de nosotros! ¡Cómo quereis que cantemos en tierra extraña, y desterrados! ¿Cómo es posible alegrarnos, hallándonos tan distantes de nuestra querida patria? No son decentes para nosotros vuestras diversiones, ni es razon que tengamos parte, ni tomemos gusto á vuestras fiestas. Vosotros, que no servís al Señor á quien nosotros servimos; vosotros, que no esperais mejor suerte, gozad cuanto quisiéreis de los gustos, de los placeres que se os presentan. Pero nosotros, que somos de otro país; que esperamos cada hora el fin de nuestro destierro; que estamos continuamente suspirando por nuestra amada patria, no hallamos, ni podemos hallar en esta region mas que llanto y amargura; y nos reservamos para otros placeres mas sólidos, para otros gustos mas dulces. No cantarémos, no, nuestras canciones, sino en Jerusalen: no lograrémos, no, alegría verdadera, sino en aquella feliz, en aquella dichosa mansion. Babilonia para nosotros es region de llanto; tendrémos un poco de paciencia, que ya se nos llegará el tiempo de trasladarnos al país del regocijo. Así respondian los fieles israelitas á los infieles babilonios. ¿Y qué otro lenguaje debieran observar los verdaderos Cristianos? ¿Es por ventura el mundo país menos forastero, lugar de

menos destierro para ellos que lo era Babilonia para los Judíos? ¿Son decentes á los fieles las diversiones, las alegrías del mundo?

El Evangelio es el mismo de la Epifanía, pág. 82.

MEDITACION.

Que Jesucristo nunca parece mayor, que cuanto mas se humilla por nosotros.

Punto primero.—Considera que nunca pareció Jesucristo tan grande como es verdaderamente, sino en medio de sus mayores abatimientos. ¿Qué cosa de mayor humillacion para todo un Dios, que verse reducido á las miserias, á la flaqueza de un niño? Pues el nacimiento de ese Niño flaco y desconocido es el que anuncian los Ángeles: ese Niño es al que un nuevo astro manifiesta á las naciones extrañas: á ese Niño tan pobre, y tan pobremente alojado, vienen á adorar los Reyes; á ese le reconocen por soberano suyo cuando le ofrecen sus dones, cuando le rinden respetos, cuando le tributan vasallaje. ¿Qué monarca del mundo recibió jamás tanto honor en sus magníficos palacios? ¿Qué motivo humano, qué razon natural pudo influir en un suceso tan maravilloso, tan extraordinario? No se descubrió aquí visiblemente la omnipotencia del Dueño del universo. ¿Dónde se hallará mas bien estampado el carácter de una Majestad suprema? Brilla su divinidad entre las sombras de su oscuro nacimiento. Pero ¿qué impresion hace en nosotros? ¿Reconocémosla? ¿respetámosla? Consultemos nuestras ansias, nuestra devocion, nuestro rendimiento.

Fue sin duda bien abatida la muerte de Jesucristo, pero ¿dónde se descubrió mas su divinidad que en la abyeccion de aquella muerte? Espira el Salvador, y toda la tierra se estremece: rinde en la cruz el último aliento, y reconócenle sus enemigos por verdadero Hijo de Dios, por Mesías verdadero. Muere en fin, y los mismos que no pudieron dudar que habia muerto, le vieron resucitado. ¡Ó sabiduría de mi Dios! ¡y qué admirable eres! Si el Salvador hubiera nacido entre la abundancia, entre la magnificencia, ¿qué maravilla seria que le cortejasen los grandes de la tierra? Pero que naciendo entre la oscuridad, entre la pobreza, sea reconocido por dueño del universo, y que sea adorado por los príncipes mas religiosos, por los mas sabios del mundo, ¡qué prueba mas sensible, ni mas ilustre de su divinidad!

¡Ó gran Dios! ¡y qué poco caso hace del parecer de los sentidos

una fe viva, una fe ardiente! ¡Qué maravillas no descubre en todos nuestros misterios! Necesariamente ha de ser muy débil, muy apagada nuestra fe cuando nada nos hace fuerza, sino lo que entra por los ojos. Pero, ¡ah! que nada debilita tanto la fe como el desórden de las costumbres.

Punto segundo.—Considera que el bautismo de Jesucristo no fue el menor de sus abatimientos, y aun puede ser que fuese uno de los mas sensibles. Es claro, que solamente los pecadores tenian necesidad de aquella purificacion: ninguno la practicaba, que no se reconociese culpable, y que no fuese reconocido por tal. Fuera de eso no parecia decente que el Salvador del mundo, el Mesías se hiciese como discípulo de san Juan Bautista. Sin embargo, ni se desdeña de mezclarse entre los pecadores, ni rehusa oir los sermones de su Precursor, y recibir de sus manos el bautismo. ¿Qué accion mas abatida para el Salvador? Pero entonces puntualmente fue cuando á Jesucristo se le declaró, y se le conoció públicamente por lo que era. El Bautista sin haberle visto antes, le confesó por su Salvador; el Padre eterno le publicó por su Hijo; el Espíritu Santo bajó visiblemente sobre él en figura de paloma. Quizá no logró jamás testimonio mas auténtico ni mas visible de su divinidad.

Adoremos los abatimientos de nuestro divino Salvador; pero avergoncémonos, corrámonos, lloremos el horror con que nuestro orgullo ha mirado hasta aquí las humillaciones y los abatimientos. Solamente los réprobos se escandalizan de la humildad de Jesucristo. Un corazon puro, una alma fiel nunca descubre mejor la virtud de la Divinidad, como dice el Apóstol, que en medio de la humillacion. Entre ellas fue Cristo reconocido por verdadero Hijo de Dios, y entre ellas tambien hemos de ser nosotros reconocidos por verdaderos discípulos de Cristo: *Aprended de mí*, nos dice el mismo Señor, *que soy manso y humilde de corazon*. ¿Me he aprovechado mucho de esta divina leccion? Es la humildad el carácter que distingue á los verdaderos Cristianos: sin ella no hay virtud verdadera. ¡Mi Dios! ¡y cuánto he gastado inútilmente, por no haber fundado sobre este sólido cimiento!

¡Ah, Señor! ¡y qué vanidad tan necia es la mia! He pecado, y no quiero parecer pecador. Testigo sois de mi arrepentimiento: haced que con el socorro de vuestra divina gracia sea sincero. Muchas veces he sido humillado sin ser humilde. Ayudadme, Señor, para que sea humilde siempre que fuere humillado.

JACULATORIAS.—Grande es el Señor, y digno de ser infinitamente alabado. (*Psalm.* LXXIV).

Vos, Señor, sois mi Rey, y sois mi Dios. (*Psalm.* XLIII).

PROPÓSITOS.

1 Impónte como una ley de honrar la humillacion y la pobreza de Jesucristo en la persona de los pobres. No solamente les has de hablar con agrado y con apacibilidad, sino tambien con respeto. Es atencion muy digna de un buen cristiano el saludar siempre á los pobres. Positivamente nos declaró Jesucristo, que quien honra al pobre, á él le honra, y quien desprecia al pobre, á él le desprécia. Examina si tienes algun pariente necesitado: visítale, socórrele, consuélale, á lo menos con el cariño y con la vista, si no pudieres hacerlo de otra manera. Es vanidad muy simple, es pobreza de entendimiento, es ruindad, es vileza de corazon desconocer á un pariente ó á un amigo, porque se le ve en estado de pobre. Acuérdate que Jesucristo ennobleció la pobreza con su ejemplo.

2 Muchos Santos tenian la piadosa costumbre de dar gracias á Dios con alguna breve oracion, siempre que les sucedia alguna humillacion ó algun abatimiento. Haz tú lo mismo, aunque no sea mas que con una *Ave María*, con un *Laudate Dominum omnes gentes*, con un *Gloria Patri*. Esta fidelidad, esta generosidad cristiana será orígen de abundantes gracias. Apenas habrá cosa que mas contribuya á fabricar un corazon verdaderamente cristiano, que esta generosa, esta perfecta resignacion.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES LUCIANO, presbítero, MAXIMIANO Y JULIAN, en Beauvais de Francia, de los cuales los dos últimos fueron degollados por los perseguidores de la fe católica; san Luciano, que habia ido á Francia con san Dionisio, después de ser largamente azotado, como no cesase de confesar libremente el nombre de Jesucristo, fue tambien degollado. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN EUGENIANO, mártir.

LOS SANTOS MÁRTIRES TEÓFILO, diácono, y ELADIO, en Libia, los cuales fueron primeramente despedazados, después heridos con agudísimos fragmentos de vasijas de barro por todo el cuerpo, y al fin lanzados en el fuego dieron sus almas á Dios.

LA MUERTE DE SAN LORENZO JUSTINIANO, confesor, en Venecia, primer patriarca de aquella ciudad, varon adornado superabundantemente de singular

doctrina y de celestiales dones de divina sabiduría, fue canonizado por Alejandro VIII; de este Santo se hace tambien memoria el dia 5 de setiembre. *(Véase su vida en dicho dia).*

San Apolinar, obispo, en Alepo, ciudad del Asia, quien floreció en santidad y doctrina imperando Marco Antonino Vero.

San Severino, obispo, en Nápoles de Campania, hermano de san Victorino, mártir, que acabó felizmente su vida lleno de santidad y milagros.

San Máximo, obispo y confesor, en Pavía.

San Paciente, obispo, en Metz.

San Severino, abad, en Baviera el mismo dia, quien plantó el Evangelio en aquel país, y mereció que le llamasen apóstol de los bávaros: su cuerpo fue llevado milagrosamente á Brascano junto á Nápoles, y de allí trasladado al monasterio de San Severino.

DEL PRIMER MILAGRO QUE HIZO CRISTO EN LAS BODAS DE CANÁ, DEL CUAL HACE MENCION LA IGLESIA EL DIA DE LA EPIFANÍA.

Advertencia. Si este dia cayere en domingo, se traslada como el precedente.

Para que el Hijo de Dios se manifestase en el mundo, no tenia necesidad de otra cosa mas, que dejarse ver en él. Pero la mayor parte de los hombres no aciertan á creer, si no ven cosas extraordinarias; y como el Señor predicaba á un pueblo material y grosero á quien nada hacia impresion sino lo que le entraba por los sentidos; quiso por su bondad acomodarse á su flaqueza, y juzgó que para convencerlos de la verdad de su doctrina era menester hacer obras de estrépito y de ruido, descubriendo su divinidad por medio de los milagros.

Apenas salió Cristo del desierto, donde habia estado por espacio de cuarenta dias; no bien comenzaba á darse á conocer en el mundo, cuando fue convidado á unas bodas en Caná, lugar corto en la provincia de Galilea. Asistió tambien á ellas su santísima Madre, con los discípulos, que ya entonces le seguian, y eran no mas que cuatro ó cinco. Sin duda nos quiso dar á entender en aquella concurrencia, que no solo se encuentra á Dios en el retiro, sino que tambien se le puede hallar en las funciones y en los convites del mundo, cuando nos llama á ellos la caridad, la necesidad, ó la atencion cortesana.

Sentóse en la mesa la Madre junto al Hijo; y como la caridad, mas que algun otro motivo humano, le habia llevado al convite, reparó hácia el fin de la comida, que se habia acabado el vino. Resolvió remediar esta falta sin meter ruido. Volvióse á Jesús, persuadida que bastaba representarle la necesidad para que hiciese el milagro, y se contentó con decirle sencillamente: *No tienen vino.* La respuesta

del Hijo pudo parecerla algo seca, si no hubiera penetrado bien el misterio y el sentido. *¿Mujer, qué te va á tí en eso? Yo haré lo que conviene, y lo haré á su tiempo.* No le replicó María, pero llamó á los sirvientes y en voz baja les previno, que hiciesen cuanto les mandase.

Habia en la misma pieza seis grandes vasijas de piedra, prevenidas para las purificaciones, que estilaban mucho los Judíos, especialmente en las funciones y convites grandes. Cada vasija hacia tres medidas, que corresponden á ochenta azumbres. Apenas habia acabado la santísima Vírgen de hacer aquella prevencion á los sirvientes, cuando dijo Cristo: *Llenad esas vasijas de agua.* Hiciéronlo así, llenándolas hasta rebosar; y añadió entonces el Salvador: *Llevad ahora de beber al architriclino,* ó al mayordomo del festin. Ordinariamente hacia este oficio uno de los sacerdotes, de cuya incumbencia era dar órden en todas las cosas, y cuidar que todo se hiciese con gravedad y con modestia. Gustó este la bebida, y llamando aparte al novio, que andaba de mesa en mesa dando providencias para que nada faltase, y se sirviese la comida con órden y con puntualidad, le dijo sonriéndose: ¿Qué es esto? ¿qué chasco nos has dado? Otros sirven el mejor vino al principio de la mesa, y cuando los convidados están hartos de beber sacan el peor. Tú has seguido otra moda muy contraria: sacaste el vino mas ordinario al principio, y reservaste el mas generoso para los postres. Probaron el nuevo vino los convidados, y todos le graduaron de excelente. Examinóse á los criados, y unánimemente contestaron que ellos habian llenado de agua las vasijas, con que todos quedaron igualmente convencidos y admirados del milagro. Este fue el principio de las maravillas con que manifestó el Salvador su gloria y su poder, lo que no contribuyó poco á confirmar en la fe á sus discípulos.

¡Qué dichosos serian los matrimonios, si se hallara Cristo en todas las bodas! ¡Qué cristianos los festines, las comidas, los saraos, si el Hijo de Dios fuera convidado á ellos! Nada nos faltara en nuestras necesidades, como no nos faltara la confianza, y tuviéramos á Dios presente en ellas.

El primer milagro que hizo el Salvador, fue á peticion de su santísima Madre, y aun parece que por su respeto anticipó el tiempo de ostentar sus maravillas. Dichosos los que logran la proteccion de Madre tan poderosa. Todas las gracias se derivan de Jesucristo, como de su orígen; pero la Vírgen tiene gran parte en la distribucion de todas. ¡Qué consuelo para los que son verdaderamente devotos de esta Señora! Dos cosas principalmente concurrieron á este milagro:

la intercesion de la Vírgen y la rendida obediencia de los sirvientes. ¿Queremos que la Madre se empeñe en nuestro favor con su Hijo? Pues seamos siervos obedientes y fieles. En vano se implora la proteccion de la Madre, si se hace profesion de ofender y desobedecer al Hijo.

Necesítase vino, y Cristo manda que se traiga agua. La obediencia para ser perfecta ha de ser ciega. Tantos discursos carnales, tanta prudencia humana esterilizan la devocion, y destruyen aquella docilidad religiosa de que habla el Salvador, y ella sola caracteriza los verdaderos discípulos de Cristo. Obedezcamos á Dios puntualmente, y no nos metamos en inquirir lo que después sucederá. Dios sabe siempre conseguir sus fines, y nuestros fines no deben ser otros que los de Dios. Haz siempre lo que te dice, y harás siempre lo que debes.

Si los asistentes á la mesa hubieran sido menos dóciles, acaso Cristo no hubiera estado tan benéfico. Contentémonos con representar á Dios nuestras necesidades espirituales y corporales con resignacion, con humildad y con confianza. Interesemos siempre en nuestro favor á la santísima Vírgen, por medio de una devocion tierna y sólida; y estemos seguros que el Señor proveerá á todo, cuando lo juzgare á propósito para nuestra salvacion y para su gloria. Muchas veces hace como que no nos oye, y es para probarnos y para despacharnos mejor.

Échase agua en las vasijas, y las vasijas se encuentran llenas de vino. Dejemos obrar á la Providencia, y hallarémos nuestra cuenta. No pocas veces desconcertamos su órden y su economía en órden á nosotros, por querer tener demasiada parte en los sucesos. Quisiéramos, por decirlo así, ser los únicos artífices de nuestra fortuna. Desengañémonos, que nuestros alcances son muy débiles, son muy limitados y no pueden sernos muy útiles. Rindámonos á las órdenes de la Providencia: no pongamos estorbos á los designios de Dios: tengamos una firmísima confianza en su bondad y en su misericordia: en fin, dejémonos gobernar, que el Señor cuidará de todo.

Por testimonio de san Epifanio se sabe indubitablemente, que la fiesta de este primer milagro se celebraba desde el cuarto siglo el dia 6 de enero. No era esto suponer, como nota san Agustin, que en este mismo dia se habia celebrado el milagro, sino que la Iglesia celebraba su memoria en este dia, en que juntaba las tres principales manifestaciones de la gloria y de la divinidad de Jesucristo, debajo de un solo nombre de Epifanía. Porque, como añade el mismo Padre, aunque en estos tres misterios las opiniones sean diversas, nues-

tra fe y nuestra devocion es una misma. *Una tamen sanctae devotionis est fides: in omnibus Dei Filius creditur, in omnibus festivitas est vera.* (*August. Serm. de Temp.*). Que las manifestaciones hubiesen sucedido en el dia en que la Iglesia las celebra, que hubiesen concurrido en dias diferentes, siempre es el mismo Cristo el que es honrado por ellas, siempre es la misma festividad la que se solemniza, siempre es la misma Divinidad la que se reconoce y se adora: *in omnibus festivitas est vera.*

El mismo san Epifanio refiere un prodigio bien extraordinario, asegurándonos, que sucedia en su tiempo. Dice que en el dia de la Epifanía se veian muchas fuentes, y aun algunos rios, cuya agua, ó se convertia en vino, ó á lo menos tomaba el gusto y el color de este licor. Certifica que él mismo probó el vino de una de estas fuentes, que estaba en Cibyra, pueblo del Asia menor. Añade que otros aseguraban sucedia lo mismo en no sé qué parte del Nilo. Seria imprudencia, y aun picaria en temeridad poner en duda la verdad de un hecho, que depone un hombre tan santo como testigo ocular ó experimental, y que tantos hombres grandes confirmaron después.

Puédese añadir al culto de esta fiesta la veneracion con que se guardan las hidrias ó vasijas que sirvieron de instrumentos al milagro. Es muy verosímil que por esta circunstancia las hubiesen conservado cuidadosamente, ó fuese por curiosidad, ó por devocion. Quiérese decir que los príncipes del Occidente las encontraron en Palestina en tiempo de las Cruzadas, y que trajeron algunas á Europa. Muéstranse cuatro en Paris, Puy, Tongres y Colonia. No hay razon para negar que sean las mismas que sirvieron en las bodas de Caná; porque es cierto que vinieron de Judea, que son de la misma figura, y que tenian el mismo destino que las que sirvieron al milagro.

SAN LUCIANO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

Referir las victorias de los Mártires no es otra cosa, que predicar sus triunfos contra los enemigos de la Religion, y elogiar por estos medios los varones gloriosos que florecieron en la Iglesia purpurados con la sangre del Cordero. Entre los de esta clase es digno de memoria eterna san Luciano, llamado Lucio primeramente, de su padre Lucio, cónsul romano, mas esclarecido por sus eminentes virtudes y celo apostólico, que por su nobilísima prosapia. Instruido en la religion de Jesucristo, é imbuido en la doctrina del cielo por el apóstol san Pedro, fue enviado de san Clemente Pontífice con san

Dionisio, san Eugenio, arzobispo de Toledo, y otros operarios apostólicos á ilustrar con la luz del Evangelio á las gentes envueltas en las miserables sombras de la idolatría. Aunque el objeto principal de la mision era el reino de Francia, con todo dieron principio á las funciones de su apostolado en Italia; y pareciéndole á Luciano evangelizar en un pueblo contiguo á la ciudad de Parma, convirtió á la fe muchos paganos, de cuyas conquistas resentidos los idólatras, le pusieron en prision en un lugar público, que hasta hoy se demuestra á los peregrinos, donde dando al Señor repetidísimas gracias por la merced que le hacia de padecer por su amor, confiado en su proteccion no quedó frustrada su esperanza, pues le dieron libertad en una noche los Cristianos, con cuyo motivo siguió con sus compañeros en la expedicion.

Habiendo arribado á la ciudad de Arles la santa comitiva, distribuidos sus individuos por varias provincias para anunciar en ellas el Evangelio, fue destinado Luciano con dos de sus discípulos, llamados Maxiano ó Maximiano, presbítero, y Julian, diácono, á la ciudad de Beauvais, sita en las Galias, pueblo y region de ferocísimas gentes, á quienes no temió presentarse, sin otras armas para su defensa que la gracia del Señor; y lleno de aquel santo celo que anima y da valor á los varones apostólicos, principió á predicar la doctrina de Jesucristo con abominacion de los crasos errores de la idolatría y necedades de sus supersticiones. Como estaba dotado de una elocuencia nerviosa, persuasiva y eficaz, y era no menos admirable en su justificacion, consiguió en breve tiempo la conversion de muchos gentiles. Al logro de estos frutos contribuyó no poco su irreprensible ejemplo é inculpable vida. De continuo se le veia ocupado en oracion, frecuentes vigilias, cotidianos ayunos, separado totalmente de los deleites del siglo, tan mortificado, manso, humilde, pacífico y abstraido, que mas parecia espíritu celestial, que hombre terreno. Todas estas eminentes virtudes, acompañadas con el don particular de lanzar los demonios de los cuerpos humanos que tiranizaban, y de los ídolos, por cuyo medio respondian á las supersticiosas consultas que les hacian los paganos, le conciliaron tanto aprecio y veneracion entre aquellas gentes fieras, que á tropas concurrian cada dia á recibir el bautismo, desengañados por su predicacion de los necios delirios que adoptaba el gentilismo.

Envidioso el abismo de las conquistas portentosas que hacian para Jesucristo los enviados apostólicos en diferentes partes del mundo, empleó todas las máquinas de su perversidad en impugnar á la Igle-

sia, para lo cual incitó al emperador Domiciano á que moviese la segunda persecucion después de Neron, inflamando su indignacion contra los Cristianos, en términos que ordenó fijar edictos públicos en todas las ciudades, villas y pueblos, mandando : que á cuantos se encontrasen en los dominios del imperio romano les compeliesen sus ministros á sacrificar á sus dioses, so pena de padecer ó sufrir los mas crueles tormentos.

Para el cumplimiento de estos impíos decretos envió á las Galias por su lugarteniente á Fascenio Sisinio, hombre bárbaro é inhumano, con encargo especial de perseguir á los operarios apostólicos, que partieron de Roma á aquel reino á predicar el Evangelio, mediante á que habia ya llegado la fama de sus progresos á la capital del orbe; y noticioso Fascenio de los de Luciano, despachó en su busca tres de sus mas crueles ministros, con órden expresa de darle muerte en el caso de resistirse á prestar adoracion á los dioses del imperio. Corrieron por varios pueblos de Francia, en solicitud de nuestro Santo, y entendidos que predicaba la fe en Beauvais, partieron á aquella ciudad á cumplir la providencia con la mayor brevedad.

Supo Luciano, por revelacion del Espíritu Santo, la resolucion del tirano, estando predicando á su pueblo; y llamándole la atencion, le manifestó se acercaba la hora de su muerte, y exhortándole con su acostumbrado celo á padecer por la defensa de la fe, les habló en estos términos: *Ya, hermanos, se ha dignado mi Señor Jesucristo conceder el premio prometido á mis trabajos: ya camino alegre á ver á mi Dios con la palma del martirio: vosotros permaneced constantes en la gracia que habeis recibido; no os separe de la fe el terror de los príncipes del mundo, no os aterren sus amenazas, ni os engañen sus promesas, atended á los inefables bienes que os están prometidos en la eternidad;* y dicho esto, á presencia de todos los oyentes, dió repetidas gracias al Señor por el favor que le hacia de padecer por su amor.

Finalizado el sermon se retiró al monte Milio con sus dos discípulos, distante como tres mil pasos de la dicha ciudad, así para disponerse á aquel tan deseado tránsito, como para animar á los fieles, que se refugiaron en la cumbre de dicho monte temerosos de la persecucion. Llegaron á Beauvais los emisarios de Fascenio en busca de nuestro Santo, é informados del lugar donde paraba, pasando á él inmediatamente le prendieron, con Maxiano y Julian, y notificándoles la sentencia, insistieron en que sacrificasen á los dioses del imperio, ó que se dispusiesen á morir. Resistieron los Santos constantes en la fe la órden del presidente, confesando ser debidos los actos de

adoracion solo al verdadero Dios, Criador de cielo y tierra, y á Jesucristo su Hijo, no á los ídolos, estatuas vanas representativas de quiméricas deidades; por cuya respuesta enfurecidos los ministros, degollaron á presencia de Luciano á sus dos discípulos, persuadidos que intimidarian su espíritu con esta ejecucion; y convertidos á él le trataron de mago, embustero y seductor del pueblo, dándole en cara con la vileza é ignominia que causaba al nombre romano y á la nobleza de su prosapia con sus operaciones, muy ajenas de la religion que profesaron sus padres y progenitores, de cuyos insultos tomó Luciano materia para reprender con mayor brio la injusticia de los decretos imperiales contra la inocencia de los Cristianos, haciéndoles ver que su nobleza no la debia al orígen gentil, sino á la dicha de ser hijo de Jesucristo, verdadero Dios, que redimió con su preciosa sangre al mundo de sus pecados.

No es fácil explicar la ira que concibieron los emisarios al oir tan justa como animosa reconvencion: al momento le amarraron y azotaron con indecible inhumanidad; pero insistiendo el Santo en la confesion de la fe con las expresiones: *Yo creo de corazon en Jesucristo Hijo de Dios, y no cesaré jamás de alabarle con la boca;* viendo inútiles sus esfuerzos para reducirle al cumplimiento de la providencia dicha, desenvainando uno la espada, separó con un fiero golpe la cabeza de su cuerpo, en el dia 8 de enero del año 85 ó 90 de nuestra era. Apenas espiró, descendió del cielo sobre el venerable cuerpo una refulgente luz, y de ella se oyó una voz que decia: *Ven, siervo fiel, á gozar la corona preparada á tu constante confesion;* cuyo prodigio llenó de terror á los homicidas, y de asombro á todos los circunstantes, mas admirados con el siguiente portento, que fue levantarse el cuerpo de la tierra, y cogiendo la cabeza con sus propias manos, caminó cerca de tres mil pasos, pasando por un rio contiguo, hasta el sitio que señaló para su sepultura.

Á vista de estos prodigios, ejecutaron los fieles su funeral con la posible magnificencia; y para que en el rito no dudasen de la asistencia superior, despedia por las narices un olor y una fragancia suavísima, lo que fue causa de no pocas conversiones, pasando de treinta mil las que en su vida hizo de aquellas ferocísimas gentes. En el lugar de su sepulcro edificaron los Cristianos un templo, al que después se trasladaron las reliquias de sus dos discípulos del lugar donde padecieron martirio, obrando el Señor muchos milagros al tiempo de reunirlas con las de su maestro. En el dia se conserva la cabeza y brazo de san Luciano en el monasterio de su nombre

contiguo á la dicha ciudad, y lo demás de su cuerpo en la catedral. Es digna de notarse la particularidad que se observa por los obispos electos en aquella catedral, los cuales antes de tomar posesion pasan la noche en el monasterio dicho, y de él son recibidos por el clero y pueblo con solemnidad. El motivo de celebrarse su memoria en España es, segun nos instruyen algunos escritores, el de la traslacion de sus reliquias á la ciudad de Vich.

La Misa, la Oracion y la Epístola, las mismas que el dia de Reyes, pág. 80.

REFLEXIONES.

Cubriráse la tierra de tinieblas, y los pueblos de una densa oscuridad. Demasiadamente se habia cumplido esta funesta profecía en las espesas tinieblas de la idolatría, que cubrian cási todo el universo cuando nació el Salvador. Este Sol de justicia disipó aquellas horribles tinieblas y aquella noche oscura por medio de su claridad. Pero ¿con cuánta razon se podrá decir, no ya de los gentiles, sino de los Cristianos de nuestros tiempos, que muchos y aun los mas, han apagado las luces de la fe, metiéndose voluntariamente en las tinieblas del espíritu y del corazon, por el desórden, por la corrupcion del uno y del otro? Desterráronse las supersticiones del paganismo; pero ¿qué importa, si ocuparon su lugar las perniciosas máximas del mundo? Á la corrupcion de las costumbres presto se sigue la falta de religion. Un corazon desarreglado llena el alma de espesísimas tinieblas. Toda herejía, todo cisma tuvo principio en algun desórden, en algun vicio. ¿Y no se podrá decir que las alegrías mundanas, las profanas diversiones se han hecho el dia de hoy como el ídolo de la mayor parte de los cristianos? Cási todos sus votos se consagran á esta especie de divinidad. No hay gusto, no hay inclinacion sino á sus fiestas, á sus sacrificios.

Ya no son las diversiones del mundo entretenimientos de la decencia y de la razon. Son ejercicios de fatiga, en que las pasiones se burlan de nosotros, persuadiéndonos á su antojo todo cuanto las lisonjea. Ya no se busca la diversion para desahogo del ánimo: búscase para entretener la ociosidad; búscase como por ocupacion principal, segun las inclinaciones de un corazon inconstante, con el cual se juegan las mismas diversiones. Sigamos, sino, con la consideracion la vida lastimosa de la mayor parte de los mundanos, y veamos lo que nos representa.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Un continuo enlace de juegos, de diversiones y de pasatiempos hace la mas seria, y cási la única ocupacion de las personas del mundo. No se divierten para vivir, viven para divertirse. Mírase con una especie de compasion á los que por genio ó por ser algo más cristianos, se muestran menos ansiosos de estos frívolos entretenimientos. Tiénese por desgraciado el que no es convidado á todas las fiestas, á todas las ocasiones de diversion. ¡Qué dolor! ¡qué gran trabajo el no hallarse en todas las funciones! El cuidado de no saber cómo divertir, cómo ocupar una hora, inquieta y desasosiega. Á la mesa sigue el paseo; al paseo el juego; al juego el baile; al baile la cama; á la cama una misa la mas breve; á la misa el mentidero, la conversacion, los corrillos, el tocador, las visitas mas inútiles; á estas la mesa, y vuelve la misma rueda de los pasatiempos. ¿No es esta por lo comun la ocupacion de las personas del siglo? ¿No consiste su imaginaria felicidad en no tener sosiego en nada, y en estar en continuo movimiento? ¡Mi Dios! ¿esta es vida de un cristiano? Y sin embargo esta es la vida de muchos, de los mas que se tienen por tales. Estos son aquellos entretenimientos honestos, aquellas diversiones inocentes, que segun se disculpan y aun se santifican, falta poco para pretender que sean obras de virtud, y meritorias. Esto, en suma, es decir que aquello que destruye el moral del Evangelio, aquello que aniquila la vida cristiana, es el dia de hoy en el mundo la vida que se usa entre los Cristianos. El israelita se confunde con el babilonio: las mismas diversiones, los mismos banquetes, las mismas costumbres, los mismos entretenimientos. Eso de combatir, eso de luchar, eso de vencerse, eso de mortificarse es cuento: no se trata mas que de fomentar, de nutrir, de contentar las pasiones.

Una vida ociosa, una vida delicada es la que ha entrado á sustituir aquella vida laboriosa, aquella vida penitente que Jesucristo quiere sea el carácter y el distintivo de sus hijos. La mitad del tiempo se pasa en vestirse, en componerse, en adornarse, en buscar modo de agradar á los demás; y la otra mitad en solicitar cada uno lo que á él mismo le agrada. ¿En qué escuela, Dios mio, habrán aprendido los Cristianos estas lecciones de ociosidad y de delicadeza? ¿Quién les habrá enseñado á no tener otra ocupacion que la de divertirse, ni otro estudio que el de fruslerías y bagatelas?

El Evangelio es el mismo que el de Reyes, pág. 82.

MEDITACION.

Del cuidado que tiene Dios de los que le sirven con fidelidad y confianza.

Punto primero.—Considera que nada se puede temer cuando se entrega el corazon totalmente á Dios, y se está siempre con Dios. ¿Puédese estar mejor que sirviendo á tan grande amo? Si este Señor toma de su cuenta nuestros intereses; si nos admite en el número de sus amigos, ¿quién nos podrá hacer daño? ¿Ni qué podrá faltar á quien tiene de su parte á Jesucristo? Si Dios está lleno de misericordia aun para con los pecadores, ¿qué bondad será la suya con los que le sirven de veras? ¿Qué ternura les profesará? La pobreza, las persecuciones, las enfermedades, las cruces, la misma muerte; todo sirve á quien sirve á Dios: *El Señor cuida de mí*, dice el Profeta, *y nada me faltará.*

Haz reflexion á lo que pasó con los Magos. Buscan á Dios, y le buscan de buena fe. Está escondido Jesucristo: no importa; ni por eso dejan de hallarle. Ignoran el camino y el lugar de su nacimiento; y es criado un nuevo astro para que les sirva de guia. Forja el celoso Herodes malignos intentos contra ellos y contra el Niño que buscan para adorarle; y un Ángel les previene que se vuelvan por otro camino. Si nosotros no experimentamos cada dia efectos sensibles de una providencia particular, es porque muchas veces nos falta la confianza y la pureza de intencion. No buscamos á Dios puramente, y contamos demasiado sobre nuestra prudencia y sobre nuestras medidas. Somos siervos poco fieles. Busquemos á Dios sin rodeos; sirvámosle sin artificio; amémosle sin reserva; nada neguemos á Dios, y experimentarémos los efectos de su providencia en la necesidad. Sirvamos á Dios con fidelidad, y le servirémos con confianza.

Punto segundo.—Considera con qué bondad provee el Señor las necesidades de todos los que le sirven. ¡Qué maravillas no hizo en favor de su pueblo á la salida de Egipto! Todas fueron figuras de lo que está haciendo cada dia con sus fieles siervos. Pocos hay que en el discurso de su vida no hayan experimentado cien pequeños milagros de la divina Providencia. Seamos nosotros pueblo suyo, y experimentarémos que él es nuestro Dios.

¡Qué confusion, que vergüenza la de los novios cuando se hallaron sin vino en la mesa! Pero ¿está en ella Jesucristo? ¿asiste allí su santísima Madre? Pues no hay que temer. Aun cuando no pien-

sen en la falta los interesados, piensa en ella la Señora. ¿Y qué hace? No mas que puramente representar á su Hijo la necesidad : *No tienen vino*. Lo mismo practicaron las hermanas de Lázaro : *Señor, el que amas, está enfermo*. Dios bien ve lo que nos falta, sin que sea menester advertírselo; pero quiere que se lo pidamos con confianza. ¿Cuántas veces alabó él mismo la fe de los que pedian alguna gracia? No pocas veces tarda en socorrernos, hácese sordo, muéstrase duro á nuestras súplicas. No importa : tengamos confianza, empeñemos á su Madre, hagamos todo lo que él nos dice, y bien presto acudirá su providencia á todo lo que nos falta.

Nuestros arbitrios humanos, nuestras medidas, nuestra aparente prudencia, muchísimas veces solo sirven para desconcertar la economía de la Providencia, y son obstáculos á los designios de Dios. Otros sirvientes menos dóciles quizá hubieran pensado que no era buen medio para tener vino llenar las vasijas de agua. Amemos á Dios: obedezcámosle; tengamos una tierna devocion con la santísima Vírgen, y siempre será eficaz nuestra confianza.

¡Ó mi Dios, y que lástima se debe tener de los que os sirven mal y os aman poco! El dolor que siento de haberos servido tan mal hasta aquí, sea, mi buen Jesús, sea fiador del deseo que tengo de amaros en adelante sin reserva. Vos, Señor, conoceis todas mis necesidades. Vírgen santa, dulcísima Madre mia, mejor que yo sabeis lo que mas he menester. Ya me parece que mi confianza me está asegurando el socorro.

JACULATORIAS. — Si el Señor es mi protector, ¿de qué, ni de quién temeré yo? (*Psalm.* XXVI.)

El Señor me gobierna y nada me faltará. (*Psalm.* XXII.)

PROPÓSITOS.

1 Infórmate si en tu parroquia hay alguna familia honrada que esté en necesidad, algun pobre enfermo, y no dejes de socorrer sus necesidades espirituales y temporales, visitándole, consolándole con tus palabras, y aliviándole con tus limosnas. Para alentarte á cumplir con tu obligacion en este punto, ten presente la caridad de Jesucristo al tiempo de ejercitar la tuya. Acuérdate que cuando socorres al pobre, al mismo Cristo socorres. *De verdad os digo, que siempre que hiciéreis todas estas cosas con estos pequeñuelos que veis aquí, conmigo las haceis.* ¿Qué cosa mas clara ni mas precisa? Es decir, que hablando en todo rigor, cuando socorres á esa familia honrada, cuando vi-

sitas á ese pobre enfermo, no es el enfermo ni la familia, sino al mismo Cristo á quien das esa limosna, á quien haces este servicio. ¡Y es posible que á vista de esto haya pobres entre los Cristianos! ¡es posible que haya personas abandonadas, olvidadas en sus necesidades, viviendo en medio de los fieles! Hé aquí una cosa que apenas es fácil comprenderla. Jesucristo te pide limosna, y te pide para sí mismo; ¿será menester otro motivo?

2 Examina si cuidas como debes de tus criados y de tu familia; si velas sobre sus costumbres y sobre su salvacion; y si les das tiempo y lugar para que ellos tambien atiendan á ella; ¿tienes cuidado de que sirvan bien á Dios los que te sirven á tí? Si quieres que Dios te provea á tí tus necesidades, provee tú en las suyas a los que te sirven: págales exactamente sus salarios, y haz lo mismo con todos los oficiales que trabajan para tí. No dejes pasar el dia sin haber cumplido con esta indispensable obligacion.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

Los santos Julian, mártir, y Basilisa, vírgen, su esposa, en Antioquía, imperando Diocleciano y Maximiano, la cual en compañía de su marido se conservó en perpetua virginidad, y acabó en paz su vida: Julian, después que fue quemada una multitud de sacerdotes y otros ministros de la Iglesia de Cristo que se habia refugiado á su casa huyendo las crueldades de la persecucion; después de sufrir varios tormentos fue degollado por órden del presidente Marciano; y fueron sus compañeros en el martirio Antonio, presbítero, y Atanasio, á quien el mismo san Julian habia resucitado y hecho cristiano; Celso, jóven, y su madre Marcionila, y siete hermanos con otros muchos, todos fueron martirizados. *(Véase su vida en las de este dia).*

Santa Marciana, vírgen, en el reino de Tremecen, la cual arrojada á las fieras alcanzó la corona del martirio.

Los santos mártires Vital, Revocato y Fortunato, en Esmirna.

Los santos mártires Epicteto, Jucundo, Segundo, Vitalo, Felix, y otros siete, en África.

San Pedro, obispo, hermano de san Basilio el Magno, en Sebaste en Armenia.

San Marcelino, obispo, en Ancona, quien, segun escribe san Gregorio, preservó milagrosamente de un incendio aquella ciudad: *(floreció en tiempo del emperador Juliano).*

En este dia por antigua costumbre celebra la santa iglesia de Oviedo la traslacion que á ella se hizo el año 884 de los santos mártires Eulogio y Leocricia ó Lucrecia desde Córdoba, donde padecieron martirio, haciéndose relacion

de este caso en las lecciones del oficio, en el cual en vez de antífonas y responsorios hay unos versos latinos cuya estructura prueba bien su grande antigüedad. En castellano dicen así:

Crece de dia en dia
De Eulogio el sacro culto, y de Lucrecia
Vírgen la devocion sigue á porfía.
Y así Oviedo se precia
De estar libre de casos repentinos,
Porque esta alegre fiesta de su tierra
El mal y aun el temor del mal destierra.

SAN JULIAN Y SANTA BASILISA, MÁRTIRES.

La vida admirable de estos dos célebres héroes de la religion cristiana, con las asombrosas particularidades que ocurrieron en el martirio de san Julian, hicieron su memoria recomendable en todo el orbe cristiano. Nació este en la ciudad de Antioquía, metrópoli de la Siria, de padres mas distinguidos por su piedad, que por la nobleza de su sangre; los cuales aplicaron sus desvelos en darle una educacion cristiana: facilitando sus deseos mas que todo su bello natural é inclinacion á lo bueno. Aplicado al estudio de las ciencias naturales, como se hallaba dotado de extraordinarios talentos, hizo en ellas maravillosos progresos, y mayores en la de los Santos. En la edad de diez y ocho años pensaron sus padres darle estado de matrimonio, cuyo golpe fue muy sensible para Julian, ya ligado con voto de castidad; quien en vista de las repetidas instancias sobre que se declarase, recurrió á Dios por medio de la oracion, ayuno y penitencia, suplicándole se dignase disponer las cosas de modo, que sin incurrir en la nota de inobediente, pudiera conservar la virtud prometida, tan agradable á sus divinos ojos. Oida su peticion, le reveló el Señor condescendiese con la voluntad de sus padres, bajo el seguro de que no perderia la virginidad, antes bien con su ejemplo la guardaria la esposa que con él contrajese, sirviendo el de ambos para que otros les imitasen.

Habiendo prestado su anuencia, se desposó con una doncella cristiana, llamada Basilisa, muy apreciable por todas sus circunstancias; la que sintiendo en la primera noche del matrimonio un olor extraordinario en el aposento de su retiro, preguntó á Julian de dónde provenia aquella fragancia en tiempo de invierno, que no lo era de flores. No es el que percibes, respondió el Santo, originado de la estacion; es, sí, de Jesucristo, que recrea con estos síntomas á los amantes de

la castidad, prometida por mí en el caso de que consientas observar una virtud tan apreciable, para que viviendo castos como hermanos, seamos dignos vasos donde derrame sus dones el Espíritu Santo. Condescendió Basilisa con la propuesta, añadiéndole, era su voluntad profesarla, para merecer la corona que tiene el Señor prometida á las vírgenes, quien con su santísima Madre, acompañados de los coros angélicos, les dieron el parabien en la misma noche por una resolucion tan heróica.

Muertos los padres de ambos, distribuyeron entre los pobres necesitados sus cuantiosas herencias, con lo que no satisfechos, determinaron vivir separados en distintos domicilios, para hacer los oficios de maestros de cristiana educacion con las personas de sus respectivos sexos, logrando por este medio aumentar considerablemente el rebaño de Jesucristo.

Corria por aquel tiempo la persecucion cruel que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano, inconciliables enemigos de los Cristianos, cuya tempestad sangrienta procuraban aplacar los Santos con oraciones continuas, ayunos y penitencias, rogando al Señor particularmente por los que vivian bajo su direccion empleados en su santo servicio, á fin de que asistiéndoles con sus soberanos auxilios, no desmayasen en los vivos deseos de derramar la sangre por Jesucristo. Interesada en esta súplica Basilisa, le manifestó Dios, que en premio de su castidad moriria naturalmente con sus discípulas; pero que su esposo padeceria grandes tormentos, triunfando gloriosamente de los enemigos de la Religion. Cumplióse así con efecto la primera parte de la revelacion en espacio de seis meses; y dando Julian sepultura al venerable cuerpo de su esposa, oró sobre ella por algun tiempo.

Vino por lugarteniente de los referidos Príncipes á la capital de Antioquía, Marciano, hombre bárbaro y cruel, tan celoso del culto de sus dioses, que mandó no pudiese alguno comprar ó vender aun las cosas necesarias para conservar la vida, sin adorar primero á los ídolos; maliciosa cautela y diabólico pensamiento, que en clase de ordenanza mandó fijar en todos los sitios públicos del departamento de su gobierno; y entendido de los progresos de Julian, envió á su asesor para que le persuadiese á que obedeciera los decretos imperiales. Hallábase á la sazon el Santo en la iglesia con muchas personas eclesiásticas y seculares, refugiadas á ella por temor de la persecucion, esforzándolos á padecer por amor de Jesucristo. Supo que se le buscaba de órden del presidente; y presentándose al comisiona-

do, después de una larga conferencia, le respondió: que él, ni los suyos obedecerian jamás tan injustos mandatos, mediante á que los sacrificios y adoraciones solo eran debidas al verdadero Dios, no á los falsos, representados en los ídolos. Sintió tanto la respuesta Marciano, que remontado en cólera, mandó pegar fuego al templo en el instante, donde quedó abrasada la ilustre comitiva ofrecida al Señor en sacrificio, quien para acreditar lo agradable de aquel holocausto, hizo se oyese por muchos años una celestial música en el sitio al tiempo de las Horas canónicas.

Pero conducido Julian á presencia del tirano, solicitó este reducirle á sus intentos por medio de ventajosas promesas y terribles amenazas, hasta que viendo inútiles todos sus esfuerzos, mandó le azotasen con palos nudosos. Perdió un ojo uno de los verdugos en la ejecucion, á la violencia de un golpe, y advirtiéndolo el Santo, dijo á Marciano que juntase sus sacerdotes para que hiciesen sacrificios y preces á sus dioses á fin de que restituyesen el ojo perdido al miserable, prometiéndole que cuando no lo consiguiesen, él lo haria, con la ventaja de ilustrar además su alma. Condescendió con la proposicion el presidente; pero fueron ineficaces todas sus súplicas y sacrificios, las que solo tuvieron el efecto de que clamasen los demonios desde los ídolos, pidiendo les dejasen, manifestándoles se habian acrecentado sus penas desde la prision de Julian; el cual burlándose del poder de aquellas deidades quiméricas, con la invocacion del santo nombre de Jesucristo le restituyó el ojo tan perfectamente como si nunca le hubiese perdido. Lo mas digno de admiracion en el caso fue la ilustracion del alma del agraciado, quien principió á publicar era debido el beneficio al Dios verdadero, en quien Julian creia, y que él solo era digno de ser adorado de los hombres; por cuya confesion mandó el tirano quitarle inmediatamente la vida; y atribuyendo el prodigio al arte mágica, de que eran notados los Cristianos en semejantes operaciones maravillosas, providenció que amarrado el Santo con duras prisiones, fuese llevado por las calles de la ciudad, publicando delante el pregonero: Así deben ser tratados los enemigos de los dioses, y despreciadores de los decretos de los emperadores.

Tenia Marciano solo un hijo llamado Celso, quien salió del estudio con otros jóvenes á ver el espectáculo, y advirtiendo que acompañaba á Julian una multitud de Ángeles en ademan de coronarle, sin poderlo contener sus maestros, se arrojó á los piés del Santo, protestando queria ser su socio en los tormentos, para serlo en la gloria, que tocaba con sus propios ojos, clamando públicamente que habia

sido engañado de sus padres cuando le enseñaron á maldecir á Jesucristo. Llegaron ambos á presencia del tirano, que rasgó sus vestidos de sentimiento viendo la inesperada novedad, atribuyendo al encanto de Julian aquel engaño.

No se pueden explicar fácilmente los esfuerzos que Marciano hizo con Marcionila su mujer y otras matronas para reducir á Celso, el que ya ilustrado con la luz del cielo respondió al padre, no como niño, sino como sabio consumado, en los siguientes términos: *La rosa no pierde su olor ni hermosura por nacer entre las espinas, ni estas dejan de punzar y lastimar: haz el oficio de herir como espina, que yo daré como rosa un buen olor, sin temor de la vida temporal. Los que á esta temen, podrán obedecer los decretos imperiales, pero no yo que pretendo lograr una vida eterna. ¡Ó Marciano! tú por la ciega pasion de los falsos dioses podrás negarme por hijo siendo cristiano; pero sé que no te hago injuria, anteponiendo á tu amor el del Dios verdadero, pues por no ser cruel contra mí, no soy piadoso contigo.*

Fuera de sí el tirano al oir esta respuesta, mandó que á su propio hijo le encerrasen en un oscuro y asqueroso calabozo; pero convirtiendo el Señor, con una brillante claridad que descendió del cielo, en un lugar de delicias la inmundicia de aquel lugar; contribuyó este prodigio á la conversion de veinte soldados asignados para su custodia. Vinieron por disposicion divina á visitar á los santos Confesores siete caballeros cristianos con un sacerdote llamado Antonio, que entendido del suceso, bautizó á los convertidos.

Supo lo ocurrido el inhumano presidente, y no resolviéndose á tomar por sí alguna providencia, dió parte del negocio á los emperadores, con referencia de todas las circunstancias, los cuales mandaron atormentar á Julian con su comitiva, en cubas encendidas con especies combustibles. Para la notificacion de semejante providencia mandó el tirano conducirles á su tribunal, formado en la plaza de la ciudad, por donde al tiempo de tratar el asunto pasaban los gentiles á enterrar á un difunto, y diciendo á Julian en tono de mofa que lo resucitase: ejecutó este el milagro para mayor gloria de Dios y confusion de los idólatras. Quedó asombrado Marciano á vista del prodigio, y mas cuando oyó al resucitado publicar que eran demonios los dioses que adoraban los gentiles en las estatuas; solo verdadero aquel á quien los Cristianos daban culto. No suficientes para ablandar la dureza del corazon de aquel bárbaro semejantes maravillas, mandó prender al resucitado, llamado Atanasio, á fin de que muriese en el mismo tormento: cuya ejecucion cometió á un vicario suyo, por no

ver fallecer en él á su propio hijo. Incluyeron los verdugos en treinta y tres cubas encendidas á los treinta y tres Santos que entraron en ellas, dando al Señor repetidas gracias porque los hacia dignos de padecer por su amor, de las cuales salieron sin lesion alguna y mas puros que el oro del crisol.

Sin embargo de tan asombroso prodigio, mandó el tirano volverles á la prision, disponiendo que su mujer pasase á ella á persuadir á Celso; en cuya diligencia, puestos en oracion los Santos, suplicaron al Señor se dignase ilustrarla. Sucedió así con efecto, en vista de un brillante resplandor que iluminó la oscuridad del calabozo, y de una fragancia extraordinaria que sintió la madre, oyendo en el mismo lugar celestiales voces que la convidaban á lograr los eternos premios cuando creyese en Jesucristo, como lo hizo, bautizándola el sacerdote Antonio, y sirviendo de padrino su propio hijo.

No cabe en ponderacion la ira que concibió el bárbaro luego que supo lo ocurrido nuevamente con su mujer; y encendiéndose en cólera mandó degollar al momento á los veinte soldados convertidos y los siete caballeros dichos, dejando solo á Julian, hijo, mujer, Antonio, presbítero, y Atanasio resucitado, para tratar mas despacio un asunto en que luchaba el enojo con el amor natural.

Persuadido el tirano que con blandura podria conseguir de los Santos lo que no por tormentos, segun lo habia experimentado, mudando de tono habló á Julian con fingido halago, diciéndole que se reconociese, y sacrificase á los dioses protectores del imperio. Condescendió el Santo con la proposicion siempre que ordenase que asistiesen á su sacrificio todos los sacerdotes gentiles y ciudadanos para que fuesen testigos; lo que ejecutó Marciano sin la menor dilacion, lisonjeándose tener ya reducidos á los Mártires. Habia en Antioquía un magnífico templo dedicado á Jove, Jano y Minerva, en el que ordenó preparasen los gentiles víctimas especiales para el acto; pero haciendo oracion Julian con su comitiva, se arruinó aquella grande fábrica, y cayeron en tierra las estatuas, reducidas á menudos pedazos, con admiracion de todos los circunstantes.

Lleno de confusion el presidente, sin saber qué hacerse en el caso desesperado, sentenció á degüello á Julian; á su hijo á las llamas; á Antonio y Atanasio á que les arrancasen los ojos con garfios, y á su mujer á los tormentos de un potro. Pero el Señor dispuso para mayor gloria suya, quedasen ciegos los verdugos y secos sus brazos. No ablandándose con estos prodigios el corazon de aquel bárbaro, ordenó que arrojasen á los Mártires al anfiteatro público, donde fuesen

pasto de las fieras, las cuales olvidándose de su condicion, postradas á los piés de los Santos con grande mansedumbre, dieron las pruebas de veneracion que les negaban los hombres; en vista de lo cual, convencido Marciano de la ineficacia de su poder y facultades, por último recurso les mandó degollar, logrando por este medio la corona del martirio en el dia 9 de enero del año 308.

En esta ejecucion sucedió el prodigio de convertirse la sangre de los Mártires en una masa blanca como la nieve, repitiendo el Señor otro de no menor momento, para que pudiesen libremente sepultarles los Cristianos, y fue el de un temblor de tierra formidable, que arruinó la mayor parte de la ciudad, con muerte de muchos paganos, que huian del pueblo intimidados á vista de semejantes castigos, los cuales insuficientes para el reconocimiento del presidente bárbaro, falleció á poco comido de gusanos.

La Misa y Epístola son de la Epifanía, y la Oracion en honra de san Julian y santa Basilisa es la que se sigue:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Juliani et Basilissae commendet, ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado san Julian y santa Basilisa nos recomiende á vuestra divina Majestad, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

REFLEXIONES.

Las tinieblas cubrirán la tierra, y una oscura noche se apoderará de los pueblos. Menester es estar bien sepultado en una densa oscuridad: menester es que el entendimiento y el juicio estén apoderados de unas espesísimas tinieblas, para incurrir en medio del cristianismo en disoluciones y en excesos, que lo serian en medio de los paganos. Porque ¿con qué otro nombre se podrán apellidar las escandalosas licencias y las torpes máscaras del carnaval? Ciertamente entre todos los abusos, entre todos los desórdenes de los Cristianos ningunos hay que mas deban encender la piadosa indignacion, que mas deban excitar el ardiente celo de todo hombre que tenga alguna tintura de religion, que las licencias, que los desahogos de este tiempo: tanto mas, cuanto se tiene el descaro de quererlos autorizar por la costumbre. La Religion los condena. la misma razon natural los abomina; y aunque este pernicioso abuso fuese tan antiguo como los malos cristianos, no por eso prescribiria contra la ley santa de Dios.

Pocos hay que no conozcan toda la iniquidad de estos desórdenes; pero la inclinacion al mal prevalece : el amor de los placeres domina : no se dan oidos á los gritos de la razon : síguese á la muchedumbre, y se aumenta el número de los aturdidos y de los atolondrados. El torrente es muy rápido, y no es posible detenerle : la costumbre rompe los diques y todo lo inunda. De aquí nacen los juegos torpes, las diversiones excesivas, los bailes disolutos.

Y lo mas digno de llorarse con lágrimas de sangre es que para que los movimientos de la gracia no inquieten la falsa seguridad de la conciencia en medio de tanta disolucion, se hace todo lo posible para sofocarlos, para reprimirlos, para menospreciarlos, hasta que al fin se haya conseguido esta falsa, esta imaginaria seguridad, en la cual se descansa, se duerme, se amodorra el corazon. Á la verdad tarde se llega á esta ceguedad total, tan estrechamente ligada con la eterna reprobacion ; pero al cabo se llega : y como la voluntad arrastra al entendimiento, se hace estudio de no ver lo que no se quiere ejecutar. Gústase del juego, concúrrese con ansia al baile, y se considera como enemigo de nuestra quietud todo lo que puede perturbar nuestra pasion. Hácese todo lo posible para persuadirse cada uno, que son armas falsas, que son escrúpulos impertinentes los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada; y al fin se consigue.

Háblase con desprecio de los confesores incómodos, de los predicadores celosos, que claman contra las diversiones de carnestolendas, que condenan los espectáculos, que prohiben los bailes. Trátaseles de genios apocados, de hombres simples, de teólogos de prima tonsura, de espíritus impertinentes y vanos, que solo aspiran á distinguirse entre los demás por sus austeridades de boca y por sus extravagantes singularidades, queriendo hacerse famosos á costa de las almas crédulas y sencillas.

Si alguna persona virtuosa tiene valor para desaprobar este género de diversiones, ¡ó buen Dios! y ¡qué secreta aversion se concibe contra ella! Ni al mismo Jesucristo se le perdona, si alguna vez se citan sus divinas palabras para condenar estos desórdenes. Dificúltanse los oidos á los gritos del Evangelio en la escuela de los mundanos. ¿Y qué fuerza harán estas reflexiones á los que las leyeren, si fueren de este carácter? ¿Cuántos sentirán en el alma el haberse puesto en paraje de haberlas leido ó de haberlas hecho?

El que gusta de permanecer en el engaño, se rebela contra su misma razon. Todo error que nutre y lisonjea la pasion, tiene grandes atractivos. Por poca piedad, por cási nada de religion que se tenga,

es imposible dejar de condenar los regocijos y las máscaras de carnestolendas. No se puede ignorar, que el Evangelio condena el baile, los espectáculos y las funciones profanas; pero en este punto del moral quiere aturdirse ó atolondrarse el entendimiento, como se atolondra voluntariamente en otros muchos puntos. El número, la calidad, los dictados, el nombre mismo de los muchos que se engañan, como ellos, da una especie de autoridad al error, que le hace mas plausible: y cuando se quiere y se ama el error, no hay que esperar que se confiese como tal.

Decid á aquel caballerete, á quien sus mismos padres hacen ostentacion de sacrificar á la vanidad, y él está tan contento con ser miserable víctima de ella: decid al otro jóven disoluto, en quien el espíritu del mundo, y una ociosidad inveterada han extinguido casi totalmente la Religion: decid á esa dama jóven tan encaprichada de su aparente hermosura, tan orgullosa, tan soberbia, porque le ha cabido en suerte un poco de mas gracia ó de mas aire; tan entregada, tan embebecida en las alegrías, en las fiestas mundanas, que en ninguna otra cosa toma gusto; decid á todos estos, que, segun san Juan Crisóstomo, no hay enemigo mas peligroso de la salvacion eterna, que esos espectáculos, que esos saraos nocturnos, que esas concurrencias de la ociosidad, que esas profanas diversiones, indignas de un cristiano.

Decidles que el baile está prohibido, como el escollo ordinario de la inocencia, como el sepulcro donde se entierra el pudor, como el teatro donde se representan las vanidades, como el campo donde triunfan todas las pasiones. Que es un conjunto de todos los peligros; que es un compendio de todas las tentaciones; que todo es precipicio, todo es veneno: los meneos, los instrumentos, los objetos, las conversaciones, la concurrencia de hombres y mujeres, empeñados como de apuesta en agradarse, en parecerse bien los unos á los otros; que todo concurre á sofocar la piedad, á alucinar el espíritu, á encantar el corazon; que no hay cosa mas contraria al espíritu del cristianismo. Decidles, decidles todas estas católicas verdades, y veréis con qué indignacion os escuchan, con qué desprecio os oyen; y los mas templados con qué sátiras, con qué apodos, con qué invectivas, con qué burla os reciben. Como os tratarán de Reformador con R grande; del gran teólogo, del gran moralista. Y como no os veréis de polvo entre sus murmuraciones y aun entre sus calumnias.

Así eran menospreciadas en otro tiempo las saludables advertencias, el moral de los santos Patriarcas de la Ley antigua. Pero cuan-

do se comenzaron á oscurecer aquellos dias claros y serenos ; cuando el cielo irritado comenzó á desgajarse en torrentes ; cuando el mar enfurecido no reconocia ya términos ni límites ; cuando las aguas del diluvio, interrumpiendo los entretenimientos y los gustos, llevaban el espanto con la muerte hasta las cimas de las mas altas montañas : pregunto, ¿se pensaba entonces, que las opiniones, que el moral de los Patriarcas habia sido excesivamente rígido, que sus declamaciones habian sido espantajos? ¿Creíase entonces que habian condenado injustamente la ociosidad perdurable, la delicadeza insufrible, la profanidad sin límites, los juegos sin término, los desórdenes licenciosos, los entretenimientos mundanos ; en una palabra, todo lo que el dia de hoy quieren aprobar estos atolondrados del siglo, y todo lo que enciende la cólera de Dios vivo? ¿Juzgábase que habian excedido en gritar contra aquel torrente de maldades que inundaba el género humano, contra aquellos desórdenes públicos, contra aquellos vicios secretos que era preciso ahogar en un diluvio?

Ea, ea, que quizá alguna mano invisible introducirá el espanto en medio de esos círculos y de esos bailes : quizá una muerte precipitada y siempre desprevenida convertirá en triste luto esa pomposa, esa brillante máquina del mundo : quizá un funesto accidente disipará esas peligrosas concurrencias. Tiempo vendrá, y no tardará, en que esos jóvenes licenciosos, esos corazones disolutos, esos hombres enteramente mundanos, indignados de sus propios descaminos, condenarán con una especie de horror todas esas profanas diversiones. Pero qué digo, ¿será entonces tiempo?

Tendráse entonces muchísima razon de tratar, de calificar de entretenimientos paganos los regocijos de carnestolendas. Conoceráse entonces, que los ministros del Evangelio, sinceros y nada aduladores, fueron los verdaderamente sabios, los verdaderamente celosos. Haráse entonces justicia á la virtud de los que siguieron el partido seguro, prohibiéndose para siempre todas esas funciones tan poco cristianas. Confesaráse entonces, que las máximas del mundo eran contrarias á la verdadera sabiduría, y aun opuestas al buen juicio, á la razon natural. Veráse entonces con la mayor claridad, que esas alegrías profanas no eran mas lícitas, no eran mas permitidas en tiempo de carnestolendas, que en tiempo de Semana Santa. Pero, ¡ó buen Dios! ¡qué amargo es el arrepentimento cuando es sin fruto y sin remedio! ¡Qué remordimientos, qué turbacion no causa la memoria del baile, y de las diversiones poco cristianas cuando se miran á la luz de la candela y en la hora de la muerte!

Pero no; por lo regular no se espera tan tarde para condenar todos esos desórdenes. La bulla y el tumulto no atolondran eternamente. Hay ciertos intervalos en que la razon y la religion hacen su oficio, Por débiles que sean en un libertino, en un disoluto, no dejan de darle á conocer la malignidad de todo lo que le gusta, no dejan de descubrirle la ponzoña de todo lo que le encanta.

Siempre tuve á los bailes por peligrosos, decia uno de los mas bellos entendimientos de su tiempo, y el cortesano mas culto y mas discreto de su siglo, el conde de Bussy Rabutin: *Siempre tuve á los bailes por peligrosos; y esto no lo aprendí solamente por mi razon, enseñómelo tambien mi propia experiencia.* Muy fuertes y muy expresivos son los testimonios de los santos Padres en favor de esta verdad; pero creo que en este punto el de un cortesano debe ser de mayor peso. Bien sé que algunos dicen son para ellos menos peligrosos los bailes y los saraos que otras concurrencias. Con todo eso, los que comunmente asisten á este género de funciones son de tal temperamento, que con gran trabajo resisten á la tentacion cuando los acomete en el retiro de sus cuartos; pues ¿cómo la resistirán en una sala, donde las hermosuras que embelesan, las luces que resplandecen, los violines que deleitan, los menees del baile que irritan, son capaces de encender á un anacoreta? Los viejos, que quizá son los únicos que pudieran asistir á esas funciones sin riesgo de la conciencia, se harian risibles si asistiesen; los mozos, en quienes no parece mal que asistan, no lo pueden hacer sin gran peligro. Pues mi dictámen es, que el que quiere padecer y ser cristiano no debe concurrir al baile; y que los confesores cumplirán con su obligacion, si exigieren de sus penitentes que se abstengan para siempre de semejantes funciones.

El Evangelio es de la Epifanía, pág. 82.

MEDITACION.

De los efectos de la gracia.

Punto primero.—Considera tres efectos visibles de la gracia en el viaje de los Magos. Parten al punto sin reparar en trabajos, ni en dificultades: prosiguen su camino, aunque el astro se les oculta: vuélvense por otro, sin hacer caso de un rey falaz y cruel. ¡Oh! ¡y qué importantes lecciones nos da este solo misterio!

Luego que se forma la generosa resolucion de servir á Dios, salen al encuentro mil dificultades. No siempre son reales y verdaderas,

sino aparentes; con todo eso no pocas veces hacen el mismo efecto, que si fueran efectivas. ¡Qué cobardía es el desmayar, el desalentarse! ¿Acaso hemos de marchar solos? ¿Acaso hemos de contar únicamente con nuestras fuerzas? ¿Ignoramos por ventura, que la gracia deriva toda su virtud de la sangre y de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Y que nunca puede faltarnos esta gracia? ¡Grande error es dudar en ponerse en camino, logrando tan bella guia! Cuando me siento mas flaco, decia el Apóstol, entonces verdaderamente estoy mas fuerte, porque cuento mas sobre la divina gracia. Si la virtud cristiana fuera únicamente obra nuestra, tendríamos mil razones para desalentarnos; pero con el auxilio de la divina gracia, ¿qué genio tan indómito, qué costumbre tan inveterada, qué inclinacion tan violenta, qué enemigo tan fiero, tan formidable, no podrá ser rendido, no podrá ser sujetado, sirviendo de gloriosa materia á una completa victoria? Por lo mismo que somos la misma flaqueza, somos mas fuertes. ¡Qué confusion, qué dolor para aquellos corazones tímidos, para aquellas almas cobardes, á las cuales todo las desanima, todo las detiene, cuando vean que con el auxilio de la divina gracia eran capaces de todo!

Tierna era santa Inés, pobre era san Isidro, rey era san Luis. ¿Por ventura nos cuesta el cielo mas caro á nosotros, que á los santos Mártires? ¡Qué austeridad en los desiertos! ¡qué sacrificios en todos los estados! ¡qué inocencia en medio del mundo! ¡qué multitud de Santos en todas las religiones! ¡Qué prodigios de santidad en toda la Iglesia! Hombres flacos eran como nosotros; pero fueron mas fieles á la gracia que nosotros.

Punto segundo.—Considera que solamente las ánimas pusilánimes se desalientan cuando la estrella se oculta. El que solo es devoto cuando siente las dulces impresiones de la gracia, señal de que sirve á Dios por interés, y no por amor. Si el principal móvil de la virtud es la devocion sensible, no hay que esperar que dure la virtud por mucho tiempo.

Alegra sin duda la vista de la estrella; pero aunque esta se esconda ó se retire, no por eso dejan los Magos de continuar su camino. Á la verdad no estará escondida por largo tiempo. ¡Qué desgraciados hubieran sido los Magos, si cuando se les ocultó la estrella se hubieran vuelto atrás! Perseveremos constantes en los caminos de Dios, que la estrella volverá á dejarse ver cuando sea necesario. Ordinariamente se encubre en el tumulto del mundo. Menester es que con

diferentes pruebas se debilite el amor propio, el cual se fomenta, se nutre con los gustos de la devocion sensible.

Gran motivo tenian los Magos para volver por el mismo camino, en virtud de las instancias que les hizo el rey Herodes. Pero la gracia siempre nos mueve á volver por camino diferente. El que no muda de camino no se convierte.

Muchos se contentarán con ir á ver al Niño recien nacido, y á ofrecer sus obsequios á María; pero todo se reduce á cumplimientos y á buenas palabras. ¿Cuántas veces nos portamos de esta manera con el mismo Jesucristo? Presentámonos á él en la misa, en la comunion. ¿Y á qué se reducen nuestras oraciones? Á palabras y no mas. ¿Hay muchos que al venir de confesar y de comulgar vuelvan por otro camino? Cuando los ejercicios espirituales, cuando la frecuencia de Sacramentos, cuando la misma devocion no nos hace mejores, mala señal, mala señal.

No permitais, Señor, que haga yo inútilmente estas reflexiones. Demasiado he abusado hasta aquí de vuestra gracia: bendito seais para siempre por la que ahora me haceis. Resuelto estoy á mudar de camino mudando de vida. Haced que sea fruto de meditacion mi conversion verdadera.

JACULATORIAS.—Muéstrame, Señor, tus sendas y tus caminos, que desde hoy mas no quiero seguir otros. (*Psalm.* XXIV).

Convertidnos, Señor, y quedaremos verdaderamente convertidos. Haced por vuestra misericordia que yo entable una nueva vida. (*Thren.* V).

PROPÓSITOS.

1 Hoy has de lograr el dulce consuelo de experimentar en tu conducta los efectos de la gracia. ¿Eres colérico, impaciente, poco recogido? ¿Están acostumbrados tus ojos á andar derramados por la iglesia, esparciéndose indiferentemente por todos los objetos? ¿Distraeste voluntariamente en la oracion y en la misa? ¿Gastas mucho tiempo en componerte, y te dejas llevar con exceso del vano deseo de parecer bien? ¿No tienes algo que corregir, que reprenderte sobre esa vida inútil, regalada y ociosa? ¿Tratas con dureza ó con poca piedad á los pobres? ¿Corresponden tus limosnas á tus rentas? ¿Trabajas en domar tus pasiones? ¿Dominate el amor propio? Ea, determina alguno de estos defectos y aplícate á corregirlos hoy. Segura-

mente puedes contar con la gracia : ¡ojalá que con igual seguridad pudieras contar con tu correspondencia!

2 Una vez al dia trae á la memoria los propósitos, el proyecto de conversion que habrás hecho en otras ocasiones. Hazte presente aquel plan, aquel método de vida, que alguna vez seria fruto de una confesion general, de algunos ejercicios, y examina si le has desmentido, si te has desviado de él. Renueva todos aquellos propósitos y ese método, imponiéndote alguna penitencia por cada vez que faltases. Tambien es práctica muy útil determinar antes de la confesion, y aun antes que se acabe la meditacion, el fruto particular que se desea sacar de ella. ¡Buen Dios! ¡de cuántas industrias se valen los mundanos para adelantar sus intereses temporales! ¡Y será posible que solo en el negocio de nuestra salvacion hemos de ser estúpidos y descuidados!

DIA X.

MARTIROLOGIO.

San Nicanor, diácono, en la isla de Chipre, uno de los siete primeros de la Iglesia, el cual habiéndose aventajado en fe y en virtudes eminentes, recibió la corona del glorioso martirio.

San Agaton, papa, en Roma, que resplandeciendo en santidad y doctrina, murió santamente. *(Este Papa sucedió á Dámaso en* 679, *y presidió por sus legados el* 6.° *concilio general convocado en Constantinopla contra la herejía de los Monotelitas, que confutó en una carta escrita al emperador Constantino Pogonato, por la tradicion constante de la apostólica Iglesia de Roma : conocida, dice el Santo, de toda la Católica por Madre y Maestra de todas las demás iglesias, cuya superior autoridad deriva de san Pedro: carta que fue aprobada en el mismo Concilio por regla de fe, declarando que* Pedro habia hablado por la boca de Agaton. *Anastasio dice que el número de sus milagros le mereció el título de* Taumaturgo. *Murió este Santo el año* 682, *y así los griegos como los latinos honran su memoria).*

San Willermo, arzobispo y confesor, en Bourges en Aquitania, esclarecido en virtudes y milagros : fue canonizado por Honorio III.

San Juan Bueno, obispo y confesor, en Milan.

San Pablo, primer ermitaño, en la Tebaida, que vivió solo en el yermo desde la edad de diez y seis años hasta la de ciento trece ; su alma la vió san Antonio llevar los Angeles al cielo entre coros de Apóstoles y Profetas : y su fiesta se celebra á 15 de enero. *(Véase su vida en las de dicho dia).*

San Marciano, presbítero, en Constantinopla.

La festividad de san Pedro Urséolo, confesor, en el monasterio de Consance; fue primero dux de Venecia, y después monje del órden de San Benito, esclarecido en piedad y doctrina : su festividad se celebra el dia 14 de enero.

SAN GONZALO DE AMARANTE, CONFESOR.

En uno de los pueblos del reino de Portugal, llamado Tagilde, y antes Atanagilde en aquel idioma, perteneciente al obispado de Braga, nació san Gonzalo de Amarante, brillante ornamento del órden Dominicano en los principios de su establecimiento, en quien se manifestaron desde luego indicios nada equívocos de su santidad futura. En el mismo dia que le llevaron sus padres á la iglesia de San Salvador (de cuya feligresía eran) para que recibiese el bautismo, no sin particular admiracion de todos los concurrentes, entregado al ama, concluido el Sacramento, para que le diese el pecho como es regular en estos casos, olvidándose de la propension natural al alimento, fijó los ojos en una imágen de Jesucristo crucificado, y levantó sus tiernos brazos en ademan de querer abrazar aquel celestial objeto: presagio, sin la menor duda, de la particular devocion que profesó en su vida á los misterios de la pasion y muerte de Nuestro Redentor. Estos asombrosos hechos repetia cuantas veces le llevaba el ama que le criaba á la referida iglesia, ó con motivo de oir misa, ó de hacer oracion en ella; notándose que al tiempo de entrar, movido el niño de un impulso superior, miraba con inquietud todo el ámbito del templo hasta ver el Crucifijo, en cuya inspeccion sosegaba sus impacientes movimientos; y si por probarle se le separaba alguna vez de aquel atractivo de todo su afecto, eran sus llantos inconsolables hasta volverle á la presencia del Señor, olvidándose no pocas veces del alimento con la dulzura de semejante recreo. Observando la piadosa ama tan raros prodigios, para no defraudarle de estos consuelos, al amanecer, antes de darle el pecho le conducia á la iglesia, y poniéndole delante del Crucifijo, después de sus acostumbradas reverencias, recibia alegremente el alimento.

Admirados sus padres de tan extraordinarios presagios de devocion, é inclinacion del niño á todo lo bueno, determinaron ofrecerle al Señor en holocausto; y no omitiendo los medios que pudieran contribuir al logro de sus intenciones, apenas llegó á la edad en que por lo regular se despierta el uso de la razon, le buscaron por maestro á un sacerdote venerable, á fin de que le educase en buenas costumbres, é instruyese en los primeros rudimentos, con particular encargo de que fomentase sus piadosas ideas. Perfeccionado en semejantes principios, deseosos los padres de sus mayores adelantamientos, le presentaron al arzobispo de Braga, quien entendido de los referi-

dos antecedentes, notando en el semblante del jóven una singular modestia y admirable cordura en sus palabras, le admitió en su familia con suma complacencia, y conoció por su trato mas de cerca las brillantes cualidades de su espíritu, y la utilidad que resultaria á la Iglesia de un ministro semejante; y bajo este concepto, apenas llegó á la edad fijada por los cánones, le ordenó de sacerdote, en cuya dignidad se portó con tanta edificacion y celo, que á poco tiempo fió á su cuidado la abadía de San Pelagio, poco distante del suelo paterno, á pesar de su humilde resistencia. Cargado sobre sus hombros el peso de tan grave ministerio, teniendo muy presente la responsabilidad de su administracion para con Dios, como otro Salomon al tiempo de recibir el gobierno de su reino, puesto de rodillas ante una imágen de la santísima Vírgen, le rogó con tiernas lágrimas se dignase alcanzarle de su amado Hijo inteligencia y acierto para el desempeño de tan importante empleo. Digno fue del mayor elogio el primer sermon que predicó á sus feligreses, lleno de encendida caridad para con Dios y el prójimo, exhortándoles con nervioso celo al cumplimiento de la ley, y sus respectivas obligaciones; y persuadido de que para animar á los hombres tienen mas eficacia las obras que las palabras, desde luego se puso en el pié de alentar á sus súbditos con su ejemplo. Abrazó la frugalidad en la comida, satisfecho con el preciso alimento; cubrió su cuerpo con el vestido mas despreciable; observó inviolable la castidad y pureza debida á la dignidad sacerdotal; manifestóse humilde de corazon; no quiso sobresalir en otra cosa que en las limosnas; y considerándose mero administrador de los bienes de la Iglesia, los invertia en socorro de los pobres, que le llamaban padre á boca llena.

Con esta serie de vida inculpable, capaz de edificar á su pueblo, continuó por algunos años Gonzalo en su ministerio; pero como la materia de sus frecuentes meditaciones era la pasion y muerte de Jesucristo, se encendió en tan vivos deseos de venerar personalmente aquellos lugares donde obró el Señor los misterios de nuestra reparacion, que, con efecto, dejando por vicario á un sobrino sacerdote, que crió desde la infancia con santos y sabios documentos, después de encargarle muy escrupulosamente el cuidado de su grey, partió á la Tierra Santa en hábito de peregrino; y habiendo llegado á Jerusalen, después de haber sufrido muchos trabajos é incomodidades en el camino, transportado en divinas consolaciones á la vista de aquellos venerables monumentos, no saciándose de mirarlos, besarlos y adorarlos, gastó catorce años en satisfacer sus deseos. Ya se deja

discurrir en tan dilatado tiempo, qué actos de respeto y devocion practicaria aquella alma encendida en la llama del amor de Dios; pero escrupulizando sobre el cumplimiento de su ministerio, volvió á emprender igual peregrinacion para atender al cuidado de sus ovejas.

No cabe en ponderacion el dolor y desconsuelo que tuvo Gonzalo luego que llegó al país, sabiendo que su vicario, olvidado enteramente de sus instrucciones y consejos, se habia entregado á toda clase de ilícitas diversiones, vanidades, cazas, convites y delicias, y que trasmutado de pastor en un lobo devorador, desatendia las obligaciones de su ministerio; y aun tuvo la temeridad de fingir letras testimoniales, con el fin de acreditar por ellas la muerte de su tio, poco difíciles en su larga ausencia, para obtener en propiedad la abadía de San Pelagio con semejantes dolosas maquinaciones. A pesar de tan vivos sentimientos, llegó á pedir limosna en casa de su sobrino; y acometiéndole los muchos perros de caza que tenia, defendiéndose de ellos como pudo, reiteró una y otra vez con lamentables voces le socorriese su necesidad; pero ofendido el Abad vicario de sus importunos ruegos, le mandó decir por un criado, que se ausentase al momento, porque en su casa no se acostumbraba dar limosna á semejantes pobres.

Encendido el siervo de Dios en santo celo á vista de tan desusada impiedad, se dió á conocer, y principio á corregir con admirable brio al relajado sobrino, reprendiendo severísimamente su conducta. Quejábase, lleno de amargura, de que abandonada su educacion, á pesar de las sabias máximas con que lo habia instruido al tiempo de partirse á su peregrinacion, y sobre todo de la confianza que depositó en él para que cuidase de su rebaño, y que encargándoselo le asistiese, no como lobo, sino como pastor; él por el contrario invertia en perros y en ilícitas diversiones todos los réditos de la Iglesia, debidos justamente á los pobres de Jesucristo, como patrimonio de ellos. Irritado el intruso Abad de tan dignas reconvenciones, y resistiéndose á los estímulos con que le punzaba la conciencia, se levantó de la mesa en que á la sazon se hallaba, y no satisfecho con llenar de injurias é improperios al venerable anciano, le arrebató de sus débiles manos el báculo que traia, y le hirió con él gravemente, incitando á los perros para que le mordiesen, amenazándole con mayores castigos si no se retiraba al instante de su presencia.

Sufrió Gonzalo con paciencia indecible tan enormes atentados, rogando al Señor tuviese misericordia de aquel infeliz; y sin solicitar su defensa, ni menos atender á los bienes temporales, tomó el par-

tido de predicar la doctrina evangélica por toda aquella region. Por el tenor de su vida apostólica se concilió en breve tiempo el respeto y veneracion de todas las gentes, con cuyas limosnas edificó una pequeña ermita, dedicada á la santísima Vírgen, en cierto sitio inculto, cerca del rio Tamaca, viviendo en aquel retiro como otro Pablo é Hilarion en el desierto, empleado en santas contemplaciones, y en el ejercicio de la predicacion; practicando á un mismo tiempo la vida eremítica y apostólica, acreditándose por sus milagros tanto aquel lugar desconocido, que después se vió poblado con no pocos templos. dos célebres monasterios, é insignes casas de muchos personajes portugueses, que hasta el dia concurren á él en romería, movidos de la devocion del Santo.

Hallábase pensativo Gonzalo sobre si agradaria al Señor con semejante vida: en cuyas dudas recurrió á su Majestad y á su santísima Madre con fervorosas súplicas, ayunos y penitencias, para que se dignasen manifestarle su voluntad. No le faltó la benignidad del Redentor á su amado, ni la conmiseracion de la Reina de los Angeles, pues estando en oracion en la noche de pascua de Resurreccion, ante el altar de la Señora, advirtiendo un extraordinario resplandor, vió en medio de él á la santísima Vírgen, que le habló con afabilidad en estos términos: *Levanta, siervo mio, y sigue entre los órdenes religiosos, esparcidos por el mundo, al que oyeres que da principio y fin á los oficios divinos con la Salutacion angélica.* Confortado con este favor extraordinario, buscaba con diligencia el enunciado instituto, recien fundado en la Iglesia por santo Domingo de Guzman. Pasó un dia á Vimaro, pueblo del obispado de Braga, hospedándose en el convento de los religiosos Dominicos, y conduciéndose al templo al toque de Vísperas, notó que el oficio divino daba principio y fin con la dicha salutacion. Convencido de ser aquel el Orden que le previno siguiese la Madre del Redentor, sin la menor dilacion pidió al prior con humildes ruegos se dignase admitirle entre los individuos de aquella comunidad, donde fue recibido con universal aprobacion de todos, bien entendidos de sus recomendables cualidades. Pasado el año del noviciado, en el que dió sobradas pruebas de su fervor, de su inocencia, de sus costumbres y de su eminente virtud, hecha su profesion con la solemnidad competente, obtuvo licencia de los superiores para volver á su oratorio de Amarante á continuar sus funciones apostolicas, satisfechos con tan conocidas ventajas, como lo acreditaron los frutos de su predicacion.

Sentia en el alma que las frecuentes inundaciones del caudaloso

rio Tamaca impidiesen á los fieles concurrir á sus sermones; y ansioso de la salvacion de aquellas almas, pensó fabricar un puente capaz de evitar el inconveniente: ante todas cosas consultó el proyecto dificilísimo en lo natural con el Señor, y obtenida su aprobacion por medio de un ángel, emprendió la construccion costosísima de aquella obra, sin otros fondos que los de la Providencia. A pesar de las muchas contradicciones de los que censuraban por temeridad su resolucion, y siendo él el primero que puso con sus débiles fuerzas las piedras de inmensa magnitud en la rápidas corrientes, animó este prodigio á los pueblos vecinos á que concurriesen con sus facultades á seguir fábrica tan necesaria; la concluyó á expensas de repetidísimos prodigios memorables, entre otros, los continuos de alimentar á los artífices con los peces del mismo rio, que venian á la orilla á presentarse voluntariamente al Santo para que los cogiese; y el que sucedió con un magnate del país, que queriendo burlarse del Santo en cierta ocasion que le pidió limosna para la fábrica, habiéndole entregado una esquela para que le diese su mujer el dinero que pesase el papel, pesó una suma considerable, capaz de subvenir á muchos gastos; castigando de esta forma el Señor el desprecio de su siervo, al paso que por el mismo hecho le proporcionó auxilios para la obra.

Los inmensos trabajos que padeció, y el rigor de sus contínuas penitencias, le debilitaron en términos que cayó en una gravísima enfermedad; y conociendo se acercaba la hora de su muerte, se dispuso á recibirla con las preparaciones de la mayor edificacion, rogando á la santísima Virgen, su protectora, que le alcanzase la gracia de que no le perturbase el enemigo infernal. Sabido el peligro en que se hallaba en el país, concurrieron á visitarle innumerables personas, penetradas del mas vivo dolor, á quienes consoló con la oferta de que intercederia por todos ante el tribunal de Dios. Últimamente, agravándose cada dia mas y mas, tuvo la dicha de que en su fallecimiento le asistiese la Reina de los Ángeles, acompañada de los coros celestiales, entre cuya comitiva entregó su espíritu en manos del Criador, á los 10 de enero del año 1260. Apenas espiró, se oyó una voz en toda la circunferencia de Amarante, sin saber quién la proferia, convidando á las gentes para que asistiesen al funeral de Gonzalo, el cual se hizo con la mayor solemnidad.

Justificados los muchos milagros, que en vida, y después de muerto, obró el Señor por la intercesion de su siervo con el heroismo de sus virtudes, le declaró en el catálogo de los Santos el papa Ju-

lio III, mandando se celebrase su festividad en el mismo dia de su fallecimiento; y demás de esta, repiten otra los portugueses en la Octava de Pentecostes, con mucho concurso de aquel país, en Amarante, donde exíste un monasterio suntuosísimo de religiosos Dominicos, enriquecido con cuantiosas donaciones debidas á la liberalidad del rey D. Juan el Tercero.

La Misa y Epístola son de la Octava de la Epifanía, pág. 80, y la Oracion es la siguiente:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in Beati Gonzali confessoris tui solemnitate deferimus, et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Dad, Señor, oidos á las súplicas que os hacemos en la fiesta de vuestro confesor Gonzalo, y pues él os sirvió dignamente, libradnos por sus merecimientos de todos nuestros pecados. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

REFLEXIONES.

Levántate, Jerusalen, y brilla con nuevo resplandor, porque ya ha venido tu luz. ¡Asombro es que aun después de haber amanecido en el mundo el divino Sol de justicia, reinen todavía las tinieblas en el espíritu de tanto número de fieles! ¡Qué ceguedad mas lamentable, que ver en medio del cristianismo dias enteros destinados á diversiones poco cristianas, y por un intolerable abuso, que parece presume de lícito por la prescripcion, corra sin freno la licencia desde Reyes hasta el tiempo santo de Cuaresma!

Si entre las calumnias que los gentiles forjaron contra los Cristianos se les hubiera ofrecido darles en cara con esta inconsecuencia; conviene á saber, que mientras nuestra Religion condena el paganismo en todos sus puntos, imita sus desórdenes en muchos; que preciándose de una moral austera, cuyas leyes ponen límites tan estrechos á las mas honestas diversiones, permite con todo eso los regocijos y las fiestas de los paganos; que unas veces severa, otras indulgente, segun las diversas ocurrencias de los tiempos, da licencia en ciertos dias para las libertades y para las disoluciones, que prohibe en otros; ¿con qué indignacion, con qué enojo no se hubiera gritado desde luego contra esta reconvencion, tratándola de impostura, de embuste y de calumnia?

¿Qué mentira mas grosera se diria entonces, qué mayor impostura, que acusar la religion cristiana de desordenada en sus costum-

bres, cuando en virtud de sus preceptos está condenado hasta el deseo, hasta el pensamiento del pecado? ¿Puede ignorarse cuánta es su delicadeza en punto de pureza, de conciencia y limpieza de corazon? ¿Qué vicio se puede jactar de ser exceptuado ó de ser disimulado por ella? ¿Hay por ventura un solo instante en la vida que sea exento de la práctica de la virtud, en que ella dispensa la obligacion de servir á Dios, y de conservarse en la inocencia?

De esta manera responderian confiada y animosamente los Cristianos de la primitiva Iglesia; porque no les dolian prendas, ni se les podia dar en rostro con algun desórden. Jamás parecian en el circo: huian del teatro, de los espectáculos y de los juegos públicos: no se les veia, ni coronados de flores ni vestidos de púrpura: reinaba una modestia inalterable en todos los estados: no reconocian, ni edad, ni tiempo, ni dias destinados para inmoderadas alegrías: sus diversiones, siempre honestas, siempre puras, eran lecciones de virtud y de decencia: en sus convites sobresalia la frugalidad y la moderacion: en sus concurrencias, juntas y visitas iba delante la piedad: en fin, en todo tiempo y en toda ocasion eran cristianos. Estos sí que fácilmente confundirian la calumnia. Pero pregunto: ¿tendríamos nosotros el dia de hoy el mismo derecho y el mismo valor para rebatirla, á vista de nuestra conducta tan poco cristiana, especialmente durante el carnaval, y en tiempo de carnestolendas? ¿Qué retorsiones no nos harian? ¿Cómo nos argüirian con esos festines licenciosos, con esos bailes, con esas danzas, con esas máscaras, con las cuales los primeros cristianos daban en cara á los idólatras, como muestras visibles, así de la corrupcion de sus costumbres, como de la falsedad de su religion?

¿Qué tendríamos que replicar, si los paganos nos dijeran que en tiempo de carnaval hacíamos lo mismo que ellos hacian en sus fiestas bacanales: los mismos excesos, los mismos festines, los mismos saraos, los mismos regocijos? Los desórdenes son públicos, la licencia no es menos desenfrenada. ¿Seria bien recibida la excusa de que en esas diversiones se observa alguna mayor moderacion; esto es, que los regocijos y las máscaras del carnaval, á lo sumo solo puede llamarse reliquias del paganismo mitigado? Pero gracias al Señor, que aunque sean tan universales los abusos y la licencia de los malos cristianos, no puede perjudicar á la santidad de la Religion, que en todo tiempo ha condenado, como la condena tambien el dia de hoy, esa profanidad, ese escandaloso desórden.

Adorado en cási todos los altares el enemigo comun de todo el gé-

nero humano, orgulloso y fiero con el imperio universal de todos los corazones, se hacia consagrar los primeros dias del año con esa disolucion. Este, y no otro, es el principio que tuvo la escandalosa costumbre de los excesos del carnaval.

¿Qué hombre de buen juicio se atreverá á autorizar esas licenciosas alegrías con el pretexto de que después entra el tiempo de ayuno y de penitencia? ¿Habrá valor para decir que se concede toda la libertad á los sentidos, porque dentro de tres dias se ha de llorar esa libertad que se les ha concedido? ¿Que se entrega el corazon al esparcimiento y al desórden, porque se acerca el tiempo en que se ha de hacer penitencia de ese desórden, y de ese esparcimiento? Llega la Cuaresma, en que es menester llorar los pecados; pues consolemos anticipadamente esas lágrimas futuras con todo género de divertimientos. Dentro de pocos dias obligará la Iglesia á todos sus hijos al ayuno, pues pertrechémonos contra ese ayuno con excesos, convites, y comilonas que llegan á ser glotonerías.

Bien presto se nos convencerá desde los púlpitos, que todas estas fiestas de carnaval son indignas del nombre cristiano; pues trabajemos ahora en merecer que entonces nos avergüencen. Mañana se nos predicará la penitencia; pues hagamos hoy todo lo posible para tener necesidad de ella.

Conócese, pálpase la ridiculez y la impiedad de este lastimoso discurso: pues ¿cuándo se confesará la indignidad de esa miserable conducta? Tendríase vergüenza de justificar así el carnaval; y sin embargo, esto es lo que quiere decir todo cuanto se alega para autorizar la costumbre. ¿Pues qué? ¿El cristianismo es cosa de mojiganga, ó es á manera de vestido, que se ha de mudar segun la diferencia de los tiempos? ¿Es cosa de farsa, ó es á modo de teatro, en que ha de haber diversas mutaciones, y se han de representar distintos, y aun contrarios papeles? Hoy disolutos, y aun cási malvados de apuesta; y mañana hipócritas por bien parecer. Hoy entregados á las disoluciones de los gentiles; y mañana aparecer con una mascarilla de cristianos, adorándose el mismo Dios, teniendo la misma ley, y siendo uno mismo el infierno en carnaval, y en Cuaresma: ¿qué razon hay para que en un tiempo se haga vanidad de ser impíos y disolutos, y en otro se haga ridícula ostentacion de parecer cristianos?

¿Es posible que una necedad tan grosera no haga fuerza á todo hombre de mediana razon? ¿Puede haber quien tenga alguna tintura, no digo ya de religion, sino de sentido comun, que no se aver-

güence de hacer públicamente este género de farsa? ¿Seria creible, si no se viese cada dia, que tan frescamente se incurriese en este género de ilusiones? ¿Ignórase por ventura, que para ser verdaderamente cristiano es menester vivir siempre como tal? No quiere Dios nuestro corazon, si no se le da para siempre. ¿Y creerás tú, que llevará á bien que en tales dias le repartas entre Dios y el mundo? Si se confiesa que Dios merece ser servido en ciertos dias del año, ¿no será un desprecio intolerable el juzgar que en otros se puede dejar de servirle?

Es artículo de fe que el mundo es su irreconciliable enemigo: ¿y ha de haber tiempo en que un cristiano pueda entregarse sin vergüenza y atolondradamente á todos los pasatiempos del mundo; á bailes, á saraos, á juegos excesivos, á entretenimientos poco cristianos, á máscaras, á desórdenes? ¿Ha de haber tiempo en que se crea ser lícito y permitido no amar mas que al mundo, y hacer como reputacion de servirle, de cortejarle y de complacerle? ¿Habria quien tuviese valor para proferir una máxima tan contraria á la fe y á la razon? Y en medio de eso esta es la maxima que hoy se sigue en el mundo. Tanta verdad es, que en dejándose de vivir cristianamente, de discurrir cristianamente, se incurre en una insensatez y locura.

Y lo que apenas se pudiera creer si no se palpara, es que un abuso tan irreligioso se halla no pocas veces autorizado por personas que tratan de devocion, que se precian de muy cristianas, y que con efecto en otros tiempos del año se portan con una vida bastantemente arreglada. Pero, mi Dios, ¿estas benignas interpretaciones de vuestra ley son muy conformes al espíritu de vuestro santo Evangelio? ¡Ah, Señor! ¡y qué de ilusiones se encuentran en los sistemas de devocion! ¡Qué de nulidades en esas vanas dispensas! ¡Qué de horror causa mirar en la hora de la muerte el carnaval con ojos cristianos!

El Evangelio es el de la Epifanía, pág. 82.

MEDITACION.

De la fidelidad á la gracia.

Punto primero.—Considera con qué prontitud, con qué fidelidad obedecieron los Magos la voz de la divina gracia, figurada por la estrella: *vidimus stellan, et venimus.* Apenas se nos descubrió la estrella, cuando al instante nos pusimos en camino. ¿Cuántas razones te-

nian para deliberar, para informarse, para asegurarse de la verdad del hecho? Pero cuando Dios habla, quiere ser prontamente obedecido. Tanta deliberacion cuando se trata de convertirse, es efectivamente no querer hacerlo. Luego que Marta dijo á su hermana María que el Señor la llamaba, al instante, al momento se levanta, y deja á los que la están consolando, sin hablarles palabra. El que no parte al momento que ve la estrella, luego la pierde de vista, y al cabo no se mueve.

¿Cuánta multitud de gente veria la que anunció el nacimiento del Salvador? Pero en lugar de seguirla se contentaron con admirar su resplandor, con observar su movimiento, con hablar de ella como filósofos ó astrónomos. Solamente los Magos, sin detenerse á filosofar, se aplican á obedecerla; y queriendo acreditarse de mas dóciles que sabios, van derechos á donde ella los conduce, y encuentran felizmente lo que la misma les anuncia. ¿Cuántas veces ha brillado á nuestros ojos la estrella de la gracia? ¿cuántas santas inspiraciones? ¿cuántos piadosos movimientos? ¿cuántas voces interiores? ¿Y nosotros? Hemos discurrido delicadamente sobre ellas; las hemos admirado; hemos deliberado mucho. ¿Pero concluir? Nada. Dios nos ha convidado, nos ha solicitado, nos ha estrechado mil veces á que le sigamos. ¿Y nosotros? Sin dar un paso: sin movimiento.

Al fin, Señor, ya es tiempo de que lo haga: ya quiero dejarme de mis imperfecciones, desviarme de mis malas costumbres, apartarme de todo cuanto desagrada á vuestros purísimos ojos. No os canseis Vos de convidarme; haced que brille de nuevo vuestra gracia, que desde el punto resuelto estoy á seguirla.

Punto segundo. — Considera cuántas dificultades se les representarian á estos santos Reyes para desviarlos de emprender aquel viaje. El camino es largo y malo: la estacion áspera y dura: no vemos urgencia que nos precise: tiempo tendrémos para emprender esta jornada con menos incomodidad: la estrella no habla solo con nosotros, que con todos habla; ni vemos que otros se muevan ni se inquieten. ¿No son unos discursos muy semejantes, unas quimeras muy parecidas las que aun el dia de hoy nos estorban el seguir las impresiones de la divina gracia? ¿Y qué? Cuando se trata de obedecer la voz de Dios; de cumplir las obligaciones de cristiano; de ser feliz ó infeliz enteramente; de asegurar mi eterna salvacion; ¿me han de servir de embarazo el tiempo, el lugar, la edad, la condicion, los respetos humanos? Nada de esto nos detiene cuando se trata de un in-

terés, de una ganancia, de un empleo, de conservar la vida: ¡y solo cuando se trata de la bienaventuranza eterna, de la amistad de un Dios, de mi eterna felicidad, entonces todo me hace dificultad, todo me hace estorbo! ¡Cuántos prudentes á lo del mundo se burlarian entonces de la credulidad de los santos Reyes, tratándolos quizá de sencillos y ligeros! ¿Pero el dia de hoy habrá quien los califique de muy fáciles ó de nimiamente dóciles?

Encubrióseles la estrella por algun tiempo; mas no por eso quedaron sin auxilios y socorros. Siempre hay libros espirituales y devotos: nunca falta la luz de los directores prudentes y celosos. En medio del tumulto, del bullicio del mundo son poco frecuentes, son muy raras gracias extraordinarias y sensibles: debilítanse mucho cuando nos paramos dentro de él; pero en saliendo del bullicio y del tumulto, vuelve á descubrirse la estrella, y con ella el consuelo y la alegría. ¡Dichosa el alma que es constantemente fiel á la gracia! ¡Qué consuelo haber sido mas fiel que otros en seguir la estrella, cuando se logra la dicha de haber encontrado á Jesucristo! Esta es la suerte de todos los que le buscan con valor, con constancia y con fidelidad.

No mireis, Señor, á mis pasadas ingratitudes; brille de nuevo la luz de vuestra gracia; que determinado estoy á no ser mas infiel á ella. Mandadme, Señor, cuando fuere de vuestro agrado; que pronto estoy con el socorro de vuestra gracia á cumplir exactamente todo cuanto me mandáreis.

Jaculatorias. — Hablad, Señor, que vuestro siervo oye. (*I Reg.* III, 9).

Si oyeres hoy la voz del Señor, guárdate bien de obstinarte, de no seguirla al momento. (*Psalm.* XCIV).

PROPÓSITOS.

1 Mucho tiempo há que Dios te está solicitando, te está estrechando para que le hagas ese cierto sacrificio, para que dejes esa ocasion, para que reformes tus costumbres, y para que te arregles con cierto género de vida; todo este tiempo há que tú le estás resistiendo. Hoy se te descubre la estrella, que acaso se te ha encubierto todo el tiempo que has vivido tan ciego, y tan empeñado en esa mala amistad. No dilates un momento hacer lo que Dios te manda, pon por escrito tu resolucion; no se pase este dia sin hacer ese sacrificio: da principio á él inmolando la víctima que mas tienes en el corazon.

2 Socorre con limosna al primer pobre que hoy encontrares, y re-

serva algun tiempo para retirarte á alguna iglesia, y para renovar á los piés de Jesucristo el propósito que has hecho de serle fiel en adelante. Concibe un gran dolor de tu cobardía en el servicio de Dios, de haber perdido tantas gracias, malogrado tantos auxilios; y acúsate particularmente de esto en la primera confesion.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

San Higinio, papa y mártir, en Roma: consumó gloriosamente el martirio en la persecucion de Antonino. *(Véase su vida en este dia).*

San Salvio, mártir, en África *(en el siglo II)*, en cuya fiesta predicó san Agustin al pueblo de Cartago.

Los santos mártires Pedro, Severo y Leucio, en Alejandría.

San Alejandro, obispo y mártir, en Fermo, ciudad de la Marca.

San Salvio, obispo y mártir, en Amiens de Francia.

San Leucio, obispo y confesor, en Brindis, ciudad de la Pulla.

San Teodosio, cenobiarca, *esto es, padre de muchos monjes*, en el pueblo llamado Magariasso de la Capadocia, el cual después de haber padecido muchos trabajos por defender la fe católica, murió santamente.

San Palemon, abad, maestro de san Pacomio, en la Tebaida.

San Anastasio, monje, y sus compañeros, en Suppentonio junto al monte Sorate, que habiéndolos llamado una voz del cielo, volaron al Señor.

Santa Honorata, vírgen, en Pavía.

SAN HIGINIO, PAPA Y MÁRTIR.

Tiene el Señor gran cuidado de conservar y defender su Iglesia contra todos los esfuerzos del infierno, segun sus promesas, especialmente cuando la ve atribulada y afligida: bajo cuyo supuesto en aquellos calamitosos tiempos en que fueron muchos, y muy poderosos sus enemigos, fue muy particular su vigilancia en proveerla de prelados santos, sabios y valerosos, que sin temor de la muerte la defendiesen con brio, y animasen á los fieles con su ejemplo. De esta clase fue san Higinio, griego de nacion, natural de Atenas, hijo de un filósofo, cuyo nombre y genealogía no explican los escritores, quien por su eminente virtud y recomendables prendas ascendió á la cátedra apostólica por muerte de san Telesforo, hácia la mitad del siglo II, en el reinado del emperador Antonino Pio.

En tiempo de su Pontificado fueron muchas y graves las calamidades del mundo, y con especialidad las del imperio romano: y atribuyendo estos males y castigo de la divina Justicia los gentiles á los vicios y delitos de los Cristianos, enemigos de sus dioses; con esta

falsa preocupacion los perseguian de muerte, con el fin de aplacar el enojo de sus ídolos, á quienes suponian gravemente ofendidos.

No menos cruel que la persecucion de los paganos, fue la que sobrevino á la Iglesia en la época de este Papa por la malignidad de los herejes, que no perdonaban medio alguno para corromper la pureza de la fe y la santidad de las costumbres. Cási todos los enemigos declarados de Jesucristo habian concurrido á Roma con la perversa intencion de envenenar la fuente matriz de la doctrina evangélica. El impío Valentin, hombre de vivo ingenio, y lleno de fuego y de brillante elocuencia, con singular atractivo y cultos modales hacia grandes progresos en su secta, engañando al vulgo con su continua afectacion de reforma y una muy bien estudiada exterioridad de virtud. Marcion, otro famoso heresiarca, separado de la Iglesia por su mismo padre (obispo después de viudo), no pudiendo conseguir en Roma ser admitido á la comunion de los fieles, por mas que se cubrió con la máscara de virtud y austeridad, precipitado en la herejía de Cerdon, añadiendo muchas impiedades á las de aquel perverso maestro, engañó á muchos sencillos y simples con las apariencias de arrepentido y devoto. Contra estos y otros monstruos tuvo que luchar Higinio; y como era un hombre de superior ingenio, de eminente sabiduría, de extraordinaria grandeza de alma, de inflexible teson, y de tanta intrepidez, que miraba con desprecio los mayores peligros, les persiguió hasta exterminarles, y no perdonó diligencia alguna para precaver á su rebaño de la ponzoña con el antídoto oportuno.

Mucho sirvió para la consecucion de progresos tan felices san Justino mártir, luz brillante de su siglo, y después mártir de Jesucristo, quien por aquel tiempo compuso su doctísima Apología en favor de los Cristianos, capaz de confundir vergonzosamente á todos los enemigos del Evangelio, teniéndose por dichoso en contribuir á las empresas de tan gran Pontífice, á cuya vigilancia y celo se debió el fervor que en su tiempo acreditaron los fieles, á pesar de las persecuciones de los gentiles y esfuerzos de los herejes.

Conseguidos tan recomendables triunfos, aplicó su cuidado á la reforma del clero en los grados de su jerarquía: porque aunque esta se hallaba ya establecida desde el tiempo apostólico con varios reglamentos posteriores de disciplina, confundidos unos, y relajados otros con motivo de las persecuciones de Trajano y Adriano, segun escribe Baronio, les restituyó y perfeccionó Higinio, ordenando en cada uno de los grados eclesiásticos el modo y forma de ejercer sus respectivas funciones. Tambien estableció muchos decretos útiles, entre ellos va-

PT. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

rios sobre ritos y ceremonías para la celebracion del santo sacrificio. Señaló asimismo, que fuese uno el padrino ó madrina en el bautismo, por haberse introducido mayor número, con inhibicion de que lo fuese en el sacramento de la Confirmacion el del Bautismo. Igualmente mandó que en la consagracion de los templos se celebrase el santo sacrificio de la misa, y que las iglesias no se erigiesen, ó demoliesen sin licencia de los obispos; prohibiendo que lo cedido para el culto divino sirviese en usos profanos. Tres veces hizo órdenes en el mes de diciembre, en las que creó quince presbíteros, cinco diáconos, y siete obispos para diferentes iglesias.

Habia mucho tiempo que suspiraba nuestro Santo por la corona del martirio. Aquel ardiente celo que mostraba en todas sus acciones y providencias por dilatar el reino de Jesucristo, y conservar en su pureza el sagrado depósito de la fe, le hacian acreedor á este favor del cielo, el cual logró con efecto en la persecucion de Antonino Pio á los 11 de enero del año 154, después de haber gobernado la nave de la Iglesia cuatro años, tres meses y ocho dias, sufriendo infinitos trabajos y fatigas por la defensa de la religion cristiana; y su cuerpo fue sepultado inmediato al del Príncipe de los Apóstoles.

La Misa y la Epístola son de la Octava de la Epifanía, y la Oracion en honor del Santo es la siguiente:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Higinii commendet, ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Higinio nos recomiende á vuestra divina Majestad, para que consigamos por su intercesion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

REFLEXIONES.

Levanta los ojos, y mira al rededor de tí. Si el dia de hoy se levantaren los ojos, y se volvieren á lo que pasa en el mundo, ¿serán objetos cristianos todos los que se miren? Esa multitud de ociosos, esas bandadas de divertidos, que, ó en todos, ó en ciertos dias concurren á casas de conversacion, á las mesas de juego, á los banquetes y á las comilonas, á los festines y á los saraos, á los bailes y á los juegos disolutos, á las diversiones mas peligrosas y mas profanas: ¡júntanse todos esos para serviros y para adoraros á Vos, Dios de mi alma! ¡Escandaloso, extraño trastornamiento del moral cristiano, aun

por aquellos mismos que hacen profesion de él! Se puede decir que las diversiones del carnaval solo se diferencian de las que se usan en lo restante del año, en que son mas frecuentes y menos cristianas. El tiempo de carnaval en el concepto mas templado y mas comun se representa en la idea como un tiempo de disolucion y de desorden.

Pero ¿qué pecado es, replican los mundanos, divertirse en este tiempo? Pero ¿qué mérito, replico yo, qué virtud comunica este tiempo á aquellas diversiones que son ilícitas en todos los demas tiempos?

Pregúntase, ¿qué pecado es divertirse en el carnaval? Es lo mismo que preguntar, ¿qué pecado es renovar en medio del cristianismo la mayor parte de las fiestas de los paganos? ¿Qué pecado es deshonrar la profesion de cristiano por los entretenimientos mas indignos? ¿qué pecado es ser objeto de escándalo, aun á los mismos infieles? ¿qué pecado es disfrazarse para hacer cuanto á cada uno se le antoje sin vergüenza, y para exponerse á los mayores peligros sin temor? ¿qué pecado es pasar una gran parte del dia en el juego, la mayor parte de la noche en el baile; apacentar sus ojos de objetos lascivos y halagüeños; no reconocer otro Dios, por decirlo así, que el placer, ni otro dueño que la pasion; mezclarse y confundirse entre una tropa de disolutos; los sentidos sin freno, el corazon sin custodia, el espíritu sin moderacion; no faltar á ningun entretenimiento; respirar continuamente un aire contagioso, sin preservativos; eternamente acompañado con la gente mas libre, mas desahogada de la ciudad ó del pueblo? Porque ¿qué otros sugetos son los que pueden componer durante el carnaval esas asambleas, esas juntas, por la mayor parte nocturnas, y en todo tiempo descompuestas? ¿Hállanse en ellas los hombres maduros, los de juicio, los que están reputados por buenos cristianos? ¡Qué admiracion causaria, qué escándalo, si se viese en esas concurrencias una persona virtuosa y pia! ¿Á qué zumbas no se expondria, qué burla no se haria, cuánto se murmuraria de un religioso, ó de un cristiano que hiciese profesion de devoto, si se dejase ver en ellas? Esta es una razon muy plausible, que da á conocer el carácter de las personas que las componen. Y después de todo se preguntará, ¿qué pecado es entregarse á las diversiones que se estilan en el carnaval?

Yo pregunto al contrario, ¿qué pecado no hay? ¿Qué inocencia habrá tan cauta, que pueda librarse de tanto lazo como se le arma? ¿qué virtud tan intrépida, que pueda salir bien de entre tantos enemigos? ¡Con qué, el tiempo de carnaval ha de ser un tiempo en que se entreguen los Cristianos á todas las pasiones! ¡Un tiempo en que

se expongan sin temor á todos los peligros; un tiempo en que sacrifiquen públicamente á todos los vicios!

¿Pues qué? exclama un gran siervo de Dios, ¿el cristianismo no es mas que una fantasma, no es mas que una quimera? El nombre de cristianos con que nos honramos, este nombre que costó á Jesucristo tanta sangre, ¿es un nombre tan vil, tan despreciable, que no le puede deshonrar ninguna accion por loca, por torpe, por indecente que sea? ¿Es posible que el estado en que nos hallamos de hijos adoptivos de Dios no nos obliga á alguna moderacion, á alguna decencia?

Se avergonzaria un príncipe de salir á un tablado haciendo papel de comediante: un ciudadano particular cree, y con razon, que hay diversiones indecentes á su estado: desacreditaríase, quedaria infame para siempre un religioso que se divirtiese en el carnaval, como lo hacen la mayor parte de los Cristianos. ¡Y se persuade un cristiano, que nada desdice de nombre tan grande, de nombre tan santo! ¡Serenamente creerá que puede holgarse, como pudiera un pagano!

¡Qué! emplear una gran parte de la mañana ó de la tarde en vestirse, en adornarse, en componerse, en pintarse la cara para ir al sarao, á la visita, á armar lazos á la castidad de los hombres, á servir de tea al demonio, con que encender el fuego de la lujuria (porque forjen ó finjan las mujeres los motivos que quisieren, no llevan otro fin en todo ese hipo de parecer bien), estar toda una noche expuestas á los ojos lascivos, á las libertades, á las desvergüenzas de cuanto jóven disoluto hay en la ciudad: valerse de todo lo mas peligroso que hay en la naturaleza y en el arte para traer cada cual hácia sí los ojos de la gente jóven, y para conquistar sus corazones: consumirse de envidia y de dolor, si ven que otras son mas atendidas, y llenarse de orgullo y de vanidad las que han sido mas reparadas: disfrazar el sexo y la persona para quitar á la gracia el pequeño socorro que la presta la persona y el traje natural de cada uno: loquear de calle en calle, y de plaza en plaza, á favor de una máscara de mojiganga: no contentarse con discursos inútiles y frívolos: desahogarse en palabras obscenas que escandalizan, y adelantarse á conversaciones tan puercas, que cubren el semblante de empacho y de rubor: ¿de qué términos nos valdrémos para autorizar una licencia tan escandalosa?

El espíritu del mundo, la intemperancia en las comidas, los excesos en el juego, los desórdenes en los saraos, los espectáculos, los bailes provocativos, ¿son menos condenables en carnaval que en Cuaresma? ¿El vicio es menos vicio en un tiempo que en otro? ¿En qué

capítulo, en qué lugar del Evangelio se encuentra que hay ciertos dias del año en que el precepto de mortificarse, de evitar las ocasiones, de vivir como cristianos, de hacer vida ejemplar y pura, de renunciar, de aborrecer con un santo horror las máximas del mundo, obligue menos que en otros?

Si un pagano, después de haber sido testigo en el carnaval de esos espectáculos públicos, de esos saraos mundanos, de esas innumerables mesas de juego, de esos espléndidos y licenciosos banquetes, de esos bailes indecentes y provocativos, de toda esa mundanidad, de todo ese fausto, que inspira la profanidad mas ingeniosa, entrase dos dias después en nuestras iglesias, y viese á los piés de nuestros altares cubrir de ceniza aquellas mismas cabezas que pocas horas antes habia visto en la comedia y en el baile, ¿qué pensaria, qué diria?

Lo que diria y lo que pensaria no lo ignoramos nosotros; pues nosotros mismos pensamos lo que pensaria él. Pero ¡mi Dios! ¿es posible que siempre nos hemos de contentar con condenar aquello que estamos haciendo siempre? Vamos de buena fe: ¿no es hacer prácticamente burla de nuestra Religion el estar dando al mundo continuamente con estas escenas teatrales? ¿No es desacreditar con unas acciones tan desordenadas las ceremonias mas sacrosantas de nuestra Religion? Á los dias mas disolutos sucede una apariencia, un remedo, una mojiganga de piedad; semejantes á aquellos pueblos agregados á Samaria, que tan presto asirios, y tan presto israelitas, después de haber incensado á los ídolos iban á adorar al verdadero Dios.

Pero tendré que sufrir mil zumbas, que tolerar mil matracas, si no concurro á los divertimientos del carnaval, si me abstengo del juego, si me retiro del baile, si no voy á donde van los demás. Está bien; pero díme, ¿y quiénes son los que te darán esa matraca, los que te harán esa burla? Díme mas: ¿sobre qué recaerá esa burla y esa matraca? Sobre que eres timorato; sobre que te quieres salvar. ¿Y se ignora por ventura que este género de burla en la estimacion de los hombres de juicio, honra tanto á quien la padece, como desacredita á quien la hace? ¡Oh, Señor, qué dirán! ¿Mas qué dirán? Dirán que no asistes á estas fiestas, porque piensas seriamente en ser lo que debes: porque tienes puesta la consideracion en la eternidad: porque no quieres ser loco, ni atolondrado, ni disoluto, ni impío: porque te has convertido de veras: dirán, que abrazaste el partido de hacer una vida cristiana. Y díme: ¿será gran delito el ser y el parecer cristiano en medio del cristianismo?

¡Cuánto tuvo que padecer la incorrupta bondad del virtuoso Lot

en medio de una ciudad tan universalmente estragada? ¿Qué burla no se hacia de su piedad, de su moderacion, de su retiro! ¡Qué de quemazones no oia en las conversaciones! ¡Qué sátiras no corrian contra él, qué apodos, qué invectivas porque no se dejaba llevar de la corriente, y porque vivia con tanta pureza, con tanta inocencia de costumbres! Pero pregunto: ¿los que tan impiamente se burlaban del piadoso Lot hablaban en el mismo tono cuando vieron bajar fuego del cielo sobre ellos, sobre sus casas y sobre sus familias? ¿cuando el vengador de tantos delitos dejaba libre al justo, y le ponia en seguridad? Desengañémonos, que la burla y la zumba en materia de religion ninguna fuerza hace á un corazon recto y sincero: solo espanta á los que se espantan de la virtud. Un entendimiento sólidamente cristiano conoce la ridiculez de esas insulsas chacotas, y sabe generosamente despreciarlas.

El Evangelio es el de la Epifanía, pág. 82.

MEDITACION.

De la resistencia de la divina gracia.

Punto primero. — Considera cuantos vieron la estrella. Descubrióse igualmente á todos, y pocos la siguieron. ¡Qué infelices fueron los que no se aprovecharon de sus luces! La misma infelicidad padecen hoy los que resisten á la gracia.

Dios habla, Dios nos llama. Ilustraciones interiores, inspiraciones secretas, meditaciones eficaces, libros espirituales, enfermedades, accidentes; de todo se sirve Dios para hacernos entrar en el camino del cielo, para convertirnos. Tiénense los ojos abiertos; admíranse, por decirlo así, estos sagrados fenómenos; pero en medio de eso se cierran los oidos á la voz de Dios.

Raras son las fiestas grandes, raras las entradas de año nuevo en que no hayamos descubierto alguna nueva estrella, en que no hayamos visto alguna nueva luz. Conócese, confiésase y créese, está la razon plenamente convencida de que es grande el atraso que se padece; que falta todavía largo camino que andar; que se han pasado algunos años, y mas años, sin haber adelantado nada. Esta confesion y este conocimiento estéril es el único fruto que produce esta gracia. Y sin embargo esa luz no brilló precisamente para alumbrar á los ojos; el fin principal de su resplandor fue para hacer impresion en los corazones. Era menester romper desde luego esa inclinacion, esos la-

zos: era menester ponerse al punto en camino: era menester seguir á otra nueva senda con el año nuevo. Pero nada menos que eso. Conócense los descaminos, repréndese cada uno á sí mismo sus desórdenes; confiésase que todavía no se ha comenzado á servir á Dios de veras; se tiene á la vista la sepultura, caminase á largas jornadas á la muerte. Y en medio de eso los lazos subsisten, las pasiones echan mas hondas raíces, los pecados se multiplican, sofócanse las gracias: y aquel pobre corazon se endurece. Pregunto: ¿no es esto lo que yo estoy experimentando en mí mismo?

¡Mi Dios! ¡qué remordimientos! ¡qué dolor! No permitais, Señor, que se apaguen esas divinas luces: voy á seguir esta inspiracion: yo me rindo á vuestra gracia: no mas dilacion, no mas tardanza.

Punto segundo. — Considera que aquella divina estrella brilló por algun tiempo; pero después desapareció, se ocultó á los ojos de los que no se resolvieron á seguirla.

Caminad, dice el Salvador, *mientras os alumbra la luz, no sea que después os coja la noche, y os sorprendan las tinieblas*. Esas gracias sobrenaturales, esos piadosos impulsos se desvanecen después que inútilmente nos solicitaron por algun tiempo. Consérvase la memoria de que alguna vez se tuvo el pensamiento, y aun el deseo de hacer bien; pero con efecto nada se hizo; como aquellos pueblos que se acordaban de haber visto la estrella, pero sin haber andado un paso.

¡Cuánta diferencia hubo en la suerte de los Magos que siguieron la estrella, y la de aquellos que se contentaron con verla y con admirarla! Estos viven errados, y mueren infelices; aquellos conocen á Cristo, merecen ser sus primeros discípulos, y gozan después de la muerte la bienaventuranza eterna. ¡Ah! que todo pendia de haber dado oidos á aquella voz interior, y de haber partido al instante. Cobardía, irresolucion, interés vil, respetos humanos, amor propio: ¡oh! ¡y cuántas veces sois el orígen fatal de una infelicidad eterna, de una funestísima suerte!

¡Cuántos de nuestra misma edad, de nuestra misma condicion, de nuestro mismo estado fueron mas fieles que nosotros! Tuvieron la misma educacion, el mismo genio, las mismas luces que nosotros. Unos dejaron el mundo por servir únicamente á Dios, otros abrazaron el partido de servir á Dios quedándose dentro del mundo: entablaron una vida ejemplar, cristiana, arreglada, constante; y por su virtud se hicieron respetar aun de los mismos disolutos. ¡Y yo! entregado á mis pasiones, abandonado á mis apetitos, víctima de mis

remordimientos, soy el oprobio, el desprecio de las gentes; y después de todo esto, ¿cuál será el fin de mi vida, cuál será mi suerte eterna? ¡Ah! ¿y quién comprendería de cuán inestimable precio son las mas menudas gracias? Y sin embargo, ¿cuántas veces las hice inútiles yo? ¡Oh! ¡y cuánto importa no resistir á la gracia! ¡Cuánto se interesa en seguir aquellos piadosos movimientos, aquellas santas inspiraciones, que con tanta frecuencia llaman á la puerta del corazon! Desengañémonos, que nuestra condenacion eterna siempre es obra de la resistencia á la gracia. ¡Qué dolor, qué rabia por toda la eternidad, la de haber sido nosotros mismos los artífices de nuestra desgracia eterna!

Señor, no os enojeis, no os retireis de mí por mis continuas infidelidades. Efecto es de vuestra divina gracia el vivo arrepentimiento que ya siento. Aumentad esta gracia, que en vuestra misericordia espero no ha de hallar mas resistencia, y que ya no me ha de solicitar en vano, como hasta aquí.

JACULATORIAS. — Dispertaré en fin de este profundo letargo, levantaréme, y volaré á Vos, Dios mio, que sois mi padre. (*Luc.* XV, 18).

Todavía, Señor, me habeis de llamar á Vos por vuestra divina gracia, y ciertamente no me haré sordo á ella: yo responderé. (*Job,* XIV).

PROPÓSITOS.

1 Has de tener por una gracia especial todas las reflexiones que has leido, y las que por tí mismo hubieres adelantado sobre los profanos divertimientos del carnaval. ¡Triste de tí, si resistieres á ella! Ea, ya estás en el tiempo crítico: quizá depende tu conversion y tu salud eterna de la resolucion que vas á tomar. Resuélvete desde este instante á desterrarte de los espectáculos, del baile, de esas concurrencias tan poco cristianas, á ponerte un inviolable entredicho de todas esas diversiones que solo dejan un amargo arrepentimiento. Escribe este propósito, fírmale, y renuévale todos estos dias en el santo sacrificio de la misa: hazlo con espíritu de verdadera penitencia, para reparar en algun modo por medio de esta pública reforma, todos tus desórdenes pasados, todos tus escándalos, todos tus excesos.

2 Ten previstas todas las solicitaciones, todas las tentaciones, todas las zumbas que tendrás que despreciar por un motivo tan justo. Preven al enemigo, declarándote tú el primero sobre la conducta que resueltamente has de seguir: nada desarma tanto á los mordaces, como esta generosa prevencion. Da prontamente cuenta á tu confesor

ó director de esta resolucion que has tomado, y entabla con su consejo las medidas que parecieren mas proporcionadas para no inutilizar esta gracia: mira que es de mucha consecuencia. ¡Qué consuelo tan dulce, qué gozo tan exquisito experimentarás el primer dia de Cuaresma, si desde hoy hicieres con generosidad lo que Dios pide de tí!

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

Santa Taciana, mártir, en Roma, la cual en tiempo del emperador Alejandro fue desollada con uñas y garfios de hierro, echada á las bestias, y después en una hoguera, saliendo de todo esto ilesa, fue degollada, y pasó á la gloria eterna.

San Sátiro, mártir, en Acaya, quien pasando por delante de un ídolo, soplando contra él, y haciéndose la señal de la cruz en la frente, cayó inmediatamente el ídolo; por lo cual fue degollado.

San Arcadio, mártir, en el mismo dia, esclarecido en nacimiento y en milagros.

Los santos mártires Zótico, Rogato, Modesto, Castulo; y las coronas de otros cuarenta soldados, en África.

Los santos Tigrio, presbítero, y Eutropio, lector, en Constantinopla, los cuales fueron martirizados siendo emperador Arcadio.

San Zotico, mártir, en Tiboli.

El martirio de cuarenta y dos monjes, en Éfeso, quienes después de ser cruelmente atormentados por defender el culto y veneracion de las Santas imágenes, consumaron el martirio en tiempo de Constantino Copronimo.

San Juan, obispo y confesor, en Ravena.

San Probo, obispo, en Verona.

San Benito, abad y confesor, en Inglaterra. *(Véase su vida en las de este dia).*

LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE LA EPIFANÍA.

En la Octava de la Epifanía siempre concurre por precision un domingo, que no puede fijarse á dia del mes determinado, porque todos los años se muda. Por eso esta meditacion servirá para el dia en que concurriere el domingo, y las antecedentes se colocarán en los dias que las correspondieren.

Dice san Agustin en el sermon tercero del viernes después de Pascua, que Cristo fue bautizado en domingo, que en domingo hizo el primer milagro, y nota el Santo, que en este primer dia de la semana hizo el Señor las mayores maravillas. Considera, dice Agustino, cuán digno de nuestra veneracion es este dia del Señor. En domingo fue criada la luz; en domingo pasaron los israelitas el mar Bermejo á pié enjuto; en domingo cayó la primera vez el maná para

alimentar al pueblo en el desierto; en domingo fue bautizado el Salvador en el Jordan; en domingo convirtió el agua en vino en las bodas de Caná; en domingo hizo el milagro de los cinco panes con que sustentó á los cinco mil hombres; en domingo resucitó; en domingo se apareció en medio de sus discípulos estando las puertas cerradas; en domingo bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles; y en domingo será el dia del juicio universal, como todos lo esperamos.

Veis aquí sobrados títulos para que este dia del Señor sea venerable á todos los fieles. ¿Qué otras razones son menester para que todos le santifiquen? Es dia privilegiado; es dia en que cesa todo trabajo servil; pero no es esté el único objeto de la Ley. Para santificar este dia del Señor deben concurrir muchos actos positivos de piedad y de religion. Es el domingo por su institucion y por sus ministerios el dia mas santo y el mas respetable de todos los dias; pero en estos tiempos, segun le pasa la mayor parte de los Cristianos, ¿es el que mas se santifica, y el que mas se respeta?

Á este domingo, que cae en la Octava de los Reyes, llamaban los griegos: *El domingo después de las santas candelas*. La Epístola que en él se canta es la misma que ya se cantaba antes de Carlo Magno. Es de san Pablo á los romanos, en que los exhorta á hacer de su cuerpo una hostia viva, santa y agradable á Dios por el ejercicio de las virtudes cristianas; á guardarse de las máximas del mundo; á ser hombres espirituales; a reprimir todo sentimiento de orgullo y de vanidad, arreglando sus deseos y sus pensamientos á las máximas del Evangelio; en fin, á mantenerse todos unidos por los vínculos de una mutua caridad, y á conservarse en el buen órden que manda la Ley, esforzándose cada uno á cumplir con sus obligaciones.

El Evangelio de la Misa que ya se cantaba tambien en el séptimo siglo, es del viaje que hizo el niño Jesús á Jerusalen en tiempo de Pascua.

Su Padre y su Madre iban tres veces cada año á Jerusalen para cumplir lo que la Ley ordenaba; es á saber, que todos los Judíos que estuviesen en la Palestina, fuesen regularmente á Jerusalen en las tres fiestas principales del año, que eran la solemnidad de la Pascua, que se celebraba en memoria de la salida de Egipto, y libertad del cautiverio de Faraon; la de Pentecostes, que se solemnizaba en memoria de la ley que se dió á Moisés cincuenta dias después de la salida de Egipto; y la fiesta de los Tabernáculos, llamada por otro nombre *Scenopegia*, instituida en memoria de haber habitado los israelitas

debajo de tabernáculos ó de tiendas de campaña, mientras anduvieron por el desierto. Celebrábase el dia 15 de setiembre, que se llamaba *Tisri*, y duraba ocho dias, siendo el último el mas solemne de todos.

No se sabe de qué edad comenzó á ir á Jerusalen el niño Jesús, que no perdia ocasion de honrar á su Padre y á su Madre. Solo se sabe, no sin admiracion, que no teniendo mas que doce años, emprendió el viaje desde Nazareth á Jerusalen, que por lo menos era camino de treinta leguas. Ya los romanos habian despojado del reino al cruel y bárbaro Archelao: con que juzgaron María y José que no corria peligro el divino Infante, aunque fuese con ellos. Pero aunque no tenian ya que temer por parte de sus enemigos, no por eso les faltaron inquietudes y cuidados. Rara vez perdian de vista á su querido Hijo, á quien tan tiernamente amaban; pero el Niño, luego que se acabó la fiesta, y sus padres cumplieron con su devocion, se apartó de ellos sin hablarles palabra.

En lugar de seguirlos cuando se volvian á Nazareth, se quedó en Jerusalen; y lo hizo tan secretamente, que no entraron en cuidado hasta después de un dia de jornada. Esta aparente inadvertencia no fue olvido de un Hijo que amaban mas que su alma; antes bien fue efecto del elevadísimo concepto que tenian formado de su sabiduría divina. Desde luego se persuadieron que se habria separado de ellos para mezclarse en la tropa de los demás caminantes, por motivos superiores, que no les tocaba examinar. Buscáronle hácia la noche entre sus parientes, amigos y conocidos; y no hallando razon ni noticia de él, es fácil considerar el cuidado y el dolor que penetraria sus amantes corazones.

Resolvieron volver inmediatamente á Jerusalen, persuadidos á que pues no estaba con ellos, le hallarian en el templo. Con efecto, al cabo de tres dias le encontraron en él, sentado entre un corrillo de doctores en una de las galerías ó corredores que volaban al rededor del mismo templo, donde solian juntarse los doctores de la ley. Allí estaba el divino Niño enseñando á los maestros con lo que les preguntaba, con lo que les respondia, y con la modestia y humildad con que todo lo ejecutaba. Oialos, y les hacia preguntas, como si tuviera necesidad de aprender. Cuando hablaba á todos, admiraba su prudencia, su eficacia, el acierto de sus respuestas y la solidez de sus discursos.

Sorprendiéronse agradablemente san José y la santísima Vírgen cuando le hallaron en una junta tan autorizada; y la Madre, que le

hablaba con alguna mayor libertad y confianza, le dijo con una queja amorosa: *Hijo mio, ¿cómo has hecho esto? ¿Pues no conocias que tu Padre y yo te habiamos de andar buscando con mucho dolor y pena?* La respuesta de Jesús á esta amorosa queja no fue sin misterio: *¿Qué necesidad teniais de asustaros, ni tampoco de andarme buscando? ¿No podiais conocer que naturalmente estaria ocupado en alguna cosa del servicio de mi Padre?* como si dijera: no tuvísteis razon para entrar en tanto cuidado acerca de mi persona, sabiendo, como sabeis, quién soy yo, cuál es el fin de mi venida, y la santidad de mi ministerio. No ignorais que debo ser el modelo de la perfeccion, y consiguientemente que debo hacer una vida toda nueva, toda consagrada á Dios, enteramente desprendida de la carne y sangre, una vida toda divina; que la gloria de mi Padre debe ser el único objeto de mis acciones, la única regla de mi conducta; y así, en medio del amor y de los respetos con que os miro, todo debe ceder á sus órdenes y á su divina voluntad.

No replicaron palabra María y José; conocieron que no habian comprendido el misterio cuando se afligieron tanto por su ausencia. Salió del templo el Niño Jesús, y se vino con sus padres á Nazareth, donde vivió retirado y desconocido, sin que se sepa en particular cosa alguna de las grandes acciones de virtud que practicó. Solo quiso se supiese que profesó siempre una rendida obediencia á María y José, para darnos á entender la excelencia de esta importante virtud, que comprende todas las demás. Es humilde, es mortificado, es piadoso, es constante el que es verdadero obediente.

Añade el Evangelio, que conforme iba creciendo en edad, iba tambien creciendo en gracia y en sabiduría. Es cierto que su alma infinitamente santa, infinitamente sabia por la union á la persona del Verbo, no podia crecer mas, ni en sabiduría ni en gracia; pero quiso dar esta bella, esta importante leccion y documento á las personas que tratan de virtud; advirtiéndolas, que cada dia deben ir aprovechando, adelantando y creciendo en gracia y en virtud delante de Dios y de los hombres; porque el conservarse siempre en una medianía, cuando cada dia son mayores los auxilios, degenera presto en tibieza, de la cual se pasa á la costumbre: y en el camino del cielo el que no adelanta, anda hácia atrás. Virtud que no hace progresos, es como árbol que no crece y se seca.

No es maravilla que no se encuentre á Jesucristo entre la tropa, porque Dios no se halla entre el tumulto, ni entre la muchedumbre, á menos que el mismo Señor no nos meta entre ella: y aun entonces

es menester que cada uno se fabrique una especie de retiro ó de recogimiento interior, viviendo dentro de sí mismo, si quiere gustar de Dios. Puramente por la mayor gloria de Dios dejó Cristo á sus padres para volverse al templo. ¿Es semejante el motivo que nos hace parecer tan raras veces, y siempre con tan poco respeto, en nuestras iglesias? ¿Es la gloria de Dios la que se busca en aquellos proyectos ambiciosos, en aquellos juegos, en aquellas diversiones, en aquellas vanidades en que se suelen pasar los domingos y los demás dias de fiesta? El Salvador bien claramente nos ilustró con sus ejemplos: nosotros no ignoramos lo que debemos hacer: ¡qué remordimiento padecerémos algun dia por no haber hecho lo que debíamos!

SAN VICTORIANO, ABAD DE ASANIO.

San Victoriano, á cuyo patrocinio debió la ciudad de Huesca de Aragon la libertad del tirano yugo mahometano, cuando los reyes D. Sancho y D. Pedro de Aragon condujeron las reliquias del Santo á su ejército en tiempo que tenian sitiada tan importante fortaleza, nació en Italia de ilustres progenitores, los cuales se aplicaron con el mayor esmero á dar al niño una crianza tan propia de su piedad, como de su distinguido nacimiento; y tuvieron el consuelo de verle en sus mas tiernos años con una madurez de juicio, y con una extraordinaria justificacion en su conducta como si fuese un varon perfecto. Dedicáronle sus padres á la carréra de las letras, y como estaba dotado de unos talentos extraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en las ciencias humanas; pero no llenando los altos y profundos conocimientos que adquirió en ellas los deseos del ilustre jóven llamado para cosas grandes, comenzó á mirar con tedio toda clase de erudicion profana. Aplicóse con nuevo ardor al estudio de las santas Escrituras; y considerando á los piés de Jesucristo las eternas verdades contenidas en los sagrados Códigos, bebió en ellos como en una fuente original la celestial doctrina que ilustra al hombre para que sepa conseguir su eterna salvacion.

Como á los progresos que hizo Victoriano en las ciencias juntaba una piedad maravillosa, una caridad sin límites, una liberalidad magnífica, una abstinencia admirable, una asistencia continua á los oficios divinos, una frecuencia extraordinaria de Sacramentos, en una palabra, la práctica de todas las virtudes que recomienda nuestra santa Religion, llegó á ser el objeto de la estimacion y de la veneracion del pueblo; edificado de ver en un jóven la mas respetable an-

cianidad, no computada por los años, sí por la justificacion de su conducta. Ofendian á la profunda humildad de Victoriano las alabanzas y los elogios de los hombres; y temiendo que estos pudieran disminuir el mérito de la perfeccion á que aspiraba, persuadiéndose á que no podria conseguirla á no desnudarse enteramente de todos los afectos de la carne y de la sangre, resolvió ausentarse de su patria y de sus deudos con algunos compañeros, fieles imitadores de sus máximas: distribuyendo antes (como lo hizo) su cuantioso patrimonio en socorro de los pobres, y en la ereccion de algunos piadosos monumentos.

Llegó el caso de poner en ejecucion su noble pensamiento, y habiendo pasado los Alpes se entró en el reino de Francia con el fin de ilustrarle con la luz del Evangelio. Dió principio á su predicacion como los Apóstoles con el mismo celo, con el mismo ardor, y con el mismo deseo de la salvacion de las almas, haciendo ver la necesidad que tenian de honestidad los lascivos, de liberalidad los avaros, de humildad los soberbios, de mansedumbre los iracundos, y de paz los enemigos: en sustancia, todos los indefectibles medios que debian practicar los hombres para conseguir el reino de los cielos, de lo que se hallaban muy distantes por seguir las vanidades y momentáneos deleites del siglo. Oianle todos como á celestial oráculo; y como á las encendidas expresiones de su poderosa elocuencia se seguia no pocas veces la confirmacion de su doctrina con portentosos milagros, lograba cada dia el ilustre misionero abundantes frutos de admirables conversiones, sin que hubiese pecador tan obstinado que se resistiese á su celo. Mucho contribuyó para este logro la eficacia de su conducta ejemplar, dejándose ver siempre inalterable en la paciencia, prudente en los consejos, afable en el trato, piadoso, casto y modesto: en suma, adornado de todas las virtudes.

Atrajo la fama del varon apostólico á innumerables concursos de personas de todas clases, ansiosos de seguir las máximas que prescribia para la consecucion de la salvacion eterna; y solicitando el Santo proporcionarles los medios con que pudiesen lograr el fin de sus deseos retirados de los peligros del mundo, erigió diferentes monasterios en el reino de Francia, donde reunió un crecidísimo número de religiosos, que hicieron grandes progresos en la carrera de la perfeccion, y fueron muy útiles á la Iglesia bajo la direccion de tan excelente director, y de tan sabio maestro. No se ocultaba á Victoriano cuánto trabajaban los herejes para destruir sus religiosos establecimientos, mirándolos como fuertes baluartes capaces de sostener el sa-

grado depósito de la fe, y la pureza de las costumbres; y por lo mismo crecia en él el empeño de emplear toda su reputacion y todas sus facultades en semejantes fundaciones, al paso que trataba con una suma aversion á los mismos herejes; separándose de ellos enteramente, cuando amonestados primera, segunda y tercera vez permanecian obstinados en sus errores.

Temió el Santo incurrir en alguna gloria vana á vista de la universal estimacion que de él se hacia en todo el reino de Francia; y siendo este el motivo que le obligó á dejar á su país, se retiró á España en tiempo que Teodorico, rey de Italia, gobernaba esta monarquía como tutor de su nieto Amalarico, que se hallaba en la menor edad. Luego que pasó los Pirineos, buscó con la mas exquisita diligencia un lugar separado de todo el comercio humano, para poder dedicarse con quietud á los santos ejercicios de la vida solitaria. Encontróle en efecto en un monte de difícil subida á la parte occidental del pueblo llamado Asanio, no muy distante del monasterio que en honor de san Martin habia edificado Gesalesio, rey de los godos. Eligió en él para su habitacion una cueva espantosa, cerca de la cual fabricó un oratorio bajo la advocacion del arcángel san Miguel; y libre ya de los tumultos del siglo, soltando las riendas á su fervor, se entregó á los rigores de una penitencia sin límites, renovando con la austeridad de su conducta aquellas espantosas imágenes, que como prodigios de la divina gracia nos refieren las historias en el Oriente: bien que el Señor endulzaba maravillosamente las penalidades de su siervo con el don de contemplacion que se sirvió concederle, siendo su vida cási una oracion continua.

En vano solicitaba Victoriano sepultarse vivo en las mas oscuras grutas, en vano huir á los mas encumbrados montes para vivir desconocido; porque como los designios de la divina Providencia eran el que fuese á muchos útil, hizo que se esparciese la fama de su eminente virtud por todos los pueblos y aldeas de la comarca, de suerte que se vió rodeado de una innumerable multitud de gentes, atraidas del buen olor de su santidad, y de la voz de sus estupendos milagros; de cuyo don especial usó en favor de muchos pobres enfermos, lanzando asimismo á los demonios de no pocos energúmenos á quienes atormentaban furiosamente.

Volaron los ecos de las prodigiosas maravillas del Santo por todo el reino de España; y deseosos los naturales de ver y de tratar al célebre solitario, se vió frecuentado aquel árido desierto de innumerables personas de todas clases, ansiosas de ser participantes de las sin-

gulares gracias que habia el Señor depositado en su fidelísimo siervo. Conoció este ser aquella la voluntad de Dios, y aunque tenia todas sus delicias en el retiro, en la oracion y en la contemplacion, jamás dió la menor señal de sentimiento al verse cercado de tan numerosos concursos; antes bien recibiendo á todos lleno de aquella dulzura y de aquella afabilidad que era propia de su carácter, socorria sus necesidades, instruyéndolos al mismo tiempo en el camino del cielo.

Sentian muchos la penosa subida del elevado monte donde fijó Victoriano su residencia, por cuya razon le suplicaron se estableciese en la llanura de un valle inmediato, para que pudiese con mas comodidad favorecer á los pobres enfermos que le buscaban. Conociendo el Santo la justicia de esta súplica, bajó á una pequeña heredad llamada Asarrate, que le cedieron los dueños, contigua al rio Cinca: en la que labró para sí y para sus discípulos unas pobres celdillas, y ejercitándose en obras maravillosas, se hizo amable y respetable de toda clase de sugetos, hasta de los mismos reyes.

Tomó el gobierno de España Amalarico luego que tuvo edad competente; y habiendo muerto en Narbona, ascendió al trono Teudis, Teuda ó Teudo, ayo que fue de Amalarico. Estaba infecto este Príncipe con el contagio de la herejía arriana; pero con todo profesaba tal veneracion al Santo, que le visitaba con mucha frecuencia, oyendo con humildad sus saludables consejos; decíale entre ellos: *El honor del rey consiste en amar la justicia, en hacerla observar, portándose en la administracion del reino de suerte que no se prive de la corona celestial. El monarca no se ha de olvidar, cuando promulga una ley ó sentencia, que es mortal: no dando lugar por su soberbia, á que el supremo Rey le sumerja en el infierno.*

Deseaba Teudis colocar á Victoriano en las mayores dignidades de su reino para que con mayor autoridad pudiese ejercer las funciones de su celo verdaderamente apostólico; pero la humilde resistencia que experimentó en él, cuando trató de semejantes promociones, le dió bien á entender que el corazon del Santo estaba muy distante de apetecer toda clase de honoríficos empleos. Pidieron sin embargo al Rey los monjes del monasterio de Asanio que les nombrase por abad al célebre anacoreta, y agregándose á esta súplica los ruegos del clero y la aclamacion del pueblo, bajo el seguro de los grandes adelantamientos que lograria aquella casa teniendo á la vista un maestro tan práctico en la escuela de la perfeccion, se vió en la indispensable precision de encargarse del empleo, por mas que solicitó excusarse, sacrificando la repugnancia que tenia de mandar, en obsequio de la obe-

diencia; bien que la autoridad de superior solo sirvió para que mas brillase su virtud, conociéndose luego lo mucho que puede esta cuando los empleos la dan ocasion de manifestarse.

Vivian muchos monjes de aquel monasterio en diferentes oratorios contiguos á él haciendo vida eremítica, y persuadiéndose el venerable Abad que seria lo mejor que habitasen en comunidad, donde el corazon y el alma fuese una para todos los oficios y ejercicios religiosos; habiéndolos congregado en la clausura, les prescribió un tenor de vida tan lleno de máximas saludables, que en muy breve tiempo llegó á ser aquella célebre casa un seminario de Santos por la direccion de quien lo era. En efecto, gobernábala Victoriano con tanta prudencia y con tanta destreza, que de dia en dia brillaba la piedad y lá disciplina regular en el primitivo fervor de su establecimiento. Solo severo consigo mismo reservaba la indulgencia para con sus súbditos; cuyos defectos reprendia mas con el ejemplo que con las palabras, causando á todos admiracion el ver que en medio de sus austeridades, que por lo comun engendran un humor tétrico y melancólico, conservaba el ilustre Prelado una alegría extraordinaria, que saliéndole del corazon se comunicaba á su semblante.

El universal concepto que se granjeó el insigne Abad en España movió á muchos sugetos principales del reino á enviar á sus hijos al monasterio de Asanio para que se educasen bajo la direccion de tan sabio como virtuoso maestro, dotado de una gracia especial para enseñar á la juventud. Su dulzura, su modo agradable y cortesano, acompañado siempre de una oficiosa y suave severidad, yendo en todo adelante con el ejemplo, eran los medios de que se valia para atraer á los jóvenes, de quienes lograba por arbitrios tan prudentes los deseados efectos: teniendo el consuelo de que saliesen de su escuela muchos discípulos célebres en doctrina y santidad para prelados de diferentes iglesias: memorables entre ellos Gaudioso, obispo de Tarazona; Aquilino, de Narbona; Tranquilino, de Tarragona; Efronio, de Zamora, y Vicente, de Huesca, los cuales dieron mucho honor á su maestro; y por su respeto hicieron cuantiosas donaciones al monasterio de Asanio, y lo mismo ejecutó el rey Teudis, en consideracion de los relevantes méritos de su ilustre Abad; pero todas estas opulentas dádivas y distinguidos honores no fueron capaces de alterar un punto la humildad de Victoriano, ni aquella evangélica pobreza que quiso brillase siempre en su comunidad; invirtiendo en socorro de los pobres, y en la magnificencia del culto divino todo lo sobrante al preciso sustento de los monjes.

Serian necesarios muchos volúmenes para referir individualmente las eminentes virtudes, y los laudables hechos en que se ejercitó el Santo por espacio de diez años que gobernó el monasterio de Asanio, y las portentosas maravillas de curaciones prodigiosas que hizo de innumerables enfermos. En fin, consumido al rigor de sus espantosas penitencias, habiendo sabido por revelacion la hora de su muerte, aunque toda su vida fue una continua preparacion para ella, con todo renovó sus fervores para purificar su inocencia. Recibió los últimos Sacramentos, y dando á sus hijos muchos consejos útiles, murió tranquilamente en el dia 12 de enero del año 560, séptimo del reinado de Atanagildo.

Depositaron los monjes el venerable cuerpo de su santo Abad en el mismo monasterio en el sepulcro que él mismo mandó labrar en vida cerca del altar de san Martin, donde se mantuvo en grande veneracion hasta la pérdida de España, en la que por temor de que no cayese en manos de los moros, le trasladaron los fieles á Santa Rufina sobre Insa, pueblo entre Huesca y Urgel. Allí se mantuvo doscientos sesenta años, hasta que cesó la hostilidad de los agarenos: y en el de 1088 lo trasfirió el rey D. Sancho de Aragon al castillo de Alquezar, del que en el siguiente de 1089 se trasladó al monasterio de Montargon, en el que se conserva, dignándose el Señor acreditar la gloria de su fidelísimo siervo por medio de los muchos milagros que cada dia obra á virtud de su poderosa intercesion.

SAN NAZARIO, CONFESOR.

Uno de los célebres héroes que han florecido en España, de quien nos dicen varios escritores: que conociendo en su juventud los peligros y vanidades del mundo, resolvió buscar asilo á su inocencia en el retiro del claustro religioso. Puso los ojos en el de San Miguel de Cuxan, sito en el obispado de Elna, donde abrazó en él el órden de san Benito: y como sus deseos no eran otros que ascender á la cumbre de la mas alta perfeccion, lo consiguió en efecto por la práctica de todas las virtudes; pero excediéndose sobre todo en el ejercicio de la caridad, que es la reina de ellas, se dedicó á hospedar á los peregrinos, á vestir á los desnudos, á dar de comer á los pobres, y consolar á toda clase de afligidos: cuyos piadosos oficios fueron tan gratos á los ojos de Dios, que quiso acreditar la santidad de su fidelísimo siervo con repetidos prodigios: memorable entre ellos el que obró en un incendio voraz, que extinguió solo con haber echado sobre las lla-

mas su hábito, que quedó sin la mas mínima lesion en medio del fuego. Murió, en fin, lleno de gloria y merecimientos, en el dia 12 de enero, aunque no nos consta el año puntual de su feliz tránsito, en cuyo dia se celebra su festividad, con rito doble en el expresado monasterio, donde se conserva su cuerpo, y es tenido en grande veneracion.

SAN BENITO, LLAMADO Á VECES BENEDICTO, ABAD Y CONFESOR.

Era de noble descendencia, y uno de los primeros de la corte de Oswy, religioso rey de Northumbre, muy amado de este Príncipe y deudor á su bondad de muchos bellos estados y grandes honores; pero ni el favor de un rey tan grande y bueno, ni los encantos del poder, de las riquezas, ni de los deleites fueron bastantes para cautivar su corazon, que nada veia en aquellos sino peligros y escollos dignos de ser tan temidos, como armados están ellos de todo el poder de sus encantos. En la edad de veinte y cinco años; edad que trae consigo el deseo mas ardiente de la diversion y el deleite, se despidió del mundo, hizo por devocion un viaje á Roma, y á su vuelta se dedicó enteramente al estudio de las Escrituras, y á otros ejercicios santos. Algun tiempo después de su vuelta á Inglaterra, Alefrido, hijo de Oswy, deseoso de hacer una peregrinacion al sepulcro de los Apóstoles, persuadió al obispo á que le acompañase á Roma. El rey estorbó á su hijo la jornada; pero nuestro Santo fué á ella segunda vez, ardiendo en los mas vivos deseos de adelantar en el conocimiento de las cosas divinas, y en el amor santo de Dios. Desde Roma partió al monasterio de Lerins, famoso entonces por su rígida disciplina: en él tomó el hábito monástico, gastó dos años en la observancia mas exacta de la regla, y penetró el verdadero espíritu de cada uno de sus ejercicios: despues de esto volvió á Roma, donde recibió del Sumo Pontífice una órden de que acompañase á Inglaterra á san Teodoro, arzobispo de Cantorbery, y á san Adrian. A su arribo á aquella ciudad, san Teodoro le encomendó el cuidado del monasterio de san Pedro y san Pablo, próximo á aquella poblacion, cuya abadía cedió á san Adrian á su llegada á Inglaterra. Cerca de dos años permaneció san Benito en Kent entregado á los ejercicios religiosos y sagrados estudios bajo la disciplina de aquellos dos excelentes varones. Hecho esto emprendió otro viaje á Roma con intento de perfeccionarse en la disciplina eclesiástica, y en las reglas y práctica de la vida monástica; á cuyo fin permaneció mucho tiempo en aquella capital y en otros muchos lugares; después de lo que llevó consigo á su casa una se-

lecta librería, reliquias y pinturas de Cristo, de la Vírgen y de otros muchos Santos. Cuando volvió el nuestro á Northumberland, el rey Egfrido (de cuyo padre habia vivido en la corte antiguamente) le dió cierto número de medidas de tierra para fundar un monasterio que erigió el Santo á la embocadura del Were, por lo que fue llamado Weremouth. Construido el monasterio fué san Benito á Francia, y trajo consigo diestros lapidarios, que construyeron la iglesia de piedra, y al estilo romano; pues hasta entonces eran muy raros en la Bretaña los edificios de aquella materia: aun la iglesia de Lindisfarne era de madera y cubierta con un techo de paja y cañas, hasta que el obispo Eadberto procuró que tanto el techo como las paredes, se cubriesen de planchas de plomo, como dice Beda. (Hist. t. III, c. 25). Llevó tambien san Benito vidrieros de Francia; arte entonces desconocido en la Bretaña: y en otro viaje que hizo á Roma se proveyó de una grande coleccion de libros, especialmente de los escritos de los santos Padres, de reliquias y de santas pinturas con que enriqueció su propio país.

Su primer monasterio de Weremouth tomó el título de San Pedro, príncipe de los Apóstoles; y fue tal la edificacion espiritual que produjo en aquellas gentes, que el mismo rey le hizo otra donacion de tierras, en que edificó el obispo otro monasterio, en un lugar llamado Girwy, hoy Jarrow sobre el Tina, seis millas distante del primero, y que fue titulado de San Pablo. Estos dos monasterios fueron mirados cási como uno; y á ambos gobernó san Benito, aunque en cada cual tenia colocado un abad ó superior, que continuó sujetándose á él, por hacer necesaria esta sustitucion sus largos viajes á Roma, y otros asuntos de importancia. Colocó en la iglesia del monasterio de San Pedro en Weremouth las pinturas de la Vírgen, de los doce Apóstoles, la historia del Evangelio, y las visiones en la revelacion de san Juan. La de San Pablo en Jarrow la adornó con otras pinturas, dispuestas de tal modo, que representaban la armonía entre el Viejo y Nuevo Testamento, y la conformidad de las figuras del uno con las realidades del otro. Así Isaac llevando la leña que habia de servir para el sacrificio de sí mismo, estaba explicado en Jesucristo llevando la cruz en que iba á completar su sacrificio; y la serpiente de bronce estaba ilustrada en la crucifixion de nuestro Salvador. Con estas pinturas, muchos libros y reliquias, trajo consigo san Benito de Roma en su último viaje á Juan, abad de San Martin, chantre de la iglesia de San Pedro, á quien hizo que el papa Agathon enviase con él, y á quien el Santo colocó en Weremouth para que instruyese perfecta-

mente á sus monjes en las notas gregorianas, y en las ceremonias romanas en cantar los oficios divinos.

Esterwino, pariente de san Benito, ministro de la corte del rey, primero que monje, fue elegido abad antes de que nuestro Santo partiese para Roma; y en este estado se condujo siempre como el ínfimo de todos los de la casa; porque aunque siempre adornado de todas las demás virtudes, la humildad, la mansedumbre y la devocion, parecieron en todo caso la parte mas eminente de su carácter. Este santo varon murió en el dia 6 de marzo no teniendo mas que treinta y seis años de edad, y cuatro solamente de abad. Estando san Benito ausente en su último viaje á Roma, eligieron los monjes en su lugar á san Sigfredo, diácono, hombre de igual gravedad y mansedumbre; quien poco después fue asaltado de una dilatada enfermedad en que padeció violentos dolores en los hígados y entrañas: y murió cuatro meses antes que nuestro Santo. Con dictámen suyo dos meses antes de su muerte nombró san Benito abad de ambos monasterios á san Ceolfredo, por haber sido aquel acometido de una mortal perlesía, con que quedaron muertas las partes inferiores de su cuerpo: tres años estuvo atormentado de esta enfermedad, que le postró mucho tiempo en una cama: y en todo el de su dilatado mal no hallándose hábil para levantar la voz al comun tono de cantar los divinos oficios; á todas las horas canónicas enviaba por algunos monjes, que mientras divididos en coros cantaban los Salmos propios del dia ó de la noche, él procuraba juntar á sus tonos no solo su corazon sino tambien sus voces. Jamás pareció haber un punto relajado su atencion á Dios; y exhortaba frecuente y eficazmente á sus monjes á la constante observancia de la regla que les habia impuesto: «No debeis pensar, «les decia, que las constituciones que de mí habeis recibido han sido «invento mio; porque habiendo yo visitado en mis frecuentes viajes «diez y siete monasterios bien arreglados, procuré informarme de «sus reglas y de sus leyes; y segregando las mejores de ellas, com«pendié las que os he dado á vosotros.» Muy poco después espiró el Santo, habiendo recibido el Viático en el dia 12 de enero de 690. Sus reliquias, segun Malmesbury, fueron trasladadas á la abadía de Thornay en el año de 970; pero parte de aquel tesoro piensan los monjes de Glastembury haber poseido ellos. El verdadero nombre de este Santo era el obispo Baducingo, como aparece de Eddio-Esteban en su vida de san Wilfredo. Los Benedictinos ingleses veneran su memoria como de uno de los patronos de su congregacion; y en este dia se hace conmemoracion de él en el martirologio romano.

La Misa es de la Dominica infraoctava de la Epifanía, y la Oracion es la siguiente:

Vota, quaesumus, Domine, supplicantis populi coelesti pietate prosequere: ut et quae agenda sunt, videant; et adimplenda, quae viderint, convalescant: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que recibas con tu acostumbrada piedad las oraciones y los deseos de tu pueblo, para que conozca lo que debe hacer para agradarte, y se aliente á ejecutar lo que conociere. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de san Pablo á los Romanos en el capítulo XII.

Fratres: Obsecro vos per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum. Et nolite conformari huic seculo, sed reformamini in novitate sensus vestri: ut probetis quae sit voluntas Dei, bona et beneplacens, et perfecta. Dico enim per gratiam quae data est mihi, omnibus qui sunt inter vos: Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem: Et unicuique sicut Deus divisit mensuram fidei. Sicut enim in uno corpore multa membra habemus, omnia autem membra non eundem actum habent: Ita multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra; in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Yo os ruego por la misericordia de Dios que exhibais vuestros cuerpos como hostia viva, santa, y agradable á Dios, de forma que sea vuestro obsequio racional; no os conformeis con las máximas de este siglo, reformaos sí en la novedad de vuestros sentimientos, para que probeis cuán buena, agradable y perfecta es la voluntad de Dios. Yo digo á todos los que están entre vosotros por la gracia que se me ha dado, que no conviene saber mas de lo que conviene saber, esto es, saber con sobriedad, y conforme ha distribuido Dios la mensura de su fe. Vivid entendidos: que al modo que en el cuerpo humano tenemos muchos miembros, pero no todos ejercen unos mismos actos, ó funciones, á esta similitud nosotros, muchos en número, somos un cuerpo místico en Cristo, cada cual para su respectivo ministerio, bien que miembros unos de los otros para ayudarnos recíprocamente en Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Si nuestro cuerpo debe ser hostia viva, santa y agradable á Dios, ¿cuál debe ser su pureza? Nada irrita tanto la ira de Dios como una víctima sucia y asquerosa. ¿Podrémos ofrecer nuestros cuerpos á Dios sin vergüenza? ¿Es cristiano, es racional nuestro culto, cuando le presentamos un cuerpo asquerosamente manchado por el pecado?

No os conformeis con este mundo, dice el Apóstol. No hay cosa mas opuesta al espíritu y á las máximas de Jesucristo, que las máximas y el espíritu del mundo. Conformarse con él es renunciar el moral del Evangelio, es seguir el espacioso camino que guia á la perdicion. ¿Y qué otro camino sigue la mayor parte de las personas del siglo? ¿A quién se procura imitar en el mundo? ¿Qué ley se sigue? ¿Qué máximas se aprenden? Aquellas personas ambiciosas y vanas, aquellas almas terrenas y sensuales, aquellas víctimas de sus propias pasiones, ¿siguen por ventura la doctrina de Jesucristo? ¿Son de la misma religion que los Santos? ¿Sirven á un mismo Señor, á un mismo Dios? ¿Y no hay sobrados motivos para hacer estas preguntas? ¿Y qué tendrán que responder las personas mundanas á cualquiera que se las haga?

Reformaos, prosigue el Apóstol, *imbuyéndoos en máximas, en principios enteramente nuevos*, y contrarios á los que hasta aquí habeis seguido. Digo: ¿y no será ya tiempo de hacerlo? ¿A qué queremos esperar para emprender esta reforma? ¿Podráse decir que la comenzamos muy temprano, cuando ya debiera estar acabada? ¿Es posible que eternamente hemos de estar diciendo que tenemos necesidad de reformarnos, y que jamás hemos de dar una prueba de que estamos reformados? ¡Oh qué cosa tan terrible es morir solo con el plan, con el proyecto, con la idea de la reforma.

Pero si creemos que no necesitamos de ella, el Apóstol nos desmiente, declarándonos que vivimos muy engañados, si presumimos tan ventajosamente de nosotros mismos. ¡Ah! que esas pasiones tan vivas, ese amor propio tan dominante, esas imperfecciones tan groseras, esas caidas tan frecuentes, no son el mayor elogio, ni la mayor recomendacion de nuestra virtud. ¡Ah! que deshonran mucho al cuerpo místico de Jesucristo, de quien nosotros somos miembros. Es la inocencia y la piedad en un cristiano, lo que la razon en el hombre. No es consejo, que es precepto el que seamos absolutamente santos. Serlo mas, ó serlo menos, puede ser consejo; pero serlo absolutamente es precepto riguroso.

El Evangelio es del capítulo II *de san Lucas.*

Cum factus esset Jesus annorum duodecim, ascendentibus illis Jerosolymam secundum consuetudinem diei festi consummatisque diebus, cum redirent, remansit puer Jesus in Jeru-

Siendo ya Jesús de edad de doce años, subió á Jerusalen con sus padres á celebrar la Pascua segun la costumbre de los hebreos, y concluidos los dias de esta festividad, volviéndose

salem, et non cognoverunt parentes ejus. Existimantes autem illum esse in comitatu, venerunt iter diei, et requirebant eum inter cognatos et notos. Et non invenientes, regressi sunt in Jerusalem, requirentes eum. Et factum est, post triduum invenerunt illum in templo sedentem in medio doctorum, audientem illos, et interrogantem eos. Stupebant autem omnes, qui eum audiebant super prudentia, et responsis ejus. Et videntes admirati sunt. Et dixit mater ejus ad illum: Fili, quid fecisti nobis sic? ecce pater tuus, et ego dolentes quaerebamus te. Et ait ad illos: Quid est quod me quaerebatis? nesciebatis quia in his, quae Patris mei sunt, oportet me esse? Et ipsi non intellexerunt verbum, quod locutus est ad eos. Et descendit cum eis, et venit Nazareth: et erat subditus illis. Et mater ejus conservabat omnia verba haec in corde suo. Et Jesus proficiebat sapientia, et aetate, et gratia apud Deum, et homines.

á su domicilio, permaneció el niño Jesús en Jerusalen sin que lo advirtiesen sus padres: juzgando vendria con la comitiva, caminaron todo el dia, y echándole menos, le buscaban entre los parientes y conocidos; y no hallándole, volvieron á buscarle á Jerusalen, donde le encontraron después de tres dias en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles (sobre los vaticinios de los Profetas, acerca de su venida). Pasmábanse todos los que le oian de su prudencia y respuestas; y viéndole sus padres quedaron admirados; y reconviniéndole su Madre: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? mira que tu padre y yo te hemos buscado con sumo dolor ó sentimiento: les dijo: ¿Por qué causa me buscais? ¿Ignorábais que en las cosas pertenecientes á mi Padre celestial conviene ocuparme? No entendieron los padres por entonces las expresiones que les habló, y bajando con ellos á Nazareth, se portó como súbdito de ellos; pero su Madre conservaba todas estas palabras en su corazon; y Jesús crecia en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres.

MEDITACION.

Que Dios debe ser preferido á todo lo criado.

Punto primero.—Considera quién es Dios, qué ha hecho Dios por tí, qué merece Dios hagas tú por él; y juzga después si hay alguna criatura que pueda disputar la preferencia del amor de Dios. Es Dios soberano criador, soberano dueño, que nos crió para sí, y no pudo criarnos para otro. En sus manos está nuestra vida; él es árbrito de nuestra suerte; debémosle todo lo que tenemos, todo lo que somos; es nuestro Padre, nuestro Juez, nuestro Rey; de él pende nuestra felicidad ó nuestra infelicidad eterna. ¿Qué te parece? ¿Este gran Dios merecerá ser preferido á todo lo criado? ¿Tendrémos otro dueño á quien contemplar, ni á quien temer mas que á él? Y con todo eso (¡cosa extraña!) parece que no haya otro á quien menos contemplemos, ni á quien menos temamos. Contemporízase

no pocas veces con un pariente, con un amigo, y aun con un criado, de quien se espera conseguir alguna gracia, recibir algun servicio. Pero al ver la poca atencion que se tiene de agradar á Dios, al notar el ningun cuidado que suele dar el desagradarle, y aun el ofenderle, hay sobrada razon para decir, que la mayor parte del tiempo no se hace mas caso de Dios, que si no le hubiera.

Y no hay que pensar que solamente hacen inclinar la balanza los puestos sobresalientes, las pasiones violentas, las fortunas grandes. ¿Cuántas veces una ligera inclinacion, un vilísimo interés, nuestro amor propio, un ridículo respeto humano logran esta preferencia, y pueden mas que nuestra obligacion? ¿Y con todo eso presumimos de hombres de razon y de religion? Bella prueba por cierto es de uno y de otro la conducta que tenemos en punto tan esencial. ¡Ó mi Dios! ¡y qué de veces he preferido yo mis gustos, mis intereses, mis amigos á todos vuestros preceptos! ¡Gran dolor! verme en la triste precision de confesar esta verdad. Pero ¿qué importaria que yo la disimulase, si mi conciencia la publicaria á gritos? No, Señor, no puedo ya desmentirla; pero mientras ella me está acusando, mirad, Señor, lo que os dice mi corazon.

Punto segundo. — Considera qué injusticia, y aun qué impiedad es preferir la criatura al Criador. ¿Quién negará que el corazon ejercita entonces una especie de idolatría? ¿Qué horror, qué indignacion no concebimos contra aquellos pérfidos, contra aquellos ingratos Judíos, que prefirieron á Barrabás al Salvador del mundo? ¿Y qué otra cosa hacemos nosotros? ¿Pero qué digo? Aun la hacemos mucho peor, pues conociéndole y haciendo profesion de conocerle, le sacrificamos á un vil interés, á un respeto humano.

No hay sombra de razon, que pueda jamás autorizar tan indigna preferencia. ¿Qué padres ha habido, ni habrá mas amables, ni mas respetables, que María y que José? ¿Qué hijo ha habido ni habrá, que mas respetase, ni amase mas á sus padres que el Salvador? Con todo eso luego que se atraviesa la gloria de Dios, luego que se trata de hacer la voluntad de su Padre celestial, no delibera un momento: sepárase de ellos, déjalos partir, y retírase al templo. ¡Oh cuántos hijos desgraciados hay en el mundo, por haber sacrificado su salvacion á los intereses de su casa, ó la vana condescendencia con sus parientes! *¿No sabiais vosotros que yo debia emplearme en las cosas que tocan á mi Padre?* Esta es la generosa respuesta que debemos dar á esos tentadores peligrosos é importunos, á esas solicita-

ciones artificiosas, á esas falsas ternuras de la carne y sangre, á todo lo que nos induce á preferir la criatura al Criador, el gusto á la obligacion, y el siervo al soberano Dueño.

¿No sabíais vosotros? Con efecto este es uno de los primeros principios de nuestra Religion. Aun la misma luz de la razon da á conocer la espantosa injusticia de esta indigna preferencia. ¡Qué! ¡un Dios en concurrencia con una criatura! La fe, el entendimiento, la conciencia todo clama, todo grita contra esta impiedad. Con todo eso ante nosotros se intenta esta causa; en el tribunal de nuestro corazon se litiga este pleito: y por lo comun damos la sentencia contra Dios.

¡Señor, Señor, y qué ingratos que somos! Pero ¡cuánta es vuestra infinita bondad en sufrir mi iniquidad y mi malicia! Mil veces os he pospuesto á las criaturas: millares de veces yo mismo me he preferido á Vos. Confieso mi maldad, detéstola, abomínola. De hoy en adelante ninguna cosa os disputará el lugar en mi corazon: no os haré el agravio de admitir otra concurrencia. Penas, ternuras, pérdida de bienes, complacencias, intereses, todo lo sacrificaré á vuestra voluntad, hasta mi propia vida. Vos sois el Dios de mi corazon, y mi corazon será desde este punto segun el corazon de Dios. Amen. Amen.

JACULATORIAS.—Mi corazon, mi espíritu, mi alma, hasta mis mismos huesos de hoy en adelante dirán en su lenguaje: ¡Ah Señor! ¿y quién es semejante á Vos? (*Psalm.* XXXIV).

¡Qué puedo yo desear en el cielo ni en la tierra fuera de Vos, Dios mio!

PROPÓSITOS.

1 En todo tiempo debe Dios ser preferido á todas las cosas; pero con especialidad el domingo. Este es el dia del Señor, que eso quiere decir *Dies Dominica*. Pues ¡qué impiedad será hacer del dia del Señor dia de diversion ó de negocios! ¡Y qué delito preferir en semejante dia los intereses temporales á los deberes de la Religion! Asiste hoy á los divinos oficios, y á la misa mayor con piedad y con edificacion, sin que te lo estorbe ningun embarazo, ningun negocio que pueda sobrevenir, respondiendo, que primero es Dios que todo: y en todas las ocasiones que ocurrieren en este dia pórtate de manera, que visiblemente sea Dios preferido y servido antes que todo.

2 Toma media hora de tiempo para examinar seriamente en qué

cosas has dado hasta aquí mas frecuentemente la preferencia á las criaturas con perjuicio del Criador. Cuántas veces has dejado á Dios por los hombres: cuántas un interés temporal, una vana diversion, un respeto humano, una cobarde condescendencia te han impedido cumplir con las obligaciones de cristiano. Tenlo todo presente para acusarte de ello en la primera confesion: y sírvate esto mismo de materia de meditacion en esta noche, para que arrepentido verdaderamente de tu cobardía y de tu pasada infidelidad, pidas perdon á Jesucristo, prometiéndole que en adelante con el socorro de su divina gracia le preferirás á todo lo criado.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

La Octava de la Epifanía del Señor.

Cuarenta soldados mártires, en Roma, en la via Lavicana, que merecieron recibir la corona del martirio por confesar la fe católica, siendo emperador Galieno.

San Potito, mártir, en Cerdeña, el cual habiendo padecido muchos tormentos en tiempo del emperador Antonino y del gobernador Gelasio, últimamente consiguió la corona del martirio habiéndole degollado.

Los santos mártires Hermilio y Estratónico, en Sigidon, en la Misia superior, quienes después de haber padecido crueles tormentos, siendo emperador Licinio, los ahogaron en el rio Danubio.

Los santos mártires Gumesindo, presbítero, y siervo de Dios, monje, en Córdoba. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Hilario, obispo y confesor, en Poitiers de Francia, el cual por ser acérrimo defensor de la fe católica fue desterrado á la Frigia, en donde estuvo cuatro años, y entre otros muchos milagros que hizo resucitó un muerto; su festividad se celebra el dia siguiente.

San Leoncio, obispo, en Cesarea de Capadocia, quien trabajó mucho por defender la fe católica contra los infieles en tiempo de Licinio, y contra los Arianos en tiempo de Constantino.

San Agricio, obispo, en Tréveris.

San Vivencio, confesor, en el monasterio de Vergy.

Santa Glafira, vírgen, en Amasea del Ponto.

Santa Verónica, vírgen de Binasco, del órden de san Agustin, en Milan, en el convento de Santa Marta.

SAN GUMESINDO, CONFESOR Y MÁRTIR.

En principios del siglo IX, tiempo en que sufrian los Cristianos de España una sangrienta persecucion de los bárbaros africanos, nació en la ciudad de Toledo san Gumesindo, de padres naturales de esta capital, trasladados con el niño á la de Córdoba, aunque se ignora

la causa; los cuales le criaron conforme al espíritu de la religion cristiana, esmerándose en su educacion con el objeto de que ascendiese á la dignidad del sacerdocio, obligados por el voto que hicieron al tiempo de su nacimiento, de ofrecerle al Señor, que se dignó concederles este fruto de sus dulces bendiciones. Para facilitar el intento, le dedicaron al servicio de la iglesia de los santos mártires Fausto, Januario y Marcial, sita en Córdoba, con el fin de que aprendiese de religiosos maestros ciencias humanas y divinas, y demás ejercicios conducentes al designio de sus deseos; para lo cual contribuyeron no poco los ejemplos y continuos consejos de sus mismos padres, interesados en demostrarle las nobilísimas prerogativas de la virginidad, fealdad y abominacion de la torpeza. No costó dificultad imprimir en el alma de Gumesindo tan recomendables ideas, naturalmente inclinado á la virtud, y propenso al estado de mayor perfeccion. Bajo cuyo supuesto, adelantándose conforme iba creciendo en edad en la instruccion de las letras, y mas en la de los Santos; apenas llegó al tiempo fijado por los sagrados cánones, ascendió por sus grados al órden sacerdotal, desempeñando el ministerio con tanta justificacion, que considerándole digno el obispo de Córdoba para el gobierno de las almas, fió á su cuidado una de las parroquias de la campiña de aquella ciudad, en la que se portó como pudiera el pastor mas celoso y ejemplar, surtiendo á sus ovejas con abundantes pastos espirituales, sin omitir el socorro de todas sus necesidades corporales segun sus facultades.

Sentia en lo íntimo de su corazon la miserable situacion de España; no le causaba menos dolor el ver que los bárbaros secuaces de la secta de Mahoma tiranizasen con tan dura esclavitud á los hijos de Dios redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo; y con estas piadosas reflexiones se encendió en vivos deseos de padecer martirio. Parecióle impropio de su ministerio omitir una confesion pública de su fe cristiana ante los jueces árabes, digno de la nota de una cobardía vergonzosa, cuando no condenase la necedad de tan impía secta: y animado con semejantes impulsos de la divina gracia, pasó á la ciudad á comunicar su resolucion con un monje íntimo amigo, llamado Siervo de Dios, criado en su compañía en la iglesia de los dichos Mártires. Alentados mutuamente para tan laudable empresa, sin esperar á ser llamados, se presentaron voluntariamente al juez agareno, y á su presencia principiaron á predicar contra la falsedad de su secta, reprobando con el mayor brio y celo los delirios de sus necias supersticiones.

No cabe en ponderacion la ira que el bárbaro concibió á vista de semejante arrojo, que graduado por el delito mas enorme, sin esperar á las formalidades de los procesos judiciales, mandó á sus ministros les degollasen al momento. Recibieron los Santos la sentencia con una alegría inexplicable, dando al Señor repetidísimas gracias porque les hacia dignos de padecer por defensa de su fe; cuya confesion sirvió para alentar á otros muchos cristianos, que siguiendo su ejemplo testificaron con su sangre la verdad de la religion católica. En el dia 13 de enero del año 851 se ejecutó la providencia, logrando por este medio Gumesindo la apetecida corona del martirio. Su cuerpo, habido por los fieles, fue sepultado en el monasterio de San Cristóbal, sitio donde hoy existe una pequeña ermita con la advocacion de san Julian. Haber sido célebre su memoria aun en tiempo de los árabes, lo comprueba la invocacion de su patrocinio por el rey D. Alfonso el Sexto en la conquista de Toledo, con el de otros Santos tutelares, naturales de aquella capital, suelo de su nacimiento.

La Misa es de la Octava de la Epifanía, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, cujus Unigenitus in substantia nostrae carnis apparuit; praesta, quaesumus, ut per eum quem similem nobis foris agnovimus, intus reformari mereamur: Qui tecum vivit et regnat...

Ó Dios, cuyo Unigénito Hijo se dejó ver en la tierra vestido de la sustancia de nuestra carne mortal, concédenos, que merezcamos reformarnos en nuestro interior, por aquel que vimos en lo exterior parecido á nosotros; el cual vive y reina contigo, etc.

La Epístola es la de la Epifanía, pág. 80.

REFLEXIONES.

No solamente en la ley nueva, sino tambien en la ley antigua el dia octavo de una fiesta era tan solemne como la fiesta misma. Segun el estilo, y aun el idioma de la Iglesia, se puede decir, que la octava es una especie de fiesta continuada por espacio de ocho dias, y con la misma razon se puede añadir, que la solemnidad de las octavas es de derecho y de institucion divina.

Ordenando Dios á Moisés la celebracion de las principales fiestas, le dijo: «Estas son las fiestas del Señor, que serán santas, y las de«beis celebrar cada una en su tiempo.

«El dia 14 del primer mes hácia la noche es la Pascua del Se-«ñor. Celebraréis el primer dia, como el mas solemne y el mas santo: «en este dia no trabajaréis en ninguna obra servil; pero ofreceréis «por espacio de siete dias un holocausto al Señor: el dia séptimo «será mas solemne y mas santo que los otros; y en este dia tampoco «os ocuparéis en ninguna obra servil:» era lo mismo que decir, que en el dia de la octava no seria lícito trabajar ni mas ni menos como en el dia de la fiesta. Tambien mandó Dios á su pueblo, que en el mes de setiembre celebrase con octava la fiesta de los tabernáculos, que los griegos llamaban *Scenopegia*, porque en ella se formaban unas tiendas de campaña cubiertas de ramas de árboles. «Celebra-«ráse la fiesta de los tabernáculos, dijo Dios á Moisés, por espacio «de siete dias: el primero y el octavo serán muy célebres y muy san-«tos, y no haréis obra servil en estos dos dias.» En el capítulo octavo del segundo libro del Paralipómenon se lee que Salomon celebró la dedicacion del templo por siete dias continuados, y que el octavo fue un dia celebérrimo.

Asegura san Agustin, que el número de ocho es muy misterioso en la sagrada Escritura, y que comprende en sí una idea de perfeccion. Pues así como Dios mandó en la ley antigua, que las fiestas mas solemnes se celebrasen por espacio de siete dias, sin comprender el principal de la fiesta, y que el octavo fuese como dia de descanso y de reposo; así tambien la Iglesia, gobernada por el mismo espíritu, y siguiendo la misma idea, dispone que sean celebradas con octavas las principales festividades.

Una de las octavas mas antiguas en la Iglesia es la de la Epifanía. En tiempo de Carlo Magno el dia de la octava era fiesta de precepto, como consta de la recopilacion de las Capitulares, hecha por el abad Ansegise en el reinado de Ludovico Pio. El emperador Teodosio el Junior tuvo tanta devocion al dia de la octava de los Reyes, que extendió hasta él inclusivamente las vacaciones de los tribunales, como se observa aun el dia de hoy en muchas provincias de la cristiandad. Consta que en el siglo XIII la octava de la Epifanía era de las fiestas de tercera clase; es decir, de aquellas en que habia obligacion de oir misa, y después de ella se podia trabajar.

La Epístola de este dia es la misma que en el de la Epifanía, y se saca del capítulo LX de Isaías, en que el Profeta exhorta á Jerusalen á que se levante muy de mañana para ver la luz del nuevo dia, que amanece para ella. Esto es, como exponen san Agustin y san Cirilo, á que salga de las tinieblas de la ignorancia y del error,

y abra los ojos á la luz de la fe, que Jesucristo, sol de justicia, la conduce, siendo figurada por la estrella que sirvió de guia á los Magos.

Muchos intérpretes son de sentir que esta profecía se dirige, no á la Jerusalen antigua, sino á la nueva, que es la santa Iglesia católica, la cual se habia de componer de muchos gentiles convertidos á la fe, cuyas primicias fueron los Magos.

Levántate pues, ó tú, nueva Jerusalen; brilla en este dia con un nuevo resplandor, vestida de los rayos del Sol que acaba de nacer, y va extendiendo las luces de la fe por todo el universo, derramando al mismo tiempo las benignas influencias de su gracia, y los tesoros de sus misericordias por toda la redondez de la tierra.

Las tinieblas del error, y aquella densa oscura noche del paganismo, serán disipadas por el mismo Señor, que á manera de este brillante planeta amanecerá sobre tí, y te investirá de luz con el resplandor de su gloria y de su misericordia. A favor de esta divina antorcha marcharán las naciones por el camino de la salvacion, abrazando la fe: y apenas se descubrirá este celestial astro, cuando verás á los reyes concurrir apresurados á rendirle vasallaje.

Extiende la vista por los dilatados espacios que pudieres, prosigue el Profeta, y hallarás que no hay parte, no hay rincon del mundo donde no alcancen los rayos luminosos de esta luz.

Aunque los griegos y los romanos sean tan enemigos de la fe; aunque esté tan desviada de la verdadera religion tanta multitud de pueblos bárbaros, todos se rinden á la ley de Jesucristo. No hay region que no sea fecunda en héroes del cristianismo.

En esos afortunados lugares, tan enemigos hasta aquí del Salvador, encontrarás dignísimos hijos suyos. Los desiertos mas horribles se poblarán de santísimos solitarios: ¿y cuántas doncellas tiernas, cuántas purísimas vírgenes alimentarás en tu seno? Verás con tus mismos ojos estas maravillas, y entonces saltarás de gozo y de alegría.

Llenaráse de pasmo tu corazon cuando veas concurrir á tí á bandadas todos esos pueblos, que habitan las dilatadas costas del mar, y las islas mas remotas: cuando veas á esas naciones orgullosas, á esos pueblos dominantes, que rinden su cerviz al yugo del Evangelio.

Veráste como inundada de la multitud de camellos y dromedarios, que vendrán de Madian y de Efa; esto es, de la Arabia feliz, á la cual dieron su nombre Madian, hijo de Abrahan y de Cethura, y Efa, hijo de Madian llamándose tambien Sabá.

Es muy verosímil que solamente se hace mencion de estos animales de carga para significar en figura los tesoros espirituales con que habia de ser enriquecida la santa Iglesia. Por eso añade el Profeta que todos vendrán de Sabá, provincia de la Arabia feliz, á ofrecer incienso y oro, géneros y riquezas de que abunda aquella region. Esto se cumplió á la letra por los Magos, y en sentido alegórico se cumple cada dia por los verdaderos y fervorosos cristianos.

En todos tiempos ha sido solemnísimo este dia en la Iglesia católica. Antiguamente parece que el objeto principal de la fiesta, que en él se celebraba, era el bautismo de Cristo. Hoy no se hace mencion de este misterio, sino en el Evangelio. Los griegos llamaban á este dia, *la Octava de las manifestaciones del Salvador*.

El Evangelio es del capítulo I *de san Juan.*

In illo tempore: Vidit Joannes Jesum venientem ad se, et ait: Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi. Hic est, de quo dixi: Post me venit vir, qui ante me factus est: quia prior me erat, et ego nesciebam eum, sed ut manifestetur in Israel, propterea veni ego in aqua baptizans. Et testimonium perhibuit Joannes, dicens: Quia vidi Spiritum descendentem quasi columbam de coelo, et mansit super eum. Et ego nesciebam eum, sed qui misit me baptizare in aqua, ille mihi dixit: Super quem videris Spiritum descendentem, et manentem super eum, hic est, qui baptizat in Spiritu Sancto. Et ego vidi: et testimonium perhibui quia hic est Filius Dei.

En otro tiempo: Viendo Juan (el Bautista) venir hácia sí á Jesús, dijo: Hé aquí el Cordero de Dios, hé aquí al que quita los pecados del mundo. Este es de quien dije vendria después de mí un varon formado antes que yo, porque su ser era antes que el mio: yo no le conocia; pero vine á bautizar en el agua, á fin de que fuese conocido en Israel. Y Juan dió testimonio, diciendo: que vió al Espíritu Santo descender del cielo en forma de paloma, y permanecer sobre él, y que yo no le conocia; pero el que me envió á bautizar en el agua, me dijo: Sobre el que vieres descender y permanecer el Espíritu Santo, este es el que bautiza en el mismo Espíritu Santo: y yo le ví, y dí testimonio que este es Hijo de Dios.

MEDITACION.

De la divinidad de Jesucristo.

Punto primero.—Considera con cuántas demostraciones sensibles se manifestó la divinidad de Jesucristo. Mira atentamente la serie de maravillas que se obraron en su favor y en su nombre.

Antes de nacer envió profetas, que anunciasen su venida. Estos profetas dieron individuales noticias de su Precursor, de la tribu de donde habia de descender, del lugar de su nacimiento, del mérito y de la cualidad de su Madre, de las circunstancias de su vida, y de

las ignominias de su muerte. Llegado el término de las profecías, todo se cumplió como se habia vaticinado. Ni se puede recurrir á que estas profecías se forjaron, ó se fingieron después; porque sus mayores enemigos eran los depositarios de ellas muchos siglos antes de su nacimiento. Nace Cristo en la oscuridad de un establo, los Ángeles anuncian su nacimiento á los pastores. Los Reyes extranjeros, alumbrados exteriormente por un astro, é interiormente iluminados por una inspiracion secreta, acuden á adorarle. No podia tener parte en esta adoracion ninguna razon humana. Viene Jesucristo á mezclarse entre los pecadores á la orilla del Jordan; y el Bautista, aquel hombre tan extraordinario, y tan santo, asegura haberle revelado Dios, que aquel era el Mesías verdadero. Ni Cristo habia hecho hasta entonces milagro, ni Juan habia visto jamás á Cristo. ¡Qué autoridad no tiene un testimonio tan grande!

Pasemos á la multitud de los milagros. Ninguno hay que no lleve consigo el carácter de la omnipotencia de Dios. Manda á las tempestades y á los mares; á toda la naturaleza, y á la misma muerte. ¿Con qué puntualidad es obedecido? No hay cosa mas estampada que su divinidad en todos sus milagros. Su vida es tan santa, que él mismo desafía á sus enemigos que le convenzan de un solo pecado. Pues este hombre tan santo, dice de sí mismo que es Dios, y se hace en todo igual y consustancial á Dios: ¿puede haber testimonio mas concluyente?

Pronostica hasta las circunstancias mas menudas de su muerte, y hace visibles en los Profetas todas las menudencias, y todo el misterio de ella. Asegura que resucitará al tercero dia, dando por prueba de su divinidad á la misma resurreccion. ¡Qué no hicieron sus enemigos para desacreditarle, y para que fuese tenido por impostor! Pero á pesar de todas sus maliciosas precauciones, resucita Cristo. Considera bien si puede haber prueba mas convincente de su divinidad.

Escoge para predicar su doctrina á los hombres mas viles, mas groseros, mas ignorantes del mundo; y aquellos hombres simples, aquellos idiotas hacen en su nombre mayores milagros que él. No hay cosa mas superior al entendimiento humano que su religion: no hay cosa mas contraria á los sentidos que su moral. Y con este sistema, doce pobres pescadores convierten á la fe á todo el universo, y hacen que Jesucristo crucificado sea adorado por toda la tierra. Este solo prodigio es mayor que todos los demás. Díle al discurso, al entendimiento humano, que te dé una prueba, un carácter mas visible, mas demostrativo de su divinidad.

Para siempre seais bendito, adorado y amado de todas las criaturas, ó Dios de mi alma, que así os dignásteis manifestaros á nosotros de una manera tan sensible. Pero ¡qué dolor es el mio, mi Dios, y mi Señor, de haberos conocido, y amado tan poco hasta este dia!

PUNTO SEGUNDO.—Considera, que cuanto es mas visible la divinidad de Jesucristo, tanto mas culpables somos nosotros en nuestra falta de sumision, de reconocimiento y de respeto.

Ciertamente es una insigne locura no creer lo que la fe nos enseña. Pero no es menos impiedad creer lo que nos enseña la fe, y vivir contra lo mismo que creemos.

Ya no nos habla Dios entre relámpagos, truenos y centellas: tampoco nos habla ya por la voz de los Profetas. En estos novísimos tiempos, dice el Apóstol, nos habla por la boca de su mismo Hijo Jesucristo. Pero ¿creemos bien que es el mismo Hijo de Dios el que nos habla? Nuestra obediencia á sus preceptos, nuestras costumbres, nuestra conducta ha de responder de nuestra fe.

Es el Evangelio palabra pura de Dios: no hay mandamiento que no sea un decreto, no hay máxima que no sea un oráculo. Esta palabra de Dios, este Evangelio debe ser la única regla de nuestra conducta. ¿Se conforman con esta pauta nuestras costumbres?

Si Baal es vuestro Dios, dice el Profeta, ¿qué haceis? ¿En qué os deteneis? Adoradle, seguidle, observad escrupulosamente sus máximas. Pero si no reconoceis otro soberano dueño que á Jesucristo, verdaderamente ¿qué delito mayor que servirle con tanto disgusto, ofenderle con tanta facilidad, ponerse en su presencia con tan poco respeto, y obedecerle con tanta repugnancia?

¡Oh qué reprensiones tan sangrientas me están ahora dando mi razon y mi fe! Yo os reconocia por mi Dios, y por mi Señor, ó dulce Jesús mio. Pues ¿cómo he podido ser tan ciego, tan ingrato, tan indócil? En este momento cesa mi indocilidad ¡ó mi divino Salvador! No solamente seréis el Dios de mi espíritu por una fe especulativa y estéril: de hoy en adelante convencerán mis acciones, que sois verdaderamente el Dios de mi corazon.

JACULATORIAS.—Vos sois el Dios de mi corazon, y eternamente seréis mi tesoro y mi rica herencia. (*Psalm.* LII, 26).

Hemos creido, y hemos reconocido que Vos sois Cristo, Hijo de Dios vivo. (*Joan.* VI).

PROPÓSITOS.

1 Impónte desde este dia una ley inviolable de estar en la iglesia, y de ponerte en presencia de Jesucristo con un profundo respeto, con una singular modestia. Para esto forma una eficaz resolucion de no mirar jamás en la iglesia á persona alguna por pura curiosidad, ó ligereza, ni mucho menos de hablar en ella, no siendo cosa muy necesaria, y de estar siempre en una postura tan respetuosa, que visiblemente dé á conocer tu religion y tu fe.

2 Es muy loable y muy provechosa la costumbre de leer todos los dias algun capítulo del Testamento nuevo; pero es menester leerle como palabra de Jesucristo; es decir, con veneracion, con espíritu cristiano, y con las disposiciones necesarias, para que esta divina palabra no sea estéril. Muchos grandes Santos leian siempre de rodillas la sagrada Escritura, y á la verdad nunca puede sobrar el respeto para leer la palabra de Dios. Es grande impiedad servirse de ella irreligiosamente en las conversaciones, y aplicarla á materias profanas, ó en sentido irrisorio. Léela siempre con espíritu humilde, con intencion pura y con motivo cristiano, y nunca la leerás sin provecho. Acuérdate que es aquel mismo grano, que si cae en buena tierra, da ciento por uno; si cae junto al camino, le pisan los pasajeros, y le comen las aves; si cae en terreno pedregoso, se seca y se esteriliza; si cae entre espinas, se sofoca. El mismo Jesucristo fue quien explicó de esta manera esta parábola, para enseñarnos que su divina palabra de suyo siempre tiene mucha virtud, y que el fruto de este grano celestial depende de la disposicion con que se recibe.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

San Hilario, obispo de Poitiers, confesor, que fué á gozar de Dios el dia 13 de este mes. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Felix, presbítero, en Nola de Campania, el cual, segun escribe san Paulino, obispo, después de varios tormentos por los perseguidores de la fe, fue puesto en una cruel prision, y atado le tendieron sobre unas conchas y pedazos de ollas quebradas; un Angel le desató de noche, y le sacó de la prision: después cesando la persecucion convirtió á muchos á la fe católica con su ejemplo y doctrina; y esclarecido en milagros murió santamente.

El santo profeta Malachías, en la Judea.

Los santos treinta y ocho Monjes, en el monte Sinai, muertos por los sarracenos por causa de la fe católica.

Cuarenta y tres santos Monjes, en Raita, region de Egipto, que por causa de la religion cristiana fueron muertos por los blemios.

San Dacio, obispo y confesor, en Milan, de quien hace mencion san Gregorio, papa.

San Eufrasio, obispo, en África. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Julian Sabas, el viejo, en Siria, quien en tiempo del emperador Valente con su virtud y milagros restableció la fe católica en Antioquía, en cuyo país estaba cási abolida.

Santa Macrina, en Neocesarea del Ponto, discípula de san Gregorio Taumaturgo, y abuela de san Basilio, á quien enseñó la doctrina cristiana.

LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO Y DULCE NOMBRE DE JESÚS.

Advertencia. Esta festividad se celebra constantemente el domingo segundo después de la Epifanía ó de los Reyes.

Aunque en el misterio de la Circuncision se comprende la solemnidad del dulcísimo nombre de Jesús, la Iglesia ha concedido á muchas religiones, y á no pocas iglesias particulares, que puedan celebrar fiesta singular de este santísimo nombre el dia siguiente á la octava de la Epifanía, que corresponde al dia 14 de enero.

La veneracion que todos los fieles profesan á un nombre, que segun el Apóstol debe siempre ser pronunciado con el mas profundo respeto, pide como de justicia este culto. Hasta los mismos ingleses, que después de su lastimoso cisma abolieron la mayor parte de las fiestas de la Iglesia romana, conservan aun el dia de hoy en su calendario la del dulcísimo nombre de Jesús.

Nombre verdaderamente divino, que solo Dios pudo imponer al Salvador del mundo. Nombre venerable, que hace doblar la rodilla, y humillarse á toda la grandeza de la tierra. Nombre sacrosanto, que estremece al infierno, y pone en fuga á los demonios. Nombre omnipotente, en cuya virtud se han obrado los mayores, y muy auténticos milagros. Nombre salutífero, de quien reciben, por decirlo así, toda su eficacia los Sacramentos de la nueva ley. Nombre que todo lo puede con Dios, pues solo por su respeto oye benigno, y despacha benéfico nuestras oraciones. Nombre glorioso, conducido por el celo de los Apóstoles á todos los gentiles, á todos los reyes de la tierra. Nombre augusto, por cuya confesion los santos Mártires se gloriaron, y se complacieron en sufrir los mas crueles tormentos. Nombre, en fin, incomparable, pues no hay otro debajo del cielo, en cuya virtud podamos ser salvos: *Nec enim aliud nomen est sub coelo, in quo nos oporteat salvos fieri.*

«Con razon, dice san Bernardo, se llama el dulcísimo nombre de

«Jesús *óleo saludable*, porque verdaderamente es óleo que alumbra «cuando la caridad le enciende; óleo que nutre cuando el corazon le «gusta; óleo que sana cuando la devocion le aplica. Todo alimento «del alma, que no esté empapado en ese óleo es seco; toda comida «espiritual, que carezca de este condimento es insípida.

«No hallo gusto en los libros, si no encuentro en ellos el nombre «de Jesús. Me fastidian las conversaciones, si el nombre de Jesús no «se repite en ellas con frecuencia. Este nombre es miel para mi boca. «No hay sonido mas armonioso á mis oidos; ¿ni qué cosa puede ha«ber mas dulce para el corazon?

«¿Estás triste? Pues traslada el nombre de Jesús desde el corazon «á los labios, y verás que presto las nubes se disipan, vuelve la se«renidad, y se descubre el bello dia. ¿Te inducen á desesperacion «los remordimientos de tu conciencia, y te estremece la espantosa «vista de tus enormes pecados? Ea, pronuncia el dulcísimo nombre «de Jesús, y verás como revive la confianza, y el tentador se pone «en vergonzosa fuga. Á solo el nombre de Jesús se desarma todo el «infierno junto. Él es el que hace derramar en la oracion lágrimas «tan dulces. Él es el que infunde tanto aliento en los mayores pe«ligros.

«¿Quién invocó jamás este adorable nombre que no fuese pronta«mente socorrido? ¿Quién se vió nunca combatido de las pasiones «mas violentas, ó atacado de sus mas furiosos enemigos, que invo«cando este dulcísimo nombre, no hubiese conseguido una completa «victoria?

«Nombre de valor en los combates; nombre de luz en los peligros; «nombre de consuelo en los trabajos; nombre de salud á la hora de «la muerte para todos los que le tienen grabado en el corazon.»

¡Qué veneracion tuvieron los Santos á este augusto nombre! San Ignacio mártir decia de sí mismo que le llevaba impreso en el alma. San Bernardo no acertaba á hablar de otra cosa en sus conversaciones, y era esta la materia mas frecuente de sus elogios. Á san Ignacio, fundador de la Compañía, le pareció no podia dejar á sus hijos otro nombre que les hiciese concebir mas alta idea de la sublime perfeccion en que los empeñaba su estado y su sagrado ministerio, que el de distinguirse con el nombre de *Compañía de Jesús*. Por eso esta religion celebra el dia de hoy la fiesta de este dulcísimo nombre, así como lo hacen tambien otras iglesias y familias religiosas, y en la misma conformidad que lo practica toda la Iglesia de España.

¿Qué nombre mas respetable á los Ángeles, mas formidable al in-

fierno, mas venerable á los hombres, que el sagrado nombre de Jesús? Él es nombre augusto, dicen los Padres de la Iglesia; porque no hay cosa mas gloriosa para Dios que ser Salvador de los hombres, y aun por eso compró este nombre á tanta costa, haciendo aun mucho mas de lo que bastaba para merecer esta gloria. Él es un nombre que inspira alegría y confianza; porque al mismo paso que es un soberano remedio para todas las calamidades de esta vida, es tambien una hermosa prenda de la felicidad eterna.

¿Qué significa el nombre de Jesús, dice san Agustin, sino Salvador? Pues sálvame tú, ó buen Jesús, aunque no sea mas que por corresponder á lo que me promete tu nombre: *Quid est Jesus, nisi Salvator? Ergo, Jesu, propter temetipsum salva me: fac mihi secundum nomen tuum.* El sagrado nombre de Jesús, añade el mismo Santo, es nombre delicioso, nombre dulce, nombre que inspira una amorosa confianza, nombre que asegura, y que alienta al pecador: *Jesus est nomen dulce, nomen delectabile, nomen confortans peccatorem, et nomen bonae spei.* ¡Ó buen Dios! exclama el mismo Padre, si yo por mi desgracia perdí el derecho de salvarme, tú por tu misericordia conservas el título para no perderme: *O bone Domine! Si admissi unde me damnare potes, tu non amisisti unde salvare soles.* En su mismo nombre, dice san Gregorio Niceno, lleva consigo Jesucristo la prenda mas segura de su misericordia: *Misericordiae pignus nomine portat.* El nombre de Jesús, dice san Juan Crisóstomo, es un nombre donde están contenidos todos los bienes: *Nomen continens omne bonum.* Nombre, añade Orígenes, que acredita la omnipotencia del que se distingue con él: *Nomen Jesu, nomen omnipotentis.* Bendito sea para siempre este sagrado nombre que aplaca la ira de Dios, nos libra de su maldicion, y atemoriza á los mismos demonios: *Hoc nomen Domini sit benedictum in saecula, quod iram avertit, quod maledictum abstulit, quod daemones terruit.* Hombres mortales, dice san Ambrosio, en este santo nombre teneis con que calmar vuestra turbacion, con que remediar vuestros males, con que socorrer vuestras necesidades, con que alentar vuestra fe, con que encender vuestra caridad, con que alimentar vuestra esperanza. Si temeis la muerte, él es la vida: si mirais al cielo, él es el camino: si os abrasa el ardor de la calentura, él es la salud: si teneis hambre, él es sustento: si os oprime el trabajo, él es descanso: si combatís generosamente, él es corona. No, dice san Bernardo, no es este, dulce Jesús mio, un nombre vacío, un nombre aéreo, una vana sombra de nombre como el de otros que le han precedido: es nombre que da todo el lleno á su significado: *Non enim ad instar prio-*

rum meus iste Jesus nomen vacuum, aut inane portat: non est in eo magni nominis umbra, sed veritas. Este sagrado nombre, añade en otra parte, le trajo el Ángel, pero no le impuso; porque siendo Salvador por su misma naturaleza, desde la eternidad tenia tambien este nombre. Es, pues, nombre innato; no impuesto por algun hombre ni por algun Ángel: *Vocatum est nomen ejus: vocatum plane, non impositum: nempe hoc ei nomen ab aeterno: à natura propria habet ut Salvator sit. Innatum est ei hoc nomen, non inditum ab humana, angelicave creatura.* En fin, no hay remedio mas eficaz para abatir la inflamacion del orgullo, para extinguir el incendio de la lascivia, para mitigar la sed de la codicia, que invocar el dulce nombre de Jesús, que tenerle incesantemente en la boca, y conservarle grabado en el corazon: *Nihil ita irae impetum cohibet, superbiae tumorem sanat, extinguit libidinis flammam, sitim temperat avaritiae, quam invocatio nominis Jesu.* (Serm. 2 de Circumcis.).

Por lo mucho que Vos os humillásteis, exclama un gran siervo de Dios, por lo mucho que padecisteis, ó divino Salvador mio, vuestro Padre celestial os dió un nombre superior á todo nombre. Quiso que os llamáseis Jesús, y que al eco de este nombre todos doblen la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos. ¡Ó Espíritu divino, sin cuya asistencia nadie puede decir, *Señor Jesús*, elevad mis sentidos, animad las potencias de mi alma, dadme á penetrar el misterio de este gran nombre, haced que yo guste su dulzura, que le pronuncie con frecuencia, que nunca le pronuncie sin amor, que siempre le pronuncie con confianza y con respeto, y que reciba siempre los efectos de la gracia, que puede y debe producir en mí! Toda vuestra vida quisísteis llevar este santo nombre, amable Jesús mio: en vuestra muerte quisísteis que públicamente se fijase sobre vuestra divina cabeza; y cuando estais sentado en el cielo á la diestra de vuestro Padre celestial, os gloriais de llamaros con este nombre, y de decir, como dijísteis á vuestro Apóstol, *Ego sum Jesus:* Yo soy Jesús. Si es tanta gloria para Vos el ser Salvador mio; ¿qué gloria será par mí el que Vos os glorieis de serlo? Haced, Señor, que yo desee tan ardientemente salvarme, como deseais Vos ser mi Salvador efectivamente. Haced que yo desee con tanta ansia veros y amaros en el cielo, como deseais Vos verme y coronarme en él. Hasta aquí he deseado que Vos fuéseis Salvador mio, á fin de conseguir la salvacion eterna que Vos me habeis merecido: de hoy en adelante deseo esta misma salvacion, solo porque Vos tengais la gloria de haberme salvado: y así, Dios mio, yo la deseo, y yo os la pido por Vos y por mí.

A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini. Sí, mi Dios, vuestro santísimo nombre merece ser alabado por todas las criaturas que hay desde el Oriente hasta el Ocaso. Por siempre sea bendito este nombre adorable, ahora y en los siglos de los siglos: *Sit nomen Domini benedictum ex hoc nunc, et usque in saeculum.*

SAN HILARIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Hilario, uno de los mayores ornamentos del órden episcopal, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia galicana, á quien san Gerónimo y san Agustin apellidan el gloriosísimo defensor de la fe, y el doctor insigne de la Iglesia. Este hombre, verdaderamente grande, nació en Poitiers hácia el fin del tercer siglo, ó al principio del cuarto. Su casa era de las mas distinguidas, aunque tenia la desgracia de estar envuelta en las tinieblas del gentilismo, en el cual fue tambien criado Hilario. Su educacion, no obstante haber sido pagana, fue correspondiente á un niño de distincion: aplicáronle con tiempo al estudio de las ciencias profanas; y el niño Hilario hizo tan rápidos progresos así en las bellas letras, como en la filosofía, que desde luego se persuadieron todos á que habia de ser con el tiempo uno de los sabios mas eminentes de su siglo. Con efecto lo fue; pero no debió la eminencia de su sabiduría á las ciencias profanas.

Tenia Hilario un juicio demasiadamente sólido, y una comprension demasiadamente perspicaz y penetrativa, para vivir pagado y satisfecho de las supersticiones y ridiculeces del gentilismo. Bastaríale su sola razon natural con las luces de la filosofía para conocer los groseros errores y los enormes absurdos de la idolatría: pero aunque el entendimiento puede descubrirlos con la luz de la razon, con todo eso la conversion del corazon siempre es obra de la gracia. Comenzó esta insensiblemente á iluminarle el espíritu, y á correr el velo á la ridiculez y á la impiedad de todas aquellas divinidades quiméricas, que entretenian y engañaban miserablemente al pueblo. Al resplandor de esta divina luz conoció muy presto Hilario que habia un Ser supremo, soberano y eterno, principio y fin de todos los entes criados, quien únicamente podia hacer la suma felicidad y suma bienaventuranza del hombre. Hallábase todo embebido en estas reflexiones cuando por especial disposicion de la divina Providencia le vinieron á las manos los libros de Moisés y Profetas. Leyólos con ansia y con gusto; pero la leccion del Evangelio acabó de descubrir la verdad y la santidad de nuestra Religion; y el Padre de las mise-

ricordias, que queria hacer de Hilario otro vaso de eleccion, le inspiró el deseo eficaz de abrazarla y de seguirla.

Iluminado con estas vivas luces, renunció sin dificultad el paganismo mas filosófico que gentílico que habia profesado, porque nunca fue capaz de incurrir en los absurdos de los paganos; y desde que rayó en él la luz de la razon, conoció que no se hallaba la verdad en el partido de la idolatría. Recibió el bautismo con un gozo inexplicable, como él mismo lo asegura. Y fue tan abundante la gracia de esta regeneracion, que desde el principio se sintió tan lleno del espíritu de Dios, como los cristianos mas perfectos. Desde luego miró con tedio y con horror todo lo que habia aprendido en los libros de los paganos. No hallaba gusto sino en el estudio de los sagrados: cualquiera otra lectura le parecia insípida y fastidiosa. Como el Señor le destinaba para que fuese una de las mas grandes lumbreras de la Iglesia, le dió una inteligencia tan clara de la sagrada Escritura, y de las verdades mas sublimes de la Religion, que apenas recibió las aguas del bautismo, comenzó á portarse, no ya como neófito, sino como maestro consumado en la fe, y como padre de la Iglesia de Jesucristo. Era todavía secular, y parecia poseer con anticipacion la gracia del sacerdocio, como se explica Fortunato.

Á la especulacion de la teología dogmática añadió la práctica del moral cristiano. Su devocion era la mas tierna, su porte el mas ejemplar. Estaba casado con una dama de singular mérito, que siguiendo en todo las piadosas inclinaciones de su virtuoso marido, servia de ejemplo y de modelo á todas las de su sexo y de su estado. Tenian por fruto de este matrimonio á una hija llamada Abra, la cual se supo aprovechar tan bien de los ejemplos domésticos que tenia siempre á la vista, y de la cristiana educacion de sus padres, que mereció ser honrada como Santa; y como tal celebra su fiesta la iglesia de Poitiers.

Creciendo cada dia mas la virtud de nuestro Santo, convino su mujer en vivir de allí adelante como si fueran hermanos. No se hablaba de otra cosa en toda la provincia que de la pureza de sus costumbres, admirando todos la modestia, el celo y la caridad de san Hilario. En fin, su raro mérito y su extraordinaria piedad le granjearon tanta estimacion, no solo del pueblo, sino tambien del clero, que habiendo muerto el obispo de Poitiers, todos los fieles de aquella iglesia pusieron los ojos en él; y sin dar oidos ni á su repugnancia, ni á su humildad, le escogieron de consentimiento universal por su pastor y maestro. Separado de su mujer con recíproco consentimiento, se vió precisado á consentir en su eleccion, y fue consagrado obispo.

No ignoraba Hilario los formidables cargos del estado episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor, que se los habia echado á cuestas, esperando de su piedad todas las luces y fuerzas necesarias para cumplir fielmente con su ministerio, se aplicó á conservar el sagrado depósito de la fe que se le habia confiado, y á defender su pureza contra la corrupcion de las herejías. Habia penetrado el arrianismo hasta las Galias, después de haber desolado toda la Iglesia de Oriente. Engañado el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, de los artificios de su mujer, princesa arriana, se declaró protector del arrianismo con tanto empeño, que por defenderle persiguió cruelmente á la Iglesia, desterró á los prelados mas celosos y ejemplares: y en fin, fue azote de los Católicos. Encendido san Hilario en un celo ardiente y generoso por la fe de Jesucristo, no contento con mantener á sus ovejas, apacentándolas con el saludable pasto de la divina palabra por medio de sus continuos sermones, no cesaba de declararse contra el error; y era ya tenido por uno de los enemigos mas formidables del arrianismo. La mayor parte de los prelados de las Galias celebró, y se declaró á favor de su generosidad. Miráronle no solo como á hermano, sino como á caudillo del partido católico; y unidos con él obraron de concierto en defensa de la fe, y en prevenir antídotos en los pueblos contra el veneno de la herejía. Pero turbó esta santa liga de los pastores Saturnino, obispo de Arles, gran fautor del arrianismo, hombre de ingenio travieso y de costumbres estragadas. Orgulloso con el favor que le hacia el Emperador arriano, comenzó á ejercitar una especie de tiranía con los demás obispos, hermanos suyos: valióse de amenazas y de violencias para atraerlos á su parcialidad, y armó contra los que no se dejaban persuadir de sus artificios el poder de los magistrados y de los ministros del Emperador, que por la mayor parte estaban inficionados del arrianismo como él. Dióse poco á san Hilario del crédito de Saturnino; y viendo que no perdonaba medio alguno para intimidar á los Católicos, se separó de su comunion, y de la de todos sus parciales, con los otros prelados católicos de las Galias. Quiso despicarse Saturnino de este que reputaba desaire de su dignidad y de su carácter. Ligóse con algunos obispos herejes, y protegido con la autoridad del Emperador, convocó un concilio en Beziers, en el cual se cree que él mismo presidió, y llamó á él á san Hilario, con otros muchos prelados católicos de la provincia.

Concurrió al concilio nuestro Santo, y animado con aquel ardiente generoso celo, que hace siempre el carácter de los verdaderos prela-

dos, se declaró intrépidamente por delator de los obispos arrianos, denunciándolos ante los católicos. Obligóse á probar su impiedad, á convencer sus errores, á producir testigos de sus herejías, y á descubrir la malignidad de su secta. Demostró que se corrompia el Evangelio, que se arruinaba la fe, y que á la sombra de una falsa y engañosa confesion de Jesucristo, se introducia en la Iglesia la mas horrible blasfemia. Mas la violencia, que reinaba en una junta gobernada por los enemigos de la fe católica, no le permitió libertad para representar todos estos puntos con la claridad, con la extension, y con el método que requeria la materia. Cuanto mas insistia en que le prestasen atencion, mas se empeñaban en negársela los enemigos de la verdad. Temian verse confundidos, y echaron por el atajo de no escucharle. Hallándose en aquel conciliábulo árbitros del poder Saturnino y los demás obispos arrianos, depusieron á nuestro Santo; y abusando del crédito que tenian con el emperador Constancio, que á la sazon se hallaba en Milan, dispusieron que fuese desterrado á Frigia, en compañía de Rhodano, obispo de Tolosa.

Recibió Hilario la sentencia, ó la órden del Emperador con un gozo muy parecido al que sentian los Apóstoles y los Mártires cuando se les ofrecia ocasion de padecer en defensa de la causa de Jesucristo. Triunfante y orgulloso Saturnino, viendo desterrado el azote de los herejes, creyó que no se atreverian á tratarle como tal los demás obispos católicos de las Galias, intimidados por este destierro; pero le engañó su vanidad. No hubo siquiera uno de aquellos generosos prelados que quisiese admitirle en su comunion, permaneciendo constantes en la fe y en la comunion de san Hilario. Partió este sin dilacion á su destierro, y allí le tenia prevenidos la Providencia nuevos triunfos.

Animado con la confianza de la causa que defendia, escribió al Emperador una carta muy respetuosa y muy atenta, justificándose plenamente de las negras calumnias que sus enemigos le imputaban. Escribió tambien otra, pero mucho mas eficaz y mas enérgica, á los obispos de las Galias, con quienes conservó siempre una correspondencia tan seguida y tan estrecha, como si estuviera en medio de ellos. Con sus cartas desarmó el artificio de los Arrianos, y fueron de gran socorro á los obispos, que no tenian tanto celo, ni eran tan generosos como Hilario.

Apenas llegó al lugar de su destierro, cuando se sintió penetrado de un vivísimo dolor al ver el lastimoso estado en que se hallaban las iglesias de toda el Asia. Ni las de Frigia, ni las otras de las provincias comarcanas tenian apenas mas que el nombre de iglesias de Je-

sucristo. Solo habian quedado en ellas unas débiles señales, unas imperceptibles reliquias de la religion católica. No se oian mas que escándalos, cismas, perfidias, nuevos errores que brotaban y se multiplicaban cada dia. Protegido el arrianismo con todo el poder del Emperador, de tal manera habia desolado la viña del Señor, que asegura nuestro Santo no haber encontrado mas que tres obispos, que no fuesen total y descubiertamente arrianos: los demás vivian tan lastimosamente descaminados, que Dios apenas era conocido por los prelados de las diez provincias de Asia, como él mismo se explica y se lamenta.

En este teatro, pues, fue donde mas brilló, y mas gloriosos frutos produjo la sabiduría, el celo y la prudencia de Hilario. Animado siempre con el espíritu de Jesucristo, combatió á los enemigos de la fe con un ardor tan vigoroso, y al mismo tiempo tan prudente, que no pudieron cogerle prenda. Conociendo el genio falaz y artificioso de los herejes en sus diversas confesiones de fe, á cual mas capciosa, volvió á tomar la pluma en defensa de la causa del Hijo de Dios, y exponiendo á los ojos de todo el mundo el veneno del error, ilustró con tanta claridad todos los puntos controvertidos, hizo tan patente la verdad de la fe católica, y lo hizo de una manera tan plausible, que debiera espirar el monstruo de la herejía, si el genio de esta hidra fuera reducible. Compuso por el mismo tiempo otras varias excelentes obras, y entre ellas el admirable tratado *de los Sínodos;* y trabajó tan gloriosamente en servicio de la Iglesia, que pudiera parecer no haber sido enviado á un país tan remoto mas que para establecer el reino de Jesucristo, y resucitar la Religion verdadera.

Celebrábanse por entonces dos famosos concilios en el imperio con la autoridad del Emperador, en los cuales la multitud y la variedad de las confesiones de fe, que presentaron los Arrianos, destruia la augusta simplicidad y unidad de la Religion cristiana, como lo notó juiciosamente un gentil. Estaba convocado el primer concilio en Rimini, ciudad de Italia, para los obispos de Occidente: el segundo en Seleucia de Isauria para los del Oriente; ambos enemigos de la verdad católica. Como la órden del Emperador para que concurriesen los prelados era general, el gobernador obligó á san Hilario á que asistiese al de Oriente, y aun le proveyó de carruaje para la jornada. En ella le salió al encuentro cierta doncellita gentil, llamada Florencia, que habia dias tenia ardientes deseos de conocer al siervo de Dios, por las grandes cosas que de él publicaba la fama; y le pidió su ben-

dicion. Recibióla el Santo con agrado; instruyóla, catequizóla, y la bautizó juntamente con su padre y familia.

Luego que llegó á Seleucia fue recibido de aquellos prelados con testimonios de veneracion. Justificó plenamente á los obispos de las Galias, á quienes los Arrianos, fecundos siempre en calumnias, habian desacreditado como sospechosos de sabelianismo. Declamó después contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, acriminó su impiedad, confundió á los parciales del error, y al fin hizo triunfar la verdad. Atónita la herejía á vista de aquel héroe de la Religion, se turbó sobremanera. Prosiguió la confusion y el desórden con que habia comenzado el concilio. Y encendidos unos contra otros los Arrianos y los semiarrianos, se maltrataron recíprocamente con tanto furor, que al fin se rompió el concilio, y apelando al Emperador, corrieron á Constantinopla. Los diputados del conciliábulo de Rimini llegaron á la corte pocos dias después, y se juntaron al partido de los Anómeos. Viendo nuestro Santo que la parcialidad de los herejes iba á prevalecer, se presentó al Emperador con generosidad y con respeto: y después de exponerle en pocas palabras los motivos que le habian impelido á tomarse la libertad de presentarle tambien su memorial, le pidió una conferencia pública, en la cual, á presencia de S. M., le fuese permitido disputar con los Arrianos. Mostróse Constancio muy inclinado á concedérsela; pero conociendo los herejes los superiores talentos de nuestro Santo, y no atreviéndose á medir sus armas con las de Hilario en presencia de testigos y de árbitros, discurrieron un expediente singular para salir de aquel pantano. Persuadieron al Emperador que le volviese á enviar á su iglesia, pintándosele como á un hombre inquieto y sedicioso, que con su presencia turbaba todo el Oriente.

Esta nueva especie de destierro era tan grata como gloriosa á nuestro Santo, viéndose desterrado á su misma amada iglesia por aquellos mismos que tan inicuamente le habian arrojado de ella. Pero como en el corazon de Hilario no prevalecia otro afecto que el de los intereses de Jesucristo, comprendiendo con la mayor penetracion los artificios de sus enemigos, soltó las riendas á su celo, viendo la malignidad con que era oprimida la Religion. Declaróse, pues, abiertamente y con una grandeza de alma verdaderamente extraordinaria, contra un príncipe, que con el especioso nombre de cristiano, echaba por tierra el fundamento del cristianismo, siendo enemigo de la divinidad de Jesucristo. Inspiróle esta libertad el deseo del martirio, y

el dolor de ver las iglesias del Oriente presa infeliz de los herejes. Pero al fin fue preciso obedecer; y el generoso defensor de la fe tomó el camino de Poitiers, siendo recibido en todas partes como un glorioso defensor de Jesucristo, que volvia cargado de laureles, triunfante de la herejía. Salióle al encuentro san Martin, aquel que fue después tan famoso en toda Francia, y que á la sazon estaba haciendo vida solitaria y penitente en una isla de las costas de la Liguria. Sabiendo que Hilario pasaba por aquellas cercanías, dejó la soledad, y quiso acompañarle hasta Roma; desde allí le siguió á Poitiers, donde se hizo su discípulo.

Ya se deja discurrir con qué alegría, con qué triunfo, con qué veneracion seria recibido de sus ovejas aquel glorioso confesor de Jesucristo. Tambien Dios quiso honrar la feliz vuelta de nuestro Santo con algunos milagros que dieron mayor nombre á la reputacion de su eminente santidad. Viéndose, pues, restablecido en su silla, no se contentó con hacer que refloreciese en su diócesi la disciplina eclesiástica, la piedad y la pureza de las costumbres, visitándola toda personalmente. Extendióse su celo á las provincias vecinas, inficionadas del arrianismo, y persiguió la herejía hasta las mismas trincheras. Vuelto después á su iglesia, la gobernó en paz el resto de su vida, que solo fue de cinco ó de seis años, desde que se restituyó del destierro. Logró el consuelo de ver morir con olor de santidad á la única hija que habia tenido en su matrimonio antes de ser obispo, y la iglesia de Poitiers celebra la fiesta de esta santa vírgen el dia 13 de diciembre. En fin, después de haber seguido con tanta gloria su penosa carrera, acabó con una muerte preciosa en los ojos del Señor el dia 13 de enero del año 368, á los catorce años de su obispado, y sesenta y siete de su edad.

Dejónos san Hilario muchas obras excelentes, que son muy estimadas y aplaudidas de todos los santos Padres. Doce libros de la Trinidad, que comentó el año de 356, y los acabó en su destierro. El Tratado de los Sínodos, que compuso tambien en el mismo destierro el año de 359. Tres escritos al emperador Constancio contra los Arrianos. Cuando volvió del Asia compuso un Tratado contra Ursacio y Valente, obispos arrianos, del cual solo nos han quedado algunos fragmentos: otro contra Auxencio, tambien arriano, obispo de Milan. Tenemos sus Comentarios sobre san Mateo, y una parte de los que escribió sobre los Salmos. Es tambien autor de algunos himnos, y no falta quien le atribuya el *Gloria in excelsis*, y el himno que comienza, *Pange lingua gloriosi prælium certaminis.*

Desde el año inmediato á su muerte se comenzó á celebrar su fiesta en la iglesia galicana, y se trasladó al dia 14 de enero, por concurrir en el dia 13 la octava de la Epifanía. Conservároнse sus reliquias en Poitiers, donde eran reverenciadas de los fieles, hasta el año de 1562, en que fueron quemadas por la impiedad de los Hugónotes.

SAN EUFRASIO, OBISPO Y MÁRTIR.

El imponderable beneficio que recibió España por san Eufrasio, Torcuato, Indalecio, Cecilio, Esicio, Segundo y Tesifonte, enviados á esta Península por los Príncipes del Colegio apostólico con el laudable objeto de ilustrarla con la luz del Evangelio, en tiempo que se hallaba envuelta en las miserables sombras de la muerte; ha hecho que la nacion agradecida les tribute el culto y la veneracion correspondiente en la serie dilatada de tantos siglos como corren desde los principios de la ley antigua hasta el presente. Siendo, pues, preciso, cuando se trata de cada uno de estos siete celosos operarios del Padre de familias, referir las actas que son comunes á todos hasta su separacion por diferentes pueblos de la Península, nos ha parecido conveniente para evitar una misma repeticion, remitir al lector al dia 15 de mayo, donde se trata del carácter de todos siete, de su mision á España por san Pedro y san Pablo, de su entrada en ella, de su llegada á Guadix, y del estupendo prodigio que fue el motivo para que recibiese aquel pueblo la fe de Jesucristo.

Quedó san Torcuato por obispo de Guadix cuidando de aquella recien plantada iglesia; y dirigiéndose sus ilustres compañeros por diferentes pueblos del reino á ejercer el destino de su mision apostólica, se presentó Eufrasio en Iliguri, ciudad populosa por entonces de Andalucía, conocida hoy con el nombre de Andújar en el obispado de Jaen. Luego que entró en aquel pueblo se vió rodeado de un crecido número de gentiles: y habiendo recibido el don de lenguas (como se debe creer que era comun á los hombres apostólicos), habló á toda la muchedumbre con celosísima elocuencia sobre la risible vanidad de las mentidas deidades, haciéndoles palpable la imposibilidad de muchos dioses. Hízoles ver con energía la necesidad que tenian los hombres de creer que no habia, ni podia haber mas que un solo Dios verdadero, y que este era el Criador del cielo y de la tierra á quien reconocian por tal los Cristianos: en fin, les explicó con tanta elevacion y claridad las verdades esenciales de nuestra Religion, que convencidos muchos paganos de la santidad de la celestial doctrina que

predicaba, cuya verdad confirmaba con no pocos prodigios, conociendo á su vista los crasos errores de la engañosa idolatría, abrazaron la fe, y pidieron el bautismo. Un suceso tan pronto como feliz encendió mas y mas el celo del ilustre operario del Padre de familias: y redoblando su infatigable fervor, congregó en breve tiempo un rebaño crecido para Jesucristo.

Viendo Eufrasio los progresos de la Religion en Iliguri, quiso dilatar sus conquistas por otros pueblos y ciudades de la Península. Predicó en efecto, segun nos dicen varios escritores, en Baeza y Calsona, dos populosas ciudades de Andalucía, sita esta á tres leguas de aquella, y una de Linares, como lo denotan las ruinas antiguas, y habiendo cogido en ellas el abundante fruto fácil de esperar del ardiente celo y de los asombrosos prodigios con que confirmó su doctrina, nombró obispos en los mismos pueblos para que se interesasen en el cultivo y la conservacion de aquellas iglesias: cuyas sillas episcopales duraron hasta el tiempo del rey D. Alonso, llamado el Emperador, quien habiendo ganado todos aquellos pueblos del poder de los moros las unió á la de Jaen.

Aunque Eufrasio predicó en los pueblos dichos, y en otros de Andalucía á imitacion de los Apóstoles, que teniendo á su cargo las iglesias donde fijaron sus cátedras, hicieron sus predicaciones en otras diferentes impelidos del ardiente celo por dilatar el reino de Jesucristo; con todo gastó la mayor parte del tiempo en cultivar la viña que le tocó por suerte: donde además de surtir á su rebaño con el abundante pasto de la palabra de Dios, le enseñó el modo de celebrar los oficios y sacrificios divinos segun la enseñanza que hubo de los mismos Apóstoles: erigiéndoles oratorio ó templo segun la costumbre que observaban los fieles en los primitivos siglos de la Iglesia, en los que sufrian las mas violentas persecuciones.

Dícese que continuó Eufrasio en el ejercicio de sus funciones apostólicas por espacio de doce años, hasta que ofendidos los gentiles de las conquistas que hacia para Jesucristo de los muchos paganos que desertaban cada dia de sus necias supersticiones, maquinaron contra su vida; y con efecto le dieron muerte en el dia 14 de enero, valiéndose de la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el emperador Neron. Algunos escriben que fue degollado el ilustre Mártir; pero aunque no nos consta con certeza los géneros de tormentos que le hicieron padecer, se cree serian de los mas crueles, siguiendo los idólatras la idea de cebar su saña con mayor furor en los jefes de los Cristianos: persuadiéndose que les seria mas fácil reducir á los súbditos

al culto de sus falsos dioses con el escarmiento de las muertes inhumanas que daban á los pastores.

Luego que el esforzado militar de Jesucristo triunfó de los enemigos de la fe, dieron sepultura los Cristianos al venerable cadáver de su santo Pastor en Iliguri ó Andújar, donde se conservó mas de seiscientos años en una ermita fuera de la ciudad, hácia la parte oriental: sobre cuyo sepulcro hizo labrar después en honor del Santo un magnífico templo, el rey godo Sisebuto, en el cual se tuvieron las santas reliquias en grande veneracion hasta la irrupcion de los moros en España, que temerosos los Cristianos de su profanacion por los bárbaros las trasladaron al reino de Galicia, depositándolas en la iglesia parroquial de Baldemao, perteneciente al monasterio de San Julian de Samos del órden de san Benito en el obispado de Lugo. Sentia Andújar, luego que cesó la hostilidad de los agarenos, verse desposeida del precioso tesoro de su primer obispo, en fuerza de lo cual representó la ciudad al rey D. Felipe II el derecho que tenia para pedir el cuerpo, ó á lo menos alguna reliquia del santo Patrono: y conociendo S. M. la justicia de su súplica, mandó por su real órden de 26 de enero del año 1596, al abad de Samos, Fr. Diego de Ledesma, y al general benedictino, Fr. Pablo Bomba, que entregasen á la ciudad de Andújar alguna reliquia del Santo. Diéronla en efecto un hueso del brazo de aquel ilustre Pastor, y habiéndolo recibido con suma alegría la depositaron en el convento del Órden de la santísima Trinidad, donde es tenido en grande veneracion: y Dios se digna obrar por la intercesion de su fidelísimo siervo muchos prodigios. No dudaron los de Andújar la obligacion que tenian de celebrar la festividad de su ínclito Patrono y santo Obispo: bajo cuyo supuesto en el sínodo diocesano que celebró D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, prelado de aquella iglesia en el año 1624, se mandó que se celebrase la fiesta del Santo con oficio particular en toda la diócesis en el dia 15 de mayo, como se ejecuta con la mayor solemnidad.

SAN FELIX DE NOLA, PRESBÍTERO Y CONFESOR.

San Paulino, obispo de Nola, escribió en verso latino la vida de san Felix, presbítero de la misma ciudad; y el venerable Beda la trasladó en prosa; y fue de esta manera: El padre de san Felix fue siro de nacion, y se llamó Hermia. Vino á Italia para vivir en ella, y tomó casa en la ciudad de Nola, que es en la provincia de Campania, como cinco leguas de la ciudad de Nápoles. Tuvo dos hijos: el uno

se llamó Hermia, como su padre, y el otro Felix, que es el Santo de quien hablamos. Muerto el padre, el hijo Hermia se dió á las armas, y siguió la guerra debajo del estandarte del Emperador: mas Felix, por serlo de veras, como lo era de nombre, determinó seguir la bandera del sumo Emperador y Rey de los reyes Jesucristo, y menospreciadas todas las cosas de la tierra, buscar con grande ansia las del cielo. Para esto dió la mayor parte de su patrimonio á los pobres: aplicóse al servicio de la Iglesia, y en ella tuvo grado de lector y exorcista con tanta virtud y espíritu, que echaba los demonios de los cuerpos que atormentaban y poseian; y finalmente subió al grado de sacerdote, aprovechando á todo el pueblo, no menos con su excelente doctrina que con el ejemplo de su santa vida. Levantóse en su tiempo una horrible y gravísima persecucion contra la Iglesia de Jesucristo, movida de los gentiles, que á fuerza de atroces tormentos y con exquisitos géneros de muertes la procuraban extinguir. Vinieron á la ciudad de Nola los ministros del Emperador, y buscaron, como solian, las cabezas y guias de los Cristianos para hacer en ellos su presa, y traerlos, si pudiesen, á su maldad, y sino atormentarlos y despedazarlos; para que los demás se rindiesen á la voluntad del Emperador, viendo, ó rendidos á los que tenian por padres y maestros, ó muertos con tanta crudeza que el temor acabase con ellos, lo que el amor y blandura no hubiese podido acabar. Era en esta sazon obispo de Nola un santo varon, por nombre Máximo, anciano en la edad, santo en las costumbres, de aspecto venerable, celoso, prudente y de alto y cristiano espíritu: el cual, entendiendo el intento y rabia con que habian venido á Nola los ministros de Satanás, y que él habia de ser el primero en quien aquellos lobos habian de embestir, para que, herido y muerto el pastor, mas fácilmente pudiesen hacer salto en el rebaño del Señor; comenzó á pensar lo que le convenia hacer, si se dejaria prender para morir, como deseaba, por Cristo, ó si se guardaria para otra mejor ocasion, para que no peligrasen por él sus ovejas. Con esta duda, hablando consigo mismo, decia: El vivir en tantos peligros, cierto no es vivir, sino morir continuo, y estar sujeto á mil muertes sin acabar de morir. Todo lo que pasa presto, es fácil de llevar por grave que parezca: si yo me presento á estos impíos ministros una vez sola me despedazarán, y con la muerte me abrirán camino para la verdadera vida; mas si me escondo, no acabarán jamás mis congojas y quebrantos; pues habré de vivir entre las fieras sin alivio ni descanso. El pelear es una muerte cierta, mas breve; el huir es un morir prolijo y dudoso: lo uno es de una vez, y

con un dolor acabar los afanes y miserias innumerables de esta vida; lo otro es padecer muchos golpes, sin acabar con ellos: el padecer martirio es provechoso para mí; el ausentarme será provecho, y por ventura necesario para mis ovejas. Pues ¿por qué quiero yo mas mirar á mi bien, que al de mi ganado? El Señor dijo á los Apóstoles, que cuando los persiguiesen en una ciudad, huyesen á otra: segun esto mi huida es lícita y segura, y á lo que puedo ver por el estado de las cosas presentes, será útil para mi pueblo; y así dejando lo que á mí me toca, sigamos el bien de los otros: y aunque deseemos morir por Cristo, vivamos ahora por amor de Cristo; que él nos dará otro tiempo para morir por él. Con esta resolucion, el santo Obispo encomendó su ganado á Felix, y se retiró á los riscos de los montes, y á los lugares mas ásperos y seguros. Como los perseguidores no hallaron al Obispo, dieron en san Felix, que era la segunda roca y pilar de aquella cristiandad. Prendenle, y cárganle de prisiones y cadenas: y no habiéndole podido ablandar con dulces palabras y promesas, ni espantar con fieras amenazas, le echaron en una cárcel muy oscura; y para que no pudiese dormir ni reposar, sembraron el suelo de agudos pedazos de tejas. Entre tanto que san Felix estaba preso en la cárcel, el santo obispo Máximo, estando libre de las prisiones, no lo estaba del amor de sus ovejas, ni de otras penas que padecia; porque acordándose de su grey, se consumia, pareciéndole que la cárcel, el fuego y la misma muerte, no era tan dura como el verse sin el pueblo que Dios le habia encomendado: y puesto caso que confiaba mucho en la virtud y valor de Felix, siempre temia que las ovejas padecieran en ausencia del propio pastor. Por este respecto y por el deseo encendido que tenia de poner la vida por Cristo, muchas veces trató de volverse á la ciudad; mas el Señor, que por otro camino queria ser en el santo Obispo glorificado, le quitó aquel pensamiento. Añadióse á este otro tormento, que no hallaba ya qué comer, ni con qué sustentarse; y como era viejo y el tiempo era de invierno y muy frio, y el cielo estaba cubierto de escarcha y hielo, helábase el santo Pontífice y desfallecia. Estaban en un mismo tiempo los dos Santos sobremanera afligidos, el uno viejo, y el otro mozo; el uno obispo, y el otro sacerdote; el uno libre, y el otro preso; el santo Obispo estaba atormentado del hambre, y el sacerdote de sus prisiones y cadenas: ambos tenian necesidad del consuelo y favor divino; y el Señor, que es benigno y nunca desampara á los que confian en él, se les dió de esta manera. Vino á la cárcel, donde estaba san Felix, un Ángel que le ilustró con su luz resplandeciente, la cual solo vió el

Santo, para quien solo se enviaba; y oyó una voz que le decia, que se levantase y saliese de la cárcel. Parecióle sueño, como á san Pedro, cuando estuvo preso de Herodes: mas tornando el Ángel á mandarle que se levantase y le siguiese, hallóse desatado de sus prisiones y cadenas, y comenzó á seguir al Ángel abriéndosele las puertas de la cárcel, que para los otros estaban cerradas. Iba el Ángel delante, y san Felix le seguia, hasta que llegaron al monte, donde el santo obispo Máximo estaba tendido en el suelo, helado y consumido con el hambre, frio y mucha edad, y con un semblante que mas parecia muerto que vivo. Abrazóle san Felix: y como lo halló sin sentido y helado, comenzó con el huelgo á calentarle, procurando dar algun espíritu y vida al que al parecer estaba sin ella. Como vió que no le aprovechaba todo lo que hacia, volvióse á la oracion, que es remedio universal de todos los males, y suplicó á Nuestro Señor que le socorriese en tan extrema necesidad; y luego vió colgado en una zarza un racimo de uvas, el cual tomó como enviado del cielo, le exprimió en la boca del santo viejo; y él con aquel licor volvió en sí, abrió los ojos, movió los labios y comenzó á alabar á Dios, y después á quejarse de san Felix, porque habia tardado en venir, habiéndole Nuestro Señor prometido que le vendria á socorrer y visitar. ¿Quién desconfiará en sus trabajos de tan gran Señor? ¿Quién, aunque esté en el vientre de la ballena como Jonás, desmayará, sabiendo que Dios es poderoso para sacarle de él? ¿Y que aunque mortifica, tambien da vida, y después de haber dejado llegar al hombre á lo mas profundo del abismo, le saca y levanta, consuela y anima? Libró el Ángel á Felix de la cárcel, para que él, como otro Ángel, librase á Máximo de la muerte y de la afliccion extremada que tenia. Tuvieron los dos Santos algunos razonamientos dulces y piadosos entre sí, y al cabo determinaron volver á la ciudad para esfuerzo y ayuda de los fieles: y como ni el santo viejo podia por su gran flaqueza andar por sus piés, ni habia piés ajenos en que llevarle; la caridad, á la cual ninguna cosa le es imposible, dió fuerzas á san Felix para que le llevase á cuestas, movido del amor y de la esperanza del gran fruto que las almas de los fieles habian de recibir con la vista de su pastor.

Tomó, pues, sobre sus hombros el santo mozo al santo viejo, yendo mas ligero con su peso: llevóle secretamente á la ciudad; entrególe á una buena vieja, que sola estaba en casa del obispo; y él se escondió hasta que cesó aquella borrasca, y después los dos salieron en público, y visitaron y consolaron á los fieles, los cuales por la per-

secucion pasada tenian necesidad de ayuda y consejo. Poco duró aquella bonanza y aquella paz que Dios Nuestro Señor habia dado á la ciudad de Nola; porque luego se tornó á turbar el mar y á levantarse las olas hasta el cielo. Volvieron los ministros del Emperador á la ciudad; y como sabian que san Felix era el capitan de todos los demás, la primera cosa que hicieron fue buscarle: halláronle en la plaza; mas no le conocieron. Preguntaron al mismo san Felix si conocia á Felix presbítero; y él respondió que de cara no le conocia, como era verdad (pues que ninguno se conoce, ni puede ver su rostro), y entendiendo que le buscaban, se apartó de allí y se fué á esconder en un lugar secreto que le pareció seguro, aunque no habia en él con qué repararse, sino una pared vieja y caida. Los ministros, así que entendieron de otros que aquel con quien habian hablado era el mismo que buscaban, dieron tras él, y entraron en el mismo lugar donde él estaba escondido; pero para que se vean los modos tan exquisitos y admirables que Dios toma por socorrer y defender á sus siervos, cubrió repentinamente aquel rincon en que estaba san Felix de unas telas de arañas tan espesas y tan cerradas, que no le pudieron descubrir ni ver: y teniéndose por engañados, y no viendo al que buscaban, volvieron atrás muy despechados y confusos: para que entendamos, como dice san Paulino, que cuando tememos á Dios, las telarañas nos sirven de fuertes muros; y cuando no, los muros son telarañas para nuestra defensa. Pues ¿quién no servirá á un Señor tan poderoso, tan cuidadoso de los suyos, y que con modos tan maravillosos los defiende? Partiéronse los perseguidores aquella tarde: y san Felix quedó cantando aquel verso del Salmo: «Aunque esté en «medio de la sombra de la muerte, no temeré los males, porque Vos «estais conmigo:» y entróse mas adentro entre las ruinas de ciertos edificios, donde estuvo seis meses, segun san Paulino, sin ser conocido ni visto. Y para que mas nos admiremos y alabemos la providencia que el Señor tuvo en sustentar á este su siervo en todo aquel tiempo, allí junto donde estaba san Felix moraba una buena y devota mujer, la cual inspirada y movida del mismo Señor, cada dia, sin saber lo que hacia ni para quién lo hacia, ponia pan y otros manjares que habia guisado para los de su casa, en aquel escondrijo donde estaba san Felix, pensando que los ponia en su propia casa; y de esta manera le sustentó sin saber que le sustentaba, acordándose cada dia de poner allí la vianda, y nunca acordándose de haberla puesto, que es ejemplo raro y maravilloso. Y para que no le faltase que beber, en un aljibe roto que allí estaba, enviaba Dios tanta cantidad

de rocío, que el Santo con él se podia refrescar; y de esta suerte vivió los seis meses apartado de toda comunicacion y trato con los hombres, pero muy regalado de los Ángeles, y visitado del mismo Dios, hasta que habiendo cesado aquella tormenta, serenádose el cielo, y sosegádose el mar, salió san Felix de su secreto retraimiento, y comenzó á hacer lo que antes él solia, que era predicar, exhortar á toda virtud al pueblo: el cual viéndole tan sin pensar, le honró y reverenció como si hubiera bajado del cielo. Murió en este tiempo el obispo Máximo, consumido con su larga edad y trabajos que por Cristo habia padecido: luego todos pusieron los ojos en san Felix para que fuese su pastor y obispo; mas como él era tan humilde, persuadióles con buenas razones que eligiesen por obispo á Quinto, que era un clérigo de santísima vida, el cual habia sido ordenado de misa siete dias antes que él, alegando que esto se le debia, así por mas antiguo sacerdote, como por sus raras partes; y tambien porque de esta manera gozaria el pueblo de sus trabajos y de los de Quinto, y por uno tendria dos que le ayudasen y sirviesen para la salvacion de sus almas; y así se hizo, tomando Quinto el gobierno de aquella iglesia, y continuando Felix la predicacion, y ayudando al nuevo obispo á llevar el peso de su dignidad.

Si fue grande la humildad de Felix, no lo fue menos el amor entrañable que tuvo á la santa pobreza, el cual mostró bien cuando dió á los pobres la mayor parte de su patrimonio, viviendo con mucha templanza de la pequeña parte que guardó para sí, y repartiendo á los pobres todo lo que al cabo del año le sobraba: pero mucho mejor se vió en lo que después de la persecucion hizo; porque como el tiempo que ella duró, le hubiesen tomado y confiscado todos sus bienes, y hecho almoneda de ellos; después que se sosegó aquella tempestad, y comenzó la Iglesia á gozar de paz y quietud, aconsejaron á san Felix que pidiese sus bienes por justicia, como lo habian hecho otros que los habian pedido y cobrado; mas él respondió con espíritu de verdadero y perfecto Santo: No quiera Dios que yo torne á poseer los bienes que una vez perdí por Jesucristo, ni que codicie aquellas riquezas de la tierra que una vez dejé, por poseer mejor los tesoros del cielo. Y así se sustentaba de los frutos de una pequeña huerta, y de tres hanegadas de tierra que él mismo por sus manos cultivaba con ayuda de otro labrador; y si le sobraba alguna cosilla, teníala por de los pobres, y no por suya. Nunca tuvo mas de un vestido; y si le daban otro, luego le daba á quien de él tenia necesidad. Con esta santidad vivió san Felix muchos años, siendo no menos fe-

liz por sus grandes merecimientos que lo era por su nombre. Finalmente, murió á los 14 de enero, ó por mejor decir, comenzó á vivir una vida bienaventurada y eterna, de la cual dieron manifiesto testimonio los muchos y grandes milagros que Nuestro Señor obró por él; y fueron tantos, y tan notorios y esclarecidos, que venian de muchas partes del mundo los fieles en romería á su sepulcro, para alcanzar del Señor mercedes y favores por su intercesion; y san Dámaso, papa, compuso versos haciéndole gracias por la salud que Dios le habia otorgado por su oracion. Entre los otros milagros que obraba Dios por este Santo, era descubrir la verdad oculta, y que por otra via no se podia averiguar; porque cuando habia indicios vehementes que alguno hubiese cometido algun grave delito, y el que era acusado lo negaba, y no se podia probar, llevábanle al sepulcro de san Felix, para que allí jurase y dijese la verdad, y si no la decia, era castigado visiblemente: de lo cual hace mencion san Agustin en la epístola 137, y añade, que él envió desde África á la ciudad de Nola un clérigo suyo, que siendo infamado de un delito grave, le negó; para que con su juramento hecho sobre el sepulcro del Santo, se manifestase la verdad y purgase la infamia. Por espacio de muchos años y siglos, manó de su cuerpo un licor celestial y saludable, con el cual se curaban muchos enfermos, y sanaban de sus dolencias.

En la vida de este Santo (como hemos visto) hay muchas cosas admirables, por las cuales debemos alabar al Señor; como son haberle librado de la cárcel por el Ángel, llevándole al monte, donde su obispo estaba pereciendo: criado el racimo de uvas para su refrigerio: defendídole con telas de arañas de los que le buscaban para matarle; y sustentádole tantos meses milagrosamente por mano de aquella mujer: pero hay otras no menos maravillosas de sus heróicas virtudes que debemos procurar imitar; especialmente aquella caridad tan entrañable y fervorosa, con la cual olvidado de sí llevó á cuestas á su obispo; y la humildad con que después de muerto él no lo quiso ser; y aquel alto y admirable espíritu de pobreza con que menospreció los bienes de la tierra por gozar del sumo Bien, y tuvo por ganancia la pérdida de lo que acá tenia, por alcanzar y poseer al que es todo de todos, y perfecta bienaventuranza de los que le sirven y padecen por su amor.

Hacen mencion de este Santo, san Paulino, que (como dijimos) compuso en verso su vida, y Beda la escribió en prosa: san Agustin en la epístola 137 y en el libro *de Cura pro mortuis;* y Gregorio Turonense en el libro de la gloria de los Mártires, capítulo 104.

EL BEATO BERNARDO DE CORLEON.

Entre los hombres que han dado lustre á la isla de Sicilia en los últimos siglos fue uno Bernardo de Corleon, nacido en la ciudad de este nombre, á 6 de febrero del año de 1605. Sus padres, Leonardo y María Latini, eran de humilde linaje; pero tan pios y devotos como poco conocidos por la bajeza de su condicion. En el santo bautismo se le puso al infante el nombre de Felipe, que después se le trocó en el de Bernardo al tomar el hábito de capuchino. Sus padres pios y religiosos procuraron imbuirle máximas de piedad, y criarle en temor de Dios; enseñarle el camino de la virtud, y guiarle por las sendas de la salvacion. Como Dios le habia dotado de un genio dócil, recibia á manera de blanda cera la impresion de las paternales instrucciones. Su afabilidad, su modestia, sus modales corteses y cariñosos, su piedad y devocion le granjearon la comun estimacion.

Llegado á edad en que era preciso tomar carrera, le aplicaron sus padres al trabajo poniéndole de aprendiz de zapatero, á fin de que con este oficio ganase el sustento. En este ejercicio continuó Bernardo el tenor de vida que habia llevado en sus primeros años; pero faltóle á lo mejor su padre, y con su muerte el freno que lo tenia á raya. Así es que viéndose dueño de sus acciones é independiente, la violenta fogosidad de su espíritu le hizo trocar el oficio de zapatero en el ejercicio de las armas. Su corpulencia y robustez le daban unas fuerzas extraordinarias; su destreza en el manejo de las armas era singular, y todo esto fomentaba su vanidad, y daba pábulo á su genio colérico para trabar pendencias y empeñarse en desafíos, tanto que en breve adquirió nombradía por duelista el mas célebre de Sicilia. Así era que á cada paso tenia competencias, y aunque debia temerse sucumbiese algun dia al acero de algun competidor, y perdiese con la vida del cuerpo la eterna; Dios por un efecto de su misericordia le preservó de los peligros á que su vanidad temeraria lo exponia; de suerte, que ni llegó á verse herido, al paso que su fuerte puño y diestra espada heria y maltrataba á muchos; bien que no hay noticia de que matase á alguno. Y como el móvil de sus desafíos era la vanidad ó la prontitud de su genio; lo mismo era ver rendido á su competidor que quedar desarmado su ciego furor, y trocado en compasion, que le obligaba á socorrerle y darle el auxilio que podia.

En medio de esta como ferocidad de que estaba revestido es cosa admirable que no se le notó jamás la costumbre de jurar, de maldecir y proferir palabras deshonestas, que acostumbra ser inseparable

de un hombre de su carácter, ni aun se sabe que cayese en impureza alguna. Pero no es menos de admirar, que en medio de una vida tan estragada tuviese sus devociones, frecuentase las iglesias, particularmente la de San Andrés, donde es muy venerada una milagrosa imágen de Jesucristo crucificado, ante la cual se le veia muchas veces arrodillado, meditando horas enteras en su santísima Pasion. Como era el objeto de su devocion, mantenia continuamente una lámpara ardiendo en su capilla, y cada año le hacia celebrar una fiesta muy solemne, que costeaba con las limosnas que recogia de los fieles, y que le daban con largueza edificados y pasmados al ver ocupado en tan santas obras á un jóven de un genio tan feroz; y como regularmente le sobraba algo, lo repartia religiosamente entre los pobres, sin reservarse cosa alguna.

Tambien era muy devoto de san Francisco de Asis, y se le oia decir que queria ser religioso de su Órden; pero todas estas devociones exteriores no eran suficientes para hacerle dominar su furiosa pasion á los desafíos, que le hacian cometer innumerables pecados, y vivir sujeto á los terribles anatemas que fulmina el sagrado concilio de Trento contra los duelistas. Pero aquel mismo Dios que permitia en Bernardo el desahogo de tan fiera pasion, dispuso que los mismos desafíos á que era tan apasionado, y habian ocasionado su perdicion, le fuesen ocasion de reconocerse, arrepentirse de sus culpas, y trocarse de fiera sanguinaria en manso cordero, en humilde penitente. Fue el caso que un dia cierto comisario le trató mal de palabras, y cubrió de baldones; pero no satisfecho con esto sacó la espada para darle á Bernardo; mas este que no estaba acostumbrado á sufrir semejantes insultos, sino á medir desde luego la suya con la del contrario, la desanvainó, y le tiró un tajo tan feroz que le tendió en el suelo. Este lance funesto le obligó á tomar asilo en una iglesia por temor de la justicia. Pero aquí fue donde Bernardo empezó á abrir los ojos y despertar del profundo letargo en que yacia, considerando la facilidad con que podia quedar muerto en algun desafío, y perder al mismo tiempo la vida temporal y la eterna. Entonces reflexionó seriamente cuán infausta seria su suerte si le sorprendiese la muerte sin darle lugar para arrepentirse de sus culpas. Penetrado de temor de la divina justicia exclamaba: ¡Oh, y qué desgracia será la mia, si pierdo á Dios para siempre, y caigo en el infierno! ¿Quién me libertará de tan terribles penas como allí se padecen? ¿Qué valor habrá para sufrirlas? ¡Oh engaño, oh espantosa ceguedad en que he vivido!

Así se lamentaba, así á sus solas Bernardo desahogaba su corazon penetrado de dolor, mientras la gracia obraba en su alma, y señoreaba su corazon. Con estos sentimientos se preparó para hacer luego una confesion general de toda su vida, la cual se hizo con muchas lágrimas y con un vivo dolor de sus pecados; y bien persuadido de los muchos lazos y peligros del mundo, como y de la vanidad de cuanto promete á sus secuaces, se decidió á abandonarle, y buscar puerto seguro en la religion capuchina, proponiéndose emprender una rigurosa penitencia de sus muchos pecados. Y para poder realizarlo impetró un amplio indulto del delito que le obligó á refugiarse á aquel asilo.

Luego que lo obtuvo se trasladó á la ciudad de Palermo á fin de conferirse con el Padre Provincial de los Capuchinos; y habiéndolo verificado se echó á sus piés, y pidió el hábito entre lágrimas y suspiros. El provincial, á cuyos oidos habia llegado la fama de los hechos del pretendiente, le consoló con dulzura; pero no defirió por entonces á la solicitud de Bernardo, á fin de estar mas seguro de su vocacion. Entonces se volvió á Corleon, y trocada ya la fiereza de leon en mansedumbre de oveja, arrojó las armas, y emprendió una vida muy santa y penitente. La iglesia y convento de Capuchinos eran su morada ordinaria; tanto que parecia no sabia separarse de allí. Léjos de desistir de su empresa, trataba á menudo con el Padre Guardian sobre sus deseos de realizarla, y el Señor le consoló en breve disponiendo fuese admitido en aquella religion. A este efecto fue destinado al convento de Caltanicerta en donde recibió el hábito, é hizo el noviciado, siendo de edad de veinte y siete años.

Pero ¡qué transformacion hizo la gracia en Bernardo! Ya no era aquel feroz escandaloso duelista que provocaba á muchísimos, haciendo alarde de la valentía y destreza de su brazo, ni era solo un pecador arrepentido, sino un modelo de virtudes religiosas; un religioso que caminaba con pasos agigantados por el camino de la perfeccion, y se adelantaba á sus connovicios; y hasta á los mas provectos se aventajaba, con admiracion de todos. Concluyó, por fin, el año del noviciado, é hizo la profesion con singular consuelo de su alma; pero fue tan rápido y elevado el vuelo que dió su espíritu desde entonces, que muchos depusieron haber llegado á tan alto grado sus heróicas virtudes y santidad, que parecia haber igualado al seráfico patriarca san Francisco. Era exactísimo en el cumplimiento de sus deberes y observancia de las leyes y ceremonias de la Órden; sus ojos no se levantaban del suelo; en su trato era afable; su hu-

mildad y mansedumbre eran tan raras, que parecia carecer de irascible. Si se le reprendia, no solo no se excusaba, sí que hizo una firme resolucion de no defenderse ni excusarse jamás, aun cuando se le reprendiese sin culpa; y si sucedia faltar alguna vez á esta resolucion, lo pagaba la lengua, que castigaba de varios modos. Estaba habitualmente tan embebecido en Dios, que iba absorto y como fuera de sí; y no habia alguno que lo viese y no quedase compungido ó admirado, y muchos tibios proponian entregarse de veras al servicio del Señor.

Pero ya que lo hemos presentado á la vista de los hombres con los colores mas negros en tiempo de su vida estragada, razon será que lo representemos tan penitente en la religion como relajado en el siglo. Su penitencia, pues, era asombrosa, y con su cuerpo era tan duro y riguroso, que parecia no ser suficientes las fuerzas naturales á aguantar el peso de sus rigores, y que solo por superior virtud podia sobrevivirles; pues en las siete Cuaresmas que, ó por regla ó por costumbre observa la religion capuchina, su único alimento era pan y agua, y esto una vez al dia puesto de rodillas á la puerta del refectorio. En los viernes de la cuaresma, en sus tres últimos dias, en las vigilias de festividades del Señor, de san Miguel y san Francisco no tomaba cosa alguna: en los demás dias no probaba la carne; y este tenor de vida guardó desde el noviciado. En los dias en que ayunaba no aguardaba á que se le diese el pan que se ponia á la comunidad; sino que él mismo iba á la cesta, y tomaba los mendrugos mas pequeños, negros y duros del pan que habia sobrado otras veces.

¿Qué dirémos de la bebida? Esta consistia en el agua, y el vino lo aborrecia de tal suerte, que aconsejándole los religiosos bebiese un poco como por medicina en atencion á la debilidad de su cuerpo y á sus achaques, respondia: Primero tragaria un carbon encendido que una sola gota de vino. Muchas veces bebia agua turbia, otras cenagosa, podrida otras y de mal olor, y llegó hasta beber la de fregar los platos. En el verano, que en Sicilia es calorosísimo, Bernardo bebia el agua cási hirviendo, y echaba ajenjos ó romero para aumentar la mortificacion. En los últimos quince años de su vida que estuvo en Palermo, no comió otra cosa que una corta porcion de pan y agua cada veinte y cuatro horas; y si por obediencia se le obligaba á comer alguna escudilla de legumbres, mezclaba ceniza y agua para que perdiese el gusto.

Así se mortificaba Bernardo, y domaba el cuerpo con los ayunos

mas rigurosos. Pero el Señor quiso manifestar con varias maravillas cuán gratos le eran; porque yendo un dia monseñor Plata, presidente de la suprema Inquisicion de Sicilia al convento de Capuchinos de Palermo, y entrando en el refectorio en ocasion que Bernardo estaba comiendo de rodillas su acostumbrado pan y agua, advirtió que salian de su rostro muchos rayos de luz, y conceptuando que entonces su divina Majestad le dispensaria algun favor especial, luego que concluyó su refeccion, le llamó aparte, y usando de la autoridad que le daba su oficio, le mandó en virtud de santa obediencia le declarase con sinceridad si habia recibido del cielo alguna gracia; y entonces el siervo de Dios lleno de rubor le dijo: Que Cristo se le habia aparecido, y tomando un pedacito de aquel pan que tenia allí, se lo habia aplicado á la llaga de su sagrado costado, y tiñéndole en su preciosísima sangre, se lo habia puesto en la boca, exhortándole á perseverar hasta el fin en aquella abstinencia; y que al gustar aquel divino néctar habia experimentado se le llenaba el alma de una celestial dulzura que le sacaba fuera de sí.

Pero no fue solo Jesucristo el que esparcia dulzuras sobre las amarguras de la penitencia de Bernardo; pues tambien su santísima Madre tomó parte en ello. Así es, que para endulzar la amargura de los ajenjos y romero que mezclaba con la bebida, le trajo del cielo una redomita de leche, favor singular que quiso el cielo se descubriese por el mismo Bernardo, aunque sin quererlo; pues un dia de una solemne festividad de María santísima le mandó el prelado sentarse á la mesa á comer lo que se sirviese á los demás religiosos; obedeció Bernardo, y haciendo lo que acostumbraba en semejantes casos le dijo con disimulo al refitolero fuese á su celda, y le trajese una redomita de leche que hallaria en ella. Fué el refitolero á la celda, halló la redoma y se la trajo. Admirado de esta novedad, y levantada la mesa, le pidió dicho refitolero á Bernardo le dijese, ¿qué leche era aquella que le habia traido? Entonces el siervo de Dios, no obstante la cautela con que acostumbraba ocultar los favores del cielo, que solo confiaba á su director, con rostro risueño y como fuera de sí le dijo: Hermano, este es el regalo que me ha hecho mi dulcísima Madre la Reina de los Ángeles, para que en sus festividades me recree.

Mas no es mucho que Jesucristo y su santísima Madre se dignasen regalar de esta suerte á su siervo Bernardo, pues correspondia á sus favores con otras penitencias y mortificaciones. Su descanso se reducia á tres horas en invierno, y dos en verano, si es que puede

llamarse descanso el tenderse sobre una tabla desnuda de un palmo y medio de ancho, teniendo un tosco y ñudoso madero por cabecera. Compadecidos los demás religiosos de aquel modo de dormir, le aconsejaban añadiese otra tabla para dar algun alivio al cuerpo volviéndose de un lado á otro; pero el penitente Bernardo respondia con gracia, que siendo estrecho el camino del cielo, no pensaba en ensancharle, por no perderse, no queria volverse de una parte á otra, sino caminar recto sin hacer círculos. De noche se retiraba con tiempo á la celda á descansar, y después de un brevísimo sueño, se levantaba dos horas antes de Maitines, y poniéndose delante del altar del santísimo Sacramento, estaba en oracion hasta concluidos los Maitines; y después recogiéndose con los demás religiosos á su celda, como si fuera á dormir, en breve volvia á la iglesia, donde permanecia toda la noche en alta contemplacion, lágrimas y suspiros.

A la mortificacion en el comer y dormir añadia las mas crueles y sangrientas disciplinas, inflamándose con tanta ira contra sí, que pasó á ser tirano de su cuerpo, y destruyó aquel fuerte edificio que la naturaleza habia tan robustamente fabricado. Y no era una sola vez al dia la que se disciplinaba, sino siete, y con varios géneros de disciplinas y cadenas de hierro. Todos los viernes y vigilias de Nuestra Señora y otras fiestas principales se azotaba con unas rodajas de acero emplomadas. Llegó á tanto la crueldad con su cuerpo, que no contento con lo dicho, inventó otra especie de azote tan espantoso como original, y fue atar á un cordel una bola ó pelotilla gruesa llena por todas partes de unas puntas agudas, con la que se daba tan fieros golpes, que hacia en su cuerpo una horrorosa carniceria, y salia tanta sangre, que era preciso aplicarle algun remedio para evitar que se desangrase. Pero el remedio que se aplicaba Bernardo era todavía mas cruel que los azotes, pues consistia en sebo mezclado con sal, remedio corrosivo, y por tanto muy doloroso. En medio de esto todavía le parecia que castigaba poco su cuerpo, y decia que si los superiores le dejasen hacer su voluntad, de otra suerte trataria aquella bestia indómita. Tampoco le faltaba la mortificacion del áspero cilicio; pero no era uno solo el que usaba, sino varios; unos de alambre, otros de hoja de lata, y de acero otros, estos de espinas, aquellos de puntas, los otros de cerdas de caballo cortados por medio. Pero entre todos sobresalia una especie de túnica que le cubria cási todo el cuerpo, tejida por dentro con agudas y penetrantes puntas de acero, que al ponerse de rodillas se le hincaban en ellas, y causaban tan terribles dolores como se deja discurrir, y lo mismo cuando

se ponia á descansar. Seria nunca acabar querer individuar todas las especies de mortificacion que usaba animado de aquel espíritu de penitencia, que le hacia ser verdugo de su cuerpo.

Pero este espíritu gigante asustó á Satanás, y fue tanta la rabia que concibió contra Bernardo, que empezó á perseguirle. Ya al ir á vestir el hábito se le apareció en figura de un corpulento mastin. Después de vestido salió á luchar cara á cara; pero sin embargo de ir acompañado de muchas huestes infernales, siempre quedó vencido en el campo de batalla. Siendo novicio le maltrató cruelmente, obligándole á prorumpir en tristes ayes y dolorosos gemidos. Otras veces se le aparecian, como á otro Antonio, en varias y horribles figuras, ya de serpientes, ya de perros, ya de leones, toros y otras fieras, dando espantosos aullidos, y haciendo tal estruendo que temblaban los edificios. Presentábansele con las bocas abiertas, rechinando los dientes, arrojando fuego por los ojos, aparentando querer despedazarlo, y tragárselo. Pero Bernardo impávido, como esforzado soldado de la milicia de Cristo, los estaba mirando con serenidad; é imitando al expresado san Antonio, no usaba otra arma para disipar aquella infernal caterva, que la señal de la cruz, á cuya vista se ponian en vergonzosa fuga. A este tenor tuvo otros muchos reencuentros con los espíritus malignos, y aunque muchas veces permitia el Señor que saliese herido del campo de batalla, llevando estampadas en el rostro las señales de la lucha, sin embargo siempre sucumbió el enemigo comun.

Pero no era mucho saliese siempre Bernardo vencedor, pues así como el Señor resiste á los soberbios, dispensa generoso su gracia á los humildes; y la humildad del siervo de Dios era tanta, que se reconocia digno de que se vengasen en él los demonios. Era tan bajo el concepto que tenia de sí mismo, que no solo se reconocia indigno de sentarse á la mesa con los demás religiosos, sí que hasta de entrar á comer en el refectorio, y de comer aquella escasa racion que se daba á cada uno. Su humildad era la que le obligaba á comer de rodillas á la salida del refectorio: su humildad hacia se reconociese indigno de vestir el hábito que llevaba: su humildad hacia que no se reputase por uno de los religiosos, sino por esclavo de todos, por un vil perro, á quien no debian dar otra comida que pan de salvado, y por favor algunos huesos. Si alguno se encomendaba á sus oraciones, ó hacia alguna demostracion de respeto ú honor, como besarle el hábito, ó quererle besar la mano, se disgustaba sumamente, y retiraba cuanto podia para evitarlo. Si le visitaban prela-

dos, señores de alta jerarquía, y otras personas de carácter, se confundia. Si iban á tratar con él y consultar asuntos arduos, negocios espinosos concernientes al espíritu, respondia con humildad, diciendo sencillamente su sentir fundado en razones sólidas que convencian le venia de Dios aquella doctrina; pero á continuacion se aniquilaba, confesando que aquella doctrina no era suya sino del Señor, que habia puesto aquellas palabras en su boca. Cuando ejercia los oficios mas bajos y despreciables se mostraba tan alegre y contento, como un hombre mundano en medio de las mayores satisfacciones.

A su profunda humildad era consiguiente una paciencia á toda prueba; y así es que en medio de los mayores disgustos, persecuciones, injurias, malos tratamientos y otros trabajos que le envió el Señor, se mostró como insensible, y no se le vió despegar los labios para quejarse, acordándose de su vida pasada, cuyos hechos eran un fuerte candado para su boca, pudiendo decir con el profeta Micheas: Llevaré la ira del Señor, porque he pecado contra él. Y atendido su genio naturalmente irascible, que en otros tiempos hacia terribles explosiones, no puede dudarse tendria que hacerse mucha violencia, y que solo asistido de una especial gracia, domaria su fogosidad. Pero esta gracia lo sostenia en medio de las olas de los trabajos y humillaciones, y hacia que se estrellasen en llegarle, como las del mar cuando vienen á dar contra una peña. Bernardo no sabia contrarestar á los improperios, baldones, injurias y otros malos tratamientos sino con la blandura y la mansedumbre. Solia decir que la divisa mas propia de los que militan bajo las banderas del Crucificado es la paciencia con que sufren á imitacion suya persecuciones, vituperios, afrentas y calumnias. Si alguna vez sucedió escapársele alguna palabra para justificarse, cuando se le reprendia sin haber faltado, castigó severamente su inadvertencia, ya dándose fuertes golpes en los labios hasta hacer saltar gran copia de sangre de las encías, ya tomando un tizon ardiendo y abrasándose la boca.

Era Bernardo muy dado á la oracion, y no malograba rato alguno de los que le quedaban libres después de desempeñados los cargos de la obediencia; antes los empleaba en orar. Pero pasando mas adelante sabia tambien mezclar la parte contemplativa con los ejercicios de la activa, pues en medio de estos tenia la mente tan abstraida de todo lo terreno, y absorta en Dios, que el que le miraba conocia claramente en la serenidad de su rostro y abstraccion de sus sentidos, que su espíritu moraba mas en el cielo que en la tierra.

Poseia el arte de saber sacar provecho de lo que manejaba con motivo de ser cocinero, por medio de la meditacion. Así es que en la luz del fuego veia representada la claridad de aquel sol inaccesible que todo lo baña con sus resplandores: en lo activo de su llama consideraba la eficacia del amor divino que todo lo consume y abrasa: cuando le quemaba el fuego, contemplaba el ardor inextinguible de las llamas del infierno: el humo y mal olor de los tizones le recordaba las sombras y fetidez de aquel lugar hediondo: el agua diáfana y trasparente le incitaba á alabar á Dios por su hermosura: cuando cargaba algun peso, se acordaba de la cruz de Cristo tan pesada, ó el intolerable peso del pecado mortal, y en una palabra, no se le proponia objeto alguno en la cocina, que no le ayudase á levantar su espíritu al Señor, y no le sirviese de materia de meditacion. Llegó á una íntima union con Dios, y esta le tenia siempre como enajenado y absorto en su Majestad; y para no distraerse de ella guardaba un profundo silencio, se retiraba en cuanto podia de la conversacion con los hombres, prefiriendo la celestial, como el Apóstol. Procuraba vivir solo, y para gozar mas á su satisfaccion de la soledad y dedicarse á la meditacion, se sepultaba vivo entre los áridos esqueletos de las bóvedas en que yacian los religiosos difuntos. Allí aprendia de los muertos las mas vivas lecciones de morir bien. Para no interrumpir su silencio traia ordinariamente en la boca una piedrecita, que servia como de freno á la lengua.

Pero ¡qué cosas tan prodigiosas no se vieron en Bernardo de su íntima union con Dios, efecto de su continua oracion! Expresiones llenas de fuego, gemidos reiterados, éxtasis maravillosos, raptos frecuentes á que se seguia muchas veces la elevacion del cuerpo; tales eran los efectos de la íntima union de Bernardo con su divina Majestad, y del amor en que se abrasaba. ¡Cuántas veces se le vió enajenado y sin operacion alguna de los sentidos, ya en la capilla del Rosario, que estaba cerca de su celda, ya en el bosque al pié de una cruz, ya enfrente de las ermitas de la huerta, en la bóveda, ó en la cocina! ¡Qué de lágrimas no derramaba cuando meditaba en la pasion del Redentor! Pero ¿qué digo cuando meditaba? Bastábale fijar sus ojos en una imágen de Cristo crucificado para sentir en su corazon un dolor vehemente, pareciéndole que se le deshacian las entrañas de ternura y compasion. Y como el Crucificado era el poderoso iman de su corazon, este se iba siempre tras de aquel, y allá iban los ojos donde iba el corazon. Todos sus conatos se dirigian á imitarle, y lo practicaba en cuanto podia, ofreciéndole en sus peniten-

cias azotes por azotes, llagas por llagas, sangre por sangre, amarguras por amarguras, afrentas por afrentas, dolores por dolores, ayunos por ayunos, y finalmente deseaba ardentísimamente morir por Cristo en una cruz, ó morir con Cristo en la cruz; mas esto le parecia poco, y quisiera dar un poco mas sirviendo de cruz á Jesucristo, no solo para sentir mas de cerca los dolores, tormentos y llagas del Salvador; sino para llevar tambien sobre sí á todo un Dios crucificado. ¡Rara expresion, y singular modo de padecer por Cristo! Invencion propia de un amor como el del seráfico doctor san Buenaventura, que expresaba sus deseos de padecer por Cristo diciendo: ¿Por qué no estuve yo en lugar de aquella cruz, para que Cristo fuese clavado en mis manos y piés?

Tambien era Bernardo muy devoto del santísimo Sacramento, y para penetrar algun tanto los efectos que causaria en su alma, bastará recapacitar los que producia la sola imágen de Cristo crucificado; pues si eran tales y tantos los que producia la imágen, ¡qué seria el mas augusto Sacramento en que está el original real y verdaderamente! ¡Qué efectos tan maravillosos experimentaria cuando le recibia en la sagrada mesa! ¡Oh! su mismo rostro era el que propalaba lo que pasaba en su interior, pues se enardecia sobremanera, y derramaba copiosas lágrimas de ternura al recibir la sagrada comunion. Pero no era mucho, pues nunca la recibia sin confesar antes, sin embargo que su confesor nunca hallaba materia suficiente para la absolucion. Su preparacion consistia en una sangrienta disciplina para castigar sus culpas, y llegar del todo limpio de toda imperfeccion. A esta se seguian las meditaciones mas tiernas; y por último enardecido en el amor de aquel Señor que iba á recibir, se acercaba á la sagrada mesa con el mayor respeto y reverencia. Después de haber comulgado acostumbraba padecer los mas dulces deliquios de amor, y muchas veces se quedaba extático, otras se le veia elevar de la tierra por largo rato.

Siendo Bernardo tan devoto del Hijo de María, era consiguiente su devocion á la Madre. Así es que esta Señora era el principal objeto de su tierna devocion después de su divino Hijo. Nunca emprendió accion alguna que no tomase por norte y guia á esta Señora, que es la estrella de este mar tempestuoso. A esta miraba, á esta invocaba siguiendo el consejo de otro san Bernardo, y con esta diligencia se desvanecian los vientos de las tentaciones mas fuertes, y le salian bien todas sus empresas, porque hallaba prontamente su patrocinio.

Esta tan tierna devocion al Hijo y á la Madre nacia de aquel amor

ardiente que volcanizaba su pecho. De este nacian aquellos tiernos y fervientes soliloquios que tenia con el Señor; de aquí aquellas afectuosas lágrimas que derramaba en la oracion; de aquí la frecuente asistencia á la iglesia para adorar el santísimo Sacramento, y aquellos vivos deseos de recibirle todos los dias; de aquí aquel anhelo por derramar su sangre por la fe católica y por Jesucristo. Sí, á todo esto daba pábulo su ardiente amor, el cual como no podia estar represado en la cavidad del pecho, se desahogaba del mejor modo posible. Pero cuando no podia desahogarse en obras lo hacia con las expresiones mas enérgicas; y siendo tan amante del silencio se le veia trabar largos discursos sobre el amor de Dios, y hablar con tal elocuencia que admiraba á todos. En sus conversaciones siempre habia de mezclarse el amor de Dios, y no sabia dejar de exhortar á los demás á amarle; pero si alguno le ofendia, manifestaba el mayor disgusto viendo el agravio que se hacia á su Amado.

El que de esta suerte amaba á Dios, no podia dejar de amar á su prójimo. Así lo manifestaba en todas sus obras, pues las hacia muy análogas con el amor que manda Dios tener al prójimo, procurando servir á sus hermanos, ya sanos, ya enfermos; haciendo los oficios que tocaban á otros, por excusarles el trabajo. Así es, que al sacristan le barria la iglesia, al refitolero el refectorio, á los coristas sus oficinas; y aunque estuviese enfermo, débil y sin fuerzas, limpiaba las celdas, lavaba los hábitos y otros paños á los enfermos, viejos y achacosos. A los enfermos les servia con mucho esmero y cuidado, mayormente cuando estaban de peligro; entonces experimentaba su corazon las mas tiernas emociones viéndoles padecer las angustias y congojas consiguientes á tan crítica situacion; y para poder socorrerlos con prontitud, el poco tiempo que le quedaba para descansar se tendia en el suelo en un rincon de las celdas de los enfermos. Les curaba sus dolencias, por mas horribles que fuesen y repugnantes á los sentidos, siendo sus lágrimas bálsamo suave para aquellas. Cuidaba de darles puntualmente á sus horas ya el alimento, ya las medicinas; les hacia las camas, les lavaba los piés, limpiaba los vasos; y por decirlo en pocas palabras, practicaba cuanto podia contribuir al alivio y consuelo de los enfermos, y con tal afecto y caridad, que parecia haberse reproducido en Bernardo el padre de cada uno de los enfermos.

De aquí se puede inferir qué caritativo se mostraria Bernardo en lo espiritual con sus prójimos, con quienes tales oficios ejercia con respecto al cuerpo. Bernardo, pues, bien penetrado de la superiori-

dad del alma sobre el cuerpo, procuraba con tanta mayor eficacia la salud del alma que la del cuerpo, cuanto es de mas precio aquella que este. Así es que le buscaban solícitos los atribulados, los caidos, los tentados y otros, seguros de hallar en Bernardo los consuelos de padre, los remedios de médico espiritual, las medicinas mas eficaces. Muchas veces sucedia conocer con luz superior el interior de los que iban á buscarle, y entonces les daba las reglas, consejos ó reprensiones proporcionadas á sus disposiciones interiores. Con unos usaba de suavidad, con otros de rigor: atacaba siempre al pecado hasta sus últimos atrincheramientos; pero daba cuartel al pecador que se rendia, le acariciaba, y procuraba indicarle los medios de que debia valerse para recobrar la primera estola que habia perdido.

Pero su caridad no se quedaba en la tierra: sus rayos llegaban hasta la lobreguez del purgatorio, no llevando su corazon el contemplar las almas purgantes padeciendo horribles penas, sin aliviárselas en cuanto estaba de su parte; pudiéndose asegurar que en Bernardo se verificaba que un fuego apagaba otro, pues la llama voraz de su caridad apagaba el del purgatorio para muchas almas que Dios llevaba á su gozo por los sufragios que le ofrecia Bernardo, y templaba sus ardores para otras con sus lágrimas, ayunos, y disciplinas.

En medio de tantas virtudes no le faltaron á Bernardo las gracias gratis datas, pues se dejó ver dotado del don de profecía, del de conocimiento de cosas ocultas, de la gracia de sanidad, y poder de hacer milagros. Seria nunca acabar querer referir los muchos casos en que se le vió hacer uso de tales dones, descubriendo el interior de unos, anunciando cosas futuras á otros; aquí dando la salud á enfermos; allí resucitando muertos.

Acercábase ya aquel dichoso dia en que saliendo el alma del cuerpo lograse Bernardo aquella tan suspirada union con Dios en el cielo. Este ferviente deseo le hacia prorumpir los últimos dias de su vida á voz en grito en esta palabra: *Paraiso, paraiso.* Tuvo revelacion del dia de su muerte estando un dia ayudando una misa, y fue tal su regocijo, que empezó á hacer unas demostraciones extraordinarias, y á derramar lágrimas de ternura, lo que admiró á los circunstantes. Preguntando después de la misa el sacerdote, á quien acababa de ayudarla, la causa de aquellas demostraciones, dijo lleno de júbilo: Por ahora no puedo decir otra cosa, que cuando recibais el aviso de mi muerte, me apliqueis alguna misa, que yo corresponderé agradecido. Poco después fue dicho sacerdote trasladado á otro convento, y conoció no tardaria á morir Bernardo. Y en efec-

to, á pocos meses llegó á dicho convento la noticia de su fallecimiento.

Pero digamos algo de su última enfermedad; y desde luego podríamos decir, que desde que tomó el hábito padeció una continua enfermedad, pues sus continuos rigurosos ayunos, sus crueles disciplinas, sus punzantes cilicios y demás penitencias lo debilitaron en tanto grado, que era milagro el que no exhalase su alma de un instante á otro, pues parecia mas pronto un esqueleto ambulante, que hombre vivo. Pero el Señor quiso prolongar sus dias, sin duda para que los demás se aprovechasen de los ejemplos de sus virtudes, y Bernardo acumulase mas merecimientos. Llegó, por fin, á los sesenta años, y el que se mantuvo en pié en medio de los mas rigurosos ayunos, sucumbió por añadir algo á su ordinaria abstinencia en virtud de precepto de su prelado; pues el dia de Reyes le mandó comiese un poco de requeson del que se habia servido á la comunidad en obsequio de la festividad de aquel dia. Conoció muy bien el obediente Bernardo que aquel manjar le seria dañoso; pero con superiores luces presentia que le seria mas provechoso obedecer: y así es que comió el requeson. A pocas horas le sobrevino una calentura maligna, que agravándose por instantes le obligó á retirarse á su desabrigada celda. Luego fue indispensable trasladarlo á la enfermería, que distaba del convento como una milla. Como sabia que aquella seria su última jornada, y no volveria á ver á sus hermanos, se despidió de todos con la mayor ternura; y como estaban persuadidos tambien de que aquella seria su última enfermedad, fue increible su sentimiento al considerar que iban á perderle. Pero al fin fue preciso separarse y tomar el camino de Palermo; pero sin embargo de hallarse tan débil quiso ir á pié. Sus trabajos hasta llegar á la enfermería fueron considerables; pues solo pudo verificarlo á costa de muchas fatigas y dificultades.

Llegado á la enfermería conoció el médico el fatal estado de Bernardo, y noticioso de ello el Padre Guardian, dispuso fuese á la enfermería su confesor. Apenas le vió Bernardo recibió notable consuelo; luego se confesó con muchas lágrimas, se preparó para recibir el sagrado Viático; pero con tal vehemencia de amor, que parecia querer salir el alma por la vista á recibir á su Esposo, y el corazon por la lengua. Recibiólo, por fin, con extraordinario júbilo y con la devocion propia de quien siempre habia sido tan devoto del Señor sacramentado. Apenas lo recibió quedó como extático y suspenso por un gran rato, dejándose ver su semblante muy sereno y hermoso. Lue-

go que volvió en sí pidió se le diese el santo sacramento de la Extremauncion.

Aquella noche la pasó Bernardo batallando su vida con una mortal congoja, y al volver en sí, acusaba á la muerte de perezosa. Cundió rápidamente en Palermo la noticia del peligro en que estaba la vida de Bernardo; y como si hubiese sido una convocatoria, desde luego se vió reunido en la enfermería un inmenso gentío de todas clases, que deseaba verle, rogándole cada uno se acordase de él delante de Dios. Afligíase Bernardo de que el mundo le robase aquellos instantes tan preciosos, aunque fuese á título de devocion; y pidió á los que le visitaban le permitiesen gozar en soledad de la quietud que tanto necesitaba en aquella hora, ofreciendo á todos, que si lograba la dicha de ver á su divina Majestad, como lo esperaba de su infinita misericordia, los tendria muy presentes.

En tan críticas circunstancias todavía tenia ánimo su penitente espíritu para pensar en castigar el cuerpo con la disciplina, cuando ya no tenia fuerza el brazo para ejecutarlo, y solo era un semicadáver su humanidad. Pero el Señor, que queria acrisolarlo del todo antes de salir de este mundo, permitió que el demonio supliese lo que no podia hacer Bernardo, atormentándole con la mayor crueldad por dos veces durante su enfermedad, la una de las cuales fue la noche antecedente al dia en que murió; pero el siervo de Dios abrazó gustoso aquella mortificacion, porque le ayudaba á hacer penitencia de sus pecados. Cesó por fin la tempestad, y le sucedió la calma el miércoles 12 de enero; pues sabiendo habia de ser el último de sus trabajos, renació en su espíritu la alegria, el consuelo mas puro, y tomaron el mayor incremento sus afectos de amor de Dios. Incorporóse un poco, calóse el capucho hasta los ojos, y se quedó como arrobado. Después de estar así un largo rato pidió á su confesor le leyese la Pasion de Jesucristo, y le rezase algunas oraciones devotas. Todo esto acrecentaba la llama de amor divino que ardia en su pecho, y fijando la vista en la imágen de Cristo crucificado, arrojaba fuego por los ojos y boca en abrasados suspiros. Parecíanle siglos los instantes, y buscando aquella feliz hora que habia de proporcionarle la tan deseada union con su Amado, preguntaba repetidas veces por ella. Llegó finalmente, y fue la de las tres de la tarde, en la cual inclinó con el mayor sosiego la cabeza en ademan de querer dormir, y dijo con notable serenidad: Ea, vamos, vamos, y voló su alma á donde deseaba, que era á unirse eternamente con su Amado en la gloria, á los sesenta y dos años de su edad, y treinta y cinco de religion.

Apenas se publicó en la ciudad su glorioso tránsito, se conmovió toda, y solo se oia la voz unánime de : Ya murió el santo capuchino: ya murió el varon prodigioso: ya nos ha faltado nuestro bienhechor. Llenóse luego la enfermería de gentes de todas clases, que iban ansiosas á ver al Santo, y procuraban hacerse con alguna reliquia suya. Nobles y plebeyos, sacerdotes, religiosos, ricos y pobres... todos se abalanzaron al cadáver á fin de besarle las manos ó piés, y cortarle algo de su hábito, cabellos ó barba; y si los religiosos no hubiesen tomado la resolucion de retirarlo dentro la reja de la capilla y ponerle guardas, hubieran destrozado el cadáver. Fue tal la persuasion comun de que estaba gozando de Dios, que en lugar de ofrecer sufragios por su alma, se encomendaban á Dios en él; y su funeral puede decirse que mas tuvo de triunfo que de pompa fúnebre, pues fue llevado al convento entre sacerdotes, no solo de su misma religion capuchina, sí que tambien de otras, y del clero secular, acompañado de príncipes, caballeros y otros personajes, y entre dos filas de tropa para abrir paso entre el innumerable concurso y custodia del cadáver.

La Misa de este dia es del santo nombre de Jesús, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui Unigenitum tuum constituisti humani generis Salvatorem, et Jesum vocari jussisti; concede propitius, ut cujus sanctum nomen veneramur in terris, ejus quoque aspectu perfruamur in coelis: Per eumdem Dominum nostrum...

Ó Dios, que hicísteis Salvador del género humano á vuestro unigénito Hijo, y mandásteis que se llamase Jesús; concedednos por vuestra bondad infinita, que así como honramos su santo nombre en la tierra, así tambien gocemos de su presencia en el cielo. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de los Hechos apostólicos.*

In diebus illis: Petrus repletus Spiritu Sancto dixit ad eos: Principes populi, et seniores, audite: Si nos hodie dijudicamur in benefacto hominis infirmi, in quo iste salvus factus est, notum sit omnibus vobis, et omni plebi Israel, quia in nomine Domini nostri Jesu Christi Nazareni, quem vos crucifixistis, quem Deus suscitabit à mortuis, in hoc iste astat coram vobis sanus. Hic est lapis, qui reprobatus est à vobis aedificantibus, qui fac-

En el tiempo apostólico, Pedro, lleno de Espíritu Santo, dijo á los judíos: Príncipes y ancianos del pueblo, oid: si nosotros hoy comparecemos á juicio por el beneficio hecho á un hombre enfermo, en virtud del cual ha sido sano, sea notorio á todos vosotros, y á todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificásteis, y Dios resucitó de entre los muertos, en este está sano á vuestra presencia. Este

tus est in caput anguli; et non est in alio aliquo salus. Nec enim alium nomen est sub coelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.

(Señor) es la piedra que reprobada por vosotros, que os gloriais de edificadores, se ha hecho cabeza del ángulo, esto es, del edificio de la Iglesia, y en ninguno otro hay salud. Ni tampoco hay otro nombre bajo el cielo dado á los hombres, en el que podamos salvarnos.

REFLEXIONES.

¡Qué valor, qué intrepidez, qué elocuencia en un pobre hombre, en un hombre rústico y grosero; que dos dias antes no sabia hablar cuatro palabras, y tan cobarde, que negó y renegó á Jesucristo, sin otro impulso que la despreciable amenaza de una vil esclava! Tanto como esto puede el Espíritu Santo: tanto como esto hace la gracia en un corazon verdaderamente convertido: tanto como esto produce en una alma el amor de Jesucristo. Mírase con desprecio el desagrado del mundo y los respetos humanos; no se tiene vergüenza de cumplir cada cual con su deber, cuando no se tiene vergüenza de seguir el Evangelio. Á la verdad, este no fue un celo impetuoso, un celo indiscreto; fue un valor juicioso y cristiano, fue una intrepidez prudente y moderada; pero eficaz y animosa. No se ignora que una leccion dada sin tiempo, ofende mas que instruye; una advertencia fuera de sazon, irrita mas que enseña. Pero hoy, que con el motivo de la milagrosa curacion de un enfermo jurídicamente se nos pregunta, dice san Pedro; yo te enseñaré, pueblo ciego, cuál es el divino poder de ese Jesús Nazareno que has crucificado. El celo ha de ser ardiente, generoso, intrépido, pero prudente. Todo lo echa á perder si se mezcla la pasion. Para ser eficaz, solo ha de ser animado de la gracia de Jesucristo.

Pero ¡con qué destreza se aprovecha de la ocasion para enseñar á todo el pueblo la verdad de la religion cristiana! ¡Con qué santa animosidad y qué á tiempo le reprende su delito! ¡Cuánto bien se haria en el mundo, si se miraran con celo y con cariño los intereses de Jesucristo, y si no se tuviera vergüenza de su Evangelio! Hay cobardía para seguir el camino de la virtud, porque hay poco valor para mantenerle después por medio del buen ejemplo.

No hay otro nombre debajo del cielo, en cuya virtud podamos salvarnos. Pues ¿cómo no colocarémos toda nuestra confianza en este santo nombre? Ninguna cosa desmaya tanto la confianza como los secretos remordimientos de un corazon ingrato y cobarde. Ámase con mucha

tibieza á Jesucristo; tiénese poca fidelidad en la obediencia á su ley: de aquí nace aquella confianza tímida, dudosa y poco firme. Es el nombre de Jesús un manantial perenne de dulzuras y de consuelos á quien vive segun las máximas del Evangelio, y no quiere reconocer ni otro maestro, ni otro dueño, que solo á Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo II *de san Lucas.*

In illo tempore: Postquam consummati sunt dies octo, ut circumciderétur puer: vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo priusquam in utero conciperetur.

Después de cumplidos los ocho dias siguientes al nacimiento de nuestro Salvador, en que debia ser circuncidado, segun la ley de Moisés, se le puso por nombre Jesús, conforme le llamó el Angel antes de ser concebido en el vientre virginal de su santísima Madre.

MEDITACION.

De la confianza que debemos tener en Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que todo cuanto hay nos persuade á tener una entera confianza en Jesucristo. El fin por el cual el Verbo divino se hizo hombre, la vida y la muerte de este Hombre-Dios, sus palabras, sus acciones, todos son motivos de confianza á una alma que verdaderamente tiene fe.

La bondad, el poder, la voluntad de hacer bien, son poderosas razones de confianza. Pues imagina siquiera una que no se halle eminentemente en Jesucristo. Su poder es infinito; su bondad sin término; el deseo de hacernos bien, de hacernos eternamente felices, es sin límite.

Él mismo nos tiene declarado, que solo vino al mundo para salvar á los pecadores. No se ha visto jamás maestro mas dulce, padre mas amoroso. Diríase que bastaba ser uno infeliz para hacerse acreedor á sus cariños. *Venid á mí los que estais atribulados, que yo os consolaré.* ¡Ó mi Dios, y qué convite tan eficaz para empeñar toda nuestra confianza!

¿Qué significa la parábola del pastor, que dejando las noventa y nueve ovejas, corre ansioso tras aquella sola que se ha descaminado; y se la echa á cuestas sobre sus mismos hombros, para excusarla el trabajo de seguirle por su pié?

¿Qué significa la del hijo pródigo, que logra un padre de entrañas tan amorosas, que le sale al encuentro; y léjos de tratarle con

severidad, le restituye en todos sus derechos, y celebra una fiesta para solemnizar su reconocimiento?

¿Qué indulgencia con la mujer adúltera, y qué bondad con el discípulo incrédulo? Tomás, tú dices que no quieres creer mientras no metas tus dedos en la llaga de mi costado; pues yo quiero que metas toda la mano. Quéjase amorosamente á sus discípulos de que nada le pedian, contando por nada los inmensos beneficios de que los habia colmado. ¡Con qué liberalidad se esmeraba en socorrer las necesidades de todos cuantos le seguian! ¡Qué milagros no obraba en su favor! ¡Con qué dulzura, con qué afabilidad, con qué ternura trataba y recibia á cuantos le buscaban!

¡Ó dulce Jesús! ¡qué mas pruebas puedo desear de tu bondad, para poner en tí toda mi confianza! Y en medio de una confianza tan grande ¡cómo será posible que continúe en ofenderte y en amarte tan poco!

Punto segundo.—Considera que no hay medio que Cristo no practicase para despertar nuestra esperanza, y para alentar nuestra fe. Los misterios de su vida, las particularidades de su pasion, las circunstancias de su muerte, todo es nuevo motivo á nuestra confianza. Aun él mismo quiere que esta virtud consoladora sea una de las cualidades indispensables que deben acompañar á nuestras oraciones, una condicion necesaria sin la cual declara que no serán oidas. Hasta el número y la gravedad de los pecados pueden hacerse lugar en la economía y en el motivo de nuestra confianza: *Propitiaberis peccato meo; multum est enim.*

Pero ¡qué fondo de confianza no podemos hacer sobre la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía! Acabóse la obra de la redencion; mas no se apuró el manantial inagotable de sus ternuras y de sus finezas. Todas sus delicias son estar siempre con nosotros. ¿Y después de esto buscarémos otros motivos para colocar en él toda nuestra confianza?

¡Ó mi Dios! ¡y cuánta verdad es que mi poca confianza prueba con evidencia mi poca fe! Pues ¿por qué he de extrañar yo el verme cercado de tantos trabajos; el que sean poco oidas mis oraciones, y el que viva tanto tiempo en tanta necesidad? ¡Saldré, saldré de esta miseria por vuestra misericordia, ó Señor mio, ó Salvador mio, ó amoroso Padre mio! Toda mi confianza la pondré en Vos; y fuera de Vos ¿en quién podré yo colocarla? Aunque sea tan indigno de vuestra gracia; aunque me presente tan lleno de culpas á vuestros

divinos ojos; vuestro dulce, vuestro sagrado nombre me alienta y me asegura. Pecador soy, yo lo confieso; pero Vos sois mi Jesús, Vos sois mi Salvador, Vos sois mi Dios.

JACULATORIAS. — Toda mi confianza la he puesto en Jesucristo: seguro estoy de que jamás me engañará mi confianza. (*Psalm.* XXX).

Tengo, Dios mio, la dulce confianza de que por vuestro santísimo nombre me habeis de perdonar mis pecados. (*Psalm.* XXIV).

PROPÓSITOS.

1 Profesa toda la vida una ternísima devocion al dulce nombre de Jesús: tenle frecuentemente en la boca para invocarle y para bendecirle; pero mucho mas en el corazon para amarle. Impone una inviolable ley de no invocarle jamás sin el mas profundo respeto. Á lo menos es indecencia, por no decir una especie de impiedad, servirse á cada paso de este santísimo Nombre, como se pudiera usar de cualquier nombre profano. Ten presente, que á la invocacion de este divino Nombre, como dice el Apóstol, todas las criaturas deben hincar la rodilla, y que no se puede pronunciar con el debido respeto, á menos que sea por un movimiento particular del Espíritu Santo.

2 Haz todos los dias á Maitines conmemoracion del dulce nombre de Jesús, y ten una gran confianza en este suavísimo nombre. Hazte á la piadosa costumbre de invocarle muchas veces en vida, para que le pronuncies con confianza á la hora de la muerte. Aquella breve oracion que hizo el ciego de Jericó, debe ser familiar á todo cristiano en todos los peligros, en las diferentes necesidades de la vida, y sobre todo cuando urgen las tentaciones: *Jesu, fili David, miserere mei:* Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí; ó la jaculatoria de san Agustin: *Jesu, esto mihi Jesus, et salva me.* Jesús, sed para mí Jesús, salvadme. San Pablo tenia tanta devocion con este santo nombre, que se ven llenas de él todas sus Epístolas. San Ignacio mártir, discípulo de san Juan, le tenia continuamente en la boca. San Bernardino le llevaba siempre grabado en una tabla. San Francisco de Sales daba principio á todas sus cartas con estas palabras: *Viva Jesús;* este era su favorecido nombre, y á cada paso le repetia en todas sus conversaciones. Muchas personas devotas añaden al santo nombre de Jesús el dulce nombre de María. Quien se acostumbrare á pronunciarlos en vida, los invocará con mayor facilidad y con mayor confianza en la hora de la muerte. Tambien es una devocion muy loable invocar este santo nombre al tiempo de despertar por la ma-

ñana, antes de dormirse por la noche, y en otros accidentes repentinos que suceden. Algunos grandes Santos le pronunciaban luego que oian tronar. En todo y por todo nuestra confianza debe estar colocada en el dulcísimo nombre de JESÚS.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

San Pablo, primer ermitaño, que fue trasladado al cielo entre coros de bienaventurados el dia 10 de enero. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Mauro, abad, en territorio de Anjou, discípulo de san Benito, cuya doctrina aprendió desde niño: cuanto aprovechó en ella lo manifiesta, entre otras maravillas, el andar á pié enjuto por el agua: prodigio nuevo, y no usado después de san Pedro: habiendo ido después á Francia por disposicion de su maestro, edificó un suntuoso monasterio, del cual fue abad cuarenta años. Esclarecido en milagros murió santamente. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos profetas Habacuc y Micheas, en Judea, cuyos cuerpos fueron hallados por revelacion divina en tiempo de Teodosio el mayor.

Santa Secundina, vírgen y mártir, en Agnani, la cual padeció el martirio siendo emperador Decio.

San Efisio, mártir, en Cagleri de Cerdeña, el cual por un efecto del poder divino superó crueles tormentos en la persecucion de Diocleciano por órden del juez Flaviano; y últimamente habiéndole degollado, voló victorioso al cielo.

San Máximo, obispo, en Nola de Campania.

San Bonito, obispo y confesor, en Claramonte de Francia.

San Macario, abad, en Egipto, discípulo de san Antonio, bien conocido por la santidad de su vida y grandeza de sus milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Isidoro, igualmente esclarecido en santidad de vida, en fe y en milagros. *(Fue presbítero de Sceta, y ermitaño en aquel vasto desierto, y se aventajó hasta un grado sin igual en mansedumbre, oracion, mortificacion y continencia. Murió este Santo poco antes del año* 391).

San Juan, el de la Choza, en Roma, que vivió un poco de tiempo escondido en un rincon de la casa de sus padres, y después en una choza de la isla del Tiber, desconocido de sus padres hasta la muerte: esclarecido en milagros fue sepultado en donde se edificó después una iglesia en su honor.

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO.

San Pablo, á quien venera la Iglesia como á modelo de la vida solitaria, por ser el primer ermitaño de quien habla la historia, nació en la inferior Tebaida hácia el año de 228.

Sus padres, que por sus grandes conveniencias podian no perdonar gasto alguno para la buena educacion de su hijo, le aplicaron con el mayor desvelo al estudio de las bellas letras; y nada omitieron de

cuanto podia contribuir al cultivo de su excelente índole y talentos. La vivacidad y la penetracion de su ingenio le facilitaron hacer en poco tiempo maravillosos progresos. Instruyóse en las lenguas griega y egipcia; pero cuanto mas adelante caminaba el santo mancebo en las ciencias humanas, mas le iluminaba el Espíritu Santo en los conocimientos divinos, y mayor penetracion lograba en los misterios de la Religion. Desde la edad de catorce años era todo su estudio en la doctrina de Jesucristo, y no tomaba gusto en otra ciencia, que en la que enseña el camino de la salvacion eterna. Á los quince quedó huérfano de padre y madre; y como solo tenia una hermana que ya estaba casada, le dejaron heredero de todos sus bienes.

Estaba Pablo muy convencido de la nada de todos los bienes de la tierra, y le sobraba mucho desengaño para que le debiesen el menor apego los que poseia. Ofrecióle bella ocasion de dar una gran prueba de este desasimiento la cruel persecucion que el emperador Decio excitó por aquel tiempo contra los Cristianos.

Los horribles estragos que esta violenta tempestad hacia en Egipto y en la Tebaida, pusieron en precision á muchos fieles de refugiarse á los desiertos, hasta que se pasase la tormenta. Nuestro Santo se retiró á una casa de campo muy apartada, donde comenzó á gustar las dulzuras de la soledad, y aquel placer que experimenta el alma en el retiro, cuando se ocupa únicamente en su Dios.

Hallándose con tan buenas disposiciones, tuvo noticia de que su cuñado maquinaba delatarle á los tiranos, por la codicia de aprovecharse de sus bienes. Resolvió prevenir una determinacion tan bárbara; y abandonándolo todo, se retiró á unas montañas incultas y muy distantes, siendo de edad de veinte y dos años.

Su primer ánimo fue solo hacer tiempo en aquel sitio á que pasase la tempestad de la persecucion; pero eran muy diferentes los designios de la divina Providencia. Aquel Señor, que le habia destinado para abrir á tantas almas grandes un nuevo camino de perfeccion, le infundió tan ardiente deseo de sepultarse para siempre en aquella espantosa soledad, y de ocuparse únicamente en la contemplacion de las verdades eternas, que desde luego formó la heróica resolucion de pasar en ella todos los dias de su vida.

Lleno de una generosa confianza en la bondad del mismo Señor, por cuyo amor lo habia dejado todo, comenzó á penetrar poco á poco por aquel vasto desierto, venciendo el espanto y el natural sobresalto que á los principios le causaba la vista de tantas especies de brutos y de fieras.

Así marchaba como á la ventura y sin objeto, volviendo los ojos hácia todas partes, cuando al pié de una montaña advirtió una cueva, cuya entrada estaba cerrada con una piedra. Picóle la curiosidad de ver lo que habia dentro, y separando la piedra, halló una especie de salon, á quien servian como de techo las dilatadas y entretejidas ramas de una antigua palma, á cuyo pié brotaba una hermosa fuente de agua muy cristalina, que formando un apacible arroyuelo, á pocos pasos se perdia en la misma tierra. Descubríanse bastantes señales de que en la parte exterior de la montaña habian habitado antiguamente algunos ocultos fabricantes de moneda, porque se veian todavía algunas chozas con yunques, martillos, moldes y cuños, lo que daba á entender que debió ser aquella alguna fábrica de moneda falsa, en tiempo de Marco Antonio y de la reina Cleopatra.

Cuando se vió Pablo en lugar tan retirado de todo humano comercio, se sintió mucho mas encendido en el amor á la soledad; y mirando aquella cueva como habitacion que le tenia destinada la divina Providencia, se determinó á sepultarse en ella para todos los dias de su vida.

Desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, gastando en oracion los dias y las noches. La palma de la gruta, con sus hojas y con sus dátiles, le daba con que cubrirse y con que alimentarse hasta los cincuenta y tres años de su edad. Desde allí adelante, queriendo Dios dar á entender el especial cuidado que tiene su amorosa providencia de los que por su amor lo dejan todo, dispuso que un cuervo le trajese cada dia medio pan, como al santo profeta Elías: milagro que se continuó hasta el dia de su muerte.

Hallábase Pablo en los ciento y trece años de su edad, habiendo pasado noventa en aquel género de vida, cuando queriendo el Señor descubrir á todo el mundo cristiano aquel tesoro escondido, permitió que á san Antonio, que á la sazon tenia noventa años, y habia muchos que vivia en otro desierto, le asaltase el vano deseo de saber si habia en aquellos desiertos otro solitario que hubiese vivido en ellos por tanto tiempo, y que profesase una vida tan perfecta como la suya. La noche siguiente tuvo un sueño, en que Dios le dió á entender que con efecto habia en aquellas soledades un ermitaño mas antiguo y mas santo que él.

Apenas amaneció el otro dia, cuando Antonio se puso en camino, sin que le embarazase el peso de los años; y entregándose á la direccion de la divina Providencia, anduvo sin cesar y sin saber á dón-

de iba. Hácia el mediodia se encontró con una especie de monstruo, que al principio le causó algun miedo, porque tenia la figura como de hombre y de caballo. Pero poniendo toda la confianza en Dios, y hecha la señal de la cruz, preguntó al monstruo con intrepidez si sabia dónde habitaba el siervo de Dios. San Gerónimo, que refiere este hecho, dice, que habiéndole mostrado el lugar aquel animal con su mano derecha, el bruto se entró corriendo por la aspereza, y Antonio prosiguió su camino. Á la mañana del dia siguiente encontró otros muchos monstruos de figuras horribles y espantosas, que quizá serian espectros, ó ilusiones con que el demonio pretenderia atemorizarle para hacerle volver atrás; pero el Santo sin hacer caso, caminó adelante.

En fin, después de haber pasado toda la noche en oracion, apenas amaneció el tercer dia, cuando vió una loba al pié de la montaña, que bajaba á beber al arroyo. Siguióla y llegó á la cueva; entró en ella no obstante su oscuridad, y mirando hácia todas partes descubrió una luz á corta distancia: aceleró el paso, y al ruido que hizo en el cascajo, acudió Pablo á cerrar la puerta con el pasador. Corrió Antonio, y hallándose como burlado, se postró al umbral de la puerta, conjurando al siervo de Dios con ruegos y con lágrimas que le abriese. Bien sabes, le decia, quién soy yo: no ignoras el principal motivo de mi viaje: ya sé que no soy digno de verte, pero estoy resuelto á no apartarme de aquí sin haberte visto. Á tu puerta moriré, y á lo menos tendrás el trabajo de enterrar mi cuerpo muerto.

Al oir estas palabras, se enterneció Pablo, y abriendo la puerta, le dijo sonriéndose: ¿Quién pide gracias con amenazas? Y si vienes á morir aquí, ¿de qué te espantas que no quiera abrirte? Y abrazándose los dos con gran ternura, se saludaron por sus nombres. Después de rendir gracias á Dios, y de haber hecho oracion, se sentaron; y volviéndose Pablo á Antonio, le dijo: ¿Ves aquí al que has buscado con tanto trabajo? no ves mas que un cuerpo consumido con la vejez, que en breve se convertirá en polvo. Pero díme: ¿qué es lo que pasa en el mundo? ¿Se fabrican todavía casas nuevas y suntuosos palacios en las ciudades antiguas? ¿Quién reina en la tierra? ¿Hay todavía hombres insensatos y ciegos que adoren los demonios y vivan en las tinieblas de la idolatría?

Respondió Antonio á todas estas preguntas; y estando los dos Santos entreteniéndose en dulce conversacion, vieron venir al cuervo con un pan en el pico, y volando blandamente, le puso entre los dos. Admirado de la bondad del Señor, le dijo san Pablo: Sesenta años

há que este cuervo me trae cada dia medio pan ; pero hoy Jesucristo, por tu respeto y para que comamos los dos, ha doblado la racion. Dieron gracias á Dios, y hecha oracion, se sentaron á comer junto á la fuente.

El dia siguiente, luego que amaneció, dijo Pablo á san Antonio, que ya se acercaba su muerte, y que Dios le habia enviado para que diese sepultura á su cuerpo. Al oir Antonio estas palabras, comenzó á deshacerse en lágrimas, y pidió á Pablo que á lo menos le alcanzase de Dios la gracia de que muriese con él. No debes anteponer tu conveniencia á la gloria de Dios, respondió Pablo ; y tus discípulos todavía tienen necesidad de tus ejemplos. Pero yo tengo una gracia que pedirte, y es que vayas, y me traigas el manto del obispo Atanasio, para amortajar con él mi cuerpo muerto. San Gerónimo dice que este solo fue un cariñoso pretexto para que Antonio se ausentase, y no padeciese el dolor de verle morir; si ya no fue quererle significar que deseaba morir en la fe y en la comunion de san Atanasio.

Admirado Antonio de oirle hablar del manto de Atanasio, no se atrevió á replicarle, y besándole dulcemente los ojos y las manos que regó con sus lágrimas, se puso luego en camino, y al cabo de dos dias llegó desalentado á su monasterio.

Preguntáronle dos de sus discípulos dónde habia estado tanto tiempo; y Antonio exclamó : ¡Pobre de mí! que soy indigno del nombre de solitario. Ví á Elías, ví á Juan en el desierto, y he visto á Pablo en el paraíso. Y sin hablarles mas palabra, tomó el manto de Atanasio, y volviéndose á poner en camino, comenzó á andar con grande priesa, sin detenerse un momento.

El dia siguiente por la mañana apenas habia caminado como tres horas, cuando vió subir al cielo el alma de Pablo toda llena de resplandor en medio de los Ángeles, de los Apóstoles y de los Profetas. Enterneciéle sobremanera esta vision, y deshaciéndose en lágrimas, postrado el semblante contra la tierra, comenzó á gritar: Amado padre mio, ¿por qué me has dejado así? ¿Es posible que tan tarde te conocí, para perderte tan presto? Levantándose después con nuevo aliento, prosiguió su camino: llegó á la cueva, entró en ella, y encontró el cuerpo de Pablo arrodillado, la cabeza erguida, y las manos levantadas al cielo. Al principio creyó que estaba vivo, y que estaba en oracion; pero como no le oyese suspirar, segun lo tenia de costumbre, corrió para abrazarle, y halló que estaba muerto. Entonces regándole con sus lágrimas, amortajó el santo cuerpo con el

manto; sacóle fuera de la cueva, y comenzó á cantar los himnos y los salmos que acostumbra la santa Iglesia.

Estaba muy afligido sin saber cómo habia de cavar la tierra para darle sepultura, cuando vió venir hácia sí dos leones, que salian de lo interior del desierto. Tuvo miedo al principio; pero animóse después con la confianza en Dios. Llegaron los leones donde estaba el santo cuerpo: postráronse á sus piés, y dando rugidos lastimeros, comenzaron á abrir la tierra con las garras y las uñas. Cuando hicieron una hoya competente, se acercaron á san Antonio, y le halagaron blandamente, como si le pidiesen su bendicion. Levantó el Santo los ojos al cielo, y dijo: Señor, dad á estos animales lo que les conviene; y haciéndoles señal con la mano para que se fuesen, los despidió. Enterró después el santo cuerpo, y heredó la túnica de Pablo, que él mismo habia tejido de las hojas de la palma, la cual, vuelto al monasterio, vistió después toda la vida en los dias mas solemnes.

Dicen algunos que san Antonio edificó un monasterio y una iglesia en el mismo lugar en que habia enterrado á san Pablo. El emperador Comneno hizo trasladar sus reliquias á Constantinopla. Cuando los latinos se apoderaron de esta ciudad, el cuerpo de san Pablo fue transportado á Venecia el año de 1240, y el de 1381 Luis I, rey de Hungría le obtuvo del senado, y le hizo trasladar con grande solemnidad á Buda, donde le colocó en la iglesia de San Lorenzo. Venérase en Roma la cabeza de san Pablo, y en el monasterio de Cluny algunas de sus reliquias.

SAN MAURO, ABAD.

Entre varios nobles que colocaron sus hijos bajo la direccion de san Benito, para que fuesen educados en piedad y doctrina, Equicio, que era uno de ellos, dejó con él á su hijo Mauro, entonces de solos doce años de edad, en el de 522. Este jóven aventajaba á todos los monjes en el desempeño de las obligaciones monásticas, y luego que creció en edad le hizo san Benito su coadjutor en el gobierno de Subiaco. Mauro, por su sencillez de corazon y humildad profunda, era el modelo de perfeccion de todos los demás hermanos, y fue favorecido de Dios con el don de hacer milagros. Yendo un dia san Plácido, monje, hijo del senador Tertulio, á sacar agua, cayó dentro de la laguna, y fué á parar á bastante distancia de la orilla. Vió esto en espíritu en su celda san Benito, y le mandó á Mauro que fuese y le sacase. Obedeció el Santo, marchó por cima de las aguas sin perci-

birse, y cogiéndolo del rostro le sacó, sin haberse hundido en las ondas uno ni otro. Atribuia él este milagro á las oraciones de san Benito; y este santo Abad á la obediencia de su discípulo. Poco después de haberse retirado el santo Patriarca á Cassino, llamó á san Mauro á aquel lugar en el año de 528. Así san Gregorio, (*Diál. l. 2, c. 3, 4, 6*).

Yéndose san Mauro á Francia en el año de 543 fundó con la liberalidad del rey Teodeberto la grande abadía de Glanfevil, llamada ahora de San Mauro-sur-Loire, que gobernó muchos años. En el de 581 renunció la abadía en Bertulfo, y pasó el resto de su vida en la clausura de una soledad, y en continua contemplacion de las cosas celestiales, para prepararse á pasar á la eternidad. Empleados así dos años, cayó malo al cabo de ellos de una fiebre, acompañada de dolor de costado, recibió los Sacramentos de la Iglesia, echado sobre un saco de cilicio ante el altar de san Martin, y en la misma postura espiró en el dia 15 de enero del año de 584.

Al lado derecho del altar en la misma iglesia fue enterrado, y en un rollo de pergamino que se le puso en su tumba escrito este epitafio: *Mauro, monje y diácono, que vino á Francia en los dias del rey Teodeberto, y murió diez y ocho dias antes del mes de febrero.* De san Mauro se hace mencion en la letanía francesa antigua compuesta por Alcuino, y en los martirologios de Floro, Usuardo y otros. Los antiguos ingleses tuvieron en gran veneracion á san Mauro en tiempo de los reyes normandos; y la noble familia de Seimour (de la Francesa de san Mauro) deriva de él su nombre, como observa Camden en sus *Remains*. Por miedo de los normandos fue trasladado su cuerpo en el siglo IX á varios lugares; últimamente en el año de 868 á San Pedro Des-Fosses, entonces abadía benedictina cerca de Paris, donde fue recibido con gran solemnidad por Eneas, obispo de Paris. Aun existe una historia sobre esta traslacion escrita por Odon, abad en aquel tiempo de la abadía de San Pedro Des-Fosses. Esta fue fundada por Blidegisilo, diácono de la iglesia de Paris, en tiempo de Clodoveo II y de Audeberto, obispo de ella: san Babolen fue su primer abad: y este monasterio reformado por san Mayeul, abad de Cluny, en el año de 988. La abadía de Glanfevil, llamada ahora de San Mauro-sur-Loire, estuvo sujeta á esta Des-Fosses desde el reinado de Carlos el Calvo hasta los años de 1096, en que Urbano II, á solicitud del conde de Anjou, la restituyó á su primitiva independencia. En 1533 fue secularizada la iglesia de san Pedro Des-Fosses, y hecha colegiata por Clemente VII, á solicitud de Francisco I, y el deanato anejo al obispado de Paris; pero la iglesia y el lugar han conservado muchos si-

glos el nombre de san Mauro. Los canónigos fueron removidos á San Luis (antiguamente santo Tomás Cantuariense) en el Louvre en Paris, en el año de 1730. En el mismo año fueron trasladadas las reliquias de san Mauro á San German des-Prez, donde se conservan en una rica urna. Un brazo del mismo Santo fue trasladado con gran devocion al Monte Cassino en el siglo XI; y con solo su contacto fue libertado de su pena un energúmeno, como se refiere por Desiderio, abad entonces del Monte Cassino, que fue después pontífice con el nombre de Victor III. Véase á Mabillon (*Annal. Benedict. t. 4, l. 3 y 4*). La historia genuina de la traslacion de sus reliquias bajo el fingido nombre de Fausto, se ha demostrado por Cointe y otros, ser notoriamente apócrifa, así como varios instrumentos relativos á la misma.

SAN MACARIO, ABAD.

Este san Macario fue discípulo de san Antonio, y compañero del otro egipcio; aunque fue mas mozo que él, y tan perfecto, que san Antonio le dijo, que el Espíritu Santo habia reposado sobre él, y que él seria heredero de sus virtudes. Iban una vez los dos Macarios juntos, y habiendo de pasar el rio Nilo, entraron en un barco, en que iban dos soldados maestres de campo, con gran pompa y acompañamiento; y como vieron á los dos Macarios apartados al rincon del barco, y tan pobres y humildes, dijo el uno de los maestres de campo: Bienaventurados vosotros, que así os burlais del mundo. Entonces respondió Macario: Nosotros nos burlamos del mundo, y el mundo se burla de vosotros. Penetraron estas palabras el corazon de aquel soldado, de manera, que dejó las cosas de la tierra, y dando grandes limosnas á los pobres, se recogió á la soledad.

Enviaron una vez á san Macario unas uvas muy frescas y sabrosas: tuvo gana de comer de ellas; pero para vencer aquel gusto y apetito, no las quiso tocar, antes las envió á otro monje achacoso, y que deseaba comer uvas: recibiólas con agradecimiento el monje, y por mortificarse no las comió, sino enviólas á otro monje; y en suma las uvas anduvieron de mano en mano por todos los monjes, y volvieron á san Macario, sin que ninguno comiese de ellas ni las tocase: y cuando el Santo lo supo, conoció la virtud y templanza de aquellos santos varones, y por ella hizo gracias al Señor, y no quiso gustar de ellas, aunque se las habian enviado dos veces, por dar ejemplo á los demás. Supo que los monjes Tabemesioras no comian en toda la

Cuaresma cosa que hubiese llegado al fuego; y él determinó por espacio de siete años hacer lo mismo, y lo guardó tan perfectamente, que en todo aquel tiempo no comió sino unas yerbas crudas, ó legumbres mojadas en agua; y para vencer el sueño estuvo veinte dias y veinte noches sin entrar debajo de tejado. Tentóle una vez gravemente el espíritu de fornicacion, y para vencerlo se sentó desnudo en carnes en un lugar donde habia innumerables y molestosos mosquitos, tan grandes como abejas, y con aguijones tan agudos y penetrantes, que pasaban el cuero de un jabalí. En este lugar estuvo seis meses, venciendo los estímulos de la carne con los aguijones de los mosquitos, y sacando un clavo con otro clavo, como dicen, quedó tan lastimado y llagado, que parecia un leproso. Otra vez caminó veinte dias por un desierto, sin comer bocado; y estando fatigado y desmayado, le proveyó el Señor con una vaca, con cuya leche se refocilo y alentó, para seguir su camino, y la misma vaca le siguio hasta su celda, dándole la leche que habia menester. Cavando un pozo le mordió un áspid, que es serpiente muy venenosa. Tomó el áspid con las dos manos, é hízole pedazos, diciendo: No habiendote enviado mi Dios, ¿cómo te atrevistes á llegarte á mí?

Siendo ya viejo se fué disimulado al convento de San Pacomio, en el cual vivian mil y cuatrocientos monjes: pidio con mucha instancia y humildad á san Pacomio, que le recibiese en aquella santa casa por monje: entretuvole siete dias el Abad sin recibirle, alegando que siendo ya tan viejo no podria llevar el trabajo que llevaban los mozos. Finalmente le recibió, y fue tal la vida de Macario, que espantó á todos los monjes, pareciéndoles que era mas que hombre, y no compuesto de hueso y carne como los demás: y rogaron al Abad que le echase del convento; porque no podian sufrir tanta perfeccion. Suplicó Pacomio á Nuestro Señor que le revelase quién era aquel monje; y él le descubrió que era Macario, y tomándolo aparte y abrazándole, y diciéndole que harto habia edificado y humillado, para que no se desvaneciesen sus monjes, le rogó que los encomendase á Dios, y se volviese á su lugar; y así lo hizo.

Vino á él una vez un clérigo de misa, que estaba con un cáncer en la cabeza, tan disforme, que se la comia toda, y se descubria el casco, para pedirle que se apiadase de él, y le otorgase la salud. El Santo no lo quiso hacer, ni aun hablarle. Hallóse allí Paladio, que es el que lo escribe, y suplícole que tuviese lástima de aquel pobre hombre, y que á lo menos le diese buena respuesta. Declaró el Santo que aquel cáncer era castigo de Dios; porque habiendo caido en fornica-

cion el clérigo, se habia llegado al altar y dicho misa, sin hacer primero penitencia, y que si él queria abstenerse de allí adelante de decir misa en pena de su culpa, Dios le sanaria. Todo lo que quiso san Macario abrazó y prometió el clérigo; y el Santo puso sobre él sus manos, y dentro de pocos dias le envió sano á su casa: para que entendamos el rigor con que Nuestro Señor castiga á los que con el corazon amancillado y sucio se llegan á él, y que muchas veces las enfermedades, que pensamos venirnos acaso, nacen y tienen su raíz y principio en el pecado.

Tentóle una vez el demonio de vanagloria, persuadiéndole que fuese á Roma, con color, que allí podria hacer mas bien sanando á muchos enfermos; pero á la verdad era para que fuese mas conocido y estimado, y alabado en aquella ciudad, que es cabeza del mundo. Peleó con este pensamiento muchos dias, y como no le pudiese despedir de sí, se sentó á la puerta de su celda, y sacando de ella los piés, llamó á los demonios y les dijo: Sacadme y arrastradme vosotros fuera de esta celda, si Dios os da potestad, porque yo de mi voluntad no saldré de ella, ni de aquí adelante os oiré mas; y así estuvo hasta la noche tendido en el suelo: y como todavía aquel pensamiento importuno le molestase, llenó una grande espuerta de arena, y tomóla sobre sus hombros, y andaba cargado con ella: y preguntado por qué lo hacia, respondió: Por afligir al que me aflige, y fatigar al que me fatiga. Estando un dia sentado san Macario, una hiena, que es animal feroz y bravo, á manera de lobo, pero de cuerpo mayor y mas fiero, ó como otros dicen, una leona, le trujo un cachorrillo, hijo suyo, que era ciego; y habiendo con su cabeza llamado á la puerta, entró y lo puso á los piés del Santo: el cual conoció lo que aquella fiera queria de él: oró y escupió en los ojos del hijuelo ciego, y luego cobró la vista; y la madre le dió leche y se partió muy reconocida y contenta: y para mostrar su agradecimiento, el dia siguiente volvió al Santo, trayéndole por presente una piel de una grande oveja. Vióla el santo Macario, y dijo á la fiera: Si tú no hubieras comido la oveja que no era tuya, no tuvieras su pellejo: yo no quiero recibir de tí lo que me traes en daño de otro; y la fiera, bajando la cabeza, y como arrodillándose, ponia á los piés del Santo el pellejo; y el Santo tornó á decir: Ya te he dicho que no lo tomaré, si no me prometes de no hacer daño á los pobres, comiendo sus ovejas; y ella con su cabeza dió á entender que así lo haria, y en todo le obedeceria; y con esto Macario tomó el pellejo, y después le

dió á san Atanasio, y san Atanasio á Melania la vieja, como lo decimos en la vida de Melania la moza, á los 31 de diciembre.

Preguntóle una vez Paladio: ¿Qué haria, porque muchas veces el demonio le tentaba y le ponia en el corazon que se partiese de allí, porque no hacia nada, ó no valia nada todo lo que hacia? Y Macario le dijo: Responde á ese pensamiento, cuando te viniere: Yo por amor de Cristo estoy aquí guardando estas paredes.

Juan Casiano escribe, que solia decir san Macario, que el monje habia de ayunar como si hubiese de vivir cien años, y mortificar sus pasiones como si hubiese de morir en aquel dia. Y en otro lugar trae una semejanza, con que solia enseñar el Santo el engaño del monje, que estando en su quietud y soledad, la deja y vuelve al bullicio de la ciudad, con la esperanza de hacer entre sus deudos y conocidos mayor provecho. Hubo, decia san Macario, en una ciudad un barbero excelente en su oficio: afeitaba á todos los que venian á él, y cada uno le pagaba con tres maravedís por su trabajo: comia él, y cada noche le sobraba mucho de lo que aquel dia habia ganado: entendió que en otra ciudad se pagaba el barbero con mucha mayor cantidad que en la suya: fuese á ella, creyendo que en poco tiempo se haria rico: puso tienda y comenzó á ejercitar su oficio, y como le pagaban tan bien, allegó mucho dinero aquel dia; y muy gozoso y contento fué á la plaza á comprar de comer; mas halló que las cosas se vendian tan caras, que de todo lo que habia ganado no le sobraba nada, y que era mas rico cuando en su ciudad no le daban sino tres maravedís; porque con ellos se sustentaba abundantemente y le sobraba: y haciendo bien su cuenta, y conociendo su engaño, destejió la tela que habia tejido, y se volvió á su antigua morada. De esta manera, decia san Macario, que es la ganancia de los santos religiosos, que estando en sus monasterios, cada dia van trabajando y ganando, sustentándose en la vida espiritual: y aunque la ganancia parezca poca, como es continua y segura, y poco el gasto, al cabo del año es grande el caudal; y los que con codicia de mayores ganancias salen del puerto de su quietud, y se engolfan en los negocios del mundo, que no son de su regla é instituto, aunque parece que ganan mucho, son tantos los gastos de los ciudadanos, y distracciones y vanidades que se les pegan, que todas aquellas ganancias paran en humo, y no les queda nada entre las manos. Todo esto es de san Macario, y lo trae, como dijimos, Casiano. La vida de los dos Macarios escribió Paladio, que vivió con el Alejandrino tres años, y

tuvo mucha noticia de Macario el Egipcio: el cual habia muerto el año antes que Paladio entrase en aquella soledad.

La Misa es en honra de san Pablo, primer ermitaño, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui nos beati Pauli confessoris tui annua solemnitate laetificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos llenas de alegría con la fiesta de tu confesor el bienaventurado san Pablo; concédenos por tu bondad la gracia de imitar en la tierra las acciones de aquel, cuyo nacimiento en el cielo celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *de san Pablo á los Filipenses.*

Fratres: Quae mihi fuerunt lucra, haec arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quod omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quae ex lege est, sed illam, quae ex fide est Christi Jesu, quae ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quae est ex mortuis: non quod jam acceperim, ut jam perfectus sim: sequor autem si quo modo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

Hermanos: lo que fue para mí antes ganancia, he reputado después pérdida por Cristo: á la verdad que así lo estimo por la eminente ciencia de mi Señor Jesucristo, por quien todo lo desprecio y reputo por basura, con tal que gane á Cristo, y con él me una, no por la justificacion que me resulta de la observancia de la ley antigua, si no es por la que nace de la fe de Jesucristo, que es la verdadera justicia, dada por Dios en la misma fe para conocerle juntamente que la virtud de su resurreccion y participacion en sus penas: asemejándome á su muerte, si he de concurrir á la resurreccion de entre los muertos. Yo no vivo persuadido que ya la he conseguido, ó que sea ya perfecto, y por lo mismo lo sigo hasta tener la dicha de unirme con el Señor, del modo que he sido incorporado (en la Iglesia) por Cristo.

REFLEXIONES.

Así piensa, así habla san Pablo de todo lo que agrada, de todo lo que deslumbra en el mundo, de todo lo que lisonjea, de todo lo que nutre el amor propio, el orgullo y la concupiscencia. ¿Pensamos nosotros como pensaba el Apóstol? Pues en verdad que no profesamos otra religion; que con todos hablan las mismas lecciones, y que todos tenemos un mismo maestro. ¿Hallaránse el dia de hoy muchos

cristianos que tengan por cosa de humo todo lo que en el mundo brilla? ¿Encontraránse muchos que reputen por desgracia ser poderosos, ser ricos? Sin embargo de eso san Pablo lo reputó como tal.

Ciertamente cuando se llega á conocer de veras á Jesucristo, no se puede mirar sin desprecio todo lo que se estima en el mundo. Cuando se mira fijamente al sol, parecen tinieblas los objetos mas brillantes. ¿Qué solidez, qué descanso se puede hallar en unos bienes vacíos y fugaces? ¿Qué realidad se puede encontrar en esos honores que solo consisten en la idea vana y extravagante de los hombres? Solo en los tesoros de mi Religion encuentro yo un descanso pleno, una abundancia, una felicidad pura y perfecta. Solo Jesucristo puede hacer nuestra felicidad: mas para eso es menester hallarse en Jesucristo, y solamente se halla el hombre en él por la fe y con la gracia. Inútilmente se busca en otra parte la paz del alma, porque solo en Jesucristo se hallará.

Muchos hay que renunciándolo todo, nada dan; porque todavía su corazon se queda pegado á todo. Nunca fue del gusto de Dios una renuncia imperfecta ú ociosa. No basta renunciarlo todo por Jesucristo: es menester tener parte en su pasion: es menester hacer visible la imágen de su muerte por medio de una vida crucificada: es menester trabajar cada dia en ser mas santo y mas perfecto; no perdiendo jamás de vista á Jesucristo enclavado en una cruz.

Prosigo mi camino, dice el Apóstol, *para llegar al término*. Por el mismo camino corremos todos: ¿lograrémos todos el mismo término? Un Apóstol grande, un hombre lleno de merecimientos, consumido de trabajos por Jesucristo: un vaso de eleccion no cree haber ganado el premio después de tantas victorias; antes bien aplica toda su atencion á olvidar el camino que ha andado, para no pensar mas que en el que le resta por andar; y nosotros, que nada hemos hecho, quizá estamos ya al fin de la carrera, nos mantenemos ociosos y vivimos con grande tranquilidad. ¿Cuál será nuestro término? Ello hácia él caminamos; ¿pero nuestro término será nuestra recompensa? ¿avanzámonos hácia el premio cuando nos vamos avanzando hácia la eternidad? ¡Ó buen Dios! ¡y qué temible es nuestra falsa tranquilidad!

El Evangelio es del capítulo XI *de san Mateo.*

In illo tempore: respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae: quia abscondisti haec à

En tiempo que Jesucristo obraba tanto número de prodigios, incrédulos á su vista los judíos, se expresó en

sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi filius, et cui voluerit filius revelare. Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

estos términos: Yo te confieso (ó alabo), Padre, Señor del cielo y la tierra, porque ocultaste estos hechos á los sabios y prudentes (del siglo), y los revelaste á los humildes: así lo venero, Padre, porque fue de tu agrado. Sabed: que todas las cosas me son entregadas por mi Padre, y ninguno conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre otro que el Hijo ó á quien quisiere este revelarlo. Venid á mí todos los que trabajais, y estais oprimidos, que yo os aliviaré: tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis descanso para vuestras almas: entended, que mi yugo es suave, y mi carga ligera.

MEDITACION.

No hay en la tierra felicidad verdadera, sino en el servicio de Dios.

Punto primero.—Considera que solamente fuimos criados para conocer, para amar y para servir á Dios. Luego no podemos ser felices, sino sirviendo al mismo Dios. Cualquiera otra felicidad es quimérica; y el que la busca fuera de Dios, camina errado ó iluso.

Cristo dice que *su yugo es suave*, y que *su carga es ligera;* el mundo piensa, y dice todo lo contrario. ¿Cuál de los dos se engaña? ¿Á quién debemos creer? Jesucristo lo dijo, es verdad; ¿pero nuestra solicitud y nuestros deseos prueban acaso que damos crédito á este oráculo?

Para ser felices es menester hacer paces con nuestros deseos; que ningun bien criado los altere. Es menester que el corazon esté contento; y fuera de Dios no puede dejar de estar inquieto. Fatígase, cánsase, desgástase el alma en el servicio del mundo. No hay estado sin trabajos, no hay dia sin muchas nieblas, no hay empleo que no sea una carga. Desengañémonos, que todo disgusta, todo cansa; solo es dulce y ligero el yugo del Señor. Mi razon misma no acierta á decirme lo contrario: ¡y todavía dudo, todavía delibero, ó mi Dios, si tengo de serviros!

En el servicio del mundo todo es duro; todo es sin fruto: no hay alegría que no nazca rodeada de mil espinas; todo punza. ¿Qué dia de calma se descubre jamás en este mar borrascoso? Todos son es-

cellos; y ¿cuántos se ven tristes naufragios? ¿Cuánto dan que padecer las pasiones ajenas, y cuánto hacen tambien sufrir las pasiones propias?

En el servicio de Dios estas tiranas están por lo menos encadenadas: todos los caminos están llanos; el cielo se registra siempre sereno. Y ciertamente cuando la conciencia está en paz, ¡qué mas dulce calma! ¡Ah, Señor! ¡y cuánta verdad es que estos misterios están ocultos á los sabios, á los prudentes del mundo, y que solamente á los humildes se revelan estos secretos! ¿De quién dependerá que yo no los conozca? Dadme gracia, Señor, para que haga la experiencia. Pronto estoy á sacrificarlo todo, á ejecutarlo todo, para gustar unas verdades tan dulces, tan llenas de consuelo.

Punto secundo.—Considera que hay pocas verdades prácticas mejor probadas, ni mas concluyentemente convencidas que esta.

¡Qué mundano hay que esté contento del dueño á quien sirve! ¡cuántas quejas se oyen cada dia de lo mucho que se padece en el servicio del mundo! Al contrario, no hay Santo que no esté contento, que no esté lleno de gozo del servicio de Dios. ¿Se ha encontrado acaso alguno que se haya quejado de lo mucho que se padece en este servicio, de lo poco que se recompensa, y de que Dios es buen amo? *Non sunt condignae passiones hujus temporis.* Ninguna proporcion hay entre nuestros trabajos, y el premio que nos espera.

La soledad, la penitencia, las cruces son tesoros ocultos á los sabios del mundo: pero ¡qué manantial mas abundante de la dulzura, de la paz y de los consuelos interiores para las almas justas! Su modestia, circunspeccion, su igualdad de ánimo son imágenes muy vivas de tranquilidad del alma y de la alegría del corazon. ¡Cuándo llegará el dia de que el deseo de mi propia felicidad me conduzca á este divino manantial!

San Pablo, primer ermitaño, pasa noventa años en la soledad mas espantosa, desconocido de los hombres, y únicamente ocupado en la contemplacion de su Dios. ¿Quejóse san Pablo del dueño á quien sirvió? ¿ó acaso es digno de compasion el mismo san Pablo? ¿Ignoró enteramente lo que pasaba en el mundo? ¿Cuántos mundanos, cuántos grandes del siglo envidiarian ahora esta santa ignorancia?

Pregunto: ¿ochenta años vividos en el servicio del mundo causarán en la hora de la muerte tanto consuelo? ¿No se seguirá á ellos algun remordimiento? ¿Serán el objeto de la admiracion y de la veneracion de todos los fieles en todos los siglos? Mas há de seis mil

años que se está demostrando esta verdad por la fe, por la razon y por la experiencia, y todavía no se quiere creer. Pues ¿qué hay que admirar haya tantos infelices?

No quiero yo aumentar el número de los desdichados. Convencido estoy, Señor, de que solo en vuestro servicio puede encontrarse la verdadera felicidad. Así no quiero otro Señor, ni otro Amo: de hoy en adelante todo mi gusto, todo mi placer será serviros.

JACULATORIAS. —¡Oh Señor, y cuánta dulzura haceis gustar á los que os sirven y os temen! (*Psalm.* XXX).

Un solo dia pasado en el servicio de Dios, es mejor que mil años entre los gustos del mundo. (*Psalm.* LXXXIII).

PROPÓSITOS.

1 Imponte una ley de hablar siempre de la devocion con el mayor respeto, con términos que muestren el aprecio con que la miras: habla siempre de ella como del orígen de nuestra verdadera felicidad. Nuestro comun enemigo, y el enemigo de Jesucristo es el que introdujo la opinion de que cuesta mucho ser devoto; que el servir á Dios es cosa dura; que hay muchos monstruos que vencer en este camino; que no se da paso en él sin sudor y sin violencia. Esta jerigonza de moda, que es tan comun en el siglo que corre, desalienta á muchas almas tímidas; mantiene á los disolutos en sus desórdenes; es injuriosa al soberano Dueño á quien todos servimos; y es mas perniciosa de lo que comunmente se piensa. Un san Pablo en el desierto; un san Luis en el trono; tantos millares de Santos y de Santas de todos estados y condiciones, hablan de la devocion muy de otra manera que los desenvueltos y que las mujeres del mundo. ¿Á quiénes hemos de creer? Dices que tú nunca experimentaste esa dulzura, ó á lo menos esa felicidad en la práctica de la virtud. Y díme, ¿qué has hecho para merecerlo? Está todavía ese paladar muy saboreado con el largo uso de los insípidos, de los insulsos placeres del mundo: aun estás enfermo, ó por lo menos estás convaleciente; ¿y ya quieres tomar gusto á las dulces alegrías del cielo? Sirve á Dios con fervor y con perseverancia, y le servirás con placer.

2 Ama y practica el recogimiento interior. Sin él toda devocion es superficial. Huye del tumulto y de la disipacion de los sentidos: entrégate al retiro, que el aire del mundo es siempre contagioso á la salvacion: á lo menos nunca te expongas á él sino por el servicio de Dios; y aun el mismo Dios nos obliga al recogimiento interior, como

á un preservativo necesario. Da principio con la resolucion de evitar cuanto puedas los concursos grandes; mortifica tu curiosidad en punto de novedades, de querer saber lo que pasa en el lugar. Esta corta mortificacion no es de poca consecuencia para lograr el recogimiento.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de san Marcelo, papa y mártir, en Roma, en la via Salaria, que por confesar la fe católica, fue cruelmente azotado con manojos de varas por órden del tirano Majencio, y después fue condenado á servir y guardar las bestias con guardas de vista, en cuyo ejercicio murió cubierto de cilicios. *(Véase su vida en las de este dia).*

El martirio de los santos Berardo, Pedro, Acursio, Adjuto y Oton, de la órden de Menores observantes, en Marruecos, ciudad de África.

San Honorato, obispo y confesor, en Arles, cuya vida fue ilustre en doctrina y milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Ticiano, obispo y confesor, en Uderzo.

San Melas, obispo, en Rinocolura, region de Egipto, el cual habiendo sufrido el destierro y otros varios tormentos por la fe católica en tiempo del emperador Valente, murió en paz.

San Honorato, abad, en Fondi de Campania, de quien hace mencion san Gregorio papa.

San Furseo, confesor, en el monasterio de Perona.

Santa Priscila, en Roma, que consagró su hacienda y su persona al servicio de los mártires.

SAN FULGENCIO, OBISPO PRIMERO DE ÉCIJA, Y LUEGO DE CARTAGENA.

San Fulgencio, uno de los prelados mas santos y sabios de la Iglesia, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en la de España, y con especialidad en la de Cartagena, que le venera por su patrono, nació al mundo por los años 556, dotado de todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los designios que le destinaba la divina Providencia. Sus padres, Severiano, capitan ó prefecto de la milicia correspondiente al departamento de Cartagena de España, originario de la real sangre de los ostrogodos, y Teodora, de las nobilísimas familias de los godos, mas recomendables por su religion y piedad que por la distincion de su ascendencia, bien acreditada en los cuatro frutos de su propagacion, que lo fueron nuestro Santo, Leandro, Florentina é Isidoro, á quien tributa culto la Iglesia, aplicaron su vigilante cuidado en la educacion cristiana de Fulgencio, fundando sus

preceptos en el sólido principio del santo temor de Dios. Su bello natural é inclinacion á lo bueno, facilitaron mas que todo el efecto de sus deseos. La voluntaria aplicacion que manifestó desde su infancia á los estudios, dió motivo á sus padres á proporcionarle los mejores maestros para que cultivasen aquella noble planta, que ofrecia desde luego esperanzas muy ventajosas: y como se hallaba dotado de un ingenio vivo, sólido, claro y penetrante, naturalmente culto y despejado, de una elocuencia nada comun, y de una comprension eminente, instruido en las lenguas griega, hebrea, siriaca, itálica, gótica y latina, hizo por todos estos medios asombrosos progresos en las ciencias humanas y divinas; no menores en la importante de la salvacion, acreditándolo así sus admirables escritos con que ilustró después al mundo, ya exponiendo la doctrina revelada para la enseñanza de los fieles, ya suministrando en ellos instruccion capaz para rebatir y confutar á los enemigos de la Religion.

Con la erudicion era igual su infatigable celo por la defensa de la fe católica, bien justificado en las repetidísimas ocasiones que se ofrecieron en su tiempo, en el que se dejaba ver en España, con el mayor dolor y sentimiento de los verdaderos fieles, la prosperidad de la herejía arriana, elevada hasta el trono regio, manchando alevosamente el dogma mas sacrosanto de nuestra Religion: tenaz en negar la consustancialidad del Hijo con el Padre eterno. Sobre cuyo convencimiento trabajaron inmensamente los mas celosos Padres de la Iglesia de Oriente y Occidente desde que tuvo orígen tan execrable blasfemia en la boca del perverso Arrio, congregándose repetidas veces en concilios para sepultar á este monstruo infernal, que vulneró cási la mayor parte del cristianismo. Heria esta llaga mortal en tanto grado el corazon de Fulgencio, que sin embargo del poder y patrocinio de los partidarios de la impiedad, animado de aquel santo celo, que constituye el carácter de los varones apostólicos, se declaró por uno de los defensores mas acérrimos del dogma católico, logrando en las frecuentes disputas que tuvo con los Arrianos vencer y confundir vergonzosamente su error. El respeto que como fiel vasallo profesaba á su soberano, viéndole manchado con el contagio de aquel veneno, no fue capaz á intimidar el valor de su espíritu para que desistiese en la defensa de la Divinidad de Jesucristo, por cuya gloriosa empresa padeció imponderables trabajos y penalidades en el destierro que sufrió de Sevilla por órden del rey, sin permitirle otro menaje que el pobre que vestia. Animando desde Cartagena, donde fue recluso en una miserable situacion, con palabras y escritos á todos los Católicos para que

defendiesen á costa de su sangre (si fuese necesario) la verdad infalible del artículo revelado en las santas Escrituras; practicando estos oficios especialmente con su sobrino Hermenegildo en la justa guerra que mantenia contra su padre hereje por defensa de la religion católica, exhortándole en sus cartas, llenas de instruccion y celo, la preferencia de sus obligaciones para con Dios á las que debia en este caso á su progenitor carnal.

Sosegada la persecucion por muerte de Leovigildo, autor de tempestad tan deshecha, mudaron de semblante las cosas en España cuando recibió el gobierno del reino el príncipe Recaredo, quien dió órdenes al momento para que se restituyesen á sus iglesias los obispos y celosos varones católicos, desterrados de ellas por su padre, con cuyo motivo volvió á Sevilla Fulgencio; y fue inexplicable el gozo de aquella capital al ver á este ínclito defensor de la fe católica. Poco les duró su gozo, pues se le mandó volver á Cartagena, á fin de coadyuvar en el ministerio episcopal á Domingo, prelado de aquella iglesia, imposibilitado á ejercer sus funciones por su avanzada edad y enfermedades habituales. En el desempeño del encargo se mantuvo ocho años con no menor elogio de justificacion, que de sabiduría y consumado acierto; pero habiendo ocurrido por aquel tiempo ciertas reñidas controversias con Pegasio, obispo de Ecija (llamada Astigi ó Astigia antiguamente), confiado Recaredo en la ciencia y bien acreditada prudencia de Fulgencio, le envió á tranquilizar aquellas discordias: y conseguida la paz deseada, las resultas fueron crearle obispo de aquella ciudad, la cual, aunque en el dia carece de prelado eclesiástico, le tuvo antiguamente, y aun después del Santo, como fueron Albencio, Esteban, Teodulfo, Nasidardo y Arbidio, hasta quedar reducida en arcedianato de la santa iglesia de Sevilla, originándose por su elevacion á aquella cátedra un nuevo realce á la religion católica, y formidables ruinas al arrianismo. No es fácil explicar la vigilancia y celo con que se portó Fulgencio en el ministerio episcopal. En el desempeño de las obligaciones de la dignidad se dejó ver como padre y pastor tan amante de su grey, que á costa de incesantes fatigas no le faltó el surtido de pastos abundantes espirituales, sin omitir su extremada caridad el socorro de todas sus necesidades corporales.

Por causa de sus enfermedades habituales, nacidas de aquel temperamento, se tuvo por necesaria su traslacion á la cátedra de Cartagena, trasferida con motivo de la destruccion de esta ciudad, originada de las continuas guerras, á la de Murcia, en virtud de de-

creto del rey Gundemaro, segun escriben varios historiadores, donde permaneció por espacio de seis años, gobernando aquella diócesis con tanta prudencia, justificacion y apostólico celo, como lo acreditaron los efectos, no otros, que la reforma general del clero y del pueblo: la magnificencia del culto divino : el destierro de los abusos, de la relajacion y de los errores.

Como el blanco de todas las atenciones de Fulgencio era el que debe ser el de los prelados eclesiásticos constituidos en tan alto empleo, esto es, adquirir ciencia y sabiduría para instruir á su pueblo, y poder con ella rebatir las perversas doctrinas con que intentan pervertir á los fieles los enemigos de la Religion, jamás perdió de vista tan saludable objeto; siempre se le vió ocupado en un estudio continuo á costa de penosas vigilias, para no defraudar el tiempo necesario al cumplimiento de su ministerio; dejándonos por auténtico testimonio de su aplicacion varios admirables escritos llenos de aquella erudicion y de aquella gracia que derrama el Espíritu Santo sobre los santos doctores de su Iglesia; como son, segun nos dicen autores nacionales, sus Comentarios sobre el Pentateuco, libros de los Reyes, Isaías, doce Profetas menores, Salmos y Evangelios : los tres libros vulgarmente llamados de Mistologías; los cuales, aunque algunos atribuyen á san Fulgencio de Ruspe en el África, por la crítica que forman los Padres Bolandos sobre sus expresiones y contexto, debe estimarse del Cartaginense. Obra admirable, en que acredita el autor su sublime ingenio, su vasta erudicion y profundidad; pues además de refutarse en ella las fábulas gentílicas, glosa las ideas de las paganas supersticiones segun el órden de las cosas criadas, acomodándolas á la mortalidad de nuestra vida. Debiendo notarse que el libro de la Encarnacion del Verbo, que otros estiman de nuestro Santo, es del de Ruspe, segun se infiere del cánon XIII del Concilio II de Sevilla, donde se nombra por santo al autor de este escrito; en cuya asamblea asistió Fulgencio como obispo de Écija, autorizando los sabios decretos de aquel sínodo presidido por su hermano san Isidoro.

En todas las dichas laudables fatigas, y otras no menos recomendables ocupó Fulgencio el tiempo de su vida, hasta que sintiendo debilitada su naturaleza, próxima por lo mismo á pagar el tributo de los mortales, rogó á san Braulio, prelado de Zaragoza, y á Luro ó Laureano, obispo gaditano, sus carísimos amigos, que le asistiesen en la hora de su muerte, para la que se dispuso con tanto fervor, devocion y espíritu, que no pudieron los asistentes contener las lá-

grimas á vista del ejemplo de edificacion que les dió en su dichoso tránsito. No nos consta con certeza el año fijo de su muerte; pero atendiendo á los hechos relativos á nuestro Santo, se puede computar por los de 630, poco mas ó menos.

Su cuerpo fue sepultado con toda magnificencia en la santa iglesia de Cartagena; y trasladado después á Sevilla, se colocó con dos de sus hermanos, Leandro é Isidoro, en la iglesia de Santa Justa y santa Rufina, en el sepulcro erigido á este fin por san Leandro. De este precioso tesoro gozó aquella capital hasta la irrupcion de los árabes; en la que temerosos los fieles de que cayese en manos de los bárbaros, transportaron el cuerpo de nuestro Santo con el de santa Florentina á las montañas de Guadalupe, donde permanecieron incógnitos hasta el reinado de Alonso XI; y descubiertos por los años 1330, se condujeron á Berzocana, pueblo del obispado de Palencia; y de allí en el de 1593 se trasladaron parte de sus reliquias á la iglesia de Murcia, parte al real monasterio del Escorial, y á otras diferentes iglesias.

SAN MARCELO, PAPA Y MÁRTIR.

San Marcelo, papa y mártir, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, nació en Roma hácia la mitad del tercer siglo. Como ya florecia en aquella ciudad la religion cristiana, á pesar de las persecuciones horribles de los emperadores paganos, tuvo Marcelo la felicidad de ser criado y educado en el seno de la santa Iglesia. Abrazó el estado eclesiástico; y san Marcelino, que ocupaba entonces la silla de san Pedro, conociendo su extraordinario mérito y su eminente virtud, le hizo presbítero de la Iglesia de Roma.

Por este tiempo, habiendo sido creados emperadores Diocleciano y Maximiano, movieron aquella cruel persecucion contra los Cristianos, que fue la novena desde el imperio de Neron, la que hizo derramar tanta sangre de mártires, y llenó de luto á toda la Iglesia. Habiendo sido coronado del martirio san Marcelino el año de 304, vacó la silla de san Pedro cerca de tres años. El furor de la persecucion no dejaba libertad á los Cristianos para juntarse, y para proceder á la eleccion de nuevo Papa; pero habiéndose mitigado un poco por la renuncia que hicieron del imperio Diocleciano y Maximiano, fue elegido Papa san Marcelo, siendo el XXXI después de san Pedro, el año de 307.

Apenas se vió elevado á esta suprema dignidad, cuando se aplicó

á restablecer la disciplina, que con las turbaciones precedentes se habia, al parecer, alterado un poco, y se dedicó á reparar las pérdidas que podia haber padecido la Iglesia durante tan larga y tan cruel persecucion.

Diocleciano y Maximiano habian renunciado el imperio en favor de Galerio y de Constancio, padre del gran Constantino. Pero habiendo este muerto en Yorck, y hallándose á la sazon en Roma Majencio, hijo del viejo Maximiano, creyó que podia ser esta ocasion muy oportuna para hacerse emperador; y con efecto, tomó el título de tal. Como los Cristianos eran ya poderosos en Roma, afectó hacerse cristiano para atraerlos á su partido, y para lisonjear al pueblo romano. Con esto cesó la persecucion, y por algunos meses gozaron de paz los fieles.

Procuró san Marcelo aprovechar este intervalo de tranquilidad para establecer algunas constituciones saludables, y para remediar algunos abusos que se habian introducido.

Instituyó en Roma veinte y cinco títulos ó parroquias, para bautizar á los que se convirtiesen á la fe, para recibir á penitencia á los pecadores, y para sepultar con mayor decencia los cuerpos de los santos mártires, en que habia habido mucho descuido, y procuró con el mayor desvelo recoger las santas reliquias.

Ya san Evaristo, sexto sucesor de san Pedro, habia señalado á los presbíteros los barrios ó los cuarteles de la ciudad que habian de estar á su cargo. San Higinio, cincuenta y cinco años después habia aumentado el número, y san Marcelo le determinó al número fijo de veinte y cinco parroquias. Administrábanse en ellas los Sacramentos; distribuíase á los fieles la palabra de Dios, y se celebraban los divinos misterios. Desde entonces se comenzó á llamar presbítero cardenal al presbítero principal que tenia á su cargo las parroquias, como que era el quicio sobre el cual se movia el cuidado espiritual de la parroquia: y esto es lo que hoy dia significa el título de estas iglesias, que tiene cada cardenal.

El celo de la disciplina eclesiástica irritó los ánimos, y ocasionó al santo Pontífice crecidas mortificaciones. La mayor parte de los que habian flaqueado en la última persecucion querian ser reconciliados con la Iglesia, cási sin recibir ninguna penitencia. Muchos de los que por su ministerio debian reconciliarlos, les concedian la absolucion con demasiada facilidad, y acusaban el rigor del Santo como importuno y excesivo. Esta diversidad de pareceres causó inquietud y division. Y Majencio, que después de la victoria conseguida contra

Severo, ya no contemplaba á los Cristianos, tomó de aquí ocasion para renovar la persecucion contra la Iglesia.

Mandó venir delante de sí á san Marcelo, y quiso obligarle á renunciar la fe y á sacrificar á los ídolos. La resolucion y la constancia del santo Pontífice le asombraron. En vista de lo que, empleó Majencio todos los artificios que pudo para derribarle: dulzura, severidad, promesas, amenazas, suplicios; pero todo fue inútil. Hízole despedazar con crueles azotes; y por una especie de refinada crueldad le condenó á servir en las caballerizas públicas, pareciéndole que para un sumo Pontífice de los Cristianos no seria la muerte suplicio tan duro, como obligarle á pasar sus dias en un ejercicio tan penoso y tan despreciable.

Pero el santo Papa nunca pareció tan grande como cuando se vió hecho mozo de caballos por amor de Jesucristo. Privado de todo socorro humano en un lugar tan indigno; peor alimentado que las mismas bestias de carga que tenia á su cuidado, cubierto de unos asquerosos andrajos, y reducido á dormir sobre la desnuda tierra, cien veces al dia daba gracias al Señor por la merced que le hacia, teniéndose por dichoso en imitar de alguna manera su pasion y sus desprecios.

Los fieles concurrian de todas partes para admirar á su santo Pastor, y él los animaba con sus discursos, los cautivaba con su dulzura, y los instruia con sus palabras y con sus ejemplos.

Nueve meses habia vivido san Marcelo en aquel estado tan indigno de su persona, cuando los principales del clero romano hallaron medio de libertarle. Sacáronle una noche, y le condujeron á casa de una santa viuda llamada Lucina, que habiendo sido ejemplo de señoras cristianas en quince años que vivió con su marido, habia diez y nueve que era modelo de todas las virtudes en el estado de viuda.

Recibió Lucina en su casa al santo Pontífice con una suma alegría; y como los fieles de todas partes concurriesen secretamente á ella, suplicó á san Marcelo que la consagrase en iglesia. Dióla el Santo este gusto, y después se llamó san Marcelo, y hoy es título de cardenal.

Apenas fue consagrada esta nueva iglesia, cuando los Cristianos acudian á ella en tropas todos los dias. El santo Pontífice celebraba los divinos misterios, repartia á los fieles la palabra de Dios, y pasaba las noches en oracion y en vigilias. No duró mucho esta calma, porque se excitó luego una nueva tormenta que todo lo puso en confusion, y causó grandes estragos.

Noticioso Majencio de lo que pasaba, entró en una furiosa cólera contra los Cristianos. Dudó por algun breve rato si quitaria la vida á san Marcelo; pero juzgó que seria mas riguroso castigo para los Cristianos el convertir esta nueva iglesia en nuevas caballerizas públicas, y el condenar al santo Pontífice á que pasase sus dias en la última miseria, cuidando de las bestias mas viles; lo que al instante se puso en ejecucion.

La honra de padecer por amor de Jesucristo colmaba á san Marcelo de alegría; pero el dolor de ver profanado aquel sagrado lugar le servia de intolerable suplicio. Mas era menester sufrir este tormento; y todo su consuelo era regar con sus fervorosas lágrimas un lugar que quisiera poder purificar con la efusion de su sangre.

Aunque el santo Pastor estaba tan maltratado, no por eso olvidaba á sus ovejas. Tiénese por cierto que en este mismo tiempo, y en medio de sus trabajos, escribió dos Epístolas, una dirigida á los obispos de la provincia de Antioquía, exhortándolos á conservar con cuidado y con fidelidad el depósito de la fe, que habian recibido de san Pedro y de los otros Apóstoles, no sufriendo jamás que alguna doctrina extraña se mezclase, ni se entremetiese en alterar su pureza. La otra Epístola se dirigia al tirano Majencio, á quien representa el daño que hace á su alma en perseguir la religion cristiana, que habia dado muestras de abrazar, y le exhorta á abrir los ojos á la verdad, renunciando el culto de los ídolos.

Poco tiempo después, consumido de trabajos y de miserias por amor de Jesucristo, acabó nuestro Santo su martirio hácia el fin del año de 309. Hallóse su cuerpo cubierto de un cilicio, y retirándole de aquel lugar inmundo, fue enterrado en el cementerio de Priscila, donde se conservó hasta el tiempo de san Martin, papa, en el que parte de sus reliquias fueron trasladadas á Flandes, y colocadas en el monasterio de Haumont, cerca de Maubeuge; otra parte en Cluny; y las restantes se conservan el dia de hoy en Roma en la iglesia de san Marcelo.

SAN HONORATO, ARZOBISPO DE ARLES.

Era de familia consular romana, establecida entonces en la Galia, y muy versado en las artes liberales. En su juventud detestó el culto de los ídolos, y ganó para Cristo á su hermano mayor Venancio, que tambien fue inspirado de un gran menosprecio del mundo. Ambos deseaban renunciar de él enteramente, pero su padre, acér-

rimo pagano, les ponia continuos obstáculos á esta resolucion : al fin tomaron por su director á san Caprés, santo ermitaño, y se hicieron á la vela en Marsella para la Grecia, con la idea de vivir en ella desconocidos en alguno de sus desiertos. Venancio murió muy presto dichosamente en Metona : y Honorato, cayendo tambien enfermo, se vió obligado á retroceder con su conductor. Primeramente pasó una vida eremítica en unas montañas próximas á Fréjus. Dos pequeñas islas hay en el mar cerca de aquellas costas : una mas grande y mas próxima al continente, llamada Lero, y ahora Santa Margarita; y otra mas pequeña y mas remota, dos leguas de las Antibas, llamada Lerins, al presente de San Honorio ú Honorato, del nombre de nuestro Santo, donde se estableció, y seguido de otros fundó el famoso monasterio de Lerins hácia el año de 400. Á unos les destinó á vivir en comunidad, y á otros, que parecian mas perfectos, en separadas celdas como anacoretas. Su regla fue deducida principalmente de la de san Pacomio. No puede hacerse descripcion mas preciosa que la que san Hilario hizo de las virtudes excelentes de esta compañía de Santos, especialmente de la caridad, concordia, humildad, compuncion y devocion que reinaban entre ellos bajo la direccion de nuestro santo Abad. Este por mandato superior fue consagrado arzobispo de Arles en el año de 426, y murió exhausto con sus austeridades y trabajo apostólico en el de 429. El estilo de sus Epístolas era claro y afectuoso; fueron escritas con admirable delicadeza, elegancia y dulzura, como nos asegura san Hilario : y es digna de lamentarse la pérdida de estos preciosos monumentos. Su tumba se muestra vacía bajo del altar mayor de la iglesia de su nombre en Arles, habiendo sido trasladado su cuerpo á Lerins en el año de 1391, donde la mayor parte se conserva. Es digno de verse su panegírico, escrito por su discípulo, hombre sabio y sucesor suyo, san Hilario de Arles, pieza de las mas finas y acabadas que se hallan en su especie. (Ribet. *Hist. lit. t. 2, p. 156*).

La Misa es en honor de san Marcelo, y la Oracion es la que se sigue :

Preces populi tui, quaesumus, Domine, clementer exaudi, ut beati Marcelli, Martyris tui atque Pontificis meritis adjuvemur, cujus passione laetamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que os digneis de oir misericordiosamente las oraciones de vuestro pueblo, para que seamos ayudados por los merecimientos del bienaventurado pontífice Marcelo, vuestro mártir, de cuya pasion nos alegramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la segunda á los Corintios del apóstol san Pablo en el capítulo I.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quae operatur tolerantiam earundem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones: para que nosotros podamos consolar á aquellos que se hallan en iguales aflicciones, con la misma exhortacion que lo somos por Dios. Porque así como abundan en nosotros las pasiones de Cristo, del mismo modo superabunda nuestra consolacion por este Señor: ya seamos atribulados por vuestra exhortacion y salud; ya consolados por vuestra exhortacion y salvacion, en todo solicitamos daros ejemplo de tolerancia en las mismas pasiones que padecemos: para que con vuestro sufrimiento viva nuestra esperanza mas segura por vosotros: sabiendo, que así como sois socios en el padecer, lo seais en la consolacion en Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

El Padre de las misericordias, el Dios de todo consuelo es nuestro Padre. ¡Y con todo eso hay hombres miserables entre los Cristianos! Esta parece paradoja, y con efecto lo es. Hay miserias, hay trabajos, hay adversidades en la tierra, es verdad: las cruces, las espinas nacen, digámoslo así, debajo de nuestros piés: vivimos en la region de las lágrimas. Pero si el Dios de todo consuelo se obliga á consolarnos en todas las tribulaciones de la vida; ¿quién puede tener lástima de nosotros? ¿Ignorará por ventura el modo de consolarnos? ¿Faltarále el poder? ¿ó se podrá recelar que se olvide de su palabra? A los ojos de tal Padre, ¿qué cosa nos puede faltar, ni de qué tenemos que temer? ¿Puede un cristiano no vivir consolado en sus trabajos? Las dulzuras espirituales inundan á torrentes las almas de los fieles; pero es menester ser verdaderamente fieles para gustar estas dulzuras.

Fue infeliz, fue desgraciado el hijo pródigo, es verdad; pero lo fue cuando estaba fuera de la casa de su padre. Perecia de hambre; pero era cuando se hallaba en país extraño. Vióse reducido á la úl-

tima miseria; pero fue después de haberse abandonado á los mayores desórdenes. Vuelve de sus desvaríos, y al instante olvida sus miserias. No puede ser miserable el que tiene por padre al Dios de toda consolacion; pero es menester no degenerar; es menester vivir como hijo de tal Padre; es menester que un Padre tan bueno nos reconozca por sus hijos.

Cuanta mas parte tuviéremos en la pasion de Jesucristo, dice el Apóstol, mas parte tendrémos en los consuelos que nos vendrán por el mismo Jesucristo. Muchos quieren seguir al Salvador sin tener parte en sus tormentos: ¿pues qué mucho, que no la tengan en sus consuelos? Para tener parte en los dolores de Jesucristo es menester que Jesucristo los tenga en los nuestros; quiero decir, es menester sufrirlos segun el espíritu y por amor de Jesucristo. Los dichosos del siglo no son objeto de envidia á los que tienen fe. El mismo padecer sin consuelo es gran dulzura, cuando se padece para satisfacer á la divina Justicia por tanto número de pecados, y por imitar y seguir á Jesucristo que tanto padeció por nosotros. Una alma justa en su misma confianza y en su mismo amor de Dios encuentra un fondo de dulzura y de consuelo que jamás se agota.

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: Qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos las máximas necesarias para conseguir la vida eterna, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame; porque el que quiera salvar su alma, la ha de perder (esto es, retraer de las delicias del siglo); y el que así la perdiere por mí, la ganará. ¿De qué aprovecha al hombre lograr todas las cosas del mundo, si pierde el alma? ¿ó qué equivalente dará por ella el hombre? Sabed: que el Hijo del Hombre ha de venir al juicio universal en la gloria de su Padre con sus Ángeles: y entonces remunerará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De la importancia de la salvacion eterna.

Punto primero.—Considera si tienes algun otro negocio de ma-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

yor importancia, si le tienes de tanta consecuencia, ó si puedes tener jamás negocio que te interese tanto como el de tu salvacion.

No se trata ahora de perder ó ganar un pleito en que se atraviese toda tu hacienda. Tampoco se trata de ser ó no ser feliz por toda la vida. Á la verdad este seria un punto de grande interés para tí; pero no seria de una gran consecuencia infinita. Ser en todo desgraciado, padecer trabajos hasta la muerte, en realidad no seria poca desdicha; pero al cabo podria tener algun remedio. Mas ahora se trata de una felicidad ó de una infelicidad eterna. Trátase de poseer á Dios eternamente en la dichosa estancia de los bienaventurados, ó de ser precipitado en los infiernos, condenado sin remedio á las llamas eternas. De esto se trata cuando se habla del gran negocio de la salvacion. Pregunto: ¿es de alguna consecuencia, y merece nuestra aplicacion este importante negocio?

Al fin el hombre muere. ¡Ah! ¿y de qué le servirá en la hora de la muerte haber sido rico, poderoso y feliz, segun la idea de los hombres del mundo? El hombre muere; y con la muerte todo esto se pierde, todo se deja. La vida mas feliz y mas larga en aquella hora parece un sueño. El hombre muere; y en la muerte nobleza, dignidades, honores, todo desaparece; todos son títulos vanos. ¿Y qué comenzaré yo á ser después de la muerte? Si soy santo, esta sola cualidad me indemniza con ventajas de la pérdida de todos los demás bienes. Pero si me condeno, si el infierno va á ser desde este punto mi eterna habitacion, ¿quién me consolará en la desgracia de mi triste suerte? ¿quién me indemnizará de tan gran pérdida, de una pérdida que es obra de mis manos, de una pérdida sin remedio y sin consuelo?

¡Y después de esto se piensa en el negocio de la salvacion tan á sangre fria! ¡Y se deja pasar un dia entero sin pensar en este negocio! ¡Y quizá harémos nosotros mismos estas reflexiones sin ser por eso mas cuerdos!

¡Ó Dios! ¡y cómo lloro ya mi error y mi ceguedad! La mayor parte de mis dias se han pasado, y acaso no he dado principio á trabajar en este negocio. Pero ¿qué no mereceré si dilato un solo dia el trabajar en él?

Punto segundo.—Considera ¿de qué servirá en el estado presente á los condenados haber tenido grandes rentas, haber disfrutado grandes títulos, y haber poseido estados muy opulentos? ¿Qué equivalente puede tener el haberse perdido para siempre? Yo he perdido

el cielo: yo he perdido á Dios. Luego todo se ha perdido para mí, y se ha perdido todo sin remedio.

¡Ah, y cuánto ganaron tantos millones de Mártires, que perdieron la vida por amor de Jesucristo! Un suplicio de algunos momentos, y á lo mas de algunos dias; pero aun cuando se hubiera pasado muchos años en los mayores tormentos, las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion con la gloria futura. ¿Puede nunca parecer muy costosa, puede comprarse muy cara la felicidad que consiste en la posesion del mismo Dios? ¡Ah, Señor, y qué prudentes fueron aquellos Santos, aquellas personas penitentes y mortificadas, que lo sacrificaron todo para asegurar su salvacion! Grande á lo del mundo; hombre dichoso á lo del siglo: ¿tus máximas y tu conducta tocante al negocio de tu salvacion te acreditan de prudente?

Papa era san Marcelo, y después de haber padecido un penoso destierro y muchos tormentos por la fe de Jesucristo, fue condenado á pasar los dias de su vida en un establo hediondo. Pero ¿ha soñado alguno en tener lástima de su suerte? Encuentra la gloria del martirio en aquella asquerosa prision. ¡Ah! que el perder la vida por Dios es hallarla con ventajas. ¡Qué poca atencion merece su mas sólido, su verdadero interés á aquellas almas delicadas y mundanas que pasan su vida en los deleites!

El rico avariento es sepultado en el infierno: el mendigo, el leproso Lázaro pasa desde el hospital á la gloria. Que uno sea pobre, desconocido, despreciado, si se salvó hizo su fortuna. La salvacion lo suple todo; y sin la salvacion la mas alta fortuna es nada.

Divino Salvador mio, mucho te he costado yo para que me dejes perder. Confieso con un vivo dolor que lo tengo bien merecido, y que mi pérdida será acaso inevitable, si desde este mismo punto no trabajo en el negocio de mi salvacion mejor que lo que he trabajado hasta aquí. Pero esto es hecho, Señor, tomado está mi partido. Desde este momento será mi salvacion el objeto de todos mis cuidados, de todos mis deseos, de toda mi aplicacion. Este es mi único negocio, no quiero aplicarme á otro de hoy en adelante; porque, hablando propiamente, tampoco tengo otro negocio que me importe, y así este solo se ha de llevar todos mis desvelos. *Porro unum est necessarium.*

Jaculatorias. —¿De qué me aprovecha ganar todo el mundo, si yo me pierdo? (*Matth.* xvi).

¿Qué equivalente puede haber que valga la salvacion de mi alma? (*Id. ibid.*)

PROPÓSITOS.

1 Renueva cada dia al levantarte de la cama esta jaculatoria; y cuando vas á emplearte en lo que corresponde á tu ministerio, cuando comienzas alguna accion, cuando das principio á alguna obra, repite muchas veces: *Quid prodest homini, si universum mundum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur*? ¿De qué me servirá todo esto, si no trabajo para mi salvacion? Este es un ejercicio utilísimo y muy conveniente á todo género de personas.

2 Imponte una ley inviolable de practicar cada mes un dia de retiro. No es mas que un solo dia: ¿y quién podrá racionalmente negarse á dedicar un dia cada mes al importante negocio de la salvacion, cuando él solo está pidiendo de justicia que se dedique á él toda la vida? Hállase tanto lugar para los negocios temporales, para las diversiones, para los amigos; ¿y solo ha de faltar tiempo para trabajar en la salvacion del alma? Casi toda la vida se pasa en ajustar cuentas, en examinar libros, en adelantar caudales, en percibir intereses. Pues ¿será mucho emplear un dia cada mes en repasar las cuentas que debemos dar á Dios; en examinar el estado de nuestrá conciencia, el uso de los talentos que hemos recibido, y en discurrir arbitrios para reparar las pérdidas espirituales que se han hecho? Puédese decir sin temeridad, que de este importante ejercicio pende la perseverancia y la salvacion de muchos.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

San Antonio, abad, en la Tebaida, padre de muchos monjes, muy celebrado por su santidad de vida y milagros, y cuyos hechos recopiló san Atanasio en un insigne libro: su cuerpo fue hallado por revelacion divina, y trasladado á Alejandría á la iglesia de san Juan Bautista, siendo emperador Justiniano. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los tres santos hermanos gemelos Espeusipo, Eleusipo y Meleusipo, en Langres de Francia, los cuales con su abuela Leonila recibieron la corona del martirio en tiempo del emperador Marco Aurelio.

La invencion de los santos mártires Diodoro, presbítero, Mariano, diácono, y sus compañeros; los cuales estando celebrando en el cementerio del Arenal la fiesta de los Mártires, en tiempo del papa san Esteban, les cerraron la puerta los perseguidores; y echándoles encima desde lo alto una gran canti-

dad de tierra, quedaron ahogados, consiguiendo así tambien la palma del martirio.

La inhumacion de san Sulpicio, obispo, en Bourges de Francia, llamado el Piadoso, cuya vida y preciosa muerte fue aprobada con gloriosos milagros.

Los santos monjes Antonio, Merulo y Juan, en Roma, en el monasterio de San Andrés, de los cuales escribió el papa san Gregorio.

SAN ANTONIO, ABAD.

El grande san Antonio, á quien venera la Iglesia como Patriarca de todos los cenobitas, esto es, de los religiosos que viven en comunidad debajo de una misma regla y en un mismo convento, nació al mundo el año de 251. Era natural de Como, lugar pequeño cerca de Heraclea en el superior Egipto. Sus padres fueron cristianos muy ricos y muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad. Dedicáronse á la buena educacion de su hijo como á una de sus primeras obligaciones, tomándola con tanto empeño que no le permitian tratar con persona alguna, sino con los de su familia, pareciéndoles importaba menos que no saliese tan instruido en las buenas letras, que el que aprendiese á ser menos inocente en las costumbres.

Los grandes principios de religion que le inspiraron, y las bellas lecciones que le dieron, lograron todo el efecto que se podia desear. Su modestia y su respeto en las iglesias, su frecuencia en la oracion, la grande atencion con que leia el Evangelio, su docilidad, la dulzura y suavidad de su genio, su tierna devocion en aquella primera edad fueron presagios de la eminente santidad á que habia de llegar después.

Habiendo muerto sus padres, cuando Antonio contaba solos veinte años de edad, se halló heredero de una rica herencia, y con el cuidado de una hermana de pocos años. Yendo un dia á la iglesia, como lo tenia de costumbre, iba considerando por el camino como los Apóstoles lo habian dejado todo por amor de Jesucristo, y aquel desasimiento con que los primeros fieles vendian sus bienes, y distribuian el precio entre los pobres. Ocupado en estos pensamientos, entró á la iglesia á tiempo que se leia aquel lugar del Evangelio en que Jesucristo dice á un rico: *Si quieres ser perfecto, vé, y vende todo lo que tienes, y hallarás un tesoro en el cielo.* Movido Antonio de esta lectura, no dudó que era inspiracion de Dios la que le hablaba. Apenas salió de la iglesia, cuando poniendo en depósito seguro el dote de su hermana, añadiendo lo que le pareció conveniente de

su mismo patrimonio, se reservó para sí una porcion muy moderada, y vendiendo el resto de sus bienes en la misma hora, repartió el precio entre los pobres.

Pocos dias después volvió á la iglesia, y habiendo oido cantar aquel otro lugar del Evangelio en que el Señor previene á sus discípulos que no tengan cuidado de lo que han de comer el dia siguiente, le pareció que la reserva que se habia hecho era falta de confianza en Dios; y arrepintiéndose de ella, al punto repartió tambien entre los pobres los pocos bienes que se habia reservado; puso á su hermana en compañía de unas doncellas virtuosas, que la criaron con mucha piedad, y dejando su casa, se retiró á un sitio no muy distante del lugar; porque todavía no se habia introducido la costumbre de que los solitarios viviesen muy separados de las poblaciones, ó solos en los desiertos.

Escogió por guia y por maestro, en la nueva carga que comenzaba, á un santo viejo que desde su juventud se habia retirado á la soledad. Admiraron al maestro los progresos del discípulo. No sabia estar ocioso. Empleaba en el oficio manual, ó en el trabajo de manos, el tiempo que no ocupaba en la oracion. Su humildad, su modestia, su dulzura, su devocion, su igualdad de ánimo le hicieron tan amable á todos los solitarios, que comunmente le llamaban *el amado de Dios.*

Envidioso el demonio de los progresos que hacia, movió todas sus máquinas para disgustarle de la vida que habia emprendido. Púsole delante de los ojos los grandes bienes que habia abandonado, la flor de su juventud, la debilidad de su temperamento, los peligros de su hermana, la nobleza de su sangre, los horrores del desierto, las molestias y los riesgos de una larga soledad. Viendo frustrados todos sus artificios, le atacó por otro camino: puso en ejercicio todas las armas de la sensualidad, insultos de la imaginacion, torpezas del pensamiento, rebeldías de la carne: pero Antonio resistió con valor á todos estos ataques; y para cobrar nuevas fuerzas con que hacer frente á enemigo tan peligroso y tan porfiado, redobló los rigores de su penitencia, y consiguió una completa victoria.

Desde entonces no comió mas que una vez al dia después de puesto el sol, y no pocas veces pasaba tres dias enteros sin probar bocado. Su alimento era un poco de pan y sal, su bebida un poco de agua, su cama una estera, su sueño cási ninguno, porque pasaba en oracion la mayor parte de la noche.

Al paso que crecian sus austeridades, se aumentaba tambien su

fervor. Deseando negarse á toda comunicacion humana, se fué á encerrar en una sepultura distante de la ciudad, cuya puerta solo se franqueaba á un amigo suyo, que de tiempo en tiempo le traia algunos panes; pero allí mismo le supo hallar el demonio. Queriendo Dios probar la virtud y la paciencia de su fiel siervo, y confundir á un mismo tiempo al espíritu de las tinieblas con la magnanimidad de aquel mancebo, héroe de la Religion, permitió que el demonio le atormentase tan cruelmente y de tantas maneras, que después de haberle maltratado un dia con desapiadados golpes, le dejó tendido en el suelo, cási sin señal de vida. El amigo del Santo le halló en este estado el dia siguiente, y le condujo á la iglesia de una aldea vecina, donde le tuvieron por muerto. Hácia la media noche volvió en sí, pero tan léjos de acobardarse, que suplicó á su amigo le restituyese á su sepultura, con tantas instancias, que no se pudo resistir.

Esta resolucion tan generosa confundió de tal manera al enemigo comun, que no teniendo mas licencia para maltratarle con golpes, empleó toda su rabia en atemorizarle con temerosos aullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas y con fantasmas extraordinarias. Parecia que todo el aire estaba lleno de animales de extraña figura y bestias feroces, que iban á despedezarlo. Pero Antonio, colocada en Dios toda su confianza, se burlaba de tanto esfuerzo ridículo. «Muy flacos y muy cobardes debeis de ser (decia burlándo-«se á los espíritus malignos) cuando sois tantos contra un hombre-«cillo solo; pero un hombrecillo, que toda su fuerza la tiene afian-«zada en la gracia del Salvador. Si teneis poder para hacerme mal, «aquí estoy, no es menester tanto ruido. En vano pretendeis con-«mover y arruinar el duro techo de esta sepultura, porque el Se-«ñor es mi ayuda, y yo me burlaré de todos mis enemigos.» Dijo, y haciendo la señal de la cruz, como refiere san Atanásio, puso en vergonzosa fuga á todos los demonios. Entonces levantando los ojos al cielo, descubrió un hermoso rayo de luz, que se desprendia hácia él, y haciéndole sentir el Señor los dulces efectos de su amorosa presencia: *¿A dónde estábais, amado Jesús mio*, exclamó el Santo, *á dónde estábais durante el tiempo de esta tempestad?* Y oyó una voz que le respondia: *Contigo estaba, hijo mio Antonio, mirando tu pelea, y siendo testigo de tu valor: y pues has sido tan fiel, yo te prometo mi singular proteccion, y tú quedarás siempre vencedor de todos tus enemigos.*

Levantóse Antonio para rendir gracias á Dios, y sintiéndose con

mas fuerzas que nunca, partió desde la mañana siguiente á lo mas interior del desierto, á donde le destinaba la divina Providencia para ser padre y modelo de tantos santos solitarios. Era á la sazon de solos treinta y cinco años. Pasó el rio Nilo cerca de Heraclea, y reparando que sobre una montaña se descubrian las ruinas de un edificio antiguo, escogió aquel sitio para su habitacion. Allí se mantuvo veinte años, haciendo vida de ángel, á pesar de los artificios y de los esfuerzos que hizo el espíritu de las tinieblas para inquietarle.

Quisiera vivir oculto y desconocido en el mundo; pero no lo pudo conseguir, porque no obstante las diligencias que practicó para lograrlo, sus amigos antiguos le buscaron, y al cabo le vinieron á encontrar en su montaña. Resistióse al principio á recibirlos; pero finalmente fue necesario ceder á su perseverancia. Salió Antonio de su gruta como de un santuario donde el Señor le habia llenado de su espíritu. No le hallaron inmutado sus amigos, aunque por espacio de treinta y cinco años se habia entregado á todos los rigores de la mas austera penitencia. Tenia el semblante tan sereno y tan hermoso como en sus primeros años, el ánimo tan tranquilo, el trato tan afable, el genio tan apacible, y todos sus modales tan gratos como siempre.

Aunque todo su consuelo y todas sus delicias eran la oracion, la contemplacion y el retiro, jamás dió la menor señal de repugnancia de verse rodeado de tanta gente, ni manifestó la mas leve vanidad ó complacencia de verse tan admirado, ni se hizo de rogar para responder á cuantas preguntas le hacian. Abrasado su corazon en el fuego del amor divino, comunicó luego sus incendios á los corazones de todos los que le escuchaban. Hablóles con tanta elocuencia, con tanta energía sobre las verdades de la Religion, sobre la nada de los bienes caducos, sobre los falsos atractivos de los deleites, sobre los horrores de la muerte, sobre la brevedad de la vida, que mas de doscientas personas se resolvieron á abandonarlo todo, y á quedarse con él en aquella soledad, para atender únicamente al negocio de su eterna salvacion. Pudo mas con Antonio el celo de las almas, que el amor al retiro. Edificáronse muchas celdas cerca de la suya, y no pudo el Santo negarse á enseñar, y á dirigir á aquellos nuevos discípulos por el camino del cielo, en el cual estaba tan instruido.

Extendióse la fama de san Antonio por África, Italia, Francia, y cási por todo el mundo el gran poder que Dios le habia concedido sobre los demonios, el don de profecía y el de milagros, y concur-

rieron á él de todas partes innumerables discípulos. Halláronse bien presto poblados aquellos vastos desiertos; edificáronse muchos monasterios, y en menos de diez años se contaron en ellos muchos millares de solitarios.

Creciendo todos los dias aquella religiosa república, se vió Antonio obligado á dedicar toda la atencion á su gobierno. Unas veces los instruia á todos en comun, otras en particular. Desengañaos, hermanos, les repetia con frecuencia, que para hacer progresos en la vida espiritual es menester hacernos cuenta, que cada dia comenzamos. Por mucho que se trabaje por Dios, no hay proporcion entre el premio y el trabajo. Si quereis vencer al demonio, amad á Cristo; orad mucho; mortificaos mucho, y sed humildes. El espíritu de las tinieblas teme á las almas puras. Nada le confunde tanto como la desconfianza de sí y la confianza en Dios.

Pero no solo habia destinado Dios á nuestro Santo para instruir á los solitarios: tambien le tenia escogido para confundir á los gentiles y á los herejes, y para alentar á los fieles en el rigor de las mayores persecuciones.

Llegando á noticia de Antonio, que eran conducidos á Alejandría muchos confesores de Cristo para quitarles la vida con los mas crueles tormentos, y temiendo que algunos flaqueasen en la fe á vista de los suplicios, partió al punto del desierto para asistirles en las prisiones. Pretendieron estorbarlo los tiranos, mandando, pena de la vida, que se retirasen todos los solitarios. Pero despreciando Antonio la suya, no abandonó á aquellos generosos confesores hasta que consumaron el sacrificio; y no dependió de él que no le hubiese tocado la misma dichosa suerte.

Crecia en nuestro Santo el amor al retiro en medio de los tumultuosos ejercicios de la caridad; y apenas estuvo de vuelta en el desierto, cuando resolvió buscar otra soledad mas apartada. Llegáronlo á entender sus discípulos, y siempre se lo embarazaron con varias piadosas artes. A esto se añadió que las grandes necesidades de la Iglesia no le permitieron gozar largo tiempo de la quietud de su celda. Obligáronle los obispos á volver á Alejandría, donde fue recibido con extraordinarios honores, no solo de los Católicos, sino tambien de los herejes, y hasta de los mismos paganos, que admiraban tanto su virtud como sus milagros. En el poco tiempo que se detuvo en aquella ciudad convirtió á muchos gentiles, y confundió á los filósofos con la fuerza de sus argumentos.

Vuelto Antonio al monasterio, tuvo una inspiracion para que fue-

se á buscar á san Pablo en lo mas interior del desierto. La vista, la conversacion, y la muerte de aquel grande ermitaño encendieron mas su celo y su fervor. Otra vez tuvo necesidad de volver á Alejandría para hacer que la Religion triunfase en aquella populosa ciudad. Quedó desarmada la herejía arriana á vista de aquel ilustre anciano, á quien el puro amor de la verdad habia sacado de su amado desierto á los ciento y cuatro años de su edad, para combatir contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, y para trabajar en restituir la paz á la Iglesia.

Sábese que Constantino el Grande y sus hijos escribieron al Santo cartas muy afectuosas, como á su padre espiritual, mostrando gran deseo de recibir sus respuestas. Respondió á ellas Antonio; pero cuando llegó á entender que los herejes, abusando de la sinceridad y de la poca instruccion de los emperadores en puntos de religion, pretendian engañarlos, no esperó á que le escribiesen. Él mismo se anticipó, y sabiendo que el emperador Constantino se habia dejado prevenir por los Arrianos contra san Atanasio, le escribió con tanta viveza y con tan religioso encendimiento, que mostró bien así la pureza, la generosidad de su celo, incapaz de andarse en contemplaciones con los herejes, ni con los que fuesen sospechosos en la fe. El mismo celo le hizo escribir aquella otra carta tan ardiente á Gregorio, obispo arriano, que habiendo usurpado tiránicamente la iglesia de Alejandría, habia sido causa de que fuese expelido de ella su legítimo pastor.

En fin, abrasado este gran Santo en el amor á Jesucristo, encendido de una indecible ternura con la santísima Vírgen María, de quien era devotísimo, adornado del don de profecía y de milagros, siendo la veneracion de las cortes, y de cási todas las naciones del universo; el azote de los herejes; el terror de los demonios; el ornamento de la Iglesia; la maravilla del mundo; el asombro de su siglo; á los ciento y cinco años de su edad, habiendo pasado ochenta y cinco en los ejercicios de la mas rigurosa penitencia; después de haberse despedido tiernamente de sus amados discípulos, recibiendo de ellos los últimos abrazos, extendió sus piés, y dejando ver en su venerable semblante una extraordinaria alegría, á vista de los espíritus celestiales, que estaban presentes para ser testigos de su último aliento, entregó el alma á su Criador el dia 17 de enero del año de 356, que se contaba el noveno del imperio de Constancio. Sus discípulos ejecutaron religiosamente las órdenes que les dejó en su última voluntad ó especie de testamento. Mandó que entregasen

á san Atanasio una de sus túnicas y el manto con que murió; otra túnica la dejó á san Serapion, obispo de Thmuis, y ordenó que enterrasen su cuerpo en secreto, sin descubrir jamás á nadie el lugar de su sepultura. Con efecto, estuvo oculto por algun tiempo, pero luego fue celebrada en toda la Iglesia la memoria de este Santo, especialmente en Oriente, donde desde luego se comenzó á solemnizar su fiesta con la mayor celebridad.

Cerca de doscientos años despues fue descubierto el santo cuerpo. Hízose con gran pompa su traslacion á Alejandría; y despues á Constantinopla, cuando los sarracenos se apoderaron de Egipto. Últimamente, hácia el fin del siglo X, habiendo hecho el viaje de la Tierra Santa un caballero de Viena en el Delfinado, muy devoto de san Antonio, pasó á Constantinopla, y obtuvo del Emperador aquellas preciosas reliquias, que trajo consigo á Francia. Dió principio á la célebre iglesia de la abadía en una heredad suya, llamada la Mota, en la diócesis de Viena, que despues tuvo el nombre de san Antonio. El año de 1089 hizo grandes estragos en toda la Francia una enfermedad, llamada *fuego sacro;* y experimentándose que era eficacísimo remedio contra ella la invocacion de nuestro Santo, se comenzó á llamar el *fuego de san Anton.* Desde entonces fue prodigioso el concurso del pueblo á adorar las santas reliquias: lo que fue ocasion de que se fundase una nueva religion de clérigos regulares con el título de san Antonio, abad, que se hizo célebre en toda la Europa por su vida arreglada, y por su caridad inalterable.

SANTA ROSALÍA Ó ROSALINA, VÍRGEN.

De esta Santa solo se sabe, que fue monja cartuja, ignorándose las circunstancias de su vida.

La Oracion de la Misa es la que se sigue:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Antonii Abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado Antonio, abad, para conseguir por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del libro de la Sabiduría.*

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem

El justo es amado de Dios y de los hombres, cuya memoria permanece en

illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae et disciplinae.

bendicion. El Señor lo hizo semejante en la gloria á la de sus Santos, lo engrandeció, haciéndole temible á sus enemigos, y amansó á los monstruos con sus palabras. Glorificóle á presencia de los reyes, dióle preceptos á vista de su pueblo, y le manifestó su gloria. Por su fe y mansedumbre le hizo santo, y lo escogió entre toda la carne. Oyó pues, su voz; lo introdujo en la nube de su gloria; y le dió públicamente sus preceptos, con la ley de la vida y de la enseñanza.

REFLEXIONES.

¿De qué sirve ser amado de los hombres al que no lo fuere de Dios? ¿Y qué podrá contra nosotros el odio y la malicia de todos los hombres, con tal que Dios nos ame? Toda nuestra felicidad, toda nuestra dicha consiste en ser amigos de Dios.

¡Qué extravagantes y qué injustos suelen ser los hombres en sus amistades! ¡Cuánto suele costar el darles gusto! No siempre ganan su corazon los de prendas mas sobresalientes, los de mayor mérito. Lleno está el mundo de preferencias, en el amor inicuas y nada racionales. Muchas veces habrás trabajado, sudado, gastado tu hacienda y tu salud en el servicio de un grande, sin que te lo haya agradecido. Los hombres solo se aman á sí mismos. ¿Caiste en gracia de alguno? Poco ó nada es menester para perderla: y por leve que sea el motivo de la desgracia, siempre se sigue á ella primero la tibieza, y después la frialdad.

¿Qué amistad hay en el mundo sincera y pura? No hay otro nudo para estrecharla, que el interés, ó la pasion. Si aquel se muda, si esta se templa ó se irrita, acabóse la amistad. Ningun amigo hay, que no esté en vísperas de dejar de serlo. La mas fuerte amistad entre los hombres puede poco, y pende de cási nada.

No es así en la amistad de Dios. Es sincera, desinteresada, benéfica. Amaráme Dios en viendo que yo le amo. Solo con querer darle gusto, se le doy; y no puedo desagradarle sino con el pecado. Toda mi felicidad y toda mi gloria es su amistad; y toda mi suma desgracia será perderla.

Hablando con propiedad, no hay otra gloria verdadera que la de los Santos. La gloria del mundo es humo, y no es mas. Aquellos hombres que en el mundo adquirieron grande gloria, que por ella se

llamaron hombres grandes; si no fueron santos, si no se salvaron, ¿qué es lo que ahora les resta de esa gloria? Desengañémonos, que nada es mas digno de nuestro respeto, de nuestra estimacion, que la santidad. Ella ennoblece á las personas mas viles. Un pobre pastor, si es santo, merece y recibe las adoraciones de los mayores monarcas; mientras los príncipes mas poderosos de la tierra están sepultados en un eterno olvido después de su muerte. Y si no fueron santos, ¿qué elogios merecen? ¿De quién podrán esperar veneraciones y cultos?

Todos amamos tanto la gloria. Pues ¿cuándo la buscarémos en su verdadera fuente? Ciertamente no hay que pensar encontrarla sino en la conformidad de nuestras costumbres con los preceptos de la Ley. No hay otro modelo que la vida de los Santos: no hay otra regla que el Evangelio. ¡Qué error! ¡qué locura! pretender que las máximas del mundo tengan parte en las reglas de las costumbres.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod praecinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam; et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En tiempo que Jesucristo predicaba su celestial doctrina, dijo á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y en vuestras manos hachas encendidas. Y sed semejantes á aquellos hombres, que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas: para que cuando venga y llame á la puerta, le abran al instante. Bienaventurados aquellos siervos, que cuando viniere su Señor les encontrare vigilantes. En verdad os digo: que en este caso se ceñirá él mismo, los hará sentar á la mesa, y pasando les servirá. Felices si así los encuentra, aunque venga en la segunda ó tercera vigilia de la noche. Tened esto entendido: porque si supiese el padre de familias la hora en que pudiera venir el ladron, velaria sin duda, y no le dejaria escalar su casa: estad prevenidos, porque el Hijo del Hombre vendrá en la hora que no pensais.

MEDITACION.

De la incertidumbre de la hora de la muerte.

Punto primero.—Considera que todos estamos ciertos que hemos de morir; pero todos ignoramos cuál será la hora de nuestra

muerte. Lo único que sabemos ciertamente es que podemos morir en cualquier hora; que este dia puede ser el último de mi vida, y que la hora presente puede ser la hora de mi muerte. Persuadidos de esta verdad infalible, ¿en qué fundamos nuestra seguridad? Creer y no temer; temer y no velar, ¿qué puede ser sino impiedad ó locura? ¡Qué! á todas horas puede llegar el Juez supremo para decidir de nuestra suerte eterna; ¡y no están las cuentas prevenidas! Seguramente no es tiempo de disponerlas cuando llegue la hora de darlas. Dispertar cuando el Amo llama á la puerta, ya es fuera de tiempo: era menester estar en vela, era menester estar ya prevenido para partir; era menester tener encendidas las lámparas cuando llegase el Esposo. No es entonces tiempo de ir á buscar el aceite; ni tampoco basta tener provision de óleo, si está apagada la lámpara. Menester es estar siempre en estado de gracia, velar sin cesar; porque á no ser así, corremos evidente peligro de ser sorprendidos.

¿Cuántos años há que yo me hallo en esta dichosa disposicion? ¿Podrá Dios venir cuando fuere servido; en la segunda, en la tercera vigilia, como en la primera? ¿Hallaráme prevenido para comparecer en su presencia con fundada confianza? ¡Ah! ¡dónde estaria yo ahora si el Señor hubiera ya venido! ¡Mi Dios, en qué error, en qué peligro he vivido hasta aquí! Nunca me halló el mundo dormido para sus negocios; pero ¿cuándo me halló Dios despierto para el mio?

¡Ó gran Dios! ¡y en qué se pasa toda la vida! Gimo, me estremezco solo de acordarme de mi modorra, de mi fatal letargo. Mas pues Vos, Señor, me despertais de él, por vuestra divina gracia haced que en adelante tenga siempre tan presente vuestra venida, que jamás me coja desprevenido.

Punto segundo. — Considera qué gran dicha es la de aquellos fieles siervos cuando viene el Señor, y los encuentra velando. ¡Qué alegría tambien para el Salvador del mundo el coger en ellos el fruto de sus trabajos y de su sangre, el poder derramar sobre sus almas el torrente de sus bendiciones, admitiéndolos al festin, y haciéndolos participantes de su gloria!

Pero, ¡y qué gozo para los mismos siervos fieles el no haberse dejado arrastrar de los falsos atractivos con que el mundo embriaga á sus secuaces! ¡Qué placer el no haberse dormido como tantos otros, que se dejaron vencer de la modorra!

El Señor siempre viene antes de lo que se piensa. ¡Qué alegría

la de haber estado en vela continuamente! ¡La de no haber perdido de vista ni un punto el importante negocio de la salvacion! ¡La de haber tenido presente dia y noche el pensamiento de la muerte! ¡La de haber perseverado en una vida inocente, y rica de buenas obras!

Pon los ojos en san Antonio en el último momento de su vida. Ochenta y cinco años habia que aquel siervo fiel estaba velando en el desierto, para esperar la venida del Señor. A los veinte años de su edad habia dejado el mundo, y habia conservado su inocencia con el continuo ejercicio de una penitencia rigurosa. Oh, ¡y con qué gozo vió que se acercaba ya el momento decisivo de su eterna felicidad! Él mismo consolaba á los que lloraban, porque le perdian. Muere con tanto consuelo, que la alegría que inundaba su alma, no cabiendo en ella, rebosa hácia afuera, y se comunica al semblante de su cuerpo moribundo. ¡Qué diferencia, buen Dios, qué diferencia entre Antonio al espirar, y todos esos aparentes dichosos del mundo cuando mueren! Oh, ¡cuántos duermen, por decirlo así, toda la vida! Pero ¡qué cosa tan terrible es no despertar hasta la hora de la muerte!

Dulcísimo Jesús mio, preservadme de esta desgracia. No, Señor, no habeis dilatado tanto tiempo vuestra venida, sino para darme lugar á que me disponga; á que me prevenga para recibiros. Bendita sea eternamente vuestra piedad, Padre de las misericordias. No, no abusaré ya mas de esta singularísima gracia: desde hoy en adelante quiero vivir como siervo que en todas las horas os aguarda.

Jaculatorias. —¡Gran locura el no pensar en la muerte! Esta noche, este dia puede ser el último de mi vida; y todo lo que con tanto afan he amontonado, ¿de qué servirá después? (*Luc.* xx).

Velad todos los dias, velad todas las horas, porque no sabeis ni la hora ni el dia en que habeis de morir, y podeis morir en este mismo dia, y en esta misma hora. (*Matth.* xxv).

PROPÓSITOS.

1 Además de la importante práctica de un dia de retiro cada mes, que es utilísima para prevenir las funestas consecuencias de una muerte repentina; una vez cada semana tendrás la meditacion sobre el ejercicio de la muerte. No emprendas cosa alguna de consideracion, no hagas viaje, ni te entregues á alguna diversion, por honesta, por decente que sea, sin decirte á tí mismo lo que el profeta

Isaías dijo á aquel otro rey de Judá: *Dispone domi tuae, quia morieris tu.* (*Isai.* XXXVIII). Mi fin se acerca; ¿tengo prevenidas todas las cosas? A toda prisa voy corriendo hácia la sepultura: desde ayer acá estoy mas cerca de ella veinte y cuatro horas. El Señor no está léjos. Y aun puede ser que en esta misma hora me esté diciendo al corazon: pon en órden los negocios de tu conciencia, porque presto morirás.

2 Siempre que recibas los Sacramentos no dejes de hacerlo como si fuera la última vez que los habias de recibir. Una confesion como si fuera la última, y una comunion como si fuese el Viático, no pueden dejar de ser muy eficaces. En tomando todas estas precauciones no hay riesgo de que el Señor nos coja desprevenidos. Este es uno de los ejercicios piadosos mas importantes. Ten presente que es artículo de fe que hemos de morir en la hora en que menos lo pensemos: *qua hora non putatis.* (*Luc.* XII). No limites únicamente al uso de los Sacramentos un ejercicio tan útil. Nada emprendas durante la vida, que no lo mires como lo mirarias en la hora de la muerte. Eleccion de estado, negocios de importancia, comercios, cargos, pleitos; quien no se quisiere engañar, todo lo ha de mirar como si estuviera para morir. En vida se miran las cosas á mala luz: para verlas como son, es menester considerarlas á la luz de la candela.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

La Cátedra de san Pedro, apóstol, en Roma, en memoria del establecimiento de su silla en esta ciudad.

El martirio de santa Prisca, vírgen y mártir, en Roma, la cual después de muchos tormentos recibió la corona del martirio siendo emperador Claudio. *(Véase su vida en las de este dia).*

El triunfo de los santos mártires Moseo y Ammon, soldados, en el Ponto, los cuales fueron condenados á las minas, y luego quemados vivos.

San Atenogenes, en el mismo Ponto, antiguo teólogo, que estando para consumar el martirio en la hoguera, cantó alegremente un himno que dejó escrito á sus discípulos.

San Volusiano, obispo en Tours de Francia, que habiendo sido cautivado por los godos, murió en un destierro.

San Leobardo, el Emparedado, en la misma ciudad, ilustre en admirable abstinencia y humildad.

San Deicolo, abad, en Bretaña, discípulo de san Columbano.

Santa Liberata ó *Librada*, vírgen, en Como *de Lombardía.*

LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO, EN ROMA.

Habiendo querido Dios que aquella misma Roma, que por espacio de tantos siglos habia sido la maestra del error, el centro de la supersticion, y el asiento del paganismo, fuese después la maestra de la verdad, la silla de la fe, la cabeza de la Religion, y la madre comun de todas las Iglesias; era conveniente que todos los fieles celebrasen la época de esta felicidad, y que cada año se solemnizase el nacimiento de aquella primera Iglesia del mundo, ó por mejor decir, el dia en que se estableció la fe de la Iglesia universal en Roma, como en el centro de su unidad. Este es propiamente el espíritu de la presente festividad, tan antigua en toda la Iglesia.

Es, pues, la fiesta de la Cátedra de san Pedro en Roma el aniversario, ó la memoria de aquel afortunado dia en que san Pedro, después de haber fundado la iglesia de Antioquía, vino á establecer su silla en la capital del universo, convirtiéndola en cabeza de todo el orbe cristiano. Sucedió esto cerca del año 48 de Jesucristo, hácia el fin del segundo del emperador Claudio, y cuando comenzaba el imperio de Neron. Veinte y cinco años regentó san Pedro esta cátedra romana, y coronó en la misma ciudad sus apostólicos trabajos con un glorioso martirio.

Pero no solo celebra en este dia la Iglesia la memoria del establecimiento de la silla apostólica en la ciudad de Roma, sino que al parecer comprende tambien en la misma festividad aquella gloriosa confesion que hizo san Pedro de la divinidad de Jesucristo, y el nombramiento que después de esta solemne confesion hizo Cristo de san Pedro para Vicario suyo en la tierra, cabeza visible, y piedra fundamental de su Iglesia, perpetuándolo en él y en todos sus sucesores. Por esto sin duda cuando se celebran en un mismo dia las dos Cátedras de Antioquía y de Roma, como se observó por algun tiempo, se contentaba la Iglesia con querer solemnizar el obispado de san Pedro en general: y en este sentido el autor de la carta que se atribuye á san Agustin, dice que se celebra en este dia la Cátedra de san Pedro, porque en él fue cuando el Apóstol ascendió al trono del pontificado. Llamaron, dice, nuestros padres á la solemnidad de este dia la Cátedra de san Pedro, porque se asegura, que en este mismo dia el Príncipe de los Apóstoles tomó posesion de la silla episcopal: *Ideo quod primus Apostolorum Petrus hodie Episcopatus Cathedram suscepisse referatur.*

Sin duda que por este mismo motivo, á ejemplo de la fiesta anual de la dedicacion de las iglesias, se obligaba á los sumos Pontífices, y aun tambien á los prelados inferiores, á que celebrasen cada año el dia de su consagracion.

San Leon, papa, en el sermon que hizo en honor del Príncipe de los Apóstoles, dice ser muy conveniente que aquella misma ciudad, que era cabeza de todo el mundo, fuese tambien el centro de la Religion, para que colocada en ella la luz de la verdad, criada para alumbrar y para salvar al mundo todo, se difundiese mas eficazmente á todas las partes del universo. Y añade, que el Príncipe de los Apóstoles, después de haber conducido la luz de la fe en toda Judea, después de haber fundado la Iglesia en Antioquía, y predicado en Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, vino á colocar su silla en la misma Roma, y levantó sobre el Capitolio el trofeo de la cruz de Jesucristo.

El segundo concilio Turonense, que se celebró el año de 567, habla de esta fiesta como tan antigua, que ya se habian introducido en ella algunos abusos, á los cuales era menester poner remedio.

¡Qué profanidad! ¡qué escándalo! exclaman los Padres del Concilio. ¿Es posible que entre los mismos fieles se hallen personas tan ciegas, que en el dia en que se celebra la Cátedra de san Pedro, dejándose llevar de una ridícula supersticion, ofrezcan viandas á los muertos; y apenas vuelven á sus casas después de haber asistido al santo sacrificio de la misa, se entregan á los errores y á las supersticiones de los gentiles; y lo que todavía causa mas horror, después de haberse alimentado con el precioso cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, manchan sus almas con los manjares que están dedicados al demonio? Pero oigamos las mismas palabras con que se explica el Concilio, porque son muy notables: *Sunt etiam, qui in festivitate Cathedrae Domini Petri Apostoli, cibos mortuis offerunt; et post Missas redeuntes ad domos proprias, ad Gentilium revertuntur errores; et post Corpus Domini sacratas daemoni escas accipiunt.*

Ya por aquel tiempo se celebraba esta fiesta, asistíase á la misa, comulgábase en ella. Pero, ¡qué impiedad! ¡dejarse después arrastrar de las ceremonias supersticiosas y paganas! ¡Buen Dios! ¡y qué campo tan fecundo de provechosas reflexiones para los herejes, que se burlan de la misa, y que niegan la real presencia del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía! Pero, ¿qué copioso manantial de no menos importantes reflexiones para muchos malos católicos, que después de haber celebrado ó asistido á los mas sacrosantos misterios, pasan inmediatamente á las obras mas profanas; desde el templo al

teatro, desde la comunion á los banquetes, desde el sermon á las conversaciones mundanas, al juego, al baile, y á otros entretenimientos indignos de cristianos?

Muchas iglesias particulares celebraban esta fiesta en dias diferentes: algunas confundian las dos Cátedras de Antioquía y de Roma. Para remediar uno y otro inconveniente, el papa Paulo IV fijó la fiesta de la Cátedra romana al dia 18 de enero, por una bula que expidió en 13 del mismo mes el año de 1558. En ella dice, que no pretende introducir alguna fiesta nueva, pues no hace mas que restablecer ó confirmar una solemnidad que ya se celebraba en la Iglesia desde los primeros siglos, señalando para ella el dia 18 de enero, como lo practicaban los Padres mas antiguos de la misma Iglesia.

Consérvase todavía en Roma la misma cátedra donde se sentaba san Pedro, grosera por el arte, y pobrísima por la materia; pero preciosísima para la veneracion de los fieles, que deben mirar con la mayor estimacion y respeto todo lo que sirvió al Príncipe de los Apóstoles.

SANTA PRISCA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Era una noble romana, que después de muchos tormentos acabó su triunfo con el cuchillo en el año de 275. Sus reliquias se conservan en Roma en la iglesia de su nombre, que da título á un cardenal: de ella se hace mencion en el Sacramentario de san Gregorio; y en cási todos los Martirologios del Occidente. Las actas de su martirio no merecen particular atencion. San Pablo en el último capítulo de su Epístola á los romanos saluda á Áquila, natural del Ponto, de familia judía, y á Priscilla, á quienes él y todas las iglesias daban gracias, por haberse estos expuesto por amor de ellas. Hace mencion de una iglesia que formaban en sus propias casas, cuyo hecho no atribuye el Apóstol á otro alguno de veinte y cinco cristianos á quienes saludaba, y estaban á la sazon en Roma. Esto conviene con la tradicion inmemorial que hay en Roma de que san Pedro consagró un altar, y bautizó allí en una pila de piedra, que aun se conserva en la iglesia de santa Prisca. Áquila y Priscilla son todavía venerados en ella como titulares patronos en compañía de nuestra Santa, y está bajo el mismo altar una parte muy considerable de sus reliquias. Áquila y Priscilla eran de oficio madereros, y vivian en Corinto cuando fueron desterrados de Roma en tiempo de Claudio: la que en los Actos de los Apóstoles se llama Priscilla, como tambien en la Epís-

tola á los romanos, y en la primera á los de Corinto, en la segunda á Timoteo es llamada Prisca.

La Oracion de la Misa es la que sigue:

Deus, qui beato Petro Apostolo tuo, collatis clavibus regni coelestis, ligandi atque solvendi Pontificium tradidisti: concede, ut intercessionis ejus auxilio à peccatorum nostrorum nexibus liberemur: Qui vivis et regnas...

O Dios, que con las llaves del cielo concediste á tu Apóstol el bienaventurado san Pedro la autoridad pontifical de atar y desatar, concédenos, que por su intercesion nos veamos libres de las ligaduras de nuestros pecados. Que vives y reinas, etc.

La Epístola es la primera del mismo apóstol san Pedro.

Petrus Apostolus Jesu Christi, electis advenis dispersionis Ponti, Galatiae, Cappadociae, Asiae, et Bithyniae, secundum praescientiam Dei Patris in sanctificationem Spiritus, in obedientiam, et aspersionem sanguinis Jesu Christi: gratia vobis et pax multiplicetur. Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in haereditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in coelis in vobis, qui in virtute Dei custodimini per fidem in salutem, paratam revelari in tempore novissimo. In quo exultabitis, modicum nunc, si oportet contristari in variis tentationibus: ut probatio vestrae fidei multo pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem, in revelatione Jesu Christi Domini nostri.

Pedro, apóstol de Jesucristo á los fieles dispersos en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, electos segun la predestinacion de Dios Padre para ser santificados por el Espíritu Santo, obedecer á Jesucristo, y ser rogados con su sangre: la gracia y paz se os multiplique. Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos reengendró por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos en una esperanza viva de gozar una herencia incorruptible, incontaminada, é inmarcescible, como se conserva para vosotros en los cielos, que por la virtud de Dios esperais por su fe la gloria preparada para revelarse al fin de los siglos, en la cual os alegraréis; pero por ahora conviene seais algun tanto contristados con varias tentaciones, para que la prueba de vuestra fe sea mucho mas preciosa que la del oro acrisolado por el fuego, y se encuentre digna de alabanza, gloria y honor al tiempo de manifestarse nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Los Santos no aciertan á desear otros bienes que los eternos, ni otras bendiciones que las celestiales. Como tienen conocida la vanidad y la nada de los bienes de la tierra, los reputan por objeto indigno de sus deseos. La paz del corazon se reserva únicamente para

los verdaderos fieles: los mundanos están agitados de muchas pasiones, y no pueden gozarla. Por mas que afecten, y quieran persuadir que tienen paz, *no hay paz en el corazon impío*, dice el Señor. Pero, ¡qué abundancia de bienes sobrenaturales, qué afluencia de consuelos interiores no se desprenden sobre el corazon puro que goza de esta celestial paz!

La diversidad de las naciones no se comunica al corazon ni al espíritu de los verdaderos fieles. Para ellos todas las naciones son una misma. Que sean del Ponto, ó de Bitinia, de Capadocia, ó del Asia, una es la fe que los alumbra, uno el espíritu que los anima, una la esperanza que los consuela, una la caridad que los estrecha: *Cor unum, et anima una.* Donde hay diversidad de opiniones, hay desunion en los ánimos, y altera la caridad. El espíritu de Dios es espíritu de paz.

Siendo reengendrados por la sangre de Jesucristo; ¡cuál debe ser la pureza de nuestras costumbres, la integridad de nuestros deseos, la santidad de nuestra vida! Y siendo reengendrados por una viva esperanza, *in spem vivam*; ¿cómo no suspiramos por aquella rica herencia, que no está sujeta á alterarse ni á corromperse?

Siendo destinados para moradores del cielo; ¿cómo es posible que nos agrade la tierra? La memoria de nuestra celestial patria no puede componerse con mirar con ojos enjutos y serenos el lugar de nuestro destierro. Sentados á la orilla del rio de Babilonia, de necesidad hemos de derramar torrentes de lágrimas, acordándonos de nuestra amada Sion. Así hablan los Santos: ¿pero hablan tambien así los hombres del mundo? Las adversidades, los trabajos de esta vida hacen saltar de alegría á los que únicamente viven para la otra. ¡Qué proporcion hay entre todo lo que se puede padecer aquí por Dios, y la recompensa de lo que se padece, que no es menos que la posesion del mismo Dios! Cierto estoy, dice el Apóstol, que las aflicciones del tiempo presente no tienen comparacion con la gloria futura que resplandecerá en nosotros. ¿Creemos este oráculo? ¿Y comprendemos todo lo que significa?

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore: Venit Jesus in partes Caesareae Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii vero Jeremiam,

En tiempo que Jesucristo pasó al país de Cesarea de Filipo, preguntaba á sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres es el Hijo del Hombre? Unos dicen, le respondieron ellos, que Juan Bautista, otros que Elías, otros que

aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Bar-Jona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in coelis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni coelorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in coelis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in coelis.

Jeremías, ó alguno de los profetas. ¿Y vosotros quién decís que soy? replicó el Señor. Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo, respondió Simon Pedro. Bienaventurado eres, le dijo entonces Jesús, Simon Bar-Jona (esto es, hijo de Juan) porque la carne y la sangre no te ha revelado (esta verdad), sino mi Padre, que está en los cielos: y yo te aseguro, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, contra la que no prevalecerán las puertas del infierno. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto ligares ó absolvieres en la tierra, se tendrá por ligado y absuelto en los cielos.

MEDITACION.

De la confesion de la fe.

Punto primero.—Considera que no basta creer: es menester que cada uno haga una pública y solemne profesion de lo que cree. Cristo no gustó de discípulos tímidos y mudos. Esta cobardía costó muy cara á san Pedro. ¡Desventurado de aquel que se avergüenza del Evangelio! Créese con el corazon para llegar á la justicia, y se confiesa con la boca para merecer la salvacion.

Siempre que no se vive arreglado á lo que se cree, hay temor, hay cobardía en declarar la religion que se profesa. No todos se hallan en ocasiones precisas de confesar la fe con la boca; pero ninguno puede dispensarse de confesarla con las costumbres. Si las obras desmienten la fe, no resta mas que una fantasma de católico. Si no hay mas que una fe puramente especulativa, esa tambien la tienen los demonios.

Bien puede uno confesar á Jesucristo, y no seguir sus máximas: pero ¿podrá ser verdadero fiel, no siguiendo las máximas de Jesucristo? Si yo estoy persuadido á que Jesucristo es el Hijo de Dios vivo; á que Jesucristo es mi Dios, ¿podré avergonzarme de ser reconocido por discípulo suyo? Y cuando se defiere tanto á los respetos humanos en perjuicio del Evangelio, ¿se conoce verdaderamente á Jesucristo?

Hay obligacion de confesar la fe en presencia de los tiranos, á pesar de las amenazas y de los suplicios. Aquellos que se avergüenzan de que los tengan por devotos, ¿tendrian valor para hacer esta con-

fesion? ¡Cosa extraña! ¡No se querria morir con una fe titubeante; y se vive por lo comun con una fe muerta! Cuando se examinan de cerca nuestras costumbres, ¿se podrá formar por ellas una grande idea de nuestra fe?

Punto segundo.—Considera que hay una fe de pura razon natural, que no se levanta sobre los sentidos, y consiguientemente que no es capaz de constituir un fiel verdadero. Lleno está el mundo de esta especie de fe; pero sus luces son muy naturales y muy débiles, para que puedan elevarse hasta la Divinidad.

¿Quién dice por ahí el mundo, que es el Hijo del Hombre? preguntaba Cristo á sus discípulos. La respuesta que le dieron descubre el carácter de la fe de los mundanos. Unos, discurriendo por su modo de vida y por su doctrina, creian que era Juan Bautista resucitado: otros, reflexionando únicamente sobre sus milagros, se persuadian que era Elías, ó alguno de los Profetas. Cuando no hay mas fe que la de una buena razon natural, no se adelanta mucho con ella.

La fe es una luz sobrenatural; y solamente los que están iluminados de ella exclaman con san Pedro: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.* Examinemos de qué naturaleza es la nuestra. Es la fe en cierta manera la medida del amor. Si amamos poco, vanamente nos lisonjearémos de que creemos mucho.

Una fe viva no está largo tiempo sin recompensa: *Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no te lo reveló la carne y la sangre.* El Padre celestial es el que comunica esta luz sobrenatural con abundancia: pero ¿hará mucha impresion en una alma arrastrada de los apetitos de la carne; en un corazon esclavo de las pasiones, y en un espíritu mandado por los sentidos? La confesion que hizo san Pedro, le mereció la augusta cualidad de Vicario de Jesucristo. Nuestra poca fe nos hace siervos inútiles. Tengamos una fe viva y generosa, y harémos milagros con ella.

Confieso, Salvador mio Jesucristo, que Vos sois mi Salvador y mi Dios. De aquí adelante será mi conducta la fiadora de mi fe. Poco os he amado, mal os he servido; porque hasta aquí solo he tenido una fe lánguida. Dadme una fe llena y generosa, y aumentad cada dia esta mi fe.

Jaculatorias.—Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. (*Matth.* xvi).

¿Á quién, Señor, acudirémos? si Vos solo sois el que teneis palabras de vida eterna. (*Joan.* vi).

PROPÓSITOS.

1 *El Credo* es la confesion de la fe. La costumbre de rezarle sin atencion y sin devocion, es causa de que se diga sin fruto y sin mérito. Á lo mas parece una oracion que se reza, y no una profesion de fe que se hace. Resuélvete desde hoy á no rezar jamás este compendio de los artículos de la fe, que no sea acompañándole con una confesion interior de lo que crees. Con el mismo espíritu debes ponerte en pié al Evangelio de la misa. No tengas esto por una ceremonia indiferente: es una profesion de fe muda, pero pública, con la cual se declara que se reconocen aquellas divinas palabras, como regla de nuestra fe y de nuestras costumbres. No solo en los cadalsos, y en presencia de los tiranos hay obligacion de hacer pública profesion de nuestra fe: tambien es menester que nuestras máximas y nuestras costumbres digan claramente la religion que profesamos.

2 Es una devocion solidísima el ejercitarse en actos de fe antes de la comunion; siempre que nos hallamos en algun peligro; al principio de todas las oraciones; y especialmente cuando se comulga por modo de viático, teniendo frecuentemente en la boca estas palabras del Evangelio: *Credo Domine, adjuva incredulitatem meam.* Yo creo, Señor, yo creo; pero ayudad mi fe, y fortificadla con vuestra divina gracia.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

San Canuto, rey y mártir: la festividad de su glorioso triunfo se celebra el dia 7 de este mes. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Mario y Marta, su mujer, con sus hijos Audifaz y Abacuc *(ó Abachum)*, nobles de Persia, en Roma en la via Cornelia, los cuales habian venido á Roma en tiempo del emperador Claudio á visitar por devocion los Santos Lugares: y después de ser cruelmente azotados, puestos en el potro, echados en el fuego, escarnificados con garfios de hierro, les cortaron las manos: Marta fue muerta en el lugar llamado Ninfa, los demás fueron degollados, y sus cuerpos los quemaron.

El martirio de san Germánico, mártir, en Esmirna, el cual en la flor de su juventud, confortado con la divina gracia, quitado el temor de la fragilidad humana, provocó á la bestia fiera que por sentencia del juez le estaba destinada; y habiéndole devorado en tiempo de Marco Antonino y de Lucio Aurelio, mereció unirse con Jesucristo, verdadero pan, dando la vida por su gloria.

Los santos mártires Pablo, Geroncio, Genaro, Saturnino, Suceso, Julio, Cato, Pia, y Germana, en África.

San Ponciano, mártir, en Espoleto, en tiempo del emperador Antonino, el cual después de haber padecido crueles tormentos por confesar á Jesucristo, fue condenado por el juez Fabiano á andar descalzo por encima de carbones encendidos, y como saliese ileso, le pusieron en el potro, y le colgaron con garfios de hierro; después habiéndole encerrado en una prision, mereció que allí le visitasen y confortasen los Angeles. Luego le echaron á los leones, y le bañaron con plomo derretido, y últimamente le degollaron.

San Basiano, obispo y confesor, en la ciudad de Lodi, el cual en compañía de san Ambrosio combatió acérrimamente á los herejes.

San Wolstano, obispo y confesor, en Wigornio de Inglaterra, esclarecido en virtudes y milagros; fue canonizado por Inocencio III.

SAN CANUTO, REY DE DINAMARCA Y MÁRTIR.

San Canuto IV, hijo de Suenon Estrice, rey de Dinamarca, y nieto del otro Canuto que sujetó la Inglaterra, fue un gran rey, y fue un gran Santo. Nació hácia la mitad del siglo XI. El rey, su padre, tuvo gran cuidado de confiar su educacion á sabios maestros y á prudentes gobernadores, que se aprovecharon ventajosamente de las nobles prendas de que le habia dotado la naturaleza, y de las ricas disposiciones para la virtud que habia recibido de la gracia, y se dejaron reconocer cási desde la cuna.

Correspondió perfectamente el niño Canuto á los desvelos de su educacion. Dentro de poco tiempo se halló perfeccionado en los ejercicios de espíritu y de cuerpo que correspondian á su real nacimiento. Pudiérase decir, que para Canuto no hubo puericia ni infancia. Todos los entretenimientos eran serios, y las diversiones ordinarias de aquella edad no hicieron la mas mínima impresion en un corazon que desde luego mostró haber nacido para cosas grandes. Pero, lo que es mas singular, ya desde aquella tierna edad se distinguia mas por la piedad y por el celo de la Religion, que por las otras excelentes cualidades que le adornaban.

Su valor se dejó admirar desde la primera ocasion en que se pudo conocer. Apenas tenia fuerzas para montar á caballo, y ya se le tuvo por capaz de que mandase un ejército. Descubrió luego los grandes talentos que habia recibido del cielo para hacerse lugar en el número de los conquistadores. Ganó tantas victorias como dió batallas; y hacia las conquistas en menos tiempo que era menester para hacer las prevenciones. Purgó el mar de los piratas que infestaban las costas; venció á los Estones, que cometian excesos y latrocinios; y domó á la provincia de Sembia, que después de esta conquista quedó agregada al reino de Dinamarca.

Hallábase Canuto en el mayor auge de estimacion y de poder cuan-

do murió el rey su padre. Era entonces electiva la corona de Dinamarca, y nadie dudaba que debia ser preferido á Heroldo, su hermano mayor. Sus méritos autorizaban la voz del pueblo; pero los grandes temieron á su valor y á su vida irreprensible, pareciéndoles que gozarian de mayor libertad y de mayor reposo, eligiendo un rey flojo y estúpido. Nombraron á Heroldo; y Canuto recibió este desaire como héroe verdaderamente cristiano. Estuvo tan léjos de vengarse, ni de dar oidos á las tropas que le persuadian al desagravio, que antes bien solo se valió de ellas, de su autoridad y de sus fuerzas contra los enemigos de la patria; y el Rey su hermano, no tuvo vasallo mas obediente ni mas rendido. Pero el cielo tomó de su cuenta premiar luego su virtud. Murió Heroldo á los dos años del reinado, y Canuto ascendió al trono con aplauso universal de la nacion.

Fue su primer cuidado, después de su coronacion, purgar el reino de los desórdenes y de los vicios que se habian introducido en él, presumiendo de costumbre á favor de la posesion de largos años; y se aplicó á solicitar el mayor lustre de la Religion, así por sus leyes como por sus ejemplos. Créese que por este tiempo le escribió el papa Gregorio VII aquellas dos bellas cartas, en que le exhorta á imitar las virtudes de su padre, á llevar adelante el celo que le animaba por la Religion y por la Iglesia, y á desterrar de su reino la bárbara costumbre de atribuir únicamente á los pecados de los clérigos las calamidades públicas, ocasionadas así de las enfermedades como de la intemperie ó del desórden de los temporales.

Habiendo sabido que se habian rebelado las naciones incultas y feroces que habitaban en la frontera del reino, hácia la parte del Norte, marchó luego á domarlas; buscólas en sus mismas cavernas, y dejólas reunidas para siempre á la corona de Dinamarca. Terminóse esta guerra tan ventajosamente para el Estado, y gloriosamente para la Iglesia. Ninguna conquista añadia á su corona, que no se la aumentase tambien á la Religion. Habiendo sujetado enteramente las provincias de Curlandia, de Samogitia y de Estonia, hizo ver que era piedad lo que parecia ambicion, y que las habia rendido menos por dominar él en ellas, que por sujetarlas al imperio de Jesucristo, enviando luego celosos misioneros, que trabajaron con feliz suceso en la conversion de aquellos gentiles.

Al volver de esta gloriosa expedicion, casó con la princesa Adela, hija de Roberto, conde de Flandes, en quien tuvo á Carlos el Bueno, digno heredero de sus virtudes, pues mereció ser tambien contado en el catálogo de los Santos.

No teniendo ya enemigos que domar, dedicó toda su aplicacion á hacer felices á los vasallos. La reforma de las costumbres, la correccion de los abusos, la integridad de la justicia, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, enormemente relajada por la licencia de los grandes; en una palabra, la felicidad pública fue el único objeto de todas sus prudentísimas y santísimas leyes. Persuadido á que el bien del Estado pende en gran parte de la prudencia de los gobernadores, y de la integridad de los magistrados, hizo empeño de no colocar en estos empleos sino á sugetos de conocido mérito. En su palacio estaba cerrada la puerta á toda intercesion que no fuese la del mérito y de la virtud. Y porque la mayor parte de aquellos pueblos rústicos y groseros estaban poco acostumbrados á rendir á los obispos el respeto y la veneracion que se les debia, ordenó por una declaracion expresa, que en adelante precederian á los duques, y ocuparian en el Estado el lugar que corresponde á los príncipes. Eximió al clero de la jurisdiccion secular; y permitió á los jueces eclesiásticos, que castigasen con multas á los que delinquiesen en materia de religion, adjudicándoles el conocimiento de este género de causas.

Reedificó muchas iglesias arruinadas, y las enriqueció con su liberalidad. Fundó nuevos hospitales, agotando muchas veces su tesoro por aliviar á los pobres. El gran número de monasterios que edificó, acreditaron su estimacion y su veneracion al estado religioso. En todas las partes de su reino se veian monumentos de su piedad. Un dia se despojó de todas las insignias de la dignidad real, y arrojándolas á los piés de Cristo crucificado, declaró altamente ser su voluntad que la Religion reinase con el mayor lustre en todo el reino de Dinamarca.

Su corona real, que era de gran precio, se la regaló á la iglesia de Roschlit, diciendo, que lo mas precioso del mundo se debia emplear en el adorno de los lugares consagrados á la majestad de Dios, y no en fomentar la avaricia y la vanidad de los príncipes.

Pero al mismo tiempo que su ardiente celo en dilatar y en hacer florecer la Religion por todo su reino, le podian merecer el renombre de Apóstol de Dinamarca; su extraordinaria piedad, sus penitencias, y su vida ejemplarísima le hacian respetar como modelo de perfeccion en toda la Iglesia.

No puede admirarse, ni ponderarse bastantemente el amor que profesaba á Jesucristo en el sacramento augusto de la Eucaristía. Pasaba horas enteras delante del altar, bañado en lágrimas. Su devocion á la santísima Vírgen era ternísima, y quiso que todas sus festi-

vidades se celebrasen en todo su reino con la mayor solemnidad.

Ocupaba en oracion todo el tiempo que le dejaban libre los negocios del Estado. Ayunaba muchos dias en la semana con el mayor rigor: usaba frecuentemente de un áspero cilicio; y en fin, apenas habia mortificacion ó penitencia que no practicase. En una palabra, la Iglesia asegura en las lecciones de su oficio, que nada omitia el piadosísimo Monarca de todo aquello que en poco tiempo pudiese conducirle á la mas elevada santidad.

Pero lo que tenia mas impreso en su celosísimo corazon era el empeño de que reinase la Religion en el de todos sus vasallos. Con este santo fin quiso obligarles á que pagasen los diezmos á la Iglesia. Para conseguirlo habia hecho varias tentativas, todas inútiles. Creyó que se le ofrecia una ocasion muy oportuna; y lo fue sin duda para lograr él la corona del martirio.

Quiso empeñarse en una guerra que le parecia justa, creyendo que no debia negar á la Inglaterra el socorro de las tropas auxiliares que le pedia. Con este intento juntó un cuerpo de tropas, y mandó equipar una buena escuadra; pero su hermano Olao, que afectaba en público aprobar su resolucion, en secreto le vendia, haciendo espaldas para que la gente desertase, y para que el ejército se deshiciese. El santo Rey, que nunca perdia de vista la mayor gloria de Dios y el servicio de la Iglesia, creyó que esta era bella ocasion para establecer el derecho de los diezmos. Convocó Cortes, y propuso á los Estados, ó que pagasen á la Iglesia este piadoso tributo, ó le contribuyesen á él una excesiva cantidad, en que los multó, en castigo de su delito, y de la desercion de las tropas. Los daneses, persuadidos y enconados por los enemigos de la Iglesia y del santo Rey, escogieron antes pagar la multa, aunque tan excesiva, que sujetarse á los diezmos, aunque tan moderados: pero este consentimiento fue principio de una declarada rebelion. Conociéndola Canuto, dió providencia para que la reina y los príncipes, sus hijos, se pasasen á Flandes, y él tomó la determinacion de retirarse á Fionta, en la provincia de Seland, donde principalmente consistian las pocas fuerzas que le habian quedado. Pero uno de sus primeros oficiales, llamado Blacon, le disuadió artificiosamente de este intento. Mantenia este traidor inteligencias secretas con los rebeldes, y entretenia al santo Rey con engañosas esperanzas de reducir á los sediciosos á su deber; cuando Canuto, que á la sazon se hallaba en la iglesia asistiendo al santo sacrificio de la misa, se vió de repente sitiado en ella. Persuadióse desde luego á que no guardarian el respeto que debian á su Rey, los

que se le perdian á su Dios en el mismo templo. Hincóse de rodillas junto al altar, y ofreciéndose al Señor, como una inocente víctima, le dijo: Yo os ofrezco, Dios mio, este poco de vida que me resta. Muero, Señor, por defender la causa de vuestra Iglesia: dignaos de recibir con agrado mi pobre sacrificio, y haced que algun dia se arrepientan mis pueblos de su pecado, para que Vos se le perdoneis, así como yo les perdono de todo corazon la muerte que me van á dar. Diciendo estas últimas palabras, fue traspasado su cuerpo con las flechas que le disparaban de todas partes. Así murió san Canuto en un sábado 10 de julio de 1087. Al punto manifestó Dios la santidad y la gloria de su fiel siervo con gran número de milagros. En aquel mismo año fue castigada toda la Dinamarca con una enfermedad extraordinaria, para la cual no se descubria otro remedio que la invocacion del santo Rey. Finalmente, el papa Clemente X, movido de los muchos milagros que obraba Dios cada dia por la intercesion de su siervo san Canuto, ordenó que se celebrase el oficio en honra de este santo Mártir el dia 19 de enero en toda la Iglesia universal.

EL BEATO NICOLÁS FACTOR.

Nació nuestro Santo en la ciudad de Valencia, en la calle del Mar; su padre era italiano, y su madre natural de Albaida, pueblo del reino de Valencia. Fue el segundo de sus hermanos, después del célebre Micer Baptista Factor, doctor en ambos derechos, que vivió y murió en la ciudad de San Felipe de Játiva. Su madre, que dió al beato Nicolás, como á los demás hijos suyos, las primeras lecciones de la sabiduría, que es el temor de Dios, logró ver en él muy en breve copiosos frutos de esta santa semilla. De edad de cuatro años comenzó á ayunar cuatro dias á la semana: en el sábado, que era uno de ellos, jamás se pudo acabar con él que hiciese colacion. En la frecuencia de Sacramentos era constantísimo: obedecia á sus padres con esmero; por él jamás tuvieron que sentir: su hablar era siempre de Dios; tenia edificados á sus condiscípulos y maestros, y á toda la ciudad con palabras y obras. Con los pobres sobremanera misericordioso: huia la conversacion de las mujeres; de los mozos vanos y amadores de los deleites, ni la sombra queria; sus visitas frecuentes eran á los templos y al hospital general. Su diversion ordinaria era irse al convento de san Francisco, llamado Santa María de Jesús, el cual edificaron fuera de los muros de aquella ciudad los reyes de Aragon D. Alfonso, conquistador de Nápoles y D.ª María. Con el trato de

estos religiosos creció en nuestro Beato el amor á la vida estrecha y penitente que allí se profesa, hasta que á los diez y seis años cumplidos de su edad, en el de 1537, tomó el hábito de la misma casa. teniendo desde luego así el prelado como los demás religiosos mucho que admirar en este nuevo hermano. En la oracion y en cantar ó rezar el oficio divino era devotísimo; en ayunar y en las demás mortificaciones de la Órden declinaba al rigor; en obedecer era el primero: iba por el convento y por las calles con gran compostura, comia templadamente, no hablaba sino lo muy necesario. Sobre todas estas virtudes descollaba en él la humildad, con haberle dotado el cielo de aquellas prendas con que la gente moza suele levantarse á mayores. Porque era hermoso de rostro, de lindo talle, blanco y colorado, de natural benigno y afable. Á estos dones añadia otras virtudes de su ingenio: era excelente latino, escribia muy bien en verso y prosa, sabia la música perfectamente. Las pinturas suyas que se conservan en el convento de Chelva, en el de Santa María de Jesús y en las Descalzas Reales de la Corte, muestran que fue aventajado dibujante y pintor.

Concluidos los estudios y ordenado de sacerdote, le encargaron sus Prelados el oficio de la santa predicacion, el cual ejercitó durante su vida con gran fervor y celo, y muy de continuo. La obediencia que le obligó á predicar, le puso tambien en el estrecho de que contra toda su voluntad aceptase varias prelacías. Fue guardian de los conventos llamados de la Valle de Jesús y Sancti Spiritus. Siéndolo en Chelva por los años 1556, en que hubo hambre universal en el reino de Valencia y en algunos comarcanos, á que se siguió peste y mortandad en muchos pueblos; no permitió que pobre ninguno se fuese del convento sin limosna, excediendo en mucho lo que repartió á lo que tenia recibido. Su ejemplo era un sermon continuo para los súbditos. En la Valle de Jesús mientras fue prelado se disciplinaba todos los dias antes de celebrar, comia ordinariamente pan y agua, dormia sobre tablas desnudas, caminaba siempre descalzo, á Maitines nunca faltó. Esto era lo ordinario. Lo extraordinario ¿á quién no espantará? Una noche de invierno se zabulló en una alberca de agua que está fuera del dicho convento, y permaneció en ella cerca de tres horas. Otras veces después de Maitines se salia á la huerta, y quitándose el hábito se estaba largos ratos desnudo al frio, sufriendo sobre su delicada carne las heladas de la noche. Decia que es nuestro cuerpo como caballo que se espanta de una sombra de cruz, y si no le vamos á la mano, no para hasta crucificarnos en la cruz del infierno,

de lo que no son mas que sombra los trabajos y las penas de esta vida. Siendo maestro de novicios en el convento de San Francisco de Valencia, puestas las rodillas desnudas en el suelo y con la cabeza descubierta mandaba a los novicios que le dijesen todas sus faltas y defectos, y que le escupiesen en el rostro, y le diesen otras penitencias á su arbitrio, quedándose muchas veces arrobado horas enteras después de estos ejercicios. De estas cosas hay en su vida muchas, por donde se prueba que el afan de este bendito Padre en conservar en sí el espíritu de la verdadera mortificacion y humildad, sobrepujaba al estudio que ponen muchos del mundo en regalar sus cuerpos, y atizar en sí la vanidad y todas las pasiones en que ella se ceba y encarniza.

En la obediencia no fue menos admirable. En sabiendo cuál era la voluntad de los prelados, luego la ponia por obra. Á los mandatos apostólicos tenia sumo respeto, y los obedecia con grande reverencia. De la pobreza ¿qué diré? Contentábase con un solo hábito sin túnica, y con un manto viejo y remendado. No tenia mas libros que el Breviario y la Biblia, después que en Chelva siendo guardian repartió entre los religiosos todos los que antes usaba; y si para predicar le era necesario servirse de alguno, no queria sino los que no podia excusar. Al dinero le tenia odio mortal; en su celda no consentia cosas de valor, hasta las imágenes que le daban las queria de poco precio: cosas supérfluas las desechaba: los regalos que le presentaban muchos devotos luego los repartia entre los enfermos y pobres dentro y fuera de casa.

Tras los pobres se le iban las entrañas. Tratábalos con ternura, pedia para ellos limosna. A los enfermos, así del hospital general como del de San Lázaro, visitaba de cama en cama, lavábales las manos, cortábales las uñas, les peinaba y servia en todo, y luego les besaba los piés y las manos, diciéndoles palabras de gran consuelo y edificacion. Á los llagados lamia las llagas sin asco. Un solo clérigo juraba haberle visto hacer esto mas de trescientas veces en diversos tiempos que le acompañó. Y era su ejemplo tan poderoso, que algunos se arrodillaban después de él y besaban los piés á los mismos pobres, como lo hicieron algunos caballeros en el patio del convento de Santa Clara de Játiva, donde á la sazon estaba el Beato de confesor extraordinario ó peregrino. En la misma ciudad á un pobre enfermo del hospital, destrozado y desnudo, dió una túnica de sayal nuevo que le habia comprado su hermano. En Valencia dió el manto á otro pobre en medio de una calle. Todo le parecia poco cuando se

trataba de socorrer á los menesterosos, en quienes miraba con gran fe una estampa viva de Cristo.

Fue amador ardentísimo de la santa virginidad. Era cosa maravillosa cuando se guardaba de todo riesgo de perder esta joya. Y aunque en esta materia fue muy tentado y combatido de los demonios, encomendándose muy de veras á Dios, y castigando su carne con extraordinarios ayunos, disciplinas y cilicios, y quitando las ocasiones, se defendia de vicio tan torpe. De nadie juzgaba mal. Á todos tenia por limpios. Jamás en obra ni en palabra se vió en él cosa que oliese á mal ejemplo ó vanidad. En su vida todos tenian que aprender: á los malos hacia buenos, en los buenos ponia deseo de ser mejores; y de hecho pasaba así, que los conventos donde este Padre moraba no parecian sino un cielo. Tuvo muchos sentimientos de la pasion, y á todos decia que meditasen en las llagas de Cristo. Sentado en los montes de la Valle de Jesús, lloraba la destruccion del mundo por los pecados, considerando cuán pocos se aprovechaban de la sangre que por todos derramó el Señor. Sus palabras ordinariamente incitaban al amor de Dios: este nombre de amor cási siempre se oia de su boca. Solia tener algunas veces tan grandes fervores de espíritu, que le parecia abrasarse vivo, y se arrojaba en los estanques de agua y los hacia hervir. Y á veces inflamaba este amor á los que estaban enrededor de él, y los movia á gran compuncion y dolor de sus culpas. Era extraño el celo que tenia porque todos amasen y sirviesen á Dios; y como veia que no le amaban todos y que tanto le ofendian, se afligia y desconsolaba en gran manera, pidiendo al Señor con muchas lágrimas que hinchiese con su amoroso fuego los corazones de todos los mortales, quedándose abobado porque no amaban á quien tanto nos ama.

Este celo le sacaba de un rincon amado de su celda á predicar la palabra de Dios. Predicaba con gran devocion y espíritu; sus palabras no eran halagüeñas ni limadas para deleitar, sino afiladas que pasaban de parte á parte los corazones. Muchos de sus oyentes dejaron el mundo, otros se apartarou de grandes vicios en que vivian y buscaron á Dios en la penitencia. Sus éxtasis eran frecuentísimos y de mucho durar. No tenia para esto lugar seguro: en el coro, en la calle, en las procesiones, antes y después de celebrar, al ir á dar la comunion al pueblo. Con esto está dicho cuál era su espíritu de oracion y el grado altísimo á que llegó en el ejercicio de las demás virtudes. En las cuales, creciendo de cada dia mas dotado del espíritu de profecía, esclarecido tambien con muchos milagros, fue lla-

mado de Dios á la vida eterna en el convento de Santa María de Jesús, donde tomó el hábito, dos dias antes de la Natividad del Hijo de Dios del año 1583, á los sesenta y tres años, cinco meses y quince dias de su edad.

La congregacion de Ritos destinó el dia de hoy para que en el arzobispado de Valencia y en algunas otras diócesis se celebrase su fiesta [1].

La Oracion de la Misa es la que sigue:

Deus, qui ad illustrandam Ecclesiam tuam, beatum Canutum, Danorum regem, martyrii palma, et gloriosis miraculis decorare dignatus es; concede propitius, ut sicut ipse Dominicae passionis imitator fuit, ita nos per ejus vestigia gradientes, ad gaudia sempiterna pervenire mereamur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que para ilustrar á tu Iglesia, te dignaste honrar con la palma del martirio y con gloriosos milagros al bienaventurado Canuto, rey de Dinamarca; concédenos por tu bondad, que así como él fue imitador de la Pasion de Jesucristo, así nosotros imitando al mismo Santo, merezcamos llegar á la eterna felicidad de que él goza. Por el mismo Señor nuestro, etc.

La Epístola es del capítulo x *de la Sabiduría.*

Justum deduxit Dominus per vias rectas et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Haec venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem aeternam, Dominus Deus noster.

El Señor trajo al justo por caminos rectos, mostróle el reino de Dios, y le dió la ciencia de los Santos: le felicitó en sus trabajos, y le hizo coger el fruto de ellos: le asistió contra los que querian sorprenderle con engaños, y le llenó de honores: le guardó de sus enemigos, defendió de los seductores, y lo empeñó en un fuerte combate para que venciese, y supiese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no abandonó al justo cuando fue vendido; sino es que le libró de los pecadores: descendió con él á las prisiones, y no le desamparó en las cadenas hasta poner en sus manos el cetro y poder regio contra los que le oprimian; y descubrió por falsarios á los que le calumniaron: y el Señor nuestro Dios le dió una gloria eterna.

REFLEXIONES.

Camínase con seguridad cuando el Señor es quien nos guia. De

[1] En el breviario de Madrid se halla notada su fiesta el 23 de diciembre, y en la provincia Tarraconense se celebra el 5 de marzo.

nosotros pende únicamente el lograr á este divino conductor. Sea puro nuestro corazon, sean rectas nuestras intenciones, y tambien lo serán nuestros caminos. Si no seguimos al Señor, y si solamente nos buscamos á nosotros mismos; ¡qué maravilla es que andemos descaminados!

La ciencia de los Santos es una ciencia práctica. Es menester saber lo que es menester obrar, y es menester obrar lo que se sabe que es menester. Saber la ley de Dios con una ciencia seca, estéril y puramente especulativa, es saberla como la saben los demonios, y ese género de ciencia no es la ciencia de los Santos.

Los trabajos que padecen las almas santas siempre las llenan de honor: y no es este el único fruto que sacan de sus trabajos. Ninguno hay que no rinda ciento por uno; y todo entra en provecho al que padece por Dios. No solo premia todo lo que se hace por él, sino todo lo que se desea hacer. Admite el deseo, como pudiera el efecto. ¡Oh qué buen dueño tenemos en nuestro amoroso Dios! Recompensa lo que se quiere hacer, como si ya estuviera hecho. Solo con desear agradarle, ya se le agrada.

Búrlese el mundo de las almas justas: haga chacota de su simplicidad, de su rectitud y de su vida arreglada. En vano se cansa, que la virtud siempre ha de ser respetable. Este es un reconocimiento, que hasta los mas relajados le han de tributar.

Aunque todo el universo conspire contra el que es verdaderamente virtuoso, no le podrá dañar. No gusta Dios de siervos cobardes, que estos poco durarán en su servicio: quiere siervos generosos y fieles. Él mismo los empeña en el combate; pero siempre para hacerles conseguir mas gloriosa la victoria. Nunca son vencidos sino los que no son fieles. ¡Oh qué bello espectáculo es el de la innumerable multitud de tantos invictos Mártires! ¿Qué pudo la malicia de los hombres, qué pudo todo el infierno junto, armado contra los Santos? En los calabozos hallaron la libertad, sobre los cadalsos encontraron las coronas, la muerte les franqueó la vida, y en la misma ignominia se hallaron con la gloria eterna. Así recompensa Dios á los que le sirven. ¿Cuándo nos resolverémos nosotros á servirle?

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim vo-

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos las máximas necesarias para conseguir la vida eterna, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de

luerit animam suam salvam facere, perdet eam; Qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame; porque el que quiera salvar su alma, la ha de perder (esto es, retraer de las delicias del siglo); y el que así la perdiere por mí la encontrará en la vida eterna. ¿De qué aprovecha al hombre lograr todas las cosas del mundo, si pierde el alma? ¿O qué conmutacion dará el hombre por ella? Sabed: que el Hijo del Hombre ha de venir al juicio universal en la gloria de su Padre con sus Ángeles: y entonces remunerará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

Que el cristiano debe vivir una vida mortificada.

Punto primero.—Considera que no es posible ser perfecto cristiano, sin ser mortificado, sin renunciarse á sí mismo; y no es posible salvarse sin ser cristiano. Una vida delicada y regalona nunca fue vida cristiana. La cruz, la mortificacion y la penitencia son los rasgos mas propios, mas expresivos del retrato de un cristiano.

¿Cómo es posible seguir a Jesucristo, sin llevar su cruz, y sin llevarla todos los dias? ¿cómo es posible caminar por las huellas que nos dejó estampadas, sin renunciarse á sí mismo? ¿Cómo es posible tener parte en su gloria, sin tenerla en su pasion?

Vivirá el mundo en sus alegrías y en sus placeres; pero vosotros, dice el Salvador, debeis ignorar los placeres y las alegrías del mundo. ¿Con quién habla Jesucristo? ¿Habla por ventura con los mundanos, con aquellos que se entregan á la glotonería y á las diversiones? ¿no se dirige á mí este divino oráculo? ¿qué autoridad superior ha derogado á esta ley? Y si este precepto obliga indispensablemente á todos los cristianos, si esta ley subsiste en todo su vigor; ¿qué será de aquellas personas tan inmortificadas, tan enemigas de la cruz, tan sensuales? ¿qué será tambien de mí? ¿Acaso tengo yo dos caminos para ir al cielo? ¿acaso hay dos Evangelios para mí? ¿Nuestras costumbres son semejantes á las costumbres de los Santos? Y en medio de una diferencia tan enorme, en medio de un descamino tan visible, ¿se vive sin susto, se divierte con placer y se está con tranquilidad?

Cuando Jesucristo aseguró que el que no llevaba su cruz, el que no se mortificaba todos los dias no podia ser su discípulo; ya sabia

muy bien que el tiempo que precede á la Cuaresma es tiempo de carnaval; esto es, un tiempo de diversiones, un tiempo de disolucion, un tiempo de desórden. Pues ¿por qué no exceptuó este tiempo? ¿Por qué no privilegió estos dias? Pero digámoslo mejor: ¿Qué impiedad, qué espíritu de irreligion ha introducido dias de libertad, dias de disolucion en la vida del cristiano?

Mi Dios, ¡á cuántos harán gemir en algun dia estos misterios de iniquidad, estos estilos escandalosos, estas reliquias que nos dejaron las maximas del paganismo! Pues Vos os habeis dignado de descubrirme su enorme deformidad, haced, Señor, que las mire con todo el horror que mi Religion me inspira; y no permitais que mi conducta desmienta lo que siento y lo que creo.

Punto segundo.—Considera si estas palabras de Jesucristo: *abrazarse con la cruz, llevarla todos los dias, hacerse violencia, renunciarse á sí mismo, pasar toda la vida en el llanto y en la penitencia, so pena de no entrar jamás en el cielo, de no ser reconocido por su discípulo;* considera, digo, si todo esto puede admitir alguna interpretacion benigna; si puede autorizar la vida ociosa, delicada y sensual de las gentes del mundo. ¿Acaso no lo dijo bien claro Jesucristo? pues ¿qué piensas tú? ¿y qué pensarás en la hora de la muerte? Pero ¿será entonces tiempo de comenzar á descubrir y á penetrar el verdadero sentido de estos divinos oráculos?

Compon estas ideas de inocencia, de modestia, de perfeccion cristiana, componlas con las alegrías del tiempo de carnaval. Compon estas máximas de Jesucristo con los juegos, con los bailes, con las comilonas, con las licencias profanas de este tiempo.

Rey era san Canuto; y no creyó que por serlo estaba dispensado de las máximas de Jesucristo. Tan mortificada, tan penitente fue su vida en la elevacion del trono, como pudiera ser la de un anacoreta en la oscuridad del desierto. Los ayunos y la maceracion del cuerpo se acabaron cuando se le acabó la vida. ¿Si pensaria el Santo que hacia demasiado en lo que hacia? Y ¿si habrá alguno tan atrevido que le tenga por imprudente en lo que hizo? Caminó por el camino por donde fué Jesucristo. Por ventura ¿se nos ha descubierto á los demás otro sendero? Ciertamente no nos atreverémos á decir que vamos por donde fueron los Santos. Pues ¡qué error, qué locura es pensar arribar al mismo término por caminos tan opuestos! ¿Cuándo discurrirémos en punto de religion, y en el negocio de nuestra salvacion eterna, como discurrimos en todos los demás negocios?

Desde este instante, Dios mio, desde este instante, penetrado de tan terribles verdades, siento un vivísimo dolor de haber vivido descaminado por tanto tiempo. Sí, divino Salvador mio. sí, persuadido estoy á que es menester evitar estas fiestas mundanas, estas falsas alegrías. Convengo en que la vida del cristiano debe ser una vida de mortificacion y de cruz. Bien sé que ni mis ideas ni mis errores mudarán jamás este sistema. Ni yo quiero seguir otro confiado en vuestra divina gracia, y esperándolo todo de vuestra infinita bondad.

JACULATORIAS.—Los que son de Jesucristo, ¿cómo pueden vivir sin crucificar su carne con todas sus pasiones y con todos sus desordenados deseos? (*Ad Galat.* v).

No hay proporcion entre todo lo que podemos padecer por Jesucristo en este mundo, y la gloria que nos espera en el otro. (*Ad Rom.* VIII).

PROPÓSITOS.

1 Resuélvete á comenzar desde este mismo dia una vida verdaderamente cristiana; esto es, mortificada, reputando la mortificacion como virtud propia de los escogidos de Dios: y abrázala como virtud propia tuya de todos los dias y de toda la vida. Pero no te contentes con una idea general. Determina en especie y en particular las cosas en que has de mortificarte, y no salgas de la oracion presente, sin haber hecho al Señor algun sacrificio, como de no concurrir á tal conversacion, de abstenerte de tal y tal diversion, de no jugar hasta después de Pascua; y en fin, de que no se te pase dia alguno sin ejercitarte en algunos actos de mortificacion. Sobre todo te has de determinar á aprovecharte en adelante de todas aquellas mortificaciones involuntarias y prevenidas, con que el Señor tiene gran cuidado de salpicar todos los gustos de esta vida: las que siempre se deben aceptar con alegría y con reconocimiento, ó á lo menos con una perfecta resignacion en su divina voluntad.

2 Hay algunas mortificaciones que son de precepto, las cuales consisten en privarse de todo lo que es pecado, ó puede ser ocasion de pecar, por mas gusto y complacencia que se tenga en ello: espectáculos profanos, objetos provocativos, lugares sospechosos, leccion de libros emponzoñados, etc. Hay otras mortificaciones que son de consejo; pero sin las cuales no se pueden guardar las de precepto. Estas son indispensables, aquellas son necesarias. Pocos hay que no se condenen por falta de mortificacion. Otras mortificaciones hay

desconocidas, á la verdad, á las almas imperfectas y tibias; pero de las cuales hacen gran caudal las que son verdaderamente espirituales. Un dicho agudo, que viene á propósito, y se calla; un gusto ligero, de que uno se priva; una gana de mirar que se mortifica; una curiosidad que se vence; una postura incómoda que se mantiene; todo esto ofrece mil ocasiones de mortificarnos, y puede servir de materia á innumerables sacrificios, pequeños al parecer, pero de gran mérito en la realidad. Quien ama á Dios en todo tiempo y en todo lugar, encuentra cien ocasiones de darle pruebas de su amor. Las mortificaciones pequeñas no siempre son las menos meritorias; y en cierta manera se puede decir, que se encierra en ellas el arte de hacerse santo.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

El nacimiento de san Fabian, papa, en Roma, que fue martirizado en tiempo de Decio, y sepultado en el cementerio de Calixto. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Sebastian, mártir, en Roma, en las cuevas *ó bóvedas* que llaman catacumbas, el cual siendo capitan de la guardia pretoria en tiempo del emperador Diocleciano, por ser cristiano le mandaron atar á un palo en medio del campo, y que allí le asaeteasen los soldados, y últimamente le azotaron con varas hasta que murió. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Neófito, mártir, en Nicea de Bitinia, que de edad de quince años fue azotado, echado en un horno encendido y expuesto á las fieras; y habiendo salido ileso, y confesando públicamente la fe de Jesucristo, fue por último degollado.

San Mauro, obispo, en Cesena; célebre en virtudes y milagros.

San Eutimio, abad, en la Palestina: floreció en la Iglesia por los tiempos del emperador Marciano, así por el celo de la disciplina católica como por sus milagros.

SAN FABIAN, PAPA Y MÁRTIR.

San Fabian, papa y mártir, era romano, y sucedió al papa san Antero el año de 236. Su eleccion fue maravillosa. Habíase juntado el clero y el pueblo para nombrar sucesor á san Antero; y como estuviesen muy divididos los votos, se vió bajar de lo alto una paloma, que derechamente fué á descansar sobre la cabeza de Fabian. Al punto comenzaron á clamar todos los fieles, que Fabian habia de ser su obispo. Por mas que él se resistió diciendo que era indigno de tan alta dignidad, fue colocado en la silla episcopal, y consagrado por sumo Pontífice en aquellos difíciles y calamitosos tiempos de la cruel persecucion de Maximino.

Mostró bien este santo Papa su teson y su vigilancia en conservar la pureza de la fe y la santidad de la religion cristiana, por el modo con que castigó á Privato, obispo de Lambisa, en África, convencido de herejía y de vida escandalosa. Los que son de opinion que el emperador Filipo y su hijo fueron cristianos, afirman que recibieron el bautismo de mano de san Fabian. Estableció siete subdiáconos, repartidos en los siete cuarteles ó barrios de Roma, para escribir las Actas de los Mártires. Créese que al celo de este santo Papa debe la Iglesia de Francia aquella apostólica mision de tantos Santos obispos como vinieron á plantar la fe de Jesucristo en nuestras provincias. En fin, habiendo sucedido á Filipo el emperador Decio, y dando principio á su gobierno por una cruel persecucion contra los cristianos, logró san Fabian la dicha de hallarse á la frente de los que combatian en defensa de la fe, que él mismo confirmaba con sus palabras y con sus ejemplos; recibiendo la corona del martirio el dia 20 de enero del año de 250, después de haber gobernado la Iglesia trece años y ocho dias.

SAN SEBASTIAN, MÁRTIR.

San Sebastian, á quien se dió el renombre de defensor de la Iglesia por las maravillas que obró en defensa de la fe, nació de padres originarios de Milan, aunque establecidos en Narbona, ciudad del Languedoc. Criáronle con gran cuidado en la religion cristiana y en la piedad. Su dulzura, su prudencia, su apacible genio, su generosidad y otras bellas prendas que le adornaban, como dice san Ambrosio, le dieron presto á conocer en la corte de los Emperadores. Hízose mucho lugar en ella, y en poco tiempo fue uno de los favorecidos del emperador Diocleciano, que le nombró por capitan de la primera compañía de sus guardias.

Aunque Sebastian se abrasaba en un encendido deseo del martirio, le pareció que debia moderar su ardor, conservándole como escondido debajo del traje de soldado: porque al mismo tiempo que su empleo le hacia tan distinguido en la corte, le ofrecia tambien muchas ocasiones de hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. En esto empleaba su autoridad y sus bienes, sin perdonar trabajos ni fatigas.

Animaba con sus exhortaciones y socorria con sus limosnas á los gloriosos confesores de Cristo, de los cuales estaban llenas las cárceles y los calabozos. Mantuvo á muchos que titubeaban en los tormen-

tos, y fortaleció á no pocos que desmayaban á vista de los suplicios. Era el apóstol de los Confesores y de los Mártires: y si parecia que en cierta manera desperdiciaba las vidas de los innumerables que envió al cielo delante de sí, seguramente no fue por perdonar á la suya. Tan léjos estaba de pretender reservarla, que cada dia la exponia. La muerte de cada mártir de los que Sebastian alentaba, acompañándolos hasta el cadalso, era un nuevo sacrificio que hacia de su propia vida. Cada instante la renunciaba, porque los demás no renunciasen la fe de Jesucristo.

Fueron presos por la fe dos hermanos y caballeros romanos, llamados Marco y Marceliano. Después de haber vencido gloriosamente la tortura, iban á ser degollados, cuando su padre Tranquilino y su madre Marcia, ambos gentiles, acompañados de las mujeres y de los hijos de los dos confesores de Cristo, se echaron á los piés del juez Cromacio, y con sus ruegos y lágrimas obtuvieron de él que se difiriese la ejecucion de la sentencia por espacio de treinta dias.

En este intermedio no perdonaron á súplicas, á caricias, á halagos, á gemidos; en fin, á todos los medios que puede inspirar el amor y la ternura para mover un corazon blando y generoso, haciendo tanta impresion en los de Marco y Marceliano, que cási vencidos con la fuerza de tan continua y tan terrible batería, comenzaban á mostrarse sensibles á las lágrimas. Advirtiólo san Sebastian, que los visitaba con frecuencia, y llegó tan á tiempo su socorro, bendiciendo Dios el gran talento de persuadir de que le habia dotado, que no solo sostuvo aquellos ánimos que ya comenzaban á flaquear, sino que en aquellos pocos dias convirtió á la fe de Jesucristo á Nicóstrato, oficial de Cromacio, á Claudio, alcaide de la cárcel, á sesenta y cuatro presos, y lo que es mas admirable, al padre, á la madre, á los hijos de las mujeres de Marceliano y de Marco.

A la verdad tan asombrosas conversiones no se podian hacer sin muchos y grandes milagros. En el mismo tiempo que san Sebastian estaba animando á los dos santos confesores en casa de Nicóstrato, donde los habian como depositado con fianzas, se dejó ver en la sala una brillante luz que llenó á los circunstantes de admiracion y de alegría. En medio de ella se apareció el Señor, acompañado de siete Ángeles, y acercándose á Sebastian, le dió ósculo de paz, prometiéndole que siempre estaria con él. Así refiere san Ambrosio esta maravilla.

Zoé, mujer de Nicóstrato, que estaba muda mucho tiempo habia, recobró el uso de la lengua, haciendo san Sebastian la señal de la

cruz sobre su boca. Todos aquellos neófitos que padecian alguna enfermedad ó indisposicion corporal, recibieron la salud del cuerpo al mismo tiempo que por el bautismo cobraban la del alma.

Pero el mayor de todos los prodigios fue la conversion de Cromacio, vicario del prefecto. Mandó llamar á Tranquilino para saber si sus hijos se habian dejado persuadir de sus lágrimas; pero quedó admirado cuando supo que el mismo Tranquilino se habia hecho cristiano. Mis hijos, respondió Tranquilino, son dichosos, y yo tambien lo soy desde que Dios me abrió los ojos del alma para conocer la verdad y la santidad de la religion cristiana, fuera de la cual no hay salvacion. ¿Con qué tú tambien al cabo de tus años, le interrumpió Cromacio, te has vuelto loco? No, señor, le respondió el santo anciano, antes bien nunca tuve entendimiento ni juicio, hasta que logré la dicha de ser cristiano. Porque no hay mayor locura que preferir, como yo lo habia hecho aquí, y como tú lo estás haciendo el dia de hoy, el error á la verdad, y la muerte eterna á una vida de pocas horas. Y ¿te atreverás, le preguntó Cromacio, á probarme concluyentemente la verdad de la religion cristiana? Y como que me atreveré, respondió el nuevo apóstol, con tal que quieras prestar oidos dóciles y humildes á lo que Sebastian y yo te dijéremos. No duró mucho la conversacion, porque á pocas palabras quedó Cromacio convencido y convertido. Siguióse á la conversion de Cromacio la de toda su familia, y cuatrocientos esclavos recibieron el Bautismo, y fueron puestos en libertad.

Pero enfureciéndose cada dia mas en Roma la persecucion, se tuvo por conveniente que Cromacio, después de haber renunciado el empleo que tenia, se retirase á la campaña, donde era su casa el asilo de los fieles perseguidos. Todos los cristianos persuadian á san Sebastian que tambien se retirase á ella. Pero este héroe de la fe les pidió con tales instancias que le permitiesen quedarse en Roma para animar y socorrer á los muchos fieles que estaban en las cárceles; y supo proponer al santo papa Cayo tales razones, que este le dijo: *Quédate en buena hora, hijo mio, en el campo de batalla; y en traje de oficial del Emperador, sé glorioso defensor de la Iglesia de Jesucristo.*

Presto se conoció cuán necesaria era su presencia para el socorro y para el aliento de los santos Mártires. La primera que recibió la corona del martirio fue Zoé: siguióla poco después Tranquilino. Nicóstrato, su hermano Castor, Claudio, el alcaide de la cárcel, Sinforiano su hijo, y su hermano Victorino, después de haber sufrido muchos tormentos, fueron conducidos á Ostia, y precipitados en el mar.

Tiburcio, hijo de Cromacio, fue degollado: Castulo, oficial del Emperador y celosísimo cristiano, fue enterrado vivo. Marco y Marceliano, amarrados á un tronco, fueron cubiertos de saetas.

Después que estas gloriosas víctimas, preciosos frutos del celo de san Sebastian, fueron inmoladas á Dios vivo, parecia tiempo que el héroe de Jesucristo consumase en fin su sacrificio. Un infeliz apóstata de la Religion fue el que dió parte á Fabian, sucesor de Cromacio, que era Sebastian el que convertia á los gentiles, y el que mantenia en la fe á los Cristianos. No se atrevió Fabian á mandarle arrestar por el elevado empleo que ocupaba en palacio, hasta dar parte al Emperador, informándole de la religion y del celo ardiente del primer capitan de sus guardias.

Asombrado Diocleciano de lo que oia, mandó luego llamar á Sebastian, y con las expresiones mas sentidas le acriminó su ingratitud, sobre todo por haber intentado irritar la cólera de los dioses contra el Emperador y contra el imperio, introduciendo hasta en su mismo palacio una religion (como él la llamaba) tan perniciosa al Estado.

Respondió Sebastian con el mayor respeto, que á su modo de entender no podia hacer servicio mas importante al Emperador y al imperio, que adorar á un solo Dios verdadero; y que estaba tan distante de faltar á su deber por el culto que rendia á Jesucristo, que antes bien nada podia ser tan ventajoso al Príncipe y al Estado, como tener vasallos fieles, que menospreciando á los dioses falsos, hiciesen oracion incesantemente al soberano Árbitro y Criador del universo por la salud del Emperador y del imperio.

Irritado el Emperador con esta generosa respuesta, mandó al instante, sin esperar otra forma de proceso, que Sebastian fuese amarrado á un tronco, y que fuese asaeteado por los mismos soldados de la guardia. Ejecutóse al punto sin remision esta cruel sentencia, y fue cubierto el glorioso confesor de Cristo de una espesa lluvia de saetas. La noche siguiente fué á buscar el santo cuerpo, para darle sepultura, una devota mujer llamada Irene, viuda del santo mártir Castulo, y quedó gozosamente admirada y sorprendida, hallándole todavía vivo. Hízole llevar secretamente á su casa, donde dentro de poco tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas. Instábanle los fieles para que se retirase; pero Sebastian, léjos de rendirse á sus solicitaciones, fué á buscar á Diocleciano, y esperándole sobre una escalera que llamaban el mirador de Eliogábalo: *¿Es posible, señor,* le dijo con valor y con respeto, *que eternamente os habeis de dejar*

engañar de los artificios y de las calumnias que perpetuamente se están inventando contra los pobres Cristianos? Tan léjos están, gran príncipe, de ser enemigos del Estado, que no teneis otros vasallos mas fieles, y que á solas sus oraciones sois deudor de todas vuestras prosperidades.

Atónito el Emperador al ver, y al oir hablar á un hombre que ya tenia por muerto : *¿Eres tú,* le preguntó, *aquel mismo Sebastian á quien yo mandé quitar la vida, condenándole á que fuese asaeteado? Sí señor,* respondió el Santo : *el mismo Sebastian soy; y mi Señor Jesucristo me conservó la misma vida, para que en presencia de todo este pueblo viniese ahora á dar un público testimonio de la impiedad y de la injusticia que cometeis, persiguiendo con tanto furor á los Cristianos.*

Enfurecido Diocleciano, mandó que le llevasen al circo, y que allí fuese públicamente apaleado hasta que espirase. Así se ejecutó : y con este cruel suplicio pasó su alma á recibir en el cielo la corona del martirio el dia 20 de enero, hácia el año de 288.

Queriendo los paganos impedir que se diese sepultura al cuerpo del santo Mártir, le arrojaron en un lugar inmundo; pero no les valió su precaucion, porque el santo cuerpo quedó pendiente de un garfio, y el mismo san Sebastian se apareció aquella noche á una señora de mucha virtud, llamada Lucina, y la mandó que sacase su cuerpo, y le enterrase en el cementerio subterráneo, llamado las catacumbas, á los piés de los apóstoles san Pedro y san Pablo.

La Oracion de la Misa es la que se sigue :

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus : et quia pondus propriae actionis gravat, beatorum Martyrum tuorum Fabiani, et Sebastiani intercessio gloriosa nos protegat : Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alívianos de él por la gloriosa intercesion de los bienaventurados mártires Fabian y Sebastian. Por Nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina, etc.

La Epístola es del capítulo XI *de la que escribió san Pablo á los Hebreos.*

Fratres : Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum : acceperunt mulieres de resurrec-

Hermanos: Los Santos por la fe conquistaron los reinos, obraron con justicia, consiguieron las promesas, cerraron las bocas de los leones, apagaron el ímpetu del fuego, se libraron del corte de la espada, se hicieron fuertes en la guerra, rechazaron los ejércitos enemigos, y dieron á las mujeres

tione mortuos suos : alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus, in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terrae. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt: in Christo Jesu Domino nostro.

sus muertos resucitados. De ellos los unos fueron atormentados, no queriendo rescatar la vida por encontrar una resurreccion mejor. Otros sufrieron burlas, azotes, y además cadenas y prisiones: muchos fueron apedreados, destrozados, probados y degollados: otros anduvieron cubiertos con pieles de cabras, y de diferentes animales, necesitados, angustiados y afligidos; porque de ellos no era el mundo digno: otros anduvieron como errantes por los desiertos, montes, cuevas, y cavernas de la tierra: y todos estos han testificado la fe, probados en nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Quisiéranse ver milagros para creer : pero ¿qué mayor milagro, que ver ha creido todo el universo? El entendimiento se amotina contra las verdades de la fe : la voluntad se revuelve contra el moral del Evangelio : todos los príncipes, todas las naciones, todos los reinos se coligan, se arman para destruir, para aniquilar nuestra Religion, para que no quede en el mundo ni una centella de la fe. Y esta fe sujeta á los pueblos; triunfa de los reyes; y los Santos por la fe vencieron y convirtieron á los reinos. ¡Qué maravilla mas grande! Pero ¡que con esta misma fe no pueda yo vencer una sola de mis pasiones! ¡que no pueda corregir uno solo de mis defectos! ¡que esta misma fe no me convierta á mí! No es este menor prodigio, ni deja de serlo porque sea tan frecuente. El no creer se tiene por la mas insigne, por la mas culpable de todas las locuras : ¿y el no obrar conforme se cree dejará de ser la mas necia, la mas culpable de todas las extravagancias?

Afirma san Pablo : que el mundo no es digno de los Santos; que no hay en él cosa que sea digna de ellos. Tiene sobradísima razon para afirmarlo : sus honras son muy vanas, sus placeres muy amargos y muy cortos, y muy vacíos sus bienes. Estos grandes héroes del cristianismo son acreedores á una gloria mas sólida, á unos bienes mas preciosos y mas reales, á unos placeres mas exquisitos, mas puros, de mas larga duracion. El mismo Dios ha de ser el premio, la recompensa de sus escogidos. ¡Y con todo eso estos mismos escogidos de Dios, de que el mundo no es merecedor, son despreciados,

son perseguidos por el mismo mundo! Sí: mira el mundo con lástima, con una especie de compasion á aquellos de quienes él no es digno. Si esta no es locura; si esta no es insensatez; ¿qué cosa lo será? *Nos insensati.* Pero ¿de qué sirve conocer á la hora de la muerte que uno no fue prudente? ¿de qué sirve conocerlo en una hora en que ya no puede serlo el que antes no lo fue?

El Evangelio es del capítulo VI *de san Lucas.*

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judaea, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à langoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quaerebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei: Beati, qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati, qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tamquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in coelo.

En cierta ocasion, que descendió Jesús de un monte, se detuvo en la llanura de un campo, acompañado de la turba de sus discípulos, y una multitud copiosa de gentes de Judea, Jerusalen, y de los países marítimos, de Tiro y Sidon, que habian venido para oirle, y ser curados de sus enfermedades, cuyo beneficio lograban tambien los que eran maltratados de los espíritus inmundos. Y toda la turba solicitaba tocarle: porque de él salia una virtud, que á todos sanaba. Entonces, levantando los ojos sobre sus discípulos, decia: Bienaventurados los pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora padeceis hambre, porque seréis hartos. Bienaventurados los que llorais ahora, porque os reiréis después. Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, desechen, afrenten y desprecien vuestro nombre como malo por el Hijo del Hombre. Alegraos y regocijaos en aquel dia, porque mirad, que vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

Cuánto se oponen las máximas de Cristo á las máximas del mundo.

Punto primero.—Considera que no hay cosa tan contraria, ni tan opuesta á las máximas de Cristo, como las máximas del mundo; y que es insigne locura el pretender concordarlas.

El mundo coloca toda su felicidad en la alegría y en la abundancia. ¿Qué otra idea se forma de un hombre dichoso á lo del mundo? Al contrario: Jesucristo dice: que la pobreza mas miserable se de-

be preferir á la abundancia mas deliciosa; afirma, que el título de pobres nos da derecho al reino de los cielos; asegura, que aquella hartura, que es como la herencia ó como la legítima de los bienaventurados, es fruto de la necesidad que se padece en esta vida. No señala, al parecer, otra causa del torrente de alegría que inunda á los escogidos, sino los torrentes de lágrimas que derramaron en este valle de ellas: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.* El mundo ciertamente no se acomoda con estas máximas; pero ¿dejará por eso de ser una de las principales máximas de Jesucristo, aunque el mundo no se acomode con ella?

El espíritu del mundo quiere que se haga empeño, ó se haga como una especie de mérito de parecer bien en todas las concurrencias. Á este fin se adorna, se viste, se preparan, se mendigan gracias, se inventan artificios, se reprime el genio, se disimulan pesadumbres, se hace todo á todos, y se representan diferentes personajes. Y cuando después de todo no se ha dado en el punto de agradar al mundo, ¡qué dolor! ¡qué sentimiento!

Todo esto lo reprueba Jesucristo. Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrecieren por amor de mí. El mundo os enseña, que para ser dichosos en él es menester agradarle; y yo os digo, que solamente lo seréis cuando por amor de mí desagradárais á él. No es posible darle gusto á él, sin darme disgusto á mí. Ahora, escoged entre estos dos partidos. ¡Ah, mi Dios! ¿y se hallan muchos, que siquiera deliberen? El mundo se lleva cási siempre la preferencia. ¡Y qué poco se apresura á no agradar mas que á Dios!

¡Oh qué motivo tan justo de indignacion contra mí mismo! ¡Qué copioso manantial de remordimientos producen en mí estas reflexiones, ó dulce Jesús mio! ¿Cómo he podido seguir al mundo, haciendo profesion de creeros á Vos? Tened, Señor, alguna atencion á mi dolor y á mi arrepentimiento, que son efectos de vuestra divina gracia.

Punto segundo.—Considera qué oposicion mas visible, ni mas descubierta, la que se halla entre el espíritu del mundo y el espíritu de Cristo.

En el mundo se tiene por digno de compasion el que es pobre. ¡Qué afrenta el ser maltratado! ¡qué infamia ser la fábula de los mundanos, y el objeto de sus desprecios, de sus zumbas, ó de sus chacotas! ¡Qué mortificacion el ser excluido de las funciones de gusto, ó no ser convidado á las visitas de diversion! Pero escuchemos cómo se explica en este particular Jesucristo.

Seréis bienaventurados, hijos mios, cuando no seais del gusto de las gentes del mundo. Seréis dichosos cuando vuestra modestia, vuestra regularidad y vuestro recogimiento sea el asunto de sus zumbas y de sus insulsas gracias. Seréis felices cuando los que viven segun el espíritu del mundo os miren con compasion, cuando oigan vuestro nombre con horror, cuando huyan de vuestra compañia y no quieran admitiros en la suya, cuando os carguen de oprobios. Regocijaos entonces, mostrad vuestro gozo y alegria, y teneos por los mas bien librados del mundo. En buena fe: ¿estos oraculos de Cristo hablan con todos los Cristianos? ¿Los hemos creido hasta aqui, y creemos ahora mismo que son verdaderos oraculos de Jesucristo?

¿Serán bien recibidas estas máximas en estas fiestas del carnaval, y entre esas gentes que están embriagadas de las maximas del mundo? ¿Y por lo menos seran del gusto de aquellos que tienen una vida un poco mas arreglada? Pues compongamos estas opiniones practicas con las ideas que tenemos de nuestra Religion.

San Sebastian era caballero: habiale hecho capitan de sus guardias el Emperador: era su favorecido; pero al mismo tiempo era cristiano; y como tal nunca se tuvo por mas dichoso, que cuando se vio desposeido de sus bienes, privado de sus empleos, amarrado a un tronco y cubierto de saetas por amor de Jesucristo. Estos son los sentimientos de los Santos: ¿y nuestra conducta corresponde a estas sus máximas? De buena fe: al ver como se portaron los Santos, y como procedemos nosotros, ¿se creera que somos todos de una misma religion? Pero siendo nuestro proceder tan distinto, ¿tendremos fundamento para esperar la misma recompensa?

No permitais, Señor, que estas reflexiones que por vuestra misericordia hago hoy para convertirme, sirvan algun dia para mi mayor condenacion. Vuestras máximas son santas, son verdaderas, y yo os prometo no sentir otras jamás. De hoy en adelante serán la regla de mi conducta; asi como son el objeto de mi fe.

JACULATORIAS. —Seréis bienaventurados, si padeceis alguna cosa por la justicia. (*I Petri*, III, 14).

¿Qué semejanza hay entre Cristo y Belial? ¿ó qué union puede haber entre la luz y las tinieblas? (*II ad Corinth.* VI).

PROPÓSITOS.

1 No te contentes con condenar las máximas del mundo; pues ya se sabe, que el entendimiento se convierte antes que la voluntad.

Imponte una ley, no solo de no defenderlas jamás en las conversaciones, sino de renunciarlas verdaderamente en la práctica. Para esto haz un firme propósito de no asistir á aquellas concurrencias ó funciones de donde está para siempre desterrado el espíritu del cristianismo; de no concurrir jamás al baile ni á los espectáculos: y cuando la necesidad, ó la atencion indispensable te precisen á dejarte ver en semejantes funciones ó fiestas, que sea siempre mostrándote cristiano en ellas.

2 Mira las adversidades de la vida, y las desazones que trae consigo el comercio del mundo; míralas, digo, con aquellos ojos con que Cristo quiere que se miren, y nunca las mires á otra luz, ni debajo de otros colores falsos. ¿Eres contradecido, despreciado, maltratado? Pues nunca se te caiga de la boca este oráculo: *Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis.* Ninguna proporcion tienen las aflicciones de esta vida con la gloria que nos espera en la otra; ó aquellas hermosas palabras del apóstol san Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati.* Bienaventurados los que padecen algo por amor del Señor.

Tambien es un ejercicio muy agradable á los ojos de Dios repetir alguna breve oracion ó jaculatoria, aunque no sea mas que un *Gloria Patri,* en accion de gracias siempre que nos sucede algun contratiempo, algun trabajillo, alguna cosa que nos humille. En los reveses de la fortuna, en un suceso desgraciado, en la pérdida del pleito, en el despojo de cargo, en una humillacion que no se esperaba, decir con el Profeta: *Bonum mihi, Domine, quia humiliasti me.* Señor, me tengo por muy dichoso, porque me habeis mortificado, porque me habeis afligido, porque me habeis humillado. Este es el espíritu del cristianismo, y el verdadero cristiano no debe tener otro lenguaje, ni otros sentimientos en punto de trabajos y de desprecios. Pocos hay que conozcan el precio y el mérito de este tesoro. No hay camino mas seguro, mas breve para el cielo. Quizá tampoco hay medio mas eficaz para ser santo.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

El martirio de santa Inés, vírgen, en Roma, á la cual Sinfronio, prefecto de la ciudad, mandó echar en el fuego; y habiéndose apagado por oracion de esta Santa, fue degollada. De ella escribe san Gerónimo estas palabras: «En «las lenguas y letras de todo el mundo y especialmente en la Iglesia es alabada

«la vida de santa Inés, porque venció á su tierna edad y al tirano, y consagró «con el martirio el título de la castidad.» *(Véase su vida en las de este dia).*

San Publio, obispo, en Atenas, que gobernó sabiamente aquella Iglesia después de san Dionisio, areopagita: y esclarecido en virtudes y resplandeciente en doctrina, sufrió gloriosamente el martirio por Jesucristo.

Los santos mártires Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio, diáconos, en Tarragona en España: los cuales en tiempo de Galieno, emperador, primeramente fueron encarcelados y después echados en una hoguera; y habiéndose quemado las ataduras, extendieron las manos en cruz, y haciendo oracion consumaron el martirio: en la festividad de estos Santos predicó san Agustin á su pueblo. *(Véase su historia en las de este dia).*

San Patroclo, mártir, en Troyes de Francia, el cual en tiempo del emperador Aureliano alcanzó la corona del martirio.

San Meinardo, ermitaño, en el monasterio de Richenon en Suiza, á quien dieron muerte unos salteadores.

San Epifanio, obispo y confesor, en Pavía.

SANTA INÉS, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Inés, admirada de todo el mundo, como dice san Gerónimo, y tan celebrada en toda la Iglesia universal, nació en Roma hácia el fin del tercer siglo, de padres nobles, ricos y virtuosos. Los grandes dotes, que desde luego descubrieron en su hija, contribuyeron no poco á aumentar el desvelo con que se aplicaron á cuidar de su educacion. Criáronla en un grande amor á la religion cristiana, y desde sus mas tiernos años formó Inés una idea cabal del estado feliz de la virginidad.

Las instrucciones de sus padres solo sirvieron de fomentar las impresiones de la gracia. El Espíritu Santo habia producido en aquel tierno corazon unos sentimientos tan nobles y tan cristianos, que á los diez años de su edad parecia haber llegado á una consumada y eminente perfeccion. Amó á Dios, dice san Ambrosio, desde que pudo conocerle, y se puede decir que le conoció desde que nació. Las diversiones de la niñez eran únicamente los ejercicios de la devocion mas tierna. Fue niña en los años, pero no en las inclinaciones, ni en los sentimientos. Su rara hermosura añadia nuevos realces á su modestia. Era extraordinaria su piedad, y la extrema ternura con que amó á la Reina de las Vírgenes cási desde la cuna, la inspiró un amor y una estimacion tan grande de la virginidad, que apenas tenia uso de razon, cuando se resolvió á no admitir nunca otro esposo que á solo Jesucristo. No tenia mas que trece años, cuando su hermosura y su raro mérito hacian gran ruido en la corte.

Vióla un dia por accidente Procopio, hijo de Sinfronio, gobernador de Roma, y quedó tan ciegamente enamorado de ella, que resolvió tomarla por esposa. Informado el padre de la calidad y de las grandes prendas de la doncella, aprobó mucho el pensamiento de su hijo; pero era menester el consentimiento de Inés. El primer paso que dió Procopio, fue enviarla un rico regalo, declarándola al mismo tiempo el fin de sus honestos deseos. Pero el desaire que le hizo en nò recibirlo, y el desprecio con que se lo volvió, no produjeron otro efecto que el de aumentar su pasion. Sirvióse de cuantos artificios pudo, y de cuantos medios discurrió para conquistarla: ruegos, promesas, amenazas, todo lo empleó; pero todo inútilmente. El último recurso de que se valió fue buscar modo para hablarla él mismo, no dudando que al cabo se rendiria á sus ternuras y á sus solicitaciones. Pero todo cuanto pudo sugerirle una pasion ciega, vehemente y persuasiva, solo sirvió para desengañarle de la ineficacia de sus mayores esfuerzos; porque animada Inés de un espíritu y de una firmeza muy superior á sus años, le dijo con resolucion: *Apártate de mí, aguijon del pecado, tentador importuno, y ministro del padre de las tinieblas. No te canses en aspirar á la mano de una doncella que ya estaba prometida á un Esposo inmortal, único Dueño de todo el universo, y que solo dispensa sus favores á las vírgenes puras y castas.*

Una resolucion tan majestuosa, y una respuesta tan desengañada, como poco prevenida, llenó á Procopio de desesperacion. Exaltada furiosamente su pasion, se dejó poseer de una cruel melancolía. El padre, que le amaba con extremo, resolvió valerse de su autoridad para lograr el beneplácito de los padres, y el consentimiento de la hija. Llamóla á su casa, y habiéndola recibido con toda la atencion que correspondia á su calidad y á su mérito: No ignorarás, la dijo, el fin para que te he llamado. Mi hijo desea apasionadamente ser dichoso, mereciendo tu mano. Tu nobleza, y la noticia que tengo de todas tus bellas prendas, me hacen aprobar gustoso su acertada eleccion. Paréceme que tampoco tú podrás aspirar á mejor partido, y no me persuado que serás tan enemiga de tí misma que no abraces al instante esta proposicion.

Inés, á quien el cielo habia dotado de una prudencia y de una discrecion superior á sus pocos años, respondió con singular modestia, pero con igual resolucion: que conocia bien la grande honra y la mucha merced que se le hacia en pensar en ella; pero que ya tenia escogido Esposo, mucho mas noble y mas rico que Procopio. Que á la verdad, las riquezas de tal Esposo no eran de este mundo: pero

por lo mismo eran mucho mas preciosas; y que la virginidad, que ella estimaba mas que todas las coronas del universo, era la única dote que su Esposo le pedia. Quedó confuso el Gobernador, mostrando no entender quién era aquel Esposo de quien Inés le hablaba; y un caballero, que se hallaba presente, le dijo: Señor, esta doncella es cristiana, y desde su niñez está criada en las extravagancias de esta secta: con qué no dudeis que este divino Esposo, de quien habla, es el Dios de los Cristianos.

Entonces, mudando el Gobernador de tono y de modales, ya veo ahora, la dijo, qué es lo que te tiene trastornada la razon, y alucinado el espíritu. Déjate, hija mia, de esas ideas frívolas de virginidad; déjate de esos supersticiosos fantasmones con que esa secta llena las cabezas de todos los que la siguen. Sean nuestros dioses desde hoy en adelante el único objeto de tus cultos: sean sus máximas la regla de tus dictámenes y de tus operaciones. No hagas obstinacion de la ceguedad. Mete en casa el buen dia, y tiende los brazos á la fortuna que te los alarga, brindándote con una elevacion de tanta honra para tí. Reflexiona bien lo que desprecias; y hazte cargo de que si lo abrazas, ocuparás un lugar distinguido en la cabeza del universo, poseerás grandes riquezas, serás una de las primeras señoras del mundo, y harás dichosa á toda tu casa. Por lo demás, añadió en tono impetuoso y severo, solo tienes veinte y cuatro horas de término para tomar tu partido. Escoge, ó ser la primera dama de Roma, ó espirar infamemente en los mas crueles tormentos.

«Señor, le replicó santa Inés, no he menester tanto tiempo para «determinarme, porque mi partido ya está tomado: desde luego os «declaro, que no admitiré jamás á otro esposo que á Jesucristo, así «como nunca reconoceré á otro Dios que al soberano Criador de «cielo y tierra. Y me admiro tengais valor para proponer á una per«sona de razon, que adore á unos dioses de palo y de piedra. No «penseis espantarme con la amenaza de los mayores suplicios; por«que si reconozco en mí alguna ambicion, es únicamente la de aña«dir la corona de mártir á la de vírgen. Niña soy, y soy flaca; pero «confio en la gracia de mi Señor Jesucristo, que me dará fuerzas «para morir por su amor.»

Atónito quedó el Gobernador al oir una respuesta tan animosa; pero volviendo de su primer asombro, quiso hacer la última tentativa. Como la Santa mostraba tanto amor á la virginidad, le pareció que nada la intimidaria tanto, como amenazarla con que haria fuese violada su entereza; y así la dijo: Escoge una de dos, ó casarte con

Procopio, ó ser deshonrada en el lugar infame de las malas mujeres, antes de espirar en los tormentos.

«Tengo colocada toda mi confianza en mi divino esposo Jesucris-«to, respondió la Santa: él es poderoso para librarme de tus violen-«cias, y él es tan celoso de la pureza de sus esposas, que no permi-«tirá las quiten un tesoro que dimana de él, y que está debajo de «su custodia. Vuestros dioses hediondos y malvados os inspiran se-«mejantes infamias; pero el Dios de la pureza, á quien yo sirvo, «sabrá librarme de vuestros impíos intentos.»

Espumando Sinfronio de cólera y de furor, mandó que al instante la cargasen de cadenas. Al punto trajeron los ministros una multitud de argollas, grillos y esposas, que con el ruido y con la vista hacian estremecer. Pero Inés no mudó ni de color, ni de semblante, ni de lenguaje en presencia de los verdugos y de los instrumentos. Mantúvose serena en medio de aquel funesto aparato, y oprimida con el peso de las cadenas estaba libre, porque no se habian hecho aquellos hierros para un cuerpecillo tan pequeño. Enternecianse todos, sin poder contener las lágrimas, hasta los mismos paganos; pero Inés no podia disimular su alegría, agobiada debajo de las prisiones.

Llevároula como arrastrando al templo, para que ofreciese sacrificio á los ídolos; pero esto solo sirvió para que confesase mas públicamente á Jesucristo en presencia de mayor concurso. Moviéronla por fuerza la mano; mas ella hizo la señal de la cruz, levantando, por decirlo así, este trofeo sobre los mismos altares de los demonios.

Confuso el Gobernador con la constancia de aquella doncellita, sin darse por vencido, se hizo mas furioso. Creyendo, y con razon, que el lugar infame de las mujeres perdidas le causaria mas horror que la misma muerte, la hizo conducir á él; pero un Ángel la defendió, y desprendiéndose de lo alto una celestial luz, convirtió aquel hediondo lugar en oratorio, santificado con las oraciones y con los votos de la santa Vírgen.

Solo Procopio, mas osado que los demás, se atrevió á entrar con resolucion de profanarle; pero al instante cayó muerto á los piés de la Santa. Llenó de consternacion á todos un caso tan espantoso. Traspasado de dolor el Prefecto con la muerte de su hijo, mudó las bravatas en súplicas y en ruegos, y pidió á Inés que resucitase á Procopio. Apenas levantó los ojos y las manos al cielo, cuando volvió á la vida el infeliz y ya dichoso mancebo, porque volvió publicando en alta voz, que todos los dioses de los gentiles eran vanos y quimé-

ricos; y que no habia otro verdadero Dios, sino el que adoraban los Cristianos.

Como habia sido interesado el Gobernador en aquel evidente milagro, no pudo menos de mostrarse favorable á santa Inés; pero los sacerdotes de los ídolos, que habian concurrido á la voz de aquella maravilla, conmovieron tanto al pueblo contra la santa Vírgen, tratándola de hechicera, de maga y de sacrílega, que el Gobernador, temiendo una sedicion si la libraba, y no atreviéndose á condenar á muerte á la que habia dado á su hijo la vida, tomó el partido de retirarse y cometer la causa á Aspasio, su teniente. Intimidado este con los gritos del pueblo, que clamaba contra Inés, como contra una maga y hechicera, dió sentencia de que fuese quemada viva.

Previnose la hoguera; llenóse el pueblo de expectacion, y ardió en una furiosa impaciencia de ver reducida á cenizas aquella dichosa víctima; pero el fuego la respetó reverente. Divididas las llamas en dos partes, la dejaron intacta en medio del brasero, como se conservaron ilesos los tres mancebos hebreos en el horno de Babilonia; pero arremolinadas después las llamas por uno y otro lado abrasaron á muchos de los circunstantes, que hacian el oficio de verdugos.

En fin, obstinándose siempre los sacerdotes y el pueblo en atribuir aquellas maravillas á industria y artificio del demonio, y temiendo el teniente algun alboroto, mandó que un verdugo la degollase en el mismo lugar donde habia de ser quemada. Impaciente entonces la Santa con el ansia de unirse siempre en el cielo con su divino Esposo, le suplicó que se dignase en fin de consumar su sacrificio. Y volviéndose al verdugo, que se iba acercando á ella con una especie de temblor y miedo reverencial, le alentó á que cumpliese con su oficio, diciéndole con valor: «Date priesa á destruir este cuerpo que «ha tenido la desgracia de agradar á otros ojos que á los de mi di«vino esposo Jesucristo, el cual fue siempre el único dueño de mi «corazon. No temas darme una muerte que comienza á ser para mí «el principio de una vida eterna.» Y levantando amorosamente los ojos hácia el cielo: «Recibid, Señor, exclamó, á esta alma que tanto «os costó, y á la cual amais Vos tanto.» Al acabar de decir estas palabras, el verdugo con mano trémula la pasó la espada por el pecho, y al instante espiró. De esta manera, dice san Gerónimo, Inés, haciéndose superior á la natural flaqueza de su edad y de su sexo, consiguió dos victorias del enemigo de Jesucristo: y consagrando por el martirio el honor de la virginidad, mereció en el cielo una duplicada corona.

No pudo estorbar todo el furor de los paganos que el cuerpo de la Santa fuese enterrado como con una especie de triunfo. Los muchos milagros que desde luego se comenzaron á obrar en su sepultura aumentaron la devocion de los fieles, y desde entonces se hizo célebre el nombre de santa Inés en todo el orbe cristiano. No contentándose la Iglesia con solemnizar una fiesta en honra de la Santa, hace dos veces memoria de ella. El dia 21 celebra su pasion y gloriosa muerte en la tierra, y el 28 solemniza su nacimiento en el cielo. El concurso á su sepulcro fue siempre muy numeroso, no solamente de los fieles, sino tambien de los mismos paganos que se mezclaban con ellos, para entrar á la parte en los milagrosos favores de la Santa. Edificóse en el mismo lugar una magnífica iglesia con el título de Santa Inés, desde el tiempo del grande Constantino; y en esta iglesia de Santa Inés se bendicen todos los años dos corderitos vivos, de cuya lana se forma el *palio* que los Papas envian á los arzobispos.

LOS SANTOS FRUCTUOSO, OBISPO DE TARRAGONA, AUGURIO Y EULOGIO, MÁRTIRES.

Aunque de san Fructuoso, uno de los obispos mas célebres que han florecido en la Iglesia de España, no nos consta cosa cierta en órden á su patria (*), sus padres, ni primera educacion; porque los escritores de sus Actas solo nos dicen de su glorioso martirio: con todo, por la dignidad á que fue elevado en los primeros siglos de la Iglesia, en que solo atendian los Cristianos al mérito personal de los obispos para elegirles en tan alto ministerio, podemos inferir la pureza de la fe, y la justificacion de la conducta de este héroe verdaderamente digno de los mayores elogios.

Movieron los emperadores Valeriano y Galieno contra la Iglesia una de las mas crueles persecuciones que padeció en tiempo de los gentiles; pero no satisfecho su implacable furor con que fuese Roma el teatro mas sangriento donde se sacrificaban cada dia innumerables víctimas de inocentes cristianos, sin otra causa que la de no rendir sacrílegas adoraciones á las vanas estatuas representativas de deidades quiméricas, despacharon por todas las provincias del imperio ministros autorizados con el título de presidentes ó de gobernadores,

(*) Esto no es exacto, pues se sabe que su patria fue Tarragona. (Véase FLOREZ, *España Sagrada*, tom. XXV, pág. 12 y sig.).

(Los Editores).

con el impío designio de extinguir si pudiesen el cristianismo. Vino á España por gobernador de la provincia de Tarragona Emiliano, hombre de condicion cruel, empeñado como el que mas de los paganos en sostener á toda costa el culto de los dioses romanos; y apenas llegó á aquella ciudad, que era la capital de su departamento, hizo publicar los acostumbrados bandos por los que se prevenia á todos los vasallos del imperio, que ofreciesen sacrificios á los ídolos, so pena de padecer los tormentos mas crueles.

Supo este tirano los progresos que hacia en la religion cristiana el obispo Fructuoso con sus dos diáconos Eulogio y Augurio, y graduando sus procedimientos por un desprecio criminalísimo de los Príncipes del mundo, dió órden á sus ministros Aurelio, Festucio, Helfo y Polencio para que pusiesen en prision inmediatamente al venerable Prelado. Llegaron á la casa de Fructuoso un domingo, en tiempo que se habia retirado á descansar, concluida la liturgia salmodia y mística, esto es, los oficios y sacrificios divinos acostumbrados en semejantes dias entre los fieles: y sintiendo el estrépito de los emisarios que venian en su busca, el ilustre Prelado salió á recibirlos descalzo, y les saludó con la mas atenta cortesanía. Quedaron atónitos los ministros al ver la serenidad, la mansedumbre y la dulzura del Santo, y notificándole la órden del Gobernador, les pidió permiso para ponerse el calzado. Diéronselo con efecto; pero como sus deseos no eran otros que aspirar á la gloria del martirio, partió con los emisarios acompañado de sus dos diáconos á ofrecerse víctima al Señor, á quien suplicaron se dignase recibir el sacrificio de sus vidas.

Pusieron en la cárcel pública á los tres ilustres héroes de la religion cristiana, y manteniéndose en ella por espacio de seis dias, no cesaron los fieles de concurrir por el dia y por la noche á ver á su santo Prelado: que renovando en aquella ocasion su celo verdaderamente apostólico, animaba á todos los Cristianos á que se mantuviesen constantes en la fe, sin temor de los tormentos transitorios de los enemigos de ella, que era á cuanto podia extenderse el poder y las facultades de todos los paganos. Mandó Emiliano que se presentasen los tres reos á su tribunal en el viernes inmediato al domingo de su prision, y dando principio al interrogatorio usado en estos casos, les preguntó: *¿Habeis oido lo que tienen mandado los emperadores romanos? Yo lo ignoro*, respondió Fructuoso, *pues soy cristiano. Los Príncipes del mundo*, continuó el Gobernador, *tienen mandado que todos los vasallos de sus dominios tributen culto á los dioses romanos. Pues yo solo le doy*, contestó el Santo, *al único Dios verdadero, Criador del cielo y*

de la tierra. ¿Sabeis que hay dioses? siguió el tirano; y respondiendo Fructuoso que ignoraba hubiese muchos dioses, le amenazó con que después lo sabria.

Concluido este pasaje, quedó el santo Prelado en una agradable suspension orando dentro de sí, y convertido Emiliano á Eulogio, le preguntó: *¿Y tú á quién das culto? ¿por ventura á Fructuoso? Yo no le doy á este,* respondió el santo Diácono, *sino al mismo Dios omnipotente á quien le da Fructuoso:* lo que contestó Augurio reconvenido con igual pregunta.

Conoció el Gobernador por el interrogatorio la invencible constancia de los tres valientes militares de Jesucristo, y pareciéndole que para obligar á unos hombres de aquel carácter, tendria mas eficacia la suavidad que la fuerza, se valió de todos los artificios que pudo sugerirle una aparente ficcion, ofreciéndoles ventajosas promesas con tal que obedeciesen los edictos imperiales; pero el horror que les causó la impiedad á que queria precisarles, y la heróica constancia con que se negaron á cometerla, redobló la furia y la crueldad del tirano en términos, que pareciéndole que tardaba en castigar su osadía, pronunció la sentencia siguiente: *Mando que Fructuoso, Eulogio y Augurio sean quemados vivos, porque resisten prestar sacrificio á nuestros dioses.*

No alteró la inicua providencia la tranquilidad de los tres Santos, antes bien llenos sus corazones de un extraordinario gozo, lo manifestaron en sus semblantes al considerarse dignos de padecer por amor de Jesucristo. Como Fructuoso era tan amado de todos por la justificacion de su conducta, se lamentaban de su injusta muerte no solo los Cristianos sino los mismos gentiles. Quisieron los fieles cuando lo llevaban al suplicio suministrarle algun confortativo; pero como el Santo era tan observante de la abstinencia en los dias de ayuno, como lo era aquel viernes, en los que no acostumbraban los primitivos Cristianos tomar alimento hasta la hora de nona, rehusó tomar la bebida aromática que le ofrecian, diciéndoles: que no era tiempo de quebrantar el ayuno. Llegaron los tres ilustres Confesores al anfiteatro donde estaba preparado el fuego para el sacrificio, y suplicando al santo Prelado cierto cristiano llamado Felix que se acordase de él cuando estuviese en la presencia de Dios, le contestó: que tenia en su mente toda la Iglesia dilatada desde el Oriente hasta el Occidente; cuya admirable respuesta celebró el Padre san Agustin en un panegírico de los gloriosos Mártires, con el elogio de que á ninguno exceptúa el que ora universalmente por todos.

Crecia el llanto de los Cristianos cuanto mas se acercaban los instantes del injusto suplicio de su venerable Padre, y queriendo este templar el dolor de su amado rebaño, les profetizó: que jamás les faltaria Pastor católico que mirase por su grey; cuyo vaticinio se cumplió literalmente. Arrodilláronse los tres héroes sobre la leña de la hoguera que ya principiaba á arder, y abrasando el fuego los cordeles con que tenian amarradas las manos antes que hiciese su efecto en los venerables cuerpos, extendiendo los brazos los Santos en forma de cruz, se mantenian en esta postura de inmolacion entre las llamas, fijos los ojos en el cielo, alabando y bendiciendo al Señor con la misma alegría que Ananías, Azarías y Misael en el horno de Babilonia. Bien acreditó Dios en todo el tiempo que conservó sin lesion á sus siervos, que su infinito poder podria librarlos del incendio cuando así fuese su voluntad; pero como esta era la de aceptar el sacrificio de aquellas víctimas agradables, probadas por el fuego, y encontradas sin mancha, permitió que quedasen reducidas á cenizas en el dia 21 de enero del año 262.

No tardó el Omnipotente en manifestar la gloria de los ilustres Mártires con portentosas maravillas: en el momento que espiraron, estando viendo el lastimoso espectáculo Babilon y Migdonio, familiares del Gobernador con una hija de este, vieron subir á los cielos las almas de los tres Santos conducidas por los Ángeles. Dieron noticia á Emiliano para que viese esta dicha; pero el Señor no quiso que fuese testigo de aquella felicidad en pena de su injusto atentado.

Concurrieron los Cristianos por la noche al lugar del suplicio ansiosos de recoger las reliquias de los venerables Mártires, y llevando cada uno las que pudieron haber, se les apareció san Fructuoso, y les mandó: que recogiéndolas todas, las colocasen juntas en un depósito; lo que hicieron prontamente en casa de cierto cristiano llamado Rogaciano, refiriendo cada uno la vision que habia tenido del Santo llenos de extraordinaria alegría. Tambien aparecieron los tres gloriosos Mártires al séptimo dia de su pasion á Emiliano, y reprendiendo su abominable ceguedad, le dieron á entender lo en vano que se habia fatigado en darles muerte corporal, cuando sus almas gozaban de la vision beatífica; de la que estaban privados los idólatras miserablemente engañados por el demonio en los cultos, y en las ridículas supersticiones que le tributaban en las estatuas bajo el velo de quiméricas deidades.

La Oracion de la Misa es la que se sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui infirma mundi eligis, ut fortia quaeque confundas; concede propitius, ut qui Beatae Agnetis virginis et martyris tuae solemnia colimus, ejus apud te patrocinia sentiamus: Per Dominum nostrum...

Todopoderoso y sempiterno Dios, que escoges lo mas flaco del mundo, para confundir á lo mas fuerte; concédenos por tu clemencia, que los que hoy celebramos la fiesta de la bienaventurada vírgen y mártir santa Inés, experimentemos cuán poderosa es su intercesion para contigo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo LI *del libro del Eclesiástico.*

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguae iniquae, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundum multitudinem misericordiae nominis tui à rugientibus praeparatis ad escam, de manibus quaerentium animam meam, et de portis tribulationum quae circumdederunt me: à pressura flammae, quae circumdedit me, et in medio ignis non sum aestuatus: de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta: laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Rey y Señor, yo te confesaré y te alabaré por Dios Salvador mio: yo daré gracias á tu nombre, porque fuiste mi auxiliador y protector: libraste mi cuerpo de la muerte, del lazo de la lengua inicua, y de los labios de los falsarios; y por cuanto te declaraste mi defensor á presencia de los enemigos que me circundaron. Tú me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre de los que rugian preparados á devorarme: de las manos de los que procuraban quitarme la vida: de las puertas de las tribulaciones que me circundaron: de la opresion de las llamas que me circulaba, sin que me abrasase en medio del fuego: de la profundidad del infierno: de la lengua impura, palabra falsa, rey inicuo y lengua injusta. Mi alma alabará al Señor hasta la muerte: porque salvas á los que en tí esperan, y los libras de las manos de la afliccion, Señor Dios nuestro.

REFLEXIONES.

¡De cuántos peligros nos ha librado el Señor! ¿Cuántas gracias le hemos rendido por estos beneficios? ¿Cuántas le rendimos el dia de hoy?

Retrocedamos con la consideracion á los primeros años de nuestra edad, á aquellos dias inmediatos á los primeros en que comenzamos á vivir. ¡Cuántos invisibles socorros en mil peligros presentes! ¡Qué secreta providencia en cien encuentros! Si pudiéramos traer á la me-

moria toda la historia de nuestra infancia, y de la edad mas avanzada; si fuéramos capaces de desenvolver toda la interior economía; descubriríamos sin duda cien pequeños milagros obrados en nuestro favor. ¿Y quién se acuerda de dar gracias al Señor, y de mostrarle su reconocimiento? Algun dia conocerémos de qué consecuencia fueron todos esos beneficios, cuando conozcamos el daño que nos hizo nuestra ingratitud á ellos. ¿Será ya tiempo de dar gracias á Dios por tantos favores?

Grande es sin duda la proteccion del Señor en los peligros de la vida. Pero ¿será menor la que explica con tanta frecuencia, librándonos de los del alma? Oh, y con cuanta razon podemos exclamar con el Sabio: *Librásteme, Señor, segun la multitud de tu misericordia, de los leones rugientes, que cercándome por todas partes procuraban devorarme.* Si Dios es nuestro defensor y nuestro protector, ¿quién nos podrá dañar? Una gran confianza en Dios, cuando es sostenida por una grande inocencia, ó á lo menos por una penitencia constante, y por un deseo sincero de no negar nada á Dios, es una poderosa, es una fuerte trinchera. El Sabio tenia poco mas ó menos los mismos enemigos que nosotros, la misma violencia de pasiones, los mismos falsos amigos, las mismas injusticias de parte de los concurrentes, la misma malignidad de los envidiosos, los mismos artificios de los disimulados, todos falaces, todos temibles, las mismas mordeduras de los calumniadores, la misma crueldad, las mismas injusticias. En medio de todos estos peligros, rodeado de todos estos enemigos está seguro á la sombra de la proteccion divina. No son hoy mas frecuentes las tempestades que lo eran entonces; ni son las adversidades mas abundantes. Los escollos son los mismos: el brazo del Señor no se ha encogido; su misericordia no se ha debilitado: pues ¿de dónde nace que no experimentemos la misma proteccion? ¿No será quizá, porque nosotros no nos gobernamos por los mismos principios? Sirvamos á Dios con fidelidad, coloquemos en él toda nuestra confianza, vivamos como los Santos; y como ellos bendeciremos al Señor, porque nos ha librado de las aflicciones que iban á oprimirnos, de las llamas que nos cercaban, y del mismo infierno que nos estaba esperando con la boca abierta. Sirvamos á Dios con fervor: adorémosle en espíritu y en verdad; amémosle sin reserva, sin tibieza; y entonces todas nuestras acciones, todos nuestros sentimientos, y aun nuestras mismas inclinaciones alabarán á Dios hasta la muerte.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum coelorum decem virginibus: quae accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsae. Quinque autem ex eis erant fatuae, et quinque prudentes: sed quinque fatuae, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illae, et ornaverunt lampades suas. Fatuae autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostrae extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite nobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt et reliquae virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

En tiempo que Jesucristo recomendaba á sus discípulos la vigilancia para conseguir el reino de los cielos, habló con la siguiente parábola: Este es semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al Esposo y á la Esposa: de estas cinco eran necias y cinco sabias; pero las cinco necias habiendo tomado las lámparas no previnieron aceite consigo: por el contrario las sabias, juntamente con las lámparas dispusieron aceite en sus vasos. Tardando en venir el Esposo se adormecieron todas y quedaron dormidas; pero á la media noche se oyó un clamor (que decia): Ved que el Esposo viene, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y acomodaron sus lámparas: las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. No sea caso, respondieron las sabias, que el que tenemos no baste para nosotras y vosotras: id mas bien á los que lo venden y compradlo para vosotras. Interin fueron á comprarlo vino el Esposo, con quien entraron á la sala de las bodas las que se hallaban dispuestas, y se cerró la puerta. Ultimamente vinieron las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos; pero les respondió: En verdad os aseguro que no os conozco. Velad pues, porque ignorais el dia y hora de mi venida.

MEDITACION.

De la verdadera sabiduría.

Punto primero.—Considera que la verdadera sabiduría consiste en hacerse santo: cualquiera otra ciencia, ó cualquiera otra habilidad no merece el nombre de esta virtud. Todos esos hombres grandes, cuya memoria hace tanto ruido en el mundo, y cuyo nombre brilla tanto en la historia, si se condenaron, fueron sabios de pers-

pectiva. Celebre en buen hora el mundo sus ideas, sus pensamientos, sus enfáticas, y muchas veces sus aéreas locuciones; pero desengáñese, que la sabiduría verdadera, propiamente hablando, no es otra que la ciencia de la salvacion.

¿No habla en este sentido el Sabio, cuando dice que el número de los necios es infinito, y que hay pocos que posean esta verdadera sabiduría? Toda nuestra prudencia, todo nuestro ingenio se reduce á apacentarnos de quimeras; y toda la vida se pasa en edificar sobre arena movediza, obras que el menor movimiento, el mas ligero soplo las reduce á nada.

¿Será sabiduría, será prudencia el trabajar para los otros? Y un cuarto de hora después de la muerte, ¿de qué servirán los bienes que se juntaron con tanta fatiga? ¿Será sabiduría, será prudencia el tener las lámparas encendidas; pero sin advertir que se va acabando el aceite? ¿Y será tiempo de hacer la provision cuando se está ya de partida para la eternidad?

¿Será sabiduría, será prudencia abandonar el único negocio, para el cual estamos en este mundo, y solo darse priesa, afanarse mucho, cuando no se está para hacer nada? Y con todo eso, esta es la conducta ordinaria de los que en el mundo pasan por hombres sabios, por hombres de conducta. ¡Qué gran locura! pensar en todo, dar providencia á todo, tomar justas medidas para todo, excepto para la salvacion. El infierno está lleno de estos sabios de mojiganga. *Utinam saperent, ac novissima praeviderent.*

¡Ah, Señor! ¿y no aumentaria yo el número de ellos, si Vos no me hubiérais conservado la vida hasta hoy? Pero ¿qué no mereceré, si desde luego no me hago sabio verdaderamente?

Punto segundo. — Considera que es mucha necedad no pensar mas que en una fortuna imaginaria, que eternamente la hemos de mirar como tal: que sabemos nada tiene de permanente; nada de sólido; que ni tampoco está en nuestra mano, y apenas se deja ver, cuando desaparece; al mismo tiempo que nada hacemos por una fortuna eterna, estando persuadidos á que nuestra condenacion será obra precisamente nuestra. ¡Cosa extraña! Aquello que ha de ser materia eterna de nuestro dolor y de nuestro arrepentimiento, eso es lo que ocupa todo nuestro corazon, y ese es el objeto de todas nuestras atenciones.

Las vírgenes necias no por eso dejaban de ser vírgenes; y si fueron condenadas, no lo fueron por el desórden de su vida. Tampoco

fueron negligentes en todas sus obligaciones: pensaban alguna vez en que el Esposo habia de venir. Figura vivísima de aquellas almas insensibles y perezosas, que nunca miran mas que á una parte de la ley, y que no ignoran del todo su religion. Siempre con algunos deseos de romper aquel lazo, de corregir aquel natural, de domar aquella pasion, de ser mas regulares, mas devotas. Siempre ocupadas en vanos proyectos de conversion, pero siempre las mismas. Presto se duerme enteramente el que está medio soñando. Á la llegada del Esposo, cuando llama á la puerta, todos despiertan, el fervoroso y el tibio. Pero dichoso aquel que tiene hecha con tiempo su provision. Mas ¿será tiempo de hacerla, cuando ya es preciso presentarse delante del Juez? Y ¿no es locura esperar ser prudente, ser sabio de repente, el que toda la vida dió la prueba mas visible de una insigne necedad? Los hijos del siglo son muy hábiles en proporcionar los medios para conseguir sus fines, aun cuando el fin que se proponen los conduzca á su perdicion. Y ¿será posible que solo en materia de la salvacion eterna han de ser estúpidos y zurdos?

¡Ah! ¡y qué prudente fue la tierna doncellita santa Inés! A la edad de trece años desprecia generosamente por amor de Jesucristo, hermosura, juventud, nobleza, tesoros, grande fortuna, y la vida misma. Persuadida de las verdades de la Religion, juzgó que no debia tomar otro partido. Fue prudente, fue sabia. ¿Cuándo me harán fuerza estas reflexiones? ¿cuándo me moverá este bello ejemplo?

Señor, aunque estoy persuadido, aunque estoy convencido de lo que debo hacer, nada puedo sin vuestra divina gracia. Yo os la pido, ó dulce Jesús mio, resuelto á dar principio desde este mismo momento al estudio de la sabiduría cristiana, que consiste en trabajar eficazmente y sin tardanza en el negocio de mi eterna salvacion.

Jaculatorias. — Dadme, Señor, aquella verdadera sabiduría que desciende de Vos, aquella que os hace perpetua compañía en vuestro trono. (*Sap.* IX).

Toda la sabiduría consiste en temer, y en servir á Dios. (*Eccl.* I).

PROPÓSITOS.

1 Forma un concepto cabal de la verdadera sabiduría, y está plenamente convencido á que solo son verdaderamente sabios los que saben salvarse. Para esto de aquí adelante no te has de gobernar por otro principio: y cuando te hayas de empeñar en alguna cosa, cuando hayas de emprender algun negocio serio, cuando hayas de pare-

cer hombre prudente en el mundo, nunca dejes de preguntarte á tí mismo: Y bien, ¿qué parte tiene en esto mi salvacion? ¿qué interesa la Religion en esta empresa, en este negocio, en este empeño?

2 El hombre prudente siempre toma medidas seguras para llegar á su fin. Guárdate bien de forjarte una conciencia falsa en negocio de tanta consecuencia. Huye con horror de todo libro sospechoso. El veneno, cuanto es mas sútil, es mas mortal; y el mas disimulado es el mas digno de temerse. Aunque el licor sea dulce, aunque sea muy grato al paladar, aunque le apetezcan y le alaben innumerables gentes, si tiene veneno, es pernicioso. Haz un firme propósito de no leer jamás libro condenado. Si no descubres sus errores, por lo mismo serán quizá mas malignos. Le tiene condenado el Papa: pues ¿qué insolencia, qué impiedad será no rendirse á una órden de superior tan legítimo? Aunque tengas licencia, ó aunque tengas privilegio para leer libros prohibidos, no por eso será su doctrina mas sana ni mas santa: librarás del pecado y del castigo; pero ¿te librarás del peligro? ¡Cósa extraña! Á la menor sospecha que se tenga de peste, de contagio, quedan desiertas las ciudades mas pobladas. El oráculo de la verdad declara que una obra está emponzoñada, y no se quiere creer que haya tal ponzoña. Retírate cuidadosamente de toda persona sospechosa en la doctrina; y sobre todo huye de todo director, de todo confesor laxo, condescendiente, nimiamente indulgente. Cuando se trata del negocio de la salvacion, no sobran precauciones, ni medidas, ni se puede decir sin temeridad, que se toma un camino demasiadamente estrecho.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

San Vicente, diácono y mártir, en Valencia en la España Tarraconense, el cual habiendo padecido prisiones, hambre, caballete, descoyuntura de los miembros, planchas y grillos de hierro encendidos aplicados á su cuerpo, y otros diferentes tormentos, en tiempo del impío presidente Daciano, voló al cielo á recibir la palma del martirio. Prudencio cantó excelentemente en un himno el ilustre triunfo de su martirio; y san Agustin y san Leon, papa, le celebran con grandes alabanzas. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Anastasio, monje persa, en Roma, en el monasterio de las fuentes de san Pablo, el cual después de haber padecido muchos tormentos, cárceles, azotes y prisiones en Cesarea de Palestina; últimamente sufridas muchas penas por órden de Cosroas, rey de Persia, fue degollado, habiendo enviado primero setenta compañeros al martirio, los cuales fueron todos ahogados en un rio. La

cabeza de este Mártir fue trasladada á Roma juntamente con su venerable retrato, en cuya presencia, segun atestiguan las actas del segundo concilio Niceno, huian los demonios, y sanaban los enfermos. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Vicente, Oroncio y Victor, en Ambrum en Francia, los cuales alcanzaron la corona del martirio en la persecucion de Diocleciano. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Gaudencio, obispo y confesor, en la ciudad de Novara.

Santo Domingo, abad, en Sora, esclarecido en milagros.

SAN VICENTE, DIÁCONO Y MÁRTIR.

Fue san Vicente uno de los mas ilustres Mártires de la Iglesia de España, en quien se hizo mas visible cuanto puede la gracia de Jesucristo: nació en Zaragoza, de una de las mejores y mas distinguidas casas del país. Desde niño le entregaron sus padres al gobierno y á la direccion de Valerio, obispo de la misma ciudad, que le crió en toda piedad, haciéndole instruir así en los misterios, como en las obligaciones de la Religion, sin olvidar el estudio de las letras humanas. En poco tiempo aprovechó mucho Vicente; y viendo el santo Prelado los progresos que hacia en todo, le ordenó diácono de su iglesia, encargándole el ministerio de la predicacion, que no podia ejercitar el santo Obispo por razon de su avanzada edad. Desempeñóle Vicente con dignidad y con feliz suceso, porque predicando tanto con las obras como con las palabras, no solo enseñaba y fortalecia á los fieles, sino que tambien convertia á la fe á mucho número de gentiles.

Hácia el fin del año de 303, que fue el principio de la persecucion que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron en España, queriendo Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, á cuya jurisdiccion pertenecian Zaragoza y Valencia, señalar su celo y su actividad en que fuesen obedecidos los decretos de los Emperadores, mandó prender á Valerio y á Vicente: dando órden para que fuesen conducidos á Valencia cargados de cadenas, con la esperanza de que se desalentarian con las fatigas y con los malos tratamientos que habia encargado se les hiciesen en el camino, y le adquiririan la gloria de haber vencido á los dos mayores héroes cristianos que se conocian á la sazon en la nacion española. Pero quedó no poco admirado cuando los vió en su presencia tan frescos y tan robustos como si nada hubieran padecido, á pesar de las diligencias que se habian hecho para matarlos de hambre en tan prolijo y tan penoso viaje.

Parecióle á Daciano que para persuadir á unos hombres de aquel carácter tendrian mas fuerza los buenos términos que la severidad y

las amenazas. Con esta idea, dirigiendo primero la palabra á Valerio, le representó que su avanzada edad estaba pidiendo de justicia algun descanso, y sus muchos achaques una vejez dulce y tranquila; que uno y otro lo hallaria, obedeciendo las órdenes justas de los Emperadores. Y volviéndose después á Vicente, le dijo con afectada blandura: «Tú, hijo mio, estoy seguro de que no degenerarás de la no-«bleza de tu sangre. Tienes talento, y eres noble: con que espero te «harás acreedor á las honras que la generosidad de los Emperadores «se dignará dispensarte. Eres jóven, eres galan, eres generoso, eres «discreto, y puedes esperar los grandes favores con que te brinda la «fortuna, la cual se te presenta colmada de gracias y de dichas. Pero «para merecerlas no has menester mas diligencias que no abandonar «la religion de tus padres. Ven, hijo mio, ríndete á lo que ordenan «los Emperadores; y no te expongas por una necia obstinacion á una «muerte anticipada y afrentosa.»

El santo viejo Valerio padecia alguna dificultad en la lengua, y no podia explicarse con bastante expedicion; por lo que ordenó á Vicente que respondiese por los dos. Tomando este la palabra, habló á Daciano con valerosa intrepidez, declarándole el bajo concepto que hacian de los demonios, transformados en dioses del imperio, y añadió: «No creas que las amenazas de la muerte nos han de acobardar, ni «que las despreciables honras de la vida puedan movernos á faltar á «nuestra obligacion; porque has de tener entendido que no hay cosa «tan estimable, ni tan deliciosa en el mundo que se acerque de mil «leguas al consuelo y á la honra de morir por Jesucristo.»

Ofendido Daciano de la generosa libertad del santo Diácono, se contentó con desterrar á Valerio, y descargó toda su cólera sobre san Vicente. Dió órden á los verdugos para que empleasen los tormentos mas crueles, y para que inventasen tambien los mas terribles que pudiesen discurrir, á fin de vengar á los dioses del desprecio que se les habia hecho; y fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud y con la mayor puntualidad.

Tiéndenle al punto sobre la catasta, aplícanle los cordeles, y comienzan á tirarle los piés y las manos, jugando el artificio de aquella horrible máquina con tanta violencia, que luego se oyó el ruido, y se percibió la dislocacion de todos los huesos; de suerte, que apenas se mantenian los miembros unidos al cuerpo, sino por medio de los nervios. Viendo el tirano que el Santo se reia de aquel tormento, mandó que le rasgasen las espaldas con uñas ó garfios acerados; lo que se ejecutó de un modo tan cruel, que se le descubrieron las

costillas hasta el espinazo. Esperaba Daciano que el santo Mártir lanzaria por lo menos algun suspiro, ó dejaria correr alguna lágrima; pero queriendo el Señor dar á entender á los hombres que sabe muy bien, cuando quiere, endulzar las penas y los trabajos que se padecen por su amor, hizo que el Santo sufriese este segundo suplicio con tanta constancia y con tanta alegría, como habia sufrido el primero.

Quedó atónito el tirano al ver aquella asombrosa tranquilidad del santo Mártir en medio de los mas vivos dolores; pero cuando le oyó hacer como burla y chacota de la crueldad de los verdugos, y que á él mismo le desafiaba que le hiciese sufrir todo lo que se le antojase, espumaba de cólera, teniéndolo por especie de insulto. Y sabiendo que las llagas, en dejándose enfriar son mas dolorosas si se vuelven á abrir, ordenó que fuese despedazado de nuevo: lo que se hizo con tanta crueldad, que arrancándole crecidos pedazos de carne, dejaban ver patentes las entrañas. Corrian arroyos de sangre por todas partes, y solo se miraba un esqueleto que vivia en fuerza de milagro. Comprendió bien el tirano que en aquella constancia se ocultaba alguna cosa sobrenatural, y que nunca podria vencer una fuerza tan superior á la suya. Mandó que cesasen los tormentos: pero sin querer manifestarse vencido, le ordenó que á lo menos le entregase los libros sagrados para arrojarlos al fuego, ofreciéndole la vida, si le obedecia en esto.

Vicente, con modo grato, pero santamente intrépido, respondió al juez: que el fuego con que amenazaba á los libros estaria mejor empleado en el mismo Santo para acabar su sacrificio en las llamas; y tambien me veo obligado á prevenirte, añadió el invicto Mártir, que algun dia arderás tú por toda la eternidad en las del infierno, si no renuncias el culto de los falsos dioses.

Apurado todo el sufrimiento de Daciano al oir tan no esperada respuesta, y no pudiendo contener la indignacion en el pecho, mandó que al instante le extendiesen en una cama de hierro ardiendo, aplicándole por todo el cuerpo láminas ó planchas encendidas.

Renovóse la alegría de Vicente á vista del nuevo tormento que le esperaba. Todo su gusto era pasar de un suplicio á otro, del ecúleo ó del potro á las parrillas, las cuales se componian de unas barras atravesadas, no de plano, sino de esquina, abiertas en forma de sierra, y salpicadas á trechos de puas agudas, á manera de rallo. Su elevacion era de una cuarta escasa, y se colocaban sobre carbones encendidos, que estaban continuamente avivando los verdugos. Llenábanse todos de horror al ver aquel cuerpo, medio desollado, amar-

rado con cadenas á la parrilla, cubierto de planchas ardiendo por la parte superior, mientras por la inferior le derretia el brasero. La grasa que el santo cuerpo destilaba, añadia mucha fuerza a la violencia del fuego: y como si aquel conjunto de tormentos no bastasen á causarle un dolor agudísimo y cruel, cuidaban los verdugos de avivarsele, llenándole de sal las llagas y las heridas.

Permanecia Vicente inmoble, los ojos fijos en el cielo, y el semblante risueño, adorando y bendiciendo sin cesar al Señor en aquella postura de inmolacion y de víctima. Pero como la mano del Todopoderoso se descubria tan visiblemente en la alegria y en la constancia del santo Mártir, no podia permanecer expuesto por mucho tiempo á los ojos del publico un espectaculo que tanto desacreditaba el culto de los ídolos. Todos admiraban la fuerza prodigiosa del paciente, y hasta los mismos gentiles clamaban que aquello no podia ser sin gran milagro. De suerte, que se vio precisado Daciano á mandar retirar al invicto Diacono, encerrandole en un oscuro calabozo, donde le tendieron para descansar sobre pedazos de hierro, con severa prohibicion de que no se le diese el menor alimento, ni el mas ligero alivio. Pero el Señor tuvo providencia de su siervo: porque de repente bajo una celestial luz que disipo las tinieblas del calabozo, y al mismo tiempo derramo Dios en el alma de aquel heroe una divina dulzura, un consuelo de superior orden, que le inundo de alegria. Hallóse de repente restituido á su antigua robustez, y mejorado en su natural hermosura, exhalando de su cuerpo un suavísimo olor, que llenaba de fragancias aquel lugar hediondo. Bajaron á hacerle compañia escuadrones de espiritus angelicos, y se dejaron percibir los celestiales canticos con que entonaban alabanzas al Señor, de manera, que aquella horrorosa prision se convirtio en paraíso de delicias.

La fragancia, la música y el resplandor llenaron de admiracion á los guardas; pero quedaron atonitos cuando vieron a Vicente sin la mas leve señal de los tormentos pasados, y convertidos en rosas los pedazos de hierro de que estaba sembrado el calabozo. No era fácil resistir á tanto tropel de prodigios. Convirtiéronse á Cristo el alcaide con los guardas, y llegando a noticia de Daciano lo que pasaba, tomó (fuese desesperacion o despique) una resolucion bien extraña. Manda que al punto saquen al Santo del calabozo; ordena que le acuesten en la cama mas blanda y mas regalada que se pueda disponer, y dar providencia para que se le cuide, sin perdonar a regalo ni á remedio. Publícase en toda la ciudad este decreto; acuden

los fieles en tropas á la cárcel; conducen al Santo como en triunfo por las calles: pero Vicente apenas entró en el regalado lecho que se le tenia prevenido, cuando, como si fuera aquel el mayor de los tormentos, espiró y voló su alma al cielo á recibir la corona, y el premio de su victoria; sucediendo esto el dia 22 de enero del año de 304 ó de 305.

Rabioso y fuera de sí Daciano, al verse vencido y confundido por aquel héroe cristiano, mandó que fuese arrastrado su cadáver, y que sacándole al campo, le arrojasen en un barranco, donde sirviese de pasto á las aves y á las fieras. Pero envió Dios un cuervo de grandeza extraordinaria, que le hizo centinela, y le defendió de los demás animales. Ordenó el tirano que le echasen en alta mar, porque no le diese culto y careciese de ese consuelo la devocion de los fieles; pero el Señor, que se burla de todos los artificios de la humana prudencia, condujo á la orilla al santo cuerpo, y acudiendo los Cristianos, le enterraron secretamente fuera de las murallas de Valencia, en el mismo lugar donde hoy es venerado en una magnífica iglesia.

El año de 542 sitió y tomó á Zaragoza Childeberto, rey de Francia, con cuyo motivo trajo consigo la estola que habia servido al santo Diácono, y se la entregó á san German, obispo de Paris. Consérvase esta preciosa reliquia en la iglesia de San German, que antiguamente se llamaba de San Vicente.

SAN ANASTASIO, MONJE Y MÁRTIR.

Fue persa de nacion, y antes de su bautismo se llamaba Magundat. Sirvió algun tiempo en las tropas del rey Cosroas, y después de la toma de Jerusalen, cuando se llevaba la cruz de Cristo á Ctesifon, quiso saber qué motivo tenian los Cristianos para hacer tanta estimacion de dos maderos que habian servido para ajusticiar á un hombre. Informado de todo, y bien instruido en la religion cristiana, recibió el Bautismo, y vivió algun tiempo en el monasterio de san Anastasio, cuyo nombre tomó. Siete años empleó en los ejercicios mas humildes y mas perfectos de la vida monástica. Movido de un ardiente deseo de derramar su sangre por amor de Jesucristo, pidio y obtuvo licencia para pasar á Cesarea. Supo que ciertos soldados de la guarnicion hacian algunos maleficios: reprendióles, y echaron mano de él. Confesó que era cristiano, y sufrió con heróica constancia azotes, palos, y todas las incomodidades de una rigurosa prision. Confortóle el Señor con una aparicion de mucho consuelo;

y en fin coronó su santa vida con el martirio, habiendo sido ahorcado por la confesion de la fe el dia 22 de enero del año de 628.

LOS SANTOS VICENTE, ORONCIO Y VÍCTOR, MÁRTIRES.

Deseaba el emperador Diocleciano el aumento de su imperio al mismo tiempo que hacerse memorable en los siglos venideros: para lo cual le pareció necesario tener propicios y favorables á los dioses romanos. Ofreciales grandes y solemnes sacrificios, y ansioso de explorar su voluntad, les consultaba muy de ordinario; pero habiéndose detenido un ídolo famoso en contestar á sus solicitudes, al fin le manifestó por medio de un sacerdote pagano, que el motivo de no responderle siempre que era consultado era el de haber muchos justos en el imperio. Quiso saber el supersticioso Príncipe quiénes eran estos que con el nombre de tales vivian en sus dominios, y habiendo entendido que eran los Cristianos, preponderando en su perverso corazon mas la satisfaccion que apetecia de sus falsos oráculos, que la justicia que ellos mismos publicaban de los inocentes fieles, resolvió perseguirlos con la inhumanidad propia de su impío carácter: pero no satisfecho con que en su corte se hiciesen cada dia formidables estragos, nombró ministros de brutal condicion en todas las provincias de su dominacion, á fin de que llevasen adelante sus inicuas intenciones. Vino á España por gobernador de la provincia de Tarragona Daciano, uno de los monstruos mas fieros que vomitó el abismo, para poner en ejecucion los injustos decretos de sus principales; y conociendo que por sí solo no era bastante para cumplir segun queria las órdenes de aquellos, nombró vicarios ó subdelegados pésimos en diferentes pueblos de la comprension de su departamento, para que contribuyesen al fin de su venida: de cuya clase fue uno Rufino, varon consular, que fijó su residencia en el castillo ó fortaleza de Granalles, cerca de Gerona, ciudad antigua en el principado de Cataluña.

En esta desgraciada época en que se dejó ver en la provincia de Tarragona un lastimoso teatro donde se representaban cada dia las escenas mas sangrientas, vinieron de Italia á España dos ilustres jóvenes naturales de Cimela, llamados Vicente y Oroncio, ambos profesores de la religion cristiana. Llegaron al territorio de Gerona, y encontraron entre las concavidades de unas piedras al obispo Poncio, que se habia retirado al desierto huyendo de las crueldades de Rufino, donde se ocupaba con algunos cristianos en las divinas ala-

banzas, y en pedir á Dios auxilio en aquellas calamitosas circunstancias. Distinguíase entre todos un diácono de Poncio, varon de eminente virtud, muy conocido por su prodigiosa vida y por la ardiente caridad con que asistia á los afligidos fieles, que se vieron en la indispensable precision de ausentarse á los páramos por no poder tener descanso alguno en las poblaciones; y esmerándose sobre todo en la piadosa costumbre de hospedar á los pobres peregrinos, recibió en esta clase á los dos célebres italianos. Conoció por su trato la pureza de su fe, no menos que el ardiente deseo que tenian de padecer martirio; y creyendo todos tres que el medio mas eficaz para lograr esta dicha era el de hacer ostentacion pública de su profesion, reunidos en unos mismos sentimientos, comenzaron á ilustrar á todos los habitantes de aquella region con la luz del santo Evangelio, sin temor de las hostilidades gentílicas.

Supo Rufino los progresos que hacian en la Religion los tres esforzados militares de Jesucristo, y graduando sus procedimientos por un notorio desprecio de los edictos imperiales, se arrojó como un leon enfurecido al hospicio de Víctor, en tiempo que Vicente y Oroncio habian salido de él á orar en un monte. Sintió no hallar á los dos ilustres extranjeros en el hospicio; pero no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, habló á Víctor de esta suerte: *Dí, infidelísimo á los dioses, tú que no contento con despreciar los mandatos de los príncipes del mundo, y de confesarte siervo de aquel á quien crucificaron los Judíos, recibiste en tu hospicio á ciertos seductores del público; dí ¿dónde ocultaste á estos malvados? manifiéstalos inmediatamente: pues te aseguro, que cuando no los descubras, he de hacer que padezcas los tormentos mas crueles.* Procuró Víctor sosegar la cólera del tirano, haciéndole ver que los que llamaba seductores eran unos sugetos de honor fieles observantes de las leyes divinas, en cuyo cumplimiento adoraban al Dios verdadero y á su unigénito Hijo Jesucristo, los cuales habian salido á hacer oracion á un monte poco distante de su casa.

Marchó Rufino sin detenerse un instante en busca de Vicente y Oroncio. Viéronle estos venir con toda su comitiva, y creyendo que ya habia llegado el tiempo de ofrecer al Señor el sacrificio de sus vidas, le rogaron que se dignase darles valor y fortaleza para combatir con un enemigo tan cruel, cuyos estragos tenian dado testimonio de su barbarie. Mandóles el tirano bajar del monte prontamente, y queriéndoles sorprender, luego que se presentaron, les dijo: *Público y notorio es, que los augustos Emperadores me han concedido fa-*

cultad para que persiga á todo aquel que confiese por Dios á Jesucristo; y así os amonesto: que siendo vosotros nobles y sabios, segun estoy informado, no olvidándoos de vuestro ilustre nacimiento, sacrifiqueis á nuestros dioses, en lo que os aseguro que haréis el mayor obsequio á los príncipes del mundo. ¿Por qué procuras, respondieron ambos, *obligarnos á una accion tan sacrílega, cuando los que llamas dioses son unas vanas estatuas representativas de deidades quiméricas, cuya cualidad solo puede atribuirles una necia ceguedad, como es la que ocupa el entendimiento de los gentiles? Nosotros únicamente adoramos por verdadero Dios al único Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles: el que tiene poder para conducirnos á una eterna felicidad en compañía de los bienaventurados.*

No teniendo Rufino razones con que satisfacer á tan concisa como sabia respuesta, tomó el arbitrio de despreciar á los dos heroes, diciéndoles: *Yo creia que hablaba con algunos sugetos inteligentes; pero ahora noto vuestra ignorancia, y así os mando que ofrezcais sacrificios á los dioses á quienes venera por tales nuestro emperador Diocleciano; pues de lo contrario os haré sufrir una muerte afrentosa.* No contestaron Vicente ni Oroncio á la amenaza, quedandose en una agradable suspension, en vista de la cual les reconvino el tirano: *¿Que pensais dentro de vosotros mismos? resolved inmediatamente sobre lo que os propongo;* pero reiterando los ilustres jovenes la misma confesion que tenian hecha, apurado todo el sufrimiento de Rufino al considerar su inalterable constancia, mandó que fuesen decapitados inmediatamente, lo que se ejecutó sin dilacion por los paganos.

Supo Victor el glorioso triunfo de los dos Martires, y ocultando sus cuerpos en su mismo aposento, pasaba en oracion la mayor parte del dia y la noche á presencia de aquellos venerables cadáveres. Manifestóle el obispo Poncio, que era voluntad de Dios que los trasladase á Italia; pero luego que llegó á entender Rufino que disponia el santo Diácono lo necesario para la traslacion, siendo como era su ánimo impedir el que pudieran los Cristianos tributarles la veneracion debida, mandó á sus ministros que prendiesen á Victor, y que lo condujesen á su tribunal. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor puntualidad; y queriendo obligarle á que sacrificase á los ídolos, se valió de las mas terribles amenazas en caso de que se resistiese: pero el horror que causó al esforzado Diácono la impiedad á que solicitaba precisarle, y la heróica constancia con que se negó á contestarla, redobló la furia y la crueldad del bárbaro juez en términos, que lleno de un furor extraordinario providenció, que le cor-

tasen la cabeza y los brazos en el mismo lugar donde fueron degollados Vicente y Oroncio.

Viendo el padre de Víctor la sangre derramada de su amado hijo, quiso huir de la furia de Rufino; pero le detuvo su mujer Aquilina esforzándolo con un valor excesivo á la fragilidad de su sexo, á que se mantuviesen ambos constantes en la fe de Jesucristo para merecer la dicha de aquel á quien dieron el ser, cuyo glorioso triunfo tenian á la vista. Ejecutáronlo así ambos, y ofendido el tirano de la constancia y de la fortaleza con que siguieron los pasos de los difuntos, dando órden para que los degollasen, se retiró á Gerona lleno de confusion al verse vencido por aquella ilustre comitiva.

Luego que gozó de paz la Iglesia, puso en ejecucion cierto cristiano llamado Autor la revelacion hecha al obispo Poncio sobre la traslacion de los cuerpos de Oroncio y Vicente á Italia; pero al llegar las venerables reliquias á un lugar de los Alpes llamado Ebreduno, se quedaron inmóviles los bueyes que conducian el carro. Dieron aviso de lo ocurrido al obispo Marcelo, que lo era de aquel territorio. Informóse aquel Prelado con este motivo del glorioso martirio de los Santos, y conociendo por la inmobilidad de los animales que era voluntad de Dios el que allí se quedasen las santas reliquias, dando al Señor repetidas gracias porque se dignaban enriquecer á su diócesi con tan precioso tesoro, los depositó en Ebreduno con asistencia de muchos clérigos, monjes, y vecinos de la comarca, que concurrieron á solemnizar aquel acto con demostraciones festivas.

No se olvidó Gerona del glorioso triunfo de los tres ilustres Mártires de Jesucristo, y en reconocimiento de haber regado con su sangre aquel territorio, determinó su cabildo eclesiástico en el dia 6 de junio del año 1522, que se celebrase perpetuamente la fiesta de los Santos como hasta hoy se ejecuta con toda solemnidad.

La Oracion de la Misa es la que se sigue:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris: ut qui ex iniquitate nostra reos nos esse cognoscimus, beatorum martyrum tuorum Vincentii, et Anastasii intercessione liberemur: Per Dominum...

Atiende, Señor, á nuestras humildes súplicas, para que pues nos reconocemos reos por nuestra maldad, seamos librados de nuestras culpas por la intercesion de vuestros bienaventurados mártires Vicente y Anastasio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III de la Sabiduría.

Justorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis.

Las almas de los justos están en manos de Dios, y no les tocará el tormen-

Visi sunt oculis insipientium mori, et aestimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est: In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit eos dignos se. Tamquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tamquam scintillae in arundineto discurrent: Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

to de la muerte eterna. Aunque se han visto morir á los ojos de los insensatos, y se ha estimado entre ellos su salida del mundo por un colmo de aflicion, y su separacion de con nosotros por una total ruina; ellos sin embargo descansan en paz. Y si han sufrido tormento delante de los hombres, su esperanza está llena de inmortalidad. Sus males fueron ligeros, y su felicidad será grande, porque Dios les probó, y los halló dignos de sí. Como el oro en el crisol los ha probado; los recibió como hostia de holocausto, y les visitará cuando llegare el tiempo. Los justos brillarán y centellearán como cuando el fuego corre por los cañaverales. Juzgarán á las naciones, y dominarán los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

¡Oh, qué bien está el que está en manos de Dios! Nadie está en las manos de Dios, que no esté en su corazon. ¡Qué estancia tan dichosa! Pues esta es la de los justos. ¡Gran Dios, qué lugar hay en el mundo mas digno de una ambicion noble y bien nacida! Ora amenace la tempestad, ora intime estragos y terrores el pavoroso estruendo de los truenos, el justo está al abrigo; su alma está en las manos de Dios: ¿qué tiene de qué temer?

Es la muerte un tormento que asusta á los mas resueltos, que á los mas intrépidos los estremece. Pero como la muerte de los justos siempre es preciosa en los ojos del Señor, la ven venir no solo sin susto, pero con alegría, porque no la miran como suplicio, sino como premio: los llena de dulzura, de consuelo, y de confianza.

Su muerte en la apariencia es como la de los demás, término fatal de todas las cosas, pero es en la apariencia, y á los ojos de los insensatos; que los prudentes y los sabios juzgan muy de otra manera de la muerte de los justos. Si salen de este mundo, es porque se les levanta el destierro: si se apartan de nosotros, es para entrar triunfantes en la gloria. ¡Oh, qué gozo el de no haberse descaminado! ¿Qué consuelo mas dulce ni mas exquisito que el que se experimenta cuando se llega al término dichosamente? Los Santos sufrieron tormentos á los ojos de los hombres: parecieron afligidos y humillados: fueron maltratados y perseguidos; pero á los ojos de los hombres y no

mas: todo lo áspero, todo lo duro de sus cruces estaba en la corteza, que por lo demás, en medio de los mayores trabajos lograban una esperanza llena de inmortalidad. ¿Qué proporcion hay entre lo que padecieron y lo que ahora gozan? Dichoso aquel que no cede á las pruebas que de él se hacen. No gusta Dios de siervos cobardes y pusilánimes. ¡Felices aquellos á quienes el Señor encuentra dignos de sí!

Mas ¡oh, y qué diferencia hay entre la muerte de los justos, y la de los que se llaman dichosos á lo del mundo! La felicidad de estos se desvanece en su postrera hora. Grandeza, riquezas, honores, placeres, todo se sepulta con ellos. Pero al contrario, la última hora de los otros es la primera de una eternidad de delicias. Sus nombres son colocados en los fastos de los Santos; su memoria está llena de bendicion; se honran y se veneran hasta sus mismas cenizas: y aquellos hombres viles á los ojos del mundo brillarán por toda la eternidad como astros en el firmamento; reinarán sobre todos los pueblos, y juzgarán á todas las naciones. ¡Qué objeto mas digno de la ambicion de un corazon cristiano!

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis praelia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum haec fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terraemotus magni erunt per loca, et pestilentiae, et fames, terroresque de coelo, et signa magna erunt. Sed ante haec omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et praesides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non praemeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de

En tiempo que Jesucristo pronosticaba á sus discípulos la consumacion del mundo, les dijo: Cuando oyéreis hablar de guerras y sediciones, no temais: pues conviene sucedan primero estas cosas, que llegue el fin de los siglos. Entonces se conmoverán una nacion contra otra, un reino contra otro reino, y habrá grandes temblores de tierra por diferentes partes, pestes, hambres y señales grandes y espantosas en el cielo. Pero ante todo esto os prenderán, perseguirán y entregarán á las sinagogas y cárceles, presentándoos ante los reyes y gobernadores por causa de mi nombre, lo que os sucederá en testimonio (de la fe). Grabad en vuestros corazones la máxima de no pensar el cómo habeis de responder, pues yo os daré palabras y sabiduría, á que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Sabed que seréis entregados por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos que os

capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

causarán la muerte. Y seréis aborrecidos de todos los hombres por mi nombre; pero no perecerá un solo cabello de vuestra cabeza. Y por lo mismo con paciencia poseeréis (ó salvaréis) vuestras almas.

MEDITACION.

Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado.

Punto primero.—Considera que no hay en la tierra otro verdadero mal sino aquel que él solo nos priva del verdadero Bien, y del principio de todos los bienes. Tal es el pecado.

Mírese por donde se mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga. Eternamente será el pecado objeto de su odio y de su indignacion, y eternamente será materia de nuestro arrepentimiento. Pues ¿cómo lo puede ser ahora de nuestros deseos y nuestra complacencia?

Todos los que llamamos males en el mundo, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado fue el que inundó la tierra de tantas desdichas; él es el que tiene encendido el fuego del infierno; el pecado es el que hace infelices á los que lo son; la tranquilidad y alegría solo reinan donde reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, y siendo todo bien, por sí mismo no puede comunicar otra cosa. Solo el pecado es quien causa todo mal privándonos de este bien. ¿Y es esta la idea que se tiene del pecado? Pero ¿dejará de ser menos malo, dejará de ser menos pecado, porque se tenga de él otra idea diferente?

Esas concurrencias de la diversion, de donde está siempre desterrada la inocencia; esos desahogos del carnaval, que si no siempre son pecado son sumamente peligrosos siempre; esos espectáculos; esas alegrías profanas, orígen fatal de tanto desórden; ¿prueban por ventura que se tiene al pecado grande horror? Y aun las personas que se abstienen de esos desórdenes, ¿viven siempre muy inocentes? ¡Ah! que, por decirlo así, nos familiarizamos con el pecado: pero ¿nos familiarizarémos igualmente con los tormentos que le corresponden?

¡Oh, Señor! ¡y qué poco que he conocido al pecado! Pero ¡cómo le conozco, y cómo le detesto ahora! Aumentad mi dolor y perdonad mis maldades.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que es error dar el nombre de males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad; y que, á excepcion del pecado, todo puede ser útil á una alma fervorosa.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, hasta la misma muerte, todo puede servirnos para ser dichosos, porque todo puede conducir para que seamos santos.

Pocos Santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades, á los trabajos, algun grado, por lo menos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no debieron los Mártires á los suplicios? Vuestros parientes, vuestros amigos, dice el Salvador, os perseguirán, mas no por eso seréis menos dichosos; porque toda la malicia y toda la rabia de los tiranos no podrá arrancaros solo un cabello de la cabeza. Quien está en gracia de Dios, el que es querido de Dios, ¿qué tiene de qué temer? Grande error, reputar el odio del mundo como mal, cuando todo el odio del mundo es porque se quiere amar y servir á Dios. ¿Cuántos favores, cuántos ventajosos partidos ofreció el mundo á san Vicente para pervertirle? ¿Qué crueles tormentos no padeció porque despreció sus engañosas promesas? ¿Con qué valor se burló este insigne Santo así de los tormentos, como de los halagos del tirano? Antes bien los mayores halagos fueron para él los mas intolerables tormentos. Perdió la vida, por no perder la amistad de Dios. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que nosotros pensemos de la misma manera? ¿cuándo hemos de discurrir sobre los mismos principios? ¿Tiénese el dia de hoy al pecado por el mayor mal de todos los males? ¿tiénenle siquiera por mal aquellos y aquellas que hacen vanidad de cometerle? Llámanse males una pérdida de intereses, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que suelen ser principio de mil bendiciones, segun los amorosos designios de la divina Providencia. Pero ¿se considera al pecado como gran mal, cuando se discurre que puede ser medio conducente para hacer fortuna?

¡En qué ceguedad he vivido yo hasta aquí, Dios mio! Perdonadme, Señor, y oid benigno mi humilde súplica. Haced que padezca todos los tormentos, hacedme sufrir todos los males de esta vida, antes que cometer jamás un solo pecado.

JACULATORIAS.—¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonásteis la Ley de vuestro Dios y Señor! (*Eccl.* XLI).

Terrible cosa es caer en las manos de Dios vivo. (*Ad Hebr.* X).

PROPÓSITOS.

1 Concibe tan grande horror al pecado, que estés dispuesto á perder los bienes, la salud, y la misma vida, antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serás, si te hallas en otra disposicion. Pero porque son inútiles, y de nada sirven las mejores máximas, si no se reducen á práctica; siempre que á tí, ó á otros suceda alguna desgracia, algun contratiempo, algun trabajo, toma la santa costumbre de decirte á tí mismo: No hay otro mal que el pecado: consolémonos, que esta pérdida de los bienes de fortuna, de la salud ó de la honra se puede convertir en gran provecho mio. Líbrame, Señor, de todo pecado, que no temo otro mal alguno.

2 Toma ocasion de todos los contratiempos de esta vida para decir á tus hijos, á tus amigos, á tus domésticos que en este mundo no hay mas que un solo mal, hablando propiamente, el cual mal es el pecado. Sea este tu mas frecuente refran, tu adagio favorecido. Repítelo sin cesar á tus hijos, dítelo á tí mismo cien veces al dia, y no te perdones ni las mas leves mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las mas ligeras impaciencias. Todo lo que pueda alterar la caridad, por poco que sea, debe ser prohibido para tí. Ser demasiadamente indulgente consigo mismo, y poquísimo con los demás, suele ser ocasion de muchas faltas. Todo lo que puede agraviar de alguna manera al prójimo, todo lo que tenga sombra de pecado, debe causarte horror. La imágen sola de un monstruo espantoso atemoriza. Repite con frecuencia aquellas bellas palabras: *Malo mori, quam foedare animam meam.* Mas quiero morir, que manchar jamás mi alma. No te contentes con tener horror al pecado solamente. El mismo has de tener á todas las ocasiones de pecar, de las cuales has de huir, como del mismo pecado. No se aborrece el pecado, cuando no se aborrece la ocasion.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

San Raimundo de Peñafort, en Barcelona, cuyo tránsito se celebra el dia 7 de enero. *(Véase su vida en las de este dia).*

Santa Emerenciana, vírgen y mártir, en Roma, la cual antes de recibir el Bautismo fue apedreada por los paganos, estando haciendo oracion junto al sepulcro de santa Inés, cuya hermana de leche era.

San Parmenas, en Filipos de Macedonia, uno de los siete primeros diáconos: el cual habiendo cumplido y desempeñado exactamente con la gracia de Dios el cargo de predicar que le habian cometido sus hermanos, consiguió la gloria del martirio en tiempo de Trajano.

Los santos mártires Severiano, y Aquila, su mujer, en Cesarea de Berbería, que fueron quemados.

San Asclas, mártir, en Antios, ciudad de Egipto, quien después de varios tormentos entregó su preciosa alma á Dios habiendo sido echado á un rio.

San Clemente, obispo, en Ancira, ciudad de Galacia, el cual habiendo sido atormentado diferentes veces, consumó el martirio en tiempo de Diocleciano.

San Agatángelo, tambien en Ancira de Galacia, martirizado el mismo dia por mandato del presidente Lucio.

San Juan el Limosnero, en Alejandría, obispo de la misma ciudad, varon famosísimo por su inagotable caridad con los pobres.

San Ildefonso, obispo, en Toledo, quien por la maravillosa integridad de su vida, y porque defendió la pureza de la Vírgen María contra los herejes que la impugnaban, mereció que la misma Señora le diese una blanquísima vestidura; y esclarecido últimamente en santidad fue llamado al cielo. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Mártir, monje, en la provincia de Valeria, en Campaña de Roma, de quien hace mencion san Gregorio papa.

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT.

Nació san Raimundo de Peñafort el año de 1175, en el castillo de este nombre en el principado de Cataluña, siendo sus padres señores del mismo castillo, y aliados de los reyes de Aragon. Criáronle con el cuidado correspondiente, y habiéndole aplicado al estudio de las ciencias naturales, como estaba dotado de un excelente ingenio, hizo en poco tiempo tantos progresos, que enseñó públicamente filosofía en Barcelona, con tanto aplauso como feliz suceso. Aplicóse después al estudio de las leyes; y para perfeccionarse en ellas, pasó á la universidad de Bolonia, donde luego se hizo admirar: y recibiendo el grado de doctor en ambos derechos, habiendo vacado una cátedra de maestro, fue provisto en ella con general aceptacion.

Causaba admiracion su ingenio, pero mayor su desinterés y su vida ejemplar, porque no quiso admitir la renta que señaló la ciudad, sino para repartirla entre los pobres, no teniendo en sus estudios otros fines que puramente el de la caridad.

Al volver de Roma D. Berenguel, obispo de Barcelona, pasó por Bolonia para ver á Raimundo, su diocesano, de quien oia hablar en toda Italia con tanto elogio y con tanta estimacion. Conoció luego que un sugeto de aquel mérito podia ser de suma utilidad á su iglesia. Por lo que proveyó en él un canonicato, y después una de las pri-

meras prebendas de la catedral; la que se aprovechó bien de lo mucho que acababa de perder la universidad de Bolonia. Desde luego se dejaron admirar el extraordinario mérito y la no menos extraordinaria piedad de Raimundo. Su caridad con los pobres, su amor al retiro, su asistencia al coro, su recogimiento interior y su modestia hicieron impresion en los ánimos y en los corazones, de manera que en poco tiempo se reconoció visiblemente la reforma del cabildo.

Profesó siempre una tierna devocion á la santísima Vírgen, animado de un deseo ardiente de extender su culto, y de inspirar la misma piedad en los corazones de todos. Reparando que la fiesta de la Anunciacion se celebraba con poca solemnidad en Barcelona, obtuvo que se hiciese el oficio con mayor celebridad; y dejó una fundacion para que fuese esta fiesta una de las mas solemnes.

Solo pensaba Raimundo en santificarse cada dia mas y mas por medio de los ejercicios de devocion y de penitencia, cuando se sintió llamado á estado mas perfecto. Valióse Dios para su vocacion del escrúpulo que se le excitó, por haber quitado á un pariente suyo la que tenia de entrar en la religion de santo Domingo, con el pretexto de que toda novedad es sospechosa. Tomó el hábito de la misma religion en Barcelona en dia de Viernes Santo del año de 1222, cerca de ocho meses después de haber muerto el santo Fundador y patriarca.

Con el nuevo estado renovó extrañamente su fervor. Ningun novicio le hizo ventajas en correr apresurado por el camino de la perfeccion; ninguno le excedió en los esmeros de una humildad profunda, ni en la exactitud de la regular observancia.

Muy á los principios de su noviciado pidió con instancia á los superiores que le diesen una severa penitencia por las vanas complacencias que habia tenido cuando oia los aplausos con que celebraba el mundo su magisterio. Consintió en ello el provincial, y le mandó que en penitencia compusiese una Suma de moral: y es la que corre hoy con nombre de la Suma de Raimundo, siendo la primera que salió á la luz en esta materia.

La generosidad con que un hombre tan distinguido por su nacimiento, por su ingenio y por su dignidad, tan admirable por su virtud, tan respetable por sus raros talentos y por su sabiduría, habia dejado el mundo, para vivir humilde y desconocido en el estado religioso, le hizo mucho mas célebre por todo el universo, y de todas partes concurrian á consultarle como á oráculo.

Escogióle Dios para contribuir mas que ningun otro á la fundacion de una nueva Órden, célebre en la Iglesia católica por su instituto de

redencion de cautivos, con el título de Nuestra Señora de la Merced. Una maravillosa vision que en una misma noche tuvieron Jaime, rey de Aragon, san Pedro Nolasco y nuestro Raimundo, unió el celo de todos tres, para promover este sagrado Instituto. San Pedro Nolasco fue el fundador, el rey de Aragon el apoyo, y Raimundo fue como el alma de esta grande empresa, que tuvo después tan asombrosos sucesos.

Por este tiempo vino á España á publicar la Cruzada contra los moros el cardenal Juan de Abbevilla, obispo de Sabina y legado de la Santa Sede. Parecióle al Cardenal que no desempeñaria bien su legacía, si san Raimundo, tan poderoso en obras como en palabras, no le ayudaba con sus consejos y con su santo celo. Predicó la Cruzada con tanto espíritu y con tanta felicidad, que el Legado le atribuia principalmente, y con mucha razon, las grandes ventajas que las armas cristianas consiguieron de los infieles. Vuelto á Roma el Cardenal, dijo tantas maravillas de san Raimundo, que el papa Gregorio IX le llamó para que asistiese cerca de su persona: hízole su capellan, escogióle por su confesor, y le nombró por penitenciario mayor de la santa Iglesia de Roma. Después que experimentó su rara capacidad, le mandó compilar todas las Decretales ó Constituciones pontificias de sus predecesores, con los decretos de los concilios. Esta coleccion de las Decretales en cinco libros, hecha por san Raimundo, es la mas autorizada, y la mas generalmente recibida en todas las universidades.

Ni las grandes ocupaciones, ni los continuos estudios alteraron nunca su piedad, ni mucho menos se dispensó por eso en los ejercicios de la vida religiosa. Instóle el Papa para que aceptase el arzobispado de Tarragona, y otras dignidades eclesiásticas con que le brindó: pero todo fue en vano; porque fue tan invencible su resistencia como su humildad. Y habiendo juzgado los médicos que le convenia restituirse á Cataluña para reparar la salud, se volvió á su convento de Barcelona como un fraile particular, sin beneficio, sin título, sin pension, considerándose en todo como el menor de sus hermanos.

La enfermedad que le obligó á retirarse de Roma se la habian causado sus excesivas penitencias; pero apenas recobró la salud cuando volvió á ellas con mayor fervor. Comia una sola vez al dia: todas las noches tomaba una áspera disciplina; eran extraordinarias sus vigilias, su oracion continua, su mortificacion severa; pero únicamente para él, porque para los demás era suavísimo, siendo la dulzura de

Jesucristo el modelo de la suya. Sin dejarse llevar de indignas ó de cobardes complacencias, sabia perfectamente el arte de ganar los pecadores, sin dar cuartel al pecado.

Gozaba Raimundo tranquilamente el dulce sosiego de la vida privada, retirado en su convento de Barcelona, cuando en el año de 1238, muy contra su voluntad, fue electo general de toda la Órden en lugar de Luis Jordan, que habia sucedido á santo Domingo. Cualquiera otro corazon menos humilde que el de Raimundo pudiera dejarse lisonjear de un empleo de tanta distincion; y no faltarian razones al amor propio para juzgar conveniente á la mayor gloria de Dios, y al mayor bien de la religion el mantenerse en él: pero eran muy despejadas las luces, muy sólidos y muy espirituales los dictámenes de Raimundo para que le hiciesen fuerza estos pretextos, desviándose de su fin, que era aspirar á la mayor perfeccion. Después que visitó á pié todas las provincias de la Órden renovando en los corazones de sus súbditos el primitivo fervor, renunció el generalato.

Mas no por eso logró tampoco esta segunda vez por mucho tiempo el descanso del retiro de la vida particular. Los papas Celestino VI, Inocencio VI, Alejandro, Urbano y Clemente descargaron en él gran parte del peso de sus cuidados y de las penosas fatigas de la Santa Sede. Á tantas ocupaciones importantes se añadieron las que le encomendaba el rey de Aragon, que le habia escogido por su confesor, y frecuentemente le empleaba en diferentes legacías. Bendijo Dios tan extraordinariamente el celo de su fiel siervo, dándole tanta gracia para la conversion de los moros y de los judíos, esparcidos en toda España por aquel tiempo, que en pocos meses convirtió mas de diez mil.

Tenia el Rey una entera confianza en su confesor, y le hizo venir á Mallorca, donde á la sazon se hallaba la corte. Allí se continuó la conversion de los judíos y de los moros. Pero habiendo llegado á entender que habia en la corte cierta dama, con quien se sospechaba que el Rey tenia algun ilícito comercio, tomó la libertad de representarle con respeto y de suplicarle con instancia que se sirviese separarla. Como vió que proseguia el escándalo, y que el Monarca le iba entreteniendo con vanas palabras, creyó que estaba obligado á pedir licencia para retirarse; y habiéndosela negado, él se la tomó.

Fué al puerto para embarcarse; pero se le dijo que habia órden del Rey para que, pena de la vida, ninguno le pasase. Entonces lleno el Santo de una gran confianza en el Señor, hizo la señal de la cruz,

extendió su capa sobre el agua; tomó el báculo en la mano, montó en aquella embarcacion de nueva especie; tomó la mitad de la capa, atóla al mango del báculo, haciendo mástil de este y vela de aquella; y á favor de un viento fresco que se levantó, hizo en menos de seis horas el viaje de cincuenta y tres leguas que hay desde Mallorca á Barcelona. Al llegar á su convento, se le abrieron por sí mismas las puertas que estaban cerradas; hallóse sin la menor humedad la capa que le habia servido de embarcacion y de vela: y el miedo que tuvo su compañero de fiarse de aquel navío, acreditó tambien la verdad del hecho y de la maravilla.

Como fueron innumerables los testigos de milagro tan estupendo, presto se extendió la fama por todas partes. Creció la estimacion y la veneracion que se tenia del Santo; el Rey se dió por entendido; al instante echó de sí aquella cortesana, y se volvió á entregar con mayor confianza en manos de su director.

Vivió todavía algunos años san Raimundo dedicado á continuos y penosos ejercicios de la caridad. Ni sus viajes, ni los trabajos de las misiones, ni los molestos achaques le estorbaban el celebrar cada dia el santo sacrificio de la misa. Hacíale con tanta devocion, con tanta ternura, que comunmente se decia que no habia convertido á menos pecadores su modestia en el altar, que su fervor en el púlpito. Suplicó á santo Tomás de Aquino que escribiese contra los infieles; y á las instancias de Raimundo debemos lo que el Santo dejó escrito en la Suma contra los gentiles. En fin, consumido de trabajos y colmado de merecimientos murió en Barcelona, tan santamente como habia vivido, el año de 1275, á los noventa y nueve y cuatro meses de su edad. En su enfermedad le visitaron los reyes de Castilla y Aragon, y honraron su entierro con su asistencia, juntamente con los príncipes y princesas de las dos casas reales, los prelados y señores de las dos cortes, acompañados de la nobleza y del pueblo de la ciudad. Trescientos veinte y seis años después de su muerte, el papa Clemente VIII, movido de la devocion de los reyes y de los pueblos, y de un gran número de milagros, le canonizó solemnemente el dia 2 de abril del año 1601.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO.

San Ildefonso, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia, uno de los mas insignes ornamentos del órden episcopal, y gloria inmortal de su patria, nació en la ciudad de Toledo á principios del si-

glo VII. Sus padres, Esteban y Lucía, muy distinguidos en aquella capital por su nobleza y riquezas, pero mucho mas por su piedad, vivieron muchos años en su dichoso matrimonio con la pena de no tener sucesion para su consuelo. Recurrieron al Señor, para la consecucion de sus deseos, con fervorosas oraciones y obras de caridad, valiéndose de la intercesion de la Vírgen santísima, con la promesa de consagrar á su servicio el fruto que se dignase Dios concederles. En efecto, oyó el Altísimo con agrado sus peticiones: concibió Lucía y dió á luz un modelo de perfeccion como Ildefonso, nombre significativo de glorioso. La devota madre, señora de grande mérito, quiso encargarse por sí de su primera educacion, y formarle en la virtud desde sus primeros años; mas como en el niño experimentó desde luego aquellas nobles disposiciones de naturaleza y gracia, que no solo facilitan, sino que allanan el camino de la perfeccion, costóle poco trabajo conseguir el intento. Sin exageracion puede decirse que fue siempre virtuoso, amable por su hermosura, agradable por su condicion, querido por su mansedumbre, estimado por su humildad, distinguiéndose en él, sobre otras recomendables prendas, la compasion para con los pobres, aun en edad poco sensible de las miserias humanas.

Enamorado su tio san Eugenio (después tercero arzobispo de Toledo) de las apreciables cualidades del sobrino, tomó á su cargo instruirle en los primeros rudimentos; y descubriendo en él un ingenio vivo, sólido y penetrante, acompañado de una increible madurez de juicio y profunda capacidad para las ciencias, le envió con la mas excesiva recomendacion á san Isidoro de Sevilla, que florecia por entonces en España, como oráculo de sabiduría, á fin de que aprendiese en su escuela las letras humanas y divinas; siguiendo la práctica de muchos personajes del reino, que para el mismo efecto dirigian sus hijos al seminario de enseñanza pública, que habia erigido en Sevilla aquel sabio é ingeniosísimo maestro. Recibido por san Isidoro con las demostraciones del mayor afecto; experimentando por su trato los extraordinarios talentos de Ildefonso, y el gran fondo de su virtud; se esmeró en el cultivo de aquella noble planta, en términos, que en breve tiempo hizo admirables progresos en las ciencias humanas, y no menores en la de los Santos. En la graciosa compostura de su semblante se leia el candor de su alma, y en todas sus operaciones se dejaba conocer su inocencia y pureza de costumbres, de forma, que si alguna vez se descuidaban los compañeros en alguna expresion menos decente, al punto se llenaba de rubor el rostro; y haciéndose res-

petar, aunque jóven, por su virtud eminente, su modestia contenia á los mas libres, no atreviéndose en su presencia á suscitar conversacion menos honesta.

Después que ocupó doce años en el estudio de la referida escuela, con mucho pesar de su maestro, que sintió en el alma la despedida de un discípulo de tan recomendables prendas, volvió Ildefonso á Toledo, donde fue recibido de sus padres con las demostraciones de júbilo que caben en los que ven cumplidos en el aprovechamiento de sus hijos cuanto pueden apetecer sus deseos. No menores muestras de placer dieron á su arribo los ciudadanos de aquella capital, que le esperaban ver con impaciencia, movidos de los hechos que publicaba la fama de sus admirables progresos en las ciencias, iguales con los de su santidad. Venia el santo Jóven tan herido con la flecha del amor divino, y tan desengañado de la farsa del mundo, que no dejándose preocupar de las lisonjeras esperanzas que la fortuna ofrecia á su mérito en el siglo, solo pensaba buscar asilo á la inocencia, cuya resolucion no puso antes en ejecucion por habilitarse en las instrucciones necesarias para las nobles ideas que premeditaba en su corazon.

Cuando en la corte de Toledo vivia Ildefonso como maravilla de ella, aplaudido y aun venerado de todos por su sabiduría, circunspeccion, retiro y devocion, alentó Dios sus deseos de retirarse del mundo, para atender únicamente á su salvacion; y siguiendo tan acertada vocacion, resolvió vestir el hábito del órden Benedictino en el monasterio de San Cosme y San Damian, contiguo á la ciudad, llamado Agaliense en la antigüedad, floreciente en su tiempo en la primitiva observancia religiosa; para lo cual se huyó secretamente de su casa. Apenas supo su padre la resolucion del hijo, acompañado de gente armada, pasó á extraerle por fuerza del expresado convento; pero ocultándose el Santo, vista la comitiva, entre las ruinas de unas bardas ó tapias, burló así el exámen y exquisitas diligencias que en su busca hizo el determinado padre, y quedó en libertad Ildefonso para lograr sus deseos.

No es fácil poder explicar la pena y sentimiento de Esteban en su regreso á Toledo. Quejábase amargamente de su infeliz suerte, discurriendo haber perdido una sucesion tan deseada, en que vinculaba todo su consuelo. Muy al contrario pensaba la piadosa madre, pues acordandose del voto hecho á la santísima Vírgen en su concepcion y nacimiento, y escrupulizando quitar á su Majestad la víctima tantas veces ofrecida en sus oraciones, se condujo al monasterio; y en

lugar de sentir la resolucion tomada por Ildefonso, le alentó á permanecer en su propósito, exhortándole con sabios y prudentes documentos á que procurase arreglar el tenor de su vida al espíritu de aquel santo Instituto, encargándole sobre todo, que acreditase con sus obras el desempeño de su consagracion á la santísima Vírgen, teniendo presente el particular encargo que desde sus tiernos años le tenia hecho sobre que se esmerase en su servicio, al que desde niño correspondió el Santo fielmente; de forma, que cuando no pueda decirse que nació al mundo con la devocion de la Reina de los Ángeles, por lo menos es cierto que se anticipó al uso de la razon, justificándolo así la ternura y afecto con que repetia la salutacion angélica con su balbuciente lengua, apenas principió á hablar.

Constituido en el claustro el santo Jóven, no es fácil explicar los progresos que en muy poco tiempo hizo en la Religion: su obediencia, humildad, modestia, fervor, mortificacion, penitencia, afabilidad y aplicacion al estudio llenaron de asombro á los monjes, que le estimaban como á un hombre venido de los cielos. No fue menor el aprecio que hizo de su persona san Heladio, arzobispo á la sazon de Toledo, quien tuvo el consuelo de conferirle el diaconado; y si cabe excedió su estimacion en los sucesores para con aquel prelado celebérrimo, Justo, y su tio san Eugenio.

Vivia Ildefonso en el retiro del claustro anegado en las mas dulces contemplaciones divinas, y ocupado en las mas útiles literarias tareas, cuando ocurrió la muerte del abad Deodato; y todos los monjes pusieron en él los ojos para sucesor de aquel Padre de tanto mérito. En vano solicitó excusarse, alegando los cortos años de su edad, los pocos de religioso, la falta de experiencia y demás requisitos para el desempeño del empleo; pues constando á los religiosos su mérito, eminente virtud y consumada prudencia, insistieron en la eleccion á pesar de su resistencia. Por algunos años administró la prelacía, portándose con tanta dulzura y destreza en el manejo, que sobre los aumentos temporales que adquirió el monasterio por su medio, le adelantó considerablemente en lo espiritual, haciendo que en él brillase el primitivo fervor de la observancia religiosa. La extremada caridad con que trataba á sus súbditos; la vigilancia con que atendia á socorrer todas sus necesidades; la afabilidad paternal, urbanidad y cortesanía, acompañada de cierto aire de santidad, que se dejaba ver en sus acciones, le hicieron dueño de los corazones de todos, valiéndose de su afecto para adelantarles en la perfeccion, mas con su ejemplo que con sus palabras.

Á poco de ser abad murieron sus padres, y habiendo dejado á disposicion de Ildefonso su cuantioso patrimonio, le invirtió en obras piadosas: memorable entre otras el célebre monasterio de religiosas Benedictinas, que edificó en predio propio, llamado Dubiense ó Deibense, á las que dió los mas sabios y acertados reglamentos para que aspirasen á la perfeccion. No se distrajo por estas obras de caridad de las obligaciones de su ministerio, de las divinas contemplaciones, intensísimo estudio, ni del esmero con que siempre atendió al culto divino, objeto principal de todas sus atenciones, bien acreditado en las admirables composiciones que hizo del oficio eclesiástico.

Ocurrió por aquel tiempo el fallecimiento de su tio Eugenio tercero, arzobispo de Toledo, y para enjugar las lágrimas que ocasionó la muerte de aquel célebre Prelado, á propuesta del Rey y aclamacion del pueblo se hizo la eleccion de sucesor en su sobrino Idefonso, bajo el concepto de no haber sugeto mas digno en todo el reino; pero solo restaba rendir su voluntad, muy distante de apetecer toda clase de honoríficos empleos. Apenas entendió la promocion, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á excusarse, confesando humildemente su debilidad é inaptitud para el desempeño del ministerio, manteniéndose inflexible á las instancias mas fuertes, hasta que reconvenido de que resistia á la voluntad de Dios, bien conocida en tan visibles pruebas, sujetó al yugo del Señor sus hombros por obediencia.

Apenas aquella luz, encendida con el fuego del amor de Dios dentro del claustro, se colocó en el candelero mas eminente de la Iglesia de España, cuando principió á ilustrar con los rayos de sus brillantes resplandores, no solo los dilatados ámbitos del arzobispado de Toledo, sino es los mas remotos de todo el reino. La nueva dignidad solo sirvió para aumentar su fervor y mayor celo, ofreciéndose en ella como un modelo de todos los requisitos que exige el Apóstol en los perfectos prelados. La distincion del empleo no alteró su humildad, ni en él omitió los ejercicios de religiosa observancia que guardaba en el monasterio: á sus súbditos trataba con tanto amor, dulzura y benevolencia, que hecho dueño de los corazones de todos, le amaban como á padre, y le veneraban como á santo pastor, correspondiendo el rendimiento á sus órdenes, al espíritu con que las dispensaba: sobre todo su modestia, frugalidad y humildad le hicieron mas respetable. En nada quiso ser magnífico sino en las limosnas: hasta ahora se conserva la memoria de su piedad en la comida diaria de treinta pobres que da la santa iglesia de Toledo por fundacion suya: testi-

monio auténtico de lo que practicaria su inagotable caridad en vida con los necesitados, que le llamaban tutor y padre á boca llena.

Serian necesarios muchos volúmenes para referir con individualidad las acciones memorables de este insignísimo Prelado; su celo en reprender la relajacion de las costumbres era igual con su santidad; su erudicion, gracia y elocuencia en el púlpito le merecieron el renombre de Crisóstomo; su asistencia á los divinos oficios fue singularísima, procurando desembarazarse de otros cuidados para no faltar al culto divino, á fin de alentar á los demás con su ejemplo; su magnificencia en perdonar injurias, y su pacífica tolerancia en sufrirlas, no tuvo término: en sustancia, supo conciliar de tal modo las virtudes que constituyen el carácter de un prelado santo, sabio, prudente y discreto, que era grave con suavidad, suave con gravedad, recatado, recogido, amable y compuesto, edificaba á cuantos con él trataban; y no le habló alguno que no le quedase aficionado.

Con su eminente virtud fue igual la sabiduría; pero con tanta elegancia y grandeza de ingenio, que su elocuencia mas parecia divina que humana. Así lo acreditan las admirables obras que compuso para ilustracion de la Iglesia, referidas por su discípulo san Julian, arzobispo de Toledo, en el apéndice de los Varones ilustres, como son: el libro de la Perpetua virginidad de la Vírgen santísima, el de Prosopopeya de la imbecilidad humana ó propia flaqueza: los opúsculos de la propiedad del Padre, Hijo y Espíritu Santo: el de Anotaciones á las acciones divinas: el de Anotaciones *in sacris:* el del Conocimiento del Bautismo: el del Progreso al desierto espiritual: las Epístolas que escribió á diferentes sugetos: las composiciones de Misas, Himnos y Sermones, Homilías, Versos, Epitafios y Epigramas: el Tratado de Varones ilustres, continuacion al libro de san Isidoro de Sevilla. Y aun añade san Julian que escribió otras muchas obras, bien que impedido con varias molestias y ocupaciones, dejó unas principiadas, y otras por concluir; pero sin embargo á ser tan auténtica la referencia de los escritos dichos, como por un testigo de tanta excepcion como san Julian su discípulo, habiéndonos robado el tiempo muchos de ellos; en la edicion magnífica impresa en el año 1782 con la mayor escrupulosidad y crítica á expensas del celo y exactitud del Emo. Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, tenemos en el dia por legítimas obras del Santo el libro de la Perpetua virginidad de la santísima Vírgen contra sus impugnadores: el de Anotaciones sobre el conocimiento del Bautismo: el del Camino al desierto espiritual; y la continuacion al libro

de Varones ilustres de san Isidoro. Por dudosos, el libro del parto de la Vírgen, y los sermones que en la misma edicion se citan; y por espurios, el libro de la corona de la Vírgen; continuacion del cronicon de san Isidoro; y los epigramas que se indican. El arzobispo D. Rodrigo dice: Que los escritos de san Ildefonso fueron leidos y aprobados en los concilios; fortaleciendo en la fe á los pusilánimes, como manjar de la divina gracia; mereciendo por ellos el renombre de doctor de la Iglesia, y con especialidad de la de España.

Aunque en todos los referidos escritos brilla la profunda sabiduría de Ildefonso, donde mas se esmeró su ciencia y celo fue en la defensa de la perpetua virginidad de la santísima Vírgen contra los impugnadores de gracia tan singular. Florecia por entonces en España, y con especialidad en Toledo, la devocion de la Reina de los Ángeles; de lo que envidioso el infierno, despertó en la Galia Gótica ciertos perversos herejes; los cuales, renovando la herejía del Helvidio y Joviniano, se atrevieron á manchar con execrable osadía la pureza de la Madre del Redentor, negándole la prerogativa de su perpetua virginidad. Pasaron á España estos hombres malignos con el perverso intento de extender en el reino tan abominable blasfemia; pero apenas llegó á noticia de Ildefonso, cuando se armó contra ellos con no menor brio y erudicion que el padre san Gerónimo, en su tiempo, contra los primeros autores de la herejía. Y no satisfecho con cuantos medios le fueron posibles para rebatir y confundir el error, escribió un maravilloso libro con elegante estilo sobre el asunto de la controversia, con el que confundió á los sectarios, y los desterró de España, capaz de volver por el honor vulnerado de la Señora, á quien fue tan agradable este obsequio, como lo acreditó el siguiente prodigio, auténtico testimonio de su fineza.

En el dia de santa Leocadia pasó á su templo el Santo con el rey, clero y pueblo á celebrar la festividad de aquella ilustre Mártir toletana; y estando en oracion sobre su sepulcro, con admiracion de todos los concurrentes principió á elevarse la grande lápida que le cubria, y saliendo de él la Santa, después de trescientos años siguientes á su muerte, tocándole con la mano, le habló en estos términos: *Por tí vive la gloria de mi Señora, Ildefonso.* Pasmáronse todos á vista de tan extraordinaria novedad: solo el Santo sin alguna turbacion, lleno de confianza en el Señor, la suplicó humildemente se dignase interceder con Dios por todos los ciudadanos de Toledo: y para que quedase una memoria perpetua de tan singular prodigio, al restituirse la Santa al sepulcro, con la daga del rey le cortó Ildefonso parte

del velo que cubria su cabeza, el cual se conserva en aquella santa iglesia. No quedó reducida la satisfaccion de la Reina de los Ángeles á la demostracion expresada, pues por sí misma quiso honrar á su capellan y siervo en los términos que dirémos en la festividad de su descanso.

Últimamente, lleno Ildefonso de merecimientos, á los setenta y dos años y veinte dias de vida, veinte y ocho de religion, nueve, un mes y veinte y cuatro dias que gobernó su obispado, como un verdadero sucesor de los Apóstoles, pasó á disfrutar los premios eternos en el dia 23 de enero del año 669, segun la computacion mas regular. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, contiguo al de su tio san Eugenio; y sobre la lápida grabó su discípulo Julian un epitafio expresivo de las proezas de este pastor celebérrimo. Allí se mantuvo hasta la irrupcion de los árabes en España, en la que, temerosos los fieles de que cayese en sus sacrílegas manos tan precioso tesoro, le trasladaron á la ciudad de Zamora, donde le depositaron en la iglesia de San Pedro; pero habiendo padecido igual desgracia aquel pueblo que Toledo, le ocultaron los Cristianos en el mismo templo: conservándose incógnito todo el tiempo que ocuparon la ciudad los agarenos, y mucho después, por no haber dado crédito á un pastor de conocida virtud, que indicó el sitio de su permanencia de órden del mismo Santo, quien le envió para ello. En esta disposicion se mantuvo hasta el año 1260, siendo obispo de Zamora D. Asuero, en cuya feliz época fue descubierto con motivo de la reedificacion de aquella iglesia, en la ereccion de los cimientos en el sitio que señaló el pastor dicho, incluso en un sepulcro de piedra, dentro de un arca de ciprés, ambas con inscripciones que denotaban ser el depósito del cuerpo de san Ildefonso, arzobispo de Toledo, confirmando su identidad el olor suavísimo que despedia, con otros muchos prodigios que el Señor se dignó obrar por intercesion de su siervo.

Extraido de aquel sitio en el año 1455, á virtud de los continuos clamores del pueblo sobre que se colocase en lugar público, para satisfacer su devocion, se depositó al lado derecho del altar mayor de dicho templo; donde se mantuvo hasta el año de 1596, en el que D. Rodrigo Mendez, obispo de Zamora, incluyéndole en una preciosa arca de plata, le trasladó al medio del mismo altar mayor con las reliquias de san Atilano, prelado de aquella iglesia, donde se le tributa el culto y veneracion correspondiente.

SAN ANASTASIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

Uno de los ilustres mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa Religion fue san Anastasio, natural de Lérida, ciudad del principado de Cataluña. Siguió este en su juventud la carrera militar en una de las legiones que tenian los romanos en España; pero conociendo la vanidad de los honores á que aspira la profesion de las armas, resolvió en lo mas florido de sus años alistarse bajo las banderas de la milicia de Jesucristo, en la que son los premios mas seguros.

Movieron los emperadores Diocleciano y Maximiano contra la Iglesia aquella tan sangrienta persecucion que nos refiere la Historia Eclesiástica en principios del siglo IV, en la que puede decirse que corrian arroyos de sangre por todos los pueblos del imperio romano á fuerza de los enormes castigos que hacian los paganos en los inocentes fieles. Llegó esta terrible tempestad á España con tanta violencia y con tal rigor, que en pocos meses murieron un crecidísimo número de mártires sacrificados al furor de Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, uno de los ministros mas bárbaros que nombraron los Emperadores dichos para llevar adelante sus impías intenciones. Dejó esta fiera vestida en el exterior de la carne humana horrorosas señales de su inhumanidad en todos los pueblos por donde hizo tránsito, y habiendo sabido luego que se presentó en Tarragona los progresos que el famoso soldado Anastasio hacia en la religion cristiana, estimándolos por un notorio desprecio de los edictos imperiales, mandó á sus ministros que lo condujesen preso á aquella capital, que era donde tenian su residencia los gobernadores de la provincia.

Quiso Daciano probar la constancia del esforzado militar con ventajosas promesas, y con terribles amenazas para obligarle á que sacrificase á los dioses romanos; pero viendo que de nada aprovechaban todos sus arbitrios, dió órden para que lo pusiesen en un oscuro calabozo cargado de pesadas cadenas, con ánimo de que perdiese la vida á fuerza de los trabajos y de las miserias de una prision dilatada; cuya idea adoptaron muchos tiranos por no padecer la vergonzosa confusion de verse vencidos de los ilustres Mártires puestos en cuestion de tormentos, como lo experimentaban cada dia á pesar de sus diabólicas invenciones. Entró Anastasio lleno de alegría en la tenebrosa cárcel, donde pusieron á su valor en las mas terribles prue-

bas la intolerable hediondez, la densa oscuridad del calabozo, la hambre, la sed y otras innumerables penalidades; pero como sus deseos no eran otros que sacrificar su vida por amor de Jesucristo, sufrió todas aquellas incomodidades no solo con inalterable paciencia, sino con un gozo extraordinario como si pasara una vida deliciosa: es verdad que el Señor, que cuida de sus siervos, templó las amarguras del ilustre Jóven con la abundancia de los interiores consuelos que derramó sobre su dichosa alma.

Supo el bárbaro gobernador que en lugar de abatir la fortaleza de Anastasio la dureza de la prision, le daba mayor aliento para declamar contra las ridículas supersticiones del gentilismo, y queriendo vengarse de aquel militar que así despreciaba los decretos de los príncipes del mundo, dió órden para que lo llevasen á Barcelona cargado de cadenas. Intentó en aquella ciudad con nuevo empeño precisarle á que ofreciese sacrificio á los dioses romanos: pero la heróica constancia con que se negó á cometer una impiedad tan execrable, enfureció de tal suerte á Daciano, que mandó llevarlo inmediatamente á un pueblo inmediato, llamado Badalona, donde le decapitasen con otros setenta confesores de Jesucristo: cuya inicua providencia se ejecutó en el dia 23 de enero en principios del siglo IV, logrando todos por este medio la apetecida corona del martirio.

La Oracion de la Misa es la que se sigue:

Deus, qui beatum Raymundum Poenitentiae Sacramenti insignem Ministrum elegisti, et per maris undas mirabiliter traduxisti; concede, ut ejus intercessione dignos poenitentiae fructus facere, et ad aeternae salutis portum pervenire valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que escogiste al bienaventurado Raimundo para que fuese insigne ministro del sacramento de la Penitencia, y con singular maravilla le hiciste pasar por las ondas del mar; concédenos por su intercesion que hagamos frutos dignos de penitencia, y que arribemos felizmente al puerto de la salvacion eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del libro del Eclesiástico.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere

Bienaventurado el varon, que se encontró sin mancha, y no se condujo tras del oro, ni esperó en los tesoros del dinero. ¿Quién es este, y le alabarémos? El que hizo cosas admirables en su vida. Para el que dió pruebas de este proceder, y fue perfecto, será su gloria eterna. Pues pudiendo quebran-

mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia Sanctorum.

tar la ley, no la quebrantó, y hacer cosas malas, no las hizo. Por lo mismo se han establecido sus bienes en el Señor, y toda la Iglesia de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Segun el Sabio, tan dificultoso es encontrar un hombre que no corra tras el dinero, como hallar un hombre sin tacha. El interés en todas partes domina. Dichoso aquel que verdaderamente se hallare exento de esta pasion, porque en realidad no será para él empeño muy arduo conservarse en la inocencia. Es muy rara la virtud que esté á prueba del interés. Así como la justicia contiene en sí todas las virtudes, así la avaricia contiene todos los vicios.

¡Qué vanidad tan ridícula! tenerse por mas que los otros, porque posee mas bienes que ellos. El dinero por sí solo no da mérito. Un libertino lleno de oro es un libertino que brilla; mas no por eso es menos libertino. El mérito le da la virtud: y la virtud no se compra con dinero.

Feliz aquel que no coloca la esperanza en las riquezas, y que conociendo su insustancialidad, no se deja deslumbrar del falso resplandor que descubren. Feliz el que considerándose como administrador de sus bienes, solo se sirve de sus tesoros para comprar el cielo con limosna. *Quis est hic?* exclama el Sabio. ¿Quién es este? y le alabarémos como un prodigio, porque es una serie de maravillas: *Fecit enim mirabilia.* Su virtud es virtud á toda prueba. ¡Qué de lazos! ¡qué de peligros no rodean á un hombre rico! Cási todo es tentacion para él. La abundancia estorba mas para la salvacion, que la pobreza. Conservar el corazon puro, libre, desinteresado, en medio de los tesoros, es el ápice de la perfeccion, es un milagro. Por eso se recompensa con una eterna gloria. Tanta verdad es que las riquezas solo son útiles á los que las desprecian, y que rarísima vez se las ama inocentemente.

La facilidad que tienen los grandes y los poderosos para quebrantar los mandamientos, es el mayor elogio de los que los guardan en medio de las grandezas y la abundancia. La regularidad, la vida ejemplar de un hombre opulento añade especial lustre á la virtud, y hace honor á la Religion. Los tesoros de los avarientos se desvanecen; las mas elevadas fortunas se hunden: las herencias de los justos son únicamente las que se burlan de la inconstancia de los tiempos, porque el Señor las conserva.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod praecinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret, perfodi domum suam, et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En tiempo que Jesucristo predicaba su celestial doctrina, dijo á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y en vuestras manos hachas encendidas. Y sed semejantes á aquellos hombres, que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas: para que cuando venga y llame á la puerta, le abran al instante. Bienaventurados aquellos siervos, que cuando viniere su Señor les encontrare vigilantes. En verdad os digo: que en este caso se ceñirá él mismo, los hará sentar á la mesa, y pasando les servirá. Felices si así los encuentra, aunque venga en la segunda, ó tercera vigilia de la noche. Tened esto entendido: porque si supiese el padre de familias la hora en que pudiera venir el ladron, velaria sin duda, y no le dejaria escalar su casa: estad prevenidos, porque el Hijo del Hombre vendrá en la hora que no pensais.

MEDITACION.

De la vigilancia cristiana.

Punto primero.—Considera que ninguna cosa se nos ordena mas expresamente en el Evangelio, ninguna es mas indispensable, pero ninguna es menos observada, que el velar sin cesar.

Vivimos todos en medio de un país enemigo: la vida del hombre es una continua guerra; todo es peligro, todo es tentacion. Los sentidos caminan de acuerdo, y tienen inteligencia con el enemigo; las pasiones no pierden ocasion de amotinarse; la razon en materia de costumbre á cada paso se engaña; nuestro mismo corazon nos hace traicion. Y con todo eso, en medio de tantos peligros vivimos con la mayor seguridad, sin desconfiar en nada. Pues ¿de qué nos admiramos, si tantos perecen miserablemente?

El aire del mundo es contagioso, y nos exponemos á él sin preservativo. El enemigo de la salvacion, semejante á un leon furioso, anda rugiendo al rededor de nosotros, buscando coyuntura para despedazarnos, sin que sus rugidos nos hagan despertar de nuestro letargo. Caminamos con los ojos cerrados por medio del precipicio.

Exponémonos á mil combates, sin precaucion y sin armas. ¡Y nos admiramos de que tantos se condenen! Mas nos debiéramos admirar si con tan poca vigilancia se salvaran muchos.

No hay que buscar fuera de nosotros mismos las pruebas de esta verdad. ¿Desvelámonos por ventura mucho en el negocio importante de nuestra salvacion? ¿Hasta dónde llega en este punto nuestra vigilancia? ¿Tenemos bien conocidas las fuerzas y los artificios de nuestro enemigo? ¿Estamos prontos á resistirle? ¿Sabemos bien los medios para vencerle? Estos, y no otros son los efectos de la vigilancia cristiana. Aquellas almas cobardes y descuidadas; aquellos cristianos flojos y adormecidos, ¿experimentan en sí estos preciosos efectos? ¿Reina la vigilancia cristiana en esas concurrencias de la profanidad, en esos bailes, en esos saraos, en esos juegos, en esas fiestas del mundo? ¡Y luego extrañarémos que sea tan limitado el número de los escogidos!

Dichoso, Señor, el siervo á quien halláreis velando; y desdichado de mí, si me encontráreis durmiendo.

Punto segundo.—Considera que la vigilancia cristiana debe estar acompañada de la oracion. Esta consigue los auxilios del cielo, que necesitamos para combatir; y la vigilancia nos constituye en estado de podernos aprovechar ventajosamente de estos auxilios: *Velad y orad,* dice el Señor, *para que no caigais en la tentacion.* Orar sin velar es presumir de la gracia, lisonjeándose de vencer sin combatir, y sin estar continuamente alerta contra el enemigo. Velar sin orar es presumir temerariamente de las propias fuerzas, exponiéndose al peligro con igual temeridad. Toda la vida del cristiano es una continua guerra: la vigilancia y la oracion deben ser el ejercicio de todos los dias. ¿Y nos hemos ocupado hasta aquí todos los dias en este ejercicio?

¿Qué es lo que pobló los desiertos de tanto solitario ilustre? La obligacion que tiene todo cristiano de velar y orar incesantemente. Aquellas grandes almas, aquellos héroes del cristianismo, ¿tenian por ventura otras pasiones que domar, otros riesgos de que huir, otros enemigos que vencer? ¡Ah! que la mayor parte de ellos tenian cien veces menos que combatir que nosotros. Y con todo, ¡cuánta fue su aplicacion, qué continuo su cuidado en orar y en velar! ¿Y cuánto es el nuestro? Ellos vivian en el desierto, y nosotros en medio de un mundo corrompido y tentador, expuestos á mil golpes; y estamos en él sin defensa. ¡Oh qué diferencia de conducta! ¡Pues qué, unas

almas inocentes, de todas edades, de todos sexos, de todos estados, cerradas en una estrecha celda, siempre con las armas en la mano, siempre en centinela dia y noche, temen ser sorprendidas; y unos hombres, por la mayor parte ya derribados, extremadamente flacos, pasan tranquilamente los dias, entregados á todo género de diversiones, á discrecion de un enemigo sagaz y artificioso, que perpetuamente nos rodea para perdernos! Compongamos esta seguridad con la vigilancia de los Santos.

San Raimundo renunció el mundo, con todas las prelacías y dignidades del estado religioso, para entregarse á una vida privada, para ser siempre siervo atento y vigilante. No contento con haber velado toda la vida en el negocio de la salvacion, renueva la vigilancia en los últimos treinta y cinco años que vivió. Bienaventurados los siervos á quienes, cuando viniere el Señor, los encontrare velando. Bienaventurados los que estuvieren despiertos en la segunda y en la tercera vigilia. Si hubiera venido el Señor, ¿me hubiera encontrado de esta manera?

Eternamente seais bendito, Padre de las misericordias, porque no habeis querido cogerme desprevenido. Pero ¿qué castigo no mereceré si después de esta meditacion me cogieréis de repente en la hora en que viniéreis? No, mi Dios : espero que no me ha de suceder esta desgracia. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á orar, y á velar con tanto cuidado lo que me restare de vida, que no me cojais sin prevencion y de repente.

Jaculatorias.—Siempre fijaré los ojos en el Señor, esperando que me librará de los lazos de mis enemigos. (*Psalm.* xxiv).

Velad y orad, para no caer en la tentacion. (*Matth.* xxvi).

PROPÓSITOS.

1 Ten siempre en tu cuarto algun excitativo que te despierte la memoria de estar siempre velando, y de vivir prevenido contra un enemigo que nunca se duerme : la imágen de un Crucifijo, la de la muerte, alguna sentencia sacada de la sagrada Escritura, singularmente esta : Velad y orad, porque vendrá el Hijo del Hombre cuando menos lo penseis : *Vigilate, et orate, quia qua hora non putatis Filius hominis veniet.* Examina si estás enredado en alguna ocasion peligrosa : y no se pase el dia sin apartarte de ella, sin desviar de tí cuanto te pueda servir de embarazo para salvarte. Desconfia de todo, aun de tus mismos propósitos, hasta que veas los efectos.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

2 Fuera de estos devotos medios, pequeños en su entidad, pero realmente de grandísimo socorro, no dejes de observar cuidadosamente los siguientes: Un dia de retiro cada mes, sin que en esto haya jamás falta. Una confesion general todos los años ó al fin de ellos, ó el dia en que los cumples. Ten un Crucifijo destinado para que te auxilien con él en la hora de la muerte. Dispon tu testamento; y caso de tenerle ya dispuesto, si hubiere que mudar, hazlo en el mismo dia. Si hay alguna restitucion que hacer, ó algun daño que reparar, guárdate bien de dejarlo al cuidado de tus herederos: ejecuta por tí mismo uno y otro sin dilacion. ¿Qué motivo hay para creer que los otros serán mas activos ni mas exactos en cumplir con nuestras obligaciones que nosotros mismos? Luego que te sientas indispuesto, llama al confesor y confiésate como para morir, aunque no haya sombra de peligro. Finalmente, en dando el reloj ten la piadosa costumbre de rezar el *Ave María*, diciendo con santa Teresa: *Ya tengo una hora menos de vida; ya estoy mas cerca de la eternidad.* Portémonos como aquellos que están amenazados de ladrones. ¡Qué vigilancia! ¡qué cuidado! ¡qué precaucion! El mismo Jesucristo nos enseña este medio. Gran dolor tendrémos si no nos aprovechamos de él.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

El nacimiento de san Timoteo, discípulo de san Pablo, apóstol, por quien fue ordenado obispo de Éfeso; después de haber sufrido por Jesucristo muchos tormentos, reprendiendo cierto dia á los gentiles que sacrificaban á Diana, le apedrearon, y á poco rato entregó su alma al Señor. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Babilás, obispo, en Antioquía, el cual en la persecucion de Decio después de haber muchas veces glorificado á Dios con sus trabajos y tormentos, acabó gloriosamente su vida en la cárcel cargado de cadenas, con las cuales mandó fuese enterrado su cadáver. Se dice que con él sufrieron el martirio los tres jóvenes Urbano, Prilidiano, y Epolonio, á quienes habia instruido en la fe católica.

Los santos mártires Mardonio, Musonio, Eugenio y Metelo, en Neocesarea, los cuales fueron quemados, y sus reliquias echadas en el rio.

San Feliciano, en Fuligno, consagrado obispo de aquella ciudad por el papa Víctor; después de muchos trabajos, en su última edad fue martirizado en tiempo de Decio.

Los santos mártires Tirso y Proyecto, en el mismo dia.

San Zamas, en Bolonia, primer obispo de esta ciudad, el cual fue consagrado por san Dionisio, papa, y extendió maravillosamente la fe cristiana en aquel país.

San Surano, abad, en el mismo dia, el cual floreció en santidad en tiempo de los longobardos.

LA DESCENSION DE LA VÍRGEN SANTÍSIMA, Ó FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ.

En el dia 24 de enero se celebra en todo el arzobispado de Toledo la admirable descension de la Reina de los Ángeles, desde el trono de su gloria eterna á la santa iglesia catedral de Toledo, con el fin de manifestar su agradecimiento á su devotísimo siervo san Ildefonso, honrándole con una dádiva de los tesoros del cielo, la cual se conserva hasta el dia para eterna memoria de un favor tan singular.

No satisfecha la santísima Vírgen con haber honrado al Santo por medio de la gloriosa santa Leocadia en los asombrosos términos que queda dicho en su vida, quiso por sí misma manifestarle su gratitud al apreciable obsequio que le hizo en la defensa de su perpetua virginidad contra los blasfemos herejes impugnadores de tan singular prerogativa. Llegó la víspera de la festividad de Expectacion, que por decreto del concilio Toletano X se mandó celebrar en España en el dia 18 de diciembre: pasó el santo Prelado á la media noche, acompañado de su familia y algunos de su clero y pueblo, á cantar los Maitines de aquella solemnidad; y advirtiéndose al tiempo de entrar en la iglesia un inmenso resplandor, cuya excesiva luz no podian resistir los ojos corporales de la comitiva, huyeron asustados, dejando solo al Santo: entró Ildefonso lleno de confianza en el Señor al templo, y puesto de rodillas ante el altar, donde acostumbraba orar, vió sentada en su cátedra á la santísima Vírgen entre una multitud innumerable de espíritus celestiales: atónito con la novedad, y turbado con la reverencia que le causó la soberana presencia de la Reina de los Ángeles, luchaba consigo mismo sin atreverse á mirar, ni explicarse. Pero viendo la Señora la congoja en que se hallaba su siervo, le alentó con su benignidad diciéndole: *No temas, Ildefonso, porque aunque soy Madre de Dios, no me desdeño en descender de los cielos para honrarte, para consagrar tu iglesia, y eternizar en todo el mundo tu memoria: sabe que porque defendiste con tanto brio y celo mi virginal pureza contra los blasfemos enemigos que procuraron negarme esta singular gracia, y por el amor y afecto que me profesas, quiero honrarte con este don del cielo, y darte por mi mano esta vestidura gloriosa de la que usarás en mis festividades;* y poniéndole una casulla sobre los hombros, desapareció al momento, quedando el templo lle-

no de inexplicable fragancia. Entraron los clérigos después de algun tiempo en la iglesia, deseosos de saber lo acaecido, y hallaron al Santo anegado en lágrimas de gozo, tan distraido con la dulzura que le ocasionó el prodigio, que no acertaba á explicarles el suceso; y refiriéndoles, después de reparado, lo ocurrido en aquella extraordinaria fineza, pasmados y asombrados todos, le veneraron en lo sucesivo como á privado de la Reina de los Ángeles.

Por haber sido tan particular el beneficio dicho, dispuso la santa iglesia de Toledo celebrar su memoria anualmente en el dia siguiente á la festividad de san Ildefonso en reconocimiento de un favor tan singular concedido á su Prelado : persuadida á mayor abundamiento, que después que la santísima Vírgen consagró aquel templo con su real presencia, quedó por casa suya para que en ella la invocasen los fieles con particular afecto, recompensando con innumerables beneficios de proteccion, que tiene acreditados la experiencia.

La referida casulla se conservó en la santa iglesia de Toledo con el aprecio y veneracion correspondiente hasta la irrupcion de los árabes, en la que temerosos los fieles de que cayese en sus manos tesoro tan precioso, la retiraron á la ciudad de Oviedo, donde permanece en la Cámara santa, inclusa en un arca de plata, con grande custodia y respeto, sin atreverse á abrirla los prelados de aquella iglesia por los castigos que el Señor ha hecho cuando lo han ejecutado no siendo justísimo el motivo, manifestando por ellos la profunda veneracion que se debe á los dones del cielo.

Tambien se llama esta festividad de Nuestra Señora de la Paz por lo siguiente : Cuando el rey D. Alfonso el Sexto conquistó de los moros la ciudad de Toledo, una de las condiciones estipuladas con ellos fue el que quedase por mezquita el templo principal de aquella capital. Ausentóse Alfonso á Castilla la Vieja, dejando á su mujer D.ª Constanza por gobernadora de Toledo con el arzobispo D. Rodrigo, nuevamente electo; y pareciendo á estos que era cosa indigna de la piedad cristiana, que siendo los Católicos los dueños de la ciudad, no lo fuesen de la iglesia metropolitana, consagrada con la real presencia de la Vírgen santísima, centro y asilo de los fieles, mirando con horror por lo mismo el que sirviese para los cultos del falso profeta Mahoma; trataron de apoderarse de ella con gente armada, sin reparar en el contrato celebrado por el Rey, ni temer el peligro á que se exponian en un pueblo donde era mayor el número de agarenos, los cuales advirtiendo el hecho tomaron las armas para vengar la injuria, juzgando habia quebrantado Alfonso el pacto jura-

mentado; y solo se aquietaron por haber sabido que se ejecutó sin saberlo el Rey, á quien despacharon embajadores inmediatamente, querellándose del atentado. Sintió Alfonso en el alma semejante procedimiento, como tan amante de la fidelidad en sus contratos. Volvió á Toledo precipitadamente con firme resolucion de hacer en la reina y arzobispo un escarmiento por la violencia que hicieron á su real palabra.

Súpose en la ciudad el enojo que concibió el Rey: y para moverle á conmiseracion, salieron los Cristianos vestidos de luto en procesion de penitencia; pero como era un príncipe de tanto honor y de fuerte empeño, no fue capaz semejante invencion piadosa para ablandar su magnánimo pecho, como ni los ruegos de su hija única, que vestida de cilicio le suplicó, llena de lágrimas, se dignase perdonarles, atendiendo al motivo que les animó para una accion que solo tuvo por objeto el que se le tributasen al Señor los cultos correspondientes en aquel templo. Pero, en fin, oidos sus ruegos en el cielo, se logró el intento por una de sus extraordinarias disposiciones, y fue, que considerando los árabes el peligro á que se exponian, si el Rey llegaba á ejecutar la resolucion premeditada, postrados á sus piés le suplicaron encarecidamente perdonase á los Cristianos, manifestándole que convenian desde luego gustosos en la dimision del templo.

Conociendo Alfonso en esto que obraba la divina Providencia, para que sin mengua de su palabra real lograsen los Cristianos el fin que deseaban, no otro que el que se adorase á Dios en la principal iglesia, lleno de regocijo entró en la ciudad, y perdonó con munificencia á la reina, arzobispo, y católicos que contribuyeron á la empresa, y verificada la paz, no esperada por el insinuado medio, se llamó la festividad que celebraran en este dia por el *Triunfo de Nuestra Señora de la Paz*, con cuyo título continua su memoria.

SAN TIMOTEO, OBISPO DE ÉFESO Y MÁRTIR.

San Timoteo, á quien san Pablo en muchas de sus cartas llama su discípulo carísimo, su amado hijo y su hermano, fue natural de Listras en Licaonia, provincia del Asia menor. Su padre era gentil y su madre judía: llamábase esta Eurice, y habia abrazado la religion católica, como tambien Lois, abuela de Timoteo, en el primer viaje que hicieron á Listras san Pablo y san Bernabé. Así Lois como Eurice se distinguian mucho entre los Cristianos por su celo y por su piedad. El mismo apóstol san Pablo da testimonio de su fe en

la segunda Epístola á Timoteo, cuando dice: «Teniendo presente «aquella fe, que es en tí tan verdadera y tan constante en tu abuela «Lois, y en tu madre Eurice.» Estas dos santas mujeres criaron cuidadosamente en la fe y en la piedad á Timoteo, aplicándole tambien al estudio de las letras sagradas, en que se empleó desde su niñez: y se adelantó tanto en ellas, que cuando el Apóstol volvió la segunda vez á Listras, en compañía de Silas, encontró á Timoteo, hombre ya formado en la virtud, y le escogió por compañero de sus peregrinaciones y de sus trabajos en la predicacion del Evangelio. Ante todas cosas hizo que se circuncidase, no porque creyese que la circuncision de la carne era necesaria, ni conducente para la salvacion, sino por habilitarle para predicar la fe á los innumerables judíos que habia en aquella provincia; los cuales sin esta circunstancia nunca le darian oidos, y huirian de él, teniéndole por infiel, como hombre incircunciso. Desde este tiempo, aunque Timoteo era tan jóven, le miró siempre san Pablo como compañero de su apostolado, coadjutor y hermano suyo.

La estimacion que de él hacia, y la ternura con que le amaba, se conocen bien en los diferentes elogios con que le nombra en sus cartas. Escribiendo á los Corintios, les dice: «Ahí os envio á mi amado hijo Timoteo, que es fiel en la obra del Señor.» Y en el título de la Epístola que dirige á los fieles de la ciudad de Filipos, le iguala consigo mismo diciendo: «Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, á todos los santos que están en Filipos.» Lo mismo repite en la Epístola á los Tesalonicenses: «Os hemos enviado á Timoteo, hermano nuestro, y ministro de Dios en el Evangelio de Jesucristo.» Y otra vez á los de Filipos: «Muy presto espero enviaros á Timoteo, «porque no tengo otra persona de mayor satisfaccion mia, ni que «mas cordialmente se interese por vosotros; puesto que todos buscan «su interés, y no el de Jesucristo. Por vuestra propia experiencia «conoceréis qué hombre es. Él me ha ayudado en el ministerio del «Evangelio, como pudiera ayudar un buen hijo á su padre.» Finalmente, escribiendo á los Colosenses, comienza de esta manera: *Pablo, Apóstol de Jesucristo por órden de Dios, y Timoteo su hermano.* El grande amor que profesaba á Timoteo un apóstol tan iluminado y tan lleno del amor de Cristo, como san Pablo, acredita bien cuán amado era de Dios aquel á quien él estimaba y amaba tanto.

El primer viaje que hizo san Timoteo en compañía de san Pablo, fue á la provincia de Macedonia en el Asia, donde tuvo mucha parte en las conversiones que allí obró el Señor por medio de su Após-

tol. Siguióle á todas las ciudades de aquella provincia hasta Berea, donde le dejó con Silas, teniéndole por muy á propósito para trabajar en aquella nueva viña del Señor, y para confirmar á los fieles en la fe. Hallándose san Pablo en Atenas, llamó á Timoteo para que le ayudase en aquella mision; pero teniendo noticia de que eran maltratados los cristianos de Tesalónica, envió allá á su querido discípulo, para asegurarlos, para fortalecerlos, y para prevenirlos contra la persecucion que ya amenazaba á la Iglesia.

Volvió después san Timoteo á buscar á san Pablo á la ciudad de Corinto, y le acompañó en todos los viajes que hizo á Jerusalen, Grecia, Asia, Macedonia, Acaya y Palestina, hasta Roma, repartiendo, por decirlo así, con este grande Apóstol los trabajos que padecia por Jesucristo, como inseparable compañero de sus apostólicas fatigas.

Pero si tuvo tanta parte en estas, no tuvo menos en sus conquistas. Vuelto á Roma el Apóstol, le envió á visitar diferentes iglesias particulares, en las cuales hizo inmensos bienes por la gloria de Jesucristo. Volvió á Filipos, donde fue preso por la fe. Alegróse tanto de padecer en defensa de la verdad, que tenia por singulares favores del cielo los ásperos tratamientos que le hacian. Puesto en libertad el generoso confesor del Evangelio, pasó inmediatamente á Roma á buscar al apóstol san Pablo, con quien hizo otra jornada á Oriente; y los dos se detuvieron en Éfeso por algun tiempo. Y viendo el Apóstol la necesidad que tenia aquella Iglesia de un obispo particular, le consagró obispo de ella: y aunque amaba tanto á aquel querido hijo suyo, se separó de él cuando la gloria de Dios lo pedia así. Comunicóle el órden episcopal por imposicion de las manos; y estando para partir á Macedonia, le mandó se quedase en Éfeso como su primer obispo.

Antes de partir le encomendó san Pablo que se opusiese con vigor á la mala doctrina que sembraban algunas personas; que arreglase las oraciones públicas, y que velase sobre la vida de todos los fieles.

Fue muy sensible á entrambos esta separacion; y solo pudo resolverlos á ello la obligacion de preferir los intereses de la Iglesia universal á su particular complacencia. No pudo san Pablo estar mucho tiempo sin escribir á su querido Timoteo; y por el estilo de la carta se conoce la singular ternura que conservaba siempre á un discípulo tan amado. Enséñale en ella las principales obligaciones del obispo, y las prendas que deben acompañar á los que hubieren de ser escogidos para el ministerio sagrado. Exhórtale á reprimir los falsos doc-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

tores, que con hipócritas apariencias, con palabras dulces y afectadas, con voces artificiosas y nuevas, introducian doctrinas peligrosas, corrompian las costumbres. Muéstrale los deberes de todos los Cristianos en general, sin distincion de estados ó condiciones. Quiero, decia, que á todos se les haga familiar la oracion, y que sepan hacerla á Dios en todo lugar y tiempo: que las mujeres vistan modestamente; adornándose con el pudor y con la modestia, mas que con los galones, con las pedrerías y con telas: que los ricos no sean orgullosos; ni coloquen su esperanza en las riquezas vanas y perecederas, sino en la bondad de Dios, que nos da los bienes en abundancia: que sean ricos en buenas obras, explicándolas en limosnas y en liberalidades. Finalmente, exhorta al mismo Timoteo á que sea ejemplo de los demás fieles, sirviéndoles de modelo la regularidad de su vida y la pureza de sus costumbres. Con todo eso le aconseja que modere sus excesivas penitencias, le ordena que beba un poco de vino, por su grande flaqueza de estómago, y por los molestos achaques que padecia.

Volviendo san Pablo de Oriente, pasó por Éfeso para ver á su querido discípulo, y cuando llegó á Roma le escribió otra segunda Epístola diciéndole: *No te avergüences de dar testimonio de Nuestro Señor, y de mí que estoy en prisiones por su amor.* Anímale después á que esté firme entre las contradicciones, y las persecuciones de los falsos doctores y de los falsos hermanos. *Conserva*, le dice, *con cuidado el depósito de la fe y de la sana doctrina que aprendiste de mí. Predica, reprende, corrige, ruega en toda paciencia; llena con diligencia tu ministerio, y no desmayes por las contradicciones. Vendrá tiempo en que el prurito de oir novedades hará que cada uno busque maestros, que les hablen á su paladar y á su deseo. Habrá hombres llenos de amor propio y atestados de vicios, que con apariencia de piedad, ó con un exterior aparato de virtud, serán enemigos de la Religion. De este número son los que se insinúan en las casas para dogmatizar, y para introducir el error, valiéndose de mujeres cargadas de pecados, y agitadas de diferentes pasiones, para dar crédito á su perversa doctrina.*

No solo fue discípulo de san Pablo san Timoteo, sino que en cierta manera se puede decir, que tambien lo fue de san Juan. Porque habiéndose retirado á Éfeso este amado discípulo de Cristo, gobernando desde allí todas las Iglesias del Asia, no amó menos que san Pablo á nuestro santo Obispo, dándole una especie de inspeccion general sobre las mismas iglesias que el Evangelista gobernaba. Tiénese por cierto que fue san Timoteo aquel ángel de la iglesia de Éfeso, con

quien habla en su Apocalipsi el mismo Evangelista, alabándole mucho por el horror con que miraba á los herejes, por el celo con que trabajaba en la viña del Señor, y por los muchos trabajos que habia padecido promoviendo su mayor gloria. Después le exhorta á renovar el fervor, así como san Pablo le habia exhortado en su carta, que renovase la gracia que habia recibido al tiempo de ordenarse por la imposicion de las manos.

Después del destierro de san Juan, duró poco tiempo san Timoteo en la silla episcopal de Éfeso, porque se ofreció presto ocasion de explicar su ardiente celo, con motivo de una de las fiestas de los gentiles, llamada Catagogia. Prendieronle, arrastrándole por la ciudad, y le cargaron de pedradas, y de golpes con unas grandes mazas. Sus discípulos le retiraron medio muerto, y le condujeron á un monte vecino, donde consumó su martirio el año 97 del nacimiento de Cristo.

SAN BABILÁS Ó BABILÉS.

En este dia se celebra en la villa de Odon, distante tres leguas de la corte de Madrid, la fiesta de san Babilás ó Babilés, segun le nombran los naturales del mismo pueblo: de quien nos dicen varios escritores de la nacion, qúe se hallaba obispo de Pamplona en la desgraciada era que cayó aquella capital del reino de Navarra en poder de los mahometanos; y viendo el ilustre Prelado la destruccion de su iglesia, y el furor con que perseguian los bárbaros á todos los sacerdotes, determinó retirarse á Toledo: donde supo que permitian los moros á los cristianos mozárabes, esto es, mezclados con los árabes, el uso libre de su religion á expensas de los crecidos tributos que quisieron imponerles. Vivió algun tiempo en la ciudad regia, de la que pasó á la villa de Odon con dos hermanos que le acompañaban, donde eligió para su habitacion una ermita poco distante del pueblo, en la que soltando las riendas á su fervor, se entregó á los rigores de una penitencia sin límites, pasando en oracion los dias y las noches. Esparcióse la fama del célebre Ermitaño por toda la comarca; y atraidas del buen olor de su eminente virtud una multitud de gentes, concurrieron á ver y tratar aquel prodigio de la divina gracia. Recibíalas el Santo con la mayor benignidad, é instruyéndolas en el camino del cielo, y consolando á todos en sus trabajos, los despedia llenos de consuelo. Movieron estos hechos á muchos cristianos mozárabes á enviar á sus hijos á la escuela de tan santo Maes-

tro para que les enseñase los rudimentos literarios y la doctrina cristiana; y no desdeñándose el ilustre Prelado de estos oficios piadosos, los practicaba con una entrañable caridad, y con una paciencia inalterable, ansioso de imprimir en los tiernos corazones de los niños las máximas de nuestra santa Religion para que no se dejasen seducir de los africanos. Supieron estos la ocupacion de Babilés, y ofendidos de su enseñanza, se echaron sobre su escuela con un furor extraordinario; pero no satisfechos con haberle llenado de injurias y de desprecios, le dieron muerte con sus dos hermanos y ochenta niños cristianos en el dia 30 de octubre del año 815: desde cuyo tiempo se le tributa el culto debido como á uno de los insignes mártires de Jesucristo; confirmándolo así la tradicion constante de la villa de Odon, que le celebra como Santo propio en una ermita de su advocacion no distante del mismo pueblo; por cuya razon infieren los escritores nacionales que este héroe español es distinto de otro san Babilés, obispo de Antioquía, con quien muchos le confunden, el que floreció en el tercer siglo, y padeció martirio en tiempo de la sangrienta persecucion que suscitó el emperador Decio contra la Iglesia.

La Oracion de la Misa es la que sigue:

Infirmitatem nostram respice omnipotens Deus: et quia pondus propriae actionis gravat, beati Timotheï martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alívianos de él por la gloriosa intercesion de tu bienaventurado mártir Timoteo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítalo VI *de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo.*

Charissime: Sectare justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam, mansuetudinem. Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam aeternam, in qua vocatus es, et confessus bonam confessionem coram multis testibus. Praecipio tibi coram Deo, qui vivificat omnia, et Christo Jesu, qui testimonium reddidit sub Pontio Pilato, bonam confessionem: ut serves mandatum sine macula irreprehensibile usque in adventum Domini nostri Jesu Christi, quem suis temporibus ostendet beatus et solus potens, Rex

Carísimo: Sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre. Manten el buen combate de la fe, granjea la vida eterna á que has sido llamado, y de la que tienes hecha una buena confesion á presencia de muchos testigos. Yo te mando ante Dios, que da vida á todas las cosas, y delante de Jesucristo, quien dió testimonio de la verdad ante Poncio Pilato, que guardes inviolablemente sus santos preceptos, y te conserves irreprensible hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo, á el que ma-

regum, et Dominus dominantium: qui solus habet immortalitatem, et lucem inhabitat inaccessibilem: quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest: cui honor, et imperium sempiternum. Amen.

nifestará en el tiempo prefinido el bienaventurado, y único poderoso Rey de reyes, y Señor de los señores: aquel solo que posee la inmortalidad, y habita en una luz inaccesible, á quien ni hombre alguno vió, ni pudo ver, al que corresponde el honor é imperio sempiterno. Así sea.

REFLEXIONES.

«Gobiérnate siempre por la justicia, por la piedad, por la fe, por «la caridad, por la paciencia y por la dulzura.» Estas virtudes andan siempre juntas. Quien tiene piedad, quien tiene caridad, las tendrá todas.

¿Puede haber en el mundo otro objeto que sea mas acreedor á todas nuestras atenciones, á todos nuestros cuidados? Y con todo eso cualquiera otro objeto nos ocupa mas. No siempre son las mejor desempeñadas las obligaciones de la Religion; ni suele ser el amor de la virtud la pasion mas viva que tenemos. Un falso oropel nos deslumbra: una apariencia de fortuna nos encanta. Corremos sin saber á dónde: nos fatigamos, nos afanamos tras unos bienes, cuya fugacidad se llora, y cuya vanidad se palpa. Aquellas mismas quimeras, contra las cuales declamamos tanto, esas suelen ser nuestros ídolos. Una plaza, un empleo, un beneficio, una honra imaginaria, que solo subsiste en nuestra fantasía, que no tiene otro ser real sino los trabajos que cuesta el conseguirla, y el dolor de haber servido de burla, ó de insubsistencia; esto es á lo que se aplica toda la atencion, á esto se consagran todos los desvelos, á esto se sacrifican los bienes, la salud, la salvacion. ¡Ó eterno Dios! ¿y cuándo tendrémos juicio? ¡Cosa extraña! que solo desbarremos en nuestros verdaderos intereses.

«Trata de asegurar la vida eterna, para la cual fuiste criado.» El tiempo de esta vida solamente se nos dió para hacer esta fortuna, la que solamente se puede fabricar mientras dura el tiempo. ¿Hay por ventura otra fortuna que hacer? El fruto del buen uso del tiempo es una dichosa eternidad.

¿Qué testimonio hemos dado de nuestra fe? ¿Y delante de quién hemos dado este testimonio? ¿Es acaso delante de los hijos y de los domésticos, á quienes tan poco se les edifica, y tanto se les escandaliza? ¿Es por ventura en esas concurrencias del mundo, donde se tiene vergüenza de parecer cristianos? ¿Es quizá en el comercio ci-

vil, donde reina tan poca rectitud, y de donde está desterrada la buena fe? ¿Es en el templo santo de Dios, donde se está con tan poco respeto y con tan ninguna devocion? Pues ¿dónde, en qué parte damos este público testimonio de nuestra fe y de nuestra piedad?

Exhorta el Apóstol á su discípulo que trabaje sin cesar en el negocio grande de su salvacion, y que trabaje hasta la muerte, sin lo cual no se hace este grande, este importante negocio. ¿Cuántas reflexiones pueden hacer aquellas personas que comienzan tan tarde á trabajar en él, y se cansan tan presto, faltando á la perseverancia?

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim aedificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo coepit aedificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quae pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus.

Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, madre, mujer, hijos, hermanos y hermanas, y aun su propia vida (esto es, segun los afectos carnales), no puede ser mi discípulo, ni tampoco el que no toma su cruz, y me sigue. ¿Quién, pues, de vosotros, queriendo edificar una torre, no piensa primero con sosiego los gastos que son necesarios, para ver si tiene con que acabarla? no sea que después de haber puesto los cimientos, no pudiendo concluirla, todos los que vieren el edificio imperfecto, principien á burlarse de él, diciendo: ¿Este hombre comenzó á construir, y no ha podido acabar? ¿O qué rey habiendo de hacer guerra á otro rey, no consulta antes de espacio si podrá oponerse con diez mil hombres al enemigo, que viene con veinte mil? Porque en otros términos, se verá en la precision, aun estando distante aquel, de enviarle embajadores pidiéndole paz. A este modo, pues, cualesquiera de vosotros, que no renuncia cuanto posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

De la renuncia de todo lo que se ama por amor de Jesucristo.

Punto primero.—Considera que el Evangelio no anuncia otra cosa sino humildad, mortificacion, penitencia; nada predica sino abnegacion, renuncia de todo cuanto mas se ama en el mundo, has-

ta decirnos que si no nos aborrecemos aun á nosotros mismos, no podemos ser discípulos de Cristo. ¿Qué nos parece de esto? ¿Segun esta idea tendrá Cristo el dia de hoy muchos discípulos en el mundo?

¿Qué cosa mas loable ni mas justa que amar al prójimo? El mismo Dios nos lo manda con precepto formal y expreso. Con todo eso cuando se atraviesan los intereses de Dios, es menester renunciar la carne, la sangre, y aun á si mismo, so pena de renunciar á Dios. El que viniere á mí (esta expresion comprende todos los estados, todas las condiciones de las personas cristianas), el que viniere á mí, dice Cristo, y no aborreciere al padre, á la madre, y hasta á su misma persona, no puede ser mi discípulo. No puede ser cosa mas positiva, ni mas clara. No necesita de explicacion el oráculo. Pero ¿este moral es muy de nuestro gusto? ¿Se practica mucho el dia de hoy esta cristiana filosofía?

¿Ceden siempre á las obligaciones de la Religion los intereses de la familia? ¿No se nos da oidos jamás á los clamores de la carne y de la sangre en perjuicio de la conciencia? ¿En los negocios, en las diversiones, en los proyectos para adelantarse, para hacer fortuna, se consulta siempre á solo Dios, y á solo Dios se le oye, sin que concurran otros respetos? Ciertamente nos merece Dios bien poco, si no nos merece todo nuestro corazon. ¡Qué impiedad! colocar al ídolo de Dragon en el mismo templo. ¡Ó mi Dios! ¡y qué mal se compone lo que obramos con lo que creemos! Creemos vuestras palabras; pero nada hacemos menos que lo que ellas nos intiman. Nuestras obras desmienten visiblemente nuestra fe.

No permitais, Señor, que esta confesion sirva solo para hacerme mas delincuente. Vos me asegurais que debo aborrecerme á mí mismo si quiero ser vuestro discípulo. Si, Señor, yo quiero serlo; y desde hoy en adelante será mi vida la prueba mas concluyente de mi sincera voluntad.

Punto segundo.—Considera en qué grosero, en qué pernicioso error incurriria una persona, que oyendo estas palabras del Salvador: *El que viniere á mí, y no aborreciere al padre, á la madre, y aun á su misma persona, no puede ser mi discípulo;* se persuadiese que podia ser verdadero discípulo de Cristo, sin tener este odio santo, este odio evangélico, amándose únicamente á sí mismo, no dando lugar en su corazon á otro objeto que á su ambicion, á sus gustos, á sus propios intereses. Ea, pues, suspendamos por un momento nuestras antiguas precauciones. Vaya á un lado por un instante la autoridad

de nuestro amor propio. ¿No somos nosotros los que incurrimos en este error? ¿Hecemos por ventura otra cosa? ¿Queremos acaso mas que aquello mismo que estamos condenando?

¡Ah! que estamos de tal manera enamorados de nosotros mismos, llenos de nosotros mismos, esclavos de nosotros mismos, que somos, por decirlo así, ídolos de nosotros mismos, quemándonos incienso, ofreciéndonos votos, sacrificándonos víctimas; siendo la primera que se sacrifica nuestra propia salvacion, y los intereses de Dios.

Si se coteja nuestra conducta con la de los santos Mártires, ¿quién no dirá que tuvieron otro Evangelio? Digámoslo mejor: el Evangelio es el mismo; y por lo mismo que lo es, no puede haber mayor extravagancia que lisonjearnos de ser discípulos de un mismo Maestro, y de seguir la misma doctrina, cuando las costumbres son tan diferentes. Si paso los dias en las diversiones y en los entretenimientos; si solo ando tras lo que lisonjea los sentidos y halaga la concupiscencia; si fomento las pasiones, y me dejo arrastrar de ellas; si toda mi ocupacion es satisfacer al amor propio; ¿podré decir que sirvo á un mismo Señor, y que obedezco á una misma ley que los santos Mártires? ¿Y qué razon tendré para esperar la misma recompensa? Una mujer que vive entre la delicadeza y entre el regalo, ¿logrará la misma bienaventuranza que santa Inés? Un hombre que solo ama sus gustos y sus placeres, ¿podrá racionalmente esperar la misma gloria que san Timoteo?

Vos, Señor, me mandais que me aborrezca. Y con efecto ¿tengo yo mayor enemigo de mi verdadero bien que á mí mismo? ¿Pues qué odio mas justo? ¿No es amarme verdaderamente el aborrecerme de esta manera? Dadme, Señor, este santo odio de la carne y sangre, este odio saludable de mí mismo. No permitais olvide jamás, que no es digno de Vos aquel que ama á otra cosa que á Vos.

JACULATORIAS.—Señor, no podré amaros, ni serviros; si no me abrazo, si no me desposo con vuestra cruz, si no me aborrezco, por amaros á Vos solo. (*Luc.* IX, 23).

Ni en el cielo, ni en la tierra ame yo otra cosa que á Vos, Dios de mi alma. (*Psalm.* LXXII).

PROPÓSITOS.

1 Comienza desde este dia á amar á Dios con un amor de preferencia, en fuerza de la cual le asegures el primer lugar en tu co-

razon, de manera que para mantenerle en él, estés dispuesto á sacrificar bienes, gustos, amigos, parientes, y hasta tu misma vida. Para esto toma una firme resolucion de no querer, de no emprender cosa alguna, sin consultar primero á Dios, y sin arreglarte en todo á lo que conocieres ser conforme á su voluntad. No te fies de tu sola razon, porque el amor propio ciega. Jamás te resuelvas á hacer cosa de monta sin el parecer de un prudente y celoso director.

2 Examina si te dejas llevar con exceso del amor de tu familia y de tus intereses temporales. Suele haber ciertas predilecciones, ciertas preferencias de amor entre los mismos hijos, queriendo á unos mas que á otros; las cuales llenan las casas de celos y de inquietudes. No son menos odiosas, ni menos perniciosas en las comunidades las amistades particulares. Todas esas distinciones, todas esas preferencias son efectos del amor propio. Tengamos sí amor á nuestros parientes y á nosotros mismos; pero sea un amor bien ordenado. No seamos esclavos de la pasion, y entonces no cometerémos injusticias. Dios debe estar á la frente de todo, que ese es el lugar que le corresponde. Ahoga tambien al mismo tiempo cierta sensibilidad excesiva; corrige cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que muestra bien el demasiado amor que te tienes á ti mismo. Es el amor propio un enemigo sagaz y doméstico, tanto mas digno de temerse, cuanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende: camina siempre de acuerdo con las pasiones, y sin cesar arma lazos á nuestra salvacion. Toma desde hoy la generosa resolucion de no contemplarle, de combatirle, y de vencerle. En todo se introduce, en todo se insinúa: no hay que perdonarle en cualquiera parte en que se hallare. Foméntase con nuestras convenienzuelas, con nuestras comodidades; y así corta con resolucion lo que no fuere absolutamente necesario para vivir. La mortificacion le debilita; pues determina desde luego las que has de practicar. Es el suplicio del amor propio la mortificacion de los sentidos. Private de todos esos gustos que solo sirven de hacerle mas orgulloso. No hay cosa mas contraria á la verdadera devocion, que el amor propio; y con todo eso no suele estar muy reñido con muchos que hacen profesion de ella. Declárale desde luego una perpetua guerra.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

La conversion de san Pablo, apóstol, que aconteció en el segundo año después de la Ascencion del Señor. *(Véase su historia en las de este dia).*

El glorioso triunfo de san Ananías, en Damasco, quien bautizó á san Pablo, apóstol: después de haber predicado el Evangelio en Damasco, en Eleuterópolis y en otras diferentes partes, en tiempo del juez Licinio, fue azotado y despedazado con nervios, y últimamente apedreado consumó el martirio.

Los santos mártires Juventino y Máximo, en Antioquía, los cuales fueron martirizados en tiempo de Juliano Apóstata: en la festividad del triunfo de estos Santos predicó un sermon al pueblo san Juan Crisóstomo.

Los santos Proyecto, obispo, y Marino, varon de Dios, en Clermont en Auvergne, los cuales fueron martirizados por los magnates de esta ciudad.

Los santos mártires Donato, Sabino y Agape, en el mismo dia.

San Bretanion, obispo, en Tomis de Escitia, que floreció en la Iglesia por su gran santidad y por su celo en mantener la fe católica por los tiempos del emperador Valente, arriano, á quien hizo admirable resistencia.

San Poppon, abad, en Arras, en Francia, esclarecido en milagros.

LA CONVERSION DE SAN PABLO.

Son tan grandes los beneficios que ha recibido la Iglesia de la poderosa mano de Dios por el ministerio del apóstol san Pablo, que en señal de su agradecimiento quiso celebrar con particular culto la memoria de su conversion, la cual fue como la época famosa de todas sus maravillas, habiéndose seguido tambien á ella la conversion de los gentiles. Estableció pues una fiesta particular para dar gracias á Dios por la conversion de este Apóstol, por su divina vocacion, y por su especial mision á la conversion de la gentilidad. Estos tres señalados favores que hizo Cristo á san Pablo en el instante de su conversion, forman como el objeto principal de esta festividad. Y á la verdad, si entre el pueblo judáico se celebraba solemnemente la memoria aniversaria de aquellas victorias señaladas que habian sido especialmente ventajosas al Estado; ¿qué victoria hubo jamás, que fuese tan ventajosa á la Iglesia, de la cual hubiese sacado tanto fruto, ni que la hubiese sujetado tantos pueblos, como la que Cristo consiguió del perseguidor mas furioso de los fieles; por cuyo medio, del mayor enemigo suyo hizo el mayor defensor de su ley, un vaso de eleccion, el doctor de las gentes, y en fin uno de los mayores Apóstoles?

Saulo, que después tomó el nombre de Pablo, era de nacion ju-

dío, de la tribu de Benjamin, y habia nacido en Tarso, metrópoli de Cilicia. Profesaba su padre la secta de los Fariseos; esto es, de aquellos judíos que hacian profesion de ser los mas exactos observadores de la ley, y de seguir el moral mas rígido y mas severo. Por su nacimiento era ciudadano romano, por ser este uno de los privilegios de la ciudad de Tarso, que era *municipio* de Roma (título mas noble que el de *colonia*) en atencion á que en las guerras civiles se habia siempre declarado por Julio César, y después por Augusto, hasta tomar el nombre de Juliópolis. Pasó los primeros años de su puericia en Tarso, donde estudió las ciencias griegas, que se enseñaban en aquella ciudad de la misma manera que en Alejandría, y en Atenas. Como tenia Saulo ingenio conocido, y naturalmente era inclinado al estudio, le enviaron sus padres á Jerusalen, donde aprendió en la escuela de Gamaliel, célebre doctor de la ley, y fue instruido por él con la mayor exactitud en todo lo que pertenecia á la religion, costumbres, y ceremonias de los judíos.

Aprovechóse bien de sus estudios; los que le inflamaron tanto en el celo de la observancia de la ley, que en poco tiempo se mostró no solo de costumbres irreprensibles, sino uno de los mas ardientes y mas obstinados defensores de la secta farisáica.

Dicho se estaba que un celo tan encendido por las ceremonias de sus padres no podia menos de hacerle enemigo irreconciliable de la religion cristiana; y así se declaró luego por tal. Tiénese por cierto que fue uno de los judíos de Cilicia, que se levantaron contra san Esteban, y que disputaron con él. A lo menos es indubitable que fue de los que con mas ardor clamaron por su muerte, y que no teniendo bastantes fuerzas para apedrearle por sus pocos años, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que lo hacian; para apedrearle, como dice san Agustin, por las manos de todos.

La sangre de este primer Mártir irritó mas la cólera, y encendió mas la rabia de los judíos. Excitaron una horrible persecucion contra la Iglesia de Jerusalen; pero ninguno se mostró mas ardiente que Saulo en la ansia de destruirla. Animábale contra los cristianos un celo que parecia furor, por lo que viéndose aplaudido y autorizado por los de su nacion, no guardaba términos ni medidas. Entrábase por las casas; sacaba de ellas á todos los que sospechaba ser discípulos de Cristo; metíalos en las cárceles, y los hacia cargar de prisiones y cadenas.

Crecia su rabia contra los fieles al paso que experimentaba el buen suceso de su persecucion. Obtuvo sin dificultad amplia comi-

sion del pontífice Caifás para hacer exacta pesquisa de todos los Cristianos, con facultad de castigarlos. Íbase á todas las sinagogas; hacia apalear y azotar cruelmente á cuantos creian en Jesucristo, y ponia en ejecucion cuantos medios alcanzaba, promesas, amenazas, tormentos, para hacerlos blasfemar de su santo nombre.

Habiéndose extendido la fama de esta terrible persecucion, era mirado Saulo como un furioso perseguidor de los Cristianos, como enemigo jurado de Jesucristo, y como el azote de sus fieles siervos; de manera, que solo el nombre de Saulo aterraba á los que creian en él.

Parecian cortos los límites de Judea, de Galilea, y de toda la Palestina para contener el celo, ó por mejor decir, la furia de este rabioso perseguidor. Lleno siempre de amenazas, alentaba sangre, y respiraba muerte al oir solo el nombre de cristiano.

Teniendo noticia que cada dia se aumentaba el número de los discípulos de Cristo en Damasco, ciudad célebre á la otra parte del monte Líbano, pidió al sumo Pontífice cartas para aquellas sinagogas, con autoridad de prender cuantos cristianos hallase, y de llevarlos á Jerusalen donde podrian ser castigados con mayor libertad; resuelto á exterminar él solo aquella tierna y recien nacida religion.

Hallábase ya á dos ó tres leguas de la ciudad, cuando á la misma hora del mediodia vió bajar del cielo una gran luz mas resplandeciente que el mismo sol, la cual le rodeó á él, y á todos los que le acompañaban.

Al punto cayeron todos en tierra atónitos y deslumbrados, y Saulo oyó una voz que le dijo en hebreo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? En vano tiras coces contra el aguijon.* Entonces preguntó Saulo mas aturdido: *Señor, ¿quién sois Vos?* Y le respondió el Salvador: *Yo soy Jesús, á quien tú persigues.* Fuera de sí Saulo al oir esta respuesta, replicó temblando de turbacion y de miedo: *Señor, ¿qué quereis que haga?* Mandóle el Salvador que se levantase; y aunque le remitió á otro para que supiese de él lo que era voluntad suya que hiciese, no por eso dejó de darle allí mismo una idea general y confusa de lo que habia de padecer. «Levántate, le dijo, y estate en pié, «porque yo me he dejado ver de tí para hacerte ministro y testigo «de las cosas que has visto, y de otras que te manifestaré. Saquéte «de las manos de este pueblo, y de las naciones, á las cuales te en«vio ahora, para que abriéndolas los ojos, pasen de las tinieblas á «la luz, y del imperio de Satanás al de Dios, y para que reciban la «remision de sus pecados, y la herencia de los Santos, por medio de «la fe que hace creer en mí.»

Mientras pasaba todo esto, los que iban en compañía de Saulo levantados ya de la tierra, estaban en pié atónitos y suspensos. Oian una voz, pero no veian al que hablaba. Habiéndose tambien levantado Saulo, aunque tenia los ojos abiertos, nada veia. Fue menester guiarle de la mano para conducirle á Damasco. Metiéronle en casa de cierto vecino, que se llamaba Judas, donde estuvo tres dias ciego, sin comer ni beber.

Vivia á la sazon en Damasco un discípulo de Cristo, nombrado Ananías, hombre de gran piedad, y venerado por su virtud hasta de los mismos judíos. Apareciósele el Señor en una vision; y le mandó que fuese á la calle Derecha, y que buscase en ella á cierto hombre llamado Saulo, natural de Tarso, á quien hallaria en oracion. Espantado Ananías al eco solo del nombre de Saulo, replicó aturdido: «¡Cómo, Señor! Si he oido decir á muchas personas que ese hom«bre ha hecho grandes males á vuestros santos en Jerusalen. Aun «ahora trae amplísimo poder de los príncipes de los sacerdotes para «meter en la cárcel á los que invocan vuestro santo nombre. No im«porta, *le respondió el Señor*, vé á donde te mando: ese hombre es «un vaso de eleccion, escogido por mí para que predique mi nom«bre delante de las naciones, delante de los reyes de la tierra, y de«lante de los hijos de Israel. Así, ya le tengo mostrado y prevenido «lo mucho que ha de padecer por mi amor.»

Al mismo tiempo que el Salvador estaba declarando esto á Ananías, estaba Saulo viendo en espíritu, que un hombre llamado Ananías entraba en su cuarto, y ponia las manos sobre él para que recobrase la vista.

Obedeció Ananías sin dilacion, lleno de fe y de confianza. Fué á buscar á Saulo en el lugar donde se le habia señalado; y poniendo las manos sobre él, le dijo: *Saulo, hermano, el Señor, que se te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado aquí para que te restituya la vista, y para que seas lleno del Espíritu Santo.* Al mismo tiempo se le cayeron de los ojos como unas escamas, y comenzó á ver con toda claridad. Levantóse lleno de alegría, de admiracion, y de los mas vivos sentimientos de gratitud y de amor; y habiéndole declarado Ananías lo que el Señor le habia dado á entender tocante á su vocacion, y de aquello en que debia emplearse, le bautizó, y el Espíritu Santo le llenó de sus celestiales dones. Después de haber dado ambos gracias á Dios, tomó Saulo alimento, recobró las fuerzas, y se quedó algunos dias con los fieles que estaban en Damasco. Créese que tendria entonces cerca de treinta y seis años de edad. Antes que

saliese de Damasco predicó en la sinagoga que Jesús, á quien él habia perseguido, era el Mesías verdadero, Hijo eterno de Dios vivo. Es fácil concebir con cuánta admiracion le oirian todos aquellos que pocos dias antes le habian visto perseguir tan furiosamente á la religion cristiana, y sabian que solo habia venido á Damasco para meter en prisiones á todos los que la profesaban.

Muchos siglos há que se fijó la fiesta de la conversion de san Pablo el dia 25 de enero, en el cual se hacia antes conmemoracion particular del mismo Apóstol, con el motivo de una traslacion de sus reliquias á Roma.

En Francia se celebraba ya la fiesta de la conversion de san Pablo en el siglo VIII, y el papa Inocencio III ordenó que se enseñase á los fieles la devocion particular que debian tener con este dia. Desde entonces se celebró por fiesta de precepto en la mayor parte de las iglesias de Occidente, y así se continuó en Francia hasta el año de 1524, en que se publicó el decreto de reformacion de fiestas, dispuesto por Esteban Poncher, arzobispo de Sens. Sin embargo, aun el dia de hoy se celebra como de precepto en muchos obispados, así de Francia, como de los Países Bajos; y se observa que no obstante el cisma y revolucion de la iglesia anglicana, se mantiene esta fiesta en Inglaterra, donde fue generalmente establecida en tiempo de Inocencio III.

SANTA ELVIRA, VÍRGEN Y MÁRTIR: se ignoran las circunstancias de su vida.

La Misa es en honra del Santo, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui universum mundum beati Pauli Apostoli praedicatione docuisti; da nobis, quaesumus, ut qui ejus hodie Conversionem colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que enseñaste á todo el mundo por medio de la predicacion del apóstol san Pablo; concédenos la gracia de que así como hoy honramos su conversion, así tambien caminemos á tí, siguiendo su ejemplo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IX *de los Hechos apostólicos.*

In diebus illis: Saulus adhuc spirans minarum et caedis in discipulos Domini, accessit ad principem Sacerdotum, et petiit ab eo epistolas in Damascum ad synagogas; ut si quos invenisset hujus viae viros, ac mulie-

En el tiempo apostólico, respirando todavía Saulo amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes, pidiéndole despachos para las sinagogas de Damasco, á fin de conducir presos

res, vinctos perduceret in Jerusalem. Et cum iter faceret, contigit ut appropinquaret Damasco: et subito circumfulsit eum lux de coelo. Et cadens in terram, audivit vocem dicentem sibi: Saule, Saule, quid me persequeris? Qui dixit: Quis es, Domine? Et ille: Ego sum Jesus, quem tu persequeris: durum est tibi contra stimulum calcitrare: et tremens, ac stupens, dixit: Domine, quid me vis facere? Et Dominus ad eum: Surge, et ingredere civitatem, et ibi dicetur tibi quid te oporteat facere. Viri autem illi, qui comitabantur cum eo, stabant stupefacti, audientes quidem vocem, neminem autem videntes. Surrexit autem Saulus de terra, apertisque oculis nihil videbat. Ad manus autem illum trahentes, introduxerunt Damascum. Et erat ibi tribus diebus non videns et non manducavit, neque bibit. Erat autem quidam discipulus Damasci, nomine Ananias, et dixit ad illum in visu Dominus: Anania. At ille ait: Ecce ego, Domine. Et Dominus ad eum: Surge, et vade in vicum qui vocatur Rectus: et quaere in domo Judae Saulum nomine Tarsensem: ecce enim orat. (Et vidit virum Ananiam nomine, introëuntem, et imponentem sibi manus ut visum recipiat.) Respondit autem Ananias: Domine, audivi à multis de viro hoc, quanta mala fecerit sanctis tuis in Jerusalem: et hic habet potestatem à principibus sacerdotum alligandi omnes, qui invocant nomen tuum. Dixit autem ad eum Dominus: Vade, quoniam vas electionis est mihi iste, ut portet nomen meum coram gentibus, et regibus, et filiis Israel. Ego enim ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati. Et abiit Ananias, et introivit in domum: et imponens ei manus, dixit: Saule frater, Dominus misit me Jesus, qui apparuit tibi in via, qua veniebas, ut videas, et implearis Spiritu Sancto. Et confestim ce-

á Jerusalen cuantos hombres y mujeres hallase profesores de la vida cristiana; pero yendo de camino, sucedió que cerca de Damasco, de repente le rodeó una luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? El que preguntó: ¿Quién eres, Señor? Y èste respondió: Yo soy Jesús, á quien tú persigues: dura cosa te es cocear contra el aguijon. Entonces, trémulo y pasmado, repitió: ¿Qué quieres que haga yo? Levanta, le dijo el Señor: entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que conviene que hagas. Los ministros, pues, que le acompañaban estaban pasmados al oir en verdad la voz, no viendo persona alguna. Levantóse Saulo de la tierra, y aunque abria los ojos, nada veia; de suerte, que asido de la mano le entraron en Damasco, donde permaneció tres dias sin ver, comer, ni beber. En aquella ciudad á la sazon se hallaba cierto discípulo, nombrado Ananías, á quien el Señor en revelacion llamó por su nombre; y respondiendo él: Aquí estoy Señor; este le dijo: Levanta, vé al barrio que llaman Recto; y busca en casa de Judas á Saulo, nombrado el Tarsense; advierte que está en oracion (en cuyo ejercicio Saulo vió entrar á Ananías, que le imponia las manos para que recobrase la vista): Señor, respondió Ananías, he oido á muchos cuantos males ha causado á tus santos en Jerusalen este hombre; y que tiene facultad de los príncipes de los sacerdotes, para prender á todos los que invocan tu nombre. Mas el Señor le replicó: Vé, porque este es mi vaso de eleccion, á efecto de llevar mi nombre ante las naciones, los reyes, y los hijos de Israel, á quien seguramente le mostraré cuánto conviene que padezca por mi nombre. Con esto marchó Ananías, entró en la casa, é imponiéndole las manos, le dijo: Hermano Saulo, me ha enviado el Señor Jesús, que te

ciderunt ab oculis ejus tanquam squamae, et visum recepit: et surgens baptizatus est. Et cum accepisset cibum, confortatus est. Fuit autem cum discipulis, qui erant Damasci, per dies aliquot. Et continuo in synagogis praedicabat Jesum, quoniam hic est Filius Dei. Stupebant autem omnes, qui audiebant, et dicebant: Nonne hic est, qui expugnabat in Jerusalem, eos, qui invocabant nomen istud: et huc ad hoc venit ut vinctos illos duceret ad principes sacerdotum? Saulus autem multo magis convalescebat et confundebat Judaeos, qui habitabant Damasci, affirmans, quoniam hic est Christus.

se apareció en el camino por donde venias, á fin de que veas, y seas lleno del Espíritu Santo. Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas; recobró la vista, y levantándose, fue bautizado, quedando confortado después que hubo comido: en seguida permaneció algunos dias con los discípulos que habia en Damasco, y predicaba continuamente en las sinagogas, que Jesús era Hijo de Dios. Todos los que le oian se maravillaban, diciendo: ¿Por ventura no es este el que perseguia en Jerusalen á los que invocaban el nombre cristiano, y vino aquí para llevarlos presos á los príncipes de los sacerdotes? Pero Saulo se fortalecia mucho mas, y confundia á los judíos que habitaban en Damasco, afirmando que Jesús era Cristo, ó Mesías esperado.

REFLEXIONES.

¡Qué ardiente! ¡qué impetuoso! ¡qué digno de temer es un celo falso, un celo postizo! Hace en la viña del Señor el mismo destrozo que aquellas raposas de que habla la Escritura, y va introduciendo el fuego por todas las mieses. Como esta furiosa pasion se cubre siempre con el especioso pretexto de la mayor gloria de Dios, no hay cosa capaz de vencerla, ni aun de moderarla. El celo puro y santo es vivo, pero es dulce, pero es dócil; el falso celo siempre es amargo, siempre caprichudo, y no da cuartel á la razon.

A la verdad, en este particular apenas hay lugar á la ignorancia invencible: á poca reflexion que se haga, se descubre todo el error. La pasion reina demasiado en él para estar muy encubierta. Solo con que se considere el verdadero motivo de esa aspereza, de esos desprecios, de esas picantes aversiones; está descubierto todo el veneno. Al verdadero celo le anima siempre una verdadera caridad, que nunca respira la pérdida del prójimo, sino el deseo de su mayor bien: tan léjos está de triunfar en sus desgracias que antes se compadece y se contrista en todas sus aflicciones. No hay cosa mas moderada, ni mas apacible, ni mas compasiva, que el verdadero celo: su perpetuo y su divino ejemplar, es la conducta que observó Jesucristo con los mayores pecadores. Al contrario el falso celo, como en suma no es mas que una vehemente pasion mal disfrazada, siempre

es turbulento, siempre inquieto, siempre maligno, siempre lleno de sal y hiel. Su fuego no purifica, pero abrasa: lleno de industrias, de calumnias y de dureza, coloca toda su virtud en la malignidad y en el artificio. En conclusion, no es celo, que es espíritu de parcialidad y de empeño.

Este era el falso celo de Saulo. No respiraba mas que amenazas, muertes y estragos: todo lo queria trastornar, todo lo queria perder, y en nada menos pensaba que en convencer, ni en convertir.

Pide cartas de recomendacion para las sinagogas de Damasco. ¿Será acaso para que le ayuden á sacar dulcemente á sus hermanos del engaño y del error en que los consideraba metidos? Ni por pienso. Pídelas para sepultarlos á todos en profundos calabozos, para cargarlos de cadenas. Todo celo falso es duro y desabrido. Sírvele de pretexto la religion; pero el móvil principal que le rige, el verdadero motivo que le anima, es el espíritu de indignacion y de encono. Mas ¡oh, y qué difícil es curar una enfermedad que está arraigada en el corazon y en el entendimiento!

Para convertir á Saulo fue menester cegarle. La luz de sus ojos solamente le servia para que viese menos. Si habia de ver con claridad, era menester que desconfiase, que renunciase su propia luz. Mil preocupaciones siniestras alimentaban su pasion; su orgullo la encendia. Preciso era extinguir todo este fuego, y para esto fue necesario un milagro. Hubo de bajar del cielo una nueva claridad, que derribase en tierra aquel espíritu orgulloso. Nunca se acompañó con el falso celo la virtud de la humildad. Fue menester mudar aquel corazon maligno y duro; hacer dócil aquel ánimo impetuoso y fiero. ¡Oh cuántos milagros son menester para curar un celo falso! Ilustre prueba es de esto la conversion de Saulo. *Señor, ¿qué quereis que haga?* ¡Oh qué diferencia de dictámenes, y qué diversidad de lenguaje! Vaya Saulo á saber de Ananías lo que debe creer y lo que debe obrar. Siempre nos habla, siempre nos instruye Dios por el oráculo de la Iglesia. ¿Cuánto va del celo de Saulo al celo de Pablo? Aquel solo respira muertes; este solo alienta la salvacion de todos los hombres, á ejemplo de Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Petrus ad Jesus: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vo-

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos la dificultad de conseguir los ricos el reino de los cielos, le dijo Simon Pedro: Mira, Señor, como

bis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione cum sederit Filius hominis in sede majestatis suae, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit.

nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido: ¿qué será últimamente de nosotros? En verdad os digo, les respondió Jesús, que vosotros que me habeis seguido en la resurreccion, cuando se siente el Hijo del Hombre en el trono de su Majestad, os sentaréis vosotros sobre doce sillas, á juzgar las doce tribus de Israel: y todo aquel que por mi nombre dejare su casa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, mujer ó hijos, ó posesiones, recibirá el premio centuplicado, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De las señales ciertas de una conversion verdadera.

Punto primero.—Considera que muchas veces se cree ser conversion lo que no es mas que un proyecto, una idea de convertirse. Muchos son los que se engañan en esto. La obediencia pronta á la voz de Dios, la mudanza de costumbres, de máximas y de conducta; esta es la única prueba de haberse convertido de veras. ¿Experimento yo en mí mismo esta genuina prueba?

En Saulo, aquel fiero enemigo del nombre cristiano, puedes ver el modelo de una conversion perfecta. Al primer rayo de la gracia, por decirlo así, á sola la voz de Dios, allá va Saulo por tierra, y exclama fuera de sí: *Señor, ¿qué quereis que haga?* Así habla el que está verdaderamente convertido. Desaparecen de nuestros ojos mil brillanteces falsas; piérdense de vista muchos objetos que nos deslumbraban; dícese á Dios desde luego: *Señor, ¿qué quereis que haga?* ó *haced lo que quisiéreis de mí.*

El primer paso es el retiro. Búscase un Ananías, esto es, un director seguro, bien instruido en los caminos de Dios. Ya no hacen fuerza los respetos humanos. Si antes se persiguió á Jesucristo, ya se hace pública profesion de ser su discípulo, y parecer tal en todas ocasiones. Ni la tentacion, ni el empeño, ni las persecuciones, ni las adversidades, ni las pruebas, ni las cruces, nada inmuta á un corazon verdaderamente convertido: todo sirve para purificarle mas, para hacerle mas puro y mas fiel. ¿Parécense á este modelo las conversiones de muchos que se ven en estos tiempos? ¿La mia es de este carácter? Por solas estas señales se conoce una conversion verdadera.

¡Qué error, imaginar que se ha convertido solo porque se conoce

y se confiesa la necesidad que hay de convertirse! Entre el pensamiento de convertirse y la conversion efectiva hay un dilatado espacio de camino, hay grandísima distancia. ¡Oh qué cosa tan triste es morir solo con el deseo de convertirse!

No permitais, Señor, que suceda esta desdicha. Resuelto estoy, con la asistencia de vuestra divina gracia, á probar el deseo de convertirme con mi misma conversion.

Punto segundo. — Considera con qué prontitud lo dejan todo los Apóstoles por seguir á Jesucristo en el instante en que los llama. *Ecce*. En aquel punto, en aquel momento. Es poco sincera la conversion menos pronta: en materia de conversion toda tardanza es sumamente peligrosa: el dilatarlo un punto es tanto como no querer hacerlo. Ni aun ir á rendir los últimos obsequios á un padre difunto se permite á un mancebo que dice quiere seguir á Cristo. Pues ¿qué se dirá de los que no quieren convertirse hasta que hayan redondeado bien todos sus negocios; hasta que se acabe esta comision; hasta que vuelva de tal viaje; hasta que deje este empleo; hasta que mude de estado? ¡Ó Dios! y con cuánta razon os burlais de estas vanísimas monerías de estos fantásticos trampantojos.

Reliquimus omnia. Todo lo hemos dejado. Otra prueba que caracteriza la conversion verdadera. Quien dice *todo*, nada exceptúa. Mas que solo esté preso con un alfiler el corazon humano, ya no es corazon libre. Conversion con reserva no es conversion, que es supercheria. Todos los Amalecitas han de ser sacrificados, desde el rey hasta el esclavo mas vil. ¡Oh qué compasion! ver tantas excepciones, tantas limitaciones frívolas en tantas imperfectas conversiones. Siempre se ha de reservar alguna cosa. Pero desengáñate, que si no te retiras de todos los objetos, si no huyes de todas las ocasiones, si no rompes todos los lazos, ciertamente no te has convertido.

Pero no basta dejarlo todo por Jesucristo: es necesario seguirle. *Secuti sumus te*. Otra prueba de la conversion verdadera; con la circunstancia de que á esta precisa condicion se promete únicamente el premio: *Quid igitur dabis nobis praemii?* Y para seguir á Cristo no basta haber dejado el pecado: es menester practicar todas las virtudes cristianas. Conversion ociosa, conversion poco activa no es mas que una fantasma, un espantajo de conversion. ¿Cuánto tiempo há que estoy haciendo vanos propósitos de conversion; pero no me convierto? Á la verdad desprendíme ya de algunos lazos; pero ¿me he desprendido de todos? ¿Puedo decir con verdad que sigo á Cristo?

Pues ¡en qué título fundo la esperanza de la recompensa! ¡Oh qué locura! vivir con tanto atolondramiento en punto tan delicado, y en materia de tanta consecuencia.

Reconozco, Dios mio, y confieso con el mas vivo dolor de mi corazon que hasta ahora no me he convertido, por mas que Vos me habeis solicitado tanto para que me convirtiese. Pero al presente, que por vuestra gracia estoy sinceramente resuelto á mi conversion, quiero desde luego daros pruebas verdaderas de que es efectiva y sincera, siendo fiel en serviros, fervoroso en amaros, regular y exacto en todo lo que sea obedeceros.

JACULATORIAS.—Hablad, Señor, que vuestro siervo oye. (*I Reg.* III). Señor, ¿qué quieres que haga? (*Actor.* IX).

PROPÓSITOS.

1 Al principio del año formaste tu plan de vida, y el dia siguiente renovaste el propósito de convertirte sin dilacion. Vuelve á leer lo que entonces escribiste, con los propósitos que se señalaron en el tercer dia del año; y sin andarte entreteniendo mas en vanos deseos, ni engañándote con vanas ideas, tómate cuenta á tí mismo; y si hallares que desde entonces acá en nada te has reformado, pregúntate en qué pararon aquellos grandes proyectos de conversion, y concluye que todos fueron cosa de juego.

2 Considera en particular cuál es tu pasion dominante, porque todos tienen cierta pasion favorecida, á la cual no se la ha de tocar en el pelo de la ropa. Resuélvete desde luego á no darla cuartel, á no hacerla gracia: y para no incurrir en adelante en otra tal ineficacia, imponte por modo de penitencia una limosna, ó alguna mortificacion por espacio de quince dias, siempre que cayeres en semejante falta. Cuando se quiere de veras una cosa, se aplican los medios para conseguirla. Las resoluciones vagas ó ineficaces solo sirven para adormecernos en nuestros desórdenes. Todos los dias meditar y no enmendarse, viene á ser estudiar en ser tibio sin remordimiento. Ninguno hay que no tenga necesidad de convertirse, porque ninguno se hallará que no necesite de alguna reforma. Examina hoy si te has enmendado en aquellas faltas de que te acusas en cási todas tus confesiones: si has pagado esos salarios, esas deudas, como lo habias prometido: si has hecho esa restitucion que tanto tiempo há agrava tu conciencia. ¿Eres ya menos colérico, y no tan arrebatado? ¿Eres ya mas vigilante en el cuidado de tu familia, y en la educacion de tus

hijos? ¿Cumples mejor con las obligaciones de tu estado? ¿Eres mas fervoroso y mas exacto en la observancia regular? Si te faltan estas señales de conversion, no te dés por convertido; pero comienza desde este dia á convertirte, y determina dos ó tres puntos de enmienda que sirvan de prueba, y acrediten tu reforma.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

San Policarpo, discípulo de san Juan apóstol, en Esmirna, y consagrado obispo de esta ciudad; fue el primado de toda el Asia: después siendo emperadores Marco Antonino, y Lucio Aurelio Commodo, por sentencia del procónsul pidiendo contra este Santo todo el pueblo, fue condenado á la hoguera, y habiendo salido ileso, herido con una espada alcanzó la corona del martirio. Con él fueron tambien martirizados en la misma ciudad otros doce que venian de Filadelfia. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos Teógenes, obispo, y otros treinta y seis, en Hipona la Real, en África, los cuales, perdido el miedo de la muerte temporal, durante la persecucion de Valeriano, alcanzaron la corona de la vida eterna.

La muerte de santa Paula, madre de santa Eustoquia, vírgen de Jesucristo, en Belen de Judá, la cual siendo de la nobilísima estirpe de los senadores, renunciando al mundo y distribuyendo sus bienes á los pobres, se retiró al pesebre de Jesucristo en donde adornada con muchas virtudes y coronada con un largo martirio, pasó al reino celestial. Su vida maravillosa la escribió san Gerónimo. *(Véase su vida en las de este dia).*

Santa Batilda, reina, ilustre en santidad de vida y en milagros, en el distrito de Paris.

SAN POLICARPO, OBISPO DE ESMIRNA Y MÁRTIR.

San Policarpo, discípulo de san Juan Evangelista, obispo de Esmirna y mártir, nació por los años 70 de Cristo, en tiempo del emperador Vespasiano, y fue convertido á la religion cristiana en su niñez, cuando imperaba ya Tito. Hízose no solo querer, sino estimar aun de los mismos Apóstoles por la inocencia de sus costumbres, por el fervor de su piedad, por el ardiente celo que mostraba en todo lo que pertenecia á la Religion. Tuvo la fortuna de conocer y de conversar con muchos que habian tratado al Salvador cuando vivia en el mundo: fueron sus maestros los Apóstoles; y san Juan Evangelista tomó especialmente á su cargo el cuidado de enseñarle. En tal escuela y con las nobles disposiciones que habia recibido del cielo, ¿cuántos progresos haria?

«Policarpo (dice san Ireneo en el libro de las herejías) no solo fue

«enseñado por los Apóstoles, y conversó con muchos que habian co-«nocido en vida á Jesucristo, sino que los mismos Apóstoles le eli-«gieron por obispo de Esmirna, en Asia. Yo le alcancé en mis juve-«niles años, porque murió muy viejo, y tenia ya muchos cuando salió «de esta vida por medio de un gloriosísimo y muy ilustre martirio. «Enseñó siempre aquella misma doctrina que habia aprendido de los «Apóstoles; la que enseña la Iglesia, y la que es únicamente doc-«trina verdadera. Todas las iglesias de Asia y todos los que hasta «ahora han sido sucesores de Policarpo en la silla episcopal, dan tes-«timonio de que fue inviolable predicador de la verdad, mas digno «de fe que Valentino, Marcion y los demás descaminados que se han «dejado llevar de la mentira y del error. En tiempo de Aniceto vino «á Roma, convirtió á la fe, y reconcilió con la Iglesia de Dios á mu-«chos secuaces de los herejes: publicando que la doctrina que él ha-«bia aprendido de los Apóstoles, era únicamente la que la Iglesia «enseñaba.» Hasta aquí son palabras de san Ireneo.

Como era san Juan el que tenia á su cargo todas las iglesias de Asia, él fue quien le encomendó la iglesia de Esmirna, consagrándole por obispo de ella por medio de la imposicion de las manos, poco tiempo antes que saliese á su destierro á la isla de Pathmos. Tiénese por cierto que los elogios que el santo Evangelista da en su Apocalipsi al Ángel, esto es, al obispo de Esmirna, se dirigian á san Policarpo: el único de los siete obispos que fue declarado por irreprensible de boca del mismo Cristo, por estas palabras: «Yo sé que pa-«deces, y que eres muy pobre: con todo eso eres muy rico, porque «eres objeto de la murmuracion de aquellos que se llaman judíos, y «no lo son, porque componen la sinagoga de Satanás. No temas por «lo que te resta de padecer. Ves aquí que el demonio va á meter en «la cárcel á muchos de vosotros, para que todos seais probados; y «vuestra tribulacion será de diez dias. Sé fiel hasta la muerte, que «yo te daré la corona debida.»

Con efecto, tuvo Policarpo gran necesidad de mucho valor y de mucha paciencia para sufrir las persecuciones que se levantaron contra él, no solo de parte de los paganos, sino tambien de los herejes, y de los falsos hermanos, que por largo tiempo ejercitaron su virtud y sufrimiento.

Habiendo muerto su amado maestro san Juan, quedó Policarpo privado de un gran socorro y de un dulcísimo consuelo; pero conservó siempre sus máximas y su espíritu, tanto que parecia hablaba Juan por boca de Policarpo.

Fue condenado á muerte su grande amigo san Ignacio, obispo de Antioquía, por el emperador Trajano que se hallaba á la sazon en Siria; y se dió órden de que fuese conducido á Roma, donde habia de ser echado á las fieras por la fe de Jesucristo, en el anfiteatro público. Tuvo gran consuelo san Ignacio de pasar por Esmirna, y dar un abrazo antes de morir á su amigo Policarpo. Llenóse de gozo cuando vió la iglesia de Esmirna tan fervorosa y tan florida, y dió mil gracias á Dios por haberla concedido un pastor tan santo, tan vigilante y tan prudente. Ambos habian sido discípulos del sagrado Evangelista, y desde entonces habian contraido una estrechísima amistad. Antes de llegar á Roma san Ignacio, escribió á san Policarpo, á quien no solo tenia por amigo, sino que en cierta manera le trataba como á hijo, por ser mucho mas anciano que él. Con esta licencia le da en la carta unos consejos semejantes á los que san Pablo daba á su discípulo Timoteo. «Cumple (le dice) con las obliga-«ciones de tu cargo, dando á él toda la aplicacion de tu cuerpo y de «tu espíritu. Sufre á los demás, como el Señor te sufre á tí. Si todos «te dieren que padecer, padece de todos con caridad, como lo haces. «Pide á Dios la sabiduría, aun en mayor abundancia que la que tie-«nes. Vela, puesto que posees un espíritu que no duerme. Habla á «cada uno en particular, segun lo que el Señor te diere á entender. «Lleva en paciencia las flaquezas de otros, como perfecto atleta. Cuan-«do el trabajo es mayor, tambien es mayor el provecho. El que ames «á los buenos, ni dado ni gracia. Aplícate á ganar los mas perver-«sos por la dulzura. No todas las llagas se curan con un mismo re-«medio. Las inflamaciones se supuran, bañándolas, rociándolas. No «te dejes aturdir de los que parecen dignos de fe, y enseñan erro-«res. Mantente firme, como se mantiene el yunque, por mas que le «golpeen. Es propio de un grande atleta ser despedazado, y vencer.»

Hallándose san Ignacio en Filipos de Macedonia, escribió otra segunda carta á san Policarpo, en toda la cual le habla con la licencia de anciano, con la autoridad de obispo, con la cordialidad de amigo, y con el fervor de mártir, que estaba ya cási tocando con la mano la corona en el fin de su gloriosa carrera.

San Ireneo, su amigo antiguo, y su discípulo ilustre, dice que fue testigo ocular de la santidad de toda su vida, de la gravedad de todas sus operaciones, de la majestad de su semblante y de su porte, de su inmensa caridad, y de la maravillosa estimacion que se ganó en el concepto de todos.

Habiendo sido discípulo de san Juan Evangelista, no es de extra-

ñar se le hubiese pegado un ardentísimo amor á Jesucristo, y una devocion muy tierna á la santísima Vírgen María. Se ha hecho la prudente y especial observacion que todas las iglesias que lograron la dicha de tener por obispos, ó á los santos Apóstoles, ó á sus discípulos, han conservado siempre una devocion muy particular á la Madre de Dios, y Reina de los Ángeles.

Hallándose ya san Policarpo en los ochenta años de su edad, pasó á Roma para consultar con el papa Aniceto algunos puntos sobre la disciplina eclesiástica; especialmente el que entonces era muy controvertido acerca del dia en que los Cristianos habian de celebrar la Pascua. Fue utilísima la mansion que hizo en Roma nuestro Santo para algunos fieles que estaban algo tocados del veneno de las nuevas herejías. Quedó confundido el error con la presencia y con la doctrina de un discípulo tan ilustre de san Juan Evangelista. Encontrando un dia en la calle al heresiarca Marcion, preguntó este al Santo si le conocia, y Policarpo le respondió: *Sí, ya te conozco; y ya sé que eres el hijo primogénito de Satanás.*

Vuelto al Asia nuestro Obispo no gozó por mucho tiempo de la paz en que habia dejado á su iglesia al tiempo de partir á Roma. El emperador Marco Aurelio, que habia sucedido á Antonino, teniendo á los Cristianos por enemigos de sus dioses, hizo punto de honra y de religion el exterminarlos del mundo. Esto dió lugar á la sexta persecucion, que fue una de las mas crueles; y la iglesia de Esmirna fue uno de los primeros teatros de ella. El procónsul Quadrato dió principio á la persecucion mandando echar á las fieras doce cristianos traídos de Filadelfia. Era como capitan de esta tropa san Germánico, cuya constancia irritó tanto á los gentiles contra los Cristianos, que el pueblo comenzó á clamar por su muerte, pidiendo ante todas la de Policarpo, cuya presencia hacia invencibles á los fieles, inspirándoles el menosprecio de la muerte y de todos los tormentos.

Quiso el Santo mantenerse en la ciudad, sin hacer caso de estos clamores, y continuar sin novedad en sus visitas pastorales; pero se vió precisado á ceder á las ardientes instancias de los Cristianos, que le obligaron á retirarse y esconderse en una casa de campo, donde no estuvo muchos dias, y los pocos que estuvo los pasó en continua oracion dia y noche.

Tres dias antes que le prendiesen, tuvo una vision en sueños, pareciéndole que ardia la almohada sobre que reclinaba su cabeza. Luego que despertó, juntó á los fieles, y les dijo: Tened por cierto que dentro de pocos dias he de ser quemado vivo. Demos por siempre

gracias á nuestro dulcísimo Jesús, que me quiere hacer merecedor de la corona del martirio. Al dia siguiente se halló la casa cercada de soldados y de guardas. Hallábase el Santo en oracion en el desvan de la casa, y oyendo el ruido se ofreció por víctima al Señor, suplicándole se dignase aceptar el sacrificio de su vida; y lleno de extraordinaria alegría, bajó donde estaban los soldados; saludó cortesmente al oficial que los mandaba; declaróle quién era, rogóle que entrase con su gente á descansar un poco; mandó que les dispusiesen de comer, y él se retiró á continuar su oracion.

Quedaron atónitos el oficial y los soldados al ver tanta serenidad, tanta dulzura y tanta mansedumbre, llenándoles tambien de veneracion y de respeto la majestuosa presencia de aquel venerable Anciano; pero al fin eran mandados, y no podian dejar de cumplir su comision, aunque ya con general dolor de todos. Al amanecer hicieron montar al Santo en un humilde jumento para ir á Esmirna. Poco antes de entrar en la ciudad, encontró al corregidor y á su padre Nicetas que iban de paseo; obligáronle á que se metiese en su coche, y comenzaron á persuadirle con las razones mas vivas y mas blandas que pudieron á que se rindiese al Emperador, y sacrificase á los dioses. Indignado el santo Obispo de que tuviesen valor para hablarle en aquella materia, les respondió con tanta resolucion y con tanto brio, que le arrojaron violentamente del coche; quedando no poco maltratado del golpe que recibió en la caida.

Al entrar en el anfiteatro oyó una voz del cielo, que le decia: *Buen ánimo, Policarpo, y está firme.* Fue luego presentado ante el tribunal del Procónsul, que le exhortó mucho á que obedeciese y considerase que ni sus años, ni su gran debilidad, podrian tolerar el rigor de los tormentos á que irremisiblemente le condenaria, si al instante no maldecia á Jesucristo. Entonces el santo Viejo, como recogiendo todos los espíritus de su celo, y cobrando un vigor y un tono de voz muy superior á su avanzada edad, le respondió de esta manera: «Ochenta «y seis años há que sirvo á mi Señor Jesucristo: nunca me ha hecho «algun mal, y siempre me ha hecho mucho bien: recibiendo cada dia «de su mano nuevos favores. Pues ¿cómo quieres que maldiga á aquel «que me dió la vida, que es mi Criador, mi Salvador y mi Padre, «árbitro de mi suerte eterna, el que ha de juzgar á todos los hombres, y finalmente mi Dios, á quien debo todo mi amor, todo mi «reconocimiento y todo mi respeto?»

Irritado el Procónsul con una respuesta que no esperaba, le amenazó que le echaria á las fieras. Confiado en mi Señor Jesucristo, res-

pondió el Santo, no temo ni á las fieras, ni al fuego, ni al acero. Cuando oyó el pueblo estas palabras, comenzó á gritar enfurecido: Pues dice no teme al fuego, que sea quemado vivo. Diciendo y haciendo luego encendieron tumultuariamente una hoguera, y arrojaron en ella á Policarpo, que con semblante alegre, y los ojos puestos en el cielo, se estaba ofreciendo á Dios en holocausto. Pero respetándole las llamas, le rodearon blandamente, y elevándose sobre la cabeza á modo de pabellon le cubrian sin hacerle daño. Pero mas irritados los paganos con este prodigio le atravesaron una espada por el cuerpo; y la sangre que derramaba el santo Mártir, apagó el fuego. De esta manera acabó su gloriosa carrera Policarpo; y desde entonces celebró toda la Iglesia su ilustre martirio. Venérale la Francia, y le ha venerado siempre por uno de sus Apóstoles, por haberle debido á san Ireneo, obispo de Langres, san Andoco, san Tirso y san Andeolo, que todos fueron discípulos de nuestro Santo. Sucedió su glorioso martirio cerca del año 160 de Nuestro Señor Jesucristo.

SANTA PAULA, VIUDA.

Escribió san Gerónimo con elegante estilo la vida de santa Paula, confesando ingenuamente que si todos los miembros de su cuerpo se volviesen lenguas, no podia elogiar dignamente sus virtudes. Noble por su descendencia de los Gracos y Escipiones, pero mas ilustre por su santidad, cambió Roma por Belen, y á sus suntuosos palacios por una pobre habitacion de aquella aldea. Su muerte no debe llorarse, decia el Santo, sí celebrarse su tránsito á la patria celestial, por la que suspiró siempre en la peregrinacion de esta vida, quejándose, como otro David, muchas veces de la duracion de su destierro, clamando no pocas con el mismo real Profeta, cuando la afligian los dolores de las repetidas enfermedades que padeció: ¿Quién me dará alas para volar á la region feliz? Las alabanzas de esta celebérrima mujer, que todo el mundo elogia, y llamaron los pobres á boca llena madre, y admiraron los mas perfectos religiosos; no se fundan en el orígen de su prosapia, ni en el poder de sus riquezas, sino en la renuncia de todas ellas por Jesucristo; de forma, que conocida en Roma solo por esos títulos, lo fue en todo el mundo por su desprecio y santidad.

Desposada en la edad competente con Toxocio, de la ilustre sangre de los Julios, tuvo por frutos de su matrimonio cinco hijos, que lo fueron Blasila, Paulina, Eustoquia, y Rufina con Toxocio, del nom-

bre de su padre, cuya muerte sintió en términos que se expuso á morir; pero convertida á Dios, resolvió no recibir á otro esposo que á Jesucristo. En cumplimiento del consejo evangélico sobre la perfeccion, distribuyó entre los pobres muchas riquezas con mano tan liberal, que para socorrerles les buscaba ansiosa por toda la ciudad, estimando por mengua de su caridad hubiese algun necesitado en Roma que no se mantuviese de sus limosnas; respondiendo á sus parientes con mucha gracia cuando se quejaban de que en esto defraudaba á sus hijos: Á buena fe, que mas cuantiosa y mejor herencia les dejo en la misericordia del Señor.

Ofendida de las frecuentes visitas que por su calidad le hacian muchas personas de la mayor distincion, distrayéndola del reposo y quietud que apetecia, resolvió dejar al mundo, á fin de dedicarse á Dios enteramente. Para seguir vocacion tan acertada, se le ofreció una ocasion muy oportuna. Pasaron á Roma del Oriente san Paulino, obispo de Antioquía, y san Epifanio de Salamina, en Chipre, á consultar varios asuntos eclesiásticos con el sumo Pontífice: hospedóles Paula en su casa, y con el trato de tan santos como sabios prelados, se avivó en su corazon la llama del amor de Dios en términos, que sintió vivísimos deseos de seguir en el desierto la vida de los Antonios y Macarios. Muy en breve á la ausencia de aquellos héroes, con quienes por entonces navegó con el afecto, deliberó trocar la majestad de Roma por la aldea de Belen, sin que los ruegos de sus amigos, las quejas de los deudos, las murmuraciones del siglo, las súplicas y lágrimas de sus hijos fuesen capaces á detener su resolucion; pues preponderando en su espíritu el amor de Dios al que profesaba á quienes dió el ser, se desentendió de los respetos de madre por ser sierva de Jesucristo.

Con sola Eustoquia, hija fidelísima á las inspiraciones del cielo, se embarcó para la Tierra Santa, separando los ojos de la tierra para no dar lugar á los naturales sentimientos, viendo en el puerto los objetos mas amados, que dejaba en él anegados en lágrimas: suspirando con tanta ansia por Jerusalen, que los vientos mas frescos le parecian tardos, y perezosas las mas activas diligencias de los marineros; llegó á Chipre con vivos deseos de ver á san Epifanio, á quien veneró postrada á sus piés, sin que pudiera detenerla en su compañía mas de diez dias, los cuales gastó en santas conversaciones y en visitar los monasterios de aquella region, dirigidos por tan célebre Prelado, á los que socorrió con liberalidad. De allí partió á Seleucia, y de aquí á Antioquía, con ánimo de rendir sus respetos á san

Paulino, haciendo tan penosa marcha en el rigor del invierno sobre un humilde jumento, la que por su grandeza estaba habituada en Roma á pasearse en carrozas y sillas de mano. De Antioquía pasó á Jerusalen, visitando de camino todos los lugares venerables por donde hizo tránsito, dejando en ellos recuerdos memorables de su piedad. Supo el procónsul de Palestina, muy conocido de Paula y de su familia, la inmediacion de su llegada á Jerusalen, y disponiéndole un hospedaje conforme á sus circunstancias, agradecida del servicio, rehusó admitirle, eligiendo para vivir una pobre habitacion.

No es posible explicar el fervor, devocion, ternura y lágrimas con que visitó y veneró Paula los santos lugares que consagró el Señor con su real presencia, inmóvil de los primeros, si el deseo de ver los restantes no la separase. Entrando en el portal de Belen donde nació Jesucristo, juraba (segun la oyó san Gerónimo) que veia con los ojos de la fe á Jesús niño en el pesebre, envuelto en pobres pañales, adorarle los Reyes, y festejarle los pastores con sus inocentes cantos; y dilatándose su corazon con la contemplacion de aquel misterio, decia llena de gozo: Dios te salve, Belen, ó casa de pan, donde nació el pan de vida eterna, que descendió de los cielos; repitiendo con el mismo júbilo, anegada en tierno llanto, otras muchas expresiones del Profeta alusivas al elogio de aquel dichoso lugar.

Concluidas las visitas de todos los monumentos venerables de Jerusalen, pasó á los desiertos del Jordan, Galilea, Samaria y Egipto á satisfacer sus deseos de tratar á los venerables anacoretas que habitaban en aquellas soledades; y besándoles los piés con la mayor humildad, se confesaba indigna de los honores que le tributaban, admirados de ver una tan notable matrona en traje tan despreciable hacer su peregrinacion á pié descalzo, y lo que es mas, tan abrasada en la llama del amor santo, que prendia en todos el fuego que despedia su encendido corazon.

Finalizada semejante expedicion, capaz de edificar los páramos, volvió á Jerusalen, donde se mantuvo tres años en una pobrísima habitacion, siendo el ejemplo de toda la Tierra Santa, hasta que construyó los monumentos piadosos que eternizaron su memoria: además del hospital general que edificó para los peregrinos en el mismo lugar, que no lo encontraron la santísima Vírgen con su esposo José, dado á sugetos de caridad conocida para que le administrasen, erigió un monasterio de vírgenes consagradas á Dios, con disposicion tan maravillosa, que separadas en sus respectivas habitaciones, se juntasen todas para el oficio santo, sin que fuese lícito á alguna per-

manecer fuera de su estancia, después de dada la señal *alleluya*, haciéndolas cantar en la mañana, horas de tercia, sexta, nona; tarde y media noche todo el Salterio por su órden, el cual no ignoraban las hermanas; sin dejar de aprender todos los dias parte de la santa Escritura. Á todas igualó en el hábito para evitar todo motivo de emulacion; reprendia sus defectos con tal prudencia, que hecha primero cargo de sus temperamentos y condiciones, las corregia con actos contrarios: siempre las tenia ocupadas en labores de manos, á fin de separar de ellas la ociosidad, madre de todos los vicios, cuidando sobre todo en conservarlas separadas del comercio de personas de distinto sexo, para no dar lugar á las maledicencias que podian suscitarse; sin permitir jamás á las señoras que se retiraban á su monasterio, que tuviesen compañeras ó criadas, para que no recordasen cosas pasadas en el siglo: basta decir, que llegó su prudencia y discrecion en el gobierno á tal grado, que no pudo menos de admirarse como asombro de su sexo.

El heroismo de las virtudes que practicó Paula no puede explicarse con lengua humana: en la humildad, cimiento sólido del edificio cristiano, fue profundísima: tanto que las muchas personas que de todas partes concurrian á verla movidas de la fama de su eminente santidad, cuando no la hubiesen conocido antes, creian fuese la última de las criadas: tan abatida estaba entre los coros de las vírgenes, que en el vestido, en la voz, en el hábito y postura parecia la mas ínfima de todas. Nunca tuvo otra cama que el duro suelo donde se reclinaba, si puede decirse este descanso; pues toda la noche estaba en oracion y dulces meditaciones, recreada con favores muy extraordinarios del cielo. Sus ojos eran dos fuentes copiosas de lágrimas, llorando las culpas leves, como si fuesen las mas graves: y reprendida seriamente sobre sus excesivas penitencias por el Padre san Gerónimo, le respondió, que era muy justo que recompensase con llanto las risas pasadas, y con mortificaciones las delicias que disfrutó su cuerpo en la vida anterior. Sus rigurosos ayunos fueron la causa de que cayese en peligrosas enfermedades, en las cuales jamás se dispensó de la abstinencia acostumbrada. En una de ellas aconsejada por los médicos, que bebiese un poco de vino para reparar el estómago enteramente debilitado, rehusándose á ello, rogó san Gerónimo á san Epifanio que la mandase obedecer. Hízolo el Santo: pero fueron tan eficaces las razones que alegó para excusarse, que faltó muy poco para persuadir al venerable Anciano á que no bebiese vino al cabo de su vejez. Su caridad no tuvo semejante: tan liberal

en las limosnas, que yéndola á la mano alguna vez san Gerónimo sobre que se contuviese, le satisfizo que desearia morir tan pobre, que no pudiese dejar un real á su hija Eustoquia, gustosísima cuando la enterrasen en mortaja ajena.

Á una virtud tan eminente no podia faltar el crisol de la contradiccion para mas purificarla. Fueron muchas las tribulaciones con que el Señor quiso probarla; mas su paciencia y tolerancia solo sirvieron de superior realce á su perfeccion, respondiendo con grandeza de ánimo, á los que procuraban persuadirla mudase de lugar para verse libre de la emulacion con que la perseguian algunos díscolos, que en todas partes hace el demonio guerra á los que solicitan servir á Dios.

Aunque su asombrosa santidad la hacia tan recomendable, le daba mucho mas brillo su ingenio y sabiduría: sabia de memoria todas las santas Escrituras, y no ignoraba la perfecta inteligencia de sus sentencias: aprendió las lenguas griega, latina y la hebrea con tanta propiedad, que en ella cantaba los Salmos sin la menor equivocacion.

Últimamente, la continuacion de achaques, nacidos del rigor de sus excesivos ayunos y penitencias, la postraron en la última enfermedad, en la que acreditó Eustoquia el amor mas tierno y leal que pudo tener una hija á su madre, separándose de ella solo algunos instantes que iba al sitio donde nació Jesucristo á suplicarle se dignase concederle el favor de que fuesen ambas juntas en unas andas á la sepultura: y conociendo Paula acercarse la hora de su muerte, ansiosa como otro Pablo de disolverse para unirse con Cristo, repetia con David: ¡Cuán amables son, Señor de las virtudes, tus tabernáculos! ¡Cuánto desea verles mi alma! Yo siempre he amado la hermosura de tu casa y el lugar de tu habitacion gloriosa. Después de estas y otras muchas expresiones alusivas al gozo que concibió su corazon en aquel tránsito, quedó en una suspension agradable: y preguntada por san Gerónimo si sentia alguna cosa que le diese pena, respondió en griego, que todo á Dios gracias era paz y tranquilidad: y santiguándose entregó su espíritu en manos del Criador á los 26 de enero del año 404, quedando su rostro tan hermoso y sereno que mas parecia dormida que difunta.

Luego que se divulgó su muerte en Jerusalen, Palestina, Egipto y otras provincias contiguas, concurrieron innumerables personas, hasta los monjes mas retirados en aquellos desiertos, á tributarle los obsequios debidos en su funeral, que mas parecia triunfo que exequias lúgubres; cantándole salmos, himnos y alabanzas en la lengua

hebrea, griega, siríaca y latina. Solo los pobres, huérfanos y viudas lloraban amargamente de haber perdido tan caritativa madre. Los mismos obispos llevaron sobre sus hombros el cadáver á la sepultura contigua al establo donde nació el Redentor. La prueba de sentimiento que en la ocasion dió su hija Eustoquia, es digna de referirse, la cual abrazándose con el venerable cuerpo de su madre, pedia ser con él sepultada, cuya pena procuró templar san Gerónimo, hablándola en estos términos: No llores, ni sientas mas, pues todos debemos envidiar la dicha que disfruta Paula en la patria celestial, por la que suspiró ansiosa todo el tiempo que peregrinó desterrada en esta vida. El mismo santo Doctor para eterna memoria grabó en su sepulcro un epitafio con elegantes versos latinos, que decia: Aquí está sepultada aquella, cuyo linaje de parte de padre descendia del rey Agamenon, llamada Paula, primera del senado romano, que pasó á Belen por seguir la pobreza de Jesucristo.

En este dia se celebra en el monasterio de San Esteban de Ribas del Sil del Órden de san Benito en el reino de Galicia, la memoria de SAN ASURIO, GONZALO, OSORIO, FROALENGO, SERVANDO, PELAYO, ATANAULFO Y ALFONSO, ilustres prelados de diferentes iglesias de España: que habiendo renunciado las dignidades episcopales, se retiraron al expresado monasterio, floreciente por entonces en el primitivo fervor de la observancia regular, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, libres de los cuidados del siglo. Hicieron en aquella ilustre casa una vida portentosa, y tuvieron la dicha por sus heróicas virtudes de morir en opinion de Santos, la que quiso el Señor acreditar por medio de los muchos milagros que se dignó obrar por la intercesion de sus siervos fidelísimos: á cuyos venerables cuerpos dieron los monjes sepultura con separacion en el claustro con sus respectivos epitafios; pero juntando todas las santas reliquias de estos insignes obispos D. Alonso Pernas en la reedificacion que hizo de aquel monasterio, las trasladó en el año 1373 al altar mayor, permaneciendo unidas, hasta que interesándose después en el de 1594 Fr. Víctor de Nájera en el adorno del templo de la misma casa, las extrajo del arca de madera antigua, y las colocó separadamente en los nuevos sepulcros que hizo labrar á los lados de la misma ara mayor, donde se conservan en grande veneracion, y tienen su respectiva lámpara cada uno.

La Oracion de la Misa es la que se sigue :

Deus, qui nos beati Polycarpi martyris tui, atque pontificis annua solemnitate laetificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontífice Policarpo; concédenos la gracia, de que honrando su nacimiento en el cielo, nos regocijemos mereciendo su proteccion en la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la primera del capítulo III *del apóstol san Juan.*

Charissimi: Omnis qui non est justus, non est ex Deo, et qui non diligit fratrem suum; quoniam haec est annuntiatio quam audistis ab initio, ut diligatis alterutrum. Non sicut Cain, qui ex maligno erat, et occidit fratrem suum. Et propter quid occidit eum? Quoniam opera ejus maligna erant: fratris autem ejus, justa. Nolite mirari, fratres, si odit vos mundus. Nos scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres. Qui non diligit, manet in morte; omnis, qui odit fratrem suum, homicida est. Et scitis quoniam omnis homicida non habet vitam aeternam in semetipso manentem. In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit; et nos debemus pro fratribus animas ponere.

Carísimos: Todo lo que no es justo, no es de Dios, como ni tampoco el que no ama á su hermano. Este es el sermon que me habeis oido desde el principio, á saber, que os ameis mutuamente; no como Cain, que siendo hijo de maldad dió muerte á su hermano. Y ¿por qué le mató? por ser sus obras malignas, y justas las de su hermano. Hermanos, no os admireis si el mundo os aborrece; pues sabemos que amando á los prójimos, somos trasladados de la muerte á la vida. El que no ama permanece en la muerte: y todo aquel que aborrece á su hermano es homicida: y sabeis que ningun homicida tiene en sí la vida eterna. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió su vida por nosotros, y nosotros debemos exponerla por los prójimos.

REFLEXIONES.

El que no es justo, no es hijo de Dios. Justo es aquel que vive por la fe, y en quien la fe vive por las obras. No basta creer para ser justo: es menester vivir conforme á lo que se cree. Estos son los que con toda confianza, y á boca llena, pueden llamar padre á Dios.

¿Qué dignidad mas noble, ni mas respetable, ni de mayor consuelo, que la de ser hijo de Dios? Pero ¿se mira como tal? ¿Hacen grande aprecio de ella los que la desacreditan con sus obras? El que considerare estas con reflexion, ¿podrá de ellas inferir que Dios es nuestro padre? ¿Se podrá asegurar en virtud de ellas que somos hijos de Dios?

Para acreditarnos de tales, es menester amar á nuestros hermanos. Y ¿reina entre nosotros la amistad pura y sincera? Cada cual ama sus intereses, ama sus gustos, ámase á sí mismo. Pero ¿á dónde está aquel corazon tierno y compasivo de las miserias ajenas, aquel corazon benéfico para con los ingratos, aquel corazon generoso que solo olvida las injurias? Sin embargo, este es el corazon propio de los verdaderos hijos de Dios. Y ¿es este nuestro propio corazon?

Las dos basas sobre que se funda todo el edificio de la vida cristiana, son el amor de Dios y del prójimo. Quien no ama á su hermano, debe considerarse en estado de muerte. Por el odio que Cain tuvo al suyo, fue, digámoslo así, el patriarca de los precitos. La envidia degenera luego en odio; este es el carácter de los corazones viles, de las almas bajas; no mirar jamás con buenos ojos la virtud y la prosperidad de los otros. Un genio maligno, y un corazon envenenado, todo lo emponzoñan.

Sabemos que amando á nuestros hermanos, pasamos desde la muerte á la vida. Parece que san Juan reduce al amor del prójimo toda la obligacion del cristiano: á lo menos quiere que la caridad sea como el carácter y el distintivo de los fieles. Pues ¿qué deben esperar aquellos en quienes una emulacion maligna ha extinguido esta caridad, aquellos que tienen con sus hermanos un corazon frio, un corazon seco, aquellos que no tienen valor para perdonar una injuria? En vano se aturden ó se atolondran á sí mismos, pareciéndoles que están indiferentes. Sea así; pero la indiferencia no es amor; y el que no ama á su hermano, téngase por muerto; el que le aborrece, repútese por homicida. La señal por donde conocemos la caridad con que Dios nos amó, es que dió su vida por nosotros: si tenemos caridad, debemos tambien exponer la nuestra por nuestros hermanos. Así discurre san Juan sobre la caridad, y por esta regla debemos examinar hasta dónde alcanza la nuestra.

El Evangelio es del capítulo x *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discípulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, praedicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et

En tiempo que Jesucristo animaba á sus discípulos á no temer la muerte corporal, les dijo: Nada hay encubierto que no haya de revelarse, y nada oculto que no haya de saberse: lo que os digo en secreto, decidlo en público; y lo que escuchais al oido, predicadlo en las alturas. No temais á los que dan muerte al cuerpo, y no pue-

animam, et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeres asse veneunt: et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in coelis est.

den darla al alma: temed mas bien al que puede sumergir el alma y cuerpo en el infierno: ¿acaso no se venden en un dinero dos pájaros; y sin embargo uno solo de ellos no caerá en tierra sin la voluntad de vuestro Padre celestial? Sabed, que todos los cabellos de vuestra cabeza están contados; y así, no querais temer, pues sois mejores que muchos pájaros. A todo aquel que me confiese á presencia de los hombres, tambien le confesaré yo ante mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

Del infierno.

Punto primero.—Considera que hay infierno, esto es, un lugar en que todo el poder de Dios junta todos los tormentos para castigar, para hacer padecer á los que mueren en su desgracia, y para hacerlos padecer eternamente.

La ira de todo un Dios irritado enciende un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprensible, que no solo abrasa los cuerpos, sino que por decirlo así, derrite los espíritus. Un condenado está hundido, sepultado, anegado en aquel fuego, inmoble en aquel fuego, penetrado de aquel fuego; no respira, ni puede respirar mas que el fuego que le abrasa. En cada instante experimenta nuevo dolor, nuevo tormento; y por un prodigio espantoso de rigor, que es efecto de todo el poder divino, un condenado sufre todos los tormentos juntos en cada uno de los instantes.

Pero por espantosas, por incomprensibles que sean todas estas penas, se puede decir, que son muy poca cosa en comparacion de aquellos crueles remordimientos, de aquella eterna desesperacion que causa á un condenado la memoria del tiempo pasado, y de lo mal que se aprovechó de este tiempo, y de tantas gracias, de tantos auxilios como recibió en él.

La falsa brillantez de los honores de que se dejó deslumbrar; la vanidad, lo vacío de los bienes temporales que le ocuparon el alma; la engañosa apariencia de los deleites que tanto le encantaron; la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios; lo frívolo de los que se llaman respetos humanos, de los cuales se dejó arrastrar, y la nada de todas las grandezas humanas, son otras tantas furias que despedazan, que martirizan el corazon de un infeliz condenado.

¡Qué! ¡por gozar un momento de aquellos amarguísimos deleites, por satisfacer mi orgullo, por contentar mi vanidad, por dar gusto á mi pasion, me he precipitado en estos hornos eternos! Fantasmones de grandeza, fortuna quimérica, vanísimas ideas de felicidad, mil veces os detesté, y nunca dejé de seguiros; apacentéme de vuestras locas esperanzas; y veisme aquí que estoy para siempre condenado. Pude salvarme: y ¿cuánto me solicitó Dios para eso? Nunca me faltó la gracia; pero no quise corresponder á ella. Pensé muchas veces en el infierno: creia todo lo que ahora veo, todo lo que ahora experimento: me estremecia de indignacion y de horror cuando consideraba los muchos que se condenaban; y con todo eso yo soy uno de estos condenados.

Á estos mortales remordimientos, á estas penas inimaginables añade la consideracion de un Dios soberanamente irritado; de un Salvador convertido en enemigo irreconciliable; de un Dios perdido sin remedio, y perdido por un pecado. Era menester poder comprender qué cosa es Dios, para poder concebir qué cosa es perderle, y perderle sin esperanza de volverle á hallar jamas. Esta sola pérdida es mayor suplicio que todos los suplicios. Considera, si es posible, qué tormento es haber perdido á Dios, y haberle perdido para siempre.

¡Ah, Señor! piérdalo yo todo desde este mismo instante; bienes, dignidades, salud, honra y la misma vida, antes que os pierda á Vos. Mil veces he merecido el infierno; pero válgame vuestra misericordia infinita: en ella coloco toda mi esperanza. No permitais que me condene, dulcísimo Jesús mio.

Punto segundo. — Considera que las penas del infierno no solamente son universales, excesivas, incomprensibles, sino que son tambien penas eternas; esto es, que por mas espantosas, por muy intolerables que sean las penas que allí se padecen, no hay esperanza, ni de recibir jamás el menor alivio, ni de que se acaben jamás.

¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia para una alma condenada, cuando en aquel abismo de la eternidad, después de haberse estado abrasando millones de millones de años, vuelva los ojos á esta pequeñísima porcion, á esta imperceptible parte de tiempo que vivió, y apenas la divise al cabo de aquel prodigioso número de siglos como habrán pasado después de su muerte! Conocerá claramente que por no haberse querido hacer un poco de violencia, durante un cási imperceptible espacio de tiempo, arde, se abrasa, sufre de una vez todos los tormentos; y después de tantos millones de siglos como los

está padeciendo, no por eso puede decir que le resta un instante menos que padecer.

Arder en los infiernos tantos años, tantos siglos como instantes se han vivido, es una duracion que causa espanto. ¿Qué será arder tantos millones de siglos como gotas hay en los rios y en el mar? Pues un condenado habrá padecido en aquellas prisiones de fuego toda esta incomprensible extension de tiempo; y no se habrá pasado ni medio cuarto de hora, ni un instante de la eternidad. Los hijos de tus hijos estarán enterrados: habrá arruinado el tiempo las casas que fabricaste: habrá destruido la ciudad en que naciste: habrá trastornado los Estados donde te criaste: el fin de los siglos habrá sepultado en sus mismas cenizas á todo el universo: habránse pasado tambien después del fin del mundo tantos millones de siglos como duró momentos el mismo mundo: y ni un solo instante habrá pasado de aquella espantosa eternidad. Si te condenaste, te restará tanto que sufrir como el primer momento que caiste en aquellas abrasadoras llamas.

¡Oh eternidad espantosa! ¡oh incomprensible eternidad! ¿Quién puede creerte, y vivir en pecado ni un instante? ¿Quién puede creerte, y dilatar ni un momento su conversion?

Supongamos que un pecador está condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga traslade al mar toda la arena que hay en la orilla, viniendo una sola vez de mil en mil años, y conduciendo cada vez un solo grano. ¡Santo Dios! desde que Cain está en el infierno, no hubiera llevado mas que seis ó siete granos este animalillo. Y ¿qué seria si aquel infeliz hubiese de padecer hasta que esta hormiga transportase no solo toda la arena del mar, sino toda la tierra del mundo; hasta que hubiese desgastado todas las peñas, todas las rocas, todas las montañas de la tierra, no pasando por ellas mas que una vez cada mil años? El juicio se pierde y la imaginacion se confunde en este abismo de tiempo. Pues al cabo tiempo habia de llegar en que si te hubieras condenado, podrias decir con verdad: después de mi muerte, desde que estoy rabiando en medio de este fuego, aquella hormiga hubiera transportado ya toda la arena y toda la tierra del universo; hubiera ya desgastado todas las montañas, todas las rocas; hubiera ya cavado y penetrado hasta el centro del mismo mundo. Toda esta prodigiosa duracion de tiempo se ha pasado en estos terribles tormentos; y todavía me queda que sufrir una eternidad toda entera. Hay infierno; hay una desdichada eternidad en este infierno; hay cristianos que lo creen; y ¡hay cristianos que pequen! Ves aquí una cosa tan incomprensible como la misma eternidad.

¡Y qué, Señor! ¿no me habréis dado tiempo para pensar en las penas eternas del infierno, sino para aumentar por pura malicia mia el rabioso dolor que tendré de haberme condenado, después de haber pensado en estas eternas penas? ¡Qué furor, qué desesperacion no será algun dia para mí, si después de haber hecho esta meditacion no mudo de vida; si no me aplico á trabajar con el auxilio de vuestra divina gracia en el negocio de mi salvacion! Desprended, Padre eterno, desprended hácia este miserable pecador un rayo piadoso de vuestros benignos ojos: mirad que todavía estoy teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo; y en virtud de esta sangre os pido misericordia; os pido me hagais la gracia de que os ame por todo el tiempo de mi vida y durante toda la eternidad.

JACULATORIAS.—¡Ah, Señor! ¿Quién podrá habitar en medio del fuego devorador? ¿Quién podrá vivir entre las llamas eternas? (*Isai.* XXXIII).

Señor, aquí abrasa, aquí corta, aquí no me perdones, para que allá me perdones. (*August.*).

PROPÓSITOS.

1 Baja, dice san Bernardo, baja muchas veces con la consideracion al infierno en vida, para no bajar á él después de muerto. Cuando se teme un gran mal, se piensa en él frecuentemente. Este pensamiento sirve para aplicar los medios, y tomar las medidas para precaverse. No pierdas de vista el infierno, dice el Sabio, si no quieres ir por su camino. Es ejercicio muy provechoso valerse de todos los trabajos de esta vida, de todo lo que en ella nos aflige ó nos molesta, para traer á la memoria las penas del infierno; y aun se puede decir, que la memoria de estas penas endulza y suaviza aquellos trabajos. Apriétante dolores vivos, agudos, penetrantes, acuérdate de los que padecen los condenados en el infierno. Vivimos en casas, habitamos en lugares, tenemos empleos que tuvieron muchos de los que ahora están ardiendo en aquellas llamas eternas. No nos hallarémos en concursos, en convites, en diversiones donde haya mucha gente, en que no podamos decir muy probablemente que algunos de los que allí se hallan, algun dia serán del número de los condenados; que muchos de los que allí se divierten, arderán algun dia en el infierno. No hay disgusto, no hay placer en esta vida que no sea muy oportuno para traernos á la memoria los tormentos de la otra: tampoco hay remedio mas eficaz para templar, para quitar del todo la gana de

estos placeres que aquella memoria. Rebélase la concupiscencia; siéntense los estímulos de la carne; amotínanse las pasiones: imagina que oyes la voz de aquel rico infeliz, que grita desde el abismo: *Crucior in hac flamma:* Soy cruelmente atormentado en medio de este fuego. Lleva contigo en la imaginacion esta imágen, y en el oido esta voz á todos tus placeres, á todas tus diversiones; y á buen seguro que presto las perderás el gusto, y ellas perderán para tí todo su atractivo. Hallándose un dia extraordinariamente tentado un santo ermitaño, aplicó la punta del dedo á la llama del candil; y como el vivísimo dolor que sintió le obligase á retirarla prontamente: ¡Qué, dijo al tentador, tú me incitas, tú me solicitas á que me entregue á un deleite ilícito, por el cual he de ser condenado al fuego eterno, cuando no tengo valor ni aun para tocar con la punta del dedo á este fuego usual! ¡Oh, y si muchos se sirviesen de semejantes industrias en muchas ocasiones, y cómo serian menos frecuentes las caidas!

2 No hay otra pérdida que sea irreparable sino la pérdida del alma. Ruina de negocios, reveses de fortuna, pérdida de pleitos, naufragios, desgracias; por sensibles, por grandes que parezcan, hablando propiamente, todo tiene remedio. Pero si una vez me condeno, ¿quién me podrá consolar? ¿Qué alivio me resta? ¿qué esperanza, qué recurso me queda? Todo se perdió si pierdo á Dios. ¡Oh qué pensamiento tan oportuno para nutrir la devocion, al mismo tiempo que se fomenta el horror que debes tener al pecado! En tus pérdidas, en tus desgracias, en aquellos importunos temores, en aquellos molestos sobresaltos que son inseparables de la vida, díte, díte sin cesar á tí mismo: no hay otro mal que el pecado; no hay pérdida digna de temerse sino la pérdida de Dios. De la pérdida de los bienes, de la salud, de los empleos, me podrán consolar los amigos, el tiempo, y aun la misma muerte puede servirme de consuelo; pero perder á Dios, y perderle para siempre; ¡oh, qué irreparable pérdida! Así en las prosperidades como en las adversidades de la vida hazte familiares estas palabras: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur?* ¿De qué le sirve al hombre ser dueño de todo el mundo, ser el mas poderoso monarca de la tierra, si al cabo se condena y se pierde? ¿De qué le sirve ahora á aquel señor, á aquel grande, á aquel rico que se condenó, haber vivido con tanta magnificencia, con tanta abundancia, con tantos gustos y regalos? ¿De qué le sirve á aquella mujer profana, á aquella dama llena de presuncion y de vanidad, haber brillado, haber sobresalido tanto en las funciones del mundo, si al presente arde y arderá por toda una eter-

nidad en las llamas del infierno? ¿De qué sirven aquellos pomposos dictados, aquellos soberbios palacios, aquel aparato, aquel tren de modas, de vestidos y de galas, de qué sirve todo esto á quien se condenó? ¿Será gran consuelo para aquel padre, para aquella madre que están en el infierno, haber dejado hijos que viven con grandes conveniencias en el mundo, mientras ellos se abrasan en aquellas llamas? Hazte familiares estas reflexiones; porque hay pocos ejercicios que sean mas saludables. Ten siempre en tu sala ó en tu cuarto algun objeto que te acuerde sin cesar la memoria de la muerte ó del infierno.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

San Juan, obispo, en Constantinopla, llamado **Crisóstomo**, que quiere decir *boca de oro*, por su gran elocuencia comparada á un rio de oro: propagó mucho la religion cristiana con su palabra y ejemplo, y después de muchos trabajos murió desterrado. Su sagrado cuerpo en tiempo de Teodosio el Menor fue trasladado á Constantinopla en este dia, y luego á Roma donde fue depositado en la iglesia del príncipe de los Apóstoles. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Julian, mártir, en Sore, el cual fue preso por la fe en la persecucion de Antonino, y como estándole atormentando se hubiese asolado el templo de los ídolos, le degollaron, y alcanzó la corona del martirio.

San Avito, mártir, en África.

Los santos mártires Dacio, Reatrio y sus compañeros, en el mismo país, que padecieron en la persecucion de los vándalos.

Los santos Dativo, Juliano, Vicencio y otros veinte y siete Mártires, en el mismo país.

San Vitaliano, papa, en Roma.

La dichosa muerte de san Julian, en Mans en Francia, primer obispo de esta ciudad, á donde el apóstol san Pedro le envió á predicar el Evangelio.

San Mauro, abad, en el monasterio de Beauvais.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, OBISPO Y CONFESOR.

San Juan, llamado Crisóstomo, que quiere decir *boca de oro,* por su singular elocuencia, salió al teatro del mundo en el siglo mas florido de la Iglesia, y fue uno de los principales ornamentos de aquel siglo. Nació por los años de 347 de padres distinguidos por sus empleos y por su nobleza; pero mucho mas señalados por su piedad. Perdió á su padre, que se llamaba Segundo, estando todavía en la cuna. La madre, por nombre Antusa, quedó viuda á los veinte años de su edad; y siguiendo los piadosos impulsos de su inclinacion, se

negó á casarse segunda vez, despidiendo una buena boda que se la ofreció; y se dedicó enteramente á la crianza y á la educacion de su hijo. Buscóle los mejores maestros de aquel tiempo para que le enseñasen las ciencias humanas; y ella tomó á su cargo el instruirle desde la niñez en la ciencia mas importante de la salvacion. Estudió retórica, siendo discípulo del célebre Libanio, y en la filosofía lo fue de Andragato. Hizo en una y otra facultad tantos progresos, que apenas acababa de ser discípulo, cuando fue reputado por uno de los mas hábiles maestros. Pasó á la universidad de Atenas para perfeccionarse en estas ciencias, y allí confundió á los filósofos gentiles, demostrándoles la santidad y la verdad de nuestra Religion. Logró convertir á uno de ellos que se llamaba Antemo, quien pidió el Bautismo, y fue después cristiano ejemplar y fervoroso.

Aunque nuestro Santo tenia tan grandes talentos y tan nobles disposiciones para seguir la abogacía, con todo eso era mayor su inclinacion al retiro. En vano le lisonjeaba la fortuna, tentándole con las mayores esperanzas; porque el deseo de trabajar únicamente en el negocio importante de su eterna salvacion, tuvo para Juan mas atractivo que todo lo demás. Teniendo noticia de su resolucion san Melecio, obispo de Antioquía, hizo juicio que debia aprovecharse la Iglesia del que no queria que se aprovechase de él el mundo; y llamándole á dicha ciudad, le persuadió se quedase en un santo monasterio que habia en uno de sus arrabales, donde hizo maravillosos progresos en todo género de virtudes.

Habia tres años que Crisóstomo se estaba perfeccionando en los ejercicios de la vida religiosa, cuando san Melecio fue desterrado la tercera vez por los Arrianos; y parecióle que la ausencia del Prelado era bella ocasion para satisfacer el deseo que tenia de retirarse á hacer vida solitaria: comunicó este pensamiento con su grande amigo san Basilio, que habia sido condiscípulo suyo, y no suspiraba menos que él por la soledad. Tuvo noticia Antusa de esta resolucion de su hijo; y no perdonó lágrimas, ruegos ni razones para disuadirle de ella. Pero todo fue en vano; y en un caso imprevisto que sucedió, fue ocasion de que el santo Mozo se retirase antes de lo que pensaba.

Habiéndose juntado en Antioquía los obispos de Siria para dar pastores á dos iglesias que estaban sin ellos, hicieron juicio que no podian darlas otros mejores que á Crisóstomo y á Basilio. Llegó á entenderlo nuestro Santo, y supo esconderse tan bien, que no fue posible dar con él: y así solo Basilio pudo ser nombrado. Con este motivo se quitó Crisóstomo de dudas y de condescendencias para no

diferir su resolucion de retirarse á la soledad; y sin mas dilacion abrazó la vida monástica, entregándose á la disciplina de cierto anciano solitario, donde practicó con extraordinario fervor todos los ejercicios y toda la mortificacion que llevaba de suyo aquella vida.

Al cabo de cuatro años que vivió en aquel monasterio, pidió licencia para retirarse á mas profunda soledad. Encerróse en una cueva, donde estuvo dos años entregado á la mas rigurosa penitencia. Durante los seis años de retiro compuso aquellos excelentes libros que escribió del Sacerdocio, el admirable tratado de la Compuncion y la bella Apología de la vida monástica contra ciertos Novatores que se declararon enemigos de tan santa profesion.

Las excesivas penitencias con que afligia su cuerpo quebrantaron tanto su salud, que le obligaron los superiores á que volviese á Antioquía. Dejóse ver en ella como otro hombre, y fue recibido como un santo. Habia vuelto ya de su destierro el santo obispo Melecio, y por mas que se resistió Crisóstomo, le precisó á recibir los órdenes sagrados, pasando cinco años en las funciones del diaconado. Muerto Melecio, le sucedió san Flaviano: y volviendo este á llamar á nuestro Santo del monasterio donde segunda vez se habia retirado, sin dar oidos á las razones que le sugeria su humildad y su modestia, le ordenó de presbítero, siendo de edad de treinta y ocho años; pero dotado ya entonces de una eminente sabiduría y de una virtud consumada.

Al tiempo que recibió el órden sacerdotal, sucedió una maravilla. Dejóse ver, como lo afirma el emperador Leon, una paloma, que volando blandamente mientras el Obispo le imponia las manos, fué á reposar sobre la cabeza del nuevo sacerdote. No le sirvió la nueva dignidad de título precisamente honorario. Conociendo Flaviano su eminente virtud y sus extraordinarios talentos, le mandó que desde luego distribuyese al pueblo el pan de la palabra divina: y fue asombroso el fruto que produjo en este santo ministerio. Su elocuencia viva, nerviosa, sustancial, llena de uncion y de gracia, reformó desde luego las costumbres de todos los estados. El clero y el pueblo, los grandes y los pequeños, todos experimentaron la impresion que hace un Santo que predica, y que predica elocuentemente.

En aquella pública consternacion que padeció la ciudad de Antioquía, después que ultrajó la estatua de Flaccilla, mujer del emperador Teodosio el Grande, se conoció bien cuán poderoso era el Santo en obras y en palabras. No hubo persona afligida que no experimentase los efectos de su ardiente caridad.

Después que la ciudad se reconcilió con el Emperador, prosiguió el Santo el ministerio de la predicacion con el mismo celo, y con la misma dicha que antes. Este fue el tiempo en que compuso, y en que predicó tantas y tan excelentes homilías, tantos y tan nobles panegíricos de los santos Mártires; en que escribió tantos y tan bellos tratados espirituales, y en que explicó diversos libros de la sagrada Escritura. No hay santo Padre de la Iglesia, en cuyas obras se lean los puntos de moral ó de la doctrina cristiana explicados con tanta claridad y menudencia; ni cuyos escritos sean mas instructivos, mas nerviosos, mas elocuentes, ni mas delicados.

Granjeóse Crisóstomo tanta reputacion y tanto crédito en los doce primeros años de su ilustre sacerdocio, que habiendo vacado la silla patriarcal de Constantinopla en el de 397 por la muerte del patriarca Nectario, no se halló otro mas digno de sucederle en aquella elevada dignidad. Sabia muy bien el emperador Arcadio, que no seria fácil reducirle á que la aceptase si no se echaba mano de la fuerza; y así dió órden al conde Asterio, gobernador de Antioquía, para que se apoderase de él secretamente, y le enviase con buena guardia á Constantinopla, como se ejecutó.

No hay voces para explicar la alegría con que fue recibido en la corte imperial. Salióle al encuentro toda la ciudad: y habiéndose juntado todos los obispos que á la sazon se hallaban en la corte, que no eran pocos, para hacer mas solemne su congregacion; protestó contra ella Teófilo, patriarca de Alejandría, dejándose llevar del maligno espíritu de la emulacion y de la envidia, siendo el único que se opuso al consentimiento general de todos los demás prelados, y á los ardientes deseos de toda aquella Iglesia. Pero habiéndole mostrado Eutropio y los demás ministros de la corte los muchos memoriales que se habian presentado contra él á los obispos, y amenazándole que le harian causa, consintió en el nombramiento de Crisóstomo, que fue consagrado por obispo y patriarca de Constantinopla el dia 26 de febrero del año 398.

Apenas se vió este gran Santo en aquella sublime dignidad, cuando atendiendo únicamente al cumplimiento de su obligacion, y negando los oidos á todo lo que no eran las voces de su deber, declaró la guerra á todos los vicios. Pero lo hizo con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta destreza, que los mas desordenados cedieron á su celo. Era enemigo de toda cobarde complacencia, incapaz asimismo de toda indigna lisonja; y caminando igualmente distante de los dos extremos de cobardía y de temeridad, nunca dió cuartel

al pecado, y siempre miró con ojos compasivos y piadosos al pecador. Su virtud notoria y sobresaliente, superior á los tiros de la mas osada calumnia, su vida ejemplar y penitente, su caridad universal é inagotable, su elocuencia, su dulzura y su humildad dieron á su celo tan prodigiosa eficacia, que á pocos dias de obispo se reformó toda la ciudad de Constantinopla.

Prohibió á los eclesiásticos que tuviesen en sus casas ciertas mujeres, que solian mantener con título de beatas ó de sororas: y atendió generalmente á la reformacion de toda la clerecía. Combatió fuertemente contra la avaricia; reformó la profanidad de las mujeres; corrigió la delicadeza y la suntuosidad de las mesas; resucitó la modestia y la sobriedad cristiana; exterminó los juramentos; desterró los espectáculos profanos; reformó los abusos de todos los estados; renovó la disciplina monástica, que se habia relajado en muchas casas religiosas; y en fin, hizo revivir la devocion y el fervor en todos los fieles, de manera que en pocos dias mudó de semblante la gran corte de Constantinopla por el maravilloso celo de su santo Pastor.

No se estrechó su caridad dentro de las murallas de la corte; porque hubo pocas provincias en todo el Oriente, á donde no se extendiesen los ardores de su incendio.

En la Fenicia destruyó un templo de los gentiles; abolió las reliquias del paganismo, y fundó iglesias y monasterios. Lo mismo hizo en los escitas y en los celtas: exterminó de todo el imperio á los Eunomianos y á los Montanistas; declaró cruel guerra á los Arrianos, consiguiendo del Emperador que no quedase ni uno solo dentro de la ciudad: y si su pontificado hubiera sido ó mas largo, ó mas tranquilo, se pudiera esperar que librase enteramente de ellos á todo el mundo cristiano.

Cortó todos los gastos inútiles, y con este ahorro aumentó mucho las rentas de los hospitales. Con la frugalidad de su mesa, y con la modestia de todo el tren de su casa, tuvo medio para socorrer á muchos miserables, y para sustentar un gran número de pobres. Dilatóse su solicitud y su vigilancia pastoral á todas las iglesias de la Tracia, á las de Asia y del Ponto. Causa admiracion que un hombre solo, extenuado por las penitencias, y de una salud muy delicada, pudiese á un mismo tiempo dar á luz tantas y tan excelentes obras; gobernar con tanta aplicacion, y con tan admirable prudencia una de las mas vastas diócesis de todo el universo; predicar cási todos los dias; atender á las necesidades espirituales y corporales de tantos pobres, de tantos huérfanos y de tantas viudas; y sobre todo

esto, aplicar tambien no pequeña parte de su cuidado á veinte y ocho provincias eclesiásticas, sujetas al patriarcado de Constantinopla. En medio de tantas y tan graves ocupaciones, ningun dia dejó de celebrar el santo sacrificio de la misa; lo que hacia con tanta devocion y con tanta ternura, que siempre derramaba el Señor en su alma mil consuelos celestiales. Solo una vez dejó de comunicárselos, y aun entonces el mismo Dios le dió á entender, que no habia sido culpa suya, sino por una falta que habia cometido el diácono que le asistia.

No podian faltar envidiosos á un mérito tan extraordinario y á una virtud tan ilustre. El ardor de su celo y su constante entereza le granjearon muchos enemigos así en la corte, como entre el clero. Principalmente el patriarca de Alejandría Teófilo, hombre ambicioso, de vida poco ejemplar, lleno de avaricia y de genio muy violento, no podia llevar en paciencia las bendiciones que Dios echaba al celo de san Crisóstomo. Los monjes de Nitria, á quienes llamaban por otro nombre los frailes grandes, se quejaron de él en el tribunal de nuestro Santo, porque los habia maltratado injustamente: y Teófilo, para eludir la acusacion, resolvió perder á los acusadores y al juez.

Algunos clérigos de Constantinopla, que no podian sufrir la regularidad de vida á que el Santo les precisaba; varios obispos, no de los mas ejemplares; diferentes abades, de aquellos que frecuentaban mas la corte que el monasterio, entraron fácilmente en la conspiracion, y mas cuando supieron que la emperatriz Eudoxia estaba irritada contra el santo Patriarca, porque habia predicado contra los desórdenes y contra la profanidad de las mujeres. Parecióle á Teófilo que no podia ser la ocasion mas favorable para sus intentos, y habiendo ganado con dinero á los ministros del Emperador, consiguió licencia para formar una junta de treinta y seis obispos de su parcialidad. Escogióse para este conciliábulo la pequeña poblacion de Chesne, cerca de Calcedonia, de donde era obispo Cirino, enemigo jurado de nuestro Santo. En él fue luego condenado Crisóstomo sobre diferentes capítulos de acusacion que se forjaron, y contra toda razon y derecho fue depuesto de su silla patriarcal por una injusticia atroz, que llenó de escándalo y de dolor á todos los buenos. Ejecutóse la sentencia con gran secreto en la mitad de la noche, para evitar el alboroto del pueblo; pero apenas se habia embarcado el Santo, cuando sobrevino un terremoto tan furioso, que atemorizada la Emperatriz á vista de un accidente en que andaba tan visible la venganza del cielo, y estimulada de los remordimientos de su con-

ciencia, solicitó incesantemente, que luego, luego volviese Crisóstomo á Constantinopla, y ella misma le escribió una carta en estos precisos términos : «No crea Vuestra Santidad, que yo he sido no-«ticiosa de lo que ha pasado. Estoy inocente de vuestra sangre. Esta «conspiracion la han formado unos hombres perversos y corrompi-«dos. Testigo es Dios de las lágrimas que he derramado, y que le «he ofrecido en sacrificio. Tengo muy presente que mis hijos están «bautizados por vuestras manos.» No duró este destierro mas que un dia; porque Crisóstomo volvió á entrar en la ciudad en medio de las aclamaciones públicas, dándose prisa cada uno por ver y por congratularse con su santo Pastor.

Pero esta calma tardó poco en alterarse. Dos meses después de este suceso predicó el Patriarca con tanta elocuencia y con tanto celo contra los juegos públicos, que se hacian delante de una estatua de la Emperatriz, y eran todavía reliquias del gentilismo (las que veinte años después abolió el emperador Teodosio el Jóven), que irritada de nuevo aquella Princesa volvió á llamar á los enemigos del Santo, con firme resolucion de perderle enteramente.

Fue fácil conseguir el intento, pues ni á Teófilo, ni á sus parciales se les habian agotado las calumnias. Sostenidos del poderoso favor de la Emperatriz, se valieron de tales artificios, y de tal manera sitiaron al pobre Emperador, que al cabo de un año lograron que saliese el decreto de destierro. Dióse órden al coronel Lucio, que en el concepto comun era tenido por gentil, para que con cuatrocientos hombres pasase á la iglesia, á fin de contener el pueblo. Era el dia de Sábado Santo, y los soldados cometieron en el templo desórdenes execrables. Alborotóse la ciudad; concurrieron los vecinos á cercar el palacio patriarcal, para embarazar que se hiciese alguna violencia á su santo Pastor. Pero este, que se hallaba dispuesto á dar la vida por sus ovejas, temiendo que no la perdiesen ellas, por defenderle á él, se salió secretamente del palacio; presentóse á los ministros imperiales, y fue conducido á Cucuso, ciudad poco considerable de la Armenia, á donde llegó enfermo y muy maltratado por las fatigas del camino. No es fácil decir en pocas palabras lo mucho que padeció en este viaje. En Cucuso no estuvo ocioso; porque así la ciudad como todo el país circunvecino experimentó luego los efectos de su celo.

Tampoco el cielo lo estuvo á vista de las violencias que se ejecutaban con el Santo. Cayó sobre la corte de Constantinopla un prodigioso granizo, que causó estragos horrorosos; murió precipitada-

mente la emperatriz Eudoxia, y apenas hubo perseguidor de Crisóstomo que no experimentase alguna desgracia. Los cuerdos miraban estos avisos como efectos de la indignacion del cielo; pero nada bastó para que abriese los ojos el patriarca Teófilo. Valióse de mil artificios para engañar al papa Inocencio: mas no le aprovecharon; porque habiendo recibido el Pontífice las cartas de san Crisóstomo, y hallándose bien informado de la injusticia que con él se habia hecho, determinó convocar un concilio general, para que se viese en él su causa, y empeñó al emperador Honorio, á fin de que se interesase fuertemente con su hermano el emperador Arcadio, para que se reparase la injusticia que se habia hecho al Patriarca y á la iglesia de Constantinopla.

Asustados los enemigos de Crisóstomo con la resolucion del Pontífice, y estando ciertos de que en el concilio general serian condenados, tomaron la bárbara determinacion de acabar de una vez con el santo Prelado. Las asombrosas conversiones que hacia en su destierro, las continuas quejas de los buenos, la fama de sus milagros irritaban tanto la cólera de sus émulos, que se dejaron arrastrar de las resoluciones mas violentas. Encarnizados implacablemente en perseguirle, no podian tolerar el sosiego y la estimacion que por su eminente virtud se habia granjeado en Cucuso, y no pararon hasta conseguir del Emperador que fuese trasplantado á otra parte.

Enviáronle de pronto á Arabisa, haciéndole padecer mortales fatigas en el camino. Como vieron que no habian podido lograr que estas le acabasen en la Armenia, dispusieron que fuese desterrado al espantoso desierto de Pitias, ó de Pitiones. El intento era hacerle morir á fuerza de padecer. Consiguiéronlo finalmente; porque lo largo y lo penoso del camino, los malos tratamientos que le hacian de propósito los que le llevaban, y en fin, tantos trabajos y fatigas le debilitaron las fuerzas de manera, que se vieron precisados á hacer alto, y á meterle en una iglesia, donde se veneraba el sepulcro de san Basilisco, mártir, para que allí descansase. Aquella noche se le apareció el Santo, y le anunció que el dia siguiente pondria fin á sus penosos trabajos, y se verian juntos en la gloria. En virtud de esta vision, luego que amaneció rogó el Santo á sus guardas que le dejasen allí hasta mediodia; lo que no le fue concedido. Partieron de la iglesia; pero apenas habian caminado legua y media, cuando el Patriarca se sintió tan desfallecido, que fue preciso desandar lo andado y volverle al mismo templo. Luego que se vió en él, hizo que le mudasen de traje: pidió un vestido blanco, y hallándose todavía

en ayunas, recibió la sagrada Eucaristía, hizo un poco de oracion, y concluyéndola con aquellas palabras, que le eran muy familiares, *Dios sea bendito por todos*, al decir *Amen* entregó su bendito espíritu en manos del Criador, el dia 14 de setiembre del año 407, cerca de los sesenta de su edad, y el noveno de su pontificado.

Publicóse luego milagrosamente la noticia de su muerte, y concurrió innumerable multitud de gente de todas partes. Hiciéronle un entierro que más parecia triunfo, y desde luego comenzaron todos á honrarle como á mártir, y á invocarle como á Santo. Treinta y un años después de su dichoso tránsito, el emperador Teodosio el Menor, hijo y sucesor de Arcadio, hizo trasladar el santo cuerpo á Constantinopla con tanta pompa y con tanta magnificencia, que pudieran quedar deslucidos los mayores triunfos de los emperadores romanos. Salióle á recibir toda la corte; el Bósforo estaba cubierto de embarcaciones, y la multitud de hachas parecia competir con las estrellas. Apenas descubrió el Emperador las sagradas reliquias, cuando se postró delante de ellas; y pidió perdon al Santo en nombre de sus padres de lo mal que le habian tratado. Depositáronse después con extraordinaria solemnidad en la iglesia de los Santos Apóstoles: y se hizo esta traslacion el año 438, á los 27 de enero, en cuyo dia celebra la Iglesia su fiesta.

SAN EMERIO, ABAD DE BAÑOLAS.

San Emerio, á quien los catalanes llaman en su idioma san Mer, uno de los abades mas célebres que han florecido en la religion Benedictina, nació en el reino de Francia en el siglo VIII de la Iglesia. Fueron sus padres Baudilio ó Baldilon, y Cándida, que si bien ilustres por su calificada nobleza, eran mucho mas distinguidos por sus virtudes cristianas: los cuales vivian con la pena de no tener sucesion en los muchos años que llevaban de matrimonio. Recurrieron al Señor con fervorosas oraciones y religiosos votos á fin de que se dignase concederles fruto de bendicion; valiéndose para conseguirlo de la poderosa mediacion de la santísima Vírgen: y oidas sus reverentes súplicas, se les apareció un Ángel, que después de alabar sus piadosas devociones, les anunció que tendrian un hijo verdaderamente grande ante Dios y ante los hombres. Concibió en efecto Cándida, y en el tiempo de su embarazo tuvo tres sueños en realidad misteriosos. Vió en el primero salir un sarmiento á sus piés, que creciendo con excesiva extension cubria toda la tierra: bajo el cual le pareció

que descansaba una hermosa paloma de extraordinaria blancura. Notó en el segundo, que despedia de sí una luz resplandeciente, que cogida por un Ángel la conducia hasta el cielo. Y en el tercero advirtió, que la decia la soberana Madre de Dios, que habia suplicado á su santísimo Hijo que le concediese el fruto de bendicion deseado.

Llegó el tiempo de dar á luz Cándida á Emerio, cuyo nacimiento causó un extraordinario regocijo en toda su familia: y no perdonando sus padres medio alguno de cuantos pudieran contribuir á darle una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre descendencia, no se tardó mucho tiempo en que descubriese el niño presagios nada equívocos de lo que seria en lo futuro. Hízose amable desde la cuna por la dulzura de su natural, por su docilidad y por su modestia; y sobre todo por su anticipada devocion, sin que se le pudiera dar mayor gusto que llevarlo á los templos, donde se dejaba ver con tanta compostura y con tanto respeto, que parecia su porte cosa sobrenatural.

Quiso su padre aplicarlo á la carrera militar luego que tuvo edad suficiente, por ser aquella profesion comun en las personas de su distinguido nacimiento; pero quedó sorprendido, cuando el ilustre Jóven le conjuró por Dios, que no solicitase impedir por este medio sus piadosos designios, dirigidos á dedicarse enteramente al servicio del Señor. Sintió Baudilio en el alma la determinacion de su hijo, creyendo que siguiendo este rumbo perdia el sucesor de su casa, único heredero de su cuantioso patrimonio; pero temiendo Emerio que estos respetos carnales pudieran obligar á su padre á removerle de la insinuada vocacion, ausentóse de su patria secretamente, y se retiró á un desierto con un compañero llamado Patricio, fiel imitador de sus nobles ideas. Parecióle que en la soledad se podia abandonar enteramente á los excesos que le dictó su fervor, y á una penitencia sin límites: y siguiendo estos impulsos, redujo todo su estudio á mortificar los sentidos, que hasta entonces habia conservado inocentes, y á crucificar su carne en términos, que renovó con su portentosa vida aquellas espantosas imágenes de penitencia que nos refiere la historia en los páramos del Oriente y del Occidente.

Causaban en aquel tiempo los Mahometanos innumerables daños á los Cristianos que habitaban en la España Tarraconense, y en la provincia de Narbona. Clamaron estos al rey Carlos de Francia, bien fuese el Magno ó Martel, en lo que se diferencian los escritores. Quiso este corregir semejantes excesos; pero no teniendo los felices sucesos que le prometian el poder de sus armas y el valor de sus sol-

dados, habiendo recurrido al cielo para que le favoreciese con su asistencia, le manifestó el Señor que si deseaba conseguir completísimas victorias de los infieles, hiciese que le acompañase en las expediciones su fidelísimo siervo Emerio, que se hallaba retirado en el desierto. Buscóle Carlos con la mayor diligencia, y le obligó á dejar su amada soledad, para que le siguiese, confiado en la promesa divina. No salieron frustradas las esperanzas de aquel Soberano; pues llevando en su compañía tan visible auxilio, consiguió inesperados triunfos de los enemigos de la fe por la poderosa intercesion de aquel, cuyo valimiento confirmó el cielo con estupendos prodigios, memorable entre ellos el siguiente: Hallóse el ejército en cierta ocasion en un desierto árido, destituido de todo auxilio humano, donde murieron muchos soldados de necesidad; y compadecido el piadoso corazon de Emerio de aquella lastimosa desgracia, recurrió á Dios con fervorosas oraciones, rogándole que se dignase socorrer la urgencia de los que peleaban por la gloria de su santo nombre. Oyó el Señor con agrado las reverentes súplicas de su siervo, y por una de aquellas portentosas maravillas de su adorable providencia abasteció al ejército inmediatamente; pero lo mas asombroso fue, que continuando el Santo sus clamores á fin de que resucitasen todos cuantos murieron de hambre, se verificó así con admiracion de los que presenciaron aquel extraordinario portento.

Entró Carlos en Cataluña, y sitió á Carcasona, plaza entonces de grande fortaleza; pero pareciéndole dificultosísima la empresa, determinó levantar el sitio después que la tuvo cercada mucho tiempo. Apeló al cielo Emerio por medio de su acostumbrado recurso de la oracion, y despachada su súplica con la felicidad que siempre, mirando á la ciudad, dijo á Carlos, que entrase en ella bajo el seguro de que no encontraria la menor oposicion, como lo experimentó en el avance. Llegó el ejército á la villa de Bañolas, sita en el obispado de Gerona, donde un dragon, ó leon de espantosa fiereza causaba innumerables estragos en toda la comarca. Condolido Emerio de daños tan considerables, se fué al lugar que habitaba la fiera, y quedóse esta á la vista del Santo como un manso cordero, y trayéndola á la villa, hizo que la diesen muerte.

Pareció al siervo de Dios el lago, ó lugar donde habitaba la fiera sitio muy proporcionado para la ereccion de un monasterio, por estar retirado de todo comercio humano; y poniendo en ejecucion tan noble pensamiento con la asistencia de Carlos, dedicó el templo á honor de la santísima Vírgen, en quien después de Dios tenia colo-

cada toda su confianza, y del protomártir san Esteban. Concluido el monasterio, determinó quedarse en él con el objeto de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion : y aunque sintió Carlos en el alma la separacion del Santo, le fue preciso condescender con sus ruegos, bajo el seguro de que no se olvidaria de encomendarle al Señor. Poblóse inmediatamente aquella ilustre casa de muchas personas deseosas de vivir bajo la direccion de tan santo Maestro : y viéndose en la indispensable precision de cargar con el empleo de superior, les prescribió la regla de san Benito, floreciente por entonces en el Occidente. La nueva dignidad solo sirvió para que mas brillase su eminente santidad y su grande prudencia : puesto á la frente de todos, comprendió que era obligacion propia suya ser superior en todo género de virtudes, y fundado en las máximas de que el que gobierna ha de persuadir mas con las obras que con las palabras, su fervor y su ejemplo eran las lecciones que daba á los monjes; los cuales concebian cada dia nuevos deseos de perfeccionarse, viendo que su santo Abad era el primero que siempre iba adelante en todos los ejercicios de la vida religiosa, siendo tan digno de admiracion por su discrecion en el gobierno, como lo era por su profunda humildad y sus extraordinarias penitencias.

Quiso Dios manifestar la santidad de su fidelísimo Siervo con la gracia especial de curaciones, de la que hizo uso en favor de innumerables enfermos; y esparciéndose la fama de este don por todo el reino de España, fueron tantos los concursos de gentes, que perturbando la tranquilidad que apetecia el venerable Abad para sus devotos ejercicios, tomó la resolucion de retirarse secretamente á un espantoso desierto diez leguas distante de su monasterio, donde resucitó los rigores de los mas famosos anacoretas.

Envidioso el demonio de los progresos que Emerio hacia en el camino de la perfeccion, movió todas las máquinas que le sugirió su malicia para separarlo de su buen propósito. Pintóle con la mayor viveza los horrores del desierto y las aflicciones de la vida solitaria. Puso en movimiento todas las armas de la sensualidad, insultándole con las mas torpes representaciones, y con las rebeliones de la carne; pero sostenido Emerio de la divina gracia, resistió á todos los ataques del tentador, teniendo el consuelo en los mayores apuros de que se le apareciese un Ángel á confortarlo. Libre ya de estos combates, hizo una vida mas angélica que humana en el mismo lugar, donde después en honor suyo se erigió una iglesia cerca del rio lla-

mado Fragat, sita en el territorio de la parroquia de san Esteban de Guialbes en el obispado de Gerona.

Murió por este tiempo el padre de Emerio, y deseosa Cándida de ver á su amado hijo, vino al desierto donde se hallaba. Fácil es de concebir el gozo que tendrian ambos después de tan dilatada ausencia; pero como conociese el Santo que interrumpia su madre la serie de sus devotos ejercicios, la rogó encarecidamente que se separase de su compañía, porque su amor le perturbaba dedicarse con quietud á la contemplacion de las grandezas divinas, que era el fuerte de todas sus atenciones. Sintió Cándida aquel despego, y representándole que solo deseaba servir á Dios en su compañia, le persuadió el Santo, que lo hiciese separada de él cuanto distase su báculo. Pareció á la piadosa madre corta la distancia que la señalaba; pero extendiendo el siervo de Dios el báculo en el suelo, creció considerablemente.

En vista de aquel prodigio se retiró Cándida á donde terminó el báculo, y habiendo pasado santamente el resto de sus dias, murió á fines del siglo VIII. Siguióse después la muerte de Emerio, aunque los escritores de sus actas no nos dicen el año puntual de su fallecimiento. Dióse sepultura á su venerable cadáver con el solemne funeral que exigia el alto concepto de su eminente santidad; cuyas reliquias hoy se conservan en la parroquia de San Esteban de Guialbes en una capilla magnífica, donde se le tributa el culto correspondiente, y se digna el Señor obrar repetidos milagros por la intercesion de su fidelísimo siervo.

La Oracion de la Misa es la que se sigue:

Ecclesiam tuam, quaesumus, Domine, gratia coelestis amplificet quam beati Joannis Chrysostomi confessoris tui atque pontificis, illustrare voluisti gloriosis meritis, et doctrinis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la gracia celestial dilate cada dia mas la santa Iglesia, que te dignaste ilustrar con los gloriosos merecimientos, y con la doctrina del bienaventurado Juan Crisóstomo, tu confesor y pontífice. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo IV *de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.*

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos, et mortuos per adventum ipsius, et regnum ejus: praedica ver-

Carísimo: Yo te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, por su advenimiento, y reino, que prediques la

bum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac Evangelistae, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meae instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

palabra (divina): porfia en tiempo y fuera de él: arguye, suplica, reprende con total paciencia y doctrina; pues llegará tiempo (en que los hombres) no sufrirán la sana doctrina; acopiarán maestros que adulen sus oidos, los que apartarán de la verdad, volviéndolos á las fábulas; pero tú vela, trabaja con todos, obra como Evangelista, cumple tu ministerio, y pórtate con sobriedad. Yo ya voy débil, y urge el tiempo de mi resolucion: he peleado por la causa justa, concluí la carrera, y he guardado la fe. En lo demás sé que me está reservada la corona de justicia, que en el dia (de mi salvacion) me concederá el Señor como justo juez, no solamente á mí, sino es á todos los que aman su advenimiento.

REFLEXIONES.

Es propio del buen celo aprovecharse de todo para la salvacion de las almas, y no acobardarse por nada. Cuanto son mayores los obstáculos, es mas ardiente y mas vivo. Hacer buenas obras, y no padecer contradicciones, no puede ser. La paciencia es la virtud de profesion de todos los hombres apostólicos. Para convertir las almas se necesita fervor y caridad; pero no se necesita menos prudencia, menos mortificacion, menos dulzura, ni menos humildad. Aquellos celos amargos, tumultuarios, impacientes, turban las conciencias, irritan los espíritus, avinagran los corazones, pero nunca los convierten.

Por nombre de *advenimiento de Jesucristo* se entiende lo mucho que el Salvador hizo por la redencion de las almas, y por nombre de *su reino* se debe entender el gran premio que tiene preparado á los que no contentos con guardar la Ley, se aplican á enseñarla á los demás. Ambos son motivos poderosos para devorar cuantos trabajos puede padecer el celo apostólico en el ministerio de la salvacion de las almas.

Ni hay que acobardarse por el poco fruto que se saca. El verdadero celo nunca es infructuoso. Si no aprovechare al pecador, aprovechará al predicador: *Insta oportuna, é importunamente*, pues tarde ó temprano, pocas veces deja de ser eficaz el celo verdadero. Sembremos el grano, y no nos aflijamos porque fructifique, ni deje de

fructificar. El celo puro solo busca la gloria de Dios, y no la suya. Hay terrenos duros donde el grano necesita mas tiempo para prender y para brotar: es menester humedad y caridad, y con eso brotará el grano que se juzgaba perdido. Un buen consejo, la palabra de Dios predicada con celo y conmocion, un aviso, una advertencia hecha en sazon, fructificarán á su tiempo. No todas las estaciones del año son igualmente fecundas. En el otoño se ven cubiertos de frutos aquellos árboles que en el invierno solo parecen buenos para el fuego. Gran daño hace un celo impetuoso, impaciente, que desespera del fruto tardío, y abandona el cultivo del terreno. Es menester sembrar con dolor, para coger con alegría.

Vendrá tiempo, dice el Apóstol, *en que los hombres no podrán llevar en paciencia la doctrina sana y buena.* ¿No habrá llegado ya este tiempo por nuestra desgracia? ¿No estamos ya en un tiempo en que los hombres, llevados de una vana curiosidad, ó de un espíritu de relajacion mal encubierto, andan buscando maestros sobre maestros, hasta encontrar con alguno que les hable al paladar de sus deseos? Desdichado el enfermo que no busca quien le cure, sino quien le lisonjee. Acab no podia ver al profeta Miqueas, porque siempre le pronosticaba cosas tristes. Solicítanse confesores cómodos, francos y contemplativos; húyese de un director rígido y exacto; como si nuestra Religion, que no admite mas que una fe, pudiera admitir dos doctrinas. Cuatrocientos profetas prometen á Acab una completa victoria (*III Reg.* XXII); y Miqueas incurre en la desgracia del Rey, porque le pronostica su ruina. Dase la batalla, y queda Acab muerto en el campo. Esto es lo que ganan aquellos que buscan teólogos que los adulen. El carácter de la doctrina verdadera es la mortificacion de las pasiones. Convengo en que esta doctrina no es muy del gusto del mundo; pero ¿por eso dejará de ser doctrina de Jesucristo? Y sobre todo, ¿qué se va á ganar en seguir y en gustar las máximas del mundo? Camínase á la perdicion por un contento fugaz y pasajero. *Gustavi paululum mellis,* decia Jonatás (*I Reg.* XIV), *et ecce morior.* Este es el fruto de esas lisonjeras direcciones que intentan componer la vida cristiana con la vida inmortificada.

¿Qué cosa mas digna de compasion, que negar muy de intento los oidos á las voces de la verdad por concederlos á los artificios de las fábulas? ¿Y qué otra cosa hacen todos los que están fuera del gremio de la santa Iglesia católica romana? Aquellos que no se rinden á las decisiones pontificias, pronunciadas por el oráculo infalible de la Iglesia, únicamente por dejarse gobernar de su capricho, ¿hacen

mas que huir de la verdad á letra vista, prefiriendo su dictámen al del mismo Jesucristo, manifestado al mundo por la voz de su Vicario? ¿Y qué dirémos de esta dureza? Que igualmente nace de un corazon relajado, que de un entendimiento alucinado y presumido. Estos son los dos manantiales de donde siempre se deriva todo orgullo. El que obra mal, huye de la luz, y el que ama el error cierra los oidos al oráculo de la verdad.

El tiempo de mi muerte, dice el Apóstol, *cerca está*. Los Santos nunca pierden de vista la sepultura: ni tampoco hay pensamiento mas saludable. ¡Oh qué consuelo! poder decir al fin de la vida: *Peleé con valor; acabé felizmente mi carrera.* ¡Ah! que la carrera todos la acaban; pero desdichado aquel que no la acabare bien.

El Evangelio es del capítulo v *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terrae. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat coelum et terra, jota unum, aut unus apex non praeteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno coelorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos su celestial doctrina les dijo: Vosotros sois la sal de la tierra, ¿y si esta se evaporase, con que se ha de sazonar? Para nada sirve después, sino para arrojarla, y que la pisen los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Y así como una ciudad colocada sobre un monte no puede ocultarse: ni la luz se enciende para ponerla bajo de un celemin, sino sobre el candelero para alumbrar á todos los que están en la habitacion; á este modo brille vuestra luz delante de los hombres, á fin que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No penseis que he venido á dispensar la Ley, ó los Profetas; no he venido á dispensar, sino á cumplir. En verdad os aseguro, que primero faltarán el cielo y la tierra, que una letra ó ápice, de lo que está escrito en la Ley, hasta que todo se cumpla. El que quebrante, pues, uno de sus menores preceptos, y enseñe á que así lo hagan los hombres, se llamará mínimo en el reino de los cielos; pero el que los observe, y enseñe, se dirá grande en el mismo reino de los cielos.

MEDITACION.

Del buen ejemplo.

Punto primero.—Considera que el buen ejemplo no es una virtud de puro consejo; es de obligacion y de precepto. *Luzca vuestra luz delante de los hombres*, dice Cristo, *para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.* Indispensablemente estamos obligados á ser ejemplares desde que somos cristianos. Todos tienen derecho á nuestro buen ejemplo; y es especie de injusticia privar de él á nuestros hermanos. La ley que profesamos, las verdades que creemos, el premio que esperamos, son los títulos en que se funda este derecho.

Nuestras conversaciones deben ser documentos, y nuestras operaciones modelos: pocas faltas puede cometer un cristiano que no sean una especie de escándalo. ¡Qué terrible cuenta darán á Dios aquellos cristianos imperfectos, aquellas almas relajadas, cuyas costumbres son tan corrompidas!

Todos somos buen olor de Jesucristo. Pues ¿cual debe ser la pureza de nuestras obras, para que exhalen una celestial fragancia? Todos somos luz del mundo. Pues ¿cual debe de ser el resplandor y la claridad de nuestras costumbres? todos somos sal de la tierra: luego nuestras acciones y nuestras palabras deben ser eficaz preservativo contra la corrupcion. Y siendo esto así, ¿nos contentaremos con una devocion insulsa, insípida y sin gusto?

La vida de los cristianos debe ser vida de santos; porque en el cristianismo no hay dos religiones ni dos reglas de costumbres. Desengañémonos, que una vida que no es ejemplar, no es cristiana. En cualquiera estado que se viva, se debe el buen ejemplo al público y á los hermanos.

Mi Dios, ¡cuánto tengo que acusarme en este punto! ¡y qué terrible cuenta tengo que daros! Pero pues vuestra infinita misericordia me ha hecho conocer mis descaminos, dadme gracia, y dadme tiempo para enderezarlos.

Punto segundo.—Considera cuánto aprovecha, cuánto alienta á los demás el buen ejemplo. No hay atajo mas breve, no hay medio mas eficaz, no hay elocuencia mas persuasiva para reformar las costumbres ajenas que la edificacion de las propias.

¡Qué bienes no produce en la corte, y en toda una monarquía la

ejemplar piedad de los grandes! ¡Qué fervor no encienden en una comunidad los buenos ejemplos de un superior! ¡Qué inclinaciones tan perversas podrán resistir á las costumbres piadosas y devotas de un padre, de una madre de familias! El genio mas indómito, el corazon mas mal inclinado, las pasiones mas violentas, todo cede á una modestia, á una piedad constante que guarda consecuencia, que en nada se desmiente. El buen ejemplo domestica los naturales mas feroces. Quéjanse los padres de las malas inclinaciones de los hijos: ¿y no tendrán los hijos razon para quejarse de los malos ejemplos de los padres?

¿Qué fuerza no tiene en el corazon de una doncella la modestia, la devocion, la piedad edificativa de una madre, que perpetuamente tiene delante de los ojos? Hagamos juicio de esto por los fatales efectos que cada dia produce el mal ejemplo. Son los buenos ejemplos unas correcciones mudas, pero vivas; pero picantes de los desórdenes que cometen los imperfectos. Ninguna cosa cubre de tanta vergüenza, de tanta confusion á los súbditos; ninguna reprende con mayor viveza su tibio proceder, que el buen ejemplo de aquellos que los gobiernan. En cierto modo se puede decir que el buen ejemplo todo lo suple.

Pero si por nuestra desgracia nos faltan buenos ejemplos en los que tenemos delante, acudamos por ellos á las vidas de los Santos. No hay vida de Santo alguno, que no sea un rico tesoro de buenos ejemplos.

¡Qué renunciacion mas perfecta de la carne y sangre, que la que nos enseñó con su ejemplo san Juan Crisóstomo! ¡Qué humildad entre las mayores honras! Arrojado de su silla patriarcal: dos veces desterrado: ¡qué constancia en la persecucion! ¡qué alegría en las adversidades! ¡qué modelo de perfeccion cristiana en toda su vida! La vida de los Santos es toda ejemplar. ¿Lo es tambien la nuestra? ¿Podrá servir de modelo? ¿Serán santos los que siguieren nuestro ejemplo? Estas reflexiones se hacen: ellas son muy verdaderas. ¿Y es posible que se puedan hacer tan á sangre fria?

Mi dolor, Señor, mi dolor declara bien el sentimiento con que yo las hago: espero con el auxilio de vuestra divina gracia, que mi porte declarará tambien el fruto que han producido en mí. Hasta ahora no he dado mas que malos ejemplos: desde hoy en adelante comenzaré á reparar el daño que he hecho con mis escándalos. ¡Ó mi Dios! y cuándo podré decir con vuestro Apóstol: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi:* Imitadme á mí, como yo imito á Jesucristo.

JACULATORIAS.—Bienaventurados los que están en el camino de la inocencia, y andan fielmente en la ley del Señor. (*Psalm.* CXVIII).

Tened una santa emulacion de todo lo bueno, con recta intencion de hacer siempre bien. (*Ad Galat.* IV).

PROPÓSITOS.

1 En este mismo dia has de escoger media hora ó por lo menos un cuarto de hora, para examinar con la mayor seriedad si en todo y por todo das buen ejemplo á tus hijos, á tus criados, á tus súbditos, á tus inferiores, á tus iguales. ¿Son de edificacion todas tus conversaciones? Tu porte, tu modo de hablar, tu modo de vestir, tu modo de andar, ¿es todo ejemplar, es todo cristiano? ¿Das ejemplo en las concurrencias, en las funciones, en los convites, y en todas las lícitas diversiones? ¿Sirves de mucha edificacion á los que te ven en la calle, en casa ó en la iglesia? No te contentes con un exámen precipitado y superficial. Júzgate á tí mismo como juez recto, imparcial, desinteresado: y sentencia en justicia, si los que viven contigo serán muy perfectos solo con que imiten y sigan tus ejemplos. Toma después tus resoluciones y tus medidas; y no se pase el dia sin que todo esté reformado y arreglado.

2 Desde hoy en adelante siempre que fueres á hacer alguna cosa, hazla con el pensamiento, y con el deseo de dar en ella buen ejemplo: preséntate en la iglesia con mayor modestia, con mayor respeto que hasta aquí. Acude con puntualidad á aquellas acciones á que te llama la obligacion ó el estado. Cuando hablas, cuando te empleas en algo, haz reflexion á que entonces estás destinado para dar ejemplo. Reza el Rosario de comunidad con toda la familia, y procura que la sirva de modelo tu devocion interior y exterior. No dejes de visitar á los pobres en el hospital; y da hoy todos los buenos ejemplos que puedas al público, á los inferiores y á los iguales. Siempre que por la noche examines la conciencia, tómate cuenta de si en aquel dia has servido de edificacion ó de ruina. Es esta una obligacion de que muchos cuidan poco; pero es una obligacion que algun dia nos dará bastante pena.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

LA CONMEMORACION DE SANTA INÉS *secundo*, en Roma.

SAN FLAVIANO, mártir, tambien en Roma, que padeció martirio en tiempo de Diocleciano.

Los santos mártires Tirso, Leucio y Calinico, en Apolonia, los cuales consumaron el martirio en la persecucion del emperador Decio: Tirso y Calinico después de varios tormentos fueron degollados; Leucio, llamado por una voz del cielo, entregó su alma al Criador. *(Véase la noticia de san Tirso en las de este dia).*

Los santos mártires Leónides y sus compañeros, en la Tebaida, los cuales consiguieron la corona del martirio en tiempo de Diocleciano.

La conmemoracion de un gran número de Mártires, en Alejandría, á los cuales estando en la iglesia tal dia como hoy, recibiendo la comunion, martirizaron con diferentes tormentos hasta quitarles la vida los Arrianos que seguian la parcialidad de Siriano. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Cirilo, obispo, en la misma ciudad, acérrimo defensor de la fe católica, el cual ilustre en santidad y doctrina, murió en el Señor.

San Valero, obispo en Zaragoza. *(Véase su vida en las de este dia).*

El glorioso triunfo de san Julian, obispo, en Cuenca en España, el cual distribuyendo á los pobres la renta de su iglesia, vivia á imitacion de los Apóstoles, del trabajo de sus manos: murió santamente, esclarecido en milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

El triunfo de san Juan, presbítero, varon de Dios, en el monasterio de Remes en Francia.

San Jaime, ermitaño, en la Palestina, quien después de haber caido en pecado, se retiró á un sepulcro á hacer penitencia por mucho tiempo; y resplandeciendo en milagros, voló al Señor.

SAN TIRSO, MÁRTIR.

Uno de aquellos héroes del cristianismo, en quien quiso Dios ostentar su infinito poder para confundir á los gentiles, fue san Tirso: cuya constancia fue al tiempo de su pasion el asombro de los paganos, así como ha sido después su memoria la admiracion de los siglos. Nació este ilustre y valeroso español en la ciudad de Toledo, segun nos dicen varios escritores, y aunque tuvo la desgracia de ser educado en los errores de la idolatría, convencido su entendimiento, por la predicacion de los varones apostólicos que hicieron resonar la voz del Evangelio en España, de que no hay salvacion para los hombres fuera de la religion de Jesucristo, resolvió abrazarla, detestando las necias supersticiones del gentilismo.

Alistóse Tirso en el número de los catecúmenos con entrañables deseos de instruirse cuanto antes en los infalibles misterios de nuestra santa fe, para recibir el sacramento del Bautismo. En este estado pasó á Cesarea de Bitinia á la sazon que el gobernador ó presidente de aquella provincia, llamado Combricio, perseguia con la mayor crueldad á los Cristianos, en fuerza de los impíos edictos que hizo publicar contra la Iglesia el emperador Decio, dirigidos á extinguir si pudiese en todos sus dominios la Religion, y el nombre de Jesu-

cristo. Presenció Tirso el martirio de san Leoncio, y admirado al ver la constancia y la alegría con que sufrió el ilustre Mártir los formidables tormentos con que quiso Combricio obligarle á que prestase adoracion á falsos dioses, encendido en vivísimos deseos de lograr la misma dicha que aquel, se presentó sin ser citado al Gobernador, y saludándole cortesmente, le habló de esta suerte: *Deseo saber, o presidente, si es lícito proponer á los magistrados lo que parece conveniente acerca de sus mandatos; ó si se deben obedecer ciegamente sin saber la razon que les asiste. A ninguno está esto prohibido*, le respondió Combricio, *y con especialidad si conduce al bien de la república. Pues ¿que mayor bien*, continuó Tirso, *puede haber para los hombres, que el de su eterna felicidad? Y siendo innegable este principio, ¿qué razon te mueve para querer obligarlos á que tributen cultos á unas vanas estatuas, y que lo nieguen al verdadero Dios, Criador de todas las criaturas?*

Quedó suspenso el Gobernador al oir tan breve como concluyente discurso; pero no pudiendo satisfacerle, dijo á Tirso: *Ya veo que tu enfermedad es la misma que la de aquellos que se llaman cristianos: deja esos discursos para que se ventilen en las escuelas por los que están desocupados de los negocios públicos: obedece tú los preceptos de los sumos Emperadores: pues de lo contrario haré que padezcas los tormentos mas exquisitos en castigo de tu osadía. ¿Es posible*, replicó el ilustre Jóven, *que siendo vosotros racionales, obreis contra lo que dicta la misma razon, sin consultarla para publicar unos decretos tan injustos? Pero si insistes sin ella en que los obedezca, jamás lo conseguirás, y mucho menos el que me separe de Jesucristo.*

Pareció á Cambricio que para obligar a un hombre de aquel carácter tendria mas eficacia la blandura que la severidad: y gobernado de esta idea quiso con fingidos halagos obligarle á que prestase adoracion á los ídolos; pero el horror que le causo la impiedad á que quiso precisarle, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redobló la cólera y la crueldad de aquel tirano de tal forma, que mandó á sus ministros que atándole de piés y manos con unas fuertes correas, le dislocasen todos sus miembros, y que le arrastrasen por todas las calles de la ciudad. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor prontitud; pero como el esforzado militar de Jesucristo no manifestase el menor sentimiento en aquel cruel castigo, antes bien una extraordinaria alegría, no pudiendo Combricio contener la indignacion dentro del pecho, dispuso que le quebrasen las piernas á fin de que no pudiese dar paso alguno. No satisfecho con esto, hizo

que le arrancasen las pestañas de los ojos con unas agujas agudísimas, para que desfigurado sirviese de espectáculo risible á cuantos le mirasen. No alteró la tranquilidad del ilustre Mártir el tropel de semejantes castigos, antes bien lleno de valor, convirtiéndose al Gobernador le dijo: *Vuelve hácia mí tu vista, pérfido, pues aunque piensas haberme causado confusion, afeando mi rostro con tan impíos arbitrios, has de saber, que al paso que me deformas en el exterior, se renueva mi interior en el conocimiento de la verdad, y cuanto afeas mi cuerpo, tanto mas hermoseas mi alma Jesucristo.*

Echaba centellas de fuego por los ojos Combricio, viendo la serenidad de Tirso: y queriendo abatir su fortaleza, mandó á los verdugos que le quebrantasen los brazos con unas bolas de metal, de suerte, que quedasen péndulos sin movimiento alguno; pero experimentando que de nada aprovechaba este enorme castigo, como ni los precedentes, dispuso que lo extendiesen sobre una cama de hierro, y amarrado á ella con cadenas, bañasen todo su cuerpo con plomo derritido. Oró Tirso en aquella postura de inmolacion, suplicando al Señor que convirtiese aquel tormento contra sus enemigos, á fin de que conociesen el poder y la gloria de su santo nombre: y oida su deprecacion saltó el plomo contra los mismos verdugos y otros muchos infieles que asistian al espectáculo, quedando el Santo sin la mas mínima lesion.

A vista de aquel prodigio comenzaron á clamar los gentiles: *Grande es el Dios de los Cristianos;* y llenándose Tirso de alegría al oir estos ecos, dijo á Combricio: *¿Entiendes ya que reina Dios en los cielos, el que á tu vista obra tan estupendas maravillas?* Parecia regular que conociese el tirano que asistia al ilustre Mártir alguna virtud sobrenatural que lo defendia de sus insultos; pero mas terco y mas obstinado en fuerza de su misma confusion, ciego de cólera dijo á sus ministros: Traed unas espadas, y cortad con ellas paulatinamente todos los miembros de éste perverso, para que sea mayor y mas sensible el castigo. Ejecutóse la providencia con la lentitud que el tirano previno; pero haciendo oracion el Santo en medio de aquel bárbaro tormento, se oyó una voz del cielo que decia: *Confia, Tirso, que yo soy por quien padeces: mantente firme, que yo te asistiré para que triunfes.* Creyó Combricio que eran sus dioses los que le hablaban para que les ofreciese sacrificio: mas este concepto le desvaneció un terrible terremoto que ocurrió en el mismo lugar donde estaba sentado, en fuerza del cual cayó en tierra precipitadamente; pero no queriendo darse por vencido, mandó que pusiesen á Tirso en la cár-

cel, con órden de conducirlo cargado de prisiones á Nicomedia donde tenia que partirse. Llevaron á Nicomedia al ilustre Confesor en tiempo que vino á aquella ciudad Silvano, conde, ó gobernador de todo aquel departamento; al que dieron parte por su oficio de que se hallaba en prision cierto hombre llamado Tirso, inobediente á los edictos imperiales. Era aquel bárbaro fiero perseguidor de los Cristianos, uno de los mas ciegos protectores del culto de sus ídolos; por lo que no queriendo dilatar el castigo, mandó que presentasen al reo en su tribunal en el siguiente dia.

Deseaba con vivas ansias Tirso recibir el sacramento del Bautismo: y estando al comedio de la noche rogando al Señor que le concediese esta dicha, aparecieron en la cárcel unos Ángeles, que soltándole de las prisiones, y abriéndole las puertas, como hicieron en otro tiempo con el Príncipe de los Apóstoles, le llevaron al retiro donde se hallaba el obispo de la ciudad oculto por temor de los gentiles. Tenia ya noticia aquel prelado de los gloriosos triunfos de Tirso, y queriendo rendirle la veneracion debida, luego que se presentó, lo rehusó el humilde Jóven, manifestándole, que el fin de su venida no era otro que el que le concediese el Bautismo. Hízolo el obispo lleno de alegría; y habiendo recibido con el sagrado crisma aquel valor y aquella constancia de que se forman los héroes del cristianismo, solicitaba ya con vivas ansias dar al mundo nuevas pruebas de la firmeza de su fe.

Volvió á la prision el Santo asistido de los mismos Ángeles: y presentándose al tribunal de Silvano, quiso este proceder en la causa acompañado de Combricio. Leyóse el proceso que se habia formado contra Tirso, y luego que fue oido, le prometió el nuevo tirano, que si mudaba de religion le honrarian los Emperadores hasta lo sumo; pero que si preinsistia en ella con terquedad, supiese, que los tormentos pasados eran muy ligeros en comparacion de los que le restaban que padecer. *Persuádeme con razon, y no con violencia*, le respondió el Santo: *dime ¿á qué Dios he de ofrecer sacrificio? Vamos al templo de Apolo* continuó Silvano, *y allí te diré á quién has de sacrificar*. Creyeron los jueces que con efecto queria el ilustre mancebo ejercer aquel acto en prueba de su reconocimiento; y levantándose ambos del tribunal, lo condujeron ante aquella falsa deidad, á la que le intimaron que sacrificase. Hizo entonces oracion Tirso levantando los ojos al cielo; pero apenas concluyó su súplica, cuando se sintió un espantoso terremoto que llenó de terror á todos los concurrentes: y cayendo en tierra el famoso ídolo hecho mil pedazos, dijo

entonces el Santo á los jueces: *Ved el poder de vuestros dioses á la invocacion del verdadero.*

No es fácil explicar la confusion que causó el inopinado suceso en el ánimo de Silvano; pero atribuyendo aquel prodigio á magia y á encantamiento, de que eran notados los Cristianos por los infieles en la operacion de semejantes maravillas, encendido en una furiosa cólera, mandó que atasen á Tirso con una fuerte cuerda á una carrucha, y que introduciéndole muchas veces de cabeza en una caldera de agua hirviendo, le azotasen el resto del cuerpo con la mayor crueldad. Hizo oracion el Santo en aquel extraordinario suplicio, y reventándose la caldera con total efusion del agua que contenia, quedó el ilustre Mártir sin lesion alguna. Corrido y avergonzado el tirano á vista de este portento, dió órden á sus ministros para que precipitasen al valeroso Jóven por uno de los muros de la ciudad, en el que dispuso hubiese una horrible máquina de puntas de hierro agudas hácia arriba; pero al ejecutarse aquel castigo, le libró una mano invisible con admiracion de cuantos asistieron á aquel horroroso espectáculo. No pudiendo ambos jueces resistir por mas tiempo á tantas maravillas, providenciaron volver á la prision al Santo, de la que fuese conducido á Apamia, á donde tenian que partirse. Quisieron antes reconocer la última resolucion de Tirso, y enterados de su constancia en la fe, dieron órden para que lo llevasen azotado hasta la ciudad dicha. Hiciéronlo los verdugos con la mayor crueldad: mas vengando Dios las enormes injurias hechas á su amado siervo, murieron desgraciadamente Silvano y Combricio al cuarto dia de su llegada á Apamia, conforme lo profetizó el Santo: de cuyos sepulcros se levantó un incendio tan voraz, que puso á la ciudad en peligro inminente de quedar reducida á cenizas.

Vino á Apamia otro gobernador ó presidente llamado Baudo, no inferior en el odio contra los Cristianos que sus predecesores. Informóse de todo lo ocurrido, y resumiendo con nuevo ardor la causa, hizo comparecer ante su tribunal á Tirso. *¿Eres tú,* le preguntó, *el que desobedeces los decretos de los príncipes del mundo, aquel que despreciaste el grande Apolo? Yo soy el mismo,* respondió el ilustre Jóven, *que fundado en razon y en justicia repugnó ofrecer sacrificio á las vanas estatuas representativas de quiméricas deidades: y solo le ofrezco al verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra, y á su unigénito Hijo Jesucristo. ¿Piensas,* siguió el tirano, *que este tribunal es como los antecedentes, y que los tormentos que providencie han de ser como los pasados? Deja la vana religion que profesas, pues de lo contrario haré*

que padezcas inauditos castigos. No dudo, respondió Tirso, *que cada uno de vosotros procura exceder en la crueldad de sus predecesores; mas este empeño no es capaz de rendir á los que confian en Jesucristo.*

Conoció el Presidente por tan valerosa respuesta que perdia el tiempo en querer reducir á Tirso á que prestase adoracion á sus dioses, y deseando vengar su osadía, mandó que lo arrojasen al mar cosido en un saco para que quedase sumergido en el piélago. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud; pero rompiéndose el saco apareció el ilustre Mártir sobre las aguas, conduciéndose por ellas con la mayor serenidad acompañado de Ángeles hasta la orilla del mar. Quedaron atónitos los gentiles á vista de aquel prodigio, dieron aviso al tirano de lo ocurrido, y queriendo inspeccionarlo por sí, vino donde estaba Tirso, y fue testigo de la estupenda maravilla. Creyó que esta era efecto de las malas artes que usaban los Cristianos en el concepto de los gentiles, bajo cuyo supuesto le dijo: *Grandes á la verdad son tus hechizos, pues refrenas al mar, y libras tu vida de tan inminentes peligros; pero yo te aseguro, que no te han de valer los encantos en los nuevos tormentos que discurra. Dime juez inicuo*, le replicó entonces Tirso, *¿quien de tus dioses, ó de tus magos ha obrado hasta ahora el portento de salvar á un hombre de lo profundo del mar, haciendo que ande sobre las aguas como por sólido elemento hasta la orilla acompañado de Ángeles?* No dejó el tirano que prosiguiese el ilustre Mártir su discurso, y temiendo que partirse á Apolonia, mandó que le llevaran azotándolo á aquella ciudad, donde dio órden para que tuviesen hambientas á las fieras, á fin de que cebasen su saña con mayor crueldad en el esforzado militar de Jesucristo. Entraron los paganos á Tirso en el anfiteatro, y soltaron las fieras para que lo despedazasen; pero fue tan al contrario, que olvidándose estas de su condicion, se postraron como mansos corderos á los piés del Santo, lamiéndole dulcemente las heridas.

Quedó pasmado Baudo á la vista de aquel extraordinario prodigio; pero no encontrando medios para resistir á la soberana virtud que defendia á Tirso, mandó que lo volviesen á la cárcel cargado de prisiones. Desvelábase el tirano en discurrir arbitrios para abatir la fortaleza del ilustre Jóven, y creyendo que castigándole á presencia de sus dioses lo conseguiria, hizo convocar á todo el pueblo en el templo de Apolo, donde mandó que lo azotasen los verdugos con la posible inhumanidad. Oró el Santo en medio de aquel castigo, y se oyeron espantosos truenos que llenaron de susto á todos los concurrentes, en fuerza de los cuales cayeron en tierra todos los famosos

ídolos que habia en el templo. Entonces dijo Tirso al Presidente: ¿Por qué no das la mano á tus dioses tan vergonzosamente postrados en el suelo? Mira que necesitan de tu ayuda: no los dejes así, para que se mofen de ellos los profesores de la religion de Jesucristo.

Clamaron los gentiles á vista de aquel extraordinario portento, que era grande sin duda el Dios de los Cristianos; pero distinguiéndose entre todos un famoso sacerdote idólatra llamado Calinio, convertido á Baudo le habló de esta suerte: *Visto es, clarísimo presidente, que un pobre hombre como Tirso, gravemente herido, ha arrojado en tierra al valeroso príncipe de los dioses, Júpiter, ha convertido en menudos pedazos repetidas veces á Apolo, y ha rendido al invencible Hércules con la misma ignominia sin otras armas que la invocacion del nombre de Jesucristo: y así es preciso que confesemos por verdadero Dios á este Señor superior á los nuestros. ¿Qué novedad es esta, Calinio?* le replicó Baudo: *parece que á tí tambien han engañado los hechizos de Tirso;* pero la respuesta del sacerdote no fue otra que desnudarse de sus insignias, y arrojarlas á los piés del tirano, diciéndole: *Recoge esas vestiduras que afeó el humo del incienso, y manchó la sangre de los horrendos sacrificios; que yo desengañado de los errores que he seguido hasta aquí, detesto y abomino de los quiméricos dioses que avasalla un hombre humilde, y reconozco por verdadero al que adora Tirso, autor de estas estupendas maravillas.*

No hay voces para manifestar el enojo que concibió Baudo oyendo la ingenua confesion de uno de los mas famosos sacerdotes que tenian los ídolos, de la que resultaba el mas vergonzoso descrédito de sus mentidas deidades, al paso que el mayor honor y la gloria á Jesucristo; y no pudiendo contener su indignacion, mandó que los verdugos degollasen inmediatamente á Calinio, quien por el bautismo de su sangre logró el premio de su confesion. Deseaba el bárbaro Presidente dar muerte á Tirso con un modo inaudito: y siguiendo esta idea, dispuso que le encerrasen en una caja de madera bien oprimido, en cuya disposicion le aserrasen con una sierra miembro por miembro. Cometió la ejecucion de este inhumano castigo á dos fieros ministros llamados Sabino y Víctor, que apetecian complacer al Gobernador. Estuvieron estos muchas horas haciendo uso de la sierra; pero impidiendo el Señor el efecto de aquella máquina, no pudieron herir en lo mas mínimo al cuerpo del ilustre Mártir á pesar de su obstinada porfía. Levantó entonces Tirso los ojos y las manos al cielo para dar al Señor las correspondientes gracias por tantos

prodigios como se dignó obrar en su defensa para confusion de los gentiles; pero como sus deseos ya no eran otros que de disolverse de los vínculos carnales para unirse con Cristo, rogó al Señor que le concediese esta dicha. Oyó Dios con agrado las súplicas de su siervo, y queriendo premiar sus gloriosos triunfos, lo llevó á disfrutar los inamisibles gozos de su vision beatifica en el dia 28 de enero por los años 252 ó 53.

Luego que subió al cielo la dichosa alma del ilustre Mártir, descendió á los abismos la del infeliz Baudo muerto á fuerza de vivísimos dolores mas terribles que la misma muerte: confesando en altas voces, que le atormentaban con aquel intolerable castigo los Ángeles, por haber quitado la vida al justo. Supieron los fieles el desgraciado fin del tirano: y habiendo concurrido muchos de ellos con el obispo Cesario y un sacerdote llamado Laudocio á tributar los últimos obsequios que prescribe nuestra santa Religion con los difuntos, embalsamado con preciosos aromas el cuerpo del Santo, le dieron sepultura con la veneracion debida á sus relevantes méritos.

Extendióse la fama de los gloriosos triunfos del célebre mártir Tirso por todo el orbe cristiano; pero distinguiéndose España en el aprecio y en la veneracion para con el que estimó siempre por uno de los héroes mas ilustres que han florecido en la nacion, erigió en honor suyo diferentes templos en varias ciudades y pueblos de la Península, donde ha sido tan antiguo su culto, como se acredita por el oficio mozárabe segun el órden del Padre san Isidoro de Sevilla. Tambien nos dice Antonio Vicente Domenech en la Historia de los Santos y Varones ilustres de Cataluña, en el monasterio de San Esteban de Bañolas, sitio en el obispado de Gerona, se conserva una mano del Santo; cuya preciosa reliquia es tenida en grande veneracion por los religiosos de aquella ilustre casa.

SAN CIRILO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA.

San Cirilo fue elevado por Dios al honor de defensor de la fe de la Encarnacion de su Hijo; de cuyo misterio es llamado el doctor, como san Agustin lo es de la gracia, dice Tomasino. Estudió bajo la direccion de su tio Teófilo, y asegura haber hecho regla inviolable no establecer doctrina alguna, que no hubiese antes aprendido de los antiguos Padres. Sus libros contra Juliano apóstata, manifiestan que habia leido escritores profanos. Muchas veces, dice el Santo de sí mismo, que no atendia á la elocuencia humana, y era de desear que hu-

biese escrito en un estilo mas claro, y con mayor pureza de lengua griega. Por muerte de Teófilo en el año de 412, fue elevado por el pueblo á la dignidad patriarcal. Principió este Santo á ejercer su autoridad, mandando que fuesen cerradas las iglesias de los Novacianos en la ciudad, y que se apoderasen de los vasos sagrados y de sus ornamentos: accion censurada de Sócrates, que era protector de estos herejes; pero no tenemos noticia de las razones en que ellos se apoyaban. Inmediatamente echó á los judíos de la ciudad, que eran muchos en número, y gozaban de grandes privilegios en ella desde el tiempo de Alejandro el Grande. Moviéronle á esto las sediciones, y varios actos de violencia que aquellos cometieron; cuya expulsion, aunque ofendió gravemente á Orestes, su gobernador, fue aprobada por el emperador Teodosio: y los judíos jamás volvieron á su antiguo asiento. San Cirilo fué á pedir al Gobernador por los santos Evangelios, que consintiese en una reconciliacion, y que se uniese á él con una amistad sincera; pero fueron despreciadas sus súplicas. Perniciosos efectos produjo esta desgraciada desavenencia. Hypatia, mujer pagana, tenia en la ciudad escuela pública de filosofía; su reputacion de doctrina era tan grande, que acudian de todas partes en tropas sus discípulos; entre estos se contaba Sinesio, hombre grande, que sometió en adelante sus obras á la censura de su maestra. Esta era consultada por los filósofos del primer órden en los puntos mas intrincados de doctrina, y particularmente de la filosofía platónica, en que estaba notablemente versada. Era muy respetada esta mujer, y aun consultada en muchos casos del Gobernador, que la visitaba con frecuencia. El populacho, en parte ninguna mas desarreglado, ni mas propenso á alborotos y tumultos que en aquella ciudad populosa, la segunda en órden en el mundo conocido, enardecido por sospechas de que ella incitaba al Gobernador contra el Obispo, se levantó tumultuariamente, la arrojó de su carro, rasgó sus carnes, y despedazó su cuerpo arrastrándola por las calles en el año de 415, con gran sentimiento y escándalo de los hombres prudentes, y especialmente del piadoso Obispo. Este se habia imbuido en las preocupaciones de su tio, y en otra particular contra san Crisóstomo; pero fue convencido de san Isidoro de Pelusia y de otros, á que colocase su nombre en los Dípticos de su iglesia en el año de 419; después de lo que el papa Zocimo le envió las cartas de comunion. No poseemos de la vida de este santo Padre mas que desde el año de 428, en que fue la primera vez ejercitado su celo en defensa de la fe contra el nestorianismo.

Nestorio, monje y presbítero de Antioquía, fue hecho obispo de Constantinopla en el año de 428. El retiro y severidad de su vida, juntos con una exterioridad hipócrita de virtud, una afluencia de voces, y una sabiduría superficial, le ganaron alguna reputacion en el mundo. Pero envanecido del concepto de sí propio menospreció el estudio de los Padres; hombre de un juicio débil, sumamente vano, violento y obstinado. Este es el caracter con que le pinta la historia de aquel tiempo, y que le fue dado por Sócrates y por Teodoreto, á quien antes habia él engañado con su hipocresía. Mario Mercator nos dice, que apenas habia sido colocado en la cátedra episcopal, cuando principió á perseguir con un furor grande á los Arrianos, Macedonianos, Maniqueos y Cuartodecimanos, desterrándolos á todos ellos de su diocesis. Pero aunque él enseñaba la doctrina del pecado original, negaba, segun se dice, la necesidad de la gracia: por cuya razon recibió en su comunion á Celestio y Juliano, que habian sido condenados por los papas Inocencio y Zozimo, y desterrados del Occidente por el emperador Honorio, por causa del pelagianismo. Teodosio les obligó á dejar á Constantinopla sin embargo de la proteccion del Obispo. Nestorio y sus presbíteros mercenarios propalaron desde el púlpito nuevos errores, enseñando dos distintas personas en Cristo, la de Dios, y la de Hombre, juntas ó unidas solamente con un vínculo ó union moral, por la que, decia, que la divina habitaba en la humanidad como en un templo solamente. De aquí se infería necesariamente la negacion del artículo de la Encarnacion, ó que Dios se habia hecho Hombre: y decia que la Vírgen María no debia llamarse Madre de Dios, sino del Hombre, que era Cristo, cuya humanidad era únicamente templo de la divinidad; y no una naturaleza tomada hipostáticamente por la persona divina; aunque convencido al fin de la voz de la antigüedad, concedió á María un vano título, ó mera denominacion de Madre de Dios; pero continuando en negar el misterio. Conmovieron al pueblo estas novedades, y los presbíteros san Proclo, Eusebio, obispo después de Dorilea y otros, se separaron de su comunion después de haber intentado en vano reducirle á lo justo con reflexiones. En cualquiera parte que se leian sus homilías hacian grandes estragos, y excitaban por todas partes públicos clamores contra los errores y blasfemias que contenian. Cirilo las leyó, y le escribió una tierna y suave reprension; á que él respondió con altivez y con desprecio. Dedicado el papa Celestino al exámen de los asertos de ambas partes, trató al punto de esta doctrina en un concilio en Roma, la condenó, y pronunció sentencia de excomunion y

deposicion contra el autor de ella, á menos que dentro de diez dias de la notificacion de la sentencia condenase públicamente, y se retractase del error, nombrando á san Cirilo por su comisionado y subdelegado en este negocio para presenciar y velar sobre la ejecucion de la sentencia. Nuestro Santo, juntas con su tercera y última amonestacion, envió á Nestorio doce proposiciones con anatemas, llamadas por esta causa *anatematismos*, para que las firmase, como en prueba de su fe; pero el heresiarca pareció mas obstinado que antes. Esto ocasionó la convocacion del tercer concilio general, publicada en Éfeso en el año de 431, y tenido por doscientos obispos, presididos de san Cirilo como legado del papa Celestino y su vicegerente. Nestorio rehusó su asistencia, aunque estaba en la ciudad, y habia sido citado tres veces. Fueron leidos sus sermones hereticales, y recibidas contra él sus deposiciones; lo cual hecho, su doctrina fue condenada, y fulminada contra él la sentencia de excomunion y deposicion; que fue tambien notificada al Emperador.

Seis dias después llegó á Éfeso con cuarenta y un obispos orientales, Juan, patriarca de Antioquía, que favoreciendo secretamente la persona, aunque no los errores de Nestorio, de los cuales le tenia por inocente, habia ido lentamente al lugar en que se celebraba el concilio. En vez de asociarse á este se juntaron ellos solos, y se atrevieron á excomulgar á san Cirilo y sus adherentes. Ambas partes acudieron por justicia al Emperador, por cuya órden poco después fueron arrestados y puestos en estrecha prision san Cirilo y Nestorio, y tratado el primero mucho peor que el segundo. Además de esto, á impulsos del gran poder que en la corte tenia su antagonista, estaba ya Cirilo muy cerca de ser desterrado, cuando llegaron á Éfeso tres legados del papa Celestino, Arcadio y Proyecto, obispos, y el presbítero Felipe, con órden, como lo ejecutaron, de disponer los negocios en favor de este Prelado. Examinado por los tres nuevos legados cuanto habia hecho san Cirilo, fue confirmada la condenacion de Nestorio, aprobada la conducta de nuestro Santo, y declarada nula é inválida la sentencia que contra él habian pronunciado. Declarado así todo, fue puesto en libertad nuestro Santo con el mayor honor. Los orientales continuaron su cisma hasta que en el año de 433, cuando se reconciliaron con san Cirilo, condenaron á Nestorio, é hicieron una exposicion clara y católica de su fe. Desterrado de su silla el heresiarca, se retiró á su monasterio en Antioquía. Juan, aunque antes su amigo, viéndole perversamente obstinado en su herejía, y pretendiendo pervertir á otros, instó al emperador Teodosio á que le

removiese de allí. Fue, pues, desterrado á Oasio, en los desiertos del Egipto superior, á los confines de Libia en el año de 431, y murió miserable é impenitente en su destierro. En el Oriente aun permanece con mucho vigor, y muy numerosa su secta. Triunfó san Cirilo de este heresiarca con su mansedumbre, intrepidez y valor; dando gracias al Señor por sus penalidades, y haciendo profesion de estar dispuesto á derramar por el Evangelio la última gota de su sangre. En 30 de octubre del año de 431 llegó á Alejandría, y gastó el resto de sus dias en mantener en toda su pureza la fe de la Iglesia, en promover la paz y union entre los fieles, y en los celosos trabajos de su cargo pastoral hasta su gloriosa muerte acaecida en el año de 444, en el dia 28 de junio; esto es, el tercero del mes de Epifi de los egipcios, como afirman unánimemente los alejandrinos, los coptos y los etíopes, los cuales abreviando su nombre le llaman Kerlos, y le dan el título de Doctor del mundo. Los griegos guardan en honor suyo el dia 18 de enero; y hacen de él segunda conmemoracion en el 9 de junio. El Martirologio romano le recuerda en este dia. El papa Celestino le llama el generoso defensor de la Iglesia y de la fe, el doctor católico, y el hombre verdaderamente apostólico.

La devocion extraordinaria de este santo Doctor al santísimo Sacramento, se infiere del celo con que frecuentemente repite los efectos gloriosos que produce en el alma de aquel que le recibe dignamente, con especialidad el curar todas sus enfermedades espirituales, fortalecerla contra las tentaciones, domar las pasiones, dar vida, y hacernos uno con Cristo por una union sacratísima, no solamente en espíritu, sino tambien con su humanidad: y por esto dice el Santo, que por la santa Comunion nos hacemos concorporales con Cristo. La dignidad eminente y los privilegios de la siempre gloriosa Vírgen María fueron tambien objetos favoritos en que se detenia muchas veces. En su homilía décima después de haber repetido muchas veces su título de Madre de Dios, la saluda de esta suerte: «Salve, ó «María, Madre de Dios, rico tesoro del mundo, Lámpara inextin«guible, Corona de virginidad, Cetro de la verdadera doctrina, Tem«plo que no puede caer, Habitacion de aquel que no cabe en lugar «ninguno, Madre y Vírgen, por quien recibió el ser aquel que vino «bendito en el nombre del Señor. Salve, María, que encerrásteis en «vuestro vientre al Inmenso y al Incomprensible, Vos, en quien es «glorificada y adorada toda la beatísima Trinidad, en quien es hon«rada la cruz preciosa y venerada en todo el ámbito del mundo, en «quien se alegran los cielos, los Ángeles y Arcángeles se regocijan,

«se ahuyentan los demonios, el tentador se desarma, la criatura que «cayó es restituida á la gloria, y viene al conocimiento de la verdad; «en quien fue instituido el santo Bautismo, en quien fue dado el óleo «de exultacion, en quien fueron fundadas las iglesias de toda la tier- «ra, por quien todas las naciones son traidas á penitencia; y para no «gastar mas expresiones, en quien el unigénito Hijo de Dios encen- «dió la luz á aquellos que estaban sentados en las tinieblas y en la «sombra de la muerte, etc... ¿Qué hombre podrá celebrar conforme «á su dignidad á la mas digna de alabanza, María?»

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA.

San Julian, obispo y patron de Cuenca, ornamento de la Iglesia, honor inmortal de España, y gloria de la ciudad de Burgos, nació en ella el año de 1128. Su concepcion tuvo muchas señales de milagrosa, ó por lo menos mas se debió á las oraciones de sus piadosos padres, que á los esfuerzos regulares de la naturaleza. Contaban muchos años de casados sin el consuelo de sucesion ni esperanza de tenerla: acudieron al cielo con fervorosas súplicas, y fueron atendidos sus deseos. Hízose embarazada su madre, y un sueño que tuvo por este tiempo el padre de Julian, le puso en expectacion, de manera que sin dejar de ser cuidado, se ladeaba mas la inclinacion á interpretarle misterio. Representóle una noche la fantasía que ardia en vivas llamas su cuarto, y que sin respetar el incendio, se iba ocupando todo él de aves nocturnas, de animales oscuros, y de feas sabandijas, que con sus ingratos aullidos, y con su tedioso aspecto, eran horror de los ojos, y tormento de los oidos. Pero notó que saliendo de su mujer un hermoso cachorrillo, mas blanco que la misma nieve, cambió el voraz incendio del cuarto en un inocente resplandor, con las brillantes y lucidísimas centellas que despedia por los ojos y la boca, al mismo tiempo que con sus apacibles ladridos despejó la pieza de tanto animal inmundo, y hecho esto, se volvió el tierno cachorro á refugiarse en su albergue. Dispertó, comunicó el sueño á su mujer, y conviniendo ambos en que eran especies demasiadamente arregladas, para que las enlazase el casual desórden de la imaginacion, neutrales entre la confianza y el susto, esperaron á que el tiempo aclarase su significado.

Solo tardaron en entenderle lo que tardó el niño en nacer. Luego que vió la luz, levantó el tierno bracito, y echó la bendicion á los circunstantes, como lo hacen los obispos cuando bendicen al pueblo. Al

asombro que causó esta maravilla se siguieron inmediatamente otras dos, que fueron á un mismo tiempo interpretacion del misterioso sueño y explicacion de la primera. El mismo dia que bautizaron al niño, se oyó en el aire una suavísima música de los Ángeles que cantaban este motete: *Hoy ha nacido un niño, que en gracia no tiene par*; y al mismo tiempo que le estaban bautizando, se dejó ver sobre la pila un Ángel en figura de un niño hermoso y corpulento, con una mitra en la cabeza, y con un báculo pastoral en la mano que decia: *Julian ha de ser su nombre*. Esta continuacion de prodigios se pudieran llamar aun mas que vaticinios, historia de lo futuro, ó noticia puntual de lo que Julian habia de ser.

Ahorró á sus devotos padres el cuidado de la educacion, porque desde que fue capaz de ella, mostró que no la habia menester. Prevenido con mucha anticipacion de la divina gracia, comenzó á ser Santo antes de ser hombre; y cuando apenas asomaba en su entendimiento el uso de la razon, ya era muy conocido en su inocente alma el uso de la virtud. Niño en los años, y maduro en las costumbres, castigaba en su tierno cuerpo la inocencia, como si tomara venganza de la malicia. Aun no sabia pecar, y ya sabia ayunar, haciéndolo tres dias cada semana, con tanto rigor, como si castigara desórdenes de la gula el que apenas habia aprendido á comer. Desconoció enteramente las travesuras de la niñez, y todos sus juegos se reducian á retirarse largos ratos, y rezar con tierna devocion muchas oraciones que tenia señaladas para cada dia.

Correspondieron sus progresos en el estudio de las letras á sus adelantamientos en la ciencia de los Santos. Hízose dueño de la latinidad, de las artes liberales, y de la sagrada teología, con tanta rapidez y con tanta facilidad, que mereció pasar de discípulo á maestro, enseñando esta última facultad con tanto crédito de su sabiduría, como concepto de su elevada virtud. Murieron sus padres en esta sazon, y dejándole heredero de un honrado patrimonio, no faltaron amigos que le aconsejasen siguiese el ejemplo de los que le habian dado el ser, abrazando el mismo estado, para perpetuar en su descendencia los bienes que poseia. Despreció unos consejos en que tenia mas parte el espíritu del mundo que el espíritu del Evangelio, y resolvió conservar perpetuamente intacta su virginal pureza, para que fuese mas grata al Señor la entrega que ya le habia hecho de todo su corazon.

Con este espíritu de devocion y de recogimiento labró una humilde casita, pegada por una parte al convento de San Agustin, y por otra á una ermita que habia sido habitacion de santo Domingo de Si-

los, para que una y otra vecindad fomentasen el retiro, y fuesen incentivo á su fervor. El ejemplo de los religiosos avivaba en él la devocion; y la memoria del milagroso ermitaño encendia mas y mas en su corazon el amor á la soledad.

No debió de bastar esta señal á los que importunaban sobre que se casase, para que conociesen que eran muy distintos sus santos pensamientos· y acaso con el fin de que les entrase por los ojos el desengaño, manifestando con las obras que ya habia tomado su partido, recibió las cuatro primeras órdenes, pero sin querer pasar de ellas, hasta haber recogido mas caudal de devocion y de virtud, persuadida su humildad á que todavía le faltaba mucho para el que pedia la sublime dignidad del sacerdocio. Fue en fin promovido á ella, y con la nueva dignidad, si no se vió en Julian otro nuevo hombre, se hizo por lo menos muy perceptible á todos una palpable renovacion de fervor.

Pareciéndole que podia ser tibieza en el sacerdote, la que era devocion en el seglar, se entregó total y absolutamente á la oracion, al estudio y al retiro. Celebraba cada dia el santo sacrificio de la misa en el altar de un devoto y milagroso Crucifijo, con tanto recogimiento, con tanta compostura, con tanta gravedad y con tanta devocion, que la comunicaba á todos los asistentes; de manera que los que entraban en el templo indevotos, solo con verle celebrar, se reconocian compuestos, y salian compungidos. Las dulces lágrimas que se desprendian de sus ojos eran de ternura, sin dejar de ser inundacion; y dándose por entendidos los corazones de los que la observaban, hacian devota compañía las que se derramaban en la iglesia, á las que se vertian en el altar.

Desde él se retiraba á su cuarto; todo el tiempo que no dedicaba á la oracion le empleaba en el estudio de la sagrada Escritura, y en la atenta leccion de los santos Padres y Doctores de la Iglesia, negándose absolutamente á la lectura de autores profanos; persuadido á que esta especie de erudicion, en quien no tiene obligacion de dedicarse á ella ó por instituto, ó por ministerio particular, si no desdice de la santidad del sacerdocio, contribuye poco á perfeccionarla, y cuando no disipe el espíritu, á lo menos le deseca. No habia que hablarle en negocios puramente seculares, pues en no perteneciendo directa ó indirectamente á la salvacion de las almas, ó al bien espiritual de sus prójimos, no solo se negaba resueltamente á sus oficios, sino tambien á su noticia: pronto, expedito, activo y siempre eficaz en los primeros, se hacia del todo sordo á los segundos, siendo de

dictámen que el sacerdote debe ser continuamente mediador entre Dios y el pueblo; pero nunca entre el pueblo, el interés, la ambicion, la conveniencia ó la codicia.

Estimulado del celo y de la obligacion en que le empeñaba su estado, cuando se halló con suficiente caudal de doctrina, por no estancar las aguas que tenia recogidas en su cisterna, derivadas de la fuente del Salvador, determinó comunicarlas á los pueblos por el ministerio de la predicacion. Dió principio á él, predicando en las aldeas ó poblaciones reducidas de los contornos de Burgos. El fruto correspondió á la solidez de los sermones, á la pureza de la intencion y á la santidad del predicador. Envidiesa con santa emulacion la misma ciudad de Burgos, de que los extraños, por decirlo así, se comiesen su sustancia, le dió á entender que pedian la razon, la justicia y la obligacion, que el celo comenzase por los propios; y como en Julian era encogimiento y desconfianza lo que parecia extrañeza, fácilmente se rindió á los deseos de sus conciudadanos. Comenzó á predicar en las iglesias de la ciudad, y desde luego se conoció que eran estrecho teatro para los concursos las mas capaces iglesias. El aplauso fue sin igual, pero no fue estéril. Al número de los concursos correspondia el número de las conversiones; y cuando todos salian de sus sermones diciendo que nunca habia hablado así otro algun hombre, acreditaban sus lágrimas, sus sollozos, y la mudanza de las costumbres la verdad de lo que decian. Sin esta verdadera prueba, los mayores aplausos de los predicadores son estruendo de la lengua, y hojarasca de los oidos, á escusas del buen juicio, y sin noticia del corazon. Extendida por toda la España cristiana la fama del nuevo predicador, fueron muchas las provincias que le desearon, y muchas tambien las que le oyeron, experimentando con la general reforma, que la fama era menor que su mérito, y que aquella voz que suele cobrar mas fuerzas cuanto mas camina, con efecto habia llegado algo cansada á sus oidos.

Experimentólo así la santa iglesia de Toledo, y ansiosa de aumentar su esplendor con aquella brillante antorcha, como tambien de disfrutar mas de asiento su doctrina, su apostólico celo y sus ejemplos, deseó, solicitó y consiguió hacerle prebendado suyo, con la sobresaliente dignidad de arcediano. Fue Julian modelo de arcedianos, como lo habia sido de sacerdotes y de predicadores. El coro, los pobres, la vigilancia sobre las costumbres, la proteccion de las viudas, el amparo de los huérfanos, sus acostumbrados sermones, el estar pronto para servir al prelado siempre que este imploraba las funcio-

nes de su ministerio, siendo *el ojo y la mano derecha del obispo*, segun la expresion de los sagrados Cánones: estos fueron los continuos ejercicios de nuestro santo Arcediano, tan distante de representar la nueva dignidad con diferente aparato, que nunca se consideró mas obligado á dejarse ver en su casa y en el público con mas humildad, con mayor moderacion, ni con mas pobre decencia.

Alfonso VII, rey de Castilla, auxiliado del rey de Aragon, habia conquistado pocos años antes la ciudad de Cuenca, restituyéndola á su legítima dominacion, después de haber sufrido la tiránica de los sarracenos. Muerto D. Juan Yañez, su primer obispo después de la conquista, juzgó el Rey que no podia presentar para aquella silla hombre mas benemérito que á nuestro Arcediano de Toledo. Sobresaltóse extrañamente la modestia de Julian, cuando entendió la resolucion del Monarca; representó, instó, suplicó, lloró y protestó la falta de virtud, de talentos y de fuerzas; pero le fue preciso obedecer, siendo su misma resistencia el mejor testimonio del acierto, y el fiador mas seguro de la eleccion.

Consagrado ya obispo, tuvo poco que hacer para disponer su familia. Reducíase toda ella á un solo criado que le servia de paje, de capellan, de limosnero, de mayordomo y de secretario. Llamábase este Lesmes, hombre en todo tan parecido á su amo, que rindió la vida en servicio de la caridad, y mereció á la iglesia de Burgos, donde recibe culto su cuerpo, las veneraciones de Santo. Con esta comitiva se dirigió Julian á su obispado, y entró á pié en la ciudad de Cuenca, sin admitir otro recibimiento que el que le hicieron (y él no podia excusar) las ansias de los pobres, las esperanzas de los huérfanos, y los suspiros de los necesitados.

Excedió con muchas ventajas toda su expectacion. Declaró desde luego que no se interesaria ni en un solo maravedí de las rentas de su obispado, y cumplió á la letra lo que declaró. Dedicólas todas, hasta el último cornado, al sustento de los pobres, á la redencion de los cautivos, á dar estado á las huérfanas desamparadas, á satisfacer deudas de los encarcelados, á socorrer hospitales, á regir y dotar otros nuevos, y á diferentes pias fundaciones; cuya memoria subsiste hoy en aquella ciudad, donde parece que dejó la caridad como en herencia, y la misericordia como fruto del terreno, ó como temperamento del clima. Mientras tanto el Obispo y su Capellan, á imitacion de san Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas que vendian para alimentarse, y les sobraba mucho del producto que se agregaba á la gruesa de los pobres, porque para ayunar los dos,

necesitaban poco dinero. Era mucho el despacho de estas cestillas, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro deposito de milagros, como se experimentó en una furiosa pestilencia que afligio en tiempo del santo Obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó que no hubiese encontrado en ellas la salud: prodigio que, aun después de muerto el Santo, se experimento por largo tiempo en muchas enfermedades, supliendo las cestillas de san Julian lo que faltaba al acierto de los médicos, o a la eficacia de las medicinas.

No podia olvidarse de las obras de misericordia espirituales el que con tanto esmero se dedicaba al ejercicio de las corporales, y era preciso que en su apostolico celo ocupasen el primer lugar las necesidades del alma, cuando se hacian tanto en su caritativa compasion las diligencias del cuerpo. Estaba aun muy reciente en la diocesi de Cuenca la memoria de los infieles que la habian tiranizado, para que todavia no se conservasen muchas huellas, que la mezcla de los moros habia estampado en las costumbres de los Cristianos; y para borrarlas del todo, visitaba Julian indefectiblemente cada año su obispado, y era cada visita, no como quiera una reforma, sino una visible transformacion de los pueblos. Persuadido á que arreglado en los eclesiasticos el modelo de la grey, saldria sin defectos la fundicion del rebaño, se dedicaba principalmente a la buena formacion de aquellos: se compadecia de los flacos, abatia el orgullo de los díscolos, castigaba a los obstinados, y nunca daba cuartel a los escandalosos: pero en todos preferia los suaves medios de la dulzura á las severidades del rigor; y cuando echaba mano de estas, daba bien a entender que la aspereza de la medicina no era desabrimiento del médico, sino maliciosa rebeldía de la enfermedad. Con este metodo consiguió en breve tiempo que el clero de la diocesi de Cuenca fuese como un animado ejemplar á toda la clerecía de España; y para conservar en la suya los frutos de la reforma, ponia el mayor cuidado en no conferir las ordenes a sugeto alguno, cuyas ejemplares costumbres no legitimasen la pureza de la vocacion, y no pronosticasen el desempeño del estado, siendo de parecer, que rara vez se hace un eclesiástico ajustado de un seglar escandaloso.

Ademas de las exhortaciones públicas que hacia en tiempo de la visita, cuando se retiraba á la capital, predicaba todas las semanas a los muchos infieles que habia aun dentro de ella; y para que se extendiese el mismo beneficio á los muchos mas que estaban esparcidos en todo el obispado, iba de pueblo en pueblo ejercitando el pro-

pio ministerio, con lo que hacia innumerables conquistas para Jesucristo, desterrando el Alcoran, introduciendo el Evangelio; y al mismo tiempo que alumbraba á la ceguedad de los moros con las luces de la fe, movia la dureza de los Cristianos á la reforma de la vida.

Pero ninguna cosa le ganó mas los corazones de todas sus ovejas, que aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia en beneficio de ellas el liberalísimo Pastor. Esta inagotable caridad, que fue su verdadero carácter, le mereció innumerables favores del cielo, y fue acreditada con otros tantos prodigios. En cierta ocasion tuvo por convidado en la casa de los pobres al mismo Jesucristo, que le agradeció lo que hacia por ellos, honrándole con el título de *buen amigo suyo*, y prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza. En otra vió repentinamente colmada de trigo su panera, para socorrer cierta necesidad, siendo así que reconocida un poco antes se hallaba sin un grano. En otra se vió entrar por la ciudad una milagrosa recua cargada de granos sin guia, ni conductor, que se dirigió al palacio del Obispo: y dejando caer los costales, desapareció sin poderse averiguar quién la habia conducido. Dió órden el Santo á su fiel criado Lesmes, que al punto repartiese todo aquel trigo entre los pobres, proporcionando la distribucion á la necesidad de cada uno: hízolo Lesmes con tanto celo y con tanta actividad, que rindió la vida al exceso del trabajo: mártir de la caridad, que murió de fatiga, porque otros no pereciesen.

Claro está que el enemigo de la salvacion no habia de mirar con indiferencia aquel varon de misericordia, cuyas obras eran tan gratas á los ojos del Señor. Armóle todo género de lazos para derribarle. Uno de los muchos dias que ayunaba á pan y agua, se fué Julian á sentarse á la mesa, cuyo aparato se reducia á una pobre servilleta sobre una tosca tabla. Encontró en ella una hermosa trucha como de tres libras, cuya frescura era capaz de despertar al mas dormido apetito. Sorprendióse el Obispo; preguntó á su criado quién la habia puesto allí; respondió con verdad que no lo sabia, y sospechando Julian el artificio del enemigo comun, fué á cogerla para arrojarla en un pozo, y desapareció la trucha, quedando descubierto el lazo.

Estaba el Santo rezando en otra ocasion con el recogimiento que acostumbraba: entró un hombre en su cuarto cargado con talegos de moneda; y sin mirarle, por no interrumpir su devocion, creyendo que seria el mayordomo, le preguntó: *¿Qué traeis ahí? Señor, el dinero de las rentas*, respondió el hombre aparente. No ignoraba Julian que todas las devengadas estaban ya bien expendidas; pero per-

suadiéndose que podia ser alguna de aquellas milagrosas providencias á que estaba tan acostumbrado, iba á tomar el dinero, cuando este y el que le traia se desvanecieron en humo, pero tan pestilencial y hediondo, que por largo rato dejó inficionada la habitacion con un hedor abominable; convirtiéndose en despecho de Satanás el imaginario triunfo, porque la accion de Julian fue efecto de confianza, impulso de la caridad, y desprecio de la codicia.

Tercera vez volvió á la carga el no escarmentado enemigo. Habia rescatado nuestro Santo á una doncella noble, natural de la ciudad de Burgos, á quien habian hecho cautiva los moros de Granada, y puesta ya en libertad, la habia casado con un caballero de iguales circunstancias; pero era ya muerta, sin que Julian lo supiese. Estando un dia en oracion, oyó una voz que le dijo: *Julian, siervo de Dios, ¿qué es lo que haces? ¿Duermes? ¿no me conoces?* Abrió los ojos, y viendo junto á sí á la que se figuró la doncella rescatada, la preguntó sobresaltado, ¿qué se la ofrecia? Á que respondió la representada mujer con halagüeña ternura, que venia á mostrarse agradecida á su caridad, y á corresponder obsequiosa á tanto como le debia, arrimándose mientras tanto hácia Julian, y añadiendo otras palabras de cariño. Á este tiempo sintió el Santo que con mano invisible le daban un empellon, y oyó una voz que le decia: *¿Qué haces, Julian? Mira que no es la que piensas, sino el sucio y abominable Satanás que intenta engañarte:* y al punto desapareció el enemigo. Quedó nuestro Santo extrañamente confuso, y pareciendo á su delicadeza que habia tenido algun descuido, le lloró amargamente, haciendo penitencia de él toda su vida.

Habiendo sido esta no menos dilatada que llena de virtudes, de ejemplos y de merecimientos, quiso, en fin, premiárselos el Señor, y para purificarle mas le envió una enfermedad no menos grave que penosa, la que entendió Julian habia de ser la última. Cuando le pareció tiempo pidió los santos Sacramentos, y para recibirlos con mas devoto aparato se vistió de pontifical; pero después de recibidos se despojó de los ornamentos de la dignidad: se vistió un áspero cilicio, se tendió en el duro suelo, se cubrió de penitente ceniza, no admitiendo otra almohada que la de una dura piedra; y cuando ya habia entrado en la agonía, vió venir hácia sí una hermosísima doncella, cuyo ropaje excedia en candor á los ampos de la nieve, y el resplandor que despedia de sí, oscurecia los mismos rayos del sol. Traia en la cabeza una guirnalda de rosas; acompañábala una brillante tropa de vírgenes celestiales, y todas cantaban con dulcísima

armonía aquel verso del Eclesiástico: *Veis aquí al gran Sacerdote que en sus dias agradó al Señor.*

Dióle milagrosas fuerzas la visita celestial, hincóse de rodillas, rindió mil gracias á la Madre de su Dios por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* Desapareció la vision, y poco después se fué tambien tras ella la purísima alma de nuestro Santo, desprendida de su cuerpo, un domingo 28 de enero del año 1208, á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró vieron cuantos se hallaron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma mas blanco que la misma nieve, el que se fué elevando por el aire hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgaron á vista de todos, y se oyó la música de los Ángeles.

Á una concepcion verdaderamente milagrosa, á un nacimiento acompañado de prodigios, á una vida llena de milagros, y á una muerte tan colmada de portentos, se siguieron tantos después de ella, que la devocion de los pueblos comenzó á aclamarle Santo; instando porque fuese elevado de la tierra, como se hizo pocos años después, y colocándole sobre el altar de santa Águeda, se le rindió culto, se le celebró fiesta, y se le hizo lugar en el calendario. Trescientos y diez años se mantuvo su cuerpo en este altar, hasta que en el de 1518, siendo Pontífice Leon X, y reinando en España Carlos V, fue solemnísimamente trasladado al que hoy ocupa. Cuando se abrió la urna para registrar al santo cuerpo, se halló tan entero, tan sin corrupcion como si espirara en aquel punto; y las vestiduras tan nuevas y tan flamantes, como si acabaran de salir de la tienda. Estaba vestido de pontifical; mitra de raso blanco labrada de oro en la cabeza; báculo pastoral, cáliz y vinajeras, todo de plata, sobre el santo cuerpo, y al lado un ramo de palma, tan verde y tan frondoso como si le acabaran de cortar. Esta solemne traslacion es la que celebra hoy toda la Iglesia de España. Y en el dia 5 de setiembre solemniza la santa iglesia de Cuenta la fiesta principal de su gran patrono san Julian.

La Misa es en honor de san Julian, y la Oracion es la que sigue:

Excita, quaesumus, Domine, in populo tuo spiritum charitatis, quo beatum Julianum, confessorem tuum atque pontificem, replere dignatus es; et concede ut cujus festivitatem cele-

Suplicámoste, Señor, que excites en tu pueblo aquel espíritu de caridad de que llenaste á tu confesor y pontífice el bienaventurado Julian, para que caminemos á tí, imitando los ejemplos

bramus, per ejus ad te exempla gradiamur : Per Dominum...

de aquel, cuya fiesta celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XX *de los Hechos apostólicos.*

A Mileto autem mittens Ephesum, vocavit majores natu Ecclesiae. Qui cum venissent ad eum, et simul essent, dixit eis : Attendite vobis, et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos, regere Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine suo. Et nunc commendo vos Deo, et verbo gratiae ipsius, qui potens est aedificare, et dare haereditatem in sanctificatis omnibus. Argentum et aurum, aut vestem nullius concupivi, sicut ipsi scitis : quoniam ad ea quae mihi opus erant, et his qui mecum sunt, ministraverunt manus istae. Omnia ostendi vobis, quoniam sic laborantes, oportet suscipere infirmos, ac meminisse verbi Domini Jesu, quoniam ipse dixit : Beatius est magis dare, quam accipere.

En los dias apostólicos Pablo envió á llamar desde Mileto á los ancianos de la Iglesia de Éfeso, á quienes luego que se presentaron, estando juntos, les dijo: Cuidad de vosotros y de toda la grey en que os puso obispos el Espíritu Santo, para regir la Iglesia de Dios, que adquirió con su sangre Jesucristo. Y os encomiendo á Dios y á la palabra de su gracia, que es poderosa para edificar y dar herencia en todos los santificados. De ninguno codicié la plata, el oro, ó vestido, como sabeis vosotros mismos; porque todo lo necesario para mí y mis compañeros sufragaron estas manos. Todo os lo he manifestado, porque trabajando así conviene recibir á los enfermos, y acordarse de la palabra del Señor Jesús, que dijo: Mucho mas dichoso es dar que recibir.

REFLEXIONES.

Testigos sois del modo con que me porté con vosotros, sirviendo á Dios con toda humildad. Esta fue la virtud de san Pablo, y esta fue tambien, por decirlo así, la virtud de Cristo: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Es la humildad el cimiento de toda virtud, y el título primordial para tener derecho á la eterna bienaventuranza. Con ella se puede aspirar á su dichosa posesion; y sin ella es vana toda pretension de conseguirla jamás. La soberbia precipitó de la corte celestial á los Ángeles rebeldes, y la humildad la volvió á poblar de tantos espíritus verdaderamente humildes. No hay virtud que esté mas á mano para todo: ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican: el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas: el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito, y la misma santidad, ofrecen grandes materiales

al ejercicio de esta virtud. Ninguno hay que no pueda, y no deba humillarse: el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y su abatimiento. Si Dios hubiera hecho dependiente nuestra salvacion de otra virtud, muchos quizá se considerarian excluidos de su reino; pero ninguno se puede excusar de ser humilde. No hay cosa mas fácil que el ser santos, cuando el ser humildes nos es tan natural. Pero no se trata ahora de aquella humildad especulativa, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dejar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio; no solo enseña el bajo concepto que cada cual sabe debe tener de sí mismo, sino que se alegra de que los demás hagan tambien el mismo bajo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde: para ser humildes es menester complacerse en la humillacion, y este es el fundamento del edificio cristiano.

El Evangelio es del capítulo VI *de san Mateo.*

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra; ubi aerugo, et tinea demolitur; et ubi fures effodiunt, et furantur. Thesaurizate autem vobis thesauros in coelo; ubi neque aerugo, neque tinea demolitur, et ubi fures non effodiunt, nec furantur. Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit. Si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit. Si ergo lumen quod in te est tenebrae sunt, ipsae tenebrae quantae erunt? Nemo potest duobus dominis servire: aut enim unum odio habebit, et alterum diliget; aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire et mammonae. Ideo dico vobis, ne solliciti sitis animae vestrae quid manducetis; neque corpori vestro quid induamini. Nonne anima plus est quam esca; et corpus plus quam vestimentum? Respicite volatilia coeli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congre-

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos que no codiciasen las cosas temporales, les dijo: No querais atesorar riquezas en la tierra, donde el orin y la polilla roen, y los ladrones desentierran y roban. Atesorad bienes para vosotros en el cielo, donde no roe la polilla, y los ladrones no desentierran ni roban. En donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon. La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si estos fuesen simples, todo tu cuerpo será luminoso, pero si tus ojos fuesen malos, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz que hay en tí son tinieblas, ¿cuántas serán estas mismas? Ninguno puede servir á dos señores: porque ó aborrecerá á uno, y amará á otro, ó tolerará á uno, y despreciará á otro. No podeis servir á Dios y al dinero. Por tanto os prevengo, que no esteis ansiosos en vuestro interior de lo que habeis de comer, ni en vuestro exterior de lo que habeis de vestir. ¿Por ventura no importa mas el alma que la comida, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves que sin sembrar, segar,

gant in horrea; et Pater vester coelestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis? Quis autem vestrum cogitans potest adjicere ad staturam suam cubitum unum? Et de vestimento quid solliciti estis? Considerate lilia agri quomodo crescunt; non laborant, neque nent. Dico autem vobis, quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis. Si autem fenum agri, quod hodie est, et cras in clibanum mittitur, Deus sic vestit: quanto magis vos modicae fidei? Nolite ergo solliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Haec enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. Quaerite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus; et haec omnia adjicientur vobis.

ni entrojar, las alimenta vuestro Padre celestial. ¿Acaso no valeis vosotros mas que ellas? ¿quién de vosotros por mas que discurra puede añadir á su estatura un solo codo? ¿Y por qué andais acongojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo, sin manufacturar ni hilar: y sin embargo os aseguro, que Salomon en toda su gloria no se adornó como uno de ellos: si al heno del campo que hoy existe, y mañana se echa en el horno, viste Dios de esta manera: ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No querais ser ansiosos, diciendo: ¿Qué comerémos, beberémos, ó vestirémos? Todas estas cosas solicitan los gentiles. Vuestro Padre sabe muy bien que de todo esto necesitais. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por accesorio.

MEDITACION.

De la caridad con los pobres.

Punto primero. — Considera que la caridad ó la misericordia con los pobres, es una tierna compasion del alma, á vista de las miserias y de las necesidades ajenas con un vivo deseo de remediarlas. Un corazon duro es señal de alma negra y maligna. Es la compasion una virtud connatural al hombre: apenas hay bárbaro que pueda mirar á sangre fria las lágrimas y el desconsuelo de otros. Ninguna cosa hace á los hombres mas semejantes á las fieras que la inhumanidad, y ninguna es mas propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella como un mandamiento ó precepto suyo muy particular, y queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones, ó precisos títulos, por los cuales nos habia de conferir el reino de los cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres, sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial.* ¿Á cuánta bondad, á cuánta compasion, á cuánta liberalidad nos obliga este precepto? Pero en medio de eso ¿cuáles son sus efectos?

En vano nos dice el Salvador, que él mismo es el que nos pide limosna: que á él mismo se la damos: *mihi fecistis:* tiénese por una figura retórica, que se lee ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿Créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos, donde todo le falta? ¿Créese que es el que desfallece en los hospitales, el que se muere de hambre y de miseria en las casas particulares, mientras tú engordas entre la abundancia, y los excesos te acortan los dias de la vida? ¿Juzgas que fue efecto de la casualidad ó de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y sobre tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría, te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á estos, que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero; mas con la precisa condicion de que has de proveer las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribucion y economía de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la indispensable condicion y carga de cuidar de los infelices. Pero ¿se cumple el dia de hoy con esta obligacion indispensable? ¡Oh Dios! ¡cuántos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres!

Punto segundo.—Considera que la misericordia con los pobres no solo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de esta. ¡Cosa extraña! cada dia se están arruinando las casas, consumiéndose las mas floridas rentas, y haciéndose los mas locos, los mas superfluos gastos, por el deseo de la gloria, de sobresalir y distinguirse. Cómprase un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se desvanece en un instante; hácense grandes gastos para dar al mundo unas escenas teatrales que deslumbran, que engañan, que divierten por algun tiempo, y al cabo ordinariamente se terminan en confusion, en desprecio y en mucha burla del mismo que las dió. Por el contrario, ¿cuánto honor haria á todos los hombres ricos una liberalidad verdaderamente cristiana? ¿Qué accion mas noble, que sacar de la miseria y arrancar como de los brazos de la muerte á un número sin número de infelices? Y aun en máximas del mundo, ¿qué obra mas heróica, ni mas magnífica que ser, por tu liberalidad, como un glorioso redentor de muchas familias honradas, á quienes una secreta, muda y vergonzosa miseria iba á precipitar en la desesperacion, y tú las restituiste á la salvacion y á la vida? ¿No es mas glorioso dar el pan á Jesucristo en la persona de los pobres, que man-

tener una docena de holgazanes, solícitos en vivir á costa ajena, para ser mas disolutos?

Atribúyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, mil acasos que ciertamente no tuvieron parte en ella. La causa mas frecuente de esos trastornos, de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Niéganse á Dios los intereses, y así no hay que extrañar que te haga perder el principal. No le das el fruto, y quítate el fondo: *Alüs locavit agricolis*. Si se cierra el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se divierta á otra parte? ¿Quieres fijar la rueda de esa próspera fortuna? ¿Quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿Quieres que pase la abundancia á una dilatada serie de descendientes tuyos? Pues sé rico en misericordias, sé liberal, sé magnífico, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las prosperidades es la subsistencia de los pobres; el bien que se hace á ellos interesa al mismo Dios; todo cuanto se les da se pone á lucro. No esperes que tu habilidad, ni tus precauciones hayan de asegurar á tus hijos esa rica hacienda: mas virtud, mas fuerza tiene la limosna que todas las escrituras, ni todos los contratos. ¿Donde hay gloria mas brillante ni mas sólida que la que produce la misericordia con los desdichados? Pon los ojos en san Julian. Su caridad le despojo de todos sus bienes, hasta de los precisos para sustentarse. Pero ¡qué gloria, qué consuelo el de este gran Santo, por haber sacrificado cuanto tenia en alivio de los pobres!

¿Cuándo ha de llegar el tiempo, divino Salvador mio, en que vuestro ejemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos? Mucha necesidad tengo de vuestra gracia; y así os la pido, Señor, y con ella aquellas entrañas de misericordia con los infelices, que son un manantial inagotable de todos los bienes.

Jaculatorias. — Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él, y le librará en el dia de su mayor tribulacion. (*Psalm.* XL, 1).

Alarga tu mano al pobre para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciacion por tus pecados, y para que el Señor eche la bendicion sobre tus bienes. (*Eccles.* VII).

PROPÓSITOS.

1 Acuérdate de que no te hizo Dios rico para tí solo, dióte los bienes que posees para tí y para los pobres. Siendo padre de todos,

¿á qué fin te habia de conceder á tí tantas cosas superfluas, dejando á tantos otros sin las necesarias? No los ama menos que á tí, ni tú le costaste menos que ellos: de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hubieses recibido?* dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso, esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes, pero quiere tambien que los pobres tengan parte en ellos. No olvides, pues, esta obligacion de una caridad indispensable, y desde hoy mismo impónte una ley de que no se te pase dia sin hacer alguna limosna á proporcion de tus haberes. Aunque pagases á Dios el diezmo de tus bienes no harias demasiado, pues al fin es el primer Señor, y el soberano Dueño de todo. ¡Escandalosa injusticia! ¡dureza impía! ¡Cuánto se gasta en mantener gordos los perros y los caballos, dejando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Haz reflexion á lo que en un solo dia gastas en el juego, y consumes en tus diversiones, considerando que eso solo bastaria para sacar de miseria á un gran número de infelices.

2 No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes, aunque lo hicieron muchos Santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á otro: heroismo de caridad que todos admiramos en san Paulino, y que solicitó después imitar santo Domingo. Pídete que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos, y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estas obras de misericordia, antes bien enriquecerán no solo á los pobres, sino á tus mismos herederos. En fin, rescata tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice san Agustin, haz cuenta que tienes cuatro contando á Jesucristo por uno de ellos; y vístele en la persona de un pobre.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

San Francisco de Sales, obispo de Ginebra y confesor, en Leon de Francia: la festividad de su triunfo se celebra el dia 28 de diciembre. *(Véase su vida en las de este dia).*

El nacimiento de los santos mártires Papias y Mauro, soldados en tiempo del emperador Diocleciano; en Roma, en la via Nomentana: á los cuales á la primera confesion que hicieron de Cristo, mandó Laodicio, prefecto de

la ciudad, que con piedras les quebrantasen las bocas; luego fueron puestos en prision y azotados con manojos de varillas, y por último que los moliesen con pelotas de plomo hasta que cayesen muertos.

San Constanzo, obispo y mártir, en Perusia, el cual juntamente con sus compañeros recibió la corona del martirio por defender la fe católica en tiempo del emperador Marco Aurelio.

Los santos mártires Sarbelio y Barbea, su hermana, en Edesa de Siria, los cuales bautizados por san Barsimeo, obispo, fueron martirizados en la persecucion de Trajano, en tiempo del presidente Lisias.

San Sabiniano, mártir, en la comarca de Troyes en Francia, quien por mandato del emperador Aureliano fue degollado por la fe de Cristo.

San Aquilino, presbítero, en Milan, á quien los Arrianos atravesaron el cuello de una estocada, alcanzando así la palma del martirio.

San Valero, obispo, en Tréveris, discípulo del apóstol san Pedro.

San Sulpicio Severo, obispo, en Bourges de Francia, célebre por su virtud y erudicion.

SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO Y CONFESOR.

San Francisco de Sales, ilustrísimo por su nacimiento, como hijo de una de las mas nobles y mas antiguas casas de Saboya, celeberrimo por su piedad y por su celo, apostol de estos últimos tiempos, uno de los mas bellos ornamentos de la dignidad episcopal, uno de los mayores Santos de la Iglesia, nació en el castillo de Sales, del ducado de Saboya, el dia 21 de agosto del año 1567.

La condesa su madre, que era de la ilustre casa de Sinodas, quiso encargarse por sí misma del cuidado de su primera educacion, y de formarle en la virtud desde sus primeros años. Pero las buenas disposiciones del hijo hicieron desde luego eficaces los piadosos desvelos de la madre. En su niñez no gustaba de otros entretenimientos que de aquellas devociones serias, que son propias de la edad mas adelantada y mas madura. La compasiva ternura con que miraba á los pobres en una edad tan poco sensible á las miserias ajenas, fue presagio de la extraordinaria caridad que habia de tener después. No se contentaba con repartir entre ellos cuanto le daban á él para sus inocentes juegos, sino que en no teniendo otra cosa que darles, se quitaba algo de su propia comida para socorrerlos.

Los progresos que hizo en las ciencias correspondieron á los que ya habia hecho en la virtud. Era de ingenio vivo, sólido, penetrante, claro, y naturalmente culto y despejado; poseia una elocuencia nada comun, y estaba dotado de una memoria feliz. Estos grandes talentos le hicieron después uno de los mas sabios y de los mas santos prelados de la Iglesia.

Enviáronle sus padres á Paris al colegio de los Padres de la Compañía. Fue recibido de ellos con el cariño y con la estimacion que se llevaba tras de sí á cualquiera parte donde fuese. Estudió filosofía y teología, siendo su maestro el sabio P. Maldonado, y aprendió las lenguas hebrea y griega, enseñándoselas el famoso Genebrardo.

Pero aunque se adelantaba mucho en todas estas ciencias, se adelantaba mucho mas en la importantísima de la salvacion. El único descanso que tenia para respirar de las tareas del estudio era entregarse á ejercicios de virtud: tanto que desde entonces fue menester tirar de la rienda á su fervor.

Considerando los grandes medios que habia en las congregaciones de la santísima Vírgen, erigidas en los colegios de la Compañía, no solo para conservar la inocencia, sino para hacer grandes progresos en la perfeccion, quiso entrar en una de ellas. Á poco tiempo le hicieron prefecto de la congregacion, atendiendo á los méritos de su extraordinaria piedad; y no es fácil decir el mucho provecho que hicieron sus grandes ejemplos en aquella tierna y piadosa juventud. Comulgaba cada ocho dias; tres en la semana traia cilicio, y queriendo consagrarse á Dios mas perfectamente, hizo voto de perpetua castidad delante de una imágen de la santísima Vírgen en la iglesia de San Esteban.

No podia sufrir el enemigo comun tanta inocencia y tanto fervor en un jóven de tan tierna edad, y le acometió con una tentacion que era la mas capaz de trastornarle. Sugirióle con la mayor viveza, que en vano se fatigaba, puesto que era del número de los precitos, y así, hiciese lo que hiciese, infaliblemente se condenaria. El horror del infierno, el considerarse en el infeliz estado de los réprobos, el espanto y la turbacion que esto le causó, le llenó de una melancolía tan profunda, que poco á poco le iba consumiendo, hasta que fijando un dia los ojos en un retrato de la santísima Vírgen, la dijo con extraordinario fervor y ternura: Señora, si es tanta mi desdicha, que he de ser condenado, y que he de estar en la desgracia de mi Dios después de mi muerte; á lo menos quiero tener el consuelo de amarle con todo mi corazon por todos los dias de mi vida. Esta oracion tan devota, y tan ajena de los sentimientos que suele tener una alma réproba, disipó las nubes, confundió al demonio, y restituyó la tranquilidad á su corazon.

Habiendo acabado sus estudios en Paris, pasó de órden de sus padres á la ciudad de Padua á estudiar en aquella célebre universidad la jurisprudencia debajo del magisterio del famoso Pancirola. Esco-

gió luego por director de su conciencia al P. Posevino; y conociendo este insigne Jesuita en aquel jóven un corazon segun el corazon de Dios, se aplicó con el mayor empeño á proporcionarle, disponerle y habilitarle para las grandes empresas á que concibió tenia Dios destinada aquella alma verdaderamente grande.

Envidiosos los demás condiscípulos ó contemporáneos suyos de la universal estimacion que se habia adquirido Francisco por su virtud, armaron á su pureza un terrible lazo. Con cierto honrado pretexto que fingieron, le llevaron á casa de una dama cortesana, que á los principios se fingió muy virtuosa y muy devota, y le dejaron solo con ella. Lidió algun tiempo contra sus artificios y contra su desenvoltura; y fue tan violento el combate, que al fin no tuvo otro medio para salir del peligro que tirarla á la cara un tizon que encontró á mano, y tomar la escalera con precipitada fuga. Hízole mas circunspecto esta victoria, y renunciando desde luego las malas compañías de la gente jóven, redobló sus penitencias.

Al volverse á Saboya quiso visitar la casa santa de Loreto; y en aquella celestial capilla recibió tales favores, y experimentó su alma tales consuelos en premio de la ternísima devocion que profesaba á la santísima Vírgen, que no siendo facil imaginarlos, lo es mucho menos referirlos. Renovó en ella el voto de perpetua castidad que habia hecho en Paris, y la resolucion que ya tenia tomada desde Padua de abrazar el estado eclesiastico, como lo ejecutó luego que llegó á Anessy. Vacó por entonces la dignidad de preboste en la iglesia catedral, y fue provisto en ella, á pesar de su humilde repugnancia. Ordenado de sacerdote, solo penso en desempeñar con el mayor fervor las obligaciones de su dignidad y de su ministerio.

Era obispo de aquella iglesia Claudio Granier, que amaba tiernamente á Francisco y le miraba ya como á su sucesor. Mandóle que predicase; y lo hizo con tanto espíritu y con tanta eficacia, que logró por fruto de su primer sermon trescientas conversiones grandes y ruidosas.

No es ponderable el gusto con que le oian, ni el fervor y la eficacia con que predicaba. Era voz comun que no habia obstinacion tan empedernida que pudiese resistir á su devocion en el altar, ni á su elocuencia en el púlpito. Andaba sin cesar de aldea en aldea y de choza en choza, instruyendo á innumerables pobres rústicos é ignorantes, que vivian en el cristianismo cási sin conocerle; y sus primeras excursiones apostolicas ganaron tantas almas para Jesucristo, que así el obispo de Ginebra, como el duque de Saboya, le hicieron

misionero de Chablais, no dudando que habia de ser su apóstol.

Luego que Francisco recibió su mision, marchó á buscar al enemigo; y sin acobardarle estorbos, trabajos, ni peligros, fué á atacar á la herejía hasta en sus mismas trincheras. Á vista de las iglesias arruinadas, de los monasterios asolados, y de las cruces echadas por tierra, se derritió su ternura, y se dobló el aliento de su celo. Lleno de aquella santa intrepidez y de aquella confianza que hacen el carácter de los héroes cristianos, entró por Tonon despreciando generosamente las burlas, las irrisiones y los insultos de los Protestantes. La paciencia, la modestia y la dulzura fueron las únicas armas de que se valió para resistir á los escarnios y á la malignidad de aquel furioso pueblo. Con esta moderacion, y con los ejemplos de su suavísima virtud se fueron domesticando aquellos ánimos feroces y aquellos corazones apóstatas. Habla, convence, mueve: óyenle y se convierten. Pónese en conmocion todo el partido protestante, y resuelven los ministros deshacerse de él. Avisado Francisco de sus intentos, no por eso se acobardó, antes bien se mostró mucho mas celoso, y con sola su presencia desarmó á los asesinos que iban á matarle. Cerráronle las posadas, y fuése á dormir al campo. Á las violencias sucedieron las calumnias. Divulgaron de él que era mago, hechicero y brujo, adelantando que le habian visto en las juntas nocturnas, que se dice celebran estos en el sábado, danzando al rededor del demonio. Pero nuestro Santo desarmó á todo el infierno con su confianza en Dios y con su presencia.

Teniendo noticia el baron de Hermance de las conspiraciones que se fraguaban contra su vida, quiso darle una escolta para su defensa, pero Francisco no la admitió, diciendo que habia entrado en el Chablais como misionero, y como tal se habia de mantener en él. No pocas veces se veia en medio de la ciudad tan solo como si estuviera en el desierto, por las rigurosas penas con que los protestantes habian prohibido acompañarle, recogerle, ni escucharle. Pero no por eso dejaba de venir todos los dias á Tonon desde Alinges. Ni las lluvias, ni las nieves, ni los hielos, ni los vientos mas furiosos fueron nunca bastantes para estorbarle que se pusiese en camino. Algunas veces le pasaba el frio de manera, que se quedaba cási inmoble, y se veia en peligro de morir; pero nada de esto era capaz de reprimir, ni aun de moderar su celo. Pasaba noches enteras expuesto á la lluvia y al rigor de todos los temporales. Atravesó por un estrecho ponton todo cubierto de hielo por ir á socorrer á unos pobres paisanos recien convertidos, que estaban de la otra parte de un arroyo bas-

tantemente profundo. Ningun peligro le detiene, ningun riesgo le acobarda, todos los devora por la salvacion de aquel obstinado pueblo. De esta manera fueron excesivos sus trabajos; pero tambien fueron inmensas sus conquistas. Volvieron á entrar en el seno de la Iglesia los bailiajes de Ger, de Ternier y de Gaillac: todo el Chablais se convirtio, porque no habia resistencia, ni á la fuerza de sus discursos, ni á la virtud de sus ejemplos. Y por un milagro evidente, en que andaba invisible el dedo poderoso de Dios, aquel Cordero rodeado de lobos, en manifiesto peligro de ser despedazado por ellos, con su prudencia, con su mansedumbre y con su piedad convirtió á los mismos lobos en corderos.

Tuvo varias controversias; ocho ó diez veces ofreció disputar ó conferenciar con los ministros sobre los puntos contestados; pero estuvieron tan lejos de aceptar la conferencia, que buscaron nuevos asesinos para quitarle la vida.

Extendióse por todas las cortes la fama de estas maravillas. Escribióle el Papa un breve muy benigno en que después de haberse congratulado con el por los felices sucesos que lograba, le daba órden que pasase á Ginebra á disputar con Teodoro Beza. Recibióle aquel famoso apostata con grande honra: oyole con gusto, confesóse convencido de sus razones, hasta derramar lágrimas; pero no se convirtio, porque dilato demasiado el convertirse, y después de haber dado á nuestro Santo las mas bellas palabras, al cabo murió apóstata en Ginebra.

Habia solos dos ó tres años que predicaba en el Chablais, y todo el Chablais estaba convertido. Volvieronse á levantar las cruces en todo el pais; reedificaronse las iglesias; restablecióse el culto divino, y todo esto era fruto de los trabajos apostólicos de nuestro Francisco. Cuando entró el Santo en Tonon no habia mas que siete católicos en toda la ciudad; y ya pasaban de seis mil los nuevamente convertidos dentro de ella: en los bailiajes de Ternier, de Gaillac y de Ger se contaban mas de sesenta y dos mil. Esto hizo decir al célebre cardenal de Perron que, como no le pidiesen mas que convencer á los Hugonotes, él se obligaba á hacerlo; pero que si se trataba de convertirlos, era menester enviar por Francisco de Sales.

Ciertamente apenas se puede comprender cómo un hombre solo, y en tan poco tiempo pudo hacer tantas maravillas, y no rendirse al peso de tantos trabajos. Predicaba muchas veces al dia, daba instrucciones particulares, tenia conferencias públicas; visitaba á los enfermos, buscaba á la gente mas pobre y mas desamparada en sus

cabañas y en sus chozas; oia confesiones hasta muy entrada la noche, administraba los Sacramentos á los moribundos, asistia á los entierros. En fin, á ningun oficio perdonaba su cuidado, á todos se extendia su celo: y media su caridad con las necesidades, y no con la calidad de las personas, haciéndose todo á todos para ganarlos á todos.

Tal era san Francisco de Sales cuando el obispo de Ginebra le deseó, y le pidió para su coadjutor. Lo único que hubo que vencer fue la resistencia del Santo. Pero al fin le obligaron á obedecer, y se vió precisado á ir á Roma. Recibióle el papa Clemente VII como apóstol del Chablais; admiróle como á uno de los prelados mas sabios de su tiempo, y le honró como á uno de los mayores Santos que habia entonces en la Iglesia. Asistió el mismo Pontífice á su exámen; y habiendo sido testigo de sus extraordinarios talentos, se levantó de su silla, abrazóle tiernamente, y le dijo estas misteriosas palabras de la sagrada Escritura: *Bebe, hijo mio, de la agua de tu cisterna, y de la fuente de tu corazon. Haz que la abundancia de las aguas se derrame por todas las plazas públicas, para que todos puedan beber y saciar su sed.* Declaróle después el Papa por obispo de Nicópolis, coadjutor y sucesor del obispo de Ginebra.

Apenas volvió Francisco de Saboya, cuando los negocios de la Religion le precisaron á pasar á Paris. Allí fue recibido de Enrique IV, y de toda la corte con aquel respeto y con aquella veneracion que sigue á la virtud y acompaña siempre á la santidad. La estimacion y la confianza con que el Rey le trató, y los públicos testimonios que dió de ella, fueron ocasion de que le levantasen una calumnia. Pretendieron hacerle sospechoso con el Rey, pero presto se justificó plenamente; y la malignidad de los envidiosos solo sirvió para que creciese el amor y el concepto que ya tenia aquel Monarca de san Francisco de Sales. Ofrecióle el Rey beneficios y pensiones: llegó á brindarle con el obispado de Paris; pero todo lo agradeció cortesanamente, y todo lo renunció con noble desinterés. Esta generosa prenda, su piedad, su dulzura y sus gratísimos modales encantaron á toda la corte. Predicó delante de ella: pero ¡con qué felicidad! ¡con qué suceso! Las maravillosas conversiones que logró fueron fruto de los asombrosos ejemplos que dió en todo. Consiguió decreto del Rey para que se volviese á establecer la religion católica en el bailiaje de Ger, cuya solicitud habia sido el principal motivo de su viaje á la corte.

Cuando volvia á su iglesia, recibió en el camino la noticia de la

muerte de su predecesor. Preparóse para su consagracion con algunos dias de retiro, y en aquella augusta ceremonia recibio con la plenitud del sacerdocio la plenitud del Espíritu de Dios.

El nuevo carácter añadió nuevo lustre á su virtud. Quiso visitar desde luego su obispado, é hizo á pié toda la visita. No hubo choza, ni tan escondida en los valles, ni tan elevada en los riscos, que se huyese á las fervorosas fatigas de su celo. Pasó por medio de la ciudad de Ginebra á cara descubierta, sin esconderse, ni disimularse. Fue árbitro de todas las diferencias. ¡Con qué prudencia, con qué felicidad manejó los importantísimos negocios que le encomendaron los sumos Pontífices! Como ángel de paz ajustó las disensiones que habia entre el archiduque y el clero del Franco Condado: como legado de la Santa Sede reformó las abadías de Taloires, de Abundancia, de Puitdorbe, de Santa Catalina y de Six: como buen pastor apacentó sus ovejas con el pan de la divina palabra, y expuso cien y cien veces su vida por su salvacion, mereciendo mil bendiciones del cielo para toda su diócesi.

Crecia por instantes su fama. Los príncipes se competian unos á otros en darle los mas ilustres testimonios de su alta estimacion. No quiso admitir muchas ricas abadías con que le brindó Enrique IV, y renunció el capelo de cardenal que le ofreció Leon XI. Paulo V le mandó que dijese su sentir sobre la famosa controversia de *Auxiliis*. De todas partes le consultaban como á oráculo de su siglo; y lo que parecia increible, si la experiencia no hubiera mostrado lo contrario, era la multitud de tantas y tan graves ocupaciones, que las menores bastarian para rendir el celo de los mas infatigables prelados, las que no le estorbaron predicar muchas cuaresmas en Anessy, en Grenoble, en Chamberí, ni retirarse todos los años á ejercicios al colegio de la Compañía.

Al mismo tiempo que el santo Obispo comunicaba á todas partes los ardores de su celo, tuvo noticia de que le habian acusado ante Su Santidad de menos vigilante en desterrar de su obispado los libros heréticos ó de doctrina sospechosa, suponiendo que eran buscados con solicitud, y leidos con perniciosa curiosidad por los católicos nuevamente convertidos. Y aquel Santo todo mansedumbre, que hasta entonces no habia manejado mas armas que las de una invicta paciencia para rebatir los golpes de la calumnia que ciertamente en nada le perdonó, mostró en aquella ocasion por la vivacidad vigorosa con que se justificó, el horror con que miraba tan perniciosa negligencia.

No se contentó Francisco con que su celo fuese inmenso, quiso en cierta manera hacerle eterno, componiendo aquel excelente libro de la *Introduccion á la vida devota*, que él solo, en sentir de los mayores hombres, vale por cuantos libros espirituales se han escrito; habiendo merecido los mas significativos elogios á las naciones, á los monarcas y á los mismos Vicarios de Jesucristo.

Apenas salió á luz esta admirable obra llevando consigo la reforma general de las costumbres y de todos los estados, cuando cierto predicador violento, indiscreto y precipitado comenzó á declamar furiosamente contra ella, calificándola de perniciosa y de relajada: y llegó á tanto exceso su pasion, que la quemó públicamente en el púlpito. Contaron al Santo este suceso; y todo su resentimiento se redujo á decir: *que deseaba tan abrasado en el fuego del amor de Dios el corazon de aquel padre, como su libro lo habia sido en las llamas.*

Pero ninguna empresa fue mas digna de aquella grande alma, ninguna pudo ser mas útil á toda la universal Iglesia que la fundacion del Órden de la Visitacion, una de las mas nobles porciones del rebaño de Jesucristo, y uno de los mas bellos ornamentos de su Iglesia.

El dia 6 de junio del año 1610 en que se celebraba la fiesta de la santísima Trinidad, la célebre madama Chantal, hija de Mr. Fremiot, presidente *á Mortiers* ó de Gorra negra en el parlamento de Dijon, juntamente con madamoisela Fabro, hija del primer presidente de Saboya, y con la virtuosa madamoisela de Brechar de Nivernois dieron principio bajo la direccion de san Francisco de Sales á este nuevo Instituto, que parece encierra en sí lo mas perfecto y lo mas sobresaliente que contienen todos los demás, y florece hoy en la universal Iglesia con tanta edificacion, como admiracion de los fieles. Después que el santo Fundador confesó y dió la Comunion á aquellas sus nuevas hijas, las dió tambien unas reglas llenas de dulzura, de discrecion y de prudencia, en las cuales viene á comprenderse, como reducida á arte, toda la perfeccion cristiana, siendo fruto de una vida dulce, tranquila y nada austera. Esta religion es aquella grande obra de nuestro Santo, que con tanto esplendor está difundida por todo el universo, y después de un siglo conserva todo el fervor de su primitivo espíritu, contándose mas de seis mil y seiscientas esposas de Jesucristo que edifican á la Iglesia con sus ejemplos, y son digno objeto de la admiracion de los pueblos con sus religiosas virtudes.

Poco tiempo después compuso aquel admirable libro del *Tratado del amor de Dios*, que el papa Alejandro VII llamaba *Libro de oro*,

del cual han hecho elevadísimos elogios los más ilustres prelados. *En la Introduccion á la vida devota* (dice el célebre obispo de Venecia el Sr. Godeau) *Francisco es ángel que guia á los Tobías pequeñuelos por el camino, y por la peregrinacion de esta vida; en el Tratado del amor de Dios es un abrasado serafín que pega fuego al corazon de los perfectos. Este enseña á volar, aquella á caminar por las sendas del Evangelio con modo sencillo, pero sólido y seguro: uno da el pan de los fuertes á las almas fuertes, otro nutre con suavísima leche á los que no son capaces de alimento mas robusto.*

Otras muchas obras devotas dió á luz san Francisco de Sales, llenas todas de igual solidez, y de aquella divina uncion que solo el Espíritu Santo es capaz de derramar. Por eso el papa Alejandro VII en la bula de su canonizacion declara que los saludables escritos de este Santo son hachas brillantes y encendidas que introducen la luz, y pegan fuego á todos los miembros del cuerpo místico de la Iglesia.

El año de 1622 recibió Francisco órden de su soberano el duque de Saboya para pasar á Aviñon á recibir al príncipe y á la princesa del Piamonte. Desde Aviñon pasó á Leon de Francia, donde á la sazon se hallaba el rey cristianísimo Luis XIII con toda la corte, de quien recibió singulares honras y especiales demostraciones de aprecio y de veneracion. Por su parte correspondio tambien con nuevas pruebas de celo y de respeto. Aunque se hallaba con la salud bastante quebrantada, predicó en la iglesia del colegio de la Compañía, y se dedicó á todo género de ministerios: hallándole pronto cuantos le buscaban para su consuelo y para su alivio en las necesidades espirituales.

El dia de Navidad dió el hábito de la Visitacion á dos doncellas; predicó sobre el misterio del dia, y le pasó todo en tiernas y piadosísimas conferencias con toda la comunidad. Al amanecer el dia de san Juan sintió que se le debilitaba la vista, y se le iban disminuyendo las fuerzas: mas no por eso dejó de celebrar aquel dia. Luego que dió gracias, fué á visitar al duque de Nemours para interceder por aquellos mismos ministros del ducado de Ginebra, que tanto le habian dado en que merecer, y no se retiró hasta que les consiguió el perdon. Por la noche cayó en una especie de deliquio, que presto se declaró en apoplejía.

Apenas se divulgó en la ciudad su peligro, cuando todos concurrieron á visitarle. Los primeros que llegaron fueron los jesuitas del colegio de San José; y luego que los vió el Santo, les dijo con el mayor agrado: *Padres mios: ya ven que en el estado en que me hallo*

solo tengo necesidad de la misericordia de mi Dios. Implórenla por mí, y para mí; que yo todo lo espero de su bondad. Mucho tiempo há que tengo hecho al Señor sacrificio de mi vida. En fin, el dia 28 de diciembre del año de 1622, fiesta de los santos Inocentes, este insigne Prelado, reverenciado de los pueblos, honrado de los príncipes, amado de los vicarios de Jesucristo, y lo que es mas admirable, respetado hasta de los mismos herejes, de quienes era el mayor azote, rindió á Dios su espíritu inocente y puro con aquella misma tranquilidad con que habia vivido. Murió á las ocho de la noche en el cuarto del hortelano de la Visitacion, á los cincuenta y seis años de su edad, y á los veinte de su pontificado.

Abrieron el santo cuerpo para embalsamarle, y con esta ocasion se reconoció que aquella grande dulzura, que tanto admiraron todos en Francisco, no era natural á su genio, porque se le encontró la hiel endurecida y petrificada, dividida en muchos y muy consistentes pedacillos, por la continua violencia que se habia hecho para reprimir la cólera, á que naturalmente estaba muy sujeto.

Luego que se esparció la noticia de su muerte, fue extraordinaria la conmocion, y el concurso de todo el pueblo. Condújose el santo cadáver á Anessy con pompa digna de su mérito, y correspondiente á la celosa veneracion con que todos le miraban. Diósele sepultura en la iglesia del primer convento de la Visitacion; y su corazon, que hoy dia se venera entero, engastado entre dos corazones de oro, se quedó en Leon de Francia en el convento de la Visitacion, que está en Belle-Cour, y fue fundacion del mismo Santo, y de la ilustre madre Chantal el año de 1615, poco tiempo después que se fundó el de Anessy: disponiendo la divina Providencia que después de muerto se quedase su corazon con aquellas hijas á quienes habia tenido mas dentro de él cuando vivo.

Hallándose en Leon el rey Luis XIII el año de 1630, y habiendo caido malo, deseó S. M. ver el corazon de san Francisco de Sales. Trájosele su confesor: y habiendo recobrado al punto la salud contribuyó mucho para que creciese la devocion que ya se tenia al Santo. Agradecido el piadoso Monarca, mandó hacer, en testimonio de su reconocimiento, una urna de oro, donde se reservase aquella preciosa reliquia. Algunos años antes de su canonizacion recibió por medio de ella semejante favor el duque de Mercurio; y su madre la duquesa de Vandoma mandó fabricar otra grande caja de oro, donde estuviese cerrado todo el relicario.

SAN VALERIO Ó VALERO, OBISPO DE ZARAGOZA.

San Valerio, uno de los célebres prelados de la Iglesia de España, y uno de los mas ilustres confesores de la fe de Jesucristo, fue natural de Zaragoza, descendiente de la ilustre familia de los Valerios, segun escriben varios autores nacionales, que no nos dicen los hechos de su puericia y juventud, porque nos robó el tiempo los monumentos justificativos. La grande reputacion que ya tenia á fines del siglo III es un testimonio auténtico de su santidad, en que pasó los primeros años de su vida. Elevado por sus méritos á la cátedra episcopal de Zaragoza, se portó en el ministerio episcopal como un verdadero sucesor de los Apóstoles, velando con el mayor celo y exactitud sobre el rebaño cometido por Dios á su cuidado; bien que por el impedimento que padecia en la lengua, se valia de su diácono, llamado Vicente, sabio y elocuente, para satisfacer el cargo de la predicacion.

Suscitaron en su tiempo los emperadores Diocleciano y Maximiano, enemigos capitales del nombre cristiano, la cruel persecucion que padeció la Iglesia en principio del siglo IV. Enviaron á España por gobernador de la provincia de Tarragona á Daciano, hombre bárbaro é inhumano, encaprichado, mas si cabe que sus principales, en sostener á toda costa las necedades de las supersticiones paganas; y queriendo distinguirse en la actividad sobre el cumplimiento de los decretos imperiales, luego que supo los progresos que Valerio y Vicente hacian en la Religion, los mandó prender, dando órden de que fuesen conducidos á la ciudad de Valencia cargados de cadenas, lisonjeándose que con las fatigas del camino y malos tratamientos, que encargó á los conductores, triunfaria de los dos héroes cristianos que por entonces brillaban en la nacion; pero quedó admirado cuando después de tan penosa marcha é incomodidades de la prision, les vió en su presencia tan sanos y robustos, como si jamás hubieran padecido las aflicciones que tanto recomendó.

Pareció á Daciano que para rendir á hombres de aquel carácter y reputacion tendria mas eficacia la urbanidad que el rigor: con cuya idea habló primero á Valerio en tono de humanidad, representándole: que de justicia pedia su vejez algun descanso y tranquilidad; lo que lograria siempre que obedeciese los edictos imperiales, dirigidos á que todos los vasallos del imperio rindiesen veneracion á los dioses; extrañando que ya en su ancianidad procediese contra ellos

á pretexto de religion. ¿Ignorais, le añadió, que los que obran así, se exponen á perder la vida, pues los príncipes del mundo no permiten que se profane el culto antiguo por leyes nuevas é inauditas? Obedece estas superiores órdenes, y mueve con tu ejemplo á que las cumplan los inferiores, cuando vean que no las desprecia su pastor.

Oyó Valerio con impaciencia este doloso razonamiento, y no pudiendo explicarse con la expedicion que deseaba su ardor, á causa del impedimento dicho, convertido á Vicente, le dijo : Hijo carísimo, responde por los dos en defensa de la religion de Nuestro Señor Jesucristo, por cuyo amor somos dignos de padecer. Hízolo el santo Diácono con tanto espíritu y elocuencia, que ofendido Daciano de su generosa libertad, y especialmente de que en su presencia tuviese valor de declamar contra los delirios de la idolatría, que descargando sobre él su cólera, se contentó con desterrar á Valerio, ó ya porque consideraba que no lograba ningun triunfo en vencer á un hombre de su avanzada edad, ó por parecerle que á virtud de sus años seria de pocos momentos la eficacia de su predicacion para sostener y alentar á los Cristianos, sin la voz viva de Vicente.

Sintió nuestro Santo en el alma la separacion de su amado Diácono; pero siéndole preciso obedecer la providencia del tirano, se retiró á un pueblo pequeño llamado Enate, distante una legua de Barbastro, donde vivió catorce años ocupado en oracion, ejercicios de penitencia y en santas vigilias en el templo que edificó en honor de san Vicente, luego que se verificó su martirio : y así continuó siendo el ejemplo de edificacion de todo el país, hasta que cargado de años y de merecimientos, murió en el Señor por los años 315.

Su cuerpo fue sepultado en el castillo de Estrada; pero perdida la memoria de su estancia con motivo de la ocupacion de España por los árabes, y hallado después de muchos siglos por Arnulfo, obispo de Ribagorza, en virtud de una divina revelacion, se le trasladó al castillo de Roda. Conquistado este, y su ciudad por Alonso I, rey de Aragon, en el año 1118, se hizo la traslacion de un brazo del santo Obispo á Zaragoza en el de 1121, la cual se ejecutó con inexplicable gozo de aquella capital, que estimó en la ocasion regresado en hombros de sus súbditos del destierro á su celebérrimo Pastor. En el de 1170 pidió Alonso II á Guillermo Perez, obispo de Lérida, á cuya diócesi por entonces pertenecia Roda, la cabeza de san Valerio, y recibiéndola el Rey en sus propias manos, la entregó á Pedro, obispo de Zaragoza, para su colocacion en aquella iglesia, que con efecto se hizo con toda solemnidad, donde se conserva inclusa en una

urna de plata adornada con piedras preciosas, la cual se dice dádiva del cardenal D. Pedro de Luna. Al tiempo de las traslaciones dichas se dignó el Señor obrar muchos prodigios, los mismos que continúan en favor de los naturales, que usan de este tesoro en las necesidades públicas experimentando repetidos beneficios por la poderosa intercesion del Santo para con Dios.

SANTA RADEGUNDIS, VÍRGEN.

En este dia se hace conmemoracion en el Martirologio romano de santa Radegundis, una de las ilustres vírgenes que han florecido en España. No nos consta de su patria, padres, ni primera educacion; pero por la grande fama de santidad que ya tenia en su juventud, se puede inferir la conducta en que pasó sus primeros años. Es constante tradicion que abrazó el estado religioso en el monasterio de San Pablo del órden Premonstratense sito en la diócesis de Burgos, en el cual fue la última religiosa; pues habiéndose suprimido por su suma pobreza, se incorporó al de San Miguel de Trebiño cerca de Villamayor en el mismo obispado. Encendióse Radegundis en los mas vivos deseos de visitar personalmente los santos lugares que se veneran en Roma regados con la sangre de tantos Mártires, y emprendió por devocion aquella laboriosa peregrinacion, á pesar de la debilidad de su naturaleza. Satisfizo su devocion, y redoblándola con la visita de aquellos sagrados monumentos, volvió á España enriquecida con muchas preciosas reliquias. Buscaba la ilustre Vírgen un retiro donde dedicarse enteramente al servicio del Señor; y animada de este espíritu se encerró en una humilde habitacion que estaba á la parte exterior de la puerta de la iglesia del de San Miguel, desde donde podia ver por una ventanilla los santos sacrificios que se celebraban en el templo. Negada así Radegundis á todo comercio humano, solo pensó en agradar á su divino Esposo, hallando en su estrecha habitacion los mas dulces atractivos: y reflexionando que el lirio conserva su hermosura intacta entre las espinas, creyó que ella debia conservar el candor de su pureza, consagrada á Dios desde sus mas tiernos años, entre los rigores de la mortificacion. Con esta idea hizo á su inocente cuerpo víctima de las mas asombrosas penitencias, renovando en su persona aquellas espantosas imágenes que nos refiere la historia de los famosos solitarios del Oriente y del Occidente. No es fácil explicar las excesivas austeridades que hizo en aquella clausura: sus ayunos, sus vigilias y su oracion cási continua estremecieron

al infierno, que lleno de furor al ver las heróicas virtudes de la esforzada jóven heroína de la religion cristiana, no omitió valerse de las mas violentas tentaciones para separarla de su buen propósito; pero solo sirvieron de dar materia para mayores triunfos á la amada Esposa de Jesucristo, que anegada en las mas altas contemplaciones de las grandezas divinas y de las verdades eternas, puede decirse con verdad que su vida fue mas angélica que humana: llegando á ser por lo mismo el objeto de la admiracion y de los mas altos elogios de cuantos pudieron tener noticia de la prodigiosa conducta de una criatura tan singular, que solo sostenida de la divina gracia, manifestó al mundo cuánto puede con ella la fragilidad de nuestra naturaleza. Así continuó algunos años mereciendo que el Señor la regalase con exquisitos favores, los que son mas fáciles de concebirse que explicarse en una alma abrasada en las llamas del amor divino. Conoció, en fin, por la debilidad de sus fuerzas nacida del rigor de sus mortificaciones, que se acercaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales; y redoblando su fervor, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia, y abrasada como preciosa víctima en divinos incendios, murió tranquilamente en el dia 29 de enero del año 1152, á los treinta y tres de la fundacion del Órden Premonstratense, reinando en Castilla Alfonso VI, y rigiendo la cátedra apostólica Eugenio III.

Dióse sepultura al venerable cuerpo de la santa Vírgen en la iglesia de San Miguel de Trebiño: mas dignándose el Señor acreditar la gloria de su fidelísima sierva con repetidos milagros, se trasladó del primer depósito á lugar mas decente en el mismo templo, para exponerla á la veneracion pública: habiéndose encontrado el cadáver íntegro é incorrupto después de tantos siglos, despidiendo de sí una fragancia exquisita. Todas estas prodigiosas señales confirmaron mas el alto concepto de santidad que todos tenian de la ilustre Vírgen: cuyas reliquias, con varios muebles que sirvieron para su uso, habiéndose puesto en una preciosa arca, se colocaron en el altar antiguo de san Miguel, donde se tienen en grande veneracion, y concurren á visitarlas en este dia los pueblos de la comarca con aparatos festivos. Tambien se acostumbra, concluidas las preces de la solemne procesion del dia, cantar la antífona y oracion correspondiente con la expresion del nombre de la Santa, en cuyo sepulcro se halla grabado un epitafio expresivo de su estado religioso, y del candor de su pureza.

La Oracion de la Misa es la que sigue:

Deus, qui ad animarum salutem beatum Franciscum confessorem tuum atque pontificem, omnibus omnia factum esse voluisti; concede propitius, ut charitatis tuae dulcedine perfusi, ejus dirigentibus monitis, ac suffragantibus meritis, aeterna gaudia consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que quisísteis que el bienaventurado Francisco, tu confesor y pontífice, se hiciese todo á todos por la salvacion de las almas; concédenos benignamente: que llenos de la dulzura de tu inmensa caridad, por los consejos, y por los merecimientos de este gran Santo, consigamos la alegría eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLIV *y* XLV *del libro del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

Mira al gran sacerdote, que agradó á Dios en los dias de su vida, y hallado justo, fue la reconciliacion del pueblo para con el Señor en tiempo de su ira. No tuvo semejante en la observancia de la ley del Altísimo. Por lo mismo juró el Señor acrecentarle en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó su testamento sobre su cabeza. Reconocióle entre sus benditos (ó escogidos): conservó para con él su misericordia: y encontró la gracia ante los ojos del Señor: le engrandeció á presencia de los reyes; y le dió la corona de su gloria. Con él estableció su testamento (ó pacto) eterno. Le concedió el gran sacerdocio, y lo beatificó en la gloria; de cuya dignidad hizo uso en alabanza de su santo nombre; ofreciéndole incienso digno en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

En cualquiera dignidad que se logre, en cualquiera estado en que se viva, en cualquiera empleo que se ocupe, en tanto es el hombre verdaderamente grande, en cuanto agrada á Dios. Su aprobacion es la medida justa de nuestra grandeza, y ella hace, hablando con propiedad, todo nuestro mérito. Sea uno el primero, el mayor hombre del mundo á los ojos de los hombres, ¿de qué le servirá toda esa fugaz y fantástica apariencia de gloria, si no lo es á los de Dios?

¡Oh, y cuánto sirve al Estado y á la Iglesia un prelado santo, sobre todo en aquellos tiempos en que Dios está justamente irritado con

nosotros! Por sus virtudes y por su ministerio, es el árbitro, es el mediador que reconcilia á Dios con los hombres.

Hízole el Señor, dice el Sabio, famoso, célebre, estimado de todo el pueblo, porque solo se aplicó, solo trabajó en hacer al pueblo sujeto y rendido á la ley santa de Dios. ¿Queremos trabajar con fruto y con felicidad en la viña del Señor? ¿Queremos hacer maravillas? Pues portémonos de manera, que se pueda decir de nosotros lo que el Sabio decia de Aaron: *No se encontró otro como él, que observase la ley del Altísimo.* Los grandes deben dar mayor ejemplo; porque á quien se halla en mayor elevacion, se le ve desde mas léjos. Si los que están destinados para celadores de la ley se dispensan de su observancia, si las obras desmienten las palabras, en vano se predica reforma, porque se cree mas á los ojos que á los oidos: *Coepit Jesus facere, et docere.* Antes comenzó Cristo haciendo, que enseñando.

La verdadera grandeza, el mérito verdadero no consiste en ocupar grandes puestos, en poseer grandes dictados, en conseguir gran nombre, en lograr la gracia del príncipe, sino en gozar de la de Dios. *Invenit gratiam coram oculis Domini.*

Pierdese, arruinase un pobre hombre con gastos locos y excesivos para conseguir estimacion, y solo logra que todos le desprecien. Expende inmensos caudales; ¿y para qué? Para que se burlen de él. Desengañémonos, que solo cumpliendo con su obligacion, y sirviendo á Dios de veras, se consigue la verdadera gloria, y gloria que no depende ni de la inconstancia del tiempo, ni del capricho de los hombres. Dios es, y solo Dios es el que hace á los hombres gloriosos hasta con los mismos reyes: toda gloria que no deriva de Dios su estimacion y su lustre, es gloria falsa, es gloria aparente. Solo Dios reparte las coronas de gloria: pero las reparte únicamente entre aquellos fieles siervos suyos que desempeñaron dignamente las obligaciones de su estado y ministerio. *Beatificavit illum in gloria: dedit illi coronam gloriae.*

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinqua talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quin-

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos el modo de hacer uso de sus dones, les habló con la siguiente parábola: Cierto hombre, que determinó partirse léjos de su casa, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes para que los administrasen. A uno dió cinco talentos, á otro dos, y á

que talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi: ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

otro uno: á cada cual segun su propia capacidad: y se ausentó al instante. El que recibió cinco talentos, comerció con ellos, y granjeó otros cinco. Lo mismo hizo el que recibió dos, lucrando otros dos. Pero el que recibió uno, retirándose, cavó en la tierra, y escondió en ella el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el dueño de aquellos siervos, y les pidió cuenta de su administracion; y presentándose el que habia recibido los cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, tú me entregaste cinco talentos, ve aquí otros cinco que con ellos he adquirido. Está bien, siervo bueno y fiel, le respondió su dueño: porque fuiste fiel en corta cantidad, yo te confiaré otras mayores; entra al goce de tu señor. Llegóse el que recibió dos, y dijo: Señor, tú me entregaste dos talentos, ve aquí otros dos que he granjeado. Está bien, siervo bueno y fiel, le dijo su dueño, porque lo fuiste en poca cantidad, yo te confiaré otras mayores: entra al goce de tu señor.

MEDITACION.

De la dulzura cristiana.

Punto primero.—Considera que no hay virtud mas necesaria á un cristiano, que la dulzura: porque ó encierra en sí, ó á lo menos supone todas las demás virtudes.

La humildad de corazon, que es como la basa de nuestra perfeccion, es inseparable de esta dulce tranquilidad del alma. Esta calma sirve de abrigo á la pureza. La dulzura siempre es fruto de una constante mortificacion; así como la paciencia lo es de una dulzura inalterable. Por lo que toca á la liberalidad, se puede decir que es en parte el carácter de esta amabilísima virtud: no hay otra mas benéfica. Y en punto de caridad, ¿puede haberla sin dulzura?

Pero ¿qué virtud hay mas amable? No hay pasion que no dome; no hay natural tan áspero, tan desabrido, tan feroz, que no le domestique; no hay genio tan agrio, que no le endulce; no hay corazon tan duro, que no le ablande; tan rebelde, que no le rinda: todo lo avasalla, todo lo conquista, todo cede á la dulzura. Gran error es

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

imaginar que la severidad sea siempre el mejor remedio. Mas llagas ha curado el aceite, que el fuego. ¿De dónde nace que se vean tan pocos niños bien disciplinados? ¿De dónde nace que se multipliquen los vicios, los desórdenes en las comunidades y en las familias? No de otro principio, sino de que, ó se descuida en la correccion, ó si se reprende, es siempre con desabrimiento, con pasion y con encono.

Es la dulzura cristiana hija legítima de la caridad; el celo áspero y amargo siempre es celo falso. No era espíritu de Cristo el que deseaba que bajase fuego del cielo para exterminar los corazones rebeldes. El caritativo samaritano curaba á su pobre enfermo con óleo y con vino. ¡Ó mi Dios! ¡y qué error es pensar que la pasion pueda ser celo verdadero! La malignidad del corazon, el mal humor, la envidia, la emulacion, el genio, y no pocas veces el maldito interés, son los que encienden un fuego que quema y no purifica. ¡Cuánto es de temer que el celo ardiente, sin compasion y sin dulzura, sea una pura pasion mal enmascarada! Jesucristo tenia celo, ¿y no tenia dulzura Jesucristo? ¡Oh qué error, el no tener siempre á la vista este divino modelo! Hermanos mios, decia el Apóstol, si alguno de vosotros se deja engañar, y cae en pecado, vosotros que sois hombres espirituales, dadle buenos consejos; pero sea con espíritu de dulzura: *In spiritu lenitatis.*

¡Qué quietud, qué paz en las familias! ¡Qué dulzura en el comercio de la vida civil! ¡Qué copioso fruto en los trabajos apostólicos, si reinara en todos esta importante virtud! ¿De dónde nacen las quejas, las disensiones, las enemistades? ¿De dónde nacen aquellas tempestades que tantas veces se resuelven en piedra y en granizo? ¿De dónde provienen tantos enconos, tantas pesadumbres, sino del vicio opuesto á la dulzura?

¡Ah, Señor! ¡y cuántas veces ha pasado por mí esta tristísima experiencia! ¿Será posible que no he de amar en adelante una virtud tan necesaria y tan ventajosa? ¿Será posible que después de unas reflexiones tan concluyentes, no he de trabajar eficazmente, con socorro de vuestra divina gracia, en adquirir una virtud tan amable?

Punto segundo.—Considera que la dulzura se puede llamar la virtud predilecta, la virtud favorecida de Jesucristo. No se contentó con enseñarnos esta amable virtud, sino que él mismo se nos propuso como ejemplar de ella: *Discite à me.* (*Matth.* xi). Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Este es el ejemplo que os propongo. Á vista de esto, ¿qué hay que admirar que la dulzura fuese

una virtud tan familiar á todos los discípulos de Cristo? ¿Se podrá dejar de aprender esta importante leccion en tan celestial escuela? Son inseparables la dulzura y la humildad, haciendo una y otra como el carácter de la verdadera devocion.

Busca un Santo que no haya tenido este espíritu de dulzura. Siempre que se va á ver á algun sugeto que está en reputacion de eminente santidad, se va con la idea de encontrar á un hombre dulce, suave y apacible. La Escritura dice (*Num.* XII), que Moisés era el hombre mas dulce de todos los mortales. David parece que solo colocaba su confianza en su dulzura. (*Psalm.* CXXXI). Bienaventurados los mansos, dice el Salvador del mundo. (*Matth.* V). Todo el Evangelio de hoy está respirando un carácter de dulzura que embelesa. ¿Cuándo ha de llegar el caso de que esta amabilísima virtud que tanto celebramos, y que tanto nos agrada en los demas, tenga eficaz atractivo para trasladarla á nosotros?

La dulzura fue el carácter y el distintivo de san Francisco de Sales. *In fide et lenitate sanctum fecit illum.* (*Eccles.* XLV). Como estaba singularmente animado del verdadero espíritu de Jesucristo, no debe causar admiracion que sobresaliese tanto en esta virtud. Y sobresaliendo tanto en esta virtud, debe extrañarse mucho menos que hubiese reducido tantos herejes, que hubiese convertido tantos pecadores, que hubiese hecho tantas maravillas. La dulzura en san Francisco de Sales, no fue virtud de temperamento, sino de religion. Necesitó vencerse, reprimirse, mortificarse mucho tiempo para conseguirla. Necesitó domar su natural ardiente, y lograr tantas victorias, como le presentó combates. Pero ¡ó buen Dios, y qué delicioso es el fruto de estos sacrificios! ¡Qué cosa tan dulce, adquirir una virtud que trae consigo tantas otras!

Por el progreso que se hace en la dulzura cristiana se reconoce el que se hace en la virtud. Unos modales llenos de altanería y desprecio; unos ímpetus de un genio inquieto y enfadoso; unos fuegos de arrebatamiento y de cólera, siempre son efecto de una conciencia poco tranquila, y frecuentísimamente de un corazon atestado de pecados.

Pues Vos quereis, dulcísimo Jesús mio, que yo aprenda de Vos la dulzura y la humildad, dadme Vos mismo esta docilidad tan necesaria. Tiempo era ya de que yo la hubiese aprendido desde que Vos me enseñasteis tan importante leccion. Pero al fin esto es hecho, desde hoy en adelante estoy resuelto á declararme por discípulo vuestro, y quiero que singularmente se conozca en qué escuela estudio por mi humildad y por mi dulzura.

JACULATORIAS. — Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. (*Matth.* v).

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. (*Ibidem*).

PROPÓSITOS.

1 Hallándote bien convencido del mérito y de las utilidades de la dulzura cristiana, haz seria reflexion sobre tí mismo, sobre tu genio, sobre tus vivezas, sobre tus ímpetus, sobre tu conducta, y examina si esta amable virtud es tu carácter, ó si por el contrario solamente la conoces por el nombre. Trae á la memoria aquellos impetuosos movimientos de un natural vivo y ardiente; aquella enfadosa taciturnidad, hija de un humor adusto y extravagante; aquellas respuestas secas y desabridas; aquellos modales duros, agrestes y despreciativos; aquellas altanerías insoportables; aquellas palabras avinagradas y llenas de hiel; aquel semblante oscuro, ceñudo y negativo; aquel tono de voz lleno de fiereza y de severidad; en fin, aquellos torrentes de injurias, aquellos fuegos, aquellas cóleras, aquellos arrebatamientos que muchas veces tocan la raya del furor. Examínate sin misericordia y con sinceridad si estás sujeto á alguno de estos defectos, ó quizá á todos juntos. No te contentes con averiguar y convenir en el hecho: pasa á notar, y aun escribir todo cuanto reprensible hallares en tí sobre este artículo. Y después de haberte acusado amargamente de todo á los piés de tu Crucifijo, después de haberlo detestado todo con dolor vivo, eficaz y perseverante, imponte alguna penitencia por cada vez que cayeres: como dar una limosna considerable en aquel dia; hacer alguna mortificacion que sea algo sensible; pero mortificacion tal, que la puedas hacer inmediatamente después de haber cometido la falta, y da cuenta de todo á tu confesor luego que puedas.

2 Fuera de esta práctica, que es admirable, imponte desde este punto las leyes siguientes: Primera, tengas el motivo que tuvieres para enfadarte ó para reprender, nunca lo hagas con términos injuriosos ni despreciativos. Se puede hablar algunas veces con sequedad y con entereza, pero nunca con cólera. La correccion mas necesaria, la de mayor importancia es inútil, y aun perniciosa, cuando en ella se descubre pasion ó ira. Los que gruñen mas, no por eso son los mejor servidos. Aquellas gritadoras eternas, aquellos amos, aquellos superiores, que no saben mandar sino á gritos y en tono descompasado, ni son amados, ni son temidos. Si quieres ser obedecido, nun-

ca mandes con altivez ni con fiereza. No temas perder tu autoridad por hablar con dulzura, en tono moderado, con modo afable. Á los brutos se les doma con el miedo; pero á los hombres, aun los menos dóciles, aun los mas bárbaros, se les gana por razon, por religion y por amor. Propon firmemente desde este mismo instante conservar siempre un aire sereno, un semblante risueño, unos modales gratos, urbanos, apacibles con todo el género humano. Nunca hables con enfado, ni en tono áspero, altivo ó impaciente. La costumbre, el genio y tu poca virtud te representarán desde luego como impracticables estos consejos: tus continuas recaidas te persuadirán que es imposible esta reforma; pero no hay que desalentarse. Á pesar de estos ímpetus indeliberados, que previenen á la voluntad y á la razon; á pesar de esos tonos de voz demasiadamente vivos, de esos primeros movimientos que se escapan á la mayor advertencia; á pesar de esas reincidencias en la cólera, que antes se ha manifestado, que se haya prevenido; persevera siempre en tu propósito de corregir los modales, de observar perpetuamente los mas gratos, los mas apacibles; ya sea con los hijos, á quienes la aspereza pocas veces aprovecha; ya sea con los criados ó con los súbditos, á quienes la impaciencia siempre irrita; ya sea con los extraños, que solo se ganan con el buen modo. De hoy en adelante has de renovar este propósito todas las mañanas; ó cuando ofrezcas las obras, ó al fin de la oracion: y cuando por la noche hagas el exámen de conciencia, nota bien las faltas que hubieres cometido en este particular. Con el socorro de la divina gracia, no hay genio, no hay natural, no hay costumbre que pueda resistir á la vigorosa resolucion de una buena voluntad. San Francisco de Sales logró hacerse uno de los hombres mas dulces que se han conocido en el mundo, sin embargo de que por su naturaleza era colérico, como ya se ha dicho. Segunda: observa con particular atencion á ciertas personas de virtud sobresaliente, y repara bien que por su dulzura inalterable han hecho muy amable á la virtud. Estudia sus modales, y advierte aquella serenidad constante, aquella afabilidad universal, aquella moderacion, aquella tranquilidad, aquel tono de voz siempre igual, siempre apacible. Te encanta, te hechiza el verlos: pues ¿quién te quita imitarlos? El orgullo destierra la dulzura. Sé humilde, sé mortificado; porque nunca se falta á la dulzura, sino porque se olvida la mortificacion. Resuelve trasladar á tí lo que te agrada en los otros. Con este importante estudio se endulza el genio mas agrio, y el natural mas desabrido se suaviza. Ten presente que ni ha habido ni habrá jamás virtud verdaderamente cristiana sin dulzura.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

Santa Martina, vírgen y mártir, en Roma; la conmemoracion de su gloriosa muerte se celebra el dia 1.° de enero. *(Véase su vida en las de este dia).*

El martirio de san Hipólito, presbítero, en Antioquía, el cual habiendo sido engañado por un tiempo por el cisma de Novato, y habiéndose después arrepentido por un efecto de la divina gracia volvió al gremio de la Iglesia, y en ella y por ella padeció un glorioso martirio; preguntándole los Novacianos cuál camino era el mas verdadero, abominando el falso dogma de Novato, respondió que se debia creer aquella fe que creia la Iglesia católica, por lo cual fue degollado en el mismo instante.

El martirio de los santos Feliciano, Filapiano, y otros ciento y veinte y cuatro, en África.

San Barsimeo, obispo, en Edesa de Siria, el cual habiendo convertido á la fe católica á muchos paganos, y habiéndolos enviado delante á la gloria por la corona del martirio, los siguió después en tiempo de Trajano.

San Barsen, obispo, en la misma ciudad, esclarecido por la gracia que tenia de sanar los enfermos; este Santo, habiendo sido desterrado por órden del emperador Valente, arriano, á los desiertos de Siria por confesar la fe católica, acabó la vida en aquel destierro.

San Alejandro, en la misma ciudad, el cual fue preso en la persecucion de Decio; resplandeciendo con las venerables canas, y confesando segunda vez la fe católica, atormentado por los verdugos entregó su alma al Criador.

San Matías, obispo, en Jerusalen, de quien se refieren hechos maravillosos y llenos de fe, y habiendo padecido por Jesucristo muchos tormentos en tiempo de Adriano, por último murió en paz.

San Felix, papa, en Roma, el cual trabajó mucho por la defensa de la fe católica.

San Armentario, obispo y confesor, en Pavía.

Santa Aldegunda, vírgen, en el monasterio Malbodio de Hannonia, en tiempo del rey Dagoberto.

Santa Savina, mujer muy religiosa, en Milan, la cual murió en el Señor, estando haciendo oracion junto al sepulcro de los mártires Naver y Felix.

Uno de los calendarios de España adelanta hoy la festividad de Santa Marcela, viuda, aunque el Martirologio Romano no hace memoria hasta mañana, dia 31 de enero. Conforme á este, véase en dicho dia el compendio de la vida de Santa Marcela.

SANTA MARTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Nació santa Martina en Roma, de padres tan distinguidos y tan calificados, que su padre fue tres veces cónsul; y fue su dichoso nacimiento hácia el principio del segundo siglo. Eran sus padres cristia-

nos, y así criaron á la niña con el mayor cuidado y con la mayor piedad. Desde sus mas tiernos años hizo tantos progresos en la virtud, que fue ejemplar y aun confusion de muchos fieles adultos. Penetrada de las verdades de nuestra Religion, y favorecida de dones celestiales, solo se ocupaba en obras de caridad, pasando los dias en oracion y retiro. Estaba como escondida dentro de su propia virtud; y al paso que iba creciendo en edad, se iba tambien adelantando en espíritu.

Imperaba á la sazon Alejandro Severo, que aunque se mostró favorable á los Cristianos, no por eso dejó de hacer muchos mártires, entre los cuales una fue nuestra Martina. Es verisímil que la persecucion fuese obra de los ministros del Emperador, y que sin noticia del Príncipe desahogasen ellos el odio que tenian contra los Cristianos, cubriéndose con las leyes del imperio y con los decretos de los Emperadores que no estaban revocados.

Habiendo llegado á noticia de los magistrados que Martina era cristiana, la mandaron comparecer en nombre del Emperador, para que diese razon de la religion que profesaba. Compareció la santa Doncella con un semblante tan majestuoso, y con una modestia tan noble y tan cristiana, que los jueces no pudieron menos de mirarla con respeto y aun con veneracion. Preguntáronla luego, si era verdad que fuese cristiana. Tengo la dicha de serlo, respondió la Santa con tono firme y con resolucion modesta, y me hacen mucha lástima los que no logran la misma dicha que yo.

¿Es posible, la replicó uno de los jueces, que una doncella de tu distincion, de tu entendimiento, de tu espíritu, tan rica y tan hermosa como tú, haya dado en las fantasías y supersticiones de los Cristianos? Deja de reconocer por Dios á un hombre que por sus delitos fue crucificado, y ven inmediatamente conmigo al templo del grande Apolo á ofrecerle sacrificio. Este Dios, á quien profesa singular devocion nuestro emperador Augusto, derramará sobre tí á manos llenas beneficios y favores, luego que le rindas aquella veneracion y aquel culto que por tantos títulos le son debidos.

Como no reconozco otro Dios mas que el único á quien adoro, replicó Martina, tampoco debo rendir á otro ni veneracion, ni culto. Mi mayor nobleza, y la prenda mayor de que me precio, es de ser cristiana; teniendo tambien por la mayor de todas las felicidades el derramar toda mi sangre, y ofrecer mi vida en defensa de mi Religion. Admírome ciertamente que unos hombres como vosotros, entendidos, discretos y capaces, tengais por Dios á una estatua de már-

mol ó de bronce, fabricada á golpes de martillo por un artífice que vale mucho mas que ella. Y en fin, para que conozcais por vuestra propia experiencia, qué ridículas son esas divinidades quiméricas, á quienes dedicais vuestros cultos, llevadme, si gustais, al templo de vuestro Apolo, y veréis como reduzco en polvo á esa mentida deidad en vuestra misma presencia.

Irritados los jueces al oir una respuesta tan generosa y tan noble, mandaron que fuese conducida al templo de Apolo, para que en él ofreciese sacrificio; y caso de resistirse á obedecer, que sin remision alguna fuese atormentada con los mayores suplicios.

Apenas descubrió la Santa el templo á donde la llevaban, cuando levantando los ojos y las manos al cielo, hizo esta devota oracion: «Dios y Salvador mio, que sacásteis de la nada á todas las criaturas, «y que todas las reducís á la nada cuando es vuestra voluntad; dig- «naos de oir la oracion de esta humilde sierva vuestra, y haced ver «á este ciego pueblo, que solo Vos mereceis nuestra adoracion y nues- «tro culto, y que los ídolos suyos, que son obra de sus manos, son «indignos de la menor veneracion.»

Apenas acabó la Santa de pronunciar estas palabras, cuando se sintió un espantoso terremoto, que llenó de terror á todos; una parte del templo se desplomó, y la estatua de Apolo quedó hecha mil pedazos. Oyóse la voz del demonio que residia en aquel ídolo, y dijo en tono formidable: «Ó Martina, sierva del verdadero Dios, tú me «arrojas de mi casa, donde vivia tantos años há; y es preciso ceder «á la omnipotencia de tu Dios, que va á llenar de calamidades á este «imperio.»

Fueron testigos de este suceso la mayor parte de los ministros del Emperador; y temiendo el furor del pueblo, que atribuia los milagros de los Cristianos á magia y á encantamiento, mandaron que sin respeto á la calidad, ni á la tierna edad de Martina, fuese apaleada con gruesos bastones nudosos, y fuese arañado su rostro con uñas aceradas. Durante este horrible suplicio estaba la santa Doncella bendiciendo á Nuestro Señor Jesucristo, dándole gracias por la merced que le hacia de padecer algo por su santo nombre y por su gloria. Consolóla el Señor, y la alentó con una luz celestial, asegurándola que triunfaria de todos sus tormentos. Viendo los verdugos todas estas maravillas, de repente dejaron de atormentarla, y arrojándose á sus piés, declararon altamente que eran cristianos, y suplicaron á la Santa que les alcanzase del Señor la gracia del martirio. Fueron oidos prontamente; porque el juez les mandó cortar á todos las cabezas.

No cabia en sí de gozo santa Martina al ver la victoria que su dulce esposo Jesucristo acababa de conseguir de sus enemigos; y como el tirano la apretase para que ofreciese sacrificio, y no se quisiese exponer á que se ejecutase con ella lo que se acababa de ejecutar con los otros, le respondió la santa Vírgen con cristiana intrepidez, que los tormentos mas crueles eran para ella favores insignes y placeres exquisitos, y que así en vano se cansaba en tentar su fe y su constancia. Enfurecido el tirano, mandó que la despedazasen de nuevo con garfios agudos, y que la llevasen arrastrando al templo de Diana, para que á lo menos se hallase presente al sacrificio de aquella diosa; pero apenas apareció en él la Santa, cuando el demonio salió del templo, haciendo un espantoso ruido, á que se siguió un rayo que redujo á ceniza la estatua de Diana. No pudiendo el tirano sufrir la injuria que hacia á la religion del Emperador aquella tierna doncella, mandó que fuese atormentada con cruelísimos suplicios. Empleóse el hierro y el fuego en martirizar á aquella cristiana heroína, que en medio de los mayores tormentos no cesaba de bendecir y de alabar al Señor: hasta que cansado en fin el tirano, lleno de confusion por verse vencido de una tierna doncellita, la mandó cortar la cabeza, coronando de esta manera con tan glorioso martirio su fe y su virginidad.

Fue siempre célebre en Roma la memoria de esta insigne Santa, en cuyo honor se edificó una capilla en el mismo lugar donde estaba sepultada, al pié del monte Capitolino. Pero lo que aumentó mucho mas la celebridad de su culto fue la invencion y la traslacion de sus reliquias en el pontificado de Urbano VIII. Hallóse el sagrado cuerpo entre las ruinas de la primitiva iglesia el dia 25 de octubre del año de 1634. Estaba cerrado en una como caja ó ataud de barro, la cual descansaba sobre una gran piedra, y todo dentro de un nicho, ó de dos estrechas paredes, cubierto de tierra y de cascajo. La cabeza estaba separada en una fuente ó bacía de cobre toda desgastada y medio roida del orin, y daba indicios de ser cabeza de una doncellita de pocos años. Asistió á esta célebre traslacion el papa Urbano VIII con gran número de cardenales, y desde entonces creció mucho la devocion con santa Martina, así en Roma como en toda la cristiandad.

SAN ADELELMO Ó LESMES, ABAD, PATRON DE BURGOS.

Fue san Lesmes uno de los mas célebres abades del órden Benedictino, y nació á principios del siglo XI, en Londun al Norte de

Poitiers, en Francia, de muy distinguidos padres en nobleza, riquezas y piedad: los cuales aprovechándose de su bello natural, vivo y perspicaz ingenio, sobre formarle en los sólidos principios de la religion cristiana, procuraron instruirle en las ciencias liberales. Después por voluntad de los suyos, siguió la carrera militar: bien que la licenciosidad de esta profesion no fue capaz de manchar en lo mas mínimo la pureza de su alma. Muertos sus padres, oyendo en la iglesia, al tiempo de cantarse el Evangelio, aquel admirable consejo de Jesucristo sobre perfeccion, á saber: Si quieres ser perfecto, vé, y vende cuanto posees, y dalo á los pobres; hicieron en su corazon tanta impresion estas palabras divinas, que siguiendo el ejemplo de aquel célebre padre de los desiertos de Egipto, el grande Antonio, distribuyó entre los necesitados su cuantioso patrimonio para poder conseguir, libre de los impedimentos de esta vida, los bienes de la eterna. Quejáronse sus parientes del reparto, alegando serles debida la preferencia; pero Lesmes les satisfizo, que en la distribucion no era su ánimo atender á los vínculos de la carne y sangre, sino es granjear por este medio los lucros que ofrecen las promesas divinas en la eternidad.

Pareciéndole menos proporcionada su patria para conseguir el fin á que aspiraba, se ausentó de ella una noche, sin otra compañía que la de un criado fiel, de quien se despidió á poco en el camino, cambiando el vestido con él, dándole al tiempo de la separacion los mas santos y saludables consejos, sobre que no se atreviese jamás á ofender á Dios con el mas leve pecado. Solo dirigió su rumbo á Roma, con el fin de visitar los santos lugares que se veneran en aquella capital, conduciéndose á pié descalzo en la peregrinacion como un mendigo, pidiendo de puerta en puerta el alimento preciso para pasar la vida. Quiso ver en Issoire, pueblo de Auvergne, al célebre Roberto, su conocido, abad del monasterio llamado Casa de Dios, quien le rogó con eficaces instancias se quedase en su compañía para dedicarse al servicio del Señor bajo la disciplina de aquel Instituto. No fue posible detenerle por entonces; pero le prometió volver á su sociedad concluida su peregrinacion.

Habiendo llegado á Roma gastó dos años en satisfacer los deseos de venerar con el mayor fervor y devocion los santos lugares regados con la sangre de tantos mártires, manteniéndose de limosna gustosísimo con los demás mendigos, conforme lo ejecutó en toda su peregrinacion, para satisfacer la máxima que Jesucristo recomendó á sus Apóstoles. Vuelto á Francia á cumplir la palabra que dió al abad Roberto, le desconoció á primera vista por lo desfigurado que se puso

al rigor de su penitencia, y admitiéndole con las demostraciones del mayor aprecio entre los alumnos de aquel monasterio, vistió con las insignias benedictinas aquel militar de Jesucristo, y no dudó las ventajas que se prometia aquella casa de Dios con un individuo de tan eminente virtud. No salieron frustradas sus esperanzas, pues en muy breve tiempo acreditaron los progresos de Lesmes en la carrera de la perfeccion el concepto que se formó de su persona. Á todos los monjes llenó de admiracion su oracion continua, su abstinencia, sus ayunos y rigor de penitencia, su profunda obediencia y humildad: tan observante del silencio, que solo hablaba por necesidad, ú obligado de precepto superior: brillante sobre todo en el amor de la paz y concordia de sus hermanos; de forma, que habiéndose propuesto seguir los vestigios de su santo Patriarca, y los de otros héroes recomendables del Instituto, lo logró á costa de incesantes mortificaciones.

Sin embargo á que en la religion benedictina se comete el magisterio de los jóvenes á sugetos antiguos y aprobados para el empleo, fiaron este encargo á Lesmes muy á los principios de su entrada, en el concepto de que alentaria en el fervor á los mas tibios con su ejemplo, doctrina y virtud, lo cual se verificó, saliendo de su escuela muchos recomendables discípulos capaces á dar honor al Instituto. Por obediencia ascendió al órden sacerdotal, para que fuese útil á los demás fieles, dispensando las funciones del carácter con la edificacion que cabe en un ministro digno del altar.

Habiendo ascendido el abad del monasterio á la dignidad episcopal, todos los monjes pusieron los ojos en Lesmes para sucesor, cuyo empleo rehusó por cuantos medios son imaginables; pero rendido en fin á las instancias y reconvenciones de que resistia á la voluntad divina, tuvo tal acierto en el gobierno, que logró ser agradable á Dios y á los hombres, á pesar de ser cosa muy difícil en los superiores que se interesan en la observancia regular. Pero como todos sus deseos eran por el retiro para dedicarse con quietud y tranquilidad en altas contemplaciones, por medio de las cuales le dispensaba el Señor extraordinarios consuelos, resentida además de esto su profunda humildad de los honores que le tributaban en el empleo, le renunció muy contra la voluntad de los monjes, confesándose indigno del ministerio.

Los asombrosos milagros que obraba cada dia Lesmes de prodigiosas curaciones con el santo nombre de Jesús, al que profesaba tanta devocion, que al proferirlo inclinaba la cabeza, ó fijaba los ojos en tierra en señal de veneracion, hicieron célebre la fama de su

santidad en todos los confines de Francia é Inglaterra; y no pudiendo conseguir en ellos la apetecida quietud por la multitud de gentes que concurrian á él para consuelo de sus almas, y remedio de sus enfermedades, se ofreció ocasion oportuna de disfrutarla en España.

Entendida Constancia, mujer de Alfonso VI, rey de Castilla y Leon, de la santidad y eminente virtud de Lesmes, persuadió á su esposo, que le rogase pasar á España, á fin de ilustrarla con su doctrina y ejemplo, necesitada por entonces de varones de su clase por estar recien conquistada de los moros, los cuales dejaron en ella no poca infeccion. Hizo Alfonso el empeño, y condescendió Lesmes con la condicion de que no se le obligase á seguir la corte, pues era su ánimo vivir retirado para dedicarse con tranquilidad al servicio del Señor. Admitida la propuesta, eligió para su habitacion la ermita de San Juan Bautista contigua á la ciudad de Burgos, con el objeto de hospedar á los pobres peregrinos que pasaban á visitar el sepulcro de Santiago en Galicia: cuyo oficio dispensó con tanto amor, con tanta afabilidad y entrañable caridad, que llenaron de asombro á cuantos pudieron entender el esmero de su piedad. En vista de lo cual concedió Alfonso muchas posesiones para que invirtiese sus rentas en tan piadosos designios, encomendándose con su real familia y reino á sus poderosas oraciones para con Dios, bien acreditadas en los prodigios que obraba cada dia.

Ocupado en tan loables hechos, llegó el fin de su vida. Quiso el Señor probarle por medio de una aguda y grave enfermedad, en la que dió pruebas de su pacífico sufrimiento y resignacion en todo con la voluntad de Dios; mostrando una alegría extraordinaria en los dolores mas vivos; ansiosa su alma de disolverse de los vínculos del cuerpo para unirse con Cristo. Recibió de mano del arzobispo de Burgos los Sacramentos con la ternura y devocion propia de su abrasado espíritu, y después que dió gracias, rogó le llevasen al oratorio de la capilla dicha, y entonando al tiempo de entrar aquellos versos de David: «Sálvame, Señor, en tu nombre, y júzgame en tu virtud; en «tus manos encomiendo mi espíritu:» abrazado con un Crucifijo, pasó á disfrutar los premios eternos el dia 30 de enero, como dice el breviario de Burgos, hácia el año 1097, con imponderable sentimiento de la ciudad, que lloró su falta como la de un amoroso padre, que era el refugio de todas sus necesidades espirituales y corporales. Sepultáronle en aquella misma capilla, donde por los años de 1380 se erigió la parroquia de San Lesmes. La ciudad de Burgos venera á este siervo de Dios por patrono y especial abogado.

BEATO LESMES, LIMOSNERO DE SAN JULIAN.

Con el título de Beato ha distinguido la pública devocion á Lesmes, natural de Burgos, á quien san Julian, obispo de Cuenca, llevó consigo y tuvo por familiar hasta la muerte. En la compañía del santo Obispo desempeñó Lesmes todos los oficios, sobresaliendo en el de limosnero. En su ejercicio se tomaba la incumbencia de cargar, medir y repartir trigo á los pobres, de cuyo trabajo se le ocasionó un dolor de riñones y estómago que llevó hasta la sepultura. Muerto san Julian pasó á Burgos, donde siguió por diez años dando pruebas de su aprovechamiento en la práctica de todas las virtudes, sin que conste el dia de su muerte, que parece haber ocurrido en el año 1218. Su cuerpo estuvo depositado junto á la capilla que estaba dedicada á san Andrés y la Magdalena, y corresponde hoy á la capilla de san Enrique. En el año 1680 fue trasladado el cuerpo á la capilla que es de san Juan de Sahagun, donde se halla colocado en una sepultura al lado derecho del altar del Santo con esta inscripcion:

Aquí yace el beato Lesmes, hijo de Burgos, abogado del dolor de riñones.

No se le tributa ninguna especie de culto, aunque hay memoria de que los que padecen dolores de riñones imploraban la intercesion del venerable Lesmes, conservándose aun en el dia muestras de esta piadosa creencia (*).

La Oracion de la Misa es la que sigue:

Deus, qui inter cetera potentiae tuae miracula etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti; concede propitius, ut qui beatae Martinae virginis, et martyris tuae natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que entre las otras maravillas de tu poder hiciste tambien victorioso al sexo frágil en los tormentos del martirio; concédenos benigno la gracia que honrando el nacimiento al cielo de la bienaventurada Martina, tu vírgen y mártir, logremos caminar á tí, sirviéndonos de guia sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo LI *del Eclesiástico, pág. 289.*

(*) Esto es lo que hay de positivo sobre el Beato Lesmes, y no lo que se lee en la edicion que tenemos á la vista.

(Nota de los Editores).

REFLEXIONES.

Sirvamos á Dios con fidelidad; sirvámosle con perseverancia; que su Majestad sabrá sacarnos felizmente de todos los malos pasos. Cuanto se multipliquen los enemigos, cuanto mayores sean los peligros, mas debemos contar sobre su proteccion, con tal que no sirvamos á otro dueño, y con tal que estos riesgos y estos enemigos no nazcan precisamente del empeño de querer servir á otro.

Es la vida una continua guerra; es menester que se sepa de qué banderas se sirve, y por cuyos intereses se pelea. Navégase por un mar borrascoso y lleno de escollos: si se pierde de vista el Norte, no es posible navegar largo tiempo sin hacer naufragio. Es el mundo un país enemigo: todo es tentacion; todo está lleno de emboscadas. Es el domicilio de la injusticia; es el solar de la mala fe; la disimulacion es la potencia dominante. Las pasiones, como leones que rugen, no son forasteras, antes están en él avecindadas. Es propiamente region de trabajos y de pesadumbres. No hay rocío del cielo que temple sus ardores; y crecen las espinas con el riego de las lágrimas, que por eso es valle de ellas: solamente la multitud de las misericordias del Señor pueden conservarnos en medio del mundo; como conservaron á los tres mancebos hebreos entre las llamas del horno. Solo su misericordia y su brazo omnipotente nos pueden librar de estos leones rugientes, hambrientos siempre, y siempre prontos á despedazarnos. Solo él puede hacernos escapar de los que nos buscan para quitarnos la vida del alma. Sola su mano benéfica puede aliviarnos de las aflicciones que nos sitian; de la violencia del fuego que nos amenaza; de las entrañas del infierno en que nos quieren precipitar tantos enemigos. ¿Quién es el que estudia en ganar la buena gracia del Señor? ¿Quién se mata, quién se aflige por merecer su proteccion? ¿Quién se guarda, quién se desvela por no caer en tantos y tan grandes peligros? ¿Quién recurre á la oracion sin cesar? ¡Y después de tanto descuido, se extrañará que sean tan pocos los que se salvan! La negligencia con que se vive en el importantísimo negocio de la salvacion; la portentosa seguridad con que se camina en medio de tanto riesgo; las pocas ó ningunas diligencias que se hacen para recobrar la gracia perdida; todo esto acredita, todo convence, que la reprobacion es obra de nuestras manos, y que por nuestra desgracia trabajamos tanto en esta infeliz obra, que al cabo salimos con ella. ¡Y mientras tanto vivimos con una tranqui-

lidad que puede parecer modorra! ¿En qué se fundará esta fatal seguridad?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 291.*

MEDITACION.

De la reprobacion.

Punto primero.—Considera toda la fuerza de aquellas terribles palabras: *Nescio vos:* no os conozco. A la hora de la muerte, en aquel momento crítico y decisivo de nuestra eterna suerte oir de la boca del Redentor, en quien únicamente teníamos puesta toda nuestra confianza: *En verdad os digo, no os conozco;* y esto sin réplica, esto sin revocacion; ¿qué impresion hará en una pobre alma este decreto fulminante?

La circunstancia hace mas vivo el sentimiento y el dolor. Comparece al mismo tiempo igual número de vírgenes, las cuales son muy bien recibidas. No eran algunas vírgenes de region extraña, ni de diferente condicion que la suya: eran las mismas con quienes habian vivido, cuya conducta y cuyos ejemplos habian tenido siempre á la vista. ¡O buen Dios! ¡y qué suerte tan diferente! *No sé quien sois: no os conozco.* Así habla, esto dice el mismo Jesucristo. ¡Oh pereza! ¡oh flojedad! ¡oh falta de prevencion, y qué caro cuestas!

Eran vírgenes, esto es, de vida irreprensible; pero se durmieron, se descuidaron en hacer su provision. Apagáronse las lámparas por falta de aceite, quisieron acudir por él; pero ya era tarde. Llegó el Esposo antes de lo que pensaban. En vano gritan que las abran la puerta: respóndesalas de adentro que no las conocen. Esta es una vivísima imágen de tantas almas, que con pretexto de una vida, al parecer bastantemente cristiana, no se reconoce en ellas otro defecto visible, que una falta de providencia, una pereza, una flojedad con que siempre están dilatando para otro tiempo su total reforma, y la resolucion de trabajar con mas celo, con mayor eficacia en el negocio de la salvacion. La vida regalona, ociosa, mundana, sensual y floja nunca fue vida cristiana. ¡Buen Dios! ¿cuántos y cuántas oirán en la hora de la muerte: *No sé quien sois: no os conozco?* ¿Y no tengo yo motivo para temer ser de este número?

¡Qué desgracia, dulcísimo Jesús mio, la de una alma redimida con vuestra preciosa sangre, que solo se perdió por culpa suya! ¡Y qué

desesperacion seria la mia, si con los auxilios que ahora me ofreceis, no evitara esta desgracia!

Punto segundo.—Considera que la reprobacion es el colmo de todas las desdichas, es el conjunto de todos los males. Todo lo cruel, todo lo desesperado que hay en el mundo todo se une en una alma reprobada. Tal fue la suerte de las vírgenes necias. Pero ¿somos nosotros mas prudentes que ellas? No solo no tenemos el aceite que ellas fueron á buscar, pero ni quizá lámparas donde echarle. Cási toda la vida estamos dormidos, cuando se trata del negocio de nuestra salvacion. Vendrá muy presto el Esposo, y acaso está ya en camino. ¿Cuántos harán esta meditacion, á quienes el Esposo dirá: *No os conozco?* ¡Qué desgracia la de los mundanos, si esta venida les coge de repente, y como de sorpresa! ¡Qué desesperacion la de las personas religiosas, si las coge desprevenidas! ¿Acaso nos faltaban medios, y medios muy eficaces para prevenirnos?

Nuestra salvacion siempre es obra de la gracia del Redentor; pero nuestra condenacion siempre es obra nuestra. En nuestra mano está hacer las provisiones á tiempo: á las vírgenes necias no les faltaba con que comprar el aceite; solamente les faltó actividad y vigilancia. El sueño y la ociosidad pudieron mas que sus mayores obligaciones. ¡Mi Dios, y qué retrato tan parecido á innumerables almas que tendrán semejante suerte! ¿Y no será quizá retrato de la mia?

Santa Martina lo renunció todo en la flor de su edad. Bodas ventajosas, fortuna brillante, alegría del mundo, pompa vana, todo lo sacrificó. Derramó su sangre, y dió su vida por evitar la muerte eterna. Cuando amenaza naufragio, todo se arroja en la mar. ¡Cosa extraña! crece la tempestad, auméntase el peligro; y en vez de aligerar el buque, se le carga mas. Esas pasiones tan cuidadosamente sustentadas, esos festines, esos saraos, esas diversiones del carnaval nos aseguran el puerto? ¿Nos apartan de los escollos? ¡Ó gran Dios! ¡y cuánta verdad es que nuestra condenacion es obra de nuestras manos!

Resuelto estoy, divino Salvador mio, á todo lo que quisiéreis hacer de mí, para evitar esta desgracia. Si fuere menester sacrificar mis bienes y aun mi vida, desde luego os la sacrifico. Hablo, Señor, con todo el corazon, con toda el alma: y así voy desde luego á daros pruebas de mi sinceridad.

Jaculatorias.—No me arrojeis, Señor, de vuestra presencia, y

no me priveis de la luz de vuestro santo Espíritu. (*Psalm.* L).

¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (*Matth.* XVI).

PROPÓSITOS.

1 Siendo como es la reprobacion obra de nuestras manos, guardémonos bien de trabajar en ella. Resuélvete eficazmente á huir de todo cuanto pueda precipitarte en esta suma desgracia. El aire del mundo es contagioso: no te expongas á él sin grande necesidad, y sin grandes precauciones. Las casas de conversacion, las del juego, los saraos, los espectáculos; en una palabra, todas las que se llaman diversiones de carnestolendas, son sumamente peligrosas. ¿Cuántos comenzaron por aquí su infeliz destino? Resuélvete á no parecer jamás en ellas. Pero ¿qué dirán? Dirán que temes la peste; que huyes el peligro; que sigues el partido de los cuerdos; que no quieres perderte; que tienes eficaz deseo de salvarte. ¿Podrán decir otra cosa con razon? Trata de tener juicio; y dime si le tendrás procediendo de otra manera.

2 No se pase el dia sin que pongas en ejecucion lo que has prometido quizá muchos meses há, y siempre inútilmente. Si tienes que hacer alguna restitucion ó alguna reconciliacion, hazla sin demora. Si tu confesor te ha aconsejado algunas devociones, ó algunos actos de virtud, practícalos luego. Si has hecho propósito de hacer alguna mortificacion, no lo dejes para mañana. Lee hoy mismo en algun libro que te inspire el amor á la penitencia, infundiéndote un santo horror al infierno. Lee el sermon del infierno del P. Bourdaloue, que está en el tercer tomo, si es que los tienes, ó en las reflexiones cristianas sobre varios puntos de moral, el artículo de la eternidad desgraciada, que se halla en el primer tomo. La devocion ardiente y fervorosa con Cristo Señor nuestro en el sacramento de la Eucaristía, y la tierna devocion con la santísima Vírgen son grandes señales de predestinacion, cuando están acompañadas de una vida cristiana. Esfuérzate á tener estas señales, y resuelve desde luego no acostarte nunca sin haber hecho una visita al santísimo Sacramento, y profesar una tierna devocion á la santísima Vírgen.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

San Pedro Nolasco, confesor y fundador del Órden de Nuestra Señora de las Mercedes, redencion de cautivos, en Barcelona de España (esclarecido en virtudes y milagros): dió su alma al Señor el dia 25 de diciembre. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Ciro y Juan, en Roma en la via Portuense, quienes después de padecer muchos tormentos, fueron degollados por confesar á Jesucristo.

El triunfo de san Metrano, mártir, en Alejandría, el cual en tiempo del emperador Decio, no queriendo proferir ciertas palabras impías que le mandaban los paganos, le azotaron todo su cuerpo con manojos de varas, le agujerearon el rostro y ojos con cañas aguzadas, y sacándole fuera de la ciudad sin cesar de atormentarle, le apedrearon hasta dejarle muerto.

Los santos mártires Saturnino, Tirso y Víctor, en la misma ciudad.

Los santos mártires Tarsicio, Zotico, Ciriaco, y sus compañeros, tambien en la misma ciudad.

Santa Trifena, mártir, en Cizica en el Helesponto, la cual habiendo padecido muchos tormentos, fue muerta por un toro, y mereció la corona del martirio.

San Geminiano, obispo, en Módena, esclarecido en milagros.

San Julio, presbítero y confesor, en la provincia de Milan, en tiempo del emperador Teodosio.

Santa Márcela, viuda, en Roma, cuyos esclarecidos hechos escribió san Gerónimo. *(Véase su vida en las de este dia).*

La Beata Luisa Albertona, viuda, en Roma, de la tercera Órden de san Francisco, esclarecida en virtudes.

La traslacion de san Marcos Evangelista, en el mismo dia, cuyo cuerpo fue trasladado de Alejandría, ciudad de Egipto, cuando la ocuparon los bárbaros, á Venecia, donde con mucha pompa fue colocado en la iglesia mayor dedicada á su nombre.

SAN PEDRO NOLASCO, CONFESOR.

San Pedro Nolasco fue francés, de una de las mejores casas del Languedoc. Nació el año de 1189 en el país de Lauregais, en un lugar del obispado de San Papoul, llamado Mas de Santas Paulas, á una legua de Castel-nau-Darri. Habiendo perdido á su padre siendo de edad de quince años, prosiguió viviendo en compañía de su madre, que ya resuelta á no volverse á casar, y á dedicarse á Dios únicamente, empleaba en servirle sus bienes y sus talentos.

Siguió algun tiempo al conde Simon de Monfort, general de la Cruzada contra los Albigenses. Después de la famosa batalla de Mu-

ret en que quedó muerto D. Pedro, rey de Aragon, compadecido el Conde de la desgracia y de la poca edad del niño rey D. Jaime, que habia quedado prisionero, y no tenia mas que seis ó siete años, creyó no podia hacerle mayor servicio que darle por ayo y por gobernador á Pedro Nolasco. Desempeñó este importante empleo con feliz suceso, y mereció toda la estimacion y toda la confianza del jóven Monarca; de la cual solo se valió para reformar la corte, y para ir delante de todos con el buen ejemplo.

La devocion con la Reina de los Ángeles, y caridad con los cristianos cautivos que gemian en la esclavitud de los moros, fueron las dos virtudes características de Nolasco, que no paró de vender todos sus bienes para asistir y aliviar á aquellos pobres.

Animóse tanto en el buen suceso que tuvieron las primeras pruebas de esta ardiente caridad, que persuadió á muchos caballeros ricos y piadosos se juntasen con él para formar una como congregacion ó cofradía que tuviese por fin trabajar en la redencion de los cautivos, debajo del título y proteccion de la santísima Vírgen.

Corrió esta santa congregacion la misma fortuna que todas las obras grandes, las que siempre procura el demonio arruinar, ó á lo menos desacreditar por medio de contradicciones y de murmuraciones. Pero el rey D. Jaime, los grandes del reino, y toda la gente virtuosa y bien intencionada, que estaban palpando las visibles utilidades de aquella insigne obra, hicieron enmudecer á la calumnia, y disiparon la tempestad.

Apenas comenzaba la caritativa congregacion á derramar sobre aquellos infélices los primeros efectos de su celo, cuando la santísima Vírgen se apareció á Nolasco el primer dia de agosto, y le declaró seria muy del agrado de su Hijo y suyo que fundase una religion con el título de Nuestra Señora de la Merced para la redencion de los cautivos cristianos, prometiéndole su socorro y proteccion. Persuadido Pedro de la voluntad de Dios en fuerza de esta vision, de cuya verdad no le quedó la menor duda, y la Iglesia la autorizó después celebrándola con fiesta particular, solo deliberó en los medios para la ejecucion de lo que se le habia mandado. Ante todas cosas, no queriendo moverse á nada sin consultarlo todo con su confesor san Raimundo de Peñafort, fué á buscar al Santo que habia tenido la misma vision aquella propia noche. Confirmados ambos con la uniformidad de la revelacion, pasaron á palacio á comunicar con el Rey sus intentos y darle parte de lo sucedido. Pero se hallaron sorprendidos y gustosamente admirados, cuando el Rey se adelantó á

contarles una vision que habia tenido, y era en todo conforme á la de los dos, sin faltarle circunstancia. Con esto solo se pensó desde luego en disponer todo lo necesario para la fundacion de una religion tan ilustre y tan santa.

El dia de san Lorenzo, el Rey, acompañado de toda su corte y de los magistrados y ministros de Barcelona, pasó á la catedral, titulada Santa Cruz de Jerusalen, donde san Raimundo subió al púlpito, y declaró delante de todo el pueblo la revelacion de la Madre de Dios, que habian tenido el Rey, Pedro Nolasco, y el mismo Raimundo sobre la fundacion de una nueva Órden con el título de Nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos. Después del ofertorio, el rey D. Jaime y san Raimundo presentaron á Nolasco á D. Berenguer de la Palú, obispo de Barcelona, que le vistió el hábito blanco y el escapulario del Orden; y un poco antes de la Comunion, después de los tres votos religiosos, el nuevo Fundador añadió el cuarto, por el cual se obligan todos los de este sagrado Instituto, no solamente á solicitar limosnas para la redencion de los cautivos cristianos, sino tambien á quedarse ellos cautivos en caso necesario, cuando no tengan otro modo de rescatar á los demás. Juntamente con el Santo profesaron otros dos caballeros, y el Rey les cedió liberalmente la mayor parte de su palacio de Barcelona para que fundasen en él el primer convento de la Órden, queriendo que llevasen en el escapulario el escudo de las armas de Aragon, á las que añadió el Santo, con beneplácito del Rey, las de aquella santa iglesia catedral.

Derramó el Señor tantas bendiciones sobre la nueva religion, y fueron tantos los sugetos de la primera nobleza que se declararon pretendientes del piadosísimo Instituto, que fue preciso hacer segundo convento. Destinóse para este la iglesia de santa Eulalia; y en poco tiempo tuvo Nolasco el consuelo de ver dilatada su familia por todas las principales ciudades de Aragon y Cataluña.

En medio de estar Pedro muy retirado de los negocios de la corte, se vió precisado á pasar á ella para sosegar las inquietudes que causaban en todo el reino las facciones de D. Sancho, primo hermano del Rey, y de D. Guillen de Moncada, vizconde de Bearne. Puso en libertad al Rey, á quien los sediciosos tenian como prisionero en el castillo de Zaragoza, y pacificó los alborotos con recíproca satisfaccion de ambas parcialidades.

Cuando se restituyó á Barcelona representó á sus religiosos que para satisfacer la obligacion del cuarto voto no bastaba hacer algunas redenciones sin salir de los paises sujetos á los príncipes cristia-

nos; y que su Instituto los obligaba á ir personalmente á los dominios de los infieles, y á ofrecerse á quedar ellos por esclavos para librar á los cristianos cautivos. Ofreciéronsele todos para tan heróica expedicion; pero el Santo, escogiendo algunos pocos, se puso á la frente de ellos, y entró en el reino de Valencia, ocupado á la sazon por los sarracenos, donde léjos de hallar los desprecios y las cadenas que ansiosamente buscaba, solo encontró estimacion y respeto. Libró de las mazmorras á todos los cautivos cristianos, y habiendo hecho un viaje á Granada, redimió en las dos expediciones á cuatrocientos esclavos.

No se contentaba el celo de Nolasco con la redencion de los cautivos; adelantábase tambien á la conversion de los infieles, y nunca hacia rescate de cristianos, que no convirtiese gran número de moros á la fe de Jesucristo.

El eco de tantas maravillas hizo famosa en toda la Europa la nueva religion de la Merced. Aprobóla la Silla apostólica el año de 1230, y hallándose en Roma por penitenciario mayor el glorioso san Raimundo, que se puede llamar su segundo fundador, hizo que el papa Gregorio IX la confirmase en el de 1235.

Por este tiempo el rey D. Jaime, después de haber conquistado á Mallorca del poder de los infieles, entró con sus armas victoriosas por los reinos de Valencia y de Murcia. Como este católico Príncipe atribuia los felices sucesos de sus armas menos á sus fuerzas, que á las oraciones de Nolasco, en todos los paises que iba conquistando dejaba fundados conventos de la Merced. Concedió á la religion el famoso castillo de Uneza, donde se fundó un convento que en todos tiempos hizo célebre la devocion al milagroso santuario de Nuestra Señora del Puche, ó del Puí. Cuando se abrian los cimientos de la obra, se observó en cuatro sábados consecutivos, que siete brillantes luces, á manera de astros resplandecientes, bajaban como del cielo, y ocultaban su luz en el mismo lugar donde se abrian los cimientos. Persuadido Nolasco á que algo queria decir este prodigio, mandó que se cavase mas y mas, hasta que al fin se encontró una campana de extraordinaria grandeza, debajo de cuya concavidad se halló una bellísima imágen de Nuestra Señora, que recibió el Santo como un precioso don con que Dios queria regalarle y enriquecerle. Colocóla luego en un devoto altar; y los continuos favores que la Reina de los Ángeles dispensa á todos los que la invocan en aquella santa capilla, acreditan bien que son de su muy especial agrado los cultos que recibe en ella.

El año de 1238 se hizo dueño de Valencia el rey D. Jaime, y después que hizo consagrar la mezquita mayor en iglesia catedral por el arzobispo de Narbona, concedió la segunda mezquita á la religion de la Merced.

Ya no tenia Nolasco cautivos que rescatar en todas las costas de España, porque su caridad habia redimido á cuantos se hallaron en poder de los infieles; y para no descansar en el ejercicio de su voto y de su celo, pasó á buscar en Berbería lo que no encontraba en España. Allí sí que pudo satisfacerse su ardiente sed de padecer por Jesucristo, si ella no fuera insaciable; porque además de las fatigas que padeció fue metido en una mazmorra, cargado de cadenas, tratado con crueldad, y no pocas veces estuvo en evidente peligro de perder la vida. Pero como vieron los bárbaros que no deseaba otra cosa, y que cuando no pudiese conseguir esta dicha, tenia por la mayor el quedarse cautivo por los cautivos, le enviaron á España con un gran número de ellos.

Luego que volvió á Barcélona, hizo cuanto pudo para renunciar el generalato; pero no pudo conseguir el consentimiento de ninguno de sus hijos. Lo mas que logró fue que le nombrasen un vicario, en quien el Santo cedió luego todo lo honorífico del empleo, reservándose para sí únicamente el cuidado de distribuir las limosnas á los peregrinos y á los pasajeros. Hallábase cargado de achaques, extraordinariamente debilitado con sus grandes trabajos; mas no por eso dejó de doblar las penitencias, teniéndose siempre por siervo inútil. Es dificultoso ser mas humilde que lo fue Nolasco. Aunque Dios se habia servido de él para obrar tantas maravillas, él se juzgaba incapaz de hacer cosa de provecho; y solo se valia de su suprema autoridad para ejercitarse en los oficios mas bajos de la casa.

En vano le empeñaba su humildad en vivir desconocido, cuando su reputacion le hacia famoso por todo el mundo. Habiendo venido á la provincia del Languedoc san Luis, rey de Francia, quiso ver á un hombre tan santo, de quien la fama publicaba tantas maravillas. Llamóle, túvole en su corte algunos dias, comunicóle el pensamiento que tenia de ir á conquistar la Tierra Santa, y á librar á tantos cristianos como gemian bajo el pesadísimo yugo de los sarracenos. Ofrecióse Nolasco á acompañarle en aquella sagrada empresa; pero atajó los pasos de su celo una larga enfermedad, efecto de sus penitencias y trabajos, que al cabo le redujo á la sepultura.

Padeció por espacio de dos años vivísimos dolores, que sufrió sin perder un punto de su ordinaria tranquilidad y acostumbrada dul-

zura. Cuanto eran aquellos mas intensos, mayor alegría mostraba por poderlos unir con los que padeció el niño Dios en su nacimiento. Llegó el dia en que la Iglesia le celebra, y viendo Nolasco que con él se llegaba el que Dios habia destinado para premiar su ardiente caridad; después de recibidos con nuevo fervor los santos Sacramentos, y después de haber protestado á sus hijos, que era cosa muy dulce vivir y morir en el servicio de Dios y en la proteccion de la santísima Vírgen, rindió su espíritu al Señor hacia el anochecer, á los sesenta y nueve años de su edad, y á los cuarenta después de fundada su religion; que ha dado tantos hombres grandes á todo el mundo cristiano, y está dando el dia de hoy tan heróicos ejemplos de caridad á toda la Iglesia. Fue canonizado este gran Santo por el papa Urbano VIII el año de 1628.

SANTA MARCELA, VIUDA.

San Gerónimo llama á esta, gloria de las damas romanas; la cual habiendo perdido á su marido al séptimo mes de matrimonio, despreció el amor de Cereal, cónsul, tio de Galo César, y resolvió imitar la vida de los ascetas del Oriente. Absteníase de vinos y carnes, empleaba todo el tiempo en lecturas piadosas, oracion, y visitar las iglesias de los Apóstoles y Mártires, y jamás hablaba á solas con hombre alguno. Siguieron su ejemplo muchas doncellas de la primera jerarquía, que se pusieron á su direccion, y se vió Roma en muy poco tiempo llena de monasterios. Once cartas tenemos de san Gerónimo escritas á esta Santa en respuesta á sus preguntas religiosas. En el año de 410 los godos bajo la conducta de Alarico su rey saquearon á Roma; y santa Marcela fue azotada por ellos por la codicia del tesoro, que habia ya mucho tiempo tenia distribuido á los pobres. Todo el temor de esta Santa en aquella ocasion era su amable pupila espiritual Principia (no su hija, como algunos lo han pensado equivocadamente), y arrojándose á los piés de los soldados crueles, les pidió llena de lágrimas, que no le diesen la pena de insultarla. Movióles Dios á compasion. Condujéronlas á ambas á la iglesia de san Pablo, á la que con la de san Pedro habia Alarico concedido el derecho de asilo. Santa Marcela, que sobrevivió á estas penas, aunque muy corto tiempo que invirtió en lágrimas, oraciones y jaculatorias, cerró sus ojos con una muerte feliz en los brazos de santa Principia, á fines de agosto del año de 410; pero en el dia 31 de enero es en el que pone su nombre el Martirologio romano. Véase san

Gerón. *Ep. 96, ad Principiam, t. 4, p. 778. Ed. Ben. Baronio ad ann. 410*, y Bollando, *t. 2. p. 1105.*

La Oracion de la Misa es la siguiente:

Deus, qui in tuae charitatis exemplum ad fidelium redemptionem, sanctum Petrum Nolascum Ecclesiam tuam nova prole foecundare divinitus docuisti: ipsius nobis intercessione concede, à peccati servitute solutis, in coelesti patria perpetua libertate gaudere: Qui vivis et regnas...

O Dios, que á ejemplo de tu caridad enseñaste á san Pedro Nolasco que enriqueciese tu Iglesia con la fundacion de una nueva religion, para redencion de los cautivos cristianos, concédenos por su intercesion, que desprendidos de las cadenas de los pecados, gocemos de una libertad eterna en la patria celestial. Que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág. 322.*

REFLEXIONES.

Es la inocencia manantial de consuelos y de felicidades. El pecador nunca está contento, nunca tranquilo. La paz que hace gustar al alma tantas dulzuras; la paz que sosiega, que llena el corazon, siempre es fruto de la buena conciencia. Los sobresaltos, las inquietudes, los tormentos son cosecha del pecado, y herencia del pecador.

Causa admiracion que creyéndose y experimentándose que no hay contento dulce, que no hay alegría pura y solida sino en la vida inocente, todavía se insista, y se haga empeño de buscarla en otra parte.

Los placeres del mundo son fugaces y amargos. Cristo comparó las riquezas á las espinas. Los honores no tienen mas ser, que la sombra y el humo. ¿Qué ha quedado hoy de aquellos dichosos del siglo, de aquellos que brillaron por el resplandor de sus tesoros, mas que por la luz de sus merecimientos? Pasaron como relámpagos, y ni aun memoria ha quedado de sus nombres: su grandeza, su brillantez, su imaginada felicidad, todo se enterró con ellos en la sepultura: y si murieron en pecado, ¡qué desdicha! ¡qué lamentable desgracia!

Bienaventurado aquel que fue hallado sin mancha; bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, que no colocó su esperanza en sus tesoros: su gloria será eterna. ¡Pero qué gloria!

No hay hombre justo, no hay hombre santo que no pueda ser desenfrenado, y tan licencioso como el mas libertino: es mas piadoso y mas circunspecto, porque es mas prudente. *Pudo hacer mal, y no le hizo.* ¿Y se arrepentirá jamás de no haberle hecho? ¿Qué se pierde en servir á Dios? Ó por mejor decir, ¿qué no se gana en servir

á tan grande y tan poderoso dueño? *Deum time, et mandata ejus observa : hoc est enim omnis homo.* (*Eccles.* XII). Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, que en esto consiste toda la dicha del hombre.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quae possidetis: et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in coelis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos que solo buscasen el reino de los cielos, les dijo : No temais, pequeña grey, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros su reino. Vended cuanto poseeis, y dad limosna. Haced para vosotros talegos, que no se envejecen, y un tesoro indefectible en los cielos, donde ni el ladron roba, ni la polilla roe : donde está, pues, vuestro tesoro, allí estará vuestro corazon.

MEDITACION.

De la humildad.

Punto primero.—Considera que no hay virtud mas liberalmente recompensada que la humildad. Á los humildes los salvará Dios, dice el Profeta. No tienes que temer, pequeña grey : con vosotros hablo los que pareceis tan pequeñuelos á vuestros propios ojos, y cási desapareceis á los ajenos, porque vuestro Padre, que es el padre de las misericordias, ha querido escogeros con preferencia á todos los demás para que pobleis el reino de los cielos. Para vosotros es este reino, y ninguno entrará en él que no sea humilde : la soberbia precipitó de aquella corte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la poblará de espíritus humildes; este es el título como primordial de su posesion. ¡Mi Dios! ¡y qué poco conocida es en el mundo esta verdad!

No hay en él cosa mas rara, ni mas escasa, que esta virtud; pero tampoco la hay mas importante. Ninguna otra nos enseñó tanto Jesucristo con sus discursos y con sus ejemplos : *Discite à me.* No quiso, por decirlo así, que tuviésemos otro maestro de la humildad mas que á él mismo : ni tampoco podia haber quien nos la enseñase con modo mas eficaz. La humildad es la virtud de Cristo y la de todos sus hijos verdaderos. ¿Es acaso tambien la nuestra? No se habla ahora de aquella humildad de entendimiento y de razon, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos : este conocimien-

to le tienen todos los hombres capaces, y solámente los tontos pueden dejar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio, no solo enseña el bajo concepto que cada cual debe tener de sí mismo, sino que se alegra de que los demás hagan tambien el mismo bajo concepto de nosotros. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde: para ser humilde es menester complacerse en la humillacion; y este es el fundamento del edificio cristiano. ¿Eslo tambien del nuestro? ¿Poseemos esta virtud, que tiene al cielo por herencia? ¿Entramos en el número de aquella pequeña grey, que no tiene por qué temer? Somos á la verdad pequeñuelos; pero ¿somos humildes á los ojos de Dios?

Con todo el corazon deseo serlo, ó divino Maestro mio, y es justo que siga á lo menos vuestro ejemplo. Un Dios humilde es verdaderamente un gran remedio para curar mi soberbia.

Punto segundo. — Considera que no hay virtud mas á mano para todo género de gentes que la humildad; ninguno hay que no se encuentre á sí mismo bien pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los dictados, el nacimiento, las dignidades tienen en sí algun precio; pero no le comunican. El verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas: el mas grande es el mas humilde, porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud. Sean nuestros dictámenes y nuestras máximas en este punto la regla por donde debemos juzgar de nuestro verdadero mérito.

Ninguno hay que no pueda y no deba humillarse. El grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y abatimiento. ¡Oh Dios mio! ¡y qué amable sois! Si hubiérais hecho dependiente de otra virtud nuestra salvacion, muchos quizá se juzgarian excluidos de vuestro reino; pero ninguno puede excusarse de ser humilde. Considera qué cosa tan fácil es ser uno santo, cuando el ser humilde le es tan natural. Y pregunto, ¿nos es tan familiar una virtud que tenemos tan á mano? ¿De dónde nace aquella delicadeza, aquella sensibilidad tan inquieta, aquella falta de dulzura tan ordinaria, aquella inmortificacion tan viva? ¿De qué otro principio provienen cási todas nuestras faltas?

Busca un solo Santo que no haya sido humilde. San Pedro Nolasco, siendo de familia nobilísima, se reputa por tan poca cosa, que se obliga con voto solemne á quedarse él mismo por cautivo, siempre que fuere necesario, para librar á otros del cautiverio. Fue sin duda magnánima esta caridad; pero su cimiento fue el de una humildad profundísima. Observando con reflexion nuestros sentimientos, ¿quién nos dirá que hemos encontrado, que hemos descubierto alguna otra senda para ir al cielo! ¡Oh gran Dios! ¡qué mayor prueba de que es bien corto el número de los escogidos, que el ser tan limitado el número de los humildes!

Deseo, mi Dios, ser de este pequeño número, y por eso os pido con las mayores veras que me concedais esta amable virtud. Humilladme, Señor, cuanto fuere de vuestro agrado; pero otorgadme la gracia de que sea humilde.

Jaculatorias. — Sí, Señor, cada dia quiero ser mas humilde á mis propios ojos; y por eso deseo ser cada dia mas humillado, y mas abatido á los ojos del mundo. (*II Reg.* VI).

Muy provechoso me ha sido, Señor, el que me hubiéseis humillado: que de esa manera me habeis hecho dócil á vuestros preceptos, y rendido á vuestros mandamientos. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 En los otros se estima, y se alaba grandemente la virtud de la humildad; pero son pocos los que trabajan eficazmente por poseerla ellos mismos. Si se pudiera ser humilde sin ser humillado; si para serlo bastara el conocer que hay sobra de pecados, falta de virtudes, escasez de méritos, pobreza de talentos; no seria tan rara en el mundo esta virtud. Un poco de entendimiento basta para que cada cual se haga justicia á sí mismo; pero nuestras sentencias en este particular jamás salen del secreto tribunal del entendimiento, y nunca se notifican, ni las consiente el corazon. Sin embargo ello es cierto que sola la humildad de corazon es virtud cristiana. Para lograrla es menester, á pesar de la repugnancia natural, llevar á bien, y aun desear ser humillado. Examina cuidadosamente los rodeos, los artificios, los ingeniosos escapes del amor propio para evitar una humillacion. ¡Qué sensibilidad cuando se nos hace el mas leve menosprecio! ¡Qué vivacidad, qué empeño en justificar hasta nuestras mismas faltas! ¡Con qué frialdad miramos á los que nos son preferidos! ¡Qué indigestion, qué desafecto hácia aquellos que á nuestro modo de en-

tender no nos estiman tanto! Toma una vigorosa resolucion de reprimir todas esas vivacidades, todos esos dictámenes, todos esos ímpetus del orgullo; y por lo menos, de no quejarte; de callar cuando te se ofrezcan ciertas pequeñas humillaciones, y de rogar á Dios por todos aquellos de quienes se vale su amorosa providencia para humillarte.

2 Haz hoy una visita á los pobres encarcelados, manifiesta con ellos tu liberalidad, usa la misericordia, haciéndoles una buena limosna; y á lo menos ofréceles tus oficios y tu crédito con el juez, tu proteccion y tus buenos consejos. Considera que no son como aquellos vagamundos, cuya presencia importuna viene á inquietar tu devocion hasta en el mismo templo de Dios : son unos infelices, cuya desgracia les imposibilita irte á buscar á tu casa. Tienen cuanto han menester para excitar tu compasion, menos el poder hacerse presentes á tu vista. No son como aquellos holgazanes que hacen tráfico de su miseria, y negociacion de su necesidad : imposibilitados están de ganar su vida, ni un pedazo de pan para sus hijos, que no pocas veces hallan su temprana muerte en la prision de sus padres : *Acordaos sobre todo de los pobres encarcelados*, escribia san Pablo. Ciertamente, que si tuviéramos fe, no hubiera entre los Cristianos gente mas feliz que los pobres. Todos nos empeñaríamos á competencia en socorrerlos en sus necesidades, en aliviarlos en sus miserias, sabiendo que cuanto hacemos con ellos, lo hacemos á la persona del mismo Jesucristo. Imponte una ley de visitar dos veces por lo menos á los pobres de la cárcel, sin tener asco de sus miserias, ni horror de sus calabozos, acordándote de aquel oráculo de Jesucristo : Yo estaba en la cárcel, y me vinísteis á visitar; porque de verdad os digo que á mí mismo me visitásteis en aquellos lugares de llanto y de miseria todas las veces que por mi amor visitásteis á los encarcelados. *In carcere eram, et venistis ad me... Amen dico vobis : quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.*

FIN DEL MES DE ENERO.

HIMNO DE SAN BERNARDO

QUE CORRESPONDE Á LA FESTIVIDAD DEL

DULCE NOMBRE DE JESÚS.

Jesu dulcis memoria,
Dans vera cordi gaudia:
Sed super mel et omnia,
Ejus dulcis praesentia.

Muy dulce, ó buen Jesús, es tu memoria
Que llena al corazon de puro gozo:
Mas sobre todo dulce y deleitable
Es tu presencia en él, Padre amoroso.

Nil canitur suavius,
Nil auditur jucundius,
Nil cogitatur dulcius,
Quam Jesus Dei Filius.

Nada puede la voz cantar mas suave,
Ni el oido escuchar nada mas grato,
Ni el alma recordar cosa mas dulce
Que el nombre de Jesús, Dios humanado.

Jesu spes poenitentibus,
Quam pius es petentibus!
Quam bonus te quaerentibus!
Sed quid invenientibus?

En tu piedad confia el penitente,
Y el mortal que te invoca atribulado:
Si en tí encuentra consuelo el que te busca,
¿Cuánto mayor será del que te ha hallado?

Nec lingua valet dicere,
Nec littera exprimere:
Expertus potest credere,
Quid sit Jesum diligere.

Ni la voz, ni la pluma expresar pueden
Cual es, Jesús, de amarte la delicia:
Solo el alma feliz que te posee
Sabe que es inefable aquesta dicha.

Sis, Jesu, nostrum gaudium,
Qui es futurus praemium:
Sit nostra in te gloria,
Per cuncta semper saecula. Amen.

Sé, pues, Jesús benigno, nuestro gozo,
Tú que has de ser un dia nuestro premio:
Sé tú nuestra alegría, nuestra gloria,
Por siglos infinitos en el cielo. Amen.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE ENERO.

	Pág.
Dedicatoria.	5
Advertencia de los Editores.	7
Prólogo del Traductor.	9
Rúbricas del Martirologio.	13
Dia I. — La Circuncision de Nuestro Señor Jesucristo.	17
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio de la Circuncision.	25
Dia II. — La venida de la santísima Vírgen María á la ciudad de Zaragoza.	28
San Isidoro, obispo y mártir.	29
San Macario de Alejandría.	31
El Evangelio y Meditacion: Sobre la renovacion del año.	36
Dia III. — San Antero, papa y mártir.	39
San Daniel, mártir.	41
Santa Genoveva ó Genovefa, vírgen.	42
El Evangelio y Meditacion: Que toda dilatacion de la conversion es perniciosa.	47
Dia IV. — San Tito, obispo y confesor, discípulo de san Pablo, obispo.	50
El Evangelio y Meditacion: De la estrecha necesidad que todos tenemos de convertirnos.	55
Dia V. — La vigilia de la Epifanía.	58
San Telesforo, papa y mártir.	60
San Simeon Estilita.	63
Santa Sincletica, vírgen.	67
Santa Apolinar, vírgen.	68
El Evangelio y Meditacion: Del modo de disponerse para celebrar las fiestas grandes.	70
Dia VI. — La Epifanía, por otro nombre los Reyes.	74
Himno.	80
El Evangelio y Meditacion: De la Adoracion de los Magos.	83
Dia VII. — Del Bautismo de Nuestro Señor Jesucristo, cuya memoria celebra la Iglesia el dia de la Epifanía.	87
El Evangelio y Meditacion: Que Jesucristo nunca parece mayor, que cuanto mas se humilla por nosotros.	92

Dia VIII. — Del primer milagro que hizo Cristo en las bodas de Caná, del cual hace mencion la Iglesia el dia de la Epifanía. 95
San Luciano y compañeros, mártires. 98
El Evangelio y Meditacion: Del cuidado que tiene Dios de los que le sirven con fidelidad y confianza. 104
Dia IX. La traslacion á la iglesia de Oviedo de los santos mártires Eulogio y Leocricia ó Lucrecia. 106
San Julian y santa Basilisa, mártires. 107
El Evangelio y Meditacion: De los efectos de la gracia. 116
Dia X. — San Gonzalo de Amarante, confesor. 120
El Evangelio y Meditacion: De la fidelidad á la gracia. 128
Dia XI. — San Higinio, papa y mártir. 131
El Evangelio y Meditacion: De la resistencia de la divina gracia. 137
Dia XII. — La Dominica infraoctava de la Epifanía. 140
San Victoriano, abad de Asanio. 144
San Nazario, confesor. 149
San Benito, llamado á veces Benedicto, abad y confesor. 150
El Evangelio y Meditacion: Que Dios debe ser preferido á todo lo criado. 153
Dia XIII. — San Gumesindo, confesor y mártir. 158
El Evangelio y Meditacion: De la divinidad de Jesucristo. 163
Dia XIV. — La Festividad del santísimo y dulce nombre de Jesús. 167
San Hilario, obispo y confesor. 174
San Eufrasio, obispo y mártir. 178
San Felix de Nola, presbítero y confesor. 180
El Beato Bernardo de Corleon. 187
El Evangelio y Meditacion: De la confianza que debemos tener en Jesucristo. 203
Dia XV. — San Pablo, primer ermitaño. 206
San Mauro, abad. 211
San Macario, abad. 213
El Evangelio y Meditacion: No hay en la tierra felicidad verdadera, sino en el servicio de Dios. 219
Dia XVI. — San Fulgencio, obispo primero de Écija, y luego de Cartagena. 222
San Marcelo, papa y mártir. 226
San Honorato, arzobispo de Arles. 229
El Evangelio y Meditacion: De la importancia de la salvacion eterna. 232
Dia XVII. San Antonio, abad. 236
Santa Rosalía ó Rosalina, vírgen. 242
El Evangelio y Meditacion: De la incertidumbre de la hora de la muerte. 244
Dia XVIII. — La Cátedra de san Pedro, en Roma. 248

Santa Prisca, vírgen y mártir. 250
El Evangelio y Meditacion: De la confesion de la fe. 253
Dia XIX. — San Canuto, rey de Dinamarca y mártir. 256
El Beato Nicolás Factor. 260
El Evangelio y Meditacion: Que el cristiano debe vivir una vida mortificada. 266
Dia XX. — San Fabian, papa y mártir. 269
San Sebastian, mártir. 270
El Evangelio y Meditacion: Cuánto se oponen las máximas de Cristo á las máximas del mundo. 276
Dia XXI. — Santa Inés, vírgen y mártir. 280
Los Santos Fructuoso, obispo de Tarragona, Augurio y Eulogio, mártires. 283
El Evangelio y Meditacion: De la verdadera sabiduría. 291
Dia XXII. — San Vicente, diácono y mártir. 295
San Anastasio, monje y mártir. 299
Los Santos Vicente, Oroncio y Víctor, mártires. 300
El Evangelio y Meditacion: Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado. 306
Dia XXIII. — San Raimundo de Peñafort. 309
San Ildefonso, arzobispo de Toledo. 313
San Anastasio y compañeros, mártires. 321
El Evangelio y Meditacion: De la vigilancia cristiana. 324
Dia XXIV. — La Descension de la Vírgen santísima, ó fiesta de Nuestra Señora de la Paz. 328
San Timoteo, obispo de Éfeso, y mártir. 330
San Babilás ó Babilés. 334
El Evangelio y Meditacion: De la renuncia de todo lo que se ama por amor de Jesucristo. 337
Dia XXV. — La Conversion de san Pablo. 341
Santa Elvira, vírgen y mártir. 345
El Evangelio y Meditacion: De las señales ciertas de una conversion verdadera. 349
Dia XXVI. — San Policarpo, obispo de Esmirna y mártir. 352
Santa Paula, viuda. 357
La memoria de san Asurio, Gonzalo, Osorio, Froalengo, Servando, Pelayo, Atanaulfo y Alfonso, prelados de diferentes iglesias de España. 362
El Evangelio y Meditacion: Del infierno. 365
Dia XXVII. — San Juan Crisóstomo, obispo y confesor. 370
San Emerio, abad de Bañolas. 378
El Evangelio y Meditacion: Del buen ejemplo. 386
Dia XXVIII. — San Tirso, mártir. 389
San Cirilo, patriarca de Alejandría. 396

San Julian, obispo de Cuenca. 401
El Evangelio y Meditacion: De la caridad con los pobres. 412
Dia XXIX.—San Francisco de Sales, obispo y confesor. 416
San Valerio ó Valero, obispo de Zaragoza. 426
Santa Radegundis, vírgen. 428
El Evangelio y Meditacion: De la dulzura cristiana. 432
Dia XXX.—Santa Martina, vírgen y mártir. 437
San Adelelmo ó Lesmes, abad, patron de Burgos. 440
Beato Lesmes, limosnero de san Julian. 444
El Evangelio y Meditacion: De la reprobacion. 446
Dia XXXI.—La traslacion de san Marcos, evangelista. 449
San Pedro Nolasco, confesor. 449
Santa Marcela, viuda. 454
El Evangelio y Meditacion: De la humildad. 456
Himno de san Bernardo que corresponde á la festividad del dulce Nombre de Jesús. 460

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

FIN DEL ÍNDICE.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Acc. 5406 248.3
C65
AUTHOR Croisset, P., S. J.
TITLE Ano Cristiano (Vol. I)